PESARES Y ESPERANZAS
EL LEGADO DE LA PROFECÍA
ABEL MURILLO

Abel Murillo

PESARES Y ESPERANZAS

El Legado de la Profecía III

Pesares y esperanzas (El Legado de la Profecia III)

© Abel Murillo, 2018

Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la reproducción total y parcial de esta novela sin el consentimiento del autor, por cualquiera de los medios disponibles.

Maquetación: Esther Morote. esthermorote.com

Diseño de portada: David Lanza

Agradecimientos

Antes de comenzar la redacción de estos agradecimientos, empezaré de una manera un tanto atípica. Creo que hay pocos escritores que lo hacen, incluso me atrevería a decir que puede que yo sea el único, pero es algo que me nace y que no me dejará dormir tranquilo si no lo plasmo en estas palabras, en este pequeño rincón más personal, antes de que os adentréis de nuevo en la Tierra Antigua. De modo que ahí va: perdón. Sí, sí, habéis leído bien. Os pido a todos perdón, amigos y amigas que tenéis en vuestras manos este tercer volumen de El Legado de la Profecía. Y es que me dirijo directamente a vosotros pues, si estáis leyendo esto, es que me habéis acompañado desde el inicio, desde el lejano 2009 y El Lobo Blanco. Y eso significa que, para leer estas palabras, habéis tenido que esperar mucho tiempo. Demasiado, las cosas hay que decirlas como son. Este tercer volumen de la saga tendría que haber visto la luz en 2014, que fue la fecha que me marqué como objetivo de cara a la publicación de la novela que ahora tenéis en las manos. Un retraso de tres años. ¡Te has marcado un Martin, Abel! Y no voy a buscar excusas, pero me gustaría contaros qué ha sido de mi vida durante todo ese tiempo y que comprendáis el porqué de esta demora.

Los que me conocéis o seguís en redes sociales, ya sabéis que soy un culo inquieto. No he parado de hacer cosas en todos estos años, metiéndome en proyectos que empezaron siendo meros pasatiempos y que se han convertido en auténticos colosos. Y aquí tengo que mencionar tanto a la Asociación Cultural Lupus in Fabula como al Festival de Fantasía de Fuenlabrada. El primero nació tras la conclusión de Acero y Fuego, segunda novela de esta saga, a principios de 2012. Comenzó como una iniciativa de divulgación de género que apoyaba a autores como yo, es decir, los que no tienen la suerte ni de ser ídolos de masas ni de vivir de sus novelas. Teníamos un blog maravilloso y una revista digital que, durante casi dos años, estuvo dando bastante guerra. El proyecto crecía de

una manera tan asombrosa que llegó a sobrepasarnos a aquellos que trabajábamos en él. Afortunadamente, supimos navegar entre la tempestad y, lejos de desaparecer, forzamos nuestra propia metamorfosis para convertirnos en una asociación cultural sin ánimo de lucro que se dedica a luchar por el ocio y la cultura.

Y, precisamente, como el ocio y la cultura son nuestra gasolina, surgió el Festival de Fantasía de Fuenlabrada. No voy a explicaros cómo nació este fabuloso evento (la frase "yo vine aquí a por una sala" la entenderán unos pocos), pero ese día los astros se alinearon, consiguiendo que nos juntásemos en una sala gentes con las mismas ganas e inquietudes. Lupus in Fabula y la Concejalía de Juventud e Infancia del Ayuntamiento de Fuenlabrada han creado una alianza tan sólida como fructífera, consolidándose en un evento por el que han pasado auténticos jefes de sus respectivas disciplinas artísticas. Gracias al FFF he conocido escritores, guionistas, dibujantes, ilustradores, diseñadores, artesanos, actores, directores y creativos en general de los que he aprendido muchísimo. Nunca podré estar lo suficientemente agradecido de poder formar parte de ello. Mi enriquecimiento personal ha crecido en un 200% en los últimos cinco años.

Como veis, estos dos proyectos son, junto con esta saga, mis pilares. Mientras que El Legado de la Profecía seguía funcionando en Amazon razonablemente bien, tanto LiF como el FFF me reclamaban su atención. Tuve que tomar decisiones bastante duras y arriesgarme todo a una sola carta. Mis libros no necesitaban ese impulso que sí requerían las otras iniciativas. Tenía que volcar mis esfuerzos y mi tiempo en ellos para que, una vez despegasen, ya no necesitasen de mis constantes atenciones. Debía cogerles de la mano para que aprendiesen a caminar por sus propios medios, coger la inercia que hace que trabajar en ellos sea más sencillo. Duro, sí, pero más fácil que cuando todo eran nervios y tensiones, cuando el foco de la atención estaba fijo en nosotros, esperando que tropezásemos con algunas de las zancadillas que nos ponían, deseando que cayésemos para convertirnos en pasto de los trolls. Han sido años muy difíciles y de mucha tensión, pero ya son cosa del pasado. Lupus in Fabula y el Festival de Fantasía de

Fuenlabrada son sólidos cual fortaleza enana y ahora vuelvo a tener tiempo para cerrar el círculo que me ata a la Tierra Antigua.

Si a todo esto le sumamos el trabajo muggle (que es el que paga las facturas), los amigos, la familia y los merecidos momentos de ocio y relax, ya tenéis todas las piezas para componer el puzle que ha llevado a este retraso en la publicación de Pesares y Esperanzas. Y es que, el hecho de que el periodo de redacción haya durado tanto, me ha llevado a replantearme esta saga. Ya lo dije en redes sociales, pero os lo recuerdo: este no será el último libro. Sé que prometí una trilogía, pero os daréis cuenta que cerrarlo todo en un único libro hubiese resultado imposible. Bueno, imposible no… pero no estaba dispuesto cerrar con un libro de más de 1.500 páginas. ¡No quiero ni imaginármelo! De modo que he aplicado algunos giros, algunos cambios y he preferido no apresurar los acontecimientos. ¿Y eso significa que tendréis que volver a esperar otros cinco años para leer cómo pongo fin a esto? No, tranquilos. El último volumen llegará en algún momento de 2019, para el décimo aniversario de la publicación del primer libro. No os quiero adelantar nada, pero será algo muy especial y exclusivo. ¡Y no habrá que esperar tanto, os lo aseguro!

Y ahora que ya os he contado mi vida, pasemos a los agradecimientos. Recordad que, si aparecéis por aquí, sois especiales de un modo u otro. Así que creedlo.

Muchísimas gracias a:

Todo el equipo de forman la Concejalía de Juventud e Infancia de Fuenlabrada, que tanto me han ayudado y apoyado en la creación y consolidación del FFF. En especial al concejal Francisco Paloma, que se ha convertido en un amigo y un mentor.

A la aldea gala de la Casa de la Música de Fuenlabrada, unos profesionales como la copa de un pino que hacen que la realización de cualquier proyecto sea fácil. Abrazos especiales para Miguelón, Jechu, Diego, Dani y Rober.

A todos aquellos que, de un modo u otro, han trabajado para LiF o el FFF, porque sin ellos no habría aprendido, crecido y superado.

A la manada de lobos, lobas y cachorros que conforman Lupus in Fabula. Sin ellos, mis ideas solo serían eso. Amor infinito a Aroa, Anhell, Begoña, Covadonga, Arrabal, Rubén Animator, Javier Rascón…

A Álvaro y Esther, vicepresidenta invicta y consorte. Sin ellos, el sueño se hubiese disipado.

A Maki, Virginia, Vega y Valle, con los que compartimos tantos momentos creativos como familiares. Conocerlos ha sido un auténtico lujo.

A Edu, Ana y Lucía, grandes amigos y compañeros de aventuras. Soy afortunado de haberos encontrado.

A Noe, Enrique, Odín y Einar, los vecinos más molones y metaleros que se han convertido en un oasis en medio de un desierto de mediocridad. ¡Independencia para Miraflores! ¡Jejejeje!

A las asociaciones hermanas con las que trabajar es todo un placer, como Harry Potter Fans Spain, Legión 501 Spanish Garrison, Orlanda, Madrid By Night (un abrazo grande a Luismi), Hijos del Lobo (con los geniales Nacho e Iris al frente).

A escritores tan grandes y admirados por mí, como Roberto Alhambra, Juande Garduño, Javier Fernández y su maravilloso equipo radiofónico, Miguel Rodríguez Robles, Fernando Trujillo, Antonio Martín Morales, Gabriella Campbell, José Antonio Cotrina, Diana Azpiri, Desiree Bressend…

A artistazos que he tenido la suerte de conocer durantes estos años, como José Antonio Sancho, Erik Cruz, Fernando Cascales “Madsen”, Víctor Marín, David Arenas, Recóndita, Tamara Kadoura, Javier Pastor, Cecilia y Mikko, Carlos Pacheco, Lorena Azpiri (a quien tengo que agradecer que me presentase a su padre, el maestro

Alfonso Azpiri, a quien tanto he admirado y al que echaré mucho de menos), Azahara Herrero…

A Raquel Cornejo y Nacho Tenorio, que forman y formarán parte de El Legado de la Profecía, gracias al arte que depositaron en él, haciéndolo más grande y más bello.

A Lorenn Tyr, que siempre ha estado ahí, plasmando el amor que siente por esta obra en sus ilustraciones inspiradas en ellas. Afortunados aquellos que te conocen porque tienen un tesoro.

A David Lanza, mi socio, mi compadre en el frikismo. Porque no es la primera vez que se pasa por la Tierra Antigua para deslumbrar con su arte, su calidad y su talento. Un gran artista y mejor persona.

A Josema Beza, uno de los puntales donde se soportan todos los proyectos en los que me encuentro metido. Hermano y compañero de locuras, un pulmón cuando de trabajar se trata y un hombro fuerte en el que apoyarse cuando más lo necesitas. Para mí, y él lo sabe, es un diez como persona y amigo.

A Pedro Camacho, porque sin él, este libro que estáis leyendo, no tendría el lustre que tiene. Corrector, maestro, compañero y amigo. Una persona involucrada que no para de crear, de dar apoyo y seguir adelante siempre con determinación y energía. Si soy mejor escritor, en parte, es gracias a él.

A mi familia, tanto la de sangre como la política, padres, suegros, hermanos, cuñados y sobrina (porque solo tengo una sobrina… de momento…).

A Mari Jose, por todos y cada uno de los días que pasa a mi lado, iluminando mi camino y construyendo el proyecto más bonito de todos conmigo: nuestra vida juntos.

Y por último, a ti, Abel, El Segundo De Su Nombre, mi mayor logro, mi mayor orgullo, mi mayor amor, mi vida, mi hijo. Gracias por darme tanto, por hacerme mejor persona. Gracias por todas y

cada una de tus sonrisas, de tus abrazos, de tus miradas. Gracias por el amor, la admiración, el respeto. Gracias por hacerme feliz.

Y, por último, gracias a ti, amig@ lector. Gracias por continuar el viaje, por tu paciencia, apoyo y seguimiento. No te voy a entretener más. La Tierra Antigua te espera…

Abel Murillo.
Fuenlabrada, 5 de octubre de 2017.

PRÓLOGO

La brisa temprana acaricia mi torso perlado por el sudor. Correr por la ladera siempre me ha gustado, desde pequeño hasta el día de hoy.

Los pinos del pequeño bosque cercano a la aldea se contonean al compás que marca el suave viento del norte, fresco como las primeras lluvias de la primavera. Parece que amenaza tormenta.

En Thondon nada cambia. Las mujeres hablan y elevan sus risas por encima del trino de los pájaros que anidan entre las ramas de los árboles mientras marchan al riachuelo para lavar la ropa. Los pequeños negocios están abiertos y puedo oler el pan recién hecho del horno de Argius, la rugiente voz de Rúsmal, el carnicero, anunciando el nuevo género, el ataque de tos inconfundible de Ther, el picapedrero. Escucho las voces cantarinas de las jóvenes mientras me miran, cómo se susurran. Veo incluso a Roswin. Clava sus ojos en los míos, esos dos orbes azules como un cielo de verano. Ella no es como las demás. No se ha ruborizado.

Y de pronto todo cambia. La luz del sol y su dulce calidez se torna en frío y oscuridad. Los pinos, que hace un segundo lucían verdes y desplegaban su aroma fresco ahora están ennegrecidos por el fuego, esparciendo las cenizas de sus ramas como si se tratase de una fina y prematura nevada. Y la aldea está en silencio, salvo por el crepitar de las llamas que todo lo consumen. La gente que me sonreía ahora grita presa del terror. Sus ojos se posan en mí. Intento que mi voz se escuche por encima de todo ese caos, pero no brota ni una sola palabra de mi garganta, ni un solo sonido.

Roswin yace muerta delante de mí. Su vida se ha escapado por la raja que le surca el cuello de oreja a oreja, dejando bajo ella un charco carmesí que se une, como si de un afluente se tratase, al río de sangre que cruza la aldea. El olor a muerte me provoca nauseas. Mis esfuerzos por no vomitar son titánicos, no sé si podré contenerme.

Entonces la veo, pálida como el manto de nieve que cubre las cimas de las montañas, bella y etérea como los seres de los cuentos que mi madre me solía contar de niño. Sus ojos son dos ríos

turquesa que intentan ocultar, bajo una máscara de eterna juventud el peso de largos años de vida. La reconozco. No es la primera vez que nos vemos.

Todo parece haberse detenido. El fuego, el aire, el tiempo, la vida. Todo permanece quieto menos ella, que camina con paso lento, elegante, con la mirada fija en mí.

—¿Esto es real? —pregunto. Por fin, mi voz parece hacerme caso.

—Hay quien diría que no lo es —su voz es como un canto que me acaricia y me arrulla—, pero ellos no lo entenderían.

—De modo que hablas mi lengua —me sorprende que antaño siempre utilizase ese extraño y mágico lenguaje y ahora decida no hacerlo.

—Siempre hemos hablado la misma lengua. Antes me oías, ahora por fin me escuchas.

Trago saliva. La presencia de aquella mujer me embriaga. Quizá sea ese halo mágico que parece rodearla, esa especie de aura que siempre me imaginé que tendrían los elfos. Su belleza es tan intangible, tan imposible de describir…

—¿Qué quieres de mí? —pregunto con prudencia.

—Que afrontes tu destino —dice—. No puedes escapar de él, como yo no puedo escapar del mío. Asume la tarea que te ha sido encomendada, aquello para lo que has nacido.

—Os equivocáis todos —replico—. No soy quien buscáis y esperáis.

Mis palabras no parecen sorprenderla, y eso no me gusta. ¿Tal vez me moleste el hecho de no ser el Elegido? No, es absurdo. Yo no he pedido esa responsabilidad, no he sido educado para llevar una carga tan pesada. Soy el hijo de un herrero de la aldea que ahora se consume en las llamas, aunque por mis venas fluya la sangre de los antiguos reyes.

—Los hombres se equivocan —su tono es seguro, firme—, pero no el destino.

—¿Y si fracaso?

—Entonces el fuego que ha consumido tu aldea se extenderá y nada podrá sofocarlo.

—Depositáis demasiada fe en mí —replico—. Me crié en este lugar, no en un castillo con maestros de armas y letras. Soy un

aprendiz de herrero. No he nacido para llevar corona y mucho menos para gobernar.

—¿Acaso crees que tu destino pasa por eso?

Esas palabras me cogen por sorpresa, incluso llego a pensar que trate de engañarme. Pero sus ojos son sinceros, dentro de ellos solo existe la verdad.

—¿No es lo que dice la Profecía? —pregunto, aún confuso.

—La Profecía lo menciona, así es —admite dejando entrever una ligera sonrisa en sus labios rosados—. Pero todo es pasajero. La misma vida es pasajera y lo único que prevalece son nuestros actos, aquello que consigue recordarse época tras época. Nuestro legado.

—Resulta irónico que una elfa me hable de lo efímero cuando todo el mundo sabe que sois inmortales.

No deja de sonreír, pero ahora destila melancolía y tristeza. No sé muy bien por qué, pero se me clava como un cuchillo en el corazón.

—No morir no significa ser eterno —su voz es un susurro lánguido—. Los años no nos arrebatan la vida, Velthen, pero sí nuestros enemigos. El acero, el fuego, el mar embravecido y, por supuesto, el mal que nos asola. Todos dejamos este envoltorio de carne y hueso para cruzar a las orillas de la otra vida.

—¿Acaso no temes morir? —formulo la pregunta de manera demasiado brusca. Me arrepiento al instante de haberla hecho, pero a ella no parece importarle.

—Temo morir por nada —responde—. Entregaría gustosa mi vida si sé que ha servido para algo, que mi obra perdure más que mi nombre y sirva de inspiración a muchos en momentos de zozobra. Ahí reside la verdadera inmortalidad, Velthen, no en acumular siglos de vida. Hay mortales cuyos nombres resuenan en los ecos de la memoria, y elfos vivos cuyas dilatadas vidas solo han servido para ver pasar estaciones una y otra vez. Sólo nosotros somos los verdaderos dueños de nuestro tiempo y sólo a nosotros nos corresponde elegir qué hacer con él.

Reflexiono un momento. Las palabras de la bella elfa no están exentas de razón. La memoria, nuestros actos, nuestro legado…

—Entonces sé lo que debo de hacer —contesto con firmeza—, aunque no sepa bien cómo hacerlo.

—Sería poco acertado no dudar —dice mientras me regala su

cálida sonrisa—. Recuerda, Velthen, que para recorrer el camino, primero debes dar un paso y luego otro para continuar avanzando. Sólo así conseguirás cumplir con tu destino, solo así podrás dejar tu legado: El legado de la Profecía.

REGRESO

Lánzolt recordó la primera vez que puso un pie en Búrdelon. Percibió su hostilidad nada más se abrieron las puertas, como las fauces de un lobo. Ya entonces supo que no iba a ser fácil acabar llamando hogar a aquella ciudad plagada de ladrones, prostitutas, mercenarios y delincuentes de poca monta que habían hecho de ella su feudo, aprovechando la debilidad de su antiguo señor. El recién nombrado Lord Comandante de los Dragones Rojos pidió poder trasladarse allí, sabedor del gran desafío que sería limpiar aquellas tierras de indeseables. Dúnel le ofreció otras tierras más prósperas, cercanas a Cárason, la capital de Páravon, donde ambos habían crecido juntos, pero él las rechazó, utilizando como argumentos las ganas de poner a prueba su valía y su necesidad de afrontar aquel reto. Dúnel, que acababa de ser coronado, no tuvo más remedio que acceder y dejar que su amigo de la infancia partiera hacia esa cloaca que hacía frontera con la desolada y maldita tierra de Olath.

Una vez asentado, y tras tantear a los diferentes hombres que hacían las veces de gobernadores de la ciudad, Lánzolt supo que las buenas palabras y la buena voluntad no iban a ser suficientes, no allí. Si quería recuperar Búrdelon y hacer de ella un lugar del que Páravon se sintiera orgulloso, tendría que emplear mano de hierro. Y así lo hizo. La primera semana, tras informarse sobre las faltas cometidas por los que se pudrían en las celdas, decidió colgar a aquellos cuyos crímenes y fechorías le parecieron más graves. Los ajustició en la plaza, ante los atónitos ojos de los ciudadanos, quienes vieron cómo su nuevo señor ejercía de verdugo sin que el pulso le vacilase. Fue la primera advertencia que lanzó a los delincuentes y no fue la última: hubo mutilaciones, encarcelamientos, flagelaciones públicas, torturas, decapitaciones y, por supuesto, empalamientos. En poco tiempo, se corrió la voz de los métodos que el terrible y joven señor de Búrdelon llevaba a cabo con cualquiera que le resultase sospechoso de algún delito. El miedo psicológico fue la semilla esparcida por aquellas tierras y pronto se recogió lo sembrado. Búrdelon pasó de ser una urbe caótica y corrupta a la ciudad más segura de todo Páravon. Y, aunque hubo

gente que criticó el exceso en los métodos utilizados para conseguirlo, los resultados hablaban por sí solos.

¡Cuánto había cambiado todo desde entonces! Ahora la ciudad estaba desierta. No se escuchaba nada, ni el arrullo de los pájaros, ni las risas de los niños, ni las voces de hombres en las tabernas soltando chanzas. Tan sólo quedaba el silencio. Un oscuro y siniestro silencio que se había adueñado de Búrdelon y que no parecía dispuesto a compartir este gobierno con ningún signo de vida. Todo era diferente para Lánzolt, parecía que había pasado una eternidad, incluso se llegó a preguntar si alguna vez había vivido allí. Le costaba reconocer la bulliciosa villa que fue antaño en aquella ciudad fantasma. Resultaba irónico: de niño le encantaban aquellas historias de viejas capitales y castillos abandonados, habitados por espíritus malditos. Ahora, él y su hueste de no muertos eran los protagonistas de su propia fábula de terror. Sí, Búrdelon era una ciudad tan muerta como el propio corazón de Lánzolt.

Todo lo que habían dejado a su paso, desde la orilla del Río Viejo hasta los muros de la ciudad, era desolación. No había quedado aldea, ni pueblo, ni villa que no hubiese conocido el miedo y el dolor de su mano. Rhikkelion, el indómito dragón rojo, había arrasado con fuego la tierra y ellos la habían regado con sangre. La sangre de sus enemigos era su vida, repetían como una letanía cuando la bebían de los infelices que caían en sus manos, viendo cómo la vida les abandonaba a cada gota drenada, observando en sus ojos la fuga de sus últimos alientos, el terror reflejado en ellos, dejando en evidencia las miserias y la cobardía humana ante una muerte inaplazable. No quedó nada, salvo un bosque de empalados levantado sobre tierra calcinada. Ahora tocaba planear el siguiente movimiento.

Los pasos de Lánzolt parecían retumbar como los de un mamut en aquel sepulcral silencio, mientras se aproximaba a la torre del homenaje, donde Párcel le esperaba. El caballero maldito le saludó con una sonrisa que dejó ver los blanquísimos dientes de colmillos afilados y puntiagudos.

—Supongo que Dúnel ya habrá recibido noticias de nosotros —le dijo.

Lánzolt le miró largo rato con sus ojos rojos.

—No iremos a su encuentro.

Aquella respuesta pilló por sorpresa a Párcel, que arrugó el entrecejo.

—¿Puedo preguntar por qué, mi señor?

—Quiero que venga aquí, donde aconteció todo. Quiero quitarle la vida en el mismo lugar donde Kathline perdió la suya y yo renuncié a la mía.

—Podrían asediar la ciudad.

—Una ciudad se puede asediar, pero no la muerte. Y nosotros somos la muerte. Que vengan, yo les esperaré. Los que no mueran bajo mi espada lo harán bajo el fuego del dragón.

Rhikkelion permanecía encaramado en lo alto de la torre del homenaje, como una inmensa gárgola preparada para lanzarse en pos de alguna presa.

—Eso no agradará al nigromante. Tampoco al Maestro de las Sombras —apuntó el caballero maldito.

—No tengo intención de agradarlos. Yo sólo recibo órdenes de mí mismo, y creo haber demostrado que puedo cumplir el cometido que se me ha asignado. Ha llegado la hora de que nuestros amigos demuestren si están a la altura. Parece que lo vamos a descubrir pronto.

Lánzolt señaló una de las puertas de la plaza, por donde aparecía Bourthas, acompañando a Kéller. El día que masacró a los hombres de Lord Umphas, perdonándole a él la vida, ordenó a uno de sus caballeros ir en busca del nigromante y traérselo a Búrdelon. Cuando su heraldo le preguntó si debía utilizar la fuerza, Lánzolt dijo que no iba a ser necesario, pero que, en caso de que lo fuera, no dudase en usarla. Por lo que veía, la espada no había sido necesaria.

—Acaba de llegar el viejo, y el muy zorro no hace más que protestar —le dijo Bourthas. Ya en vida, su rostro impresionaba, con la cicatriz que lucía y sus desorbitados ojos saltones, pero ahora, en aquella extraña muerte en vida, aterrorizaba aún más.

Kéller dedicó una mirada furibunda a Lánzolt. Se apoyó en su vara y carraspeó.

—Espero que exista una buena razón para sacarme de mi torre y hacerme cabalgar desde Faern E'llas hasta aquí casi sin descanso —espetó el nigromante.

—Habla con respeto al Señor de la Venganza, anciano —gruñó Párcel, al tiempo que Bourthas acariciaba las empuñaduras de sus espadas.

Lánzolt levantó la mano, pidiendo calma a sus hombres.

—La hay, mi buen Kéller —dijo, esbozando una leve sonrisa que trataba de ser conciliadora—. De lo contrario no te habría invitado a venir.

—¿Invitado? —El nigromante soltó una cínica carcajada—. Obligado, querrás decir. El caballero que mandaste a buscarme no me dio la sensación de que me dejase alternativa.

—Creo que es mejor para todos que estés aquí, con nosotros, donde se libren las batallas. Allá en Faer E'llas no eres provechoso, en cambio aquí seguro que nos eres de mucha ayuda y utilidad.

—Habla pues, te escucho.

—Supongo que habrás observado mi obra, mientras venías hacia Búrdelon.

Kéller enarcó una ceja.

—Si te refieres a la desolación que has dejado tras tu paso, sí, lo he visto.

—Maravilloso, ¿no te parece?

—El Maestro de las Sombras estará muy complacido, pero su dicha será mayor si continuas tu avance hacia…

—Justo era eso de lo que quería hablar —le interrumpió, levantando un dedo para mandarle callar—: de los futuros planes que hemos de trazar antes de continuar nuestra marcha sobre Páravon.

—¿Acaso tu cometido no estaba claro?

—No he olvidado mi cometido, viejo mago —respondió airado —. Pero tengo serias dudas sobre si el Maestro de las Sombras y tú habéis olvidado el vuestro.

—¿El nuestro?

—Creo que he demostrado con creces mis dotes al mando de los ejércitos, como también mi lealtad y mi palabra. Ahora quiero una muestra de vuestro compromiso para conmigo y mi causa. Ha llegado la hora, nigromante, de demostrarme cuán valioso soy para vosotros y vuestros planes.

Kéller convirtió sus ojos en dos rendijas cargadas de odio y sus labios en una fina línea curvada de maldad.

—¿Y qué solicita de nosotros el Señor de la Venganza?

—Te he hecho venir —dijo, pasando por alto el tono sarcástico del anciano— para que invoques a los muertos. Que sus cuerpos se levanten una vez más y se unan a mis huestes. Una gran batalla se aproxima y quiero contar con tal número de no muertos en mis filas como para arrasar esta tierra dos veces.

—¿Quieres que levante a los muertos que has dejado tras de ti para formar tu propio ejército? —Se sorprendió Kéller.

—No he terminado —siguió Lánzolt—. Enviarás un cuervo a Dyr Ultrin y harás saber al Maestro de las Sombras que requiero su presencia, así como la del cuerpo de Kathline. Vendrá a Búrdelon con el féretro y se encontrará conmigo para negociar nuestra alianza. No nos moveremos de aquí hasta que este encuentro se haya producido. No nos internaremos más en Páravon mientras una parte del acuerdo no haya quedado resuelta.

El nigromante permanecía aferrado a su vara, que sujetaba con ambas manos con tanta fuerza que los nudillos se le tornaban blancos. Estuvo en silencio unos instantes, clavando su mirada en los encarnados ojos de Lánzolt, acuchillándole con ella. El Señor de la Venganza mantenía aquel tenso pulso con serenidad. No iba a dejarse amedrentar por un viejo desarrapado, por muchos poderes que atesorase.

—De modo que quieres que levante todo un ejército para que se ponga a tu servicio —dijo, por fin, Kéller— y, no conforme con esto, pretendes que el Maestro de las Sombras se presente ante ti, como si de un vasallo se tratase, para exigirle que demuestre el compromiso y la lealtad que tú crees haber exhibido, saqueando y masacrando aldeas y pueblos de… ¿qué eran? ¿Pastores, labriegos, ganaderos?

Lánzolt apretó la mandíbula. Sus dientes crujieron con furia contenida.

—No veo que hayas puesto ciudad alguna en jaque, Lord Lánzolt —continuó el anciano—. Estás asentado intramuros de una urbe fantasma, abandonada. No hay mérito en lo que has conseguido. ¿Y pretendes que yo te otorgue un ejército sin el consentimiento del Maestro de las Sombras? ¿Y que él salga de Dyr Ultrin para satisfacer tu vanidad y tu arrogancia? —El Nigromante estalló en carcajadas.

El revés de la mano de Lánzolt trazó una media luna e impactó

con violencia en la cara de Kéller. Bourthas tuvo que sujetarle para que no fuera de bruces al suelo. Rhikkelion, que contemplaba la escena desde lo alto de la torre del homenaje, lanzó un gruñido al aire que se magnificó en el silencio que gobernaba la ciudad.

—Harás lo que se te ordene o pondremos a prueba la inmortalidad que tanto ansías —le advirtió el Lord Comandante, aferrándole de la pechera—. Si crees que te necesito, estás muy equivocado.

—Me necesitas —le contradijo—, sabes que me necesitas. Sin mí, los ejércitos de no muertos se desplomarían como los cadáveres que son. Necesitas mi magia, mis artes, y éstas únicamente están al servicio del Maestro de las Sombras. Has cometido una grave imprudencia, Lord Lánzolt. Vas a pagarla muy cara.

—Encerradlo —ordenó, girándose para dar la espalda a Kéller—. Aseguraos de que parte ese cuervo a Dyr Ultrin.

—¡Te arrepentirás de esto, Lánzolt! —Chilló mientras se lo llevaban a rastras—. ¡Créeme cuando digo que te arrepentirás!

Una vez Bourthas hubo desaparecido, llevándose consigo al nigromante y sus improperios, se volvió hacia Párcel.

—Ordena a los licántropos de Brumth que siembren el terror en las tierras cercanas a Búrdelon. No quiero que se internen más allá de los montes de Burlein ni en las grandes ciudades. Que arrasen todo lo que encuentren a su paso y que dejen algún superviviente para que se corra la voz por todo Páravon: la desdicha ha llegado a este reino. También quiero que registres las pertenencias que haya traído consigo el nigromante y me las entregues. Ha llegado el momento de hacer las cosas a mi manera.

ESCAPANDO DE LOS MERCENARIOS

Las primeras luces del alba despuntaban cuando el Mar del Naciente apareció ante ellos, oscuro y calmado como acostumbraba a ser, abriéndose casi infinito para recibir al río Ban, cuya desembocadura era tan grande que permitía, con holgura, la salida a mar abierto de tres galeras.

Velthen cerró los ojos y aspiró el aire salino, fresco como la brisa del amanecer. A su lado, Aullido Blanco miraba con sus brillantes ojos amarillos el oscuro horizonte del oeste, escrutando la noche que dejaba paso al día. El suave pelaje del huargo era lo único que se movía de la bestia. Parecía tallado en piedra, un guardián silencioso cuya presencia reconfortaba al joven de Thondon. Sin embargo, la quietud del lobo también lo intranquilizaba. Era como si esperase algo, como si lo llevase esperando desde hacía mucho tiempo.

—Salimos a mar abierto —la voz de Ectherien se escuchó desde el castillo de popa. El capitán montaraz había tomado los mandos de la embarcación una vez hubo reinado el orden tras su huida de Eren-Ban.

Velthen acarició la cabeza de Aullido Blanco y se giró para hacerle un gesto con la mano a Ectherien. Éste, dándose por enterado, se acercó a Íniel y Márdinel que se asomaban por la borda.

—Espero que no encallemos —musitó ceñuda la ónunim mientras levantaba la vista hacia Velthen.

—En Onun no hay marineros avezados, ¿verdad? —Soltó el montaraz, tras dejar escapar un bufido lleno de hastío—. De ser así, sabrías lo que significa la palabra profundidad.

Íniel se tensó, irguió su cuerpo y se encaró con el joven capitán.

—Vamos, Márdinel —intervino Velthen, intentando mediar entre ambos—. Es sólo un comentario sin importancia.

Los ojos de Márdinel se convirtieron en dos rendijas afiladas que parecían dispuestas a cortar al muchacho. No mejoraba la relación

entre ambos, y tampoco es que el montaraz pusiera mucho de su parte.

—Tuvo que aparecer el héroe —su mordacidad seguía siempre patente—. Supongo que debería tranquilizarnos tu presencia, ¿verdad que sí, herrero? Eres el líder de esta compañía. ¿Cómo te llaman? El Elegido, ¿me equivoco? Supongo que si con eso no basta, siempre podremos negociar con los mercenarios. Nuestras vidas por la tuya. Ya lo habías propuesto antes al Gran Gerifalte. Supongo que no te importará que volvamos a retomar esa negociación si fuese necesario, gran héroe aldeano.

A Velthen no le dio tiempo a replicar. Cuando se dispuso a hacerlo, Márdinel le dio la espalda y se alejó de ellos, desapareciendo por la escalera que daba a los camarotes y la bodega.

—Siempre tan encantador —Íniel meneó la cabeza—. Qué vida más triste y llena de amargura ha debido vivir para ser de esa manera.

—Eso mismo me llevo preguntando yo desde el día que nos conocimos. Por cierto, ¿la princesa está en su camarote?

La ónunim frunció el ceño y le dejó ver en su mirada el recelo que le había despertado esa pregunta.

—¿Quieres algo de ella? —preguntó secamente.

Velthen se encogió de hombros.

—Tan sólo saber cómo se encuentra. Los enanos dicen que no le sienta bien la travesía en barco.

—Los enanos hablan demasiado.

—Se preocupan por ella —repuso el joven, con cierto tono de indignación ante tanta suspicacia—. Todos nos preocupamos por ella.

Íniel giró la cabeza y enarcó una ceja. En lo referente a Iyúnel, nadie podía decir una palabra más alta que otra. Mucho menos dejar en evidencia el malestar que sufría desde que el barco se puso en movimiento. La princesa jamás había navegado, como la mayoría de habitantes del pueblo de Onun.

—Preocupaos de saber hacia dónde hemos de dirigirnos —espetó—. Si lo que queréis es ayudarla, decididlo ya. Su angustia pasará cuando volvamos a estar en tierra firme.

Las cabezas de los enanos aparecieron por el hueco de la

escalera, acompañándolos iba Iyúnel. El rostro de la princesa no podía ocultar que aquel viaje no le estaba sentando nada bien. Su pálida piel estaba, si cabía, mucho más blanca y habían aparecido unas ojeras violáceas bajo sus ojos. No obstante, no había perdido ni un ápice de su belleza. Tóbur y Gorin la ayudaron a estabilizarse, sujetándola lo más cuidadosamente posible. Velthen hubiera dicho que le resultaba entrañable ver la dulzura y el cariño con la que los enanos trataban a Iyúnel.

Cuando la princesa lo vio, le dedicó una sonrisa. El muchacho sintió cómo se le aceleraba el pulso. Ya debía estar acostumbrado a la presencia de Iyúnel y a sus gestos llenos de cortesía, pero no podía evitar que la sangre galopara por sus venas cada vez que sus ojos se encontraban.

Elebrian y Ubarín también salieron de las bodegas. El habarii se había mostrado distante y esquivo durante los dos días de viaje. No era de extrañar. Los había traicionado, por mucho que luego enmendase su error, y aquello era una herida de las que tardaba tiempo en cicatrizar, si es que lo hacía algún día. Los enanos lo dejaban solo únicamente cuando se interesaban por el estado de Iyúnel, y entonces era Márdinel quien no le quitaba los ojos de encima. La negra sombra de la duda siempre planearía sobre él.

—¿Cómo os encontráis, mi señora? —le preguntó Velthen, esbozando una sonrisa amable.

—Se podría decir que mejor que las noches pasadas —ella también se obligó a sonreír—. Las náuseas y los vómitos me han abandonado, y sólo persiste la sensación de aturdimiento. No te preocupes, en peores situaciones me he visto, ¿no estás de acuerdo?

Desde luego que un mareo podría equipararse a un leve cosquilleo en comparación con los avatares que habría sufrido durante su cautiverio con los ogros del Valle de Rumm. Velthen asintió.

—Deberíamos decidir hacia dónde vamos —insistió Íniel—. Ya hemos llegado al mar, demos el siguiente paso.

El barco ya parecía tener un rumbo estable, de modo que Ectherien abandonó el timón para reunirse con el resto de compañeros. Al pasar al lado de Velthen, le dio una palmadita en el hombro. Dálfvar los había tenido que dejar, y con él había perdido a un gran amigo, pero tener a Ectherien a su lado compensaba la

pérdida del mago. Su presencia reconfortaba a Velthen.

—¿Y bien? —repuso, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¿A dónde vamos?

—Creo que la mejor opción sería poner rumbo a Lagoscuro —propuso el capitán montaraz—. Estaremos arropados por los nuestros y su ubicación nos permite estar en contacto con Dür Areth y los guardianes de la Muralla. Estaremos informados sobre todo lo que ocurre más allá de la frontera.

—Onun está sangrando, capitán —la voz de Iyúnel no tembló al referirse a su reino, el cual estaba a punto de capitular, si no lo había hecho ya—. Mi padre ha muerto y desconocemos el paradero de mi hermano. Si la guerra no ha llegado a las puertas de la Muralla, poco le faltará.

—Nos separa un mundo de Lagoscuro —dijo Íniel—. ¿Cómo llegaríamos?

—Bordeando la costa hasta llegar a la desembocadura del Úrnor —explicó Ectherien—. Remontaríamos el río hasta que deje de ser navegable. Luego continuaríamos a pie hasta llegar al Bosque de Árnor.

—Lo que propones implica un largo viaje en barco —se aventuró a decir Ubarín, que fue asaeteado con miradas llenas de reproche. Por primera vez, el jinete del desierto parecía ofendido—. ¿Acaso hablo sin sentido? Fijaos en la princesa. Llevamos dos días de travesía y ya está enferma.

—No os preocupéis por mí —Iyúnel intentó mantener intacto su orgullo y la dignidad que le quedaba—. Me acostumbraré.

—Cuanto menos tiempo pasemos en esta cáscara de nuez, mejor —apuntó con su voz ronca Tóbur—. Los enanos nunca hemos sido marineros, y el agua es traicionera.

—Desembarquemos en las costas próximas al Bosque Longevo y atravesemos las montañas. El Ered Durak y nuestro pueblo nos darán una bienvenida digna de héroes —añadió Gorin.

—No sabemos qué nos podremos encontrar bajo la montaña ni sobre ella —señaló Ectherien—. Recordad que la última vez que estuvisteis con los vuestros os masacraron los orcos y los ogros. Sería muy arriesgado tomar los caminos del Ered Durak.

—Es igual de arriesgado que atravesar, a campo abierto, medio Cáladai hasta llegar a vuestra ciudad, montaraz —gruñó Tóbur.

—El enano tiene razón —dijo Ubarín—. Además, yo no confiaría en la buena voluntad de Cáladai. A estas alturas ya deberían saber que la guerra avanza hacia sus tierras y aún no han hecho movimiento alguno.

—¡Vaya, qué gran consejo nos ha dado el traidor! —era la voz de Márdinel, que se incorporaba en ese momento a la conversación. Llevaba su arco en la mano—. No fiarnos de Cáladai. ¿Acaso piensas que todos los pueblos de la Tierra Antigua son tan mezquinos y traicioneros como tú?

Velthen observó cómo un brillo de rencor relampagueó en los oscuros ojos de Ubarín.

—Puede que él sea un traidor —intervino Íniel—, pero te recuerdo que fue tu Regente el que no intervino cuando nuestro rey cayó y cuando nuestras tierras fueron invadidas.

Ahora era a Márdinel a quien le refulgían los ojos.

—Discutir entre nosotros no tiene sentido —dijo Velthen, anticipándose a la réplica del joven montaraz—. Ya lo hicimos en el desierto y sólo nos sirvió para perder el tiempo y casi la vida.

—Velthen tiene razón —asintió Ectherien—. Nos guste o no, estamos juntos en esto y separarnos sólo nos perjudicaría.

Hubo unos momentos de silencio, roto únicamente por la brisa y el mar, rompiendo en la proa de la embarcación. Aquella era una cuestión importante que podía marcar el rumbo de los acontecimientos. ¿Hacia dónde dirigirse? Después de tantos giros, pesares y aventuras vividas, Velthen se sentía más perdido que de costumbre. ¿Qué se querría de él? ¿No debería asumir el liderazgo y marcar el camino de la compañía? Pero, ¿a dónde dirigirse? No, él no se sentía líder en absoluto, y mucho menos le atraía la idea de tomar decisiones tan importantes. Eran los demás los que esperaban algo de él, no él mismo. Era mejor que lo guiaran, no habría problemas. Velthen haría lo que le pidieran, ir a Lagoscuro y penetrar en la Cueva si era necesario. Que las decisiones las tomasen otros por él. Ya habría tiempo para asumir responsabilidades.

De pronto, Velthen cayó en la cuenta de que el único que no se había pronunciado era Elebrian, el elfo invidente. Permanecía serio, firme y grácil como un junco, con una mano apoyada en el pomo de su magnífica espada y los ojos vendados. Una imagen que inspiraba

respeto y admiración.

—¿Tú no opinas nada? —le preguntó—. Gracias a ti estamos con vida. Es justo que te pronuncies.

Elebrian no se inmutó, parecía que no había escuchado las palabras de Velthen. Continuaba impasible, mirando con sus ojos ciegos algún punto imposible de ver para aquellos que lo hacen con los ojos. Su larga cabellera castaña ondeaba con la brisa marina.

—Da igual el rumbo que tomemos —dijo al fin, con voz pausada —. Todos los caminos nos conducen al mismo.

—¿Y cuál es ese camino, elfo? —preguntó Gorin, desconfiado.

—El mismo que nos ha traído a todos aquí. El que ha hecho que el destino junte nuestros pasos: la guerra.

—La guerra —Márdinel meneó la cabeza y volvió a dejar ver aquella sonrisa irónica que tantas veces lucía en su rostro—. ¿Nos enrolamos en una milicia, entonces? O quizás podríamos escabullirnos entre los bosques y emboscar a los enemigos. Seguro que el lobo del herrero alimenta más su leyenda…

—Basta ya, Márdinel —le reprendió Ectherien.

—Onun está invadido —Iyúnel miraba al suelo de la cubierta, pensativa—, Cáladai se halla sumido en intrigas, y si no recuerdo mal Dálfvar no quería atravesar las montañas. Eso sólo nos deja una opción: Páravon.

El reino de los caballeros. Velthen únicamente conocía Páravon de oídas, pero siempre le había atraído, como aprendiz de herrero, la posibilidad de viajar a ese lugar. Las mejores armaduras, espadas y lanzas se decían que las portaban los caballeros de Páravon, que eran los más diestros jinetes y que su código de honor los convertía en los mejores soldados de todo el continente, superando en destreza a los Caballeros de Plata de Cáladai.

—Páravon está mucho más lejos que Lagoscuro —dijo Gorin nada convencido—. Eso implicaría un viaje más largo por mar.

—Al menos no habría que remontar el Úrnor —opinó Ubarín—. Ganaríamos tiempo.

—Y de todos los posibles lugares donde ir, parece el más seguro.

Velthen observó las caras de Íniel y los enanos, que no parecían nada satisfechos con la idea de permanecer navegando más tiempo del estrictamente necesario. Iyúnel, por el contrario, parecía aceptarlo con estoicidad. En verdad, no quedaba otro remedio,

gustase o no. Eran una pequeña compañía que había escapado de las garras de los mercenarios de Eren-Ban, a los que perseguían un grupo de elfos oscuros y a cuyas cabezas se les había puesto precio. Páravon era el sitio adecuado para alejarse de los cazarrecompensas y encontrar más aliados.

En ese momento, el imperturbable Elebrian levantó la cabeza, como si mirase al cielo. Parecía concentrado en captar algo que los demás ni siquiera intuían. El elfo, pese a estar ciego, no había dado muestras de necesitar ayuda de ningún tipo. Casi parecía mucho más despierto que el resto de compañeros, atento a cuanto le rodeaba, como si varias voces que ellos no podían oír le hablaran únicamente a él.

Por inercia, el resto de la compañía levantó la vista, intentando buscar aquello que el elfo parecía esperar. La figura del halcón que siempre lo acompañaba no tardó en perfilarse entre el blanco azulado de las nubes y el cielo. El ave descendía, iba directamente hacia ellos. Elebrian extendió su brazo y esperó a que se posase y, cuando lo hizo, comenzó a darle una serie de picotazos suaves, como si estuviera comunicándose con él. Aullido Blanco levantó el hocico y olisqueó, curioso, ante la presencia del halcón.

—Creo que el viaje a Páravon no va ser posible —dijo el elfo, una vez el ave dejó de picar en su brazo—. Ectherien, sube al castillo de popa y dime lo que ves.

El capitán de los montaraces tan sólo frunció el ceño, un claro gesto de inquietud ante la petición de Elebrian, pero no se demoró ni un segundo al hacer lo que éste le pedía. Velthen no pudo reprimir el instinto de salir tras él y, cuando se quiso dar cuenta, ambos estaban oteando el mar. Había una fina bruma que flotaba por encima del agua, una pequeña cortina lo suficientemente fina como para dejar ver tras ella las amenazantes siluetas de varias embarcaciones. Eran barcos de Eren, no había duda.

—¡Nos siguen el rastro! —Gritó Ectherien, abalanzándose sobre el timón—. ¡Los mercenarios han dado con nosotros!

Velthen escudriñó una vez más el horizonte. ¿Cómo podía ser? Creía que les llevaban ventaja. Las naves perseguidoras eran tan sólo formas oscuras tras la neblina, pero lo suficientemente nítidas como para reconocerlas.

—¿Cómo han podido recortarnos tanta distancia? —escuchó

preguntar a uno de los enanos. Sus voces roncas sonaban muy semejantes, y el viento que iba cortando la embarcación tampoco ayudaba a distinguirlas.

—Eren siempre fue un pueblo avezado para el mar —contestó Elebrian—. Era cuestión de tiempo que nos alcanzaran. Sus naves son las más rápidas de todo el continente, por eso sus piratas controlaron durante años el Mar del Naciente.

Velthen se acercó al timón. Ectherien, mantenía sus mandíbulas muy apretadas, lo sujetaba con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

—No podemos ir a Lagoscuro —le dijo, pero sin esperanza de que le escuchase—. Nos darán caza mucho antes.

—Hemos de variar el rumbo —les gritó Iyúnel, poniéndose ambas manos alrededor de la boca—. Aún tenemos ventaja para intentar despistarlos.

Velthen bajó con el resto de la compañía. Intercambiaban miradas, confusos. Estaba claro que no contaban con un contratiempo así. Velthen se reprendió por ello. Debían haberse dado cuenta de que, con esa embarcación, no podrían llegar muy lejos si los perseguían. Además, Xou Kanh no estaría dispuesto a perder aquello que le cubriría de oro.

—Antes de que caiga la noche de hoy nos habrán alcanzado —dijo Ubarín, que se había asomado para divisar las naves de los mercenarios.

—¿Cuántas naves son? —preguntó Íniel.

—Es difícil decirlo —contestó Velthen—. Apenas se distinguen las primeras líneas; puede que sean cinco o seis.

—Nos tienen en muy alta consideración —se burló Tóbur—, como para enviar tantos barcos tras nosotros.

—Seguramente se trate de toda la flota de Xou Kanh —intervino Elebrian—. Las más ligeras vendrán tras nosotros, puede que con tres sean suficientes para capturarnos y no fracasar en el intento. El resto pasarán de largo.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó Iyúnel.

El elfo agitó el brazo donde reposaba el halcón. El ave alzó el vuelo y se dirigió hacia la flota de Eren. Aquel animal se había convertido en los ojos del invidente, y ese hecho no dejaba de maravillar a Velthen. Se preguntó qué clase de vínculo podría

tejerse entre Aullido Blanco y él. ¿O tal vez aquellos prodigios estaban reservados a los elfos?

—El Bosque Longevo llega casi hasta estas costas —Elebrian parecía hablar consigo mismo.

Los enanos se pusieron tensos cuando escucharon al elfo ciego mencionar ese lugar.

—Ese bosque está maldito —dijo Gorin sin ocultar el temor en sus palabras—. Ningún enano en su sano juicio lo ha cruzado. Jamás.

—Entonces os convertiréis en los primeros —ironizó Márdinel.

—En él habitan seres monstruosos —añadió Tóbur, que se frotaba las manos nervioso—. Criaturas que durante milenios se han dedicado a masacrar a todo aquel enano que osaba adentrarse en el bosque.

—¿Orcos? —preguntó Velthen.

Tóbur meneó la cabeza pesadamente.

—Eran híbridos entre hombre y caballo —contestó—. Centauros.

—Los centauros se extinguieron, enano —Márdinel hizo un gesto con la mano, restando importancia a las palabras de Tóbur—. Igual que se extinguirán nuestras vidas si no pensamos algo y rápido.

—No tenemos muchas más opciones —Ubarín se acarició su barbita y miró a Velthen. ¿Esperaba que fuese él quien tomara la decisión?

—Que sea el joven Velthen quien decida —Elebrian parecía haber leído los pensamientos del habarii.

Sintió cómo los ojos de todos sus compañeros se posaban en él. Estaba claro que, si lo consideraban el Elegido, debían comenzar a dejar que los guiase. Sintió nauseas ante tal responsabilidad. Una mala elección y todos estarían perdidos. El corazón le latía con velocidad, observó los ojos azules de Iyúnel esperando algo de él, puede que necesitaran que ejerciera de líder, que se alzara como aquel que ellos esperaban que fuese… Aunque él no lo creyera del todo. No había tiempo de vacilar. Debía asumirlo.

—Buscaremos el amparo en el Bosque Longevo.

Elebrian giró la cabeza hacia su voz. Velthen creyó intuir una leve sonrisa que asomaba de los labios del elfo.

—Sea así, Lobo Blanco.

LA MARCHA DE LOS ENANOS

El número de efectivos que quedó a cargo de la guardia y custodio de Karak-Dür era casi simbólico. Un pequeño ejército de enanos, los suficientes como tratar de reconstruir los daños provocados por el ataque de Anäzhádreon, el dragón azul, y los trasgos. Aquella batalla había hecho mella en ellos, reduciendo su número drásticamente, una trágica victoria que había menguado sus fuerzas tanto como para tener que calcular meticulosamente la cantidad de efectivos que se quedarían protegiendo la ciudad bajo la montaña y los que marcharían fuera de ella, rumbo a la guerra.

Hubo que tratar de equilibrar la balanza lo suficiente como para no dejar desprotegida Karak-Dür sin mermar las fuerzas de los contingentes que lideraban los tres reyes de los clanes enanos. Aun así, a juicio de Glósur, seguían siendo demasiado pocos. Trecientos enanos divididos en tres grupos saldrían de las entrañas de la montaña para marchar a la guerra. Insuficientes como para plantar cara al vasto ejército del que les había hablado Dálfvar, y eso sin contar los posibles contratiempos que encontrasen en su camino. Sólo esperaba que los pueblos humanos estuvieran unidos y que contasen con más medios que ellos.

Así pues, los trescientos enanos se dividieron en tres grupos encabezados por cada uno de los reyes de los clanes: Rurin marcharía con Glar, mientras que Násur lo haría con el resto de su clan. Glósur, pese a ser un Barbablanca, partiría junto con Sorian y Dálfvar. La verdad era que al veterano enano, después de todo lo sufrido y compartido con el rey de los Yunqueternos, le reconfortó poder marchar a su lado. Decidieron dejar una jornada de distancia entre grupo y grupo, de ese modo, en caso de haber dificultades, no los tomarían a todos por sorpresa. Násur, como no podía ser de otra forma, se ofreció voluntario para marchar el primero con los suyos. Los Rocasangre siempre fueron así, les gustaba estar en vanguardia, no temían a la muerte y para ellos caer en un digno combate era un glorioso final. Los segundos en partir fueron el grupo de Glósur,

Sorian y Dálfvar y, por último, el grupo de Rurin.

Antes de iniciar la marcha, establecieron un código secreto de símbolos que serían tallados en las paredes de la montaña para ir informando a los siguientes grupos de lo que se encontrarían más adelante. Se fijaron símbolos para indicar que el camino se hacía más estrecho, si había pendientes muy pronunciadas, caminos que seguir en caso de encontrar bifurcaciones y, en la peor de las circunstancias, la presencia de enemigos. Más valía estar prevenidos ante cualquier eventualidad, y todos habían sufrido demasiadas de un tiempo a esta parte.

Las primeras cuatro jornadas las pasaron bajo la montaña, recorriendo los antiguos caminos de los señores enanos que antaño consiguieron una gran fortuna estableciendo rutas de comercio con los hombres. Básicamente, el pueblo enano les vendía joyas, piedras preciosas, minerales y mithril, la preciada plata enana que tanto se utilizaba en cotas de malla y armaduras. Aunque, siendo escaso como era, los comerciantes solían vender pequeñas cantidades y a precios tan altos que sólo podían aspirar a comprarlo los más grandes señores de los hombres.

—Recuerdo aquellos tiempos —dijo Dálfvar, mientras caminaban entre las ruinas de las antiguas ciudades y se maravillaban con las obras de los maestros constructores enanos—. Sí, solía frecuentar las grandes ferias de mercado que hacían vuestros antepasados. Fue una época dorada para vuestro pueblo.

—Resulta irónico vernos así ahora —gruñó Sorian.

El camino discurría entre estas ciudades fantasmas, sin muros ni portones. Aquí y allá, la vista ofrecía restos de majestuosas columnas que tiempo atrás decoraran salones fastuosos donde, con toda seguridad, se celebraron opulentos banquetes con carne a la brasa y ríos de cerveza. Ahora no moraban en ella ni las alimañas que se ocultan bajo la tierra, tan sólo quedaba un silencio sepulcral roto ocasionalmente por un tenue y lejano goteo. Era un paraje muerto, los restos de un linaje desaparecido.

—Hay muchas historias de aquella época —dijo Glósur—. Algunas son leyendas, estoy del todo seguro.

—¿Cómo cuáles? —quiso saber el mago.

Glósur se mesó la barba antes de contestar.

—Recuerdo que mi padre me contó historias, cuando mi barba

apenas era una sombra en mi cara, sobre una armadura de mithril que el último rey de Cáladai encargó a nuestros herreros. Sí, recuerdo cómo me hablaba de aquello con una pasión contagiosa.

—Sí, yo también he oído hablar de aquella leyenda —intervino el rey Sorian—. La armadura que le fue robada de su tumba por los de su propia sangre para reclamar el trono de Cáladai.

—Y fue entonces cuando cayó la maldición sobre los hombres —continuó Glósur—. Cuando los elfos les despojaron de la espada del rey y vaticinaron la ruina de su linaje y de su pueblo hasta que llegase un Elegido. La armadura, según cuenta la leyenda, nos la devolvieron para que nosotros la custodiásemos hasta la llegada del legítimo rey, y los grandes señores enanos decidieron esconderla en una cámara tan secreta y tan oculta que el tiempo consiguió borrar de nuestra memoria.

—Y nadie la ha encontrado, supongo —sonrió Dálfvar mientras caminaba apoyándose en su vara.

Sorian soltó una sonora carcajada, que hizo temblar las ruinas de la ciudad.

—No llegaría yo a los ochenta años cuando decidí embarcarme en una aventura para buscar esa mágica armadura. Convencí a varios camaradas, tan jóvenes e imberbes como yo, para realizar aquella heroica empresa. Regresamos, como os estaréis imaginando, con las manos vacías, cubiertos de mugre y yo con un tobillo dislocado. Las voces de mi señor padre se escucharon en todos los salones de Éridor.

—¡Interesante aventura! —dijo el mago.

—Era joven e ingenuo. Todos hemos pasado por esa etapa, incluso nuestro ceñudo camarada Glósur. ¿No es cierto? Admítelo.

El veterano Barbablanca se encogió de hombros.

—Admito que la historia me fascinaba, o tal vez fuera la forma de contarla de mi padre. Pero jamás se me ocurrió salir en su busca —y dirigió una mirada llena de socarronería hacia Sorian.

—¡Vamos, ya he dicho que era joven e ingenuo!

—Pues a mí me parece de lo más fascinante e inspirador —dijo Dálfvar, que parecía estar divirtiéndose con aquello—. El joven príncipe Sorian de los Yunqueternos en busca de una reliquia. Se podrían componer canciones sobre aquello.

—Posees una ironía tan fina como como los cabellos de un elfo,

mago. Nadie canta canciones sobre locos que intentan cazar una leyenda.

—Conviene no olvidar las leyendas —la sonrisa de Dálfvar no cesaba de bailar en sus labios, casi ocultos por el poblado mostacho y la barba—. Suelen nacer de la historia olvidada.

—¿Acaso crees en la existencia de ese tipo de reliquias? —le preguntó Glósur.

—Cuando sumas tantos años como los que yo tengo, aprendes a creer en lo increíble.

—Estos magos, como siempre, hablando con enigmas —refunfuñó Sorian.

Cuando dejaron las ruinas de las ciudades enanas atrás, el paisaje varió completamente. Una yerma extensión de piedra se extendía ante ellos, salpicada con los restos de escaleras que conducían a las entrañas del subsuelo. Aquí y allá aún quedaban restos de huesos de enanos, quizá fosilizados por el paso del tiempo, dotando a aquel lugar de un aspecto mucho más lúgubre y funesto del que ya tenía.

—La Desolación de Harul-Düm —dijo Sorian con gravedad—. Nuestra hora más oscura: Las Guerras Enanas.

Glósur asintió. Era un capítulo de sobra conocido en la historia de los enanos; una mancha vergonzosa en las crónicas que narraban desde su ascenso hasta sus días más aciagos.

—Conocer y aprender la historia, por dura que pueda ser ésta —intervino Dálfvar—, nos ayuda a no repetir los mismos errores de nuestros antepasados. Y vosotros aprendisteis de ellos.

—A costa de mucha sangre. Aquellas luchas se convirtieron en un genocidio —apuntó Glósur, mirando los huesos que parecían clavar sus cuencas vacías en él. Parecía una estupidez, pero el veterano Barbablanca hubiera asegurado que aquel lugar conservaba recuerdos dolorosos, y que las voces de guerra, los lamentos y gritos del fragor de la batalla, aún estaban allí. Tan solo había que cerrar los ojos y guardar silencio para poder escucharlos.

—Insisto: aprendisteis de vuestros errores —dijo el mago—. Al menos, vosotros evitasteis que vuestro pueblo se dividiera como sucedió con los elfos.

La Guerras Enanas fueron un suceso tan oscuro que pocos enanos se animaban a hablar de él. A diferencia de los elfos de

Asuryon, que vieron cómo su raza se dividía y quedaba marcada por derechos de linaje y tradiciones, ellos se enfrentaron los unos sobre los otros por la supremacía de los clanes. En aquellos tiempos no existía un Gran Rey de todos los clanes, sino que cada reino enano era regido por un soberano que no tenían a nadie por encima de él. Su voluntad se acataba y su clan sólo le obedecía a él. Como era de esperar, hubo reinos que crecieron más que otros, principalmente aquellos más próximos a los yacimientos de piedras preciosas, minerales y plata enana, aquellos que comerciaban con hombres, elfos y otros enanos. Otros clanes, por el contrario, parecían marchitarse como una flor sin agua, obligados a tener que pagar a su propio pueblo para conseguir material con el que comerciazar. Aunque aquello nunca fue suficiente.

Puede que movidos por la envidia hacia los clanes más prósperos, o bien cansados de no recibir ayuda de aquellos a los que mejor les iban las cosas, unos clanes se levantaron en armas contra otros. Al principio fueron la fracción rica contra la fracción pobre, pero más adelante comenzaron las traiciones y confabulaciones contra los reyes enanos que parecían destacar por su liderazgo, su carisma o sus victorias en el campo de batalla. Muchos de aquellos clanes fueron exterminados a manos de sus propios hermanos, muchos grandes reyes murieron, combatiendo contra sus propios camaradas o bien traicionados por su propia gente. Fue una época de gran horror que casi acaba con la existencia del pueblo enano.

Fue entonces cuando un guerrero que decía no identificarse con ningún clan se alzó por encima del resto. Era el líder que muchos estaban esperando. Consiguió aplacar las contiendas entre clanes a base de diplomacia y estrategia. Pronto hubo reyes que pusieron las hachas a sus pies, prometiendo vasallaje a cambio de paz. Él aceptó y juró no tomar decisiones dentro de cada clan, a menos que hubiera disputas que solucionar o grandes diferencias que favoreciesen a unos y perjudicasen a otros. Su nombre era Dwádur, y su linaje llega hasta los días de Dalin.

En aquel mismo lugar, por donde ahora estaban pasando, aconteció la última gran batalla de los enanos. Allí perdieron la vida grandes personajes como el rey Bulman Puño de Piedra de los Barbablancas, Toil Piel de Trasgo, Nundu Barbazul, o el rey Grúmbar el Gigante del desaparecido clan de los Sangremithril,

entre muchos otros. Nombres que todos los enanos conocían en la actualidad y admiraban de un modo u otro. Sus héroes caídos, aquellos que entregaron su vida por… ¿Por qué? Eso mismo se preguntaba Glósur. La muerte era algo por lo que enorgullecerse cuando la causa era justa, era algo muy propio del pensamiento enano, pero cuando ya has visto tanta muerte a tu alrededor, de compatatriotas no tan distintos de aquellos cuyos nombres forman parte de la historia; cuando la causa a la que sirves sólo te arrastra al sufrimiento y al dolor hasta entregar tu propia vida y causarle más dolor a aquellos que te quieren… ¿Acaso era admirable? ¿Acaso la causa de Toil Piel de Trasgo era más honorable que la de alguno de sus compañeros caídos a la sombra del Ered Durak? Posiblemente, no.

—¡Mirad! —Dijo uno de los enanos, señalando al frente—. Una de las puertas de acceso. ¡Salimos fuera de la montaña!

Para Glósur, fue reconfortante volver a sentir el aire fresco de la mañana y el brillo cegador de la luz del sol. Sintió cómo sus energías, que parecían menguar a cada paso que daba, se revigorizaban. No pudo evitar sonreír y sumarse a los gritos de alegría de todo el grupo una vez hubieron salido al exterior. Hasta el viejo mago reía y le daba golpecitos en la espalda.

—Fijaos ahora —dijo Dálfvar—. La senda que se presenta ante nosotros es serpenteante y peligrosa. Se podría decir que nuestro principal enemigo es la propia montaña, de modo que extremad las precauciones y pisad firme.

—El grupo de Násur ya nos ha indicado el camino que han seguido —Sorian apuntaba con el dedo un círculo con un grueso punto en el centro grabado en las paredes de la montaña—. Fueron hacia el sur.

A continuación, el rey de los Yunqueternos sacó una pequeña daga e hizo una ligera muesca en la roca, una línea debajo del círculo que indicaba que todo estaba en orden y que el camino era seguro.

—No perdamos más tiempo y continuemos nuestra marcha, camaradas.

EL DESERTOR

Avanzaban muy despacio, más de lo que realmente Dúnel pensaba. Sí, era cierto, no podía pretender moverse rápido con un ejército de diez mil hombres a sus espaldas, pero no podía evitar tener la sensación de que estaban cediendo tiempo al enemigo. Así se lo hizo saber a sus capitanes, Lord Cásthiel de la Orden del Cisne Blanco, Lord Hásthar de la Orden del Halcón Avizor, y el capitán de su propia orden, Lord Acthel. Los tres consiguieron hacerle entender que mover un contingente tan grande era muy trabajoso. Había que procurar descanso tanto a los hombres como a los caballos para, en caso de entrar en batalla, estar lo más frescos posible. Además, toda la logística y el aprovisionamiento se transportaban en pesados carros tirados de enormes y lentos bueyes. Había que ser paciente y mantener la calma, sobre todo por la moral de la tropa.

—Tened paciencia, mi señor —le dijo Lord Hásthar, un hombre maduro que lucía entradas en su cabeza y cuya barba estaba salpicada de canas—. La batalla no irá a ningún lado.

Dúnel no tenía esa sensación, pero tampoco quería contradecir a sus capitanes. Si en algo había destacado su reinado era precisamente en dejarse aconsejar por aquellos que habían vivido varias veces los avatares de la guerra, aquellos que habían empuñado la espada y la lanza mucho antes de que él naciera. Hasta el momento, no le había ido nada mal.

La calma que imponían sus capitanes respondía simplemente a un estado de confianza y seguridad que carcomía al rey. Argumentaban que, fuera quien fuese el que había masacrado las aldeas próximas a la frontera con Olath, tendría delante a la Orden del León de Lord Umphas, y la Orden del Agua de Lord Rítheh ya había sido avisada.

—Ha llegado un cuervo desde Lándalon con el sello de los dos peces de Rítheh —le informó hacía dos lunas Acthel, el capitán de sus caballeros; un muchacho joven, vigoroso, con el pelo ondulado, castaño rojizo—. Pronto llegarán a la frontera de Olath y unirán sus fuerzas con las de Lord Umphas. El enemigo tendrá que plantar cara a un fuerte contingente de caballeros, mi señor. No debéis temer.

Dúnel lo despachó con un asentimiento de cabeza y una tenue sonrisa, no quería ser descortés con uno de sus más bravos caballeros. Acthel solo tenía veinte años y su carrera militar era imparable. Dúnel lo tuvo como escudero unos años, pocos pero suficientes como para darse cuenta de que su destreza con la espada, el escudo y la lanza demandaban un puesto más ambicioso. Era el más joven capitán de las órdenes de caballería y le quería como si se tratase de su hermano pequeño. Por eso no le quiso hacer partícipe de sus miedos. La Orden del Agua se uniría a la Orden del León… Pero lo cierto es que, desde que Umphas le envió aquel cuervo, poniéndole al corriente de sus sospechas, no habían vuelto a tener noticias suyas.

Si el Lord Comandante de los Leones estaba en lo cierto, Lánzolt se hallaba detrás de aquellos crímenes contra las aldeas. Dúnel se negaba a creerlo. Cada noche, antes de caer en los brazos poco reconfortantes de sus sueños, se decía a sí mismo que aquello no podía ser obra de su amigo, de su hermano. Lánzolt y él habían crecido juntos. Cuando el padre de este murió, junto con los hermanos de Lord Muras en una emboscada krull, el rey Dúbledor lo tomó como discípulo y le sometió a la misma educación que su propio hijo. Se entrenaron con el mismo maestro de armas, aprendieron las mismas tácticas militares, montaron en los mismos caballos… ¿Cómo iba a darle la espalda? ¿Cómo iba a traicionarlo?

Pero los hechos estaban ahí. Empalamientos. Decenas de inocentes aldeanos ensartados en picas de madera, convirtiéndose en una especie de bosque de los horrores. Dúnel agradeció no haber visto aquella grotesca imagen y se compadeció de aquellos cuyos ojos habían tenido que hacerlo. Ese método de tortura era propia de Lánzolt, no había duda. Había sido su sello durante años, durante la campaña que llevó a cabo en Búrdelon para erradicar la alta criminalidad que había en la ciudad. Había conseguido ser temido y respetado, había conseguido que los malhechores de todo pelaje no osaran ni mirar su ciudad, y se había enfrentado a innumerables críticas por parte de los demás caballeros que lo acusaban de violento, cruel y desproporcionado.

—Esta ciudad se pudría antes de que mi orden y yo pusiéramos un pie en ella —argumentaba con vehemencia—. Los problemas extremos exigen soluciones extremas. Mi objetivo ha sido cumplido.

¿Qué más da cómo lo haya hecho? Eran criminales aquellos que ahora adornan la explanada empalados, no merecían otra cosa.

Y ahora los empalados eran otros, eran los inocentes. ¿Qué podría haber llevado a Lánzolt a cometer semejante barbarie? ¿Qué afrenta podrían haberle hecho aquellas humildes gentes? No, debía de tratarse de otro enemigo. Alguien que quisiera sembrar la discordia entre ellos. Sí, eso debía de ser. Algún enemigo que, sirviéndose de los métodos de Lánzolt, estuviera intentado que la culpa de las atrocidades cometidas recayera sobre el Mariscal de los Dragones Rojos y sus caballeros.

Aún podía distinguir las murallas de Cárason y las torres del castillo de Brómmel desde donde se encontraban acampados, y aquello dejaba claro lo poco que habían avanzado. De hecho, ni siquiera habían cruzado el río Élbor. Lo harían siempre bordeando la costa, aunque aquello les dificultase la marcha y tuvieran que ralentizar su ritmo, pero consideraron que avanzar por los caminos que serpenteaban las playas y acantilados eran mejor opción que exponerse a campo abierto. Era una de las contradicciones que Dúnel no pudo evitar rebatir. Si eran un ejército tan poderoso como para permitirse el lujo de avanzar despacio, ¿por qué tener miedo a hacerlo por campo abierto?

—Incluso un ejército numeroso podría verse derrotado por un gran estratega en campo abierto —le dijo Lord Cásthiel—. Mejor no tentar a la suerte.

El día había amanecido soleado, no había ni rastro de nubes en el cielo azul intenso que cubría al ejército de Dúnel. Una buena noticia, sin duda, ya que aquello les permitiría ganar algo de tiempo, avanzar más deprisa sin tener que enfrentarse a las inclemencias meteorológicas. La temperatura era suave y la proximidad al mar hacía que la brisa fuera fresca, impregnada del olor a salitre. Era reconfortante, por supuesto, y aquello lo agradecían sus hombres, mostrando un estado de ánimo jovial y distendido.

Aunque al rey, ver a las tropas en una actitud tan relajada, no le tranquilizaba ni lo más mínimo. Su señor padre solía decir que un punto de tensión no era malo en absoluto, que ayudaba a los soldados a mantenerse siempre alerta, a no confiar en la calma que solía preceder la tormenta, y que los cementerios estaban repletos

de confiados sorprendidos en lugar de cautos previsores. Dúnel se preguntó si él habría obrado mal en ese sentido, si quizá debió ser más exigente con sus hombres de armas. Y es que un periodo de paz tan prolongado como habían tenido en los últimos tiempos oxida hasta al guerrero más bravo si este no saca a pasear su espada con regularidad.

La tienda del rey se encontraba en el centro del campamento y siempre estaba fuertemente custodiada por cuatro caballeros de la Orden del Hipogrifo. El tamaño de aquel acantonamiento era inmenso, las tiendas se alzaban en hileras perfectamente rectas, dejando pasillos tan perfectos como las calles de una ciudad. Los encargados de levantar el campamento lo tenían todo estudiado al milímetro, y siempre lo hacían de la misma forma para que no tuvieran que estar aprendiendo las referencias una y otra vez. De este modo, todo el mundo sabía cómo encontrar a todo el mundo.

Esa mañana, como cada día desde que salieron de Cárason, Dúnel dejó su tienda para irse a los establos. El rey de Páravon, como todo caballero del reino, sentía un especial apego hacia su montura. Jinete y bestia eran uno solo cuando entraban en combate, y bien sabido era que nadie podía igualar en destreza a los lomos de un caballo a los caballeros de Páravon. Los educaban desde niños a respetar y entender a los corceles que iban a montar, tomándolos cuando eran potros y consagrándose desde ese momento a su adiestramiento. El caballo siempre respondería ante su jinete y viceversa. El rey no era menos. Acostumbraba a cepillarlo mientras le hablaba suavemente, como si se tratase de un amigo, de un confidente. Hacía salir a todos los mozos de cuadras para quedar a solas con su montura, un ejemplar alazán de crines y cola abundantes, y exponerle sus preocupaciones. A veces, la mirada inteligente del animal bastaba para convencer a cualquiera de que entendía cuanto le susurraba su señor.

No había recorrido ni la mitad del camino cuando escuchó un gran alboroto cerca de donde estaba, justo detrás de unas tiendas que quedaban a su derecha. Escuchó gritos de otros hombres, exigiendo castigo entre otros exabruptos. A Dúnel aquello lo extrañó, nunca se había dado un caso de amotinamiento dentro de las huestes de Páravon, los votos de caballeros que pronunciaban eran sagrados y nadie osaba romperlos. Les hizo un gesto con la

cabeza a los dos hombres que llevaba como escolta personal, indicándoles que quería acercarse para ver qué ocurría.

—¿Estáis seguro, mi señor? —le preguntó dubitativo uno de sus escoltas—. Quizá sea más conveniente que se ocupen los capitanes.

—No —dijo Dúnel, tajantemente—. Quiero saber qué ocurre.

Entre una nube de polvo y gritos, un buen número de soldados se arremolinaban alrededor de un joven sucio y magullado al que llevaban a rastras, atado por las manos con una cuerda. Le lanzaban piedras, patadas, intentaban darle golpes o tirarle del pelo. El muchacho parecía exhausto y dolorido a causa del linchamiento al que estaba siendo sometido y procuraba, a duras penas, mantenerse en pie mientras los hombres le insultaban y escupían.

—¡Desertor! —alcanzó a escuchar Dúnel entre el griterío—. ¡Es un maldito bastardo que intentaba huir!

La escolta de Dúnel intentó hacer que guardaran las formas ante la presencia del rey, y poco a poco el bullicio fue moderándose.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Dúnel, cuyos ojos no se apartaban del desgraciado joven.

—Mi señor —uno de los que tironeaban de la cuerda con la que lo arrastraban dio un paso al frente e inclinó la cabeza en señal de respeto—, hemos sorprendido a este malnacido intentando robar uno de nuestros caballos. Tenía las alforjas cargadas de comida de la reserva de provisiones, así como varias piezas de oro y plata. Intentaba dejar el campamento, el muy villano.

El muchacho no llegaría a los veinte años. Tenía el pelo pajizo y la piel muy blanca. Seguramente nunca antes hubiera estado tan cerca de la batalla. Boqueaba, estaba sucio, sudado y le recorrían varios hilillos de sangre por toda la cabeza.

—Dime tu nombre —le exigió Dúnel. El muchacho, jadeante, no dijo nada.

—¡Responde a tu rey, perro! —le gritó uno de los que estaban al lado del prisionero, al tiempo que le daba una patada. El muchacho hizo un sonido ahogado y se quedó unos segundos sin respiración tirado en el suelo.

Dúnel frunció el ceño y levantó una mano demandando calma a los agitados soldados.

—Desatadle —ordenó.

—Pero mi señor —replicó el que le había propinado la patada—,

es un desertor. Desatarle podría resultar…

—¿Peligroso? —le interrumpió el rey ladeando la cabeza—. Fijaos en él. Le cuesta incorporarse. No representa ninguna amenaza. Vamos, cortadle esas cuerdas.

Vio como uno de los soldados allí presentes se encogía de hombros y sacaba una daga. Con un movimiento seco liberó al muchacho de las cuerdas que le mantenían las manos a buen recaudo. El joven perdió el equilibrio de nuevo al intentar apoyarse sobre sus brazos. Las fuerzas le fallaron y se dio de bruces contra la tierra. Dúnel dio unos pasos y se acuclilló delante de él.

—¿Cómo te llamas? —la voz del rey sonaba ahora más cercana, casi reconfortante.

El joven tosió con fuerza un par de veces y escupió sangre. Consiguió sentarse en el suelo y tardó unos segundos en enfocar a su interlocutor.

—Hálel, mi señor, hijo de Haurin —consiguió decir de manera ronca, casi inaudible.

Dúnel escrutó el rostro del joven. Parecía demasiado bisoño como para ser un hombre de armas.

—Tú no eres un soldado, ¿verdad?

Hálel negó con la cabeza.

—¡Di entonces qué hacías aquí, escoria! —gritó uno de sus captores, agarrándole de la nuca de manera brusca.

A Dúnel no le gustó en absoluto aquel gesto. Alargó la mano y cogió de la muñeca al soldado, que se quedó parado.

—Eso mismo debería preguntaros a vosotros —le fulminó con la mirada—. Me gustaría saber cómo un muchacho que jamás ha empuñado un arma se ha colado en un campamento repleto de los mejores caballeros de Páravon.

Nadie dijo nada. El soldado soltó al chico, visiblemente azorado. Dúnel volvió a centrarse en él.

—Cuéntanos tu historia, Hálel.

—Mi padre era molinero —dijo casi sin aliento— allá en las tierras de Búrdelon, cerca de la ribera del río Viejo.

El corazón de Dúnel se aceleró. Abrió tanto los ojos que creyó que se le saldrían de las órbitas.

—¿Fuiste testigo de las matanzas que…?

—No, mi señor —le interrumpió rápidamente Hálel—. Yo me fui

de la aldea cuando comenzaron a suceder cosas extrañas tras los muros de la ciudad.

—¿Cosas extrañas?

—Sí, mi señor. Primero comenzó en sus inmediaciones. En los cementerios —el muchacho comenzó a temblar de pies a cabeza.

—Habla, continúa.

Hálel tragó saliva.

—Al principio no quise creerlo. Todos sabemos cómo son las viejas de las aldeas y lo mucho que les gusta asustar a los niños. Hablaban de voces y lamentos que se escuchaban por la noche, de neblinas etéreas que flotaban en los cementerios y en cómo al día siguiente aparecían las tumbas abiertas vacías, y la arena marcada con dedos invisibles que la arañaban. Yo no quería creerlo, mi señor, no quería.

De pronto, Hálel se derrumbó y empezó a sollozar. Dúnel no daba crédito a aquello mientras veía cómo el cuerpo del muchacho era sacudido por la congoja.

—Tranquilo, Hálel —intentó consolarle el rey, poniéndole una mano en el hombro—. Prosigue, por favor.

—Me fui de la aldea —continuó entre sollozos—, estaba dispuesto a cerrar la boca a ese atajo de gallinas y demostrar a todo el mundo que todo eran habladurías y supersticiones. Me dirigí una noche a los cementerios que están a las afueras de las murallas de Búrdelon, quería reírme en la cara de toda la aldea, diciendo que había pasado la noche en uno de ellos y que no había visto fantasmas ni tumularios. Y realmente no los vi, mi señor.

—¿Entonces?

Hálel parecía fuera de sí, su mirada aterrada lo delataba.

—Salté las vallas de un cementerio y deambulé por él, jactándome de mi hombría y de lo mucho que iba a reírme cuando llegase a la aldea… Pero… Os juro, mi señor, que vi las tumbas vacías, las marcas de arañazos en la madera, en la tierra… Y luego… Luego comenzaron los gritos. No en el cementerio, sino en la ciudad, en Búrdelon. La niebla que envolvía la ciudad era densa, fantasmal, parecía refulgir en la oscuridad. ¡Y de ella provenían los gritos! Fui un cobarde, mi señor, salí corriendo en dirección a mi aldea, pero me perdí en la noche. No puedo deciros cuánto tiempo anduve vagando, y sólo cuando el sol apareció logré ubicarme.

Dúnel contenía el aliento escuchando cada palabra del asustado muchacho. No daba crédito a lo que estaba escuchando. No sabría decir si lo que contaba Hálel era real o fruto de su imaginación, pero de lo que estaba seguro era de que para el joven sí lo era.

—Tardé un día en llegar a mi aldea —prosiguió con el relato—, no sé siquiera cómo pude encontrar un camino de vuelta entre tanto bosque y monte. El caso es que al llegar… al llegar… —rompió a llorar.

—Al llegar los habían matado a todos —Dúnel ya conocía la respuesta.

—No fui testigo de la matanza, mi señor —dijo entrecortadamente—, pero vi a mis padres y hermanos ensartados en aquellos largos palos afilados… Toda la aldea… hasta los niños…

—Entonces decidiste huir de allí.

Hálel se abalanzó desesperadamente hacia Dúnel, tan rápido que a su escolta no le dio tiempo a impedirlo.

—Debemos alejarnos de ese maldito lugar, mi señor —le imploró mientras tres hombres trataban de separarlo del sorprendido Dúnel—. Marcháis en la dirección equivocada. ¡Regresad a la ciudad! ¡Escondeos tras sus altos muros y esperad a que todo el mal pase!

Dúnel se levantó bruscamente, rechazando coger la mano que le ofrecía un soldado para ayudarlo a incorporarse.

—¿Y para eso querías el oro y el caballo? —le espetó el rey—. ¿Para huir de la batalla?

Hálel parecía haber recuperado toda la fuerza que le habían quitado a base de golpes. Sin duda el miedo lo espoleaba.

—No huyo de la batalla, sino de los muertos que caminan. Mi señor, os lo suplico…

—Entiendo que para ti pueda parecer real, joven amigo. Pero lo cierto…

—¡No! —Bramó en un ataque de cólera, mientras forcejeaba para librarse de los soldados que lo sujetaban—. ¡No lo entendéis! ¡El enemigo al que pretendéis enfrentaros es la muerte misma! ¡Soltadme! ¡Dejadme marchar!

—Metedlo en una celda —ordenó Dúnel—, pero no oséis causarle más daño del que le habéis hecho ya.

—¡No! —Chillaba, completamente ido y aterrado—. ¡No me retengáis, no quiero morir así!

—Lleváoslo.

Debió de ser un movimiento endiabladamente rápido, porque Dúnel apartó un momento la mirada del muchacho y cuando se giró de nuevo hacia él, había conseguido arrebatarle una daga a uno de sus custodios. La escolta del rey desenvainó el acero tan pronto como vieron a Hálel armado, de igual manera que los soldados presentes. El rostro de muchacho era la viva imagen de la desesperación y la locura.

—¡Atrás! —Les gritó el infeliz—. ¡Dejadme marchar! No quiero hacer daño a nadie.

—Suelta esa daga, Hálel —le ordenó Dúnel entre sus escoltas—, o el que saldrá mal parado será tú. Estás rodeado por hombres armados, curtidos en batallas y cuyas espadas son prolongaciones de sus brazos.

Hálel, apuntando a todo el mundo con su arma, parecía dudar.

—No moriré aquí, no moriré de esa forma —murmuraba para sí como un demente.

No dio tiempo a impedirlo. El joven, cuyos ojos revelaban que el miedo lo había poseído, se puso la daga en el cuello y no le tembló el pulso cuando se segó con ella la garganta. Dúnel se lanzó desesperadamente hacia él, pero llegó demasiado tarde. La vida se le escapaba con la misma velocidad con la que la sangre salía de su cuerpo y empapaba las manos de Dúnel. ¿Acaso el miedo y las fantasías podían llevar a la muerte a un joven? Los ojos de Hálel dejaban claro que sí.

EL SITIO DE DÜR ARETH

El resonar de los cuernos se había convertido desde hacía ya rato en una melodía lúgubre que no hacía presagiar nada bueno. Un réquiem para todos aquellos que caerían irremediablemente ese día, valerosos héroes cuyos nombres el tiempo se ocuparía de borrar de toda memoria. Lúdebrand se preguntó cuántos habrían muerto y caído en el olvido, cuántos guardianes habrían dado la vida por ellos para no ser recordados jamás. Era un pensamiento poco alentador, pero dolorosamente cierto.

Los acontecimientos se habían precipitado desde su llegada a La Muralla. El Lord Comandante Thódred no había parado de gritar órdenes a los soldados, acompañado siempre por Morthorn, quien había asumido el papel de segundo al mando, y los Guardianes del Huargo Blanco se apresuraban para cumplirlas. Voces y más voces, imposibles de distinguir en mitad de aquel caos, de aquella tensión previa al conflicto. Era la hora de empuñar el acero, la oscura hora de la guerra.

Lúdebrand no recordaba cuándo ni quién le había proporcionado la cota de malla y la coraza de acero y cuero que ahora lucía, tampoco habría sabido decir en qué momento se acabó poniendo aquel atuendo. El tiempo parecía volar, incluso cuando miraba al cielo y aún veía el precioso cromatismo que ofrecía el l atardecer del norte. Todo se iba sucediendo demasiado rápido. Había perdido de vista a Arthan, y tratar de seguir a Morthorn o Thódred era casi una vana ilusión. El conde de Daroir deambulaba sin rumbo fijo, desubicado completamente y con la mente totalmente en blanco. Jamás había participado en una batalla como tampoco había tenido que dirigir un ejército. Durante su vida, jamás se lo había planteado. Para eso ya estaban los capitanes de la guardia de su ciudad, y ante una guerra, como la que parecía avecinarse, siempre pensó que grandes militares y soldados como Imrasel o Hemen comandarían las huestes del Regente. ¿Soñar con participar en una batalla en la Muralla rodeado de soldados juramentados como era la Guardia del Huargo Blanco? Ni en sus pesadillas más horribles.

Mientras caminaba, sentía el peso de la espada en su brazo, que colgaba en su costado derecho. Era como si sostuviera el tronco de un árbol. Apretó los dientes y se dijo a sí mismo que reaccionara. Era acero muy liviano, seguramente el mejor con el que pudieran dotar a sus soldados. Apretó los dientes, casi los hizo rechinar, y la empuñó con más determinación. Levantó la vista hacia el adarve de La Muralla, donde los bravos defensores ya estaban en sus posiciones con los arcos en ristre y las aljabas repletas de flechas. Escuchó de fondo el sonido de los trebuchets, los engranajes en movimiento que daban tensión al mecanismo listo para ser utilizado. Allí, en lo alto, fue donde localizó a Morthorn.

Entre empujones, maldiciones y demás muestras de tensión y nerviosismo, Lúdebrand se lanzó escaleras arriba como alma que llevase el diablo. No sabía qué iba a suceder, pero fuera lo que fuese quería estar al lado del joven capitán cuando sucediera. Morthorn también portaba un arco, pero lo llevaba colgado del hombro. En cambio, su espada parecía refulgir en su mano. Hacía ademanes, señalaba a una u otra dirección, intentando ubicar a sus hombres, cuyos rostros eran un crisol de emociones, todas distintas y a la vez tan parejas.

—Mi señor —le dijo Morthorn una vez se percató de su presencia—, no deberíais estar aquí. Podréis encontrar refugio dentro de Dür Areth.

Lúdebrand sacudió la cabeza.

—No me esconderé en el fuerte —respondió con una determinación que hasta a él le sorprendió—. No mientras haya quien arriesgue su vida por la mía. Prefiero enfrentarme a lo que venga cara a cara.

El capitán de la guardia asintió sin más. No hizo ni el más mínimo gesto de querer disuadirlo, se veía completamente concentrado en lo que se presentaba delante de ellos. La vasta explanada que se extendía ante ellos estaba infectada de krulls, de los mismos ruidosos y salvajes krulls que les persiguieron durante su incursión en las tierras de Onun. Eran una horda numerosa, demasiado numerosa a decir verdad, más de lo que hubiera preferido el Lord Comandante Thódred, y el arjón que estaba a la cabeza parecía tenerla dominada. Había dispuesto a aquellas bestias por divisiones, ocupando todo el ancho de La Muralla. Daba la

sensación de que ocupaban hasta el horizonte. Y en medio de ambos contendientes aún permanecía el cadáver de Lúmpher el Cazador, cuyo final había sido mucho más horrible del que merecía un soldado de su valía. Una vez le despojaron de su honor y dignidad al arrancarle las ropas, los krulls, bajo las órdenes del arjón, lo habían devorado vivo. Si hubo algo que pudo hacer sombra al bullicio y la agitación que se habían apoderado de Dür Areth, esos fueron los gritos desgarradores del pobre Cazador, cuya resistencia y fuerza jugaron en su contra, impidiendo que perdiera el sentido a causa del dolor, siendo testigo del brutal festín que se daban con él mismo durante la mayor parte de su tortura.

—¡Flanco derecho! —Gritó Morthorn, poniéndose la mano en la boca para que su voz se oyese más—. ¡Preparados!

Le siguió una respuesta de todas las secciones que estaban allí apostadas, a continuación volvieron a sonar los cuernos. Esta vez obtuvieron la respuesta desde el otro lado: un sonido más grave, más ronco, casi se podría decir que más corrupto. Fue entonces cuando la tierra pareció temblar bajo el paso de los krulls. Su avance era lento, pesado, demasiado bien organizados y cautelosos para el gusto de Lúdebrand. ¡No eran más que bestias, por todos los infiernos! ¿A qué esperaban para actuar como tales?

—¡No quiero ver ni un atisbo de miedo en vuestros ojos! —Arengó Morthorn a los guardianes—. No quiero ver un arco empuñado por una mano temblorosa. ¡Somos los Guardianes del Huargo Blanco! Los defensores de La Muralla. Ésta lleva en pie mil años y seguirá estando en pie mil años más, porque mientras la guarden hombres como los que antaño moraron aquí, hombres como vosotros que habéis recogido su testigo, nada podrá echarla abajo. ¡Por Cáladai!

—¡Por Cáladai! —respondió la guardia al unísono.

Las flechas se acoplaron en los arcos, que crujieron al verse sometidos a la tensión de los brazos de los guardianes. Morthorn desenvainó su espada y la sostuvo en alto. En cuanto bajase, lloverían saetas sobre los krulls. Lúdebrand alzó la cabeza y suspiró aliviado: el viento soplaba a favor. Abajo, el enemigo seguía aproximándose, golpeando sus burdos escudos y bramando de aquella forma suya gutural y siniestra.

—¡Preparaos! —La orden de Morthorn fue recorriendo toda la

muralla—. ¡Apuntad!

Los guardianes levantaron los arcos, como si apuntasen al firmamento, buscando el mejor ángulo para conseguir recorrer la máxima distancia con sus disparos. Los krulls no se detuvieron.

—¡Soltad! —

Las flechas volaron todas a una; un manto negro que parecía ensombrecer el plomizo cielo del norte. Silbaron amenazantes, susurrando al viento su intención de ser letales, de no tener piedad con aquellas criaturas y arrebatar el máximo de vidas posibles. Pero los krulls no obedecían a su caótica naturaleza y desorganización habitual y respondieron apiñándose los unos con los otros, levantando los escudos y creando con ellos una coraza casi inexpugnable donde fueron a clavarse las saetas. Lúdebrand maldijo entre dientes.

El enemigo continuó su avance, con las líneas muy juntas, y Morthorn volvió a ordenar otra descarga. El resultado fue idéntico. A medida que los krulls se aproximaban dejaban a sus espaldas centenares de flechas clavadas en el suelo, pero ni una sola baja.

—Se están acercando mucho —fue más un pensamiento en voz alta que dejaba claro la preocupación de Lúdebrand.

—Por poco tiempo —dijo Morthorn—. ¡Preparad los trebuchets!

Las máquinas de guerra rugieron con sus engranajes, prestas a ser utilizadas. Las piezas de mampostería volarían y de nada servirían los escudos enemigos.

—¿Preparados? ¡Solt…! —la orden de Morthorn quedó ahogada, suspendida en el aire. Una sombra que había oscurecido fugazmente la tenue luz que los iluminaba captó su atención.

Lúdebrand se convenció de que aquello solo podía ser una pesadilla. Un cruel y terrible sueño imposible de hacerse realidad. El espantoso rugido que dio aquella bestia alada que los sobrevolaba, cuyas enormes alas delataban las colosales dimensiones que poseía, le hizo regresar de aquella vana ilusión de estar soñando. ¡Un dragón! Un imponente dragón negro estaba suspendido justo encima de sus cabezas. Debía de haberse ocultado encima del manto de nubes grises que los cubría, y ahora se presentaba ante ellos con toda su terrible majestuosidad.

Durante unos segundos, todo pareció haberse detenido. El viento, las nubes, los soldados, los enemigos, el tiempo… Fueron

unos segundos, solamente, pero los suficientes como para saber que aquella criatura no había venido con buenas intenciones. Como un oscuro rayo que corta el cielo por la mitad en una tormenta, el dragón descendió en picado a una velocidad impropia de una bestia de semejante tamaño. Cada vez más rápido, y más rápido… No dio tiempo para gritar tan siquiera una palabra de alerta o de cuidado, quizás porque todo sucedió en cuestión de segundos, quizás porque aquella imagen les había arrebatado a todos el don del habla. El dragón dispuso sus garras y golpeó contra uno de los trebuchets que esperaban prestos para ser utilizados.

El sonido del impacto fue ronco. Se escuchó el crujido de la madera mezclado con los gritos de aquellos que se vieron atrapados en aquel caos. Se derrumbó parte de la torre flanqueante donde estaba situada la maltrecha máquina de guerra, llovieron cascotes y piedras al patio interior, aplastando a todo soldado que allí se encontraba. Muchos de los que estaban apostados cerca, y que no cayeron bajo los escombros, se precipitaron al vacío.

Aquello no sirvió para que nadie reaccionara. Al contrario, todos parecían estar tallados en piedra, observando atónitos el brutal espectáculo que el dragón les ofrecía. Lúdebrand fue el único capaz de dar unos pasos para retroceder, los ojos como platos sin dar crédito a lo que veía, a lo que se presentaba delante de él. No estaba muy seguro, pero hubiera jurado ver sobre la grupa de la bestia a alguien montado. ¿Eso era posible? Estaba claro que, tras aquella aparición, todo tenía cabida. Entonces comenzó la carnicería.

El dragón echó su cuello hacia atrás, como si estuviera tomando aire y, a continuación, de su boca brotó una llamarada anaranjada que barrió todo lo que había próximo a ella. La bestia movía la cabeza de derecha a izquierda, abrasando en semicírculo tanto la madera como la carne de los pobres desgraciados que tuvieron la mala fortuna de estar demasiado cerca del vómito de fuego. Si había algo que quebrara el valiente corazón de los guardianes, esto era los alaridos desgarradores de los quemados vivos.

Cundió el pánico ante semejante visión. Los guardianes se precipitaron hacia las escaleras, tratando de bajar de lo alto de los muros, como si aquello les fuese a servir de algo. Otros, por el contrario, no abandonaron su puesto y comenzaron a lanzar flechas

al dragón, las cuales caían inertes a sus pies por culpa de sus duras escamas. El dragón volvió a atacar, pero esta vez no fue con fuego. Abrió sus poderosas fauces y, tan rápido como la mordedura de una serpiente, atrapó entre ellas a un guardián. Sus gritos de pavor duraron poco, pues el dragón cerró las mandíbulas como si de un cepo se tratase. Los dientes, casi tan largos como espadas, atravesaron la coraza y la carne, haciéndo explotar a los desdichados en un amasijo de sangre y vísceras justo un instante antes de extender las alas y volver a elevar el vuelo.

—¡Armad los trebuchets! —escuchó Lúdebrand en mitad de la confusión. Era la voz de Morthorn—. ¡Disparad al dragón!

Pero la empresa era harto difícil. Armar aquellas máquinas no era como poner una flecha en un arco. Requería tiempo y puntería, sobre todo contra un blanco en movimiento, más aun cuando se trataba de algo tan veloz como un dragón. Los blancos estáticos o numerosos como las huestes de krulls que había abajo eran objetivos más factibles. ¡Los krulls de allí abajo! Lúdebrand cayó en la cuenta y se lanzó frenético a las almenas para mirar qué había sucedido. ¿Habrían huido ante la presencia del dragón? No, al contrario. Lejos de correr lejos de allí, los krulls se habían acercado tanto que ya casi estaban a los pies de la Muralla. El ataque de la bestia no era más que una distracción para que la horda invasora pudiera tener el camino despejado hasta llegar a sus puertas.

Escuchó el sonido cortante de un proyectil contra el viento. Uno de los trebuchets había soltado su pieza de mampostería al tener a tiro al dragón, pero este consiguió esquivarlo dejándose caer de nuevo en picado contra la máquina que le había disparado. Esta vez no chocó, logró detenerse con un fuerte batir de sus alas, quedándose suspendido delante del trebuchet. A continuación, se aferró con sus garras y lo arrancó de su puesto. Volvió a batir las alas para elevarse un tanto y lo dejó caer, destrozándolo en mil pedazos contra la piedra, aplastando a aquellos que no fueron lo suficientemente rápidos como para ponerse a salvo. Luego volvió a haber fuego, mucho más fuego.

Lúdebrand tuvo que agarrarse para no caer al otro lado de la Muralla. Los guardianes, en su intento por salvar la vida, arrollaban a su paso a todo aquel que tenían en medio. Cada vez parecía haber menos imprudentes que quisieran malgastar su vida enfrentándose

con flechas al dragón. Mareado, su vista volvió a fijarse en las huestes de krulls. Ya tenían dispuestas las escalas, estaban preparándose para el asalto. En ese momento, la Muralla tembló. Se escuchó un ¡bum! Y otro, y otro más. Un ariete golpeaba implacablemente las puertas. ¡Bum! ¡Bum! Y los gritos de los que se quemaban vivos acompañaban aquella funesta melodía. Era el canto de la derrota.

—¡No abandonéis vuestros puestos! —Gritaba Morthorn—. ¡Resistid y hacedles frente!

Estaba a escasos quince metros de Lúdebrand, una distancia que se antojaba insalvable, teniendo en cuenta que la marabunta de guardianes que huían iba contra él. Luchó por acercarse un poco, pero era del todo imposible.

—¡Morthorn! —Trató de hacerse oír por encima del torbellino de voces, gritos y lamentos—. ¡Capitán Morthorn!

Consiguió que le oyese. Se giró y buscó nerviosamente con la mirada al conde de Daroir. Pudo ver el miedo en sus ojos, pese a la firmeza que trataba de demostrar.

—¡Abajo! —Le gritó Lúdebrand, señalando con el dedo las puertas—. ¡Los krulls!

Aquellas bestias estaban ascendiendo por las escalas. Ya casi habían llegado a las almenas. Morthorn armó su arco y disparó a uno de los krulls que más cerca se encontraba. El hombre bestia cayó como un saco, arrastrando a varios de los suyos que se precipitaron al vacío. Fue un gesto más de rabia que de utilidad por parte del capitán.

El conde hizo acopio de todas sus fuerzas y se acercó, empujando y forcejeando contra los guardianes que huían en dirección contraria a, a Morthorn. Por fin pudo estar lo suficientemente cerca de él como para alargar el brazo, cogerle del hombro y zarandearlo para llamar su atención.

—¡Hemos de retirarnos, capitán! —Le gritó casi en la cara—. ¡Esta parte de la Muralla está perdida!

—¡No! —se resistió.

Demasiado tarde. Los krulls habían llegado a lo alto. Sus grotescas voces se mezclaron con los gritos de los hombres, un coro siniestro que acompañaba la danza de los aceros. Aquellas criaturas mitad hombre y mitad bestia atacaron sin contemplaciones a los

guardianes que, por su forma de actuar, se habían olvidado de ellos. El dragón había sido objeto de toda atención y ahora, con el enemigo penetrando en sus defensas, no había capacidad de reacción. Sólo quedaba el instinto de supervivencia.

Morthorn se lanzó contra un krull sin vacilar. La bestia era mucho más alta y fornida que él, pero el capitán de los guardianes no mostró miedo alguno. Rechazaba y esquivaba los golpes que lanzaba el krull con su enorme hacha de doble hoja, hasta que por fin su espada atravesó la coraza de la criatura, haciendo que ésta cayera como un fardo inerte. Lúdebrand se agachó y buscó atropelladamente por el suelo algo que le sirviera de arma. Cada vez estaba más nervioso, sobre todo cuando el dragón rugía, lo que iba acompañado de gritos por parte de los pocos que ya quedaban a su alcance. Consiguió una espada, seguramente era de alguna víctima del dragón. No había tiempo de pensar en eso. Debía bajar del adarve y tratar de ponerse a salvo.

Cuando se levantó, no pudo evitar dar un grito de horror. Tenía delante de sí a un krull. La criatura le contestó con aquellos sonidos guturales que ponían la carne de gallina. Fue un reflejo, un acto involuntario más que un movimiento para atacar. El caso es que Lúdebrand lanzó un rápido tajo al cuello del krull. Su sangre oscura como las alas de un cuervo le salpicó. El corazón le latía al ritmo de los cascos de un caballo a galope.

Presa del nerviosismo, soltó una exagerada carcajada y se movió hacia las escaleras, envalentonado por haber arrebatado su primera vida. Casi se podría decir que había olvidado al dragón negro que seguía con su carnicería de fuego y sangre unos metros detrás de él. Los krulls continuaban llegando, saltando por las almenas y atacando con furia y salvajismo. Algunos guardianes les salían al paso, pero no eran suficientes como para detenerlos.

De pronto, Lúdebrand sintió un calor abrasador a su espalda, un calor sofocante y calcinador que lo empujó con violencia hacia delante. Cayó de boca al suelo, perdiendo la espada. No oía nada, unos chillidos agudos y desgarradores le habían dejado sordo. Los oídos le pitaban. Intentó incorporarse y recibió una patada fortuita de alguien que ardía vivo. Escupió y sintió el sabor de la sangre en su boca mientras su espalda ardía. Trató de incorporarse de nuevo, pero algo lo aplastó contra el suelo, lo agarró con fuerza y lo

zarandeó, golpeándole con ganas la espalda. Lo primero que pensó es que un krull se había lanzado contra él y que podía darse por muerto, pero consiguió enfocar a un guardián que le hablaba atropelladamente mientras le golpeaba secamente.

—¡Estáis ardiendo! —le gritó Morthorn mientras le obligaba a rodar—. ¡Estáis en llamas!

Presa del pánico, Lúdebrand se giró para ver su espalda. Unas pequeñas llamas naranjas se contoneaban en su capa. El dragón habría proyectado su hálito de fuego de nuevo contra ellos y le habría alcanzado de refilón. Se lanzó al suelo y comenzó a revolcarse por el suelo mientras trataba de desembarazarse de las ropas. Trastabilló y fue rodando escaleras abajo.

Cuando sintió que los guardianes pasaban por encima de él, pisándole sin contemplaciones, el conde de Daroir se dio por vencido. Estaba magullado, dolorido y cansado, las escasas fuerzas que tenía se habían desvanecido por completo. Sólo esperaba que la muerte que le dieran fuese rápida y limpia. Pero no… Alguien se había empeñado en que no muriese. Sintió una mano que le agarró firmemente de las pieles y lo arrastró como si fuese un muñeco de trapo.

—¡Arriba, mi señor! —Morthorn otra vez. El joven capitán se había convertido en su guarda, su salvador.

Como pudo, Lúdebrand consiguió ponerse en pie, invirtiendo las pocas energías que le quedaban para ponerse a salvo. Cojeaba y le tiraba la piel de la espalda a causa del fuego del dragón. Mientras corría como buenamente podía, giró la cabeza para ver qué sucedía tras él. Los krulls habían tomado la Muralla, el ariete ya empezaba a destrozar las puertas y el dragón negro abrasaba todo cuanto le salía al paso.

—¡Retirada! —Gritaban los capitanes—. ¡Nos retiramos a la fortaleza! ¡Retirada a Dür Areth!

SACRIFICIOS

Los señores de la guerra se reunieron en el salón del trono del Palacio de Hielo de Ánquok, capital del Onun, convocados por su señor Sártaron. Ya había pasado una semana desde que se establecieron allí y decidieron dar carta libre a las tropas, principalmente a los borses y los arjones que eran más proclives a ese tipo de acciones, para saquear y rapiñar la ciudad. Era una muestra de la generosidad de Sártaron, quien les prometió cederles todo el botín que pudieran acarrear en sus alforjas y petates. Había que mantenerlos unidos, y aquella era una de las mejores maneras. Lástima que no hubiese mujeres a las que violar.

A los varelden, por el contrario, no parecía motivarles en absoluto aquella iniciativa. Se limitaban a registrar la ciudad y controlar aquello que recolectaban los hombres de Sártaron. Los vigilaban muy de cerca, y ya no se molestaban en ser discretos en tal empresa.

—Sospechan de nosotros —le dijo Zárrock a su señor, tras haber visto cómo dos brujas elfas no se separaban de un grupo de los borses que él tenía a cargo—. Saben que buscamos algo.

Sártaron se limitó a sonreír y a decir que dejaran jugar tranquilos a los varelden. Mientras que Mórgathi tuviera a sus esbirros entretenidos en aquella absurda y ridícula tarea, estos no estarían prestándole atención a él. Dispondría de más tiempo para pensar y planificar la forma de encontrar las Piedras de Ilethriel antes que la reina bruja y, de ser así, cómo ocultárselo.

—Ahora mismo, lo que me preocupa son los engendros con los que hemos pactado —les dijo Sártaton a sus señores de la guerra, sentado en el trono de Onun, donde antaño se sentara el caído rey Haoyu—. A ellos no les mueve el oro ni el botín que puedan hacer en esta guerra. Su motivación es la sangre y el caos, y eso no se lo estamos procurando.

—¿Pensáis que los krulls, los ogros y los orcos puedan amotinarse? —preguntó Arvílcar, frunciendo el ceño.

—Me temo que si no les damos algo de acción sea eso lo que suceda.

—El Palacio de Hielo y Ánquok han sido saqueados por los nuestros y aquello que buscamos está claro que no aparecerá aquí —intervino Zárrock—. Quizá sea el momento de movernos.

—La reina bruja insiste en permanecer aquí un par de lunas más —los finos labios de Sártaton se torcieron en una mueca de desagrado—. Dice que entonces será el momento propicio para llevar a cabo su ritual.

—Me gustaría estar muy lejos de aquí cuando eso suceda —Arvílcar se removió incómodo en su asiento—. Es brujería. Magia prohibida.

Sártaron se volvió y sus glaucos ojos buscaron los de sus vasallos. Era imposible saber qué sentía tras aquel pétreo rostro que parecía no albergar ninguna emoción.

—Iyurin debe morir —sentenció—. Y lo hará de la manera que a la reina bruja le plazca.

Hubo un momento de silencio. A nadie le entusiasmaba la idea de que Mórgathi realizase sus rituales delante de ellos. El pueblo de Mezóberran, en especial los borses, era gente muy supersticiosa. Habría que mantenerlos entretenidos en otras cosas mientras la bruja elfa sacrificaba al rey Iyurin. Era magia arcana, prohibida, como bien había señalado Arvílcar, y eso poco o nada tenía que ver con ellos.

—He pensado en enviar una avanzadilla de krulls, orcos y ogros hacia La Muralla —dijo Sártaton, cambiando de tema y volviendo al inicial—. Los tendremos en movimiento y si han de rebelarse contra alguien… Bueno, que sea Lédesnald el que encauce esa situación.

Arvílcar rio a carcajadas. Zárrock esbozó una sonrisa, pero no más. Aquello no le resultaba gracioso, y Sártaron lo debió intuir por la mirada que le dedicó.

—Puedes decir lo que opinas, Zárrock —le invitó, levantándose del trono para ir a la ventana más cercana.

—Sé que Lédesnald es un cretino y en absoluto apruebo sus modos, pero gracias a él Haoyu cayó, y fue él quien consiguió acorralar a Iyurin en la Mazmorra de Cristal.

—Y fui yo quien hizo que se rindiera, Zárrock —le reprochó Arvílcar, herido en su orgullo por tanta alabanza hacia el Regicida —. Además, lo hice sin perder ni un solo hombre, cosa de la que Lédesnald no puede presumir.

—Fue imprudente, sí —admitió Zárrock—, pero eso no resta sus logros anteriores. Lédesnald es vil, traicionero y presuntuoso, pero también es un gran líder al quesus hombres temen y respetan por igual. Es un gran guerrero, y no nos conviene que un ser tan maquiavélico como él esté en nuestra contra.

Sártaron se giró bruscamente y dejó de mirar por la ventana para mirar a Zárrock. Sus ojos eran dos rendijas.

—¿Insinúas que nos traicionaría? —Zárrock se encogió de hombros ante la pregunta de su señor—. Si osase siquiera pensar eso, no habrá lugar en este mundo capaz de ocultarle de mi ira. Lédesnald puso su espada a mis pies sin presentar batalla. Se comportó como un cobarde al rendir a todo su clan bajo mi mandato sin ni siquiera plantar cara. ¿Dónde está él ahora y dónde me hallo yo? Yo os diré dónde: estará pudriéndose frente a La Muralla con un rebaño de nauseabundos krulls, lamiéndose las heridas que le ha provocado su falta de sentido común. Todas y cada una de las vidas de los guerreros que hay ahí afuera me pertenecen. ¡Son mías! Y él regaló de forma gratuita algunas de mis vidas al enemigo. Toda decisión tomada en la vida trae unas consecuencias. Los hombres valientes las asumen, los cobardes miran para otro lado.

Zárrock no apartó la mirada de Sártaron, la sostuvo durante unos segundos mientras notaba que Arvílcar se removía incómodo en su asiento. Nadie podría decir que las palabras de su señor eran una temeridad, y mucho menos cuando sus huestes podrían aplastar a Lédesnald y a los imprudentes que decidieran seguirlo, con toda la facilidad del mundo. No obstante, a Zárrock seguía sin hacerle gracia tener que provocarlo. Cuando uno golpea una colmena con un palo, lo más probable es que alguna abeja le pique.

—Les diré a los jefes de las manadas que se preparen para partir —acabó diciendo Zárrock. Al menos, los tendrían en moviendo y esto les daría menos tiempo para pensar y desesperarse por la ausencia de acción, sangre y violencia.

—Bien, eso es todo por el momento —dijo Sártaron, dando por acabada la reunión—. Arvílcar, puedes retirarte. Zárrock, tú quédate, tengo que hablar contigo.

Arvílcar desapareció tras la puerta de roble macizo sin volver la vista atrás. No era ningún secreto, Zárrock era la mano derecha del

Señor del Fin de los Días, él mismo le entregó su espada cuando este fue derrotado a manos de Sártaron. Era lo más cercano a una amistad entre ambos, aunque Zárrock siempre mantenía esa prudencia y respeto para con él, teniendo presente que era su señor, su caudillo. Jamás lo traicionaría, jamás lo abandonaría. Su vida le pertenecía y era algo tan inquebrantable que disuadía al resto de señores de la guerra ante una posible conjura para derrocarlo. Sin embargo, para él no era suficiente. No en ese momento, con Lédesnald lejos de su control.

—Deja de preocuparte por ese engreído de Lédesnald —le dijo una vez se quedaron solos—. Tiene talento para el combate y disfruta matando, pero con eso no es suficiente. Las bestias no son como los hombres, que se pueden comprar con oro y riquezas, su lealtad sólo se consigue ofreciéndoles sangre y guerra, lo demás no les importa. Únicamente tiene a su lado a Órgalf, un borse tan necio y bruto como cualquier orco, pero lo suficientemente inteligente como para no traicionarme. Te necesito libre de esas preocupaciones absurdas para que te centres en asuntos más importantes.

Zárrock se limitó a asentir con la cabeza. No iba a rebatir los argumentos de Sártaron, no iba a hacerle cambiar de parecer.

—¿Qué necesitáis de mí?

Sártaron se soltó el broche que sujetaba su capa, se la quitó y la lanzó con una mano hacia la silla del trono.

—Las Piedras de Ilethriel me quitan el sueño, Zárrock —le confesó, recorriendo con su mirada la bóveda del palacio—. Sé que quizá no debería, pero es así. Confiaba en encontrar algo aquí, en Ánquok, pero ya has visto que no es así. Además, iento que a mis espaldas, la bruja elfa se ríe de mí.

—Una piedra no tiene poder suficiente para poder usarse contra nosotros.

—Pero siempre será mejor que no tener ninguna.

Zárrock frunció el ceño y miró con detenimiento a su señor. De momento, la alianza con los varelden se manteníafuerte, se necesitaban mutuamente. Era la sólida base en la que se sostenía el triunfo sobre los reinos libres de la Tierra Antigua. Estaba claro que sus enemigos ya habrían movido pieza, tal y como les iban informando sus espías e infiltrados, y por eso debían permanecer

unidos.

—Quizá debiéramos centrarnos en cuestiones más militares, mi señor —opinó con prudencia, intentando que a Sártaron se le quitara de la cabeza aquello que Zárrock empezaba a intuir—. Una buena batalla, una conquista basada en el poder del acero disiparía las dudas que pudiesen existir sobre nuestro potencial bélico. Sería una demostración de poder, una muestra de lo que somos capaces de hacer como enemigos.

—Son elfos oscuros, maldita sea. Traicionaron a su propio pueblo y se enfrentaron entre sí durante siglos, de igual a igual. ¿Crees que vernos entrar en batalla, arrasando un pueblo o una ciudad amurallada, les quitará las ganas de acabar con nosotros cuando el trabajo sucio ya esté hecho? No, Zárrock, no. Posiblemente tendrán una motivación más y se sentirán mucho más seguros al conocer cómo obramos. Siempre he temido más al enemigo que mata sin sacar la espada que al que hiere usándola.

Zárrock guardó silencio. Un silencio que se le hizo muy angustioso. Sabía que, desde cierto punto de vista, su señor tenía razón, pero eso no significaba que lo compartiese sus argumentos. Los varelden no habían dado muestras de querer traicionarlos, simplemente mostraban el mismo interés en encontrar esa poderosa reliquia y procuraban guardarse las espaldas, tal y como ellos mismos hacían. No había motivos para poner en peligro la estabilidad del pacto que él sellara con Mórgathi mucho tiempo atrás.

—¿Qué queréis que haga? —cedió.

El rostro pétreo de Sártaron se volvió para clavar sus claros ojos en los de Zárrock. No había duda ni titubeo en aquella mirada.

—Hemos de robarle la piedra a Mórgathi.

****

Mórgathi siempre pensó que los hombres eran criaturas torpes y demasiado ingenuas. Algunos eran en exceso confiados con quienes les rodean y otros desconfiados hasta de sus propias sombras, pero no eran especialmente hábiles a la hora de disimular sus inquietudes. Y otros, en cambio, ni siquiera se molestaban, cayendo en la más absoluta arrogancia al creerse a salvo de todo. Ahí radicaba su debilidad, todos eran iguales. Y Sártaron no iba a ser

menos.

Aquella cara ausente de expresión y sentimiento y aquellos ojos fríos y duros no eran suficientes como para ocultar lo que tanto le inquietaba. La apariencia puede no ser sincera del todo, era algo muy común, pero los actos hablaban por sí solos, y estos habían delatado al Señor del Fin de los Días. Y es que aquella reunión que había mantenido hacía ya dos lunas a puerta cerrada con sus dos vasallos, dejaban muy claras sus intenciones: conspirar contra ella y arrebatarle su Piedra de Ilethriel. Sólo a un hombre se le ocurriría organizar una reunión privada donde no estaba invitada su más firme aliada, sólo a Sártaron se le podía ocurrir mandar rapiñar la ciudad a sus hombres y pensar que no iban a ser vigilados por los propios. Sólo a un necio se le hubiese ocurrido, y ese necio era el gran caudillo de Mezóberran.

Mórgathi se divirtió viendo cómo jugaban al gato y al ratón, cómo Sártaron recorría cada agujero de aquella cloaca llamada ciudad, buscando una piedra con la que poder considerarse su igual. Era realmente divertido ver cómo ese gran estratega comenzaba a mostrar sus puntos débiles, obsesionándose con una búsqueda casi imposible y obviando detalles como la ausencia de Mathrenduil. Sí, era cierto que ella le había explicado que su hijo iba a supervisar el asedio de La Muralla y controlar un poco los movimientos del taimado Lédesnald, pero… ¿Tan convincentes habían sido sus palabras para que no preguntase más y volviera a sus absurdas obsesiones? Sártaron había bajado un poco su escudo, preocupado más por atacar a su rival que por defenderse, y eso le había bastado a Mórgathi para descubrir su punto débil.

Aquello le había venido muy bien para ganar algo de tiempo, y conseguir que la luna nueva les alcanzase antes de realizar el ritual de la sangre con el joven rey Iyurin. Se sentía débil, aunque sabía ocultarlo hasta de los ojos de los suyos. Por eso quería esperar y realizarlo en esa misma noche, cuando la luna emitía su luz más mágica. Necesitaba de la sangre de alguien tan noble y poderoso como Iyurin, pero sabía que la luna nueva potenciaría el efecto del hechizo que la hacía diferente de los suyos salvo por los ojos, estigma del que nunca se conseguiría librar. Ahora todo estaba preparado para que recuperase la energía perdida y que Sártaron viese que su poder no solo radicaba en la Piedra de Ilethriel. Sería

una exhibición gloriosa que congelaría el corazón hasta del bárbaro más valiente de todos los presentes. Pero antes del ritual, quería ver a Iyurin.

Se hizo acompañar de una pequeña escolta, encabezada por Turándil, para bajar a las mazmorras del palacio, los nuevos aposentos del rey. Hacía frío, humedad y todo estaba oscuro a excepción de las antorchas que iluminaban los pasillos. Iyurin se encontraba en el interior de una de las celdas excavadas en la piedra, fuertemente vigilado por cinco arjones, hombres de confianza del propio Zárrock. Al verla, intercambiaron miradas nerviosas. A Mórgathi le hizo gracia que pensasen que iba a llevar a cabo su ritual allí mismo.

—He venido a hablar con el prisionero —les dijo, sin adornos ni rodeos. Los guardas parecían confusos—. Abrid la puerta y dejadnos a solas.

Por cómo se miraban entre ellos, daba la sensación de que tenían muchas reticencias a la hora de obedecer, pero al final uno de ellos se giró, se desenganchó de su cinturón un aro con varias llaves y abrió la puerta enrejada, la cual se quejó con un estridente chirrido. Mórgathi extendió su mano de dedos largos y delicados, exigiendo la llave al carcelero y, una vez se la hubo dado, entró en la celda y cerró la puerta tras de sí. Escuchó los pesados pasos de los arjones al alejarse antes de volverse y mirar al prisionero.

Iyurin estaba encadenado de pies y manos, sucio y con un aspecto lamentable. Se había negado a comer durante su cautiverio y apenas sí bebía. Tenía la barba descuidada, el pelo enmarañado y en sus claros ojos no brillaba ya con la misma fuerza el coraje que cuando los vio por primera vez. Mórgathi se sorprendió por la joven edad del rey de Onun, más de lo que ella había supuesto. Le costaba creer que estuviera ante todo un rey.

Iyurin levantó la cabeza, despacio, sin ganas, para poder mirar la figura esbelta que se erigía delante de él. Mórgathi se acercó despacio.

—Así que pretendías quitarte la vida tú mismo negándote a probar bocado, ¿no es cierto? —le preguntó la reina bruja.

El joven rey no contestó.

—Supongo que sabes que eres hombre muerto.

Tampoco hubo respuesta.

Mórgathi soltó un bufido de hastío y registró con la mirada la habitación, buscando un lugar donde sentarse. No halló ni siquiera un catre. El prisionero dormía en el suelo y había tenido la misericordia de recibir algo de paja para poder tumbarse.

—Debí decir que te encerraran en la torre. Hubieses tenido más comodidades —sólo encontró silencio como respuesta—. Eres muy aburrido, rey de Onun. No conversas conmigo, no gritas, no preguntas ni respondes… Deberías hacerlo, créeme, ya que éstas serán tus últimas palabras. Siéntete libre de decir lo que gustes.

Silencio, nada más. Mórgathi se desesperó, se acercó más a él y le sujetó con fuerza la cara con una mano, clavándole las uñas en las mejillas. Apenas unos escasos centímetros separaban sus rostros.

—¿Crees que tu arrogancia te va a servir para ser recordado? —Le escupió con voz silbante como la de una serpiente—. Ni siquiera te has sentado en el trono que una vez ocupó tu padre. Tu reinado ha sido tan breve que ya ha terminado. No eres nada, Iyurin hijo de Haoyu, ni lo vas a ser. Tu nombre se difuminará en la memoria de las generaciones venideras, no serás ni siquiera un eco. Caerás en el más absoluto de los olvidos y tu paso por este mundo no dejará huella alguna.

Le apartó la cara con desprecio y se acercó a la puerta para dar unos golpes y dejar claro que ya había acabado con él. Antes de salir de la celda, Mórgathi tuvo tiempo de volverse una última vez y mirar al condenado. Iyurin parecía abatido, carente de toda fuerza, pero no hizo amago alguno de querer decir algo.

—Que le adecenten un poco antes del ritual —le ordenó a uno de sus escoltas y se alejó allí.

Afuera la estaba esperando Dágorth, el capitán de la guardia de su hijo. Al verla, hizo una reverencia con la cabeza.

—El rey Mathrenduil ha regresado —anunció.

Mórgathi asintió.

—¿Dónde está?

—Ha ido a entrevistarse directamente con Sártaron.

Una jugada muy hábil por parte de su hijo: ir a ver directamente al caudillo arjón, haciendo gala de una diplomacia exquisita. Le informaría sobre su viaje y le aplacaría los humos en caso de estar molesto por su repentina marcha. En resumen, le diría aquello que quería oír, aunque no fuera del todo cierto.

—¿Te ha dejado algún recado para mí?

—Dijo que, sólo para vos, las fronteras están abiertas.

Eso sólo podía significar una cosa: La Muralla había caído, Lédesnald había mordido el anzuelo y continuaba su cruzada con los krulls, a los que se les acabaría uniendo el pequeño contingente de orcos y ogros que se adelantaron bajo las órdenes de Zárrock. Y lo que era más importante: Sártaron no sabía nada. Mórgathi sonrió.

—¿Estará mi hijo presente cuando lleve a cabo el ritual?

—Sí, mi señora. Asistirá junto con el caudillo arjón.

—Me complace saberlo. Gracias, Dágorth. Puedes marcharte. Turándil, acompáñame a mis habitaciones.

El capitán de los Desolladores caminó tras ella sin hacer preguntas. Era una de las muchas cualidades que le gustaban de Turándil: su discreción. Había ejecutado las órdenes que ella le dio para deshacerse de Náwing sin titubeos ni preguntas embarazosas. Simplemente había cumplido con lo que se le había dicho. Se había convertido en su brazo ejecutor y su hombre de confianza, por encima de su propio hijo.

Pasaron por el patio de armas y sintió las miradas de los bárbaros norteños, los cuales ultimaban la construcción de aquel improvisado altar donde iban a quitarle la vida a Iyurin. Las brujas de Mórgathi supervisaban el trabajo, pese a las protestas de los supersticiosos hombres que no parecían muy cómodos con su presencia.

Una vez llegaron a las habitaciones de Mórgathi, ésta cerró la puerta con llave y exigió a sus guardias que no permitiesen que nadie la molestara mientras estaba reunida con su capitán. Una vez solos, la reina bruja se sentó en el borde de su cama y observó a Turándil, que permanecía allí de pie, expectante.

—La Muralla ha caído —le dijo directamente—. El rey Mathrenduil ha ayudado al arjón llamado Lédesnald a tomarla y ahora sus puertas están abiertas para que las crucemos.

Turándil asintió. Parecía como si lo diera por hecho o como si le diese igual.

—Ese arjón presuntuoso nos servirá de mucha ayuda cuando llegue el momento de debilitar la posición de Sártaron. No obstante, dicen de él que es arrogante e impulsivo. No quiero que se precipite

a la hora de… cuestionar la lealtad que le profesa a su señor.

—Dicen que le sigue un rebaño de krulls, y que los engendros que Zárrock ha enviado al sur se encontrarán con él. Me será fácil encontrarlo.

Mórgathi sonrió. Le gustaba que sus órdenes se dieran por supuestas.

—Vigílalo. Controla sus movimientos y déjale actuar mientras sus acciones no pongan en peligro el pacto que tenemos sellado con los bárbaros. Si ves indicios de que esto pudiera suceder, mátalo. ¿Alguna duda?

—Ninguna, mi reina.

—Parte durante el ritual. No quiero que nadie te vea.

El elfo desapareció tras la puerta, quedándose Mórgathi a solas en aquellos aposentos adornados con todo tipo de motivos, relacionados con el estandarte real: un oso cavernario y una hoja de roble. Se sentía incómoda, fuera de lugar en aquel sitio frío y oscuro, más semejante a Mezóberran de lo que a los ónunim les gustaría admitir. Cuando se instaló allí se sintió tentada de mandar que quitaran todo aquello que le molestaba a la vista, pero al final decidió desechar la idea y no tocar nada. Era un lugar de paso e iba a tener otras necesidades más urgentes que cubrir.

Mórgathi se levantó de la cama y corrió las cortinas de todas las ventanas, sumiendo la habitación en una penumbra débilmente iluminada por un par de velas. Se cercioró de que nadie pudiera verla antes sacar de uno de los armarios un paquete, un enredo de trapos ajados y rotos que ocultaban un valor incalculable: la Piedra de Ilethriel. La reina bruja se quedó mirándola, sujetándola con los trapos, sin atreverse a tocarla directamente. Desde que estaba allí, había recurrido a la piedra vidente un par de veces, y en ambas ocasiones no le gustó lo que había visto.

Manadas de lobos, eso le había mostrado. Hordas inmensas de aquellas bestias que se abrían paso en el fragor de la batalla a base de letales dentelladas. En sus mandíbulas brillaban los colmillos como dagas de nácar y la sangre empapaba el pelaje de sus cuellos. Era su sangre, la sangre de los suyos. Una figura alta y fuerte avanzaba hacia ella, imposible de distinguir, pues una bruma blanca la rodeaba. Mórgathi retrocedía, asustada. Aquella sombra no podía existir, su corazón no podía latir y, sin embargo, se aproximaba

cada vez más. Al final se sentía acorralada, era inútil tratar de huir con aquellos lobos asediándola. Gritaba desesperada, presa del miedo y de la impotencia, que no osarán tocarla. ¿Acaso no sabían quién era ella? Y siempre la misma respuesta, la misma voz que le quitaba el sueño por las noches: Sólo conozco al lobo.

Intentó borrar aquellas imágenes de su mente, incluso alzó la mano para depositarla en la piedra, pero esta se quedó allí suspendida. Mórgathi se maldijo en voz baja y se reprochó aquella debilidad. No podía permitir que visiones difusas, que ni siquiera significaban nada por si solas, ejercieran sobre ella un poder que nadie antes había ostentado. Ni siquiera su hijo.

Buscó una rápida excusa para autoconvencerse de aquel absurdo miedo. Estaba débil, eso era. La sangre de Iyurin la revigorizaría, sentiría su poder dentro de ella, complementándola, ayudándola a burlar la maldición que acompañaba a su pueblo, como llevaba haciendo durante todos estos largos siglos. Sí, el ritual de la sangre la haría recuperar la fuerza perdida y podría volver a enfrentarse a la Piedra de Ilethriel. Seguramente, aquella reliquia mágica sabía de su debilidad y le mostraba lo que llegaría a sucederle si ésta persistía. Seguro que tras el ritual las visiones cambiarían.

Dos leves toques en la puerta de su aposento y la voz de una de sus brujas la hizo regresar de sus pensamientos. Todo estaba ya dispuesto para el ritual. La hora había llegado. Mórgathi se deshizo de la gruesa capa de piel y se puso una vaporosa túnica púrpura, fina como el rocío de la mañana. También dejó la tiara que lucía en su frente y salió descalza de la habitación. Dos de sus brujas la acompañaban, así como cuatro Desolladores de Turándil. Nadie había en los pasillos del castillo, seguramente todos la esperaban fuera.

Y así era. Una multitud de bárbaros y varelden abarrotaban el patio de armas y rodeaban el cadalso que se había preparado para el ritual. Sobre él, una especie de estrecho pedestal se elevaba un par de metros del tablado. Había dos brujas elfas en él. La guardia de Mathrenduil había abierto un ancho pasillo entre la muchedumbre para que ella pudiera llegar al cadalso, y otro más por donde pasearían a Iyurin. Todos aguardaban en silencio, un denso silencio que fortalecía el ego de la reina bruja. La temían y la respetaban. Ahora le tocaba a ella darles algo que difícilmente

olvidarían en toda su vida.

Subió al cadalso y una rápida ojeada a los presentes le reveló que su hijo estaba allí, en primera fila, acompañado por Sártaron y Zárrock. El gran caudillo arjón mantenía esa máscara pétrea que tanto le caracterizaba, mas Mórgathi pudo ver en sus ojos un poso de respeto que antes le había conseguido ocultar. Después de aquello, ese bárbaro tendría otro concepto de ella. Seguramente, se lo pensaría dos veces antes de jugar a las conspiraciones.

Extendió los brazos en cruz y dejó que sus brujas le quitasen la túnica. Sentía cómo todos los ojos se clavaban en ella, la miraban con deseo, con lujuria. Ella cerró los ojos y sonrió. La gélida lengua del viento del norte lamió su desnudez, desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Reprimió un escalofrío de placer. Sus enhiestos pezones se erizaron.

Con los ojos aún cerrados, comenzó a escuchar un murmullo que iba en aumento. Voces que pedían la muerte del rey de Onun, insultos y risas socarronas llenas de malicia. Los abrió poco a poco y pudo ver cómo sus brujas traían a Iyurin encadenado. El joven rey caminaba a trompicones, con la cabeza agachada, derrotado físicamente. Era una broma de mal gusto llamarlo rey. No era ni la mitad de una sombra. Con dificultad, fue subido al estrado que había sobre el cadalso, sin oponer resistencia. Las brujas le ataron de las muñecas a unos gruesos palos que había a cada lado de Iyurin, quedando sus brazos extendidos en cruz. El desgraciado soberano dejó que la extenuación terminase de vencerle y cedió al peso de su cuerpo. Habría caído de bruces de no haber estado atado. Mórgathi extendió sus brazos y caminó despacio hasta situarse debajo del reo, mientras murmuraba:

—Arítherä urgh Skülii urgh Këthulu ih —que en la lengua oscura de los varelden significaba la sangre de nuestros enemigos es nuestra vida.

—¡Arítherä urgh Skülii urgh Këthulu ih! —contestaron las brujas.

El canto fue ganando en intensidad, fue cubriendo cada partícula del frío aire que les golpeaba al compás de aquellas palabras. Una de las brujas, portando uno de los segures de los Desolladores, aquellas armas semejantes a mandobles de ejecución, se aproximó a Iyurin, le puso el filo de la hoja justo debajo de la

nuez sin cesar de lanzar al viento aquel oscuro salmo, y esperó a que su señora guardase silencio.

—Y que su alma me proteja, me sirva y satisfaga para toda la eternidad —murmuró casi para sí. Entonces, sus brujas cesaron el cántico. Mórgathi levantó un segundo la vista, tan sólo quería regocijarse, mirando por última vez los ojos llenos de vida del joven rey. Y lo que vio la hizo enfurecer.

Iyurin reía. Su cuerpo se sacudía débilmente mientras reía sordamente. La miraba a los ojos, directamente, y en ellos no había súplica ni miedo. La miraba burlonamente, como un zorro mira al granjero una vez se ha colado en su gallinero y matado a sus gallinas. Había un brillo victorioso en aquellos ojos claros, un fuego triunfal que aguijoneó la calma de Mórgathi. Iba a morir y… ¿reía?

Iyurin sólo borró la sonrisa sarcástica de su rostro cuando la bruja empujó el segur hacia su garganta y lo rajó con un rápido y seco movimiento. La risa del rey quedó ahogada por un gorjeo sanguinolento y un aullido de dolor. La sangre cayó como el agua de un tibio manantial y comenzó a teñir la blanca piel de Mórgathi de carmesí. Todo se había consumado.

EL SEÑOR DE LOS KRULL

El caos que había formado el dragón negro del rey varelden no cesaba. Tal y como le había prometido, La Muralla, ese gran bastión de los hombres, ese escudo inexpugnable que había repelido acometidas bárbaras durante siglos, era suyo. Su fracaso en la Mazmorra de Cristal tan sólo era una vana anécdota en comparación con aquel triunfo. Lédesnald tenía un ego tan grande como su orgullo, pero en esa ocasión hasta él tuvo que reconocer que, sin la presencia y los planes de Mathrenduil, sus huestes todavía estarían plantadas frente a La Muralla. Al menos, ese mérito se lo reconocía. Por el momento.

Fue todo un acierto no lanzar de primeras al dragón contra los guardianes. Sí, estaba claro que no tenían ninguna posibilidad, pero esto les habría dado tiempo a replantearse su estrategia, incluso a dividir fuerzas para mantener a sus krulls a raya. El factor sorpresa había jugado a su favor y en contra de la Guardia del Huargo Blanco. Estaban tan centrados en liquidar a los krulls… ¿Quién iba a pensar que un elfo oscuro montado en un dragón inclinaría la balanza a su favor? Era un pensamiento que le provocaba una profunda diversión interior.

En cuanto consiguieron escalar el grueso y alto muro de Dür Areth, todo fue tan sencillo como cortar mantequilla con un cuchillo al rojo. Mientras el dragón abrasaba vivos a los estúpidos que osaban plantarle cara, los krulls, encabezados por Izhkad y el borse Órgalf, asaltaron y persiguieron a aquellos que se batían en retirada. Fue una carnicería digna de ser recordada. Lédesnald sentía cómo se le resbalaba la espada a causa de la sangre que empapaba su brazo. Pocos decidieron plantarle cara y, los que lo hicieron, cayeron ante el mortal beso de su frío acero. Sus hordas de krulls bramaban enfervorecidas por el olor de la sangre y la carne muerta, lanzándose sin miramientos contra los guardianes que, al verse sobrepasados, intentaban fatídicamente ponerse a salvo y reagruparse.

El suelo estaba embarrado a causa de la sangre derramada. Por doquier había cuerpos mutilados de los defensores de La Muralla,

incluso alguno yacía agonizante con las tripas desparramadas. Se escuchaban sus cuernos, tocando a retirada, cerca de la Torre del Aullido y de la fortaleza. Era la música que iba a acompañar su triunfo, y aquellos cuernos le marcaban la dirección. En su camino se topó con un guardián que se abalanzó sobre él con el miedo y la desesperación reflejada en sus ojos. Lédesnald lo esquivó con una finta, giró sobre sí mismo y le acertó un tajo en la espalda. El soldado lanzó un grito de dolor mientras sus ropas se teñían de carmesí. Despacio, se dio media vuelta, intentando conservar las pocas fuerzas que le quedaban, dispuesto a sacrificar, de la forma más absurda, su patética existencia enfrentándose a él. Lédesnald abrió los brazos y le dedicó una burlona sonrisa, invitándole a que le atacase. El soldado apretaba los dientes y se aferraba a su espada con ambas manos. Entonces, su cabeza cayó separada del cuerpo, que permaneció un par de segundos en pie soltando un chorrito fino de sangre, como si fuera una macabra fuentecilla. Cuando se desplomó, tras él estaba Mathrenduil, con su maravillosa espada élfica manchada de sangre.

—Me has privado de mi pequeño entretenimiento —le dijo Lédesnald, señalando el cuerpo decapitado.

Los ojos ambarinos del rey varelden se clavaron en él. Su rostro marcado por las cicatrices no mostraba emoción alguna. Visto allí, en mitad del campo de batalla, parecía un demonio de la guerra, con su armadura plateada, su piel grisácea, su larga cabellera blanca como la nieve y los ojos… Aquellos ópalos incandescentes que parecían abrasar aquello que miraban.

—Se enfrentó a ti de igual a igual —su voz era pausada, algo ilógico al estar en pleno fragor de la batalla—. Merecía una muerte digna.

Lédesnald no rechistó. Se limitó a desviar la mirada a un lado y asentir secamente. Le debía la victoria, tenía que digerirlo y aceptarlo.

Mientras el dragón seguía vomitando fuego, arrasando todo cuanto le salía al paso, Mathrenduil le indicó a Lédesnald que avanzaran hacia los últimos bastiones de los guardianes, justo hacia donde huían y trataban de ponerse a salvo. Los krulls corrían tras ellos, dando muerte a quienes conseguían dar alcance. Órgalf cargaba con ellos. La presencia del elfo oscuro le provocaba recelos,

y procuraba no estar muy cerca de él. No era más que un estúpido borse supersticioso.

La manada de bestias se agrupaba tanto a las puertas de la Torre del Aullido, la edificación cilíndrica donde estaba la almenara y el gran cuerno, como en las de la fortaleza de Dür Areth. Algunos incluso ya comenzaban a intentar derribar las puertas con arietes improvisados. Órgalf se acercó a ellos, sorteando los cadáveres que abarrotaban el suelo.

—Los tenemos atrapados —dijo, intentando disimular el nerviosismo que le inspiraba estar tan cerca de Mathrenduil—. Los krulls están intentando derribar las puertas para dar muerte a los pocos que han conseguido escapar.

—Quieren darse un festín de sangre —Lédesnald casi parecía hablar consigo mismo mientras sonreía, satisfecho por lo realizado —. Dejémosles que disfruten, se lo han ganado. Así podremos descansar un poco y esperar a que venga Sártaron para brindarle esta victoria.

Por primera vez, Mathrenduil les mostró su sonrisa, una tan fría y tan irónica como las que Lédesnald solía dedicar a aquellos que no le caían en gracia. Miró de soslayo a los dos hombres y meneó la cabeza decepcionado.

—¿Ese es tu plan? —Le dijo con desprecio el rey varelden—. ¿Aguardar aquí, asediando una torre, hasta que llegue tu amo?

Lédesnald se puso rojo de rabia. Sártaron no era su amo, jamás lo había sido. Él no tenía amo. Le servía porque sabía que podría beneficiarse de ello. Quizá más adelante, cuando el poder de Sártaron se debilitase, podría arrebatárselo. Librarse del resto de señores de la guerra no le supondría problemas. Pero ahora sólo le quedaba obedecer.

—Hemos conquistado La Muralla —Lédesnald casi le escupía las palabras al elfo oscuro—. Nunca antes se había hecho. Debo esperar a Sártaron para entregarle este presente —hizo un gesto con la mano que abarcó todo cuanto les rodeaba.

—Me decepcionas, asesino de reyes. Creía que tenías orgullo.

—¿Acaso es lo mismo el orgullo que la traición? —no apartaba la mirada de Mathrenduil, que seguía sonriendo como si aquello le divirtiese—. ¿Pretendes que me enfrente al Caudillo del Norte con una horda de krulls? ¿O acaso tu madre se pondrá de mi lado y me

entregará a Sártaron y todos sus ejércitos?

—Si quisiésemos matar a tu amo —Mathrenduil remarcó mucho esa última palabra, buscando la exasperación de Lédesnald—, ya lo habríamos hecho. Pero eso no nos conduciría a nada. Nuestros caminos discurren por la misma senda, de momento, y así deben seguir. Si se supiera que conspiramos contra Sártaron y que planeamos entregártelo, nuestra alianza se rompería y, con toda seguridad, sus hombres te ajusticiarían por traidor y perjuro. El Señor del Fin de los Días no puede caer de esa manera.

—¿Qué sugieres entonces?

Mathrenduil borró su leve sonrisa para volver a ponerse esa máscara indescifrable que era su rostro surcado de cicatrices. Sus ojos buscaron los de Lédesnald.

—Dejad aquí una guarnición, no hace falta que sea muy numerosa. Lo suficiente como para animar a aquellos que se refugian en la torre y la fortaleza a enfrentarse a ellos y huir. Muchos de ellos morirán intentando escapar.

—Y también caerá mi guarnición.

—Son solo krulls, son bestias prescindibles y podrás reclutar muchos más en adelante. Tú continúa tu camino, asolando las aldeas, rapiñando con el resto de estas útiles alimañas y ganándote su favor. Cuando al resto de seres de similar naturaleza, como los orcos, los ogros y demás, les llegue el rumor de que Lédesnald el arjón y su horda de krulls están asolando la tierra, no tardarán en querer unirse a ti. ¿Y a quién serán leales cuando la batalla comience? ¿De quién obedecerán las órdenes? Cuando caminen tras de ti todas las bestias de la Tierra Antigua ni siquiera Sártaron, Caudillo del Norte y Señor del Fin de los Días, podrá enfrentarse a ti, ni si quiera con todos sus ejércitos.

Ahora lo veía claro. Las palabras de Mathrenduil tenían sentido y lo que proponía era razonable. Sártaron había conseguido reunir bajo su estandarte a todos los clanes de arjones y borses de Mezóberran. Eran numerosos, sí, pero no dejaban de ser hombres con sus miedos, sus pretensiones, sus motivaciones. Las bestias como los krulls, los orcos o los ogros no eran más que eso: bestias movidas tan sólo por el caos, la sangre y la guerra. Todos ellos juntos podrían igualar el número de efectivos de Sártaron, incluso superarlo. Y cuando se enfrentasen en batalla, los hombres huirían

mientras que las bestias no. Los hombres buscarían el amparo de aquel que ostentase el poder suficiente como para salvaguardarlos. ¿Y a quién acudirían entonces, cuando Sártaron cayera? A él.

—¿Por qué me ayudas? —Lédesnald refrenó su euforia por un momento para mostrar su desconfianza por el varelden. Si planeaban traicionar a Sártaron, ¿por qué no a él también?

Mathrenduil se giró y le dio la espalda, buscando con la vista a su dragón negro.

—Porque fuiste tú quien acabó con la resistencia del rey Haoyu y de los suyos. Fuiste tú quien asedió a Iyurin en la Mazmorra de Cristal hasta que llegamos. Y tuya ha sido la victoria en La Muralla. Sártaron sólo ha conquistado el norte, su propia tierra, mientras que tú estás conquistando la Tierra Antigua.

El rey varelden comenzó a caminar, alejándose de ellos.

—¿No vendrás con nosotros? —le gritó Lédesnald.

Mathrenduil se detuvo y se dio la vuelta para mirarlos.

—Mi ausencia no habrá pasado desapercibida, y Sártaron estará preguntándose dónde estoy. Debemos aparentar normalidad y demostrar que todavía remamos en la misma dirección. Establece tu campamento en la aldea de Thondon, al este de aquí, y espera mi próximo presente. Nos volveremos a ver, Lédesnald, asesino de reyes.

Dicho esto, dobló una esquina y desapareció.

—Órgalf, ve a hablar con Izhkad. Que algunos de los krulls se queden aquí para continuar con la rapiña, se lo tomarán como un regalo. El resto, que se prepare para continuar la marcha.

—Lo que ha dicho el elfo oscuro sobre nuestro señor Sártaron… —balbució el borse dubitativo.

—Haz lo que te digo y cierra la boca.

Lédesnald consiguió ver la sombra del dragón negro entre las nubes grises, volando hacia el norte, un momento antes de reunirse con Izhkad y decidir cuántos krulls se quedarían allí y cuántos se adentrarían con él en Cáladai.

LA JUSTICIA DEL SEÑOR DEL AGUA

El incesante rumor de voces y sonidos metálicos parecía muy lejano, pero poco a poco parecía que se acercaba, hasta que se convirtió en un ruido de lo más molesto que taladraba lo más profundo del cerebro. Umphas parpadeó de manera intermitente y, ante sus ojos, se formaron diminutas luces blancas que se iban diluyendo como copos de nieve sobre el suelo mojado. Se frotó con fuerza el rostro hasta que su visión comenzó a tornarse algo más nítida. La cabeza le daba vueltas y sentía una gran debilidad en el cuerpo.

Al fin, consiguió enfocar la vista en un candelabro de tres brazos donde reposaban unas velas que, de tan consumidas que estaban, parecían llorar. La estancia donde se encontraba le era del todo desconocida, rodeado, como estaba, de una especie de tela basta que impedía penetrar a la escasa luz del exterior. Trató de levantarse, pero un fuerte mareo le obligó a volver al jergón donde reposaba. Debía de estar atardeciendo, por la oscuridad que comenzaba a dominar el lugar. Pero, ¿dónde estaba?

Sintió la boca pastosa y giró la cabeza instintivamente, buscando algo de agua. Tuvo suerte: había una jarra de metal sobre una mesa plegable. También observó una jofaina y, al lado, varios paños de un blanco inmaculado. Umphas intentó incorporarse de nuevo, esta vez con mejor suerte. La cabeza seguía dándole vueltas, pero al menos podía mantenerse firme y reconocer el interior de una especie de tienda de campaña. Las voces del exterior debían ser de soldados y las fricciones metálicas de sus armas y armaduras. Puso un pie en el suelo y luego el otro, a continuación se levantó muy despacio del jergón y dio unos primeros pasos. Notaba las piernas débiles, temblorosas, como si le fueran a fallar en cualquier momento, y así lo hicieron, justo cuando ya alcanzaba la mesa plegable donde reposaban los recipientes con agua. Formando un gran estrépito, Umphas fue de bruces contra el suelo, arrastrando con él el jarro y la jofaina. El ruido provocado debió alertar a los

soldados de fuera, pues al instante, uno de ellos entró en la tienda. En su tabardo, lucía los dos peces de la Orden del Agua. Las piezas comenzaban a encajar en su cabeza: debía de estar cerca de Lándalon, las tierras de Lord Ríthed.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —le preguntó el soldado, precipitándose hacia él para ayudarlo—. Tomad mi brazo, apoyaos en mí.

—¿Dónde estoy? —Umphas no reconoció su voz. Débil y ronca.

—Estáis en el campamento de Lord Ríthed, mi señor. A unas cincuenta millas de Lándalon.

El lord comandante de la Orden del León sintió una punzada de dolor en el pecho. La respiración se le aceleró.

—¿En qué dirección? —casi prefería no saberlo.

—Dirección sureste, mi señor. Hemos entrado en las tierras de Búrdelon.

A Umphas le recorrió un gélido escalofrío por todo el cuerpo. Se contrajo al sentir un temblor involuntario que no lograba controlar. Comenzaba a recordar todo: sus hombres masacrados, el fuego del dragón… Lánzolt maldito, con aquellos ojos rojos, perdonándole la vida… De pronto le invadió la urgencia, espoleada por el temor de marchar de donde él huía. Ya no quería sentarse en el jergón, quería correr lo más lejos posible de allí.

—¿Dónde está mi ropa? —las palabras se le atropellaban.

El soldado señaló un rincón de la tienda de campaña donde reposaban sus prendas. No había rastro de su espada. Estaba claro que la había perdido. El soldado le dejó a solas para que pudiera vestirse, alegando que informaría de inmediato a su señor de su mejoría. Dijo que Ríthed se alegraría de verlo en pie y consciente. Umphas intuyó que, tras hablar con él, su alegría desaparecería.

Cuando la cortina que hacía las veces de puerta de su tienda de campaña se abrió, no fue Lord Ríthed quien apareció, sino un joven escudero portando agua en nuevos recipientes, pan y queso. Le dijo que su señor se reuniría en breve con él, que estaba reunido con sus capitanes. Aquello solo podía significar una cosa; marchaban para presentar batalla a las huestes de Lánzolt. O dicho de otra manera: marchaban en la dirección equivocada. Las manos le temblaron mientras se anudaba los cordones de su camisa y se ajustaba el cinto, insulso privado de la espada que antaño sujetase. Un temblor

que nada tenía que ver con la debilidad que le transmitía su estómago rugiente, el cual, de hecho, amenazaba con cerrársе a causa de los recuerdos. No, aquellos temblores eran obra del miedo.

Umphas volvió a mirar el jergón donde hacía un rato reposaba y trató de obligarse a creer que todo había sido un sueño. Los campos de empalados, sus hombres masacrados, Lánzolt víctima de una maldición que lo había transformado en monstruo, quizá el mayor diablo que la Tierra Antigua hubiera llegado a conocer. Todo podría haber sido una pesadilla, sí, solo eso. Ríthed llegaría en cualquier momento y se lo confirmaría. Seguramente, caería enfermo y la fuerte fiebre le indujo a aquella inconsciencia plagada de oscuros sueños. Quizá le afectase la peste blanca y debía sentirse afortunado de no haber muerto. Sí, no habría nada de lo que preocuparse.

No tardó en perfilarse la figura de Ríthed, Lord Comandante y Mariscal de la Orden del Agua, tras el contraluz del atardecer que se filtraba por la rendija que hacía las veces de puerta de la tienda de campaña. Era un hombre de porte adusto y facciones severas, de pelo ralo y canoso, así como de poblada barba. En el pecho de su tabardo, danzaban los dos peces de su orden de caballería. El señor de Lándalon permaneció un instante parado en aquel clarososcuro, observando con detenimiento a Umphas, sin mudar el gesto de su cara. Si se alegraba o decepcionaba al ver la recuperación del mariscal de la Orden del León no quedaba claro.

—Pensaba que de esta no saldrías —dijo, por todo saludo. Su voz era tan seria como su aspecto.

Umphas carraspeó fuertemente antes de hablar.

—Supongo que el destino no quiere que unas fiebres sean lo que me lleven al otro lado.

—Supongo, aunque el estado en el que te encontraron hiciese ver todo lo contrario.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tres semanas.

—¡Tres semanas! Con razón me dolían todos los huesos del cuerpo. No podía creer que hubiese estado encamado tanto tiempo.

—Espero no haberme convertido en un lastre.

—No ha sido cómodo, desde luego, ¿pero qué íbamos a hacer?

Ríthed nunca se caracterizó por su carácter amable y su don de gentes. Algunos decían que tenía el carisma de un tubérculo, pero

como guerrero su valía era incuestionable.

—En tal caso, deja que te compense dejando de ser una carga para ti y para tus hombres —dijo Umphas—. Si me proporcionas un caballo marcharé de inmediato a…

—No vas a ir a ninguna parte —repuso Ríthed—. No hasta que me hayas contado qué te sucedió y qué ha sido de tus caballeros.

El temblor involuntario acudió de nuevo a sus manos. Finalmente, no había sido una pesadilla.

—Antes de comenzar a relatar mi historia, ¿me dirías si marchamos hacia Búrdelon?

—Marchamos.

—Entonces vas en la dirección equivocada.

—Explícate.

Un aluvión de imágenes acudieron de nuevo a la mente de Umphas: cuerpos desmembradas, cadáveres andantes, hombres con aspecto de bestia, un dragón que todo lo envolvía en llamas… y Lánzolt.

—Lo que ahora habita en Búrdelon nada tiene que ver con lo que fue antaño. Un mal negro ha despertado y no podremos hacerle frente.

—Las aldeas —Ríthed parecía obviar el tinte oscuro de las palabras de su homólogo—. ¿Fue Lánzolt el que causó aquellas muertes?

—Lánzolt, o lo que antaño fue Lánzolt.

El lord comandante del Agua apretó tanto las mandíbulas que le rechinaron los dientes.

—Estaba seguro que esto sucedería. Lánzolt, maldito traidor…

—No lo entiendes —soltó secamente Umphas—. No es solo la traición de unos caballeros que reniegan de su rey y de las leyes que juraron cumplir. La maldición camina junto con los caballeros de la Orden del Dragón Rojo.

Ríthed enarcó una ceja, incrédulo.

—¿Maldición?

Umphas se pasó una mano temblorosa por la cara. Sudaba y no precisamente por culpa del calor.

—Los muertos caminan, Ríthed —admitió, al fin—. Muertos y otras deleznables criaturas, y todas ellas están al servicio de Lánzolt, sobre el que ha caído alguna oscura maldición. Yo le vi.

Tenía los ojos rojos y su rostro… Era él, pero sin serlo.

—¿Estás hablando en serio?

Umphas se giró para clavarle sus ojos inyectados en indignación.

—¿Acaso crees que exagero?

—Creo que has pasado mucho tiempo postrado en esa cama. El suficiente como para confundir lo real con lo soñado.

—Ya veo —Umphas meneó ligeramente la cabeza, arriba y abajo —. Piensas que mi testimonio es fruto del delirio.

—Cuando llegaste al campamento, ardías —la voz monocorde y severa de señor de Lándalon no mostraba la más mínima duda—. Es un milagro que sigas con vida. Sin duda tu padecimiento tras la derrota sufrida a manos de Lánzolt te ha herido el orgullo, haciendo que en tus sueños…

—¡¡¡NO HA SIDO UN SUEÑO!!! ¡¡¡ES REAL!!! —Estalló el caballero.

Durante unos instantes, solo hubo silencio y miradas enfrentadas. ¿Cómo podía ser que no le creyera? Había sobrevivido a un infierno y estaba tratando de evitar hacer pasar por otro a esos ignorantes soldados. Les estaba diciendo hacia dónde marchaban, les estaba advirtiendo sobre aquello con lo que se iban a enfrentar. Aún había opciones y tiempo. ¿Por qué lo trataban como a un loco?

Ríthed se llevó dos dedos al mentón y se acarició la barba despacio. Sus ojos no se apartaban de los de Umphas.

—Creo que deberías descansar —dijo, quebrando la tensa calma —. Mañana levantaremos el campamento antes de que despunte el alba para continuar la marcha.

—No regresaré a ese lugar —sentenció Umphas.

—No estás en posición de elegir lo que harás o dejarás de hacer.

—¿Qué no estoy en posición?

—Es evidente que tu estado de salud y tu más que palpable ansiedad te impiden emitir juicios correctos. Ahora estás bajo mi custodia, Umphas. Vendrás con nosotros.

—¿Acaso he de considerarme tu prisionero? —preguntó sorprendido.

—Considéralo como te dé la gana —soltó Ríthed—. No estás en condiciones de tomar ninguna decisión. Permanecerás con nosotros por tu propia seguridad.

—Si el rey se enterase de esto…

—Si se enterase me ordenaría hacer lo que estoy haciendo. Escúchate: solo dices locuras. Eres un peligro para ti mismo y para los demás.

Umphas no creía lo que estaba escuchando.

—No puedes obligarme a cumplir tu voluntad.

—Puedo y lo haré —sentenció—. Conoces nuestras leyes. Sabes cuál es el precio si desobedeces.

Umphas se irguió, haciendo acopio de todas sus fuerzas. Su gran envergadura, sin embargo, no conseguía eclipsar la serena sobriedad de Lord Ríthed.

—Te diré lo que voy a hacer —anunció con voz dura—: saldré de esta tienda, tomaré un caballo y me marcharé. Lejos, más lejos de lo que puedas imaginar, donde ni tú ni Dúnel podáis encontrarme. No quiero estar aquí cuando las sombras asolen esta tierra.

—Hablas como un desertor.

—¡Hablo como un hombre que teme por su alma!

—Conoces el castigo. Sabes que no me temblará la mano.

Umphas dio unos pasos hasta encararse con Ríthed. Sus rostros estaban separados tan solo por un palmo.

—Mejor morir así que como moriréis todos.

Los labios de Ríthed se convirtieron en una delgada línea oculta por la barba cana.

—No lo harás —advirtió.

Umphas no estaba dispuesto a seguir con aquella conversación que no les iba a llevar a ningún lado. Sostuvo unos segundos más la mirada para, finalmente, zanjarlo todo girándose y saliendo lentamente de la tienda de campaña. Escuchó la voz del lord comandante de la Orden del Agua apercibiéndole una vez más, pero ya no le escuchaba. Había oído demasiado.

Sus pasos intentaban parecer firmes pero en realidad le vacilaban las piernas. El aire afuera era fresco y el cielo permanecía totalmente despejado. Aquella iba a ser una noche fría. Reconoció de un vistazo el campamento, donde pendones con los dos peces de Lord Ríthed se agitaban al son que marcaba el suave viento de poniente, en una danza callada e hipnótica. Al fondo del mismo, localizó unas vallas que hacían las veces de establo, donde los caballos pacían. A su espalda, el señor de Lándalon daba algunas

órdenes a sus hombres. Iban a prenderle.

Sin tiempo para preocuparse por eso, Umphas caminó entre el largo pasillo que formaban el resto de tiendas de campaña, sintiendo cómo todas las miradas se posaban en él. Ojos llenos de incredulidad, de menosprecio, de desconfianza y de sorpresa, mas no halló mirada que le hiciera pensar que, entre todos aquellos dignos caballeros, pudiera tener algún amigo. No era el momento de pensar en eso. Cogería un caballo y se marcharía sin mirar atrás, y si acababa siendo considerado un traidor, ¿qué más daba? Pronto todos ellos estarían muertos.

Nadie le impidió acceder hasta donde las monturas descansaban, aunque Umphas sabía que, a sus espaldas, Ríthed se había rodeado de hombres armados dispuestos a impedirle que huyera. Huir, aquella palabra le resonó en su cabeza como una voz lanzada entre las montañas. No, él no iba a huir. Simplemente, iba a sobrevivir. El sonido de las espadas al salir de la vaina le hizo ver que no sería tan fácil.

—Acaba con esta absurda escena, Umphas —le conminó el lord comandante del Agua—. No me obligues a hacerlo.

No respondió, como tampoco se apartó de un gran caballo de guerra negro al que comenzaba a ajustarle los arreos.

—No me dejas alternativa —farfulló Ríthed—. ¡Prendedle!

Una férrea mano atenazó su hombro y le obligó a girarse. Umphas aún estaba débil como para oponerse, pero reunió las fuerzas que le quedaban para propinarle un duro puñetazo al soldado que pretendía privarle de su libertad, que cayó al suelo inconsciente. El lord comandante de los Leones se lanzó sobre su cuerpo y le arrebató la espada.

—¡Prefiero morir! —Gritó fuera de sí Umphas—. ¡Prefiero la muerte antes que vivir en esta pesadilla! ¡Tendréis que hacerlo o pasaré por encima de vosotros para escapar del destino que se os avecina!

—Lord Umphas, hijo de Eomphas —anunció con voz solemne Ríthed—, Mariscal y Lord Comandante de la Orden del León y Señor de Grinnel, os declaro traidor a las leyes de la caballería y a las de vuestro rey Dúnel. Y por el poder que me otorgan dichas leyes, os sentencio a morir.

Un círculo de hombres armados se cerró en torno a Umphas,

quien sujetaba el acero con ambas manos y lanzaba miradas dignas de la feroz bestia que daba nombre a su orden. No iba a ceder, no iba a arrojar la espada al suelo y aceptar su condena como un vulgar ladrón. Todavía conservaba su honor y eso no se lo iban a arrebatar. Su vida iba a costarles un alto precio si no le dejaban marchar. Los caballos relincharon y piafaron nerviosos, intuyendo la resolución de aquel conflicto.

De pronto, Umphas sintió un frío aguijonazo en su pierna derecha, que provocó que se desplomase sobre su rodilla sana. Echó un rápido vistazo y observó cómo le atravesaba la pantorrilla la punta de una lanza. Sus calzas se tiñeron de sangre rápidamente, haciendo que la vista se le nublase y le diera vueltas la cabeza. Aún estando débil y famélico, Ríthed no quiso enfrentarse a él en combate singular. No estaba dispuesto a darle una muerte digna del gran guerrero que era.

Su homólogo se le acercó y, de una patada, le arrancó la espada de las manos. Ya no le quedaban fuerzas para nada más y comenzó a comprender que aquel no iba a ser tan mal final. Era mucho mejor que el que les esperaba a todos aquellos insensatos.

—¿Cómo deseas morir? —le preguntó fría y serenamente.

Umphas podía haberse rendido al desmayo, haber cedido y haber perdido la presencia de espíritu y acabar con su padecimiento. Pero no lo hizo. A la muerte se le mira a los ojos, que te encuentre firme y desafiante.

—A espada —no vaciló en su respuesta. No serviría a las huestes de Lánzolt. No regresaría de la muerte convertido en un despojo al servicio de las fuerzas oscuras que habían poseído al que antaño fue un camarada y un amigo.

—Sea.

Umphas inclinó la cabeza, dejando a la vista su cuello. Esperaba que, al menos, el tajo de Ríthed fuera certero.

—Te he vencido, Lánzolt —dijo para sí, esbozando una última sonrisa—. A mí no me tendrás.

La hoja descendió rápida, letal. Lo último que grabaron los ojos de Umphas fue su cuerpo decapitado.

EL BOSQUE LONGEVO

El barco donde el grupo de Velthen viajaba había arribado a la costa, pero aquello no quería decir nada. Aún sentían el aliento de los mercenarios de Xhou Kanh en la nuca, persiguiendolos y acosándolos. Su única alternativa era intentar despistarlos en la espesura del Bosque Longevo o, llegado el caso, hacerles frente. No obstante, puestos a luchar, mejor que fuese en un lugar propicio para las emboscadas. Eran inferiores en número y sus perseguidores no era estúpidos orcos sin cerebro. Los hombres de Eren no se dejarían engañar fácilmente.

—Deberíamos quemar la nave —sugirió Íniel—. Sabrán dónde estamos en cuanto la vean aquí varada.

—El humo y el fuego también los atraerían —dijo Ectherien, meneando la cabeza—. Sería como encender una almenara que delatase nuestra posición. No, recemos porque pasen de largo y no distingan la embarcación. Aunque lo dudo mucho.

En el horizonte no tardaron en perfilarse las siluetas de las naves erendinas y, tal y como dijo Ectherien, no pasaron de largo. El halcón de Elebrian, que se había convertido en su informador, sobrevolaba los barcos enemigos para luego regresar y comunicarse con el elfo en un idioma de graznidos que tan solo ellos parecían comprender.

—Al atardecer habrán llegado —sentenció Elebrian, con la rapaz apoyada en su brazo—. Debemos internarnos en el bosque sin más demora.

Los enanos se pusieron tensos, pero no dijeron nada. Intercambiaron miradas entre ellos y caminaron tras el resto del grupo, empuñando sus armas. Velthen sabía que no les hacía ninguna gracia, habían hablado de extraños seres que asesinaban a los enanos que habían intentado adentrarse en las profundidades del bosque. Por otro lado, Ectherien y Márdinel parecían muy seguros al afirmar que aquello tan solo eran leyendas. En cualquier caso, no tenían más opciones.

Sujetaron los caballos por las riendas y comenzaron a andar hacia el bosque. Aullido Blanco avanzaba el primero, olfateando el

suelo y girando la cabeza en todas las direcciones. Velthen agradeció que los caballos se hubieran acostumbrado a la presencia del huargo, de lo contrario les hubiese resultado muy difícil controlarlos.

—¿Cómo era tu aldea, Velthen? —le sobresaltó la pregunta de Iyúnel. El joven no se había percatado de que la princesa caminaba a su lado.

—¿A qué os referís?

—Me preguntaba cómo era tu hogar. Nunca antes habías salido de Thondon hasta que… —Iyúnel calló.

—Hasta que la quemaron, podéis decirlo sin miedo —Velthen esbozó una triste sonrisa—. Thondon nunca me pareció gran cosa, he de admitirlo. Una aldea perdida a la sombra de las grandes montañas del Ered Durak, ¿a quién podría interesarle? Las casas eran pequeñas y humildes y la gente… Bueno, en realidad éramos como una gran familia, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Quizá siempre me sentí agobiado por esa falta de intimidad de la que se goza en una gran ciudad. En Thondon todos sabíamos de todos, aunque intentases no hacerlo. Jamás hubiese pensado lo mucho que echo de menos aquella vida y a aquella gente. No se merecía ese final. Murieron por mi culpa.

Iyúnel echó la cabeza para atrás, un gesto que dejaba claro que no compartía la opinión de Velthen.

—No cargues con sus muertes. El destino fue quien dispuso y nada se puede hacer. Lo único que has de pensar es en no hacer de sus muertes un acto en vano.

—Es mucha responsabilidad.

—Por lo visto has nacido para soportar sobre tus hombros mucha responsabilidad —Iyúnel sonrió—. Has traído esperanza.

Velthen frunció el ceño. No le gustaba esa sensación de presión que ejercía sobre él su verdadera historia. ¿Qué importaba quiénes hubieran sido sus padres? Jamás un herrero podría sentarse en un trono, por mucha sangre real le corriese por sus venas.

—¿Y eso se lo dice una princesa a un aldeano? —le dijo de forma irónica. Iyúnel clavó sus ojos azules en los de Velthen.

—Eso se lo dice una princesa al Elegido.

Velthen puso los ojos en blanco.

—Es una afirmación un tanto arriesgada.

—Tan arriesgada como no querer afrontar la verdad.

—¿Y cuál creéis que es esa verdad?

—Que cuando en mi vida todo parecía perdido, cuando pensaba que el fin de mis días estaba cerca, apareciste —aquellas palabras ruborizaron a Velthen—. Fueron tus ojos lo primero que vi en aquella infecta cueva llena de ogros, la primera mirada amable en mucho tiempo. Ahí estabas tú, con un enorme lobo blanco a tu lado, como en las viejas historias de antaño, donde los grandes reyes eran temidos y respetados. Jamás olvidaré esa imagen, Velthen, jamás. Por eso mismo sé que tú eres el Elegido. No puede haber otro.

—¿Y si os equivocáis? —la pregunta salió de sus labios con más brusquedad de la que pretendía. Iyúnel sonrió divertida.

—No me equivocaré —y le guiñó un ojo para acentuar más el fulgor de las mejillas de Velthen.

—¡Mirad! —La ruda voz de Tóbur le bajó de aquella nube que era estar con la princesa—. Las lindes del Bosque Longevo.

Delante de ellos comenzaba a extenderse la verde espesura que era aquel bosque. En comparación con Árnor, a Velthen aquello le parecía impenetrable, sin embargo, se sorprendió al escuchar decir a Elebrian que no se podía comparar con Drawlorn o Thanan.

—Uno es un bosque infectado de krulls y el otro está hechizado —gruñó de nuevo Tóbur—. ¡Menudos ejemplos has puesto, elfo!

No fue fácil adentrarse en el bosque. Los caballos piafaban y se revolvían, intentado dar marcha atrás, Aullido Blanco mantenía el lomo erizado, las triangulares orejas echadas hacia atrás y se movía nervioso de un lado a otro. Velthen intentó calmarle, le cogió del cuello y le acarició el suave pelaje hasta que dio la sensación de estar más calmado.

—Nunca antes se había comportado así —dijo, mirando a Ectherien. El montaraz frunció el ceño y esquivó la mirada del joven.

—Es una mala señal —rezongó Gorin—. Muy mala señal.

—Debemos adentrarnos ya —sentenció Elebrian.

El Bosque Longevo era un lugar oscuro, verde, pero muy oscuro. Los árboles crecían altos y apenas dejaban espacio a la tenue luz que intentaba atravesar la espesura. La hierba era tupida y espesa, como una acogedora colcha de plumas, salpicadas de hojas secas. Los troncos crecían muy juntos los unos de los otros, dejando

estrechos pasillos entre ellos que eran por donde debía avanzar el grupo. Ectherien y Márdinel encabezaban la marcha, con los arcos prestos por si hubieran de utilizarlos. Caminaban tan sigilosamente como lo podía llegar a hacer el propio Elebrian o incluso Aullido Blanco, que era una pálida sombra en mitad del bosque. Los enanos y los caballos, por el contrario, delataban su posición una y otra vez, y no podían evitarlo, por mucho que los montaraces le llamasen la atención.

—Este bosque tiene ojos —susurró quedamente Tóbur—. Lo juro por todos y cada uno de los pelos de mi barba.

Íniel se volvió bruscamente y le chistó, llevándose airadamente un dedo a la boca.

—Creo que hemos encontrado por fin un buen refugio —le susurró Iyúnel a Velthen. De nuevo volvía a estar a su lado, y de nuevo él volvía a sentirse nervioso.

—¿En verdad lo creéis? —Respondió con recelo—. El resto del grupo no parece pensar lo mismo.

Iyúnel puso los ojos en blanco y meneó la cabeza.

—Los montaraces son desconfiados por naturaleza y los enanos son supersticiosos.

—¡Qué curioso! Hace tiempo Dálfvar dijo lo mismo de vuestro pueblo.

—Y no le faltaba razón —dijo la princesa, sonriendo—. Somos un pueblo lleno de tradiciones, leyendas… Yo, por ejemplo, creo en las profecías élficas y…

—¿Otra vez con eso? —resopló Velthen, impregnando cada palabra con una pizca de cansancio.

—Y será así hasta que se te meta en la cabeza. Todos pueden ver tu apariencia, pero yo veo lo que eres. Más allá de la forja de Thondon, mucho más allá del linaje del que provienes. Yo te veo aquí —sin vacilar, Iyúnel le puso una mano en el pecho a Velthen, cerca de su corazón, el cual parecía galopar con el brío de un millón de corceles. Sintió bajo sus ropas la calidez de aquella mano. Quería que se parase el mundo en ese momento. Hasta que…

—¡Eh, tortolitos! —Márdinel, siempre tan oportuno—. Disculpad que ensucie vuestra tierna escena de amor, pero vamos a acampar en un claro que hay a un kilómetro de distancia. Ectherien dice que es un buen lugar.

Se establecieron en una zona no demasiado grande donde los árboles crecían separados a una distancia considerable los unos de los otros, aunque las frondosas copas de estos seguían sin permitirles ver más allá de ellas. Ectherien y los enanos, que preferían estar en activo mientras durase su paso por el bosque, se encargaron de colocar trampas alrededor de donde iban a establecer el campamento. No se olvidaban de que los mercenarios de Eren les estarían siguiendo la pista. Márdinel tomó su arco y fue en busca de alguna pieza para cenar sin necesidad de tirar de las provisiones, que había que empezar a racionar. Íniel se ocupó de los caballos y, aunque nadie lo dijese abiertamente, de vigilar a Ubarín, mientras que Velthen e Iyúnel preparaban un discreto fuego.

—Tu lobo no parece muy cómodo aquí —le dijo Iyúnel, colocando ramitas secas en forma de círculo.

Velthen levantó la cabeza para mirar a Aullido Blanco. El enorme huargo no se había sentado ni un solo instante desde que decidieron parar para descansar. Estaba tenso como un arco a punto de ser disparado, y las orejas tiesas se movían en todas las direcciones, intentando captar sonidos que solamente él podía detectar.

—Esto no ayudará a que los enanos estén más tranquilos —dijo el chico mientras se afanaba por encender el fuego.

—Me pone nerviosa.

—Es normal que esté así. Este bosque es muy viejo, apenas puedes ver lo que hay delante de ti por culpa de las ramas y el follaje. Desconfía de lo extraño, como todos.

Ubarín estaba sentado con las piernas cruzadas y su espada, aunque envainada, estaba sobre las rodillas. Tampoco parecía estar muy cómodo allí. En realidad, ninguno estaba cómodo. Era un lugar que, como bien decía Velthen, te impedía ver más allá de cinco metros a la redonda, haciendo del bosque un lugar idóneo para emboscar y ser emboscado. La tensión no acabaría hasta que no lo atravesasen o despistasen a sus perseguidores.

Elebrian se les aproximó con paso calmado y esa elegancia propia de su pueblo. El halcón del elfo aún no había regresado, aunque aquello no parecía preocuparle ni lo más mínimo. El ave sabía cuidarse mejor que todo el grupo junto. Se sentó al lado de Velthen e Iyúnel.

—¿Sueles practicar con la espada? —lanzó la pregunta así, sin más. Por un momento, Iyúnel y Velthen se miraron extrañados. Supusieron que se refería al muchacho.

—He tenido que utilizarla muy a menudo, por desgracia —contestó.

—Lo sé, lo sé. Orcos, ogros… Conozco tus hazañas, pero lo que pregunto es si sueles entrenar con regularidad, no cuando tu vida se ve en peligro.

Velthen dudó por un momento. Realmente, no sacaba la espada salvo cuando era necesario. Tampoco había tenido mucho tiempo como para plantearse practicar con ella, salvo cuando Márdinel le despertó para humillarlo delante de Ectherien y Dálfvar.

—No he podido. No hemos tenido tiempo como para planteármelo —argumentó Velthen.

—Ya veo —Elebrian asintió con la cabeza—. A partir de ahora, te despertaré antes de que despunte el alba. Practicarás conmigo.

Velthen no supo qué decir. Sintió la mano de Iyúnel sobre su hombro, la princesa sonreía y asentía con la cabeza muy deprisa, visiblemente entusiasmada. Era un honor, todo un sueño, que un elfo quisiera instruirte en el manejo de la espada. Elebrian estaba ciego, sí, pero solo porque la venda alrededor de sus ojos lo delataba, de no ser así cualquiera hubiera podido decir que veía mejor que muchos hombres.

—Gracias —fue la única palabra que consiguió articular.

Al momento, llegaron los enanos y Ectherien. Aullido Blanco se acercó cariñosamente al montaraz, el cual lo acarició entre las orejas.

—Hemos dispuesto trampas alrededor del claro en un radio de un kilómetro —anunció—. Todo está muy calmado y no parece que nadie nos haya seguido. No obstante, las trampas nos alertarán si alguien intenta acercarse.

Gorin y Tóbur ahora parecían más calmados. El hecho de haber trazado un perímetro de seguridad les había dado cierta confianza.

—Los caballos siguen estando muy nerviosos —dijo Ubarín—. Y dudo de que se calmen a medida que se adentre más la noche.

—Habrán olido a otras bestias, tal vez lobos —contestó Ectherien—. Sería extraño que estuvieran tranquilos.

De la espesura surgió la figura encapuchada de Márdinel. Para

desaliento de todos, venía con las manos vacías.

—¿No has cazado nada? —la pregunta de Íniel era más bien un reproche.

—Quizá deberías coger tú el arco y las flechas y seguir el rastro de las alimañas —respondió, Márdinel, quien, era de suponer, no iba a dejar que le echasen nada en cara—. Seguro que con tus conocimientos y tu destreza tendremos un festín digno de reyes.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Ectherien.

El joven montaraz meneó la cabeza.

—Nada. Ni un solo ser vivo. Ni rastros, ni excrementos, ni siquiera el canto de un gorrión. Extraño, ¿verdad?

Ciertamente lo era. Estaban en un bosque, se suponía que debía haber ciervos, aves, incluso lobos… Era bastante desconcertante.

—Es un mal presagio —las palabras de Márdinel hicieron recordar a Tóbur dónde se encontraba.

—¿Ni siquiera has visto algún nido con huevos? —preguntó extrañado Ubarín.

—No he encontrado ningún nido en los árboles.

—Esto es raro, muy raro —gruñó Gorin, con el ceño tan fruncido que las espesas cejas ocultaban sus pequeños ojos castaños—. No me gusta.

—Tranquilizaos y dormid —les recomendó Elebrian—. Puede que esta noche sea de las más seguras que hayáis vivido de un tiempo a esta parte.

A Velthen le costó convencer a Aullido Blanco de que se tumbara a su lado y se tranquilizase. La bestia no deseaba más que dar vueltas en círculo alrededor del claro, pero finalmente se hizo un enorme ovillo y se tumbó al lado del joven. Los enanos también refunfuñaron un poco, mas sus ronquidos no tardaron en escucharse. Márdinel dijo que haría la primera guardia, seguido de Íniel. A Velthen le tocó la última. Ubarín se ofreció voluntario para hacer alguna, pero todos lo rechazaron, aún había mucha desconfianza hacia el habarii.

Cuando a Velthen le pudo el sueño, lo último que vio fue a Elebrian sentado junto al fuego, moviendo las brasas con un palo largo y fino, a continuación su cuerpo se rindió al cansancio y la fatiga acumulada.

—Velthen, Velthen —sintió una mano que lo cogía de la capa y

de la manta de viaje y lo zarandeaba—. Es tu turno, joven.

Trató de abrir los ojos, confuso. ¿Ya era su turno? ¡Pero si acababa de dormirse! Estaría soñando, seguro… Pero no, no debía de ser porque aquella mano trataba de desperezarlo a toda costa.

Con la vista medio nublada, alcanzó a ver la barbuda cara de Gorin. De modo que no era un sueño. Se había dormido tan profundamente que apenas sí había sido consciente de ello.

—Tu turno, muchacho —le dijo el enano.

Velthen se incorporó y se estiró para espabilarse. Se sorprendió mucho al ver que Aullido Blanco ya no estaba a su lado, sino que volvía a estar de pie, trazando círculos alrededor del claro, escudriñando la oscuridad del bosque. Le hizo un gesto de asentimiento a Gorin, dándole a entender que ya podía retirarse a descansar. El enano no tardó en arrebujarse bajo sus mantas y volver a unirse a Tóbur en aquella sinfonía de ronquidos.

En la fogata, para sorpresa del joven, seguía estando sentado Elebrian, azuzando las brasas como le dejó antes de dormirse. Velthen cogió su espada y se acercó a él.

—¿No duermes? —le preguntó.

Elebrian esbozó una sonrisa. Sus ojos ciegos, ocultos tras la venda que los cubría parecían fijos en el fuego.

—Los atelden no necesitamos descansar tanto como vosotros —le confesó—. Me hubiese quedado toda la noche de guardia, pero esto —se tocó con dos dedos la venda— me hace ser consciente de mis limitaciones.

—¡Vamos! ¡No seas modesto! Te he visto moverte y pelear con más fluidez que cualquier guerrero. Los elfos tenéis los sentidos mucho más agudos que nosotros. Es cosa de magia.

—Magia élfica, ¿verdad?

—Conocida y admirada por todo el mundo. Recuerdo las historias que se contaban en mi aldea sobre vosotros. De niño siempre me gustaba escucharlas.

—Suena muy interesante —el invidente elfo no dejaba de sonreír—. ¿Y qué decían de nosotros esas historias?

—Que la magia élfica era la más poderosa de todas, capaz de convertir la roca en polvo, el río en vapor y el hielo en fuego. Se decía que los guerreros más poderosos eran los elfos de doradas armaduras y resplandecientes espadas, los únicos capaces de acabar

con la vida de un dragón. Los inmortales elfos a los que nadie puede matar.

—A los que nadie puede matar… —repitió Elebrian, con la voz cargada de melancolía—. Todo sería más fácil, ¿no crees? Pero siento decepcionarte y quebrar todas tus fantasías de niño.

Velthen observó al elfo, cuya ciega mirada no se apartaba de las brasas que amenazaban con apagarse de un momento a otro.

—¿Tú… —casi no se atrevía a preguntarlo—, tú has estado cerca de la muerte?

Elebrian levantó la cabeza.

—Yo he visto la muerte.

Aquella frase quedó flotando siniestramente en el aire. Reinó el silencio. Velthen intentaba controlar su respiración por miedo a quebrar aquella quietud que habían provocado las palabras del elfo. Aquellas cicatrices, aquellos ojos vendados que nadie había conseguido ver… Elebrian no era un simple peregrino que se había aventurado por aquellos lares, lejos de las islas élficas, para encontrarlos y compartir sus andanzas. No, había algo más. Algo que Elebrian se guardaba para él y que no parecía dispuesto a compartir con nadie.

—Vamos —dijo de pronto, quebrando el silencio en el que se habían sumido—. Coge tu espada. Practicaremos un rato antes de despertar al grupo.

—Pero, ¿y la guardia?

—El huargo nos alertará en caso de que algo malo suceda, mas créeme cuando te digo que todo está en calma.

Elebrian se levantó de un elegante brinco y tomó su espada, a continuación le hizo un gesto con la cabeza a Velthen para que le siguiera.

—Deberíamos tener cuidado al alejarnos —le intentó advertir—. Ectherien, Tóbur y Gorin han puesto trampas para… —pero el elfo no parecía escucharle y continuó andando. Velthen se limitó a seguirlo.

Por fin llegaron a otro claro, este más pequeño que donde estaban acampados, lo suficientemente alejado como para no molestarlos y lo suficientemente cerca como para alertarlos en caso necesario.

—Desenvaina tu espada y cógela —Velthen obedeció al elfo—.

Ahora acércate y deja que vea cómo la sostienes.

El joven hizo lo que Elebrian le pedía. Sin soltar el acero, puso sus manos sobre las del elfo, el cual comenzó a palpar cada milímetro con rapidez y precisión.

—Déjame tu espada un momento, Velthen.

Elebrian, minuciosamente, examinó la espada con ambas manos. Tocaba la hoja, cogía la empuñadura, soltaba un tajo al aire… Luego, se la tendió de nuevo a Velthen.

—No es una espada idónea para ti —dijo—, pero de momento te sirve. Lo primero que has de aprender es a sujetarla. Intenta que tus muñecas no estén tan rígidas. Debes ser firme como los troncos de los árboles que te rodean, pero a la vez flexible como los juncos de los ríos —Elebrian desenvainó su espada—. Lánzame una estocada, sin miedo y con decisión.

Velthen tragó saliva antes de lanzarse sobre el elfo, el cual se giró y esquivó el golpe sin necesidad de recurrir a su espada.

—Has vacilado —le dijo.

—Quizás —le costó reconocer al muchacho.

—Cuando empuñas el acero no existe el quizás. Si decides hacerlo, que sea con determinación, o de lo contrario no lo hagas.

Velthen asintió, intentó aliviar la tensión que sentía en sus brazos para que sus movimientos fuesen más fluidos, y volvió a atacar. Esta vez, Elebrian sí utilizó la espada… pero para dejarle desarmado en dos movimientos rápidos como el rayo. El chico se quedó plantado delante del elfo mirando cómo caía su espada al suelo.

—Me has desarmado —se limitó a decir con cierta frustración. Jamás lo vencería.

—¿Desarmado? —Elebrian se extrañó—. No, no estás desarmado. Ese es el problema: crees que tu espada es la que te da firmeza, la que te otorga el poder de quitar o perdonar una vida. Por eso has vuelto a vacilar y por eso has fallado.

—No he vacilado esta vez —protestó.

—Sí, sí que lo has hecho. Tu mano no ha vacilado, tu golpe no ha vacilado, pero tu ser, Velthen, ese sí ha vacilado. Has atacado porque te sentías seguro tras el acero, sin él no lo habrías hecho. Tus posibilidades de vencer a tu rival no son solo destreza y valor. Es la confianza. Aprende a sentir que no necesitas una espada.

Aprende a sentir que tú eres la espada.

Velthen se agachó para coger el arma del suelo. La sujetó con ambas manos y la miró largo rato. La empuñadura, la hoja… Sé la espada, repetía su cabeza. Las palabras de Elebrian, aunque difíciles de comprender, albergaban mucha sabiduría. Confía en ti mismo. No necesitas arma porque tú eres el arma.

Volvieron al claro para despertar al grupo un poco antes de amanecer, cuando el cielo comenzaba a adquirir ese curioso esquema cromático que caracteriza al alba. Poco a poco, todos se fueron desperezando. Reinaba el buen humor, ya que habían podido descansar más o menos bien aquella noche, la primera en mucho tiempo. Desayunaron frugalmente y prepararon la marcha. A esas alturas, si los mercenarios de Eren no los habían encontrado, sería muy difícil que lo hicieran. Todo parecía dar un giro que invitaba a la tranquilidad, pero Velthen no estaba tan seguro. Aullido Blanco no parecía bajar la guardia, y eso hacía que el joven no pudiera estar del todo tranquilo. Era como si aquel enorme lobo le transmitiese sus miedos, sus recelos hacia ese lugar.

Tardaron poco en estar de nuevo preparados para continuar con la marcha, su destino era el Ered Durak. Si conseguían llegar a las montañas podrían atravesarlas con la ayuda de Gilmu y sus exploradores enanos, los cuales conocían pasos secretos a través de aquella impenetrable cordillera. Eso era lo que habían dicho Gorin y Tóbur, que sus camaradas les ayudarían a cruzar a Cáladai, pero lo que no dejaron claro era si ellos continuarían con el grupo o se quedarían en su hogar bajo las montañas. Velthen intuía que pronto los enanos se despedirían de ellos. Y no podía culparlos, él también lo haría si tuviese un hogar.

Continuaron andando a buen ritmo. El humor parecía mejorar entre los compañeros, incluso aquel día parecían haber olvidado la traición de Ubarín, ya que le hacían preguntas sobre los caballos de Habar y sobre los jinetes del desierto. El habarii volvía a lucir esa sonrisa tan encantadora, y Velthen sorprendió a Íniel mirándolo un par de veces como él suponía que debía mirar a Iyúnel. La princesa continuaba a su lado, ya prácticamente era algo habitual entre ambos compartir su compañía durante las marchas. ¡Hasta Márdinel parecía menos sarcástico que de costumbre! Bromeaba con Velthen y con los enanos de forma desenfadada. ¿Era posible que su suerte

estuviese cambiando? La respuesta no tardó en llegar.

Caía la tarde y las primeras montañas empezaban a dibujarse delante de ellos cuando Aullido Blanco, que iba siempre más adelantado que el resto del grupo, se clavó en el suelo, rígido, con una pata levantada como señalando algo que no alcanzaban a distinguir en la espesura. Poco a poco, el pelo de su lomo volvió a erizarse, como venía siendo habitual en él desde que entraron en el Bosque Longevo, mostró sus afilados colmillos, y un ronco y profundo gruñido brotó de su garganta.

—¿Qué sucede, Aullido Blanco? —la voz de Velthen no sonó firme, ni siquiera se escuchó a sí mismo. Era un débil hilo que amenazaba con quebrarse. La intuición del huargo era infalible, y no iba a ser una excepción ese momento.

Los caballos comenzaron a encabritarse. De hecho, Iyúnel fue de bruces al suelo a causa un fuerte tirón que dio el suyo. Soltó las riendas y se perdió en el bosque.

—¿Qué les sucede a estas malditas bestias? —dijo Márdinel, que pugnaba con el suyo.

—Algo va mal, muy mal —Ectherien puso una flecha en su arco y los demás hicieron lo propio con sus armas.

—Cuidado ahora —susurró Elebrian—. Permaneced alerta, todos en círculo.

—Aullido Blanco, ven aquí —lo llamó Velthen, pero el lobo permanecía quieto como una estatua—. ¡Ven aquí!

—¡Cuidado! —gritó Elebrian.

De pronto, una flecha más grande de lo corriente, cortó el viento con un zumbido que resonó en los oídos del grupo. Una flecha veloz y certera, pues hizo blanco en uno de los cuartos traseros del huargo, el cual lanzó un aullido de dolor desgarrador, desplomándose sobre su pata herida.

—¡¡¡NO!!! —Bramó Velthen a su vez—. ¡¡¡NO!!!

—¡Sujetadlo! —Ordenó Ectherien, al ver que el joven quería salir corriendo al lado del lobo—. ¡Que no abandone la formación!

Márdinel y Ubarín tuvieron que emplear todas sus fuerzas para impedir que Velthen fuera a socorrer al animal herido, que intentaba fallidamente ponerse sobre sus cuatro patas. Gruñía y gemía de dolor.

El suelo comenzó a retumbar, parecía como si una manada de

caballos salvajes galopara sin freno hacia ellos. Temblaban hasta las profundas raíces de los árboles, y cada vez se sentía más cerca, más cerca…

—No puedo creerlo… —escuchó balbucear a Márdinel cuando varias formas que parecían equinas comenzaron a surgir del amparo de los árboles.

—¡Centauros! —gritó Tóbur.

Antes de que pudiesen reaccionar, ya estaban rodeados. ¡Centauros! Velthen no daba crédito. Realmente, ninguno de los presentes podía creer lo que veían sus ojos, salvo Elebrian, el cual permanecía impasible sujetando su espada en posición de ataque. Aquellos seres tenían el cuerpo de un enorme caballo de guerra, pero su torso era similar al de cualquier hombre fornido, pero mucho más musculoso y alto. Sus rostros eran una rara mezcla entre hombre y bestia, con ojos pequeños y oscuros separados por un puente de la nariz ancho y plano, como ancho era el cuello, tanto como sus cabezas. Tenían largas orejas picudas y lucían sendas melenas largas semejantes a las crines de un caballo. Portaban lanzas y arcos, los cuales les apuntaban sin miramientos.

Velthen no supo decir cuántos había, demasiados, eso estaba claro. Les habían rodeado formando un círculo perfecto e impenetrable. Si debían combatir con aquellos seres podían ir dándose por muertos.

Uno de los centauros, un ejemplar particularmente grande de color negro azulado con barbita y melena blanca como la nieve, se abrió paso entre ellos para situarse delante del acorralado grupo. Sus ojos negros brillaban como la obsidiana en su adusto rostro humanoide. Su mano derecha empuñaba un enorme mandoble.

—Ichg barugh —tronó su voz cavernosa y áspera—. Ichg dugburuk agh krumvradrum.

Nadie le entendió y nadie respondió. El grupo se quedó ahí plantado esperando que se abalanzaran sobre ellos de una vez. El enorme centauro se aproximó a donde Aullido Blanco yacía, observándolo con gran interés.

—¡Aléjate de él! —le gritó Velthen con una gota de desesperación e impotencia en su voz.

El centauro se giró y lo miró con desprecio, pero no le hizo el más mínimo caso. Amenazante, se acercaba cada vez más al huargo,

el cual no cesaba de gruñir y enseñar sus colmillos. Le apuntó con la espada mientras le dedicaba palabras en esa extraña lengua.

—¡Que te alejes de él, bestia! —el joven forcejeaba con Márdinel y Ubarín, tratando de acudir en la ayuda de su peludo compañero.

—¡Rithz dirmúrg, Barugh! —una voz que no pertenecía a ninguno de los centauros se alzó para detener la espada que iba a dar muerte a Aullido Blanco. Una voz firme, pero clara. Una voz humana.

Todos se giraron en busca del dueño de aquellas palabras. Este apareció tras los árboles, montado en un enorme ciervo blanco de poderosa cornamenta. Era un individuo de larga melena castaña, ojos color miel y rostro refinado. Vestía ropas de cuero, apropiadas para mimetizarse con el bosque, y portaba un carcaj con un arco. La empuñadura de su espada asomaba por encima de su hombro izquierdo. Habría pasado por un elfo de no ser por su espesa barba. Aunque… ¡No podía ser! Velthen hubiera jurado ver unas orejas picudas dejándose ver entre el pelo.

Elebrian giró la cabeza bruscamente y dirigió su ciega mirada hacia el recién llegado.

—Es imposible… —dijo de forma casi inaudible—. Täuniel. Täuniel Thaielden.

EL SECRETO DE THANAN

—Recuerdos. Tan solo conservo vagas imágenes que acompañan mis sueños antes de tornarse en pesadillas. Recuerdo a mi padre y a mis hermanos, con ese porte señorial y orgulloso propio de los grandes caballeros de Páravon, y recuerdo a sus vasallos y todas esas miradas llenas de respeto y admiración. Esos mismos vasallos fueron los que dudaron de mí, los que me consideraron hijo menor de una gran casa y los que se sintieron humillados al tener que jurar fidelidad a una orden venida a menos por las muertes de su señor y heredero. Sí, mi mente lo recuerda con nitidez.

Muras, absorto en sus propios pensamientos, casi no parecía reparar en la presencia de Danéleryn, oyente muda de aquellas atormentadas reflexiones.

—Recuerdo también nuestra niñez —continuó, con la mirada perdida entre las copas de los árboles del bosque de Thanan—. Dúnel siempre bromeando y metiéndonos en líos, Lánzolt siempre tan desafiante y protestón y vos… Vos no erais la reina, tan solo Danéleryn.

—Sigo siendo Danéleryn —dijo ella rápidamente.

—También recuerdo el día de vuestra boda —Muras no parecía escucharla—. Estabais tan hermosa y radiante como las princesas elfas de los cuentos que nos contaban las viejas de Cárason. Y el rey… Jamás he vuelto a ver una mirada tan llena de amor y orgullo como la que aquel día os dedicó Dúnel. Erais la belleza personificada. Todos envidiamos a vuestro esposo en aquel momento, esa es la verdad. Os acompañaban vuestras damas de compañía. Kathline estaba entre ellas.

Kathline, su gran amiga y confidente. Danéleryn recordó con dolor cuando se despidió de ella, cuando la liberó de sus obligaciones para con ella para que pudiera marchar al lado de Lánzolt a Búrdelon. Ya jamás la volvería a ver.

—¿No habéis pensado que si obrasteis mal? —la brusca pregunta de Muras fue como una bofetada en la cara—. ¿Acaso creéis que hicisteis bien dejándola marchar junto a Lánzolt? Ella acabó convirtiéndose en su punto débil. En su maldición.

—Hice lo que era justo para ambos —respondió secamente. No le gustó que Muras le echase en cara un acto que ella hizo por amistad y con afecto hacia ambos.

—Ojalá pudiese decir yo lo mismo, porque también recuerdo como si fuese ayer la noche en la que los muertos caminaron sobre Búrdelon, recuerdo los fuegos fatuos y a aquellos seres como sombras que me persiguieron sin tregua. Y también recuerdo a Kathline. Recuerdo su sangre escapándose de su cuerpo, la vida apagándose en su mirada. Sus últimas palabras, su último suspiro… Yo estuve allí cuando todo el mundo que conocía moría ante mí, ante mis ojos, y no quise morir con él. Escapé, hui de mi destino. Debía haberme quedado y haber muerto con el resto de mis hombres, al lado de Kathline como el caballero que se suponía que era. Debí morir allí con la promesa que le hice a Lánzolt y que no cumplí.

—Sobreviviste. No puedes culparte por eso. No debes hacerlo. La culpa con la que cargas es injusta, Muras. Fuimos nosotros quien enviamos a Lánzolt con Údel, y fue a ti a quien le dimos la orden de guardar Búrdelon. La vida es así de cruel, más aún cuando debes tomar decisiones. Ese es el peso de la responsabilidad.

—Mi responsabilidad era otra.

Danéleryn guardó silencio. No sabía bien qué decir ni que hacer para aliviar el pesar que atenazaba el corazón de Lord Muras. Se sentía impotente y frustrada, notaba cómo su carácter se agriaba por momentos, como un vaso de leche al sol. En parte, la culpa la tenía aquel lugar. Una bella prisión sin paredes, un lugar de ensueño donde se sabía cautiva. Thanan era un bosque mágico y maravilloso pero le había quitado la libertad. A donde fuera, ella o cualquiera de sus caballeros, cientos de invisibles ojos vigilaban cada paso. Intentar huir era un suicidio, pues si no se acababa con el cuerpo atravesado por las flechas punielden, las salvajes dríades se encargarían de otorgarles una muerte más lenta y cruel. Eran libres de pasear por Thanan, eso les decían, pero no dejaban de ser cautivos.

Danéleryn, en las semanas que llevaba allí, tan solo había visto a Muras dos veces: aquella y una anterior donde el antiguo lord comandante de los Cuervos Errantes se negó a hablar con ella. Aquello le dolió a la reina de Páravon, pues conocía a Muras desde

la niñez. Era mucho más que una espada juramentada, era su amigo. Ahora había sido él quien fue a buscarla para preocuparse por su estado y por el de los caballeros que la seguían. Les trataban bien, y eso era lo que más desesperaba a Danéleryn, la hospitalidad y los cuidados de los elfos silvanos. ¿Acaso no eran prisioneros? ¿Por qué no los trataban como tales? Muras se limitó a sonreír y no decir palabra.

—Habla con ellos, Muras —imploró la voz de Danéleryn—. Diles que nos dejen marchar y ven con nosotros.

El caballero se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Qué os hace pensar que quiero marcharme de aquí?

—Este no es tu pueblo. No perteneces a este lugar.

—¿Y a qué lugar pertenezco? ¿A Páravon? Este bosque me ha dado la paz y el equilibrio que necesitaba desde hace mucho tiempo. Los elfos me aceptaron como uno más entre ellos, me adiestraron y me enseñaron su idioma. ¿Qué me ha dado Páravon tras años de servicio y obediencia? Dolor, eso es lo que me ha dado vuestro reino. Dolor y sufrimiento que crecen día a día alimentados por los recuerdos. Vuestra presencia aquí los ha despertado cuando yo los había logrado dormir.

—Lamento mucho oírte decir eso —Danéleryn estaba rota tras aquellas palabras, pero debía permanecer firme—, y ojalá pudiese hacer algo para paliar tu pesar.

—No podéis hacerlo.

—Pues diles que nos dejen marchar. Prometo no hablarle a nadie de ti, ni siquiera a Dúnel. Serás como el fantasma en cuya piel te metes, nadie sabrá que ha sido de ti. Si es mi presencia lo que aviva tu dolor, Muras, habla con los Señores del Bosque y diles que nos dejen ir.

—Ellos ya tomaron su decisión, y no cambiarán de parecer por lo que yo pueda decir.

—Al menos podríamos intentarlo. Yo iría contigo si…

—¡Basta! —se escuchó una voz entre los árboles. Ambos se giraron para ver cómo aparecía Varya, la elfa Silvana que parecía tener algo más que una amistad con Muras. ¿Sabrían ambos qué les sucedía a los elfos cuando decidían darle su amor a un mortal? —¡Dejadlo en paz!

Danéleryn se sintió cohibida ante la altanería de aquella mirada

y aquellos andares. Sabía que no le gustaba a aquella elfa de aspecto indómito y desafiante, de modo que no se atrevió a decir nada.

—¿Cómo os sentís sabiendo que vuestras decisiones erróneas han destruido vidas inocentes? —había veneno en las palabras de Varya.

Danéleryn no supo qué contestar. Dejó escapar una fría lágrima que recorrió con lentitud su mejilla hasta llegar a la barbilla. Le dolía, le dolía mucho, pero puede que lo que más le doliese fuera el silencio de Muras. Tenía la esperanza de que el caballero mandase callar a la elfa, o que intercediese por ella. Pero no lo hizo. Se limitó a mirar a Varya y a guardar silencio. Para la reina de Páravon, aquel gesto resultó definitivo.

—Debes venir conmigo —le dijo la elfa a Muras, dándole la espalda a Danéleryn—. Los Señores del Bosque nos convocan. Parece que las Hermanas del Ocaso han regresado.

****

Sabía que la vigilaban. Podría ser que para la reina Danéleryn y sus caballeros aquello pasase desapercibido, pero no para ella. Élennen sabía que su presencia en Thanan era todo un acontecimiento y que pocos punielden eran capaces de disimular su curiosidad e interés hacia ella. Siempre se topaba con alguna mirada que iba más allá de la mera custodia. Ojos que intentaban buscar en los suyos respuestas, un interés que crecía con cada día que pasaban allí. Célestor le confesó que se sentía incómodo, pues también él notaba como la presencia que intentaba pasar desapercibida de sus guardianes dejaba de lado el hecho en sí de vigilarlos para dar lugar a esa curiosidad.

—Nos miran como si nunca hubieran visto a un elfo —le dijo Célestor una tarde—. Me hacen sentir extraño entre mi propia gente.

Élennen no pensaba que fueran su gente. Eran dos pueblos distintos, con costumbres distintas y puntos de vista distintos. Los atelden no tenían mucho que ver con los punielden, y en cierto modo aquello le maravillaba. No habían vuelto a ver a Elwen y Éreborn desde aquel día en el que se dijeron demasiadas cosas,

algunas tan dolorosas como la palabra amor.

Ella sabía el porqué de las miradas de los elfos silvanos. Sabían lo que había entre Célestor y ella, que ambos se amaban y que las costumbres de los atelden la impedían entregarle su corazón como ella hubiese querido. Por eso los observaban, porque no entendían los motivos que los obligaban a no hacer eso. Ellos eran libres, y era una condición que Élennen admiraba. Sabía de la relación entre la guardiana Varya y el mortal Muras, y conocía las consecuencias que traería aquel amor para ella. Sin embargo, a nadie parecía importarle lo más mínimo. Varya es dueña de su vida y de su destino. Es su decisión. Y envidiaba aquella decisión. Ella no podría hacerlo jamás.

Ella sabía que los vigilaban, pero aquella tarde algo desviaba la atención de los ojos curiosos. Había como un gran revuelo entre los punielden, los cuales se susurraban noticias al oído y ponían cara de sorpresa. Iban y venían con semblantes semejantes a un mosaico de sensaciones que abarca desde la preocupación hasta la alegría, pasando por el recelo y hasta el alivio.

—Alguien ha debido llegar —le dijo Célestor, que observaba el ajetreo que había a su alrededor.

—¿Más prisioneros? —preguntó Élennen.

—No. Por sus gestos diría que es alguien a quien conocen bien. No creo que sea un enemigo, o de lo contrario sus reacciones no serían tan variadas. Diría que su presencia es como una extraña señal.

Élennen vio como Naldin, el elfo del gran arco que se había encargado de su custodia y cuidado, se acercaba a ellos.

—Creo que pronto lo vamos a descubrir —le susurró al paladín un segundo antes de que el punielden se plantase ante ellos.

—Acompañadme, por favor —les dijo sin más ceremonia.

Élennen y Célestor siguieron en silencio a Naldin, sin hacer preguntas pues era obvio que el elfo Silvano no se las iba a responder. Caminaron tras él hasta llegar al Árbol Sagrado donde se encontraron con Danéleryn, quien iba escoltada por el caballero Muras y la elfa Varya. Nada más verlos, la reina de Páravon corrió a su encuentro.

—¿Cómo os encontráis, mi señora? —le preguntó tomándola de las manos. Élennen intentó retirarlas lo más discretamente posible,

implorando porque ella no se hubiese dado cuenta de la frialdad que se acentuaba más por sus dedos.

—Estoy bien —mintió, escondiendo el embuste tras una cálida sonrisa—. Veo que también os han traído a vos.

Danéleryn asintió.

—Dijeron que debía acompañarlos. Parece ser que alguien con cierta notoriedad ha regresado a Thanan. Hablaron de las Hermanas del Ocaso. ¿Os son conocidas?

—No —contestó Célestor—. Los punielden son para nosotros desconocidos.

—Creo que lo vamos a descubrir —intervino Élennen, señalando con la cabeza al frente, hacia la escalinata por donde descendían Éreborn y Elwen acompañados por otros tres elfos más.

El primero de ellos era un elfo de aspecto estrafalario y desgarbado, que caminaba cojeando apoyado en una retorcida y gruesa vara en la que se enroscaban, como si fueran sierpes, los delgados y largos dedos de una enredadera los cuales acababan trenzándose para crear un fino cordel de donde colgaban pequeñas calaveras. Tenía un aspecto extraño este elfo, con el largo pelo enmarañado y la mitad izquierda de su rostro oculta con una máscara hecha con grandes y oscuras hojas, dejando únicamente visible sus ojos dorados. Sus ropas eran parduzcas y estaban ajadas. Daba más la impresión de ser un mendigo que un elfo silvano.

Pero quizá quienes más llamaban la atención era las dos elfas que cerraban el grupo. Eran tan semejantes como distintas, tan próximas entre ellas como distantes. Vestían de forma similar, con ropas cómodas para explorar y moverse por el bosque, con ondulantes capas que se movían con elegancia a cada paso que daban, salvo que los colores de una de las hermanas eran más oscuros, mientras que los de la otra eran más claros. La que vestía de oscuro tenía la melena negra como la noche y unos imposibles ojos azules, la envidia de cualquier felino. La otra tenía los ojos negros y el largo cabello del color de la plata. El porte de ambas era distinguido, firme, difícil decir si eran nobles o guerreras… O tal vez las dos cosas.

—Veo que ya estáis aquí todos —Éreborn parecía dispuesto a ir al grano—. Hemos de haceros partícipes de algo.

Élennen cruzó una mirada cautelosa con Elwen, que permanecía

distante, silenciosa y fría como la nieve al caer. También sintió a su lado la tensión que comenzaba a crecer en Célestor. Danéleryn, por su parte, tampoco disimulaba su recelo.

—Antes de adentrarnos en el asunto —continuó el Señor del Bosque—, permitidme que os presente a quienes nos acompañan. Él es Gélsar, nuestro vidente.

La mirada de Gélsar era afilada y dura como una roca. La máscara que ocultaba la mitad de su rostro oscurecía más si cabía sus párpados, haciendo que su ojo brillase como una llama anaranjada.

—Y ellas son Lurien —señaló a la elfa del pelo color plata—, y Lothien —señaló a la del cabello oscuro—. Las Hermanas del Ocaso.

Ambas hermanas inclinaron solemnemente la cabeza, en señal de respeto hacia Élennen y los presentes. Su presencia era tan tranquilizadora como inquietante. Había serenidad en aquellas dos elfas silvanas, sí, pero también había algo de salvaje e indómito.

—Supongo que nuestros nombres os serán del todo desconocidos, ¿no es cierto? —habló Gélsar, cuya voz parecía el graznido de cuervo.

—Lamento decir que así es —admitió Élennen.

—No os avergoncéis de ello, mi señora —intervino cordialmente Éreborn—. Diría que Gélsar abandonó Asuryon mucho antes de que vos nacierais y, por el contrario, Lurien y Lothien lo hicieron después de vos, ya en este bosque.

—Entre los nuestros —añadió Elwen, hablando por primera vez —, son personalidades reconocidas y respetadas. Tanto como tu invicto paladín.

Élennen volvió la mirada hacia Célestor, el cual no parecía inmutarse. Sus ojos estudiaban a los recién presentados, pero no dejaba entrever qué era lo que le transmitían.

—¿Vais a dejarnos marchar? —preguntó Danéleryn, haciendo restallar aquella pregunta como un látigo contra el suelo. Los elfos silvanos la miraron dureza.

—Vamos a mostraros algo —contestó Éreborn, sin contestar directamente a la reina de Páravon—. Elwen, por favor.

La reina punielden dio unos pasos más, acercándose a ellos. Sus ojos no se apartaban de los de Élennen, tan claros como

insondables. Sus manos, que habían permanecido tras su espalda todo ese rato, se dejaron ver poco a poco. La izquierda cayó en su costado, la derecha sostenía una esfera oscura, brillante y pulida como el cristal, cuyo tamaño era poco más pequeña que un cráneo. ¡No podía ser!

—Una de las Piedras de Ilethriel —murmuró con asombro Célestor.

—Así es —dijo Elwen con el brazo estirado para que todo pudieran verla con claridad—. Una de las piedras oráculo que fueron expulsadas de las entrañas del gran volcán de Iléthriel muchos siglos antes de la gran secesión.

La piedra, negra como la obsidiana, parecía refulgir en las blancas manos de Elwen. Era tan atrayente su belleza como misteriosa, una joya peligrosa capaz engalanar y envenenar a partes iguales.

—¿Cómo ha llegado a vuestras manos? —preguntó de nuevo Célestor.

—Yo lo traje aquí, hace demasiado tiempo —intervino Gélsar—. Cuando aún volaban los dragones entre nosotros, cuando nuestra raza remaba siempre en la misma dirección, cuando la gloria de Ayrion y Élennen la Primera de su Nombre brillaba con más fuerza que el sol de un amanecer de verano.

—¿Tú formas parte del Primer Linaje? —preguntó sorprendida Danéleryn

El vidente sonrió de tal forma que hizo estremecer a la reina mortal.

—Pertenezco al Segundo Linaje —dijo—. Soy uno de los hijos de Faoglophen, descendiente de los Hanúvel. Yo era el paladín de Ayrion.

Célestor se puso rígido, con lo ojos como platos. Ahora parecía saber quién era aquel elfo.

—Eres Gelsarion Durthurien —dijo con solemnidad—. La Espada del Crepúsculo.

El elfo silvano volvió la cabeza hacia él y mostró de nuevo aquella extraña sonrisa.

—Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre.

—¡Pero tú moriste! —Célestor no daba crédito.

—Así es. Yo morí, como murió ese nombre. El paladín cayó en el

olvido para que naciera el vidente. Loado sea el destino que hizo que así fuera.

—¿Lo conoces? —le preguntó Danéleryn, que cuya mirada vagaba de Célestor a Gélsar.

—Todos los atelden conocen la historia de la Espada del Crepúsculo —intervino Élennen, aunque su atención seguía puesta en la Piedra de Ilethriel—. El paladín de Ayrion, el maestro de armas de Gileon. Su nombre es todo un mito entre nuestros soldados.

—Las gestas de Gelsarion son legendarias —continuó Célestor, que no salía de su asombro—. Cuentan que su sola presencia era suficiente como para elevar los ánimos de toda una compañía sin esperanza de victoria y que los conducía hasta ella empuñando su espada Darinorh, La Cazadora de Orcos. Entre sus triunfos más conocidos está la defensa de Onailand, junto con el rey de Cáladai Ásuphel el Primero de su Nombre. Resistieron el asedio a la ciudad con mil hombres frente a diez mil en lo que se conoce como la Gran Alianza entre elfos y hombres.

—Recuerdo aquella batalla —dijo Gélsar, como si no le diera demasiada importancia—. Fue un honor acudir en ayuda de aquellos hombres de honor y empuñar la espada junto a Ásuphel. Cuando supe que el linaje de los reyes había caído siglos más tarde, sentí mucho dolor. Onailand ahora no son más que ruinas, piedras viejas que fueron testigos mudos de unos tiempos mucho más gloriosos.

—También se dice que te mató un dragón —apuntó Élennen, escudriñando el interior de aquella mirada tan misteriosa.

Gélsar soltó una exagerada carcajada.

—¿Eso cuentan de mí? —aquello parecía divertirle—. ¡Vaya! Jamás hubiera pensado que me otorgaríais una muerte tan honorable, digna y épica. Lamento defraudaros, mi señora, pero como veis no fue así.

—Fue Gélsar quien trajo la Piedra de Ilethriel a Thanan —intervino Elwen, mirando al extraño elfo silvano e inclinando levemente la cabeza en señal de respeto. Aquella historia amenazaba con sorprender a medida que avanzase.

—Mi encuentro con Ynmahil, el Azote Blanco, el dragón que mencionáis —continuó Gélsar—, no fue como suponíais que

sucedió. Si cierro los ojos aún puedo ver sus ojos rojos, sentir el abrasador calor que despedía su fuego… Una bestia enorme, más de lo que imagináis, el mayor de los dragones que había despertado de su letargo en Ilethriel, en las entrañas del volcán. Él solo consiguió acabar con la vida que quedaba en aquella isla. Yo me propuse expulsarlo de allí. Cuán ingenuo era a causa del corazón insolente de mi juventud.

Todos escuchaban asombrados el relato de Gélsar. Era mágico poder escuchar un relato perteneciente a las leyendas élficas de la mano de uno de sus protagonistas.

—Cuando lo tuve ante mí —retomó el relato—, supe que mi muerte estaba cercana. ¿Cómo iba a poder vencer a semejante bestia con mi espada? Sin embargo, luché. Luché hasta el límite de mis fuerzas y más allá. Cuando uno no tiene nada que perder todo le empuja a seguir peleando. Conseguí escapar de sus fauces, pero me llevé un bonito recuerdo de aquel encuentro —señaló su bastón y se quitó la máscara que le ocultaba la mitad del rostro, dejando ver una horrible cicatriz que le empezaba más allá de la sien y continuaba por el cuello para desaparecer entre las ropas—. Caí por un túnel profundo, muy profundo… Creí que aquel sería mi fin… Pero no fue así.

Hubo una pausa llena de tensión antes de que el punielden retomara su historia.

—Moribundo me arrastré por aquellas cuevas, desvanecida toda esperanza de conseguir salir de allí con vida. Fue entonces cuando la vi… Estaba allí, en el interior del volcán. Una de las Piedras de Ilethriel, y a su lado había un huevo de dragón cuya corteza era fría y áspera como la roca. No sabría decir qué me impulsó a coger la piedra, a querer ver más allá… Cuando quise darme cuenta ya la tenía en mis manos, y entonces la verdad me fue revelada: nuestra gloria manchada de sangre, nuestro pueblo dividido, hermanos enfrentándose hasta quitarse la vida entre ellos. Vi nuestra ruptura, la maldición de nuestra raza, la caída de los reinos prósperos como Cáladai y Eren. Supe que nada se podría hacer contra ello, supe que estos días llegarían. Yo fui quien conoció la profecía mucho antes de que vuestros videntes la interpretasen. Nada quedaba allí, salvo la muerte que se gestaría en el vientre de Mórgathi. ¿Qué debía hacer? ¿Advertir a mi rey del daño que causaría la pasión de su hijo

por alguien a quien ni siquiera conocíamos? Por eso tomé la piedra y el huevo de dragón, en un acto de locura, y busqué una salida, no solo de aquellas cavernas sino de mi propia tierra, cuyo próximo dolor no estaba dispuesto a presenciar.

—¿Y así fue como llegaste aquí? —preguntó Élennen.

Gélsar asintió.

—Es mejor que te tomen por muerto a que te tomen por loco.

—¿Has dicho que huiste de Asuryon con un huevo de dragón? —preguntó Danéleryn, que no acababa de salir de su asombro.

—No he dicho que huyera —contestó molesto, restando importancia al detalle del huevo—. Me marché voluntariamente. No hice nada malo.

—¿Hay un dragón en este bosque? —volvió a insistir la reina de Páravon.

—Hay dragones en toda la Tierra Antigua, Danéleryn hija de Arthas. Podemos hablar de este hecho hasta que anochezca e ignorar asuntos más inmediatos, o centrarnos en estos y olvidarnos, por difícil que pueda ser para un mortal, por el momento de los dragones.

Élennnen observó cómo Danéleryn enrojecía a causa de la vergüenza y la indignación. Era reina de Páravon, no debía estar acostumbrada a que la hablasen así.

—Desde que nos establecimos aquí —retomó la conversación Éreborn—, Gélsar ha consultado muchas otras veces la piedra buscando respuestas. Pero lo que revela tan solo es una parte de lo que pretende decir. Hay que interpretar lo que muestra en ese momento, ya que la única forma de tener el control sobre el futuro sería uniendo las cinco Piedras de Ilethriel.

—Quien lograse reunirlas tendría un poder absoluto —murmuró Célestor.

—Así es —asintió Éreborn—. Somos conscientes de la importancia que tiene este instrumento sobre el futuro de la Tierra Antigua y de quienes habitan en ella. Si cayese en otras manos…

Guardó silencio. Todos lo hicieron. Aquella piedra que Elwen sostenía en sus manos era un arma de doble filo, un regalo envenenado para aquellos que lo poseían. Élennen recordó cuando Celdan le hablaba de ellas. Decía que, por separado, mostraban aquello que querían, y que en muchas ocasiones lo revelado no era

del gusto de aquellos que osaban escrutar el futuro en ellas. Dejaban puertas abiertas, bien que habitaba en el mal y viceversa. Pocos podían interpretar el oráculo de las piedras, y quienes lo hacían era siempre con cautela y sujeto a muchas preguntas que quedaban sin respuesta.

—Por eso siempre tenemos la piedra en movimiento —continuó el Señor de Thanan—, para evitar que su ubicación sea conocida por aquellos que se sientan tentados o atraídos a conseguirla para utilizarla a favor suyo. Las encargadas de tal tarea son ellas.

Hizo un gesto con la mano, señalando a las Hermanas del Ocaso, aquellas dos figuras femeninas cuya presencia era tan balsámica como perturbadora. Ambas no hicieron además de querer retomar el hilo de la conversación, ni siquiera asintieron. Permanecieron imperturbables como estatuas, clavando sus ojos en los cautivos.

—Viajan por todo Thanan portando la piedra con ellas —intervino Muras, quien había permanecido en silencio hasta el momento—. A veces salen de los límites del bosque para subir a las montañas o incluso adentrarse en las tierras de Mezóberran. Nunca están más allá de tres días en un mismo lugar, y solo regresan con nosotros en las fechas que Gélsar les indica que lo hagan.

—Y ha sido hoy precisamente cuando les dijiste que regresaran, ¿no es así? —le dijo Élennen al extraño vidente—. Tú sabías que vendríamos aquí. Sabías que este día llegaría.

Gélsar volvió a lucir su desconcertante sonrisa.

—Igual que tú sabes que consultarás la piedra oráculo —añadió Elwen, cuyos ojos seguían fijos en los de ella.

Élennen negó firmemente con la cabeza.

—No lo haré.

—Lo harás —replicó con firmeza Elwen—. Mucho está en juego. Tu propia vida está en juego.

—¿Amenazáis a mi señora? —Célestor dio un paso al frente, desafiante. Solo un segundo tardaron Muras y Varya en salir al paso, el caballero con la mano puesta en la empuñadura de su espada. La tensión aumentaba.

—Consultarás la piedra porque no solo tu vida es la que está en riesgo —le dijo Elwen—. Muchas más lo están. Depositas tu fe y tu confianza en la vaga creencia de que aparecerá ese Elegido que menciona la Profecía, ese redentor que acabará con el mal que se

cierne sobre la Tierra Antigua, pero te equivocas. Sabes que te equivocas, lo ves en tus sueños, en tus revelaciones. Por eso mueres, Élennen. Y por eso mismo tomarás esta piedra y verás aquello que te quiere mostrar. Algunos podemos interpretar aquello que nos muestra, pero solo tú puedes ver aquello que nos oculta.

—Habéis dicho que hacen falta las cinco piedras para ver el futuro —repuso Célestor, el cual parecía negarse a que su reina tuviera que pasar por otro mal trance.

—Y el futuro no será revelado —dijo Gélsar de nuevo, sin borrar de sus labios la sonrisa—. Tan solo el camino que lleva a él.

Élennen bajó sus ojos para posar su mirada sobre la Piedra de Ilethriel, aquella esfera oscura y brillante que parecía llamarla con fuerza, con determinación. Se sentía tentada a hacerlo, a tomarla entre sus manos y dejar que le susurrase los secretos que guardaba en su interior. Celdan decía que ella era especial, y en realidad lo había sido, por lo menos hasta el momento en el que comenzó a morir por salvar a Elebrian. Pero, ¿y si no conseguía interpretar el oráculo? ¿Y si le mostraba algo completamente diferente para distraer su atención de aquello que le importaba? Tuvo que tomar aire para asumir lo que parecía inevitable.

—¿Si accediera —habló por fin—, nos liberaréis? A todos, incluidos los hombres de Páravon.

Sintió la mirada cargada de sorpresa de la reina Danéleryn. Elwen no titubeó.

—Si lo que se te revela lo demanda, así se hará.

—¿Cómo sabréis que no os mentiré?

—No lo harás.

—En tal caso, sea así.

EL CHAMÁN

Shelmera era un lugar tan bello como salvaje, una cárcel hermosa que no necesitaba paredes ni grilletes para quitar la libertad a los prisioneros de los ehassies. Precisamente la libertad de poder moverse por donde quisieran era la trampa más peligrosa a la que enfrentarse. Cada rincón de aquella tierra escondía algún misterio, algún peligro desconocido que dormitaba y que no quería ser despertado. Exuberantes flores y plantas de aspecto frágil y delicado podían resultar letales, venenosas. Un simple arañazo con alguna de ellas podía hacer que un hombre fornido ardiera en fiebres antes de morir. Incluso los pequeños insectos que pululaban por la jungla podían segar una vida. Esa fue la primera lección que tuvo que aprender Thil Ganir: en Shelmera nada era lo que parecía.

Por eso mismo, la única vigilancia que parecían prestarles los ehassies era cuando se encontraban próximos a los elfos, recelosos de que pudieran alzarse contra ellos en cualquier momento. Una opción descabellada, por otro lado, ya que el pequeño grupo de Thil Ganir hubiera sido aplastado por aquella civilización draconiana. Por lo demás, les dejaban vagar libremente por la Ciudad Prohibida y por su bosque selvático, la muerte rondaba en cualquier lugar y ninguno de los elfos parecía dispuesto a querer asumir ese riesgo. Ni siquiera Faobereth, quien era el que parecía más interesado en aquella extraña y desconocida civilización, que en querer regresar a Asuryon.

Desde que fueron hechos prisioneros, Thil Ganir y los suyos no dejaron de poner empeño en demostrar a los ehassies que ellos no tenían nada que ver con los varelden. Que la diferencia iba más allá del color de piel y de ojos, que lo que de verdad los separaba estaba en sus corazones, pero aquello no servía de nada. Todos los hombres reptil desconfiaban de ellos, pese a tener el beneplácito de su líder Tsau Hokán.

—Escamas mías ser azul —les dijo un día Azó Nitzé, el chamán de escamas azules, el único que hablaba la lengua común—, escamas Yohalzín ser bronce. Tsau Hokán escamas blancas. Todos distintos. Todos ehassies.

Eran unas palabras tan duras como ciertas. Todos los ehassies eran tan diferentes como similares, un mismo pueblo. Como ellos con los varelden. Realmente, nunca fueron dos razas separadas, sino que los elfos oscuros representaban una maldición, aquella que los había marcado y dividido, pero seguían siendo hijos de los primeros nacidos. Eran una dicotomía dentro del todo élfico, una dualidad que solamente se entendía comprendiendo ambas partes. Faobereth siempre lo había dicho, y sabía de lo que hablaba. Vio sucumbir a su hermano a las malas artes de Mórgathi y Mathrenduil, y tuvo que ser su espada la que le quitara la vida. Por eso les dijo a todos que él entendía a sus captores. Era difícil volver a fiarse de alguien cuando un ser amado traiciona.

—No hay nada que podamos hacer para convencerlos de que no somos como los varelden —les dijo Faobereth—. Dejemos que todo fluya sin forzar las cosas.

Y así fue. Al cabo de un tiempo, el chamán Azó Nitzé convocó a Thil Ganir. El rey de los atelden no supo disimular su sorpresa cuando esto sucedió y no dudo en aceptar, pese a las reticencias de Elbérohir, quien seguía desconfiando de los ehassies. Lo condujeron hasta un pequeño claro dentro de la tupida boscosidad, a las afueras de la urbe. Thil Ganir esperaba encontrarse una especie de fastuoso templo, como eran las pirámides de Shelmera, rodeado de tótems y figuras divinas, pero todo lo que halló fue una modesta cabaña baja hecha de adobe y ramas, con el techo de paja. No parecía la residencia propia de un chamán, un rango alto dentro de la jerarquía de aquellos seres, pero ahí vivía Azó Nitzé.

—Humildad ayuda a encontrarse cuando perder en sí mismo — fue la contestación que le dio el chamán cuando Thil Ganir preguntó por qué vivía en aquel lugar. Unas palabras que costaba comprender, pero que tenían mucho sentido.

Azó Nitzé le indicó que lo acompañara a través de la jungla. Durante largo rato, caminaron en completo silencio entre los exóticos árboles y plantas que los rodeaban. Aquel lugar era hermoso, puro y libre, eso sobre todo. A Thil Ganir no dejaba de maravillarle cómo en el rocoso y afilado páramo que era Undraeth podía existir un lugar como aquel y haber sobrevivido tanto tiempo pese a la presencia de los varelden. Escasos eran los ehassies como para mantenerse ocultos a lo largo de los siglos y conseguir que su

tierra siguiera intacta. Era admirable, y eso hacía que creciese en él un sentimiento de respeto hacia aquellas criaturas.

Azó Nitzé se detuvo en un lugar donde la vegetación crecía más salvaje e indómita. No había caminos ni senderos, nada que hiciese recordar al rey elfo por dónde había venido y mucho menos cómo regresar. Los reptilianos ojos del chamán escudriñaron los suyos. Sus pupilas rasgadas eran como dos cerraduras de una puerta que, tras ella, ocultaba muchos misterios.

—Ciudad ser sagrada para ehassies —comenzó a decir, con aquella voz gutural—. Bosque ser sagrado para ehassies. Tomar de él solo lo que nos ofrece. Si cae rama, ehassies coger. Si cae fruto, ehassies comer. Nunca robar a bosque sagrado.

Thil Ganir asintió, comprendiendo aquello que trataba de explicarle. Aquel pueblo draconiano no cortaba árboles para hacer leña, ni arrancaban los frutos que crecían en ellos a no ser que madurasen y cayesen de las ramas. Lo ehassies entendían que era la jungla la que los premiaba o castigaba según mereciesen. Para ellos, aquel lugar era sagrado e inviolable, de modo que aceptaban aquello que el bosque les ofrecía y le daban las gracias por ello.

—¿Qué sucede si no cae un árbol o no hay frutos en esa estación? —preguntó curioso.

—Ehassies castigados —respondió sin dudar Azó Nitzé—. Bosque nunca hacer mal. Ser ehassies quienes hacer mal. Bosque castiga el mal, siempre. Nosotros no temer si siempre hacer bien.

—¿Quieres decir que si el bosque no os proporciona aquello que necesitáis es por vuestra culpa? ¿Qué es un castigo a vuestras faltas?

Los ojos del chamán brillaban. Parecían cristales coloreados llenos de magia.

—Hace tiempo, ehassies poderosos. Ser pueblo más fuerte entre todos. Magia fluir en nosotros. Grandes guerreros, valientes, fuertes. Hace tiempo, gran batalla de dragones, fuego en el cielo. Ellos matarse entre ellos, y nosotros mediar. Lo intentamos, pero artes ehassies escasas y guerra continuar.

Thil Ganir escuchaba atento cada palabra del chamán, intentando comprender qué pretendía decirle con su burda lengua común.

—Shaylak, Gran Chamán Ehassi, tuvo revelación aquí, en el

bosque —continuó—. Tomó cuerno de dragón muerto y talló, durante diez lunas talló cuerno y vertió hechizos sobre él. Cuando terminar, Shaylak subir a montaña, muy alto, más que nubes, donde dragones luchar por el cielo, y sopló cuerno. Entonces dragones dejar de pelear y someterse a Shaylak.

—Ese fue el primer Cuerno de Dragón.

Azó Nitzé asintió.

—Ehassies crear más cuernos y someter dragones. Solo querer paz, pero hubo ruina y muerte. Duendes y gnomos subterráneos emergieron para matar ehassies. Enemigo ser numeroso y fiero, y nosotros caer. Dolor, mucho dolor.

—Tuvisteis que recurrir a los Cuernos de Dragón, ¿no es cierto?

—Y dragones respondieron. Ehassies acabar con amenaza, acabar con enemigos, y volver a vivir en paz. Pero ya nada fue igual. Ehassies, llenos de temor, no renunciar a Cuernos de Dragón. Nosotros luchar montados sobre ellos y poner paz entre luchas de elfos, enanos y hombres. Pero ser pueblos grandes y crecer con rapidez. Ehassies poderosos, pero escasos. Entonces, bosque enfermar y ehassies morir de hambre. Muchos, demasiados. Ehassies castigados por su soberbia y decidir ocultarse de ojos ajenos. Otros pueblos ser vanidosos, tener sed de poder y hambre de guerra, y ehassies poseer Cuernos de Dragón. Armas peligrosas en malas manos, y decidir destruir cuernos y dejar que dragones marchar en paz a sus largos sueños.

—Eso fue lo que nos hicisteis creer —Thil Ganir estaba asombrado—. Habéis permanecido escondidos durante todos estos siglos, ocultos a las miradas, convirtiéndoos en leyenda, en mito. Pasaron los siglos y toda civilización dio la vuestra por extinguida y los cuernos por destruidos. Pero no fue así, conservasteis los cuernos.

—Solo uno, pero ser robado.

—Mathrenduil —murmuró para sí el rey atelden.

—Ahora dragones despiertos, dragones que no querer ser perturbados.

—¿Eso quiere decir que Mathrenduil tiene el poder de controlar a todos los dragones?

—Solo ehassies poder someterlos. Quien robó Cuerno de Dragón solo tener poder sobre uno. El resto ser libres.

Thil Ganir calibró las palabras del chamán. ¿Dragones libres? Le recorrió un escalofrío por la espalda.

—Si los dragones son libres para salir de sus cubiles y arrasar ciudades enteras, estamos perdidos.

Azó Nitzé ladeó la cabeza, extrañado por palabras del elfo. Por un momento, llegó a pensar que no lo había entendido.

—Dragones no bestias —espetó, indignado, con su voz gutural —. Dragones seres sabios, inteligentes. Dragones poder elegir.

Aquello sorprendió a Thil Ganir.

—¿Quieres decir que hay dragones más predispuestos al mal que otros?

Azó Nitzé asintió.

—Igual que elfos.

De súbito, Thil Ganir sintió como se avivaba en su interior una llama de esperanza. Se abría paso a través de sus venas, espoleaba su corazón. ¡Se podía detener a Mathrenduil!

—En tal caso —el rey elfo casi se atropellaba con sus propias palabras—, debéis prestarnos ayuda. Sois la única esperanza para la Tierra Antigua. Montad sobre los dragones de nuevo, una última vez. Combatid a nuestro lado.

Las pupilas rasgadas del chamán se dilataron, como si las palabras de Thil Ganir le hubieran insultado. No dijo nada. Durante unos segundos solo se escuchó la rasposa respiración Azó Nitzé.

—Ehassies no volver a montar en dragones —sentenció.

Thil Ganir no podía creer aquellas palabras.

—Pero… —la llama de la esperanza se extinguía—. Pero, ¿por qué?

El chamán señaló con un dedo de sus garras hacia la espesura.

—Bosque ser sagrado. Bosque da y bosque quita. Castiga a ehassies cuando merecen. Bosque enferma, no da frutos, animales mueren y nosotros no poder cazar. Ehassies sufren entonces. Ehassies mueren.

—¿Y eso qué tiene que ver con…?

—Hace tiempo, cuando ehassies volar sobre dragones y tener poder, bosque enfermó. Ser castigo para ehassies. Demasiado poder, poca humildad. El bosque sabe, el bosque enseña. Ehassies aprenden.

—¿Me estás diciendo que el bosque enfermó para daros una

lección por vuestra falta de humildad? ¿Porque erais poderosos cuando luchabais montados en dragones?

—Guerra solo trae muerte. Aliados mueren, enemigos mueren. Pero, ¿ser justo que enemigo morir? ¿Ser nuestros motivos mejores que los de enemigo?

—A veces, esos motivos son justos.

—¿Por qué?

—Porque es la única manera de evitar que gente buena sufra por culpa de otros que solo quieren el mal.

—¿Acaso tú no matar enemigos? ¿Acaso tú no hacerlos sufrir? ¿Por qué tu idea ser mejor que la de enemigo? Enemigo también ve justicia en sus ideas.

Thil Ganir no supo qué decir. Todos los argumentos que poseía los había desmontado con una frase aquel ser que, pese a ser lo más parecido a una bestia, demostraba más sabiduría que muchos de los elfos que había conocido en su vida. La guerra. ¿Qué razones empujaban a cada bando a cometer el acto más terrible, más cruel que era la muerte? La gente luchaba porque el mal no se extendiera como el veneno por la sangre en el mundo, y para ello mataban. Segarían vidas de muchos seres crueles, pero también de gente que fue convencida, pagada o extorsionada para luchar en dicho bando. Thil Ganir empezó a ver que, detrás de cada enemigo caído, había una historia, un pasado que quizá no fue justo y que lo empujó a ser como era. Las bajas no eran simples cifras, eran vidas. ¿Acaso era justo arrebatar esas vidas? ¿Tan sabios eran como para adjudicarse ese poder? El rey elfo sintió vértigo y le costó recuperarse de sus propios pensamientos.

—En tal caso —dijo Thil Ganir, intentando recuperarse—, si no tenéis intención de ayudarnos, liberadnos o dadnos muerte ya.

Azó Nitzé reaccionó con rapidez, como si estuviera esperando esa respuesta por parte del rey atelden. Sacó un enorme y afilado cuchillo de piedra oscura y, agarrando al elfo del pelo, se lo puso en el cuello. Era la segunda vez que un ehassie le ponía en esa situación. La cara draconiana del chamán se acercó tanto a la suya que pudo oler el fétido olor de su aliento.

—Ser valiente, ¿eso crees? —le siseó—. ¿Piensas que tu valor nacer de tus palabras, de tus actos? ¿Tú pensar que valor es poder quitar una vida?

Pese a lo tenso de la situación, Thil Ganir no sintió miedo. Al contrario, experimentó una extraña sensación de calma, de paz que le invadía todo su cuerpo. Sabía que el ehassie no le temblaría el pulso a la hora de pasarle el puñal de oreja a oreja, pero no le preocupaba. Los elfos eran inmortales. Conocer qué se siente al morir era un misterio cuya respuesta les había sido negada. Tal vez enfrentarse a dicho misterio fuese un regalo.

—El verdadero valor —le dijo— no se demuestra al quitar una vida, sino al perdonarla.

Azó Nitzé apretó un poco más la afilada y fría hoja de piedra contra su garganta. Era tacto gélido de la muerte, la caricia del verdadero final. Pero no fue así. El ehassie retiró el puñal con un gruñido, ladeando la cabeza de un lado a otro muy despacio.

—Por eso dejarte con vida —le dijo, dando un paso atrás y guardando el arma—. Tu tener bravo corazón. Tú venir buscando Cuerno de Dragón, pero no querer montar en dragón. No ambición, no codicia. Solo querer ayudar a los tuyos.

—No sólo a los míos.

El chamán emitió un extraño gorjeo que Thil Ganir interpretó como una extraña risa.

—¿Dejarías dragones libres si ellos acudir en tu ayuda? —le preguntó con cautela.

—No recurriría a ellos si no fuese estrictamente necesario.

La mirada del chamán lo ponía nervioso. Aquel rostro de reptil no parecía albergar emociones, carente de expresión y sentimiento.

—Parece que tú ver —dijo—. Sí, tus ojos ven más allá. Pero no estar listo. Aún no estar preparado.

Thil Ganir arrugó la frente, extrañado.

—¿Preparado, para qué?

—Para marchar a la batalla sobre dragón.

EMBOSCADA

Si pensaban que el sinuoso y estrecho camino que se abría por el Ered Durak iba a ser su único obstáculo en el camino estaban equivocados. A medida que el grupo que Glósur encabezaba ascendía por las montañas, el viento comenzó a oponer resistencia, soplando con fuerza, ululando y silbando burlón en los oídos de los enanos que se vieron obligados a tener que avanzar más despacio. Pero este no fue el único escollo, ya que, en aquellas alturas, el tiempo empeoró notablemente. Al viento se le sumaron unas nubes negras que ocultaban totalmente el cielo y que no tardaron en descargar un gélido aguanieve que se proyectaba sobre el grupo como si fueran millones de pequeñas agujas.

—¡Dálfvar! —gritó Sorian intentado hacerse oír por encima de la aullante ventisca—. Eres mago, ¿por qué no haces que cesen todas estas inclemencias?

—Como bien dices, rey de los Yunqueternos, soy mago, no un dios —replicó Dálfvar, el cual avanzaba muy encorvado, apoyado en su vara y con la capucha calada hasta los ojos—. Te agradezco que me tengas en tan alta consideración, pero mis poderes no tan extraordinarios como para cambiar los caprichos de la naturaleza.

Glósur sonrió. La presencia del anciano mago le reconfortaba de algún modo. Estaban cansados, calados hasta los huesos y los ojos les escocían a causa de la nieve y el aire, pero Dálfvar siempre parecía de buen humor, incluso en aquella situación. Su jovialidad parecía ser su mejor magia contra el mal tiempo, y conseguía contagiar su estado de ánimo al resto de los enanos. Tanto fue así, que Glósur hubiera asegurado escuchar a alguno de sus camaradas tararear cancioncillas populares enanas. Quizá esa era la forma de evitar que se les encogiesen los corazones: sonreír burlonamente a las nubes negras.

Las marcas que Násur y su grupo habían ido dejando les advertían de todo lo que les iba sucediendo. Desde la mala climatología hasta los escollos que la propia montaña les ponía. Tuvieron que dar un par de rodeos, pues el camino se hizo impracticable en ocasiones. Afortunadamente, Násur les dejaba todo

indicado grabado en la roca.

El Ered Durak no era una simple cadena montañosa de elevados y majestuosos picos. Era una muralla impenetrable salpicada de unos pocos caminos bastante ocultos y peligrosos que permitían recorrer a duras penas los kilómetros y kilómetros de roca gris que atravesaban de norte a sur el Continente del Naciente, como si se tratase de su espina vertebral. Muy pocos se atrevían a tomar esos caminos, ya que la montaña era un laberinto enrevesado de piedras afiladas que parecía divertirse con los incautos que se decidían a tratar de dominarla. Muchos habían marchado y muy pocos regresado. Las sendas discurrían al lado de precipicios y a veces eran tan estrechas que el más mínimo golpe de aire podría precipitarte al vacío. Los enanos conocían bien estos caminos, y los respetaban. Las entrañas del Ered Durak no tenían secretos para ellos, pero allí afuera la cosa cambiaba. Allí era la montaña la que mandaba.

Lo cierto era que, pese a las inclemencias del tiempo, el paisaje que se abría ante sus ojos era esplendoroso: mezcladas con los picos más bajos se alzaban las atalayas enanas, grandes maravillas trabajadas por los picapedreros y constructores enanos que se erguían orgullosas y desafiantes frente al paso del tiempo. Las cumbres más altas perforaban las nubes y parecían recortadas por estas, dando la sensación de ser inconquistables. La belleza de la roca, un regalo para la vista.

—Ya había olvidado lo maravilloso que es esto —dijo Sorian sin ocultar su admiración—. He pasado demasiado tiempo sin querer ver el exterior. Ahora me arrepiento.

A mitad de la jornada, el camino se estrechó hasta convertirse en poco más que un reborde sobre el acantilado. Avanzaron en fila de a uno, pegados a la pared de roca que les ofrecía la montaña, intentando no mirar para abajo para calcular los innumerables metros de caída a los que se podrían enfrentar en caso de dar un ligero traspiés. No pudieron avanzar mucho, de modo que decidieron parar en un amplio saliente con forma de pico de barco, lo suficientemente grande como para que pudieran acampar todos allí antes de que les cogiera la noche.

Como cesó de llover y el viento parecía calmarse, los enanos decidieron hacer una gran hoguera para entrar en calor y

reconfortar sus corazones. Se habían cerciorado, por las marcas que Násur les iba dejando, que todo estaban tranquilo y en calma. No había enemigos ni bestias que pudieran importunarlos por aquellos parajes, de modo que el fuego podía encenderse sin ningún tipo de temor.

En cuanto las llamas se alzaron por encima de sus cabezas, los enanos olvidaron los estragos del camino. Pusieron sus ropas a secar, asaron carne, bebieron cerveza y cantaron canciones con sus duras y profundas voces. La montaña les proyectaba sus ecos y parecía que todo un coro compuesto por el pueblo enano al completo se sumaba a aquella algarabía. Glósur casi había olvidado aquella sensación de viveza que eran capaces de transmitir los enanos con sus fiestas improvisadas y sus chanzas. Casi no recordaba el bullicio, las carcajadas y las bravuconerías en la taberna de Gilmu, frente a un hogar encendido y con una jarra de su buena cerveza en la mano. Hacía tanto tiempo de aquello que apenas lo recordaba. De un tiempo a aquella parte todo habían sido preocupaciones, desdichas y sufrimiento. Eso era lo que había estado ocupando su mente durante todo el tiempo desde el día en que llegó a la Atalaya Norte para vigilar qué hacían los engendros del Valle de Rumm. Quizá aquellos pensamientos le recordaron que aquella marcha que estaban llevando a cabo les conducía a una guerra, puede que la última para muchos de ellos. Una gran guerra mayor de la que jamás conocieron y como jamás hubieran imaginado vivir. Pero aquella noche, no. Glósur se obligó a apartar aquellos oscuros pensamientos de su mente y se dejó contagiar del ánimo de sus camaradas. Ya habría tiempo para preocuparse más adelante.

Aún parecían rugir las llamas cuando se asignó el turno de guardias y los enanos comenzaron a enfundarse en sus mantas y capas de viaje para dormir. Pronto las alegres voces que entonaban canciones se convirtieron en una cacofonía de ronquidos que pugnaban por el dudoso honor de ser el que más alto se elevaba. Glósur se encontraba espabilado, de modo que decidió encenderse su pipa y sentarse un rato más frente al fuego. Prendió el aromático tabaco de la cazoleta y aspiró lenta y profundamente para luego hacer anillos de humo, recreándose en cada uno de ellos.

—Estoy seguro de que no te importará compartir un poco de tu

tabaco con este anciano —dijo la voz de Dálfvar, que se aproximaba por su espalda hasta sentarse a su lado.

Glósur sonrió y le tendió la petaca.

—Es hoja de El Prado —apuntó Glósur—. De Bolu, para ser exactos.

—¡Ah! ¡La mejor de todas! —Dálfvar se encendió la pipa y dio una buena calada—. La mejor hierba que cultivan los medianos.

—Es la última que me queda.

—Entonces, tratemos de no dar buena cuenta de ella esta noche, amigo Glósur. Aún nos queda mucho que recorrer.

—Sí, quizás demasiado.

—Estamos sentados frente a una cálida hoguera, con la barriga llena, disfrutando de un buen tabaco y deleitándonos con el coro de ronquidos de tus camaradas. No puedo creer que ahora te pueda el desánimo.

Glósur se encogió de hombros.

—Creo que el desánimo siempre me pudo —bajó la mirada hacia sus manos encalladas y con algunas manchas de vejez—. Ya estoy mayor, Dálfvar. Mi corazón no soporta más batallas ni más muertes. Dejé de ser ese joven enano aguerrido que estaba en la vanguardia empuñando con firmeza el hacha mientras los enemigos caían a montones a sus pies. Llevo demasiadas luchas a mis espaldas y mi brazo ya no es tan implacable como antaño. Quizá no debería estar aquí.

—Pero hete aquí. Eso quiere decir algo.

—Cierto. Que los años no han podido aplacar al insensato que llevo dentro.

—Creo que, de entre todos los enanos, tú eres de lo más sensato que pueda haber. Y lo sabes, Glósur. Eres respetado y escuchado por tu pueblo. ¡Mírate! Hasta un rey de clan que no es el tuyo te sigue a la batalla, sin vacilar ni un solo momento.

—Otro insensato, entonces —sonrió cansadamente.

—Eres uno de los mejores guerreros de tu pueblo, todos saben de tus hazañas.

—Eso son ecos del pasado. El enano del que hablas está roto por dentro y por fuera.

—Discrepo. Cada vez que blandes tu hacha recuerdas el gran guerrero que fuiste.

—Tú lo has dicho: el gran guerrero que fui.

—Y lo sigues siendo.

—Echa un vistazo a algunos de esos enanos, Dálfvar. Son más jóvenes, más fuertes y son lo suficientemente imprudentes como para querer buscar la gloria y la fortuna en esta gran batalla a la que nos dirigimos. Este es su momento, no el mío.

—Es el momento de grandes héroes, maese Glósur. Y tú eres uno de ellos, tus camaradas lo saben. Eres una imagen en la que a muchos les gustaría verse reflejados.

Glósur le dio una última calada a su pipa, soltó el humo muy despacio y vació la cazoleta con calma.

—Esta será mi última batalla —sentenció—. Para bien o para mal, pero será la última.

—¿Qué harás cuando regreses a tu hogar?

Glósur sonrió tristemente, con desgana. Sentía que jamás regresaría.

—Tendré pensarlo.

Las nubes no desaparecieron al día siguiente, pero por lo menos no llovía ni nevaba. Hacía mucho frío, sí, y la humedad había hecho mella en algunos de los enanos, lo cuales se quejaban de los huesos. Glósur no era menos. Sentía las articulaciones entumecidas y mucho frío en los pies. Maldijo para sí, pero trató de no poner mala cara. Sabía que lo que Dálfvar le había dicho la noche anterior era cierto: muchos de los enanos más jóvenes se fijaban en él. Se sentía viejo, pero debía apretar los dientes por ellos. No iba a defraudarlos.

El desayuno fue mucho más somero que la cena, de modo que no tardaron en volver a ponerse en marcha. Grabaron en la piedra los símbolos que acreditaban su paso y descanso allí, para dejar constancia de aquello al grupo de Rurin, y volvieron al estrecho camino. Afortunadamente, no tuvieron que recorrer mucha distancia (quizás un par de kilómetros) para que la senda se ensanchara, haciendo un poco más llevadero el trayecto. El desfiladero estaba allí, pero al menos no tenían que caminar tan al borde, temiendo tropezar y caer en aquellas fauces de piedra.

Marcharon hasta el mediodía, cuando Sorian ordenó hacer una pausa para comer y reponer fuerzas. Habrían recorrido unos doce kilómetros, pero lo más significativo era la ausencia de marchas y señales del paso de Násur y su grupo.

—La verdad es que el trayecto ha sido bastante tranquilo, sin nada destacable —justificó el rey de los Yunqueternos—. Supongo que no habrán querido entretenerse, ya sabes cómo son estos Rocasangre: genio vivo y paciencia escasa.

—Eso no fue lo que acordamos —Glósur meneó la cabeza—. Dijimos que cada cuatro kilómetros haríamos una marca, aunque fuese para indicar que todo está tranquilo. Imaginad por un momento que nos hubiéramos equivocado de camino.

—Imposible —negó Sorian—. No hemos encontrado ninguna bifurcación.

—Násur es un enano joven y temperamental —intervino Dálfvar —, pero dudo mucho de que haya obviado hacer unas marcas que le habrían tomado… Mmmmm… ¿Un par de segundos de su tiempo?

—¿Sugieres que algo ha ido mal? —Sorian frunció tanto el ceño que sus pobladas cejas ocultaron sus ojos.

El viejo mago alzó la cabeza y miró alrededor suya, a las rocas que se alzaban por encima de sus cabezas. Estaba tenso como la cuerda de un laúd, con las manos aferradas a su vara tan fuertemente que los nudillos se le blanqueaban. Glósur sospechó que Dálfvar presentía algo, y no era bueno.

Sucedió rápido, de manera inesperada, como un rayo que aparece en el oscuro cielo de la noche. Cuando quisieron reaccionar ya les llovían piedras del tamaño de un torso humano. Dálfvar gritó, justo un instante antes de que uno de esos enormes proyectiles impactara al lado de sus pies.

—¡Emboscada! —gritaron algunos, pero ya era demasiado tarde.

Apenas habían empuñado las armas cuando una horda de hobotrasgos, parientes del trasgo común pero tan altos y fornidos como un hombre, cayó sobre ellos como una tormenta de furia y músculo. Arremetieron contra los enanos sin miramientos, sin pensarlo dos veces, mientras estos aún permanecían clavados en el suelo, preguntándose de dónde habían salido todos aquellos enemigos.

Glósur apretó los dientes y cargó contra los hobotrasgos a la orden de Sorian, el cual intentaba por todos los medios sacar de aquella conmoción inicial a sus camaradas, algunos de ellos ya se precipitaban al vacío del desfiladero. Dálfvar también gritaba, su

voz era como el trueno y parecía que la misma montaña era la que hablaba. Hubo un momento en el que los enemigos se quedaron petrificados ante el despliegue vocal del mago. Fue tan solo un instante, pero lo justo para que los enanos contraatacasen y cercenasen cabezas de hobotrasgos. Dálfvar también luchaba, Glósur consiguió verlo abatiendo enemigos con su espada y su vara mientras se movía con la soltura de un joven muchacho. Cuestión de magia, seguramente.

Las fuerzas parecían ahora más igualadas. Los enanos se habían reagrupado y conseguían repeler las acometidas de los enemigos, empujando a muchos de ellos a las fauces abiertas del abismo de la montaña. Sorian estaba en primera línea, aplastando con su martillo los cráneos de todos aquellos que intentaban someterle.

—¡Cubrid al rey! —Ordenó a voz en grito Glósur—. ¡Reagrupaos en torno al rey!

Los enanos trazaron una línea de apoyo a Sorian, mientras este seguía arrebatando vidas enemigas, con su martillo empapado de sangre negra. Dálfvar también había conseguido aproximarse hasta el grupo, abriéndose paso con certeros tajos. Glósur se le acercó y tironeó de su capa.

—¡Siguen bajando de los riscos, Dálfvar! —le dijo, señalándole con el dedo las rocas que habían por encima de ellos, y por donde parecían surgir los hobotrasgos—. ¡No podremos contenerlos mucho más tiempo.

El mago echó un rápido vistazo a su alrededor, calibrando sus opciones. Glósur estaba en lo cierto, los enemigos parecían brotar de la montaña. Seguramente, habría una red de galerías por aquellos lares y grietas por donde emergían. Pronto estarían rodeados.

—¡Corred! —bramó Dálfvar.

Los enanos no se lo pensaron dos veces. Corrieron tan rápido como les permitía el estrecho camino, intentando pisar con seguridad para no precipitarse al vacío. Glósur vio cómo Dálfvar se quedaba rezagado, intentando contener a los hobotrasgos. Intentó llegar a su lado, pero le fue del todo imposible. Iba a contramarea de sus camaradas, quienes le arrastraban cada vez lejos de viejo mago. Consiguieron doblar una esquina, perdiéndole de vista, y entonces volvieron a escuchar su voz retumbando en las rocas,

acompañada de un crujido sordo, como un resquebrajamiento. Glósur buscó con avidez el origen de ese sonido, y lo localizó.

—¡Cuidado! —alertó a sus camaradas.

Una parte de la montaña comenzó a derrumbarse, con gran estrépito, haciendo que temblara el suelo como si un terremoto acabase de acontecer. Las rocas cayeron de todos los lados, estrellándose contra el camino y levantando una gruesa muralla natural infranqueable. Dálfvar había quedado al otro lado.

—¡El mago! —Dijo Sorian—. ¡Hemos perdido al mago!

—Fue su decisión, mi señor —Glósur se puso delante del rey de los Yunqueternos y le obligó a que le mirase—. Ha querido darnos una oportunidad para seguir adelante. Marchémonos y no hagamos de este acto algo inútil. Debemos continuar y debemos averiguar qué ha sido de Násur y su grupo.

EL REY EXÁNIME

Al principio, el registro que hicieron a las pertenencias de Kéller no reveló nada fuera de lo común: varios cuadernos con notas sobre las propiedades que tenían diferentes plantas y hongos, un mapa con diversas flechas y puntos marcados sobre él (Búrdelon era uno de esos puntos, así como Griäl, la capital de Cáladai), su vara y algunos libros ajados. En un primer vistazo, no halló nada relacionado con la nigromancia ni con los poderes sobre los muertos; los libros solo eran de carácter histórico y narraban la historia de Olath, de cómo un reino próspero, vecino de Cáladai y Páravon, se convirtió en aquella tierra maldita y sombría que todo el mundo trataba de evitar. A punto estuvo de abandonar tan tediosa lectura, pero entonces dio con algo que le llamó la atención: la historia del Rey Exánime de Olath y su búsqueda de la inmortalidad.

Lánzolt devoró las páginas que contenían la historia del señor de Olath, diciendose a sí mismo que era afortunado de haberse encontrado, casi sin quererlo, con aquella información que, si bien no arrojaba luz sobre sus dudas con la nigromancia, sí que aportaba la clave para entender mejor todo lo que rodeaba a esa tierra y a cuantos habitaban en ella. Terminó justo de leer justo cuando Párcel apareció por el umbral de la puerta de sus antiguos aposentos. El Señor de la Venganza le hizo un gesto con la mano para que entrase.

—¿Novedades? —Le preguntó.

—Los licántropos de Brumth han saqueado las tierras próximas a los montes de Burlein, así como las que se encuentran al sur de la ciudad. Las aldeas han sido quemadas y sus habitantes liquidados, menos los que dejaron con vida a petición vuestra.

Lánzolt asintió conforme.

—Bien. Que las nuevas de esta desolación lleguen rápido a Dúnel. Que sepa lo que le estará esperando cuando entre en mis dominios.

—También han enviado algunos prisioneros, para que les drenemos la sangre si lo necesitásemos.

Una buena idea. La sangre de sus enemigos era su vida. Cuanta más bebían, más fuertes eran.

—¿Cuántos prisioneros?

—No llegan al centenar. Bourthas los ha llevado a las mazmorras.

—Daremos buena cuenta de ellos cuando tengamos noticias del Maestro de las Sombras.

—Traigo noticias sobre eso también —añadió Párcel—. Han sido avistados varios jinetes negros cabalgando por el camino del sur. Se dirigen hacia Búrdelon. La llegada de vuestro invitado es inminente.

Lánzolt esbozó una media sonrisa que mostraba su satisfacción.

—Entonces seamos buenos anfitriones y salgamos a recibirlos. Ordena a Bourthas que traiga al nigromante, y tú reúne a todos los caballeros en el patio de armas. Es mejor estar preparados.

Desde una de las torres que se elevaban en las murallas del patio de armas, el Señor de la Venganza pudo comprobar que lo que Párcel decía era verdad: cuatro jinetes negros cabalgaban en pos de la altiva y tenebrosa figura del Maestro de las Sombras y, siguiéndoles, una comitiva de lo que parecían ser muertos vivientes avanzaban portando un objeto que era difícilmente reconocible en la distancia, pero que arrancaba reflejos luminosos de las antorchas que portaban.

Lánzolt ordenó abrir las puertas de la ciudad mientras esperaba la llegada de sus invitados. Todos sus caballeros malditos estaban allí presentes, congregados por la voluntad de su señor, dispuestos a acatar cualquier orden que este diese, como siempre habían hecho, siguiéndole hasta cualquier final. También estaba Kéller, recién subido de las mazmorras del castillo, quien no dejaba de implorar al Lord Comandante de los Dragones Rojos que mudase su actitud para evitar una catástrofe, señalando una y otra vez la descomunal locura que era todo aquello. Pero sus palabras resultaban vacías para él, y la excitación que le provocaba el cada vez más cercano sonido de los cascos de las monturas del séquito visitante velaba cualquier tipo de reconsideración al respecto.

Uno a uno, los cuatro señores de las sombras penetraron en la ciudad, con sus monturas agitándose y relinchando con belicosidad. El último en cruzar las puertas de Búrdelon fue el Maestro de las Sombras, seguido del grupo de cadáveres vivientes que portaban

algo muy familiar para Lánzolt. Su marchito y muerto corazón casi vuelve a latir cuando reconoció la delicada forma del sepulcro de cristal donde incorruptible, como si se hubiese acabado de echar a dormir, reposaban los restos mortales de Kathline. Cientos de recuerdos se agolparon en la mente del Señor de la Venganza, haciendo que volviese a sentir aquellos sentimientos que había experimentado antes de ser maldito de por vida. El primer beso, la primera caricia, el primer acto de amor… Un nudo le atenazó la garganta y tuvo que contenerse por no precipitarse hacia el féretro de su amada. Tragó y empujó aquellas sensaciones demasiado humanas hacia lo más profundo y oscuro de su ser.

El Maestro de las Sombras desmontó con elegancia de su negro corcel, haciendo que su túnica negra se agitase como jirones de nubes negras mecidas por la ventisca. El resto de jinetes negros imitaron a su amo y se colocaron en una perfecta línea tras él, expectantes y prestos para lo que hubiera de ocurrir. Aunque todos eran similares en forma, con los negros mantos y yelmos que los cubrían, Lánzolt reconoció entre ellos a Márdrek, el siniestro acompañante de Kéller quien se había separado de él cuando el nigromante se aposentó en la torre de Faern E'llas. Sonrió. Estaban allí todos.

Con paso firme y decidido, el Maestro de las Sombras se dirigió directamente hacia Lánzolt. El Lord Comandante le esperaba altivo y orgulloso en mitad del patio, con todos sus caballeros tras él. Una vez se encararon, permanecieron en silencio, midiéndose, tensando un poco más la cuerda que parecía a punto de romperse. Las dos llamas que flotaban en el oscuro vacío que era el rostro de aquel ser maligno brillaban con vileza.

—Espero que las noticias que me han hecho llegar sobre ti sean equivocadas —espetó el Maestro de las Sombras, obviando la falsa cortesía y los protocolos. Lánzolt recibió aquella frase con una sonrisa en los labios.

—Depende de lo que te hayan hecho llegar —respondió desafiante.

Los negros ropajes de su interlocutor se agitaron una vez más y revolotearon alrededor de este, cual oscura niebla portadora de malos presagios.

—Tu heraldo me dijo que exigías —su voz profunda y

ultraterrenal recalcó la última palabra— mi presencia en esta ciudad, que no continuarías con la conquista hasta que yo no hubiese cumplido con mi palabra.

—Parece que te han informado bien.

—Me sorprendes, Señor de la Venganza. Realmente, no pensaba que fueses tan insensato.

—En cambio, yo no veo insensatez en mis demandas. De hecho, por vuestra presencia aquí y la de ella —señaló con un dedo hacia el sepulcro de cristal—, no debo haberme excedido.

En inexistente rostro del Maestro de las Sombra se giró, primero hacia un lado y luego hacia otro, como reconociendo el escenario y los actores que protagonizaban la escena. Sus llameantes ojos refulgían.

—Haces prisionero al nigromante, te niegas a continuar con tu avance y me ordenas acudir a tu llamada como un amo a su perro. Dime, Lánzolt, que existe una razón para evitar que te destruya junto con todos tus malditos caballeros.

Lánzolt estalló en carcajadas. Tardó unos segundos en recuperar la compostura.

—Existe esa razón, y te la contaré —dijo, abandonando toda gentileza—. No soy tu lacayo, ni tu caballero, ni tu paladín, ni tu campeón. No dirijo ejércitos que sirvan a otra causa que no sea la mía. Mis días de vasallaje murieron el día que mi corazón dejó de latir. No eres mi señor y, por tanto, no respondo a tus órdenes. Sin embargo, mis fines parecen caminar junto a los tuyos y, solo por eso, seguiré sometiendo a Páravon. Pero yo ya he demostrado lo que puedo hacer. Es de recibo que hagas lo propio.

Una fantasmal risa brotó de aquel ser incorpóreo.

—¿Villas y aldeas es lo que me ofreces como conquistas? ¿Y crees que esto es un pago lo suficientemente valioso como para hacer que tu amada regrese de la muerte para volver a caminar entre los vivos?

Lánzolt negó con la cabeza.

—Son escasas las victorias conseguidas en comparación con las que puedo conseguir y, por eso mismo, no creo que sirva de pago en modo alguno. Pero la información que atesoro… ¡Oh, esa sí que será más que suficiente!

El Maestro de las Sombras pareció vacilar.

—Explícate ahora.

El Señor de la Venganza sacó de detrás de su espalda un libro ajado que ocultaba tras su capa. Se lo arrojó a los pies.

—La Trágica Historia de Kérdram, El Rey de Olath. Una lectura harto interesante que seguro nos será familiar a todos los presentes —dirigió una fugaz mirada a Kéller. La piel del nigromante había palidecido aún más—. Concretamente, en ese volumen se cuenta cómo el rey de Olath, Kérdram hijo de Érham, se sumergió en las artes oscuras y la nigromancia, obsesionado con alcanzar la inmortalidad.

Reinó el silencio, hasta el aire parecía más denso.

—Su maestro fue Aldébaran el Negro, el mayor nigromante que jamás hubo existido. De él se decía que no solamente era capaz de levantar a los muertos de sus tumbas e invocar a los espíritus, sino que además era capaz de prevenir la muerte y crear vida con su magia. Tan grande era el poder de Aldébaran como grande era la ambición de Kérdram, quien le pidió a su mentor que le revelase sus secretos. Pero el nigromante, sospechando que, una vez que lo hiciera, el codicioso rey le daría muerte, decidió no hacerlo y guardó sus secretos como si de un salvoconducto se tratase.

Hizo una pausa para que aumentase la incertidumbre. Nadie decía ni una sola palabra. No se escuchaba ni una sola respiración.

—Un día, y tras una fuerte discusión con su mentor —continuó —, Kérdram decidió que su paciencia se había agotado. Sujetó al nigromante del cuello y le atravesó el corazón con su espada. Una vez cayó el cuerpo inerte al suelo, lo decapitó para cerciorarse de que no regresase. Una vez se hubo deshecho del cadáver, corrió a sus aposentos y se apropió de todos sus libros y legajos, los cuales leyó con avidez buscando respuestas que saciasen su sed de conocimiento y poder. Mas nada halló que hiciera referencia a los secretos que su maestro se había llevado consigo. Poco a poco, fue adentrándose más y más en las artes oscuras, dejando de lado la nigromancia que la consideraba una disciplina menor. Y, tras muchas noches en vela devorando aquellos tomos, así fue como aprendió uno de los caminos que le llevaría a la inmortalidad: la fragmentación de su propio espíritu.

El Maestro de las Sombras continuaba impertérrito, salvo por el lento e hipnótico ondular de su túnica.

—Pero, como toda arte oscura, tal virtud tenía un precio: cada vez que separase parte de su espíritu, su cuerpo se debilitaría y moriría en este plano mortal. Sin embargo, ya nada podía parar aquella espiral de locura en la que el rey de Olath había entrado. Dividió su espíritu en cuatro partes que servirían los designios de la que él mismo conservaría, desapareciendo corporalmente y convirtiéndose en un espectro.

Lánzolt volvió a hacer una pausa, esperando las reacciones de sus invitados. No parecía que fuese a cambiar nada, hasta que por fin habló el Maestro de las Sombras.

—Una leyenda —tronó su voz, quebrando el silencio y la quietud—. Me traes aldeas arrasadas y una antigua leyenda como ofrenda para que atienda a tus peticiones. ¿Sigues pensando que esto es suficiente?

De nuevo, una sonrisa se asomó en los labios de Lánzolt.

—Yo diría que es más de lo que jamás podré ofrecerte: la verdad sobre tu naturaleza. Cuando comencé a leer, no entendía qué tenía aquella historia de importante para que Kéller le prestase tanta atención como a la práctica de sus artes, pero enseguida comprendí que lo que él anhelaba era ese poder. Por eso se puso a tú servicio, levantando un ejército de no muertos para que dispusieras de él como gustases, ya que jamás aprendiste a dominar la nigromancia. Por eso le necesitas y por eso te necesita él a ti. Tú eres Kérdram, el Maldito Rey de Olath. Y los señores de las sombras no son sino los fragmentos de tu propio ser. ¡Qué estúpido! ¿Márdrek? No es más que tu nombre escrito al revés.

Los señores de las sombras comenzaron a moverse despacio, casi parecían deslizarse sobre el empedrado suelo del patio, como respondiendo a una orden silenciosa de su señor. Detrás de Lánzolt, se escuchó el sonido el sonido de las espadas al salir poco a poco de sus vainas.

—Conocer la verdad supone un alto coste —dijo el recién descubierto rey de Olath—. Y ahora toca saldar esa deuda.

—¿Ves al nigromante? —Lánzolt no se dejó amedrentar por la amenaza—. Si tus esbirros se mueven un palmo más de donde están, mis hombres le rajarán la garganta de oreja a oreja. Puede que seas uno de los seres más poderosos de la Tierra Antigua, pero necesitas a Kéller para levantar a los muertos que forman tus

huestes. Sin él tus propósitos se desvanecerán. Puede que acabes con todos nosotros, pero tú, Kérdram de Olath, volverás a caer en el olvido. Necesitarás seducir a otro mago, lo suficientemente loco, para lograr tus fines. Y, estando el mundo asolado por esta guerra que no se detiene, mucho me temo que pasará mucho tiempo hasta que lo logres… si lo lograses.

El Maestro de las Sombras levantó una mano y los cuatro espectros se pararon en seco. Lánzolt había dado en el blanco. Ahora se cumpliría su voluntad.

—Bien —sonrió el antiguo Lord Comandante de los Dragones Rojos—, veo que por fin nos entendemos. Por eso mismo estás aquí; sé que Kéller no accederá a mis peticiones sin que tú le ordenes hacerlo. Y como tú necesitas al nigromante con vida, creo que ya está todo aclarado.

—¿Qué es lo que quieres? —aquella voz reverberante estaba cargada de odio.

—Que cumplas tu palabra: devolvedme a Kathline, que vuelva conmigo. Es mi única petición. Cuando regrese de la muerte continuaré con mi cometido. Pondré esta tierra a tus pies y yo mataré a Dúnel y a Danéleryn, completando mi venganza.

—¿Estás seguro de que quieres eso? No habrá marcha atrás.

—Estoy seguro, no hay nada que anhele más.

—Sea así, pues, Señor de la Venganza. Deja que Kéller se aproxime al féretro e inicie su ritual.

—Pero, mi señor… —trató de protestar el nigromante.

—¡Silencio! —Tronó Kérdram—. ¡Harás lo que te ordeno, como siempre has hecho!

—Bourthas, déjalo suelto —ordenó Lánzolt a su caballero—, pero quiero que una flecha lo esté apuntando en todo momento. Si intenta jugárnosla, acabad con él.

Apoyado en su vara, Kéller caminó a duras penas hasta el sepulcro de cristal donde yacía el cuerpo de Kathline. El tiempo que había pasado en las mazmorras parecían haber hecho mella en el viejo, por su trabajosa forma de caminar. Ordenó a los señores de las sombras que retirasen la tapa, dejando que el frío aire de la noche acariciase una vez más la piel de Kathline. Su amada… Lánzolt no podía creerse que fuese a tenerla de nuevo junto a él por toda la eternidad. Tuvo que contenerse para no salir corriendo y

abrazar aquel cuerpo sin vida que parecía dormitar. Tan bella, tan imperturbable… Solo un momento más y podría saciar sus ganas de ella.

Kéller comenzó a entonar una extraña letanía en la lengua oscura, por lo que Lánzolt pudo adivinar. Dio una vuelta completa alrededor del sepulcro, con una mano extendida sobre el cuerpo de Kathline y la mirada clavada en ella. Alzó la vara al tiempo que elevaba su voz. Su plegaria inundaba el patio donde todos se hallaban, su voz recorría todos los rincones de la ciudad muerta de Búrdelon. Se agitó el viento, que los azotó sin compasión, el cielo de la noche se cubrió de negras nubes que amenazaban tormenta, ocultando la tenue luz de la sonrisa plateada que era la luna. A continuación, una densa bruma negra comenzó a formarse bajo sus pies, meciéndose como un mar embravecido, arremolinándose en torno al lecho de Kathline. Kéller se enfervorecía cada vez más con su siniestro cántico, entrando en una especie de trance que le mantenía ajeno de cuanto le rodeaba. Lánzolt escuchó a Bourthas tensar la cuerda del arco, dispuesto a acabar con aquello, pero le ordenó con un gesto de su mano que bajase el arma.

La bruma se introdujo dentro del sepulcro de cristal, arropando el cuerpo inerte de Kathline, danzando al compás de la letanía de Kéller cuya voz se elevaba más, y más. El nigromante, con los ojos en blanco, estaba en mitad de un éxtasis que no se podía parar. El viento ululó de forma siniestra, un susurro de otro mundo que avisaba de lo que iba a suceder. Lánzolt no perdía detalle de lo que iba sucediendo, atento a cualquier mínimo movimiento que su amada pudiese hacer, al más leve parpadeo. Le corroía la impaciencia, pero debía esperar. Ya quedaba muy poco.

De pronto, Kéller calló de golpe. Su respiración era trabajosa y tuvo que apoyarse en su vara para no ir de bruces contra el suelo. Parecía completamente extenuado. La bruma que había cubierto todo y que flotaba sobre Kathline comenzó a disiparse. Pero nada más ocurría. La dama muerta seguía imperturbable, yaciendo dentro de aquella cama de cristal, como si nada hubiese ocurrido. Su pecho estaba quieto, como dos montañas en mitad de una llanura. Lánzolt sintió como la decepción dejaba paso a la ira, y esta al odio. Sus dientes rechinaron mientras apuñalaba con la mirada al Maestro de las Sombras y a su nigromante. Su mano se aferró al

puño de su espada.

Fue entonces cuando sucedió. Primero fue un leve espasmo, casi imperceptible, que sacudió la esbelta figura de Kathline. Los dedos de sus manos comenzaron a moverse, como lombrices que emergen de la tierra, sus labios temblaron al igual que sus párpados. Y con un movimiento antinatural, que contorsionaba su espalda en un ángulo imposible, se incorporó de su lecho. A Lánzolt le recorrió un escalofrío propio de un mortal de la nuca hasta los tobillos.

—¿Kathline? —Casi no se atrevía a pronunciar su nombre.

Algo debió activar en la mente de la recién resucitada aquel nombre, pues saltó como un felino del sepulcro para aterrizar a cuatro patas en el suelo. Su pose era propia de un depredador a punto de saltar sobre su presa. Kathline, o la criatura que habitaba en el cuerpo de ella, abrió los párpados dejando ver unos ojos blancos, ciegos, nublados por la misma muerte. De su garganta brotó un gruñido animal que nada tenía que ver con la que antaño fue una voz cantarina y melodiosa. Aquel ser se incorporó, adoptando un gesto desgarbado. Su caminar era errático y bamboleante.

Lánzolt, con la duda y la confusión enturbiando su mente, se acercó al cuerpo caminante que era Kathline. Buscó con su mirada la suya, intentando provocar en ella algún estímulo que le hiciese reaccionar, pero solo halló vacío e inacción en estos. Sujetó su rostro con ambas manos y le obligó a encararlo. Su piel era gélida como el hielo.

—Kathline, soy yo —su voz sonó temblorosa—. ¿Me reconoces? Soy tu Lánzolt. ¿Acaso has olvidado quién soy? ¿Lo que ambos fuimos?

El gesto ausente de Kathline fue lo que encontró por toda respuesta. No había rastro de la dulzura en su rostro, ni de la jovialidad que tanto le gustaba. Incluso su belleza era una máscara deforme de lo que fue antaño, cuando la vida llenaba ese cuerpo ahora atrapado en la no muerte. Ella dio unos pasos atrás, ignorando por completo las palabras y los gestos de Lánzolt, echándose a caminar con ese contoneo desmañado y errante. No era más que un despojo, una sombra condenada a vagar y a servir como peón a una causa ajena para ella. ¿Era eso lo que le esperaba? ¿En eso consistía regresar de la muerte? Lánzolt se sorprendió a sí

mismo llorando, pero no eran lágrimas lo que manaba de sus ojos, sino sangre. Se giró hacia Kéller y hacia Kérdram, airado y lleno de cólera.

—¿Qué significa esto? —Estalló, señalando al cadáver andante —. ¡¿Qué clase de burla es esta?!

Kéller se deslizó como un gato asustado entre los señores de las sombras, buscando sin duda su amparo.

—¿Acaso no era esto lo que demandabas? —En la voz reverberante del Maestro de las Sombras había una nota de ironía —. ¿No deseabas que tu preciosa y adorada dama regresara de la muerte?

Lánzolt temblaba de ira y de rabia.

—¡Pero no así, convertida en una parodia de lo que antaño fue! ¡No es más que un cadáver viviente!

—Como el resto de los que se levantan para unirse a nuestro ejército. Meras marionetas sirven a un propósito mientras la magia de la nigromancia los controle. Murieron, Lánzolt, todos murieron. Sus almas dejaron este lugar para nunca regresar en su forma corpórea. ¿Acaso no leíste los libros? La inmortalidad solo se alcanza cuando estás vivo. La muerte es irreversible.

—Dijiste que podrías traerla de vuelta.

—Y yo te entrego esto —hizo un vago gesto con su mano, señalando al deambulante cuerpo de Kathline—. Jamás hablamos de en qué condiciones regresaría. Tu obsesión por ella ha sido lo que te ha destruido, Señor de la Venganza. Ella es tu debilidad y será tu total perdición.

Lánzolt se acercó a la carcasa errante que un día fue su amada y la sujetó con cariño por los hombros. Intentó obligarla a que le mirase, a que hubiese un gesto que le convenciese de que ahí dentro, en aquel vacío envoltorio, aún habitaba Kathline. Fue en vano. No había rastro de recuerdos en esa mirada ida, ciega. No quedaba nada de ella.

—Quédate con ella hasta que se pudra y solo sea un amasijo de huesos —provocó Kérdram—. Me temo que no tardará en empezar a apestar.

De los ojos de Lánzolt no dejaban de manar lágrimas de sangre. Eran ríos encarnados que surcaban sus mejillas, tiñendo su pálida piel. Eran las pinturas del daño. Lentamente, bajó su mano hacia la

empuñadura de su espada y esta comenzó a salir de la vaina hasta que el brillo de su acero rivalizó con la misma luna. La muerta viviente, plantada y cimbreante ante Lánzolt, ignoró aquel gesto.

—Mi deber es para contigo, mi señora —murmuró quedamente, apartando sus ojos de aquella aberración.

Su espada danzó en la fría y fantasmal noche. Un solo paso de baile, uno definitivo. El arco que describió fue rápido y certero, cortando la carne, el músculo y el hueso. La cabeza de Kathline se separó de sus hombros y rodó por el suelo empedrado del patio. El cuerpo cayó como el fardo en el que se había convertido. Tan solo quedaba dolor. Dolor y cólera. Se giró para enfocar a través del rojo velo que formaban las lágrimas en sus ojos a los causantes de aquel pesar. Primero fueron Dúnel y Danéleryn, ahora Kéller y el Maestro de las Sombras. Todo en quien decidía confiar acababa traicionándolo. Había llegado la hora de poner fin a todo.

—Matadlos.

Su orden fue un susurro casi acallado por el viento, pero actuó como si de la mejor arenga se tratase. Sus caballeros malditos se lanzaron contra los tenebrosos seres profiriendo gritos de guerra y muerte, pero Kérdram, alzando una mano extendida dirigida a ellos, les recibió con algún tipo de hechizo que actuó de escudo, cuya onda expansiva hizo que algunos de sus hombres salieran despedidos por los aires. El resto se quedaron clavados, completamente desprevenidos de lo que acababa de suceder. El maldito bastardo también era conocedor de la magia. Pero ese ligero contratiempo no iba a suponer un problema para la sed de venganza de Lánzolt. Él también tenía sorpresas y había llegado el momento de mostrarlas.

Lo primero fue el rugido, para luego continuar con la sombra que se alzó por encima de los torreones y las murallas. Rhikkelion se presentó con su imponente batir de alas, una figura tan magnífica como aterradora que parecía arder a causa de los reflejos que causaba la bruma nocturna en sus escamas. Puede que el Maestro de la Sombras tuviese la magia, pero ellos contaban con lo único que podía matarlos: el fuego.

El dragón rojo hinchó sus pulmones de aire y soltó su abrasador hálito por el patio. Los señores de las sombras, sin tiempo de reaccionar, esquivaron como pudieron el primer envite de la bestia,

concediendo unos segundos de confusión a los caballeros de Lánzolt que volvieron a la carga. Kéller, reptando como el vil gusano que era, se agazapó entre unas rocas, intentando buscar cobijo. Era un ser miserable que merecía morir el primero, pero lo necesitaban.

—¡Quiero al nigromante vivo! —Ordenó a sus hombres.

Los aceros no tardaron en chocar. Las espadas de la que antaño fue la Orden del Dragón Rojo se encontraron con las hojas malditas y hechizadas de los señores de las sombras, los cuales resultaron ser unos adversarios mucho más duros de lo que se podría intuir: esquivaban el fuego y los lances de sus atacantes con asombrosa precisión, dando la sensación de que se deslizaban por el aire, y sus respuestas eran tan certeras, apuñalando corazones y cortando cabezas, que pronto hubo un nutrido número de caballeros malditos yaciendo inertes en el suelo. Kérdram también participaba en la masacre, demostrando que era, de todas sus réplicas, el más poderoso de todos. Lánzolt se abrió paso entre los suyos hasta tenerlo frente a él. Ese duelo le correspondía y no iba a rehusar la responsabilidad.

Con un grito gutural colmado de rabia e ira, se lanzó contra el Maestro de las Sombras, quien recibió la feroz acometida rechazándola con un brusco movimiento de su espada. Ambos aceros cantaron al encontrarse y supieron que no iba a ser la única nota de aquella canción de muerte y odio. Lánzolt no vaciló en volver al ataque con una combinación de rápidos movimientos que hicieron retroceder a su rival. Sabía que la espada no iba a ser efectiva contra aquel ser, de modo que su baza consistía en asediarlo sin tregua hasta que se encontrase con el fuego de Rhikkelion. Si Kérdram ardía, caerían el resto de los señores de las sombras.

Estos, por su lado, parecían más contener los ataques que atacar, aunque eso no impedía que se cobrasen su precio en víctimas. Los caballeros de Lánzolt iban menguando preocupantemente en número con demasiada rapidez. Párcel y Bourthas eran quienes parecían causar más problemas entre los espectros, pero no conseguían abatir a ninguno. Tampoco el dragón rojo, que de cuando en cuando tomaba tierra para intentar conseguir con sus garras lo que no lograba con el fuego, pero cada vez que intentaba atrapar a una de las sombras estas le esquivaban, esfumándose

como el humo para aparecer justo en el lado contrario.

Lánzolt y Kérdram continuaban con su combate singular. Ninguno de los dos cedía ni parecía que tuvieran la intención de hacerlo. El Señor de la Venganza sabía que si concedía un momento de tregua, el Maestro de las Sombras podría hacer uso de la magia y decantar la balanza a su favor, por eso luchaba sin tregua, poseído por el dolor que le provocaba la visión del cuerpo sin vida de Kathline, decapitada como una vulgar ladrona. No debía ceder. No podía ceder.

Entonces, sucedió algo con lo que Lánzolt no había contado: comenzaron a atravesar las puertas de su ciudad numerosas huestes de no muertos. Los cuerpos de caminantes sin vida que conformaban las legiones de Kérdram y que acudían al auxilio de su señor. Peones sacrificables, pero que cumplían con su cometido sin miedo, sin dudar, sin retirada. Aquel inesperado giro de los acontecimientos hizo que Lánzolt se distrajese durante unos instantes, observando con impotencia cómo la marabunta de muertos vivientes invadía su ciudad para dar muerte a sus fieles caballeros. Ni siquiera el devastador fuego de Rhikkelion podía contenerlos. Lánzolt pudo observar al Párcel clavado de rodillas, rodeado de enemigos y con una lanza atravesándole el pecho. Bourthas, que había luchado como un animal acosado, había desaparecido entre un torrente de manos, picas, hachas, espadas y mandíbulas que mordían y arrancaban la carne. Sus fieles capitanes habían caído. Puede que ahora llegase su turno.

Aprovechando la distracción de Lánzolt, el Maestro de las Sombras le propinó un duro revés en la cara. El guantelete impactó en la fría y pálida mejilla del que fue Lord Comandante de los Dragones Rojos, lanzándolo por los aires un par de metros. Al caer, la armadura hizo un estruendo espantoso, dejándole completamente aturdido. La cabeza le daba vueltas y era incapaz de incorporarse, había perdido la espada y, por primera vez en mucho tiempo, volvió a conocer lo que era el dolor físico. La sombra de Kérdram se cernió sobre él, imponente y oscuro. Estaba a su merced.

—¿Realmente pensabas que aparecería aquí sin mi ejército? —La burla se podía intuir en su voz—. ¿Qué me arriesgaría a perderlo todo por ti? Observa, Lánzolt, a lo que ha llevado tu inconsciencia y tu egoísmo: la destrucción de tus caballeros, la de tu ciudad, la de

tu amada y la tuya propia. Observa cómo se derrumban los guijarros de tu historia, tus anhelos y tus ambiciones.

Rhikkelion, como entendiendo que debía acudir a la llamada de su señor, tomó tierra para enfrentarse Kérdram. Lanzó un atronador rugido y puso sus ojos sobre el espectro, ignorando por completo a los muertos vivientes y al resto de señores de las sombras. Un profundo ronquido que brotó de su garganta avisó de que el fuego volvería a salir inminentemente, pero el Maestro de las Sombras se adelantó: clavó en el suelo su espada, de la cual brotó una gran masa de hielo, semejante a una roca, que comenzó a recorrer con rapidez los metros que le separaban del dragón. El hielo, como si de una enredadera se tratase, trepó por las patas de la bestia y comenzó a extenderse por el resto del cuerpo. La mágica escarcha abrasó la piel que cubría las escamas de Rhikkelion, corroyendo como el ácido, arrasando todo cuanto tocaba. EL dragón rojo bramaba y rugía de dolor, inmovilizado por completo por el hielo, el cual seguía extendiéndose inexorablemente por todo su cuerpo. Finalmente, quedó un gran pináculo helado y brillante, donde el corrompido cuerpo de Rhikkelion permanecía atrapado. Lánzolt no daba crédito; ni siquiera su dragón, su única baza contra Kérdram, había podido ayudarlo. Todo se había perdido.

El Maestro de las Sombras se giró y caminó hacia él, aún tendido en el suelo, impotente y derrotado. Su oscura figura se alzó ante él. Su negra túnica danzó con el aire.

—Este es tu fin, Lánzolt.

Como un relámpago en mitad de la noche, la espada de Kérdram refulgió justo antes de atravesar el pecho del Señor de la Venganza. Sintió aquello que podría considerarse vida escapar de su cuerpo. El acero había atravesado su inerte corazón para poner fin a la maldición que le había acompañado desde que bebió la sangre muerta de Kathline. Al menos, ahora descansaría a su lado.

El Maestro de las Sombras extrajo la hoja y se deleitó con la agonía de Lánzolt, que se retorcía entre violentas convulsiones. De su boca salía un torrente de sangre. El siguiente golpe debió ser la decapitación, más Kérdram tuvo que pensar que era mejor no dejar ni un solo resto del cuerpo de Lánzolt, por lo que asió una antorcha próxima y se la arrojó. Las llamas se avivaron con rapidez de la misma manera que los gritos de Lánzolt.

Sentía cómo su cuerpo se consumía, la carne se derretía para dejar al descubierto los músculos y huesos. Había llegado el final, pero no lo rubricaría de aquella manera. Con las pocas fuerzas que conservaba, Lánzolt se incorporó, con su cuerpo envuelto en llamas y se lanzó sin dudar contra el Maestro de las Sombras, a quien le sorprendió y no pudo evitar el ígneo abrazo de su enemigo. Una explosión de fuego rojo, verde y azul arrolló a ambos, entre gritos, lamentos y quejidos. Los otros cuatro señores de las sombras, al ser diferentes partes de Kérdram, también ardieron como por arte de magia, consumiendo sus túnicas negras y reduciendolos a la nada. Mientras, la fantástica pira en la que se habían convertido el Maestro de las Sombras y el Señor de la Venganza, comenzaba a extinguirse. Las últimas llamas revelaron el vacío que habían dejado. Lánzolt y Kérdram habían dejado de existir.

****

Todo había pasado. Kéller intentó controlar los incesantes temblores que sacudían su cuerpo y se decidió a salir de su escondrijo. Delante suya se dibujaba la desolación más absoluta: un enorme iceberg en cuyo vientre reposaba un dragón mutilado y herido, humo negro donde antes se alzaban orgullosos los señores de las sombras, una legión de no muertos que deambulaban por el patio sin saber contra quién debían luchar y unas débiles llamas danzarinas que se conservaban de la pira que habían sido Kérdram y Lánzolt.

El nigromante maldijo para sí. Sin ellos, todo había sido en vano. Aunque dispusiese de una descomunal hueste de muertos vivientes a su servicio, era necesaria la pericia militar de Lánzolt y los poderes oscuros de Kérdram. Solo no era más que un vulgar conjurador con un ejército caótico, indisciplinado y carente de inteligencia. Cuando los varelden y los bárbaros del norte se enterasen de su fracaso, sería cuestión de tiempo que lo encontrasen y le decapitaran.

Deambuló como si se tratase de otro de aquellos cuerpos sin vida que solo respondían al impulso de su magia, apoyado en su vara, pensando qué hacer, a dónde ir. No podía regresar a su torre, pues allí sería el primer sitio donde sus enemigos le buscarían,

como tampoco podía internarse en Páravon, pues los caballeros de Dúnel le atraparían y le matarían. La ansiedad comenzó a aparecer, secándole la garganta y volviendo a sacudirle sus huesos con temblores. Pero algo sucedió.

Kéller se fijó en las diminutas llamas que flotaban donde Lánzolt y Kérdram habían puesto fin a su existencia. Comenzaban a avivarse progresivamente, cada vez con más brío. Las lenguas de fuego azul se retorcían describiendo espirales y elevándose más allá de donde alcanzaba la vista, apuñalando las negras nubes de la noche. El viento se agitó con fuerza, haciendo que el anciano mago tuviera que aferrarse con fuerza a su vara para no irse de bruces al suelo. ¿Qué estaba sucediendo?

De pronto, todo paró. Las llamas se contrajeron sobre sí mismas, dejando un halo de luz resplandeciente que perfilaba una silueta. ¡No podía ser! El fulgor menguó hasta convertirse en un débil lucero que titiló hasta apagarse en el pecho de aquella silueta que ahora tomaba forma. Kéller no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

Era Lánzolt, o una versión mucho más distorsionada de lo que fue el Señor de la Venganza. Lacio pelo blanco que le caía más allá de los hombros, piel completamente blanca y un rostro de facciones duras, marcadas y retorcidas, donde brillaban unos ojos azules como los fuegos fatuos, remarcados por unas profundas ojeras. Su armadura ya no era roja, sino negra como la obsidiana y en su brazo derecho sujetaba un yelmo en cuya frente parecía destacar una corona.

Ignorando al atónito Kéller, la figura se aproximó hasta el risco de hielo cristalino donde permanecía atrapado Rhikkelion, del cual solo quedaba una carcasa de huesos y tiras de piel. Desenvainó una espada, del mismo metal negro que la armadura, y la clavó en el pináculo helado. Tras unos segundos, se escuchó un fuerte crujido seguido del desplome del hielo, dejando los restos del dragón al descubierto. Y entonces, del pecho hueco de Rhikkelion, nació una mágica luz azul, del mismo color brillante que los ojos del extraño paladín que lo había liberado. Las alas se agitaron, como velas desgarradas de un barco fantasma, y la bestia se volvió a erguir.

Kéller no salía de su asombro, no sabía qué creer. Dudó en aproximarse, de modo que se quedó ahí parado, sujeto a su vara,

temeroso de que las piernas se fallasen. El extraño dio media vuelta y le clavó sus resplandecientes ojos azules y Rhikkelion tras él.

—Ahora me sirves a mí —su voz era un pozo oscuro y reverberante, de otro mundo—. Arrodíllate ante tu maestro.

—¿Quién eres? —preguntó vacilante Kéller.

—El Rey Exánime.

LOS RESTOS DE LA MURALLA

Dür Areth fue levantada mil años atrás, después de la última gran invasión de los bárbaros. En aquellos tiempos, el rey de Onun, Húngel el Indigno, era un gobernante débil y sin herederos que debilitó el poder militar de su pueblo sin más motivo que la enorme apatía y el desánimo con el que se caracterizaba. Aprovechando aquella debilidad, uno de los más grandes señores de la guerra de Mezóberran, Darkun el Cruel, consiguió unir a todos los clanes en un solo estandarte y marchar sobre el reino de los ónunim. Nunca antes lo habían hecho, pues siempre se encontraban con una feroz oposición que no les permitía llegar más allá de la garganta negra. En aquellos días, los norteños arrasaron Onun y penetraron más allá de sus fronteras.

Fue el rey Árthaduil de Cáladai quien respondió al ataque con contundencia. Las crónicas narran que hicieron frente a la invasión bárbara con la ayuda de los últimos elfos que quedaban en el Continente del Naciente. Una alianza a la que se unió el hermano menor del rey Húngel, Hunyu, quien lideró a los restos del ejército de Onun en una carga que acorraló al enemigo y lo aplastó. Contado así, parece que todo resultó muy sencillo, pero la guerra duró casi un año hasta que expulsaron al último norteño de las tierras libres, dejando tras su paso miles de muertos, aldeas arrasadas y ciudades saqueadas. Un hecho que el rey de Cáladai no estaba dispuesto a que se repitiese.

Con Húngel muerto y sin heredero para sucederle, la corona de Onun cayó en manos de Hunyu, quien fue convocado en Theadurion por el mismo Árthaduil. Una vez juntos, este le expuso crear una edificación fronteriza con las tierras de Mezóberran, para protegerse de las incursiones de arjones y borses. Una muralla fuerte, alta, con una guardia preparada para repeler cualquier ataque e instalaciones para que sus guardianes morasen allí. Si cerraban la Garganta Negra, crearían un escudo casi inexpugnable y, con las fuerzas combinadas de los soldados de Onun y Cáladai,

cualquier invasor se lo pensaría dos veces antes de lanzarse a ello. Pero el orgullo de los ónunim era desmedido y entendieron aquella previsión como un acto de cobardía, una muestra de la debilidad de ambos pueblos que incitaría a que, con más ahínco, los norteños se lanzasen una y otra vez contra sus fronteras. Ellos los disuadían haciendo gala de su fuerza en el campo de batalla, no escondiéndose tras un muro alto, como hizo su hermano.

Árthaduil no se tomó a bien la negativa de su vecino y decidió continuar con su proyecto, pero llevándoselo a la frontera entre Onun y Cáladai, justo en el valle que creaban las Cumbres Infinitas con las Cumbres Heladas. Si ellos eran tan insensatos como para dejar abiertas sus fronteras para que los invasores campasen a sus anchas, no era su problema. Y, aunque el rey Hunyu aceptó que así fuese y su relación con su homólogo era cordial, nunca se acabaron de limar aquellas asperezas entre pueblos vecinos. Así fue como nació Dür Areth y así fue erigida la Muralla: con un pueblo pecando de ser precavido y otro ostentando el poderío de su ejército.

Desde entonces hasta ahora, fueron muchos los ataques que la Muralla y sus Guardianes del Huargo Blanco sufrieron, incluido una rebelión y guerra civil en Onun que convirtieron al país vecino en un enemigo. Mil años de historia y de cicatrices que se dejaban ver en sus piedras, símbolo de poder para unos y último destino para aquellos que se decidían a enrolarse en su guardia, la cual empezaba a estar en franca decadencia, más si cabe desde la caída de los reyes de Cáladai. Los diferentes regentes, que gobernaron el reino más próspero de los hombres, miraban hacia otro lado cuando los guardianes de la Muralla solicitaban recursos y efectivos, condenándolos a ser una élite en declive. Y aun con todo, soportaron el paso de los años con estoicismo y dedicación, esperanzados en que algún día su suerte cambiase y regresasen los gloriosos días pasados, donde servir en la Guardia del Huargo Blanco era un honor y un reconocimiento, no el último recurso de los desesperados.

Aquel día no parecía indicar que los buenos tiempos volverían para la vetusta orden. La Muralla había caído bajo el fuego del dragón negro, invadida por una horda de krulls que habían masacrado a los hombres antes de que estos pudiesen reaccionar, y ahí estaban ellos, los supervivientes. Despojos que habían

conseguido salvar sus vidas y que, ahora, guarecidos en la Torre del Aullido como animales acosados, se debatían entre salir y morir con la espada en la mano o esperar la oportunidad de abandonar su refugio. Lúdebrand no tenía muy claro cuál de las dos opciones era la mejor. No le entusiasmaba el tener que acabar sus días allí y de esa manera, alejado de Daroir y de manos de unas bestias infames y salvajes, pero aguardar a que algo, lo que fuese, aconteciera le comía por dentro. Sus manos no dejaban de temblar aunque él hiciese un esfuerzo por controlarlo. El corazón no dejaban de golpear con rapidez y fuerza su pecho. ¿Acaso prolongar esa agonía llevaría a algún lado?

Junto con él, en la torre, había un puñado de guardianes, algunos malheridos. Seguramente, no pasarían de esa noche. No sin medicinas y tratamientos. Medio centenar de hombres. Solo esperaba que algunos más hubiesen conseguido salvar la vida. Morthorn no parecía preocuparse ni lo más mínimo de estos asuntos. Se pasaba largo rato asomándose en las ventanas, contemplando cómo los krulls arrasaban el gran puesto defensivo de los hombres, viendo morir a sus hermanos. Maldecía, gritaba, pero no hacía nada más. ¿Qué podría? ¿Sacar la espada de la vaina y enfrascarse en una lucha que sabía no poder ganar? Su presencia, al menos, parecía reconfortar a los guardias, quienes se ocupaban de supervisar a los heridos, vendarles las heridas, tratar de contener las hemorragias y darle el parte a su capitán, quien no parecía escucharlos.

No habían conseguido llegar a la fortaleza. El enemigo les había ganado la posición y comenzaban a rodearlos, por eso tuvieron que optar por parapetarse en la Torre del Aullido, implorando al cielo y al destino para que no los siguiesen y tratasen de acceder a la misma. Era una ratonera sin salida, pero les otorgaba una mínima posibilidad de salir con vida de aquella barbarie. Solo esperaba que las bestias no fijasen su atención en la torre y la tomaran. Y por alguna extraña razón, no fue así. Las filas de krulls pasaron de largo, ignorando por completo su escondrijo y avanzando sin parar. Quizá su atención se centrase en la fortaleza, sin reparar en que los hombres podían buscar otros escondrijos menos obvios. Quién sabía. Eran bestias, al fin y al cabo. Aunque la idea de que Dür Areth tuviese que soportar un asedio se le antojó anodina. Habrían

penetrado y devastado todo.

—Demasiado silencio —escuchó decir a Morthorn, sacándole de ensimismamiento en el que se encontraba.

Lúdebrand lenvató la cabeza e hizo oído. No había reparado en ello y era cierto. Mucha calma para estar sometidos por el enemigo, para librarse una batalla y ser conquistados. El conde se levantó y se acercó a la ventana por donde el capitán de la guardia escudriñaba, asomándose por encima de su hombro.

—¿Habrá terminado la batalla? —preguntó.

—Eso es seguro, pero me extraña la quietud. No veo krulls ni nada que se les parezca ahí afuera. Ni una voz, ni unos pasos. Es como si hubieran abandonado este lugar.

—No tendría mucho sentido. ¿Irse sin hacer pillaje? ¿Sin saqueo?

—Y, sin embargo, no se oye ni el rumor del viento.

—Quizá se estén preparando para el asedio, o puede que estableciendo su campamento base hasta que llegue el resto de invasores.

—Los bárbaros hacen esas cosas, los hombres funcionamos así. Los krulls no. Al igual que los arcos, no disponen de la paciencia ni la disciplina como para comenzar un asedio. Los he visto actuar. En aldeas, en pueblos, ciudades... Arrasan a su paso y continúan.

—Los lideraba un arjón.

—Un solo hombre no puede controlar a una horda de bestias salvajes ávidas de sangre. No, a menos que sepas darle lo que quieren.

—Que en el caso de los krulls es...

—Caos y muerte. Creo que se han marchado. Aguardad aquí, mi señor. Me arriesgaré a asomarme por la azotea.

—Iré con vos. La incertidumbre me está reconcomiendo.

Los peldaños que iban subiendo se hicieron interminables. Lúdebrand no supo si por el afán de alcanzar la cima de la torre o por el cansancio acumulado. El ascenso se le estaba haciendo muy duro y sentía que los gemelos de las piernas se le cargaban y aguijoneaban. Morthorn, sin embargo, los saltaba de dos en dos, como si se hubiese despertado de un reparador sueño. Cualquiera diría que ese hombre había compartido todas sus aventuras. Cuando alcanzaron la azotea, el viento gélido del norte les abofeteó. Casi al

instante, los ojos del conde se llenaron de lágrimas y tuvo que entornarlos hasta convertirlos en dos pequeñas aberturas. Reprimió un escalofrío mientras sentía calambres en las piernas. Se arrebujó en las pieles mientras que el capitán echaba un vistazo a su alrededor. No había rastro alguno de los krulls.

—Lo sabía —masculló el joven—. Han seguido su camino, no sin antes lanzar una señal. Mirad allí, justo en la entrada sur. ¿Veis esa enorme hoguera?

—Sí. La humareda que está levantando se verá en leguas a la redonda.

Morthorn asintió.

—Humo blanco. Significa que la Muralla ha caído y que el paso es seguro.

—Para que avance el resto del ejército enemigo.

—Para que avance el grueso del ejército enemigo, mi señor. Una sutil pero importante diferencia.

—Si ya han alertado a los suyos, deberíamos abandonar este lugar y partir hacia Cáladai. Debemos dar la alarma.

—La Guardia del Huargo Blanco jamás abandona su puesto.

—La Guardia ha caído, capitán. Y con ella, vuestro puesto.

—¡Cuidado, agachaos! —Morthorn se lanzó al suelo, agarrando de la pechera a Lúdebrand, que a punto estuvo de dar de boca contra la piedra—. Aún quedan krulls. Frente a vos. Levantaos poco a poco y los veréis.

El conde de Daroir estiró el cuello despacio y consiguió ver a un grupo de unos diez krulls. Parecían estar patrullando, si es que esas bestias sabían lo que era eso.

—¿Un señuelo? —le preguntó al capitán.

—Podría ser, pero no he visto ningún rastro del grueso de la horda, y este es el punto más alto de todo Dür Areth. Los habrán dejado como custodios hasta que venga el resto del ejército.

—Podríamos enfrentarnos a ellos.

—El problema es que podría haber más patrullas. No tenemos a todos nuestros supervivientes en plenas condiciones de luchar. Ya habéis visto el estado de alguno de ellos.

Lúdebrand asintió, desanimado. Los hombres habían sufrido una derrota contundente, habían perdido el puesto fronterizo y algunos de ellos presentaban una heridas que, difícilmente, dejarían pasar

de aquella noche a algunos de ellos. No era el mejor de los escenarios para volver a coger una espada y luchar, menos aún si eso podía significar caer en una emboscada. De pronto, Morthorn le agarró del hombro y le zarandeó.

—¡Mirad! —el joven capitán intentaba contener la emoción en su voz —. Allá, en la fortaleza. ¿Lo veis?

El conde dirigió su mirada hacia donde Morthorn le indicaba. Al principio, no consiguió distinguir nada, pero en seguida vio una sombra que se movía entre los pequeños ventanales.

—¡Hay más supervivientes! —ahora era él quien tenía que refrenar su entusiasmo.

—Debemos encontrar el modo de enviarles una señal. Tal vez así podamos salir de esta ratonera y liquidar a los krulls que queden.

—No tenemos sol. Descartemos los juegos de reflejos con el acero.

—Hubiera sido la mejor opción, sin duda. Pero el destino prefiere ponernos las cosas un poquito más difíciles.

—¿Los cuernos?

Morthorn le miró enarcando una ceja, visiblemente escéptico.

—¿Y arriesgarnos a caer en una trampa?

—Mirad a vuestro alrededor, capitán, y decidme si no hemos caído ya en ella. Atrapados en una torre, los supervivientes de la Muralla dispersos y esperando a que esas patrullas de krulls nos descubran o descubran antes a los de la fortaleza. No se van a ir y nosotros no podemos movernos sin ser descubiertos. Quizá si el resto de guardianes escuchasen los cuernos...

Su voz se fue apagando a medida que iba hablando. Se sintió ridículo dando consejos sobre guerra y batallas a un experimentado soldado como era Morthorn. Pese a su juventud, estaba claro que le superaba por mucho en experiencia, y su cara reflejaba el estado de incredulidad en el que estaba sumido. Sobre dirigir y gobernar una ciudad pocos podrían darle lecciones, pero en el aspecto militar nunca había destacado.

—Tenéis razón —Lúdebrand se sorprendió al escuchar aquello —. La trampa ya fue tendida y hemos caído en ella. Da igual que caigamos ahora o más tarde, lo importante es hacer ver al resto de supervivientes que no están solos y que necesitamos reagruparnos. Es la única posibilidad que tenemos para salir de esta.

—¿Creéis que el resto os seguirán?

Morthorn se encogió de hombros.

—Cuando vean salir a su capitán a luchar sin reservas, quedará resuelta esa duda.

—Entonces, no lo demoremos más —no podía creer que estuviera diciendo aquello.

El descenso se hizo más duro que la subida. Al conde, le volvieron los calambres y pinchazos en las pantorrillas, y a punto estuvo de caer rodando por la escalera de caracol a causa de los mismos. Cuando llegaron abajo, y dieron la nueva, hubo diversidad de opiniones: algunos guardianes no creían que exponiéndose fuesen a conseguir algo, mientras que otros estaban del lado de Morthorn.

—Quien quiera acompañarme —les dijo a sus compañeros—, que lo haga. No habrá marcha atrás ni tiempo para arrepentirse.

Todos los que estaban en condiciones de empuñar el acero se levantaron, dispuestos a seguir a su capitán hasta cualquier final. A Lúdebrand esto le inspiró coraje y desenvainó, preparado para recibir lo que fuese. Instantes después se encontraban frente a la puerta de la Torre del Aullido. Está se abrió de par en par. Las respiraciones se agitaron. Morthorn fue el primero en salir, espada en mano. Su cuerno resonó. Unos gruñidos y berridos respondieron. Ya llegaban.

MOVIENDO LOS HILOS DEL TÍTERE

—Más vino —Átethor dio un golpe en la mesa con el fondo de su copa, reclamando su querida bebida. De un tiempo a aquella parte, cada vez más querida.

Estaba en la sala del Consejo, o al menos donde solía reunirse, repanchingado en su silla y detrás de la mesa. Tenía los ojos rojos y una profundas ojeras que le delataban una noche de poco descanso. Tenía el cabello un poco enmarañado y la barba descuidada. Tsártak sonrió mientras su escudero le llenaba la copa. Era la perfecta imagen de la decadencia, un símbolo gemelo de lo que era Cáladai. Solo quedaba aguantar un poco más la cuerda antes de terminar de romperla.

—Mi señor —intentó que su voz sonase como la caricia de una madre a un hijo travieso—, traigo nuevas de nuestras tropas.

Átethor ni lo miró. Sus ojos examinaban el vino, como si el líquido tinto le estuviese desvelando una verdad dolorosa. Vació la copa de un trago y la depositó, con un sonoro golpe en la mesa.

—Habla —dijo con voz ronca.

—Como sabéis, hace ya tiempo que nuestro ejército abandonó Griäl para sofocar los fuegos rebeldes que se han encendido en algunas de nuestras ciudades. Las tropas ya se han dividido y cada facción se ha dirigido a un punto concreto.

—¿Quién los capitanea?

—El barón Ródreck se ha dirigido a Daroir, preparado para asumir el control de la ciudad, acompañado de maese Hewin. El barón Edtyr se dirige con un pequeño contingente a Theadurion para acabar con la resistencia de la Hermandad de la Luna Escarlata. El grueso de nuestras tropas marchan con Hemen e Imprasel a Athaniel, que quizá sea la plaza más complicada de someter.

Átethor levantó la mirada vidriosa y arqueó una ceja.

—¿Someter?

Tsártak tragó saliva. No debía subestimar a ese títere borracho, a

veces tenía momentos de lucidez que amenazaban con arrancarse los hilos.

—Era una forma de hablar, mi señor —reculó meloso—. Sin duda he elegido mal las palabras.

—Pues no deberías —el regente se llevó un puño a la boca y ahogó un eructo—. Eres un erudito, maese Tsártak. ¡Un condenado sabelotodo! Debes expresarte con propiedad.

Estúpida marioneta beoda… Tsártak volvió a sonreírle empalagosamente.

—Toda la razón, mi señor. Meditaré dos y tres veces mis palabras antes de decirlas.

—Así me gusta. Y ahora, puedes seguir hablando.

—Como os decía. Hemen e Imrasel marchan a la cabeza de vuestro ejército hacia Athaniel. Esperemos que sea suficiente como para disuadir al conde Válrar de proseguir con su empecinamiento.

Átethor soltó una ruidosa carcajada. Luego se limpió la boca con la manga.

—Válrar no se va a dejar reprimir. Lo conozco, no es así. Se ríe de nosotros tras los muros de su ciudad. Se mea desde las troneras sobre nuestras cabezas.

Por eso iban allí los dos mejores capitanes de Cáladai junto con el grueso del ejército: para aplastarlo.

—Estoy seguro de que entrará en razón —mintió—. Por lo demás, todo parece indicar que…

—¿Dónde está Xeelthow? —le interrumpió, aburrido de su palabrería.

—¿Perdón?

—Que dónde está Xeelthow —repitió impaciente.

Tsártak se encogió de hombros y comenzó a enrollar los pergaminos que pretendía que el regente le firmase.

—No me corresponde a mí saberlo, mi señor —respondió con desgana.

—Hace casi una semana que no comparte lecho conmigo. ¿O tal vez hayan sido cuatro días? ¿Una semana o cuatro días? Da igual. En cualquier caso, demando su compañía.

—Pero, mi señor, la arjona es nuestra invitada. No podéis exigirle que…

—¡He dicho que quiero verla —la mesa casi se levanta del suelo

del golpe que Átethor le había propinado.

—Hablaré con ella, mi señor.

Tsártak dio por finalizada aquella reunión. Cuando Átethor bebía más de la cuenta solía perder los papeles, y esto pasaba cada vez con más asiduidad. No estaba dispuesto a tener que aguantar la falta de respeto de aquel hombre, tan estúpido como para no darse cuenta de que le estaban manipulando. Lo único reseñable que tenía era haber nacido en el seno de la casa de los regentes. Si sus padres hubiesen sido campesinos, él sería el zote que solo sirve para labrar la tierra. Recogió rápidamente los pergaminos que le había hecho firmar y se dio media vuelta para dejar solo al gran señor de Cáladai con su alcoholismo.

—Tsártak —su voz pastosa le obligó a detenerse y darse la vuelta con una falsa sonrisa en los labios.

—¿Mi señor?

Átethor trataba de enfocarle mientras la copa de vino se mecía de un lado a otro en su mano.

—Pronto todo volverá a la normalidad, ¿verdad? —Parecía un niño pequeño suplicando—. No tardaremos en estar como antes.

Tsártak tuvo que ahogar su risa descontrolada. Le hubiese encantado gritarle a la cara que no, que el caos había llegado a Cáladai y que pronto no quedarían más que ruinas sobre las que levantar un imperio. Que su mandato como regente tenía los días contados y que, de todo aquello, él iba a sacar partido. Lo deseaba de verdad, lanzarle un escupitajo a los pies y decirle que ni siquiera era una pobre sombra de su padre. Pero no era el momento. Todavía no. Había que seguir fingiendo.

—La aguas volverán a su cauce, mi señor —y tras dedicarle su enésima sonrisa falsa y babosa, cerró las puertas y desapareció.

La decadencia de Átethor había ido en aumento. Tenerle desinformado había sido la clave, mantenerle en un estado de despreocupación que tenía que rellenarlo con vino, grandes comilonas y sesiones de interminable pasión con Xeelthow. Estaba ocioso, pero también estaba solo, y no hay nada peor para una persona que no tiene nada que hacer que estar solo. El regente no había tardado en lanzarse a los brazos de la arjona, en buscar consuelo en aquello que le decían solo lo que quería oír, en ahogar sus penas en un lago de falsa felicidad y disfrute artificial. El declive

de Átethor venía porque Tsártak le había alejado de todos los que le querían realmente, de los capaces y los sinceros. Le había dejado sin otro punto de apoyo que no fuesen las piernas abiertas de una mujer. Puede que lo estuviese disfrutando, de un modo u otro, pero el gran señor de Cáladai se desmoronaba al tiempo que su reino.

Pese a todo, Tsártak temía que todo se estuviese demorando más de lo que esperaba. El ejército del norte había sometido Onun, pero no tenía más noticias que esas. Todavía tenían que atravesar la Muralla y penetrar en el reino. ¿Cuánto podría tardar? Apretó los huesudos puños al preguntarse qué pasaría si algunos de los frentes abiertos en Cáladai se resolvía, si no se encontraban sorprendidos por el invasor del norte, sin otro problema que no fuese regresar a Griäl y descubrir toda la urdimbre tejida. Había que instarlos a que se dieran prisa y golpeasen lo antes posible.

Tsártak llegó a sus aposentos y ordenó que le trajesen a Xeelthow a uno de su guardia. Quería entrevistarse con ella y que nadie los molestase. Luego, cerró la puerta y esperó en completa soledad. Guardó los papeles con otro montón que ya tenía en un baúl y lo metió debajo de su cama con un leve puntapié. Eran documentos que, leídos por separado, no tenían mucho sentido. Simples formalidades burocráticas para aprovisionar a las tropas, le decía Tsártak a Átethor, pero que en conjunto otorgaban plenos poderes a Sártaron, convirtiéndolo en señor de Cáladai por derecho de conquista. Eran las capitulaciones de la ciudad y del regente. Nada mejor que un texto con un sello y una firma para dejarle claro al pueblo que su señor era un ignorante y un despreocupado. Habría que ver cuánto tardaban en tirarlo a los perros.

Pasó un buen rato cuando el toque de nudillos sobre la puerta despertó a Tsártak, que se había quedado adormilado mientras esperaba. Xeelthow entró y cerró tras ella, se aproximó sin apartar sus ojos claros de Tsártak y se sentó frente a él. Estuvieron unos segundos en silencio, antes de que la arjona lo rompiera.

—¿Y bien?

Tsártak se estiró y le crujieron todos los huesos, desde el cuello hasta los dedos de los pies.

—Disculpa —le dijo—. Los años no pasan en balde y, como me quedé traspuesto en una posición poco apropiada, el cuerpo se me resiente. Seguro que tú aún no sabes qué es eso, pero llegarás.

Xeelthow frunció el ceño y carraspeó.

—¿Qué es lo que quieres?

—Solo dos cosas. La primera, Átethor quiere verte.

—Me ve muy a menudo.

—Pero no te ve donde quiere. En su cama.

Xeelthow lanzó una sonora y estridente risa al viento.

—Aclárame una cosa, hombrecillo: ¿acaso crees que soy una zorra?

Tsártak levantó las cejas, como si le escandalizasen esas palabras.

—¿Perdón?

La arjona se levantó de la silla y se inclinó sobre el escritorio, hasta que casi su cara quedó a un palmo de la suya. Tsártak se retiró por puro instinto.

—Pregunto si crees que soy una furcia.

Tsártak negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Cómo puedes imaginar que yo soy así! —contestó ofendido. O tan ofendido como le permitía su actuación—. Te he mostrado respeto desde que llegaste a Griäl, tanto como mujer como guerrera. Pero teníamos un acuerdo.

—Un acuerdo que yo he cumplido. Nadie me obligaba a joder con ese hombre, lo hice porque quería y creía que era necesario. Soy libre de dejar de hacerlo cuando me plazca. En mis deberes no constaba ejercer como puta.

—Deberías relajarte un poco. Aquí nadie está diciendo tal cosa, ni siquiera insinuarlo.

La arjona se fue echando hacia atrás, hasta que su espalda volvió a tocar el respaldo de su silla.

—¿Y si me niego?

Tsártak resopló y entrelazó las manos sin apartar la mirada de los ojos de Xeelthow.

—Supongo que Átethor tendrá un momento de lucidez, entre copa y copa, y sospechará. Y cuando lo haga, la marioneta querrá liberarse de los hilo. Y eso no nos conviene.

Xeelthow ni siquiera parpadeaba.

—¿Cuál es la otra cosa que querías decirme?

—Tu señor se está demorando más de la cuenta.

—Se me ha informado de que va a abandonar Onun en breve.

Según parece, la Muralla ha caído y tiene paso franco.

—Eso no cambia el hecho de que se haya demorado más de lo previsto.

—Debiste calcular mal. ¿Acaso crees que es fácil desplazarse por la Tierra Antigua con ejército semejante?

—Sigue siendo algo que me preocupa. Y no pongas esa cara de fastidio, no cambiará mi pensamiento.

—Está bien. Ilústrame.

Tsártak desvió la mirada hacia la ventana. Parecía que se formaba tormenta en el norte. Espesas nubes negras se agrupaban en el cielo dispuestas a avanzar, a cubrir todo el mundo libre.

—Temo que tu señor llegue cuando las aguas estén regresando a su cauce —se explicó—. Será cuestión de tiempo que los diferentes bandos que hemos enfrentado se pregunten por qué están peleando. Y ese día, querida… ese día más vale que tu señor haya asestado un golpe fatal en el corazón de este pútrido reino, o de lo contrario vendrán a por nosotros.

Xeelthow permanecía quieta e imperturbable. Tsártak no sabía si esa seguridad tenía una base fundamentada o si solo trataba de aparentar. Permaneció un rato en silencio, quizás midiendo y sopesando las dudas y miedos expresados. Por un momento, el consejero creyó haber cometido un error al mostrar sus debilidades. A esas alturas, se dijo, daba igual. Todos los planes tenían fisuras, era mejor adelantarse y mostrarlas antes de que lo hiciese el enemigo.

—Todo sigue en marcha y según lo previsto —sentenció la arjona, levantándose de la mesa y dando todo por zanjado—. Mi señor ya marcha hacia la guerra con un ejército jamás visto. Aunque todos los hombres de Cáladai se uniesen, tan solo conseguirían retrasar un poco lo inevitable.

—¿Y qué hay de Átethor? —le gritó antes de que saliese por la puerta.

Xeelthow giró su rostro inexpresivo.

—Le visitaré una vez más. Y la próxima vez que lo solicite, llevaré un cuchillo al encuentro.

PIEL AL DESCUBIERTO

Zárrock recorrió el largo pasillo que llevaba hasta el salón del trono de Ánquok. Tenía que reunirse con Mórgathi para informarle del estado del siguiente movimiento de Sártaron. Seis días atrás habían decidido que lo mejor era moverse. Su señor seguía teniendo recelos de sus aliados varelden, y todas sus sospechas no estaban carentes de buenos argumentos que las refutasen, pero cada día que pasaban juntos más se veía comprometida su débil asociación. La reina bruja y Mathrenduil no tardarían en sospechar, si es que no lo hacían ya, que algo tramaban. Y eso los dejaba en una posición bastante débil, exponiéndose a ser acusados de traición y dando motivos para que los elfos oscuros se volviesen contra ellos. Los señores de la guerra del norte acordaron que lo mejor era moverse.

La primera decisión que tomaron era librarse de los elementos más inestables que pudiesen perjudicar la frágil estabilidad, de modo que enviaron a los orcos y a los ogros con Lédesnald. Aquello suponía una drástica reducción en sus tropas, pero era mejor mantener a esas criaturas entretenidas con la rapiña y el caos que entrar en un diálogo con ellos sobre las virtudes de la paciencia. Lédesnald y Órgalf no estarían muy lejos. Aquellos dos bastardos se las habían ingeniado para hacer caer la Muralla, así que estarían exhaustos, andarían acampados en alguna aldea cercana de Cáladai. Ese engreído había demostrado tenerlos bien puestos, que se ocupase de meter en cintura a los orcos y ogros. Y si no… pues un problema menos.

Una vez resuelto el asunto de los orcos y ogros, acordaron que Sártaron debería moverse. Los espías informaban de una situación de inestabilidad en Cáladai que favorecía la entrada del gran ejército del norte. Sumidos en el caos de una inminente guerra civil, no se esperarían una invasión desde Onun. Confiaban demasiado en la Muralla y en la Guardia del Huargo Blanco, estarían inmersos en sus guerras intestinas y no habrían tenido tiempo de preparar sus defensas. Y, para cuando quisieran reaccionar, ya sería demasiado tarde. De modo que Sártaron y Árvilcar movilizarían todas las tropas para dar el primer golpe sobre el tablero: la ciudad de

Daroir. Mientras ellos avanzaban, un pequeño destacamento, al mando de Zárrock, se quedaría junto a los elfos oscuros, para guardar las apariencias y continuar con el plan de arrebatar la Piedra de Ilethriel a Mórgathi. O al menos tenerla vigilada.

Una vez tomadas las decisiones, tocaba la parte más dura, que era comunicárselo a los elfos oscuros. Pero incluso hasta eso resultó sencillo. Tres veces solicitaron reunirse con Mórgathi y tres veces fueron rechazados. La reina bruja había estado muy huidiza tras el ritual de sangre que llevó a cabo, el mismo que le sirvió de condena a muerte al rey Iyurin, aunque siempre lo achacaron a una supuesta recuperación mágica tras el ritual, o tal vez porque debía asimilar los poderes liberados. Era campo de la magia, un terreno que desconocían, no podían preocuparse por eso, aunque resultaba molesta y sospechosa tanta excusa por no poder cumplir con ellos. Sártaron, cansado de esperar, decidió ponerse en marcha sin contar con la aprobación de sus aliados. Habían tenido tiempo de escuchar sus planes y lo habían ignorado. No iba a aguardar más. Notificó a Dágorth, la mano derecha de Mathrenduil, sus intenciones para que se las comunicase a sus señores y partió sin más demora. Y era ahora precisamente, una vez marchó su amo, cuando lo convocaban a él a una reunión. Zárrock no entendía nada, pero había algo que lo impulsaba a desconfiar.

Las puertas del salón estaban cerradas, custodiadas por dos elfos oscuros de la guardia personal de Mathrenduil. Debían estar informados, pues no dieron el alto a Zárrock, sino que se limitaron a abrir las puertas y permirtirle el paso. Dentro, para sorpresa de Zárrock, no se encontraba Mórgathi, quien no se había perdido ni una sola reunión desde que sellaron su alianza. Era Mathrenduil quien le esperaba sentado en una de las sillas aledañas al trono. A Zárrock le llamó la atención que no se hubiese sentado en él.

—Pensaba que vuestra madre estaría presente —dijo a modo de saludo.

Los ojos amarillos del rey de los varelden estaban fijos en él. Ni siquiera pestañeaba.

—Tiene otros asuntos que atender.

—¿Asuntos concernientes a la magia? —formuló la pregunta casi sin darse cuenta de que lo hacía.

—Asuntos que no os conciernen —sentenció sin piedad

Mathrenduil.

Tras aquel primer azote, Zárrock decidió ser más prudente y tomarse menos libertades.

—Pasemos pues a aquellos que nos son comunes —viró la conversación—. Mi señor Sártaron ha partido hacia Daroir. Se dispone a tomar la ciudad. Partió hace unos tres días, de modo que ya habrán llegado a la Muralla.

—La Muralla cayó. Tiene paso franco —la voz de Mathrenduil era calmada, pero tan fría como el invierno.

—A mi señor le hubiese gustado informaros personalmente de su decisión, pero como parecíais estar muy ocupados como para concertar una reunión…

—Nuestros hombres nos informaron por vos.

—Cierto, nos obstante a Sártaron le hubiese…

—Sártaron marcha sobre Daroir con el grueso de su ejército, los orcos y ogros se reunirán con Lédesnald para continuar el avance desde el norte de Cáladai. ¿Es correcto?

—Sí. También ha dejado un destacamento aquí, en Ánquok. Cualquier cosa que preciséis de…

—Recurriremos a ti. —Estaba claro que Mathrenduil quería acabar con esa conversación lo más rápido posible—. Nos damos por enterados. ¿Algo más?

Zárrock se aclaró la garganta, intentando disimular lo incómodo que estaba.

—Solo una pregunta, mi señor. ¿Os reuniréis con Sártaron antes de que ataque Daroir?

Mathrenduil se levantó de la silla y se aproximó despacio hacia Zárrock. No llevaba armas de ningún tipo, pero cada paso que daba resultaba más amenazador e intimidante que el anterior. Se paró frente al arjón, quien se obligó a no dar un paso atrás pese a lo tentador que resultaba. Su mirada color ámbar refulgía y se clavaba como un aguijón venenoso.

—No estamos aquí para librar las batallas de Sártaron, el gran caudillo de los hombres del norte —pese a lo templado, su voz sonaba a desprecio—. Si ha tomado la decisión de atacar Daroir, que lo haga, pero que no espere que nos sumemos a masacre. Cáladai está débil, dividida y sin nadie que la guíe. Tomar esa ciudad debería resultarle sencillo.

—Estoy seguro de ello, pero necesitaríamos saber si, en caso de que la batalla se torciese…

—Si la batalla se torciese —volvió a interrumpirle—, yo mismo iría a Daroir y la reduciría a escombros. Sin embargo, una muestra tan evidente de debilidad haría que me plantease los términos de nuestra alianza.

Zárrock tragó saliva e intentó controlar el ritmo de su respiración, la cual amenazaba con dispararse de un momento a otro.

—Os sugiero que enviéis un mensaje a Lédesnald. Que movilice a todos sus efectivos y se dirija a Theadurion. De ese modo atraparéis a los hombres por dos frentes, evitando que Sártaron quede atrapado entre las fuerzas de dos ciudades. Que la horda de bestias ataque desde el norte mientras que vuestro señor toma Daroir —se giró elegantemente y comenzó a andar hacia las puertas —. Y ahora, si no tenéis nada más que decirme, he de ocuparme de otros asuntos.

Zárrock se quedó mudo y solo en el salón, mirando atónitamente hacia las puertas, por donde había desaparecido Mathrenduil. Su cerebro había quedado bloqueado por completo, incapaz de procesar y asimilar lo que había sucedido. Aquella frialdad, aquel desprecio… solo podía significar una cosa, y no le gustaba en absoluto: estaba solo y atrapado con los varelden.

****

A Mathrenduil le exasperaba tener que tratar con los bárbaros norteños. Eran tan obvios, tan rudos y faltos de perspectiva que prefería que fuese su madre quien los manipulase. Él no sabía fingir y tampoco tenía la paciencia necesaria como para tener que aguantarlos más de lo necesario. ¿Acaso se creían que él no era consciente de las intenciones de Sártaron? Nada se le escapaba. Ni a él ni a Mórgathi. Se habían adelantado a la decisión de mandar a los orcos y ogros con Lédesnald, tal y como él le anunció cuando se encontraron en la Muralla, del mismo modo que habían adivinado dónde daría Sártaron el primer golpe. Y, lo más importante, sabían que el retén que había dejado, con Zárrock a la cabeza, tenía como principal objetivo arrebatarle la Piedra de Ilethriel. La partida

estaba en juego, las piezas comenzaban a moverse y la ventaja era para los varelden.

Una vez despachó la reunión con Zárrock, atravesó a grandes zancadas varios pasillos del castillo. No es que le entusiasmase Ánquok, pero al menos no tenía que morar bajo la tierra y las montañas, como en Undraeth. Aquel inhóspito lugar dejaría de ser su hogar muy pronto, más de lo que muchos se esperaban. Asuryon estaba invadida por sus tropas y, cuando toda la guerra acabase, regresaría como conquistador. No dejaría ni una sola piedra donde los atelden pudiesen esconderse. Se sentaría en el trono que le pertenecía por derecho con las cabezas de Thil Ganir y Élennen a sus pies. Pero primero había que asolar toda la Tierra Antigua. Y romper el pacto que los comprometía a luchar al lado de los bárbaros de Mezóberran.

No tardó en llegar a su destino, unos aposentos cuyas puertas tenían relieves de motivos florales. Mathrenduil dedujo que habrían pertenecido a la princesa de Onun. Los dos guardas no impidieron que irrumpiese dentro, donde estaban un par de brujas de su madre y ella misma. Desde que llevaron a cabo el ritual de la sangre, Mórgathi no era ella misma. Los dos primeros días parecía preocupada y distraída, algo impropio de ella. Luego se recluyó en sus aposentos y dio órdenes para que nadie la molestase, ni siquiera su hijo el rey. Mathrenduil no tenía ganas ni tiempo para enzarzarse con ella en una de sus innumerables discusiones, de modo que optó por respetar sus deseos. Pero ya había pasado tiempo más que suficiente como para que se despejase de aquello que le estuviese importunando, fuera lo que fuese. No iba a tolerar tener que hacer todo el trabajo de intrigas que ella misma se comprometió a hacer. Y ahí estaba, de pie frente un espejo de pared, embozada en una capa color turquesa que le ocultaba por completo. Tenía la capucha sobre la cabeza, ni siquiera se podía distinguir un solo rasgo de su rostro.

—Fuera —ordenó secamente Mathrenduil a las brujas—. Ahora.

—Mi señor —empezó a decir nerviosa una de ellas, mientras intercambiaba una mirada nerviosa con su compañera—, vuestra madre nos ha pedido que no nos alejemos de su lado.

—Fuera. Ahora —repitió, esta vez dotando de un tono amenazante su orden, dando un paso adelante. Sus ojos fulminaban

a la bruja que había osado rebatirle.

—Haced lo que os dice —la voz de Mórgathi restalló como un látigo sobre las bestias. Ambas acólitas bajaron la cabeza y se dirigieron a la puerta.

—¿Cómo osas enviarme en tu lugar a una reunión que era de tu competencia? —Mathrenduil le lanzó la pregunta a su madre una vez se quedaron solos—. Creía que tenías claro el cometido de cada uno dentro de esta pantomima. Yo dirijo los ejércitos y tú te encargas de parlotear con los bárbaros.

Mórgathi no dijo nada. Permanecía de pie e inmóvil frente al espejo, oculta y protegida bajo su capa.

—¿No dices nada? ¿Ni siquiera te giras para hablar con tu rey?

Mórgathi se giró y se quitó la capucha. Los ojos de su madre tenían un brillo febril, casi desquiciado. Mathrenduil, instintivamente, echó un taló atrás. A continuación, la reina bruja se despojó de la capa, dejándola caer al suelo. Su hijo dio un respingo, pero no a causa de su desnudo. Todo el brazo izquierdo, desde la yema de los dedos hasta más allá del hombro, estaba de color grisáceo. El mismo tono de piel macilenta que el resto de los varelden. Mathrenduil echó la vista atrás y confirmó que era la primera vez que le sucedía eso a su madre. Durante unos segundos se mantuvo el silencio, no sabía qué decir.

—Tu brazo… —arrancó a hablar—. Está… está…

—El ritual de la sangre a fallado —sentenció Mórgathi, en cuyo rostro se había instalado el desconcierto.

—Es imposible —negó Mathrenduil—. Yo estuve allí. Lo vi. Es imposible.

—Me negaba a creerlo, pero mis sospechas se han confirmado: del mismo modo que la fuerza vital de Élennen está ligada a Asuryon, la mía está ligada a Undraeth. Demasiados siglos en aquella tierra nos ha unido a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuanto más nos alejamos de Undraeth, más decrece nuestro poder. El el sino de todo elfo, atelden o varelden. Queda atado a su tierra y fuera de ella decrece.

Mathrenduil se acercó a su madre y la tomó de la muñeca para observar el brazo. El color de su piel se confundía con la de su mano.

—No puede ser —se resistió—. Era sangre real. ¡Era la sangre de un rey!

Mórgathi sonrió con desgana.

—¿Alguien de los presentes en este lugar conocía a Iyurin? ¿Alguno podría asegurar que hemos matado al verdadero rey de Onun?

Mathrenduil vaciló. En ningún caso había contemplado que los ónunim hubiesen utilizado una maniobra tan calculada para salvar a su rey. ¡Sacrificar a uno de los suyos! Había que admitir que, de ser eso así, la lealtad de ese pueblo era admirable.

—Te he visto hacer el ritual miles de veces —insistió—. ¡Decenas de miles! Atelden, hombres y hasta nuestra propia raza, y nunca antes había sucedido nada igual.

—Como te he dicho —contestó Mórgathi acariciando su brazo macilento—, mi poder decrece.

—¿Deseas partir hacia Undraeth?

—No, dejaría al descubierto que somos vulnerables. No me fío de los bárbaros, pero tampoco me fío de los nuestros. Durante siglos, he visto cómo se nos ha reverenciado. Nuestro pueblo se ha mantenido firme a nuestras pretensiones gracias al miedo.

—Mis pretensiones son legítimas. Albergar alguna duda sobre ello sería…

—¿Crees que una muestra de debilidad de poder sería recibida con comprensión y empatía? Eres demasiado inteligente como para creerlo. No, hijo mío, nos matarán. Mis propias brujas conspirarán para derrocarme y los nobles varelden harán lo mismo contigo.

—¿Qué me dices de las dos brujas que te estaban acompañando?

—Solo ellas conocen lo que sucede, son de total confianza. No obstante, llegado el momento me libraré de ellas discretamente. Solo por precaución.

—¿Qué debemos hacer?

—Continuar con la farsa. Los bárbaros comienzan a dividirse, su naturaleza ambiciosa y traicionera está asomando. Seguiremos como si tal cosa y seremos pacientes. Ya queda poco para que caigan. Mientras, debemos comenzar a movernos. Los atelden están cerca, soy capaz de sentir el poder menguante de Élennen y pronto ella podrá percibirme. Hemos de adelantarnos.

—Si conseguimos doblegar Asuryon, no será difícil dar caza a un

grupo reducido. ¿Has consultado la Piedra de Ilethriel?

Mórgathi se sentó en el borde de la cama y se frotó las manos con nerviosismos.

—Las visiones que se me representan son confusas. Consigo más información de lo que percibo que de la piedra vidente.

—¿Pero qué ves?

—Veo lobos. Los mismos que menciona la Profecía.

—Solo estás viendo lo que quieres ver. Deberías consultar esa piedra con la mente libre de aquello que te preocupa.

Mórgathi parecía absorta en sus propios pensamientos. Se quedó en silencio unos segundos, mirando a un punto indeterminado, como si fuese capaz de ver algún peligro que los demás eran incapaces. Rápidamente salió de su ensimismamiento.

—Sí, seguro que es lo que dices —sonrió a Mathrenduil con dulzura y, por un instante, pareció que todas sus preocupaciones habían desaparecido—. Cambiemos de tema: ¿Sártaron ha partido ya?

Mathrenduil asintió.

—Ha dejado una pequeña guarnición con nosotros. Al mando está Zárrock.

—¡El bueno de Zárrock! Su amo se marcha a conseguir las mieles que otorga la victoria conseguida en batalla… y él se queda aquí. ¡Le estoy cogiendo mucho cariño!

—En teoría, están aquí para prestarnos su ayuda.

—En teoría. La realidad, en cambio, es completamente distinta. Sártaron planea arrebatarme la Piedra de Ilethriel y esa guarnición será la encargada de hacerlo.

—Demasiado arrogante por parte del bárbaro.

—¿Acaso te sorprende? Desde que iniciamos esta aventura juntos todo ha sido arrogancia.

—En tal caso, habrá que administrar un remedio de humildad.

—Pero no aún, mi bien —Mógathi se levantó y acarició la cara de su hijo con la mano buena—. Deja que me divierta un poco más con ellos.

Mathrenduil ladeó los labios en una media sonrisa.

—Me reuniré con Dágorth para trazar nuestra estrategia.

Se giró y se encaminó hacia la puerta.

—Mathrenduil —le llamó su madre justo cuando se disponía a

abandonar los aposentos—, no te preocupes por ésto —levantó el brazo gris—. Es solo una eventualidad.

Sus ojos se encontraron con los de ella. Asintió y cerró la puerta tras de sí. No tenía nada por lo que preocuparse.

EL MEDIO ELFO Y EL FAUNO

El Bosque Longevo era, como su nombre indicaba, viejo, tan viejo como la tierra donde los altos árboles profundizaban con sus raíces. Las copas de estos eran densas, como un tejado verde que, a regañadientes, dejaba filtrarse la luz del sol o de la luna. Había algunas sendas que se internaban hasta el mismísimo corazón del bosque, pero estas no habían sido hechas de manera intencionada para marcar camino alguno, sino que los caminos se habían erosionado del paso continuo de los centauros por ellas. La hierba estaba aplastada y la superficie era menos áspera que la del resto del bosque. No obstante, era todo un poco laberíntico y caótico. Los estrechos senderos de abrían para luego volver a bifurcarse, girar hacia distintas direcciones, volver para atrás, abrirse de nuevo y perderse en la espesura. No era todo tan sencillo como seguir la vereda y avanzar, como pudo comprobar Velthen, ya que se encontraban una encrucijada cada treinta metros, quizá menos.

El grupo caminaba en fila de a uno, escoltados por ambos lados por los centauros, los cuales no dejaban de dedicarles miradas llenas de recelo y advertencia, con los arcos prestos para ensartar a cualquiera que fuese lo suficientemente insensato como para tratar de huir. Encabezando el grupo iba el extraño elfo de rostro barbudo montado en el ciervo. Cerraban la marcha el poderoso centauro que había tratado de matar a Aullido Blanco, y otros dos más que arrastraban la rudimentaria jaula de madera con la que transportaban al huargo, el cual no parecía mejorar de su herida.

Velthen tampoco se sentía bien, pero su dolencia avanzaba más por el terreno del ánimo. Jamás hubiera pensado que fuese a sufrir tanto por el estado del enorme lobo blanco. Sí, lo había salvado de los trasgos y había compartido con él numerosas aventuras, pero no esperaba sentirse así, como si le arrebatasen parte de su fuego interior para que viera cómo ese fuego comenzaba a extinguirse. Era su compañero, su amigo, cada vez se sentía más unido a él. No podía verlo así, sin fuerzas y sufriendo. Aullido Blanco era un ser

poderoso, mágico se podría decir. Los onai creían que cuando morían se reencarnaban en lobos huargo, pero… ¿qué le quedaba al huargo cuando moría? No, era mejor no pensar en eso. Velthen quería borrar esa idea vil de su cabeza.

—¿A dónde nos conducen? —escuchó tras de él la voz de Íniel, que no ocultaba su preocupación.

—Nos llevarán a algún sitio donde poder matarnos —refunfuñó Tóbur.

—Si quisieran matarnos ya lo habrían hecho —escuchó decir a Ectherien—. Somos sus prisioneros.

De nuevo esa palabra. Velthen la odiaba. Prisioneros en Eren y ahora prisioneros de un grupo de centauros liderados de un hombre que parecía ser un elfo. ¡Qué lejos quedaban ya los apacibles días en la aldea, trabajando en la forja del viejo Velteon! El herrero de Thondon… Velthen se sorprendió al no pensar en él como su padre. El sentimiento estaba allí, el reconocimiento también, pero la verdad, esa que tanto duele y pesa a veces, también. Sus padres, sus verdaderos padres… ¿Cómo habría sido su vida de vivir ambos? ¿Cómo habría sido crecer en un lugar como Lagoscuro? Quizás ahora sería un gran soldado, un hábil estratega ducho en cuestiones relativas a la batalla. Seguramente habría podido guiar mejor al extraño grupo que formaban. Puede que hasta Márdinel y él fueran grandes amigos, que hubiese participado en diversas misiones con él, al lado de Ectherien. Puede que, de haber sido criado entre los onai, se sintiera con el suficiente valor de decirle a Iyúnel lo que sentía hacia ella. Pero la realidad es que sus padres, sus verdaderos padres, habían muerto cuando él solo era un lactante, y había sido criado en el seno de una humilde familia en una remota aldea de Cáladai. ¿Qué había de especial en eso? ¿Cómo podía ser el Elegido habiendo sido hecho prisionero por dos veces? Ni siquiera escaparon de Eren gracias a él. De no haber aparecido el invidente elfo ahora serían carroña para los cuervos.

Velthen levantó la cabeza para centrar su atención en Elebrian, que caminaba a la cabeza del grupo, tras los pasos del elfo barbudo y su ciervo. Cuando apareció dijo algo, como si conociese esa voz. Pero aquello era del todo imposible. Cuando les quitaron las armas, Velthen no vio nada en los ojos de aquel extraño nada que le hiciera sospechar que conocía a Elebrian, ni como amigo ni como enemigo.

Täuniel Thaielden, eso había dicho. ¿Qué significaba?

Anduvieron un rato más hasta llegar a un claro, donde se alzaba una extraña y pintoresca construcción. Era una estructura similar a una casa de madera de dos plantas, retorcida y disparatada, que había sido levantada por las poderosas raíces de un enorme roble que parecía haber crecido dentro de ella, abriéndose paso a través de sus ventanas y grietas. Era tan caótico como hermoso.

—¿Quién se supone que vive en un lugar así? —dijo Gorin, frunciendo el ceño hasta ocultar sus pequeños ojos bajo las espesas cejas. No parecía agradarle mucho aquel sitio.

Los centauros comenzaron a moverse hasta convertir su formación en un círculo perfecto, el cual rodeaba al grupo de Velthen. Dejaron la jaula donde Aullido Blanco parecía reposar cerca de ellos, pero cuando el joven intentó acercarse a ver al lobo la voz amenazante de uno de los centauros le advirtió que no lo hiciera, con aquella lengua áspera que hablaban. Le apuntaban con flechas, pero eso le daba igual a Velthen, quien tuvo que ser sujetado por Ectherien y Ubarín para que obedeciese.

—Muerto no le servirás de nada —le dijo el veterano montaraz.

—Es un huargo, chico. Saldrá de esta —intentó calmarlo el habarii.

El desconocido que montaba el ciervo bajó de él y se abrió paso entre los centauros, colocándose justo en frente de ellos. Permanecía serio, envarado, pero nada parecía indicar que hubiera hostilidad en él. Velthen pudo detenerse a mirar con más detalle el rostro de aquel hombre. Su barba ocultaba rasgos finos, propios de un elfo como Elebrian, pero había algo en él diferente, como si el paso del tiempo si hiciera mella en él de algún modo, como el viento al erosionar una roca. Su cuerpo distaba mucho de la esbelta figura del invidente, siendo mucho más corpulento, con músculos trabajados que se ocultaban tras las ropas.

—Tu halcón es un fiel y leal acompañante —dijo en la lengua común, con voz clara y vibrante, dirigiéndose a Elebrian—. No ha dejado de sobrevolarnos y seguirnos el rastro desde que os encontramos.

—Desde que nos hicisteis prisioneros, querrás decir —replicó Iyúnel, la cual había permanecido callada desde que los capturaron.

—¿Cómo me has reconocido? —volvió a preguntarle a Elebrian,

ignorando por completo las palabras de la princesa.

—Por el olor.

El extraño pareció sorprenderse.

—¿Has olido muchos como yo?

—Nunca reparé en los olores hasta que perdí la vista. Desde entonces, mis sentidos me han descubierto un mundo que mis ojos me vetaban.

—No has respondido a mi pregunta.

—Tu olor a mortal no oculta el aroma atelden que te impregna. Llevas la sangre de dos pueblos, y uno de ellos es el nuestro.

Todos intercambiaron miradas llenas de desconcierto. ¿Podría ser? ¿Acaso no estaría equivocado Elebrian? Velthen, tras todo lo acontecido, ya era receptivo a cualquier cosa que le dijeran.

—Entonces, sabes quién soy —el desconocido esbozó una sonrisa burlesca.

—Te creíamos muerto —replicó el invidente elfo—.Dimos por hecho que te abandonaron en el bosque y que te devoraron los huargos.

Al oír esto, soltó una carcajada atronadora que hizo que algunos de los centauros se sobresaltasen, levantándose sobre sus patas traseras.

—¿Eso es lo que pensabais? —la voz del extraño tenía tintes burlescos—. ¿Pensabais que fui pasto de los lobos?

Cuando terminó de decir esto, se llevó dos dedos a la boca y silbó. La aguda nota pareció ascender por encima de las copas de los árboles y la cima de las montañas, expandiéndose, abriéndose paso por cada grieta, por cada recoveco de aquel lugar. Al instante, comenzó a escucharse un sigiloso y pausado sonido de hojas secas al removerse en el suelo, como unos pasos que se acercaban a ellos. Los centauros abrieron paso a las figuras, para sorpresa de todos, de dos lobos huargo que acudían a la llamada de aquel extraño personaje. Uno de ellos, el de mayor tamaño, tenía el espeso pelaje rojizo y pardo, mientras que el más pequeño mezclaba tonalidades que variaban del negro al gris perla.

—No puede ser… —balbució Ectherien, quien parecía haber subido un serio revés.

Velthen también quedó impactado ante la docilidad de los huargos, que se habían situado a cada lado de aquel desconocido

que los acariciaba en la nuca. Por un momento, sintió coraje al ver que no era tan especial, que tener un enorme lobo huargo de mascota no era tan extraño, al menos en aquellos parajes. Una parte de su ego comenzó a desinflarse, a devolverle a la dura realidad. Para Velthen ya no había duda. Él no podía ser el Elegido.

—¿Quién eres? —Dijo Gorin—. Dinos tu nombre.

—Täuniel Thaielden —fue Elebrian quien respondió, adelantándose a la respuesta del de la barba—. Eres el hijo de la doncella elfa Iyánatha y del derrocado rey mortal de Eren, Avénuil. El perdido hijo mestizo. Täuniel el Medio Elfo.

A Velthen se le heló la sangre. Sintió una familiar sensación de vértigo acompañada de náuseas. Ahora todo parecía girar. Sintió sobre él la mirada de Iyúnel, a su derecha, en meneo de la cabeza de Márdinel, el arqueo de la ceja de Ubarín… La Profecía élfica ahora parecía gritar con fuerza vendrá con paso lento, y con sus lobos detrás, para luego añadir el destronado reinará. Después de todo lo sucedido, después de todo lo que había pasado, todo resultaba ser una burda confusión, una broma cruel del destino. La casualidad había hecho un quiebro para poner en su camino a Aullido Blanco, para que se corriera la voz sobre las señales que se iban cumpliendo. Ahora todo quedaba claro. La Profecía no se podía referir a él, sino al medio elfo que permanecía de pie frente a ellos, orgulloso y altivo, acompañado de dos lobos huargos. Velthen se sintió ridículo. ¿Acaso se había engañado a sí mismo? ¿Había llegado a creerse esos cuentos sobre él?

—Conoces mi nombre, pero yo no he oído hablar de ti —dijo le Täuniel a Elebrian. El invidente elfo no respondió—. Tu silencio me insulta. Una oportunidad más.

Los dos huargos comenzaron a alejarse del medio elfo, avanzando uno a cada lado, como queriendo rodear al grupo, preparándose para lanzarse sobre ellos en cualquier momento. Velthen había visto en acción a Aullido Blanco en multitud de ocasiones como para saber que, si un huargo por sí solo era un enemigo temible, dos significaban la muerte. Pero Elebrian no parecía amedrentarse, y continuaba sumido en el gélido silencio.

—¡No somos enemigos! —Gritó Tóbur—. Tan solo buscábamos cobijo.

—No te hinques de rodillas, enano —le dijo Márdinel, cuyos

labios se habían convertido en una delgada línea llena de tensión—. Vamos a morir de todas maneras. Mejor hacerlo de pie y desafiantes.

Los lobos continuaban trazando ese círculo mientras no quitaban el ojo de encima al grupo, expectantes, esperando a que el más mínimo movimiento delatase hostilidad y justificase el poder lanzarse sobre ellos.

—Huimos de un grupo de mercenarios de Eren —confesó rápidamente Íniel—. Fuimos capturados, pero conseguimos escapar. Tan solo buscábamos ocultarnos en el bosque y que nuestros perseguidores pasaran de largo.

El enorme centauro negro dijo algo en aquella lengua desconocida. Fue respondido con rapidez por Täuniel, el cual pareció zanjar el asunto. El centauro abandonó el círculo para volver a aparecer. En su poderosa mano llevaba algo que, con un poderoso gesto, arrojó hacia el grupo de Velthen. Horrorizados, vieron cómo rodaron cinco cabezas con grotescas muecas de dolor grabadas en sus rostros.

—Los encontramos rondando por el bosque —dijo el medio elfo, — y tuvieron la insensatez de enfrentarse a nosotros. Estos no tuvieron tanta suerte como los elfos oscuros que los acompañaban, que pudieron escapar.

—¿Elfos oscuros? —preguntó con cautela Ectherien.

Täuniel asintió con el gesto.

—Demasiado escurridizos para nosotros, pero demasiado cobardes como para querer enfrentársenos cara a cara. Como podéis ver, los mercenarios de Eren han dejado de ser una preocupación para vosotros, pero me gustaría que me explicaseis qué hacían los varelden con ellos y, sobre todo —su mirada buscó con avidez los ojos de Velthen—, por qué os perseguían.

Callaron, nadie respondió. Era un silencio hijo de la desconfianza hacia aquellos seres y hacia la lealtad que guardaban hacia Velthen. El muchacho sentía que sus pensamientos vagaban por su mente sin un rumbo fijo. Antes había una razón, o quería creer que hubiera una razón que justificara todo lo que estaba sucediendo en su vida. Ahora, con la aparición en escena de Täuniel todo era distinto. Vendrá con paso lento y con sus lobos detrás… El destronado reinará…

De pronto, se escuchó una risa. Era un sonido cantarín, alegre, como el trino de un pájaro en primavera. Aquel sonido desconcertó a la compañía, los cuales se sintieron víctimas de una pesada broma de mal gusto, como si estuvieran jugando con ellos. Levantaron la vista para ver cómo las ramas de los árboles se movían de manera danzarina pese a no soplar el viento. Caían hojas al compás de aquella risa que parecía saltar de copa en copa, inundando todo el claro con ella.

Entonces, como si una roca cayera del cielo, una oscura silueta aterrizó con rapidez delante de ellos. El grupo no pudo reprimir dar unos pasos atrás, visiblemente sobresaltados por aquella irrupción. La oscura figura permaneció unos instantes ahí clavada ante sus ojos, agazapada. A continuación, comenzó a erguirse un ser de un tamaño superior al de un hombre, poco menor que un ogro. Tenía pezuñas, en lugar de patas, y su piel, rugosa y llena de extraños símbolos que parecían grabados en ella, era similar a la corteza de un árbol. Su cara era una extraña mezcla entre un rostro humano y uno bovino, luciendo una poderosa cornamenta, que bien podría ser la envidia de cualquier macho cabrío. Una melena rojiza, que le nacía justo detrás de los cuernos, le caía hasta los hombros, un pelo fino y lacio, como el que le nacía de la barbilla a modo de barba de chivo. Sus ojos, pequeños y almendrados, eran tan traviesos como sabios, y los miraban a cada uno con ávida curiosidad. Velthen apretó la mandíbula y sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se agarrotaban a causa del miedo. ¿Aquella criatura podría ser un krull?

—Púnikig —dijo el medio elfo luciendo una sonrisa amistosa—, no pensaba que te fueras a dejar ver tan rápido.

—Después de tantos años viviendo con un fauno —la voz del ser era profunda y armoniosa, como el tañido de una campana—, me sorprende que no sepas lo imprevisibles que somos.

Elebrian giró la cabeza hacia donde escuchó la voz del fauno.

—Parece que hoy las leyendas se hacen realidad —dijo—. El hijo perdido de Iyánatha y el guardián del bosque: el fauno y sus centauros.

—Púnikig es mi nombre —se presentó haciendo una reverencia tan elegante como exagerada, moviendo sus largos brazos como ramas de árbol—. Y os quiero dar la bienvenida a nuestro hogar. A

Täuniel veo que ya lo conocéis. Y a aquel grandullón —señaló al centauro negro— es Barugh, el jefe de la manada de centauros que os rodea. Tendréis que perdonarlos, pues no hablan vuestra lengua.

El fauno se giró le dijo algo en su idioma al gran Barugh, el cual asintió de manera solemne. A una orden suya, los centauros se retiraron, rompiendo la formación que rodeaba al grupo. Algunos de ellos desaparecieron por la floresta. Los huargos también parecían más relajados, y ahora dedicaban toda su atención a Aullido Blanco, el cual respiraba trabajosamente tras los barrotes de su jaula. Púnikig lo miró curioso.

—Interesante —murmuró para sí el fauno—. Muy interesante.

Velthen tuvo la tentación de lanzarse sobre aquel ser en el momento en el que este comenzó a aproximarse al huargo. No iba a dejar que le hicieran más daño, no lo iba a permitir. Tendrían que matarlo a él antes, lo tenía muy claro. Ya nada importaba. Todo había dado un giro. Aquellos que le acompañaban ya tenían al elegido que buscaban. Su papel en aquella historia había acabado. Al menos que terminase como empezó: defendiendo al huargo blanco.

—¡Aléjate de él! —le gritó mientras que Márdinel y Ectherien trataban de sujetarlo, anticipándose a su intento de acometer contra el fauno.

Púnikig ni siquiera prestó atención a la advertencia del joven. Se limitó a mirar a través de los barrotes de la jaula mientras los dos huargos olisqueaban a Aullido Blanco, el cual, rendido, no enseñaba siquiera los dientes. Barugh volvió a decir algo en su lengua, pero fue atajado rápidamente por el fauno, cuyo tono de voz reflejaba cierto reproche hacia el centauro. A continuación, se puso en pie y levantó la trampilla de la jaula, dejando a Aullido Blanco libre. El huargo ladeó la cabeza, tan sorprendido como el resto del grupo quienes no contaban con aquello. El enorme lobo se arrastró a duras penas fuera de la jaula, estaba claro que la herida había hecho mella en él. Los otros dos huargos, al ver que este ya estaba libre, no dudaron en acercarse y olisquearle. Le daban pequeños topecitos con sus hocicos, lo olisqueaban y le lamían. Aullido Blanco también respondía de idéntica manera, agradecido por aquellas muestras de cariño por parte de sus parientes.

—Es una herida muy profunda —dijo Púnikig, dirigiéndose a la

compañía—, pero creo que podré curarlo.

Velthen sintió cómo le fallaban las piernas, cómo iba desapareciendo la tensión que le llevaba atenazando desde que hirieron a Aullido Blanco, desde que los hicieron prisioneros. Todo era bastante confuso, incluso surrealista, pero a la vez tranquilizador. Daba igual que fuesen prisioneros mientras pudieran curar al lobo.

—¿Por qué? —escuchó la voz de Iyúnel tras él. La princesa estaba tan sorprendida y asombrada como todos.

El fauno la miró con aquellos extraños ojos avellanados, recipientes de una sabiduría fruto de sus largos años de vida. Los miró a todos, extrañado, casi se podría decir que ofendido ante semejante pregunta.

—Creo que os equivocáis con nosotros —dijo Púnikig—. No deseamos la muerte de esta noble bestia, ni siquiera la vuestra. Os llevamos esperando desde hace muchos años, más de los que imagináis. Algunos ni siquiera habíais nacido cuando ya aguardábamos vuestra llegada. Es vuestro destino, y no podréis escapar de él.

Su aguda risa recorrió todo el claro antes de que Täuniel les invitase a entrar en la destartalada casa—árbol para que comiesen algo y descansasen. Una vez dentro, Velthen se asomó por una de las ventanas y vio cómo un centauro cogía a Aullido Blanco y se perdía con Púnikig tras la espesura, seguido de los dos huargos. Lejos de desconfiar, el joven se sentía calmado y tranquilo, sumido en una paz difícil de explicar y convencido de que su querido lobo iba a ponerse bien. Pronto muchas de las preguntas que se había hecho iban a encontrar respuesta.

LOS MUERTOS MARCHAN A LA GUERRA

El fuego siempre ha sido elemento purificador. Las llamas consumen hasta no dejar rastro de la ponzoña, el mal y la corrupción que habita en la tierra y en los hombres. Los elfos, incluso, veneraban las llamas de su sagrado fénix y bien era sabido que era una de las pocas formas de acabar con los espectros, los malditos y los no muertos. Solo había una cosa con la que no podía acabar el fuego: con un dragón.

Aquellas majestuosas bestias eran esencia de llama y ningún fuego, salvo el de otro dragón, podía hacer mella en ellos. Intentar acabar con un dragón utilizando ese elemento era del todo absurdo, pues su misma sangre era tan incandescente y abrasadora como la lava de un volcán. Pero quizá los largos siglos durante los cuales los dragones permanecieron aletargados, hicieron que todos estos conocimientos cayeran en el olvido. ¿Para qué preocuparse en cómo matar a un dragón si el peligro lo conformaban orcos, krulls, trolls, ogros y hombres? Todo cuanto se necesitaba era una espada y un hombre valiente que la empuñase. Pero el mundo había cambiado y ahora lo inverosímil era real.

Cuando Lánzolt se enfrentó a Rhikkelion, allá en las montañas limítrofes de Olath, había bebido su ardiente sangre. No supo definir qué le había llevado a morder a la bestia, pero lo hizo y, lejos de acabar con él, el fluido penetró en sus venas, creando un vínculo con el dragón y transmitiéndole algunas de las propiedades de este. Entre ellas estaba la inmunidad al fuego. Una baza con la que él mismo no contaba cuando Kérdram decidió acabar de una vez por todas con él arrojándole la antorcha para reducirle a cenizas. Más le hubiera valido terminar aquello cortándole la cabeza.

Lánzolt sintió el dolor que le provocaban las llamas en su piel, acentuado por la estocada recibida en el pecho, atravesándole su muerto corazón, pero no sintió desvanecer su vida, sino lo contrario. El fuego parecía otorgarle poder y fuerza suficiente como

para levantarse y lanzarse contra Kérdram, y comprobar si él también era inmune a las llamas. Sintió cómo los poderes oscuros que les rodeaban se desbocaban. El estado corpóreo del Maestro de las Sombras se consumía mientras que su espíritu quedaba liberado, y Lánzolt, con aquella herida mortal se debatía entre este mundo y el otro. Entonces fue cuando sucedió. Ambos se fundieron en uno por medio de la magia oscura que habían desatado, renaciendo de los abismos de muerte el Rey Exánime.

Nadie podría decir cuánto quedaba de Lánzolt en aquel ser y cuánto de Kérdram, pues ahora eran un todo. Indudablemente, lo que estaba claro era que aquel espectro, aquel ser de aspecto similar al que un día fue Lánzolt, poseía una fuerza y un poder que la Tierra Antigua jamás había visto. ¿Quién sería capaz de hacerle frente? Al menos, eso se preguntaba Kéller. El viejo nigromante era consciente del poder que había desatado, pues suya fue la idea de partir hacia Olath en busca de conocimiento y lo que encontró fue algo bien distinto.

Aún recordaba aquella sensación de duda que le acompañó durante todo su viaje, desoyendo los consejos que Sálthar, el decano de su orden, le había dado, recomendándole abandonar aquella idea. Algo en su interior le empujaba a marchar hacia Olath, tierra maldita a la que todo el mundo miraba con mezcla de recelo y temor. Cuánto había de leyenda y cuánto de verdad en las historias que se contaban sobre este pueblo, antaño poderoso, no se sabía, y por esa misma razón Kéller se decidió a ir. El conocimiento es poder, fue el argumento para defender su empresa ante las continuas negativas de Sálthar, quien le advirtió una y mil veces que ese camino solo le conduciría hacia un lugar del que jamás regresaría. Cuán acertadas fueron las palabras del sabio mago.

Sus pasos le llevaron hasta la torre de Faern E'llas, donde fue atacado por horrendas visiones que torturaron su mente hasta rozar la locura. En ellas, miles de millares de muertos arremetían contra él, le conminaban a despertarlos del sueño perpetuo, a que invocase a los espíritus errantes para que sirvieran a una causa. Todos aquellos ojos vacuos, sin vida, estaban puestos sobre él. Intentaban arañarle con sus manos muertas, arrastrarle hacia donde ellos estaban. Pronto Kéller no sabía a qué temer más: si a la soledad y el silencio que le proporcionaba aquella torre sombría, o a las visiones

y pesadillas que le atormentaban. Muerte, una palabra que empezó a temer y que le hizo plantearse, por primera vez, tratar de profundizar en el conocimiento de la nigromancia. Por eso abandonó Faer E'llas, exponiéndose a los peligros que moraban en Olath, confirmando, para su propia desdicha, que las leyendas sobre esa tierra se quedan cortas.

Antes de dar, casi por casualidad, con la fortaleza de Dyr Ultrin, Kéller tuvo que hacer frente a bandadas de enormes murciélagos sedientos de sangre, licántropos que le rastreaban dispuestos a saciarse con su vieja y reseca carne, y a los vientos de magia que arrastraban los más viles hechizos que antaño algún gran brujo convocó. Y así vagó por Olath hasta que se encontró con los muros de aquel tétrico baluarte donde le aguardaba su verdadero destino.

Recorrió todas y cada una de las habitaciones, buscando algo de valor, algo que realmente valiera la pena para justificar aquella absurda misión que nadie vería con buenos ojos. Fue entonces cuando encontró los libros. Unos hablaban sobre la nigromancia, sobre sus invocaciones para controlar a los espíritus y levantar a los muertos de sus tumbas. Otros contaban la historia del señor de Olath, el rey Kérdram. Y ahora, después de tanto tiempo, comenzaba a ver que todas aquellas felices casualidades respondían a los deseos de un espíritu que necesitaba controlar a alguien para regresar al mundo de los vivos. No podía ser de otra forma. ¿Por qué si no se hubiera interesado él en aquellos rituales que repetía día tras día, dejándolo al borde de sus fuerzas, hasta que los pútridos cuerpos que se corrompían bajo tierra volvían a levantarse? ¿Era su obsesión por alcanzar la inmortalidad que persiguió el rey de Olath o acaso respondía a los deseos de una conciencia superior que lo manejaba? La respuesta comenzaba a estar clara.

Cuando se quiso dar cuenta, se hallaba rodeado de cadáveres caminantes y con la única obsesión de invocar al espíritu de Kérdram para que este le revelara sus secretos para burlar a la muerte. Y lo hizo, pero no se convirtió en maestro sino en esclavo, en su más devoto siervo que satisfacía todas las voluntades de su amo: un ejército de no muertos, la invocación de sus otros espíritus, la búsqueda de un paladín como lo fue Lánzolt… Kéller había perdido el control y aquello le ponía nervioso, por esa razón pactó

con los bárbaros norteños, quienes alzaban de nuevo sus estandartes contra los reinos libres de la Tierra Antigua, al servicio de un caudillo llamado Sártaron del que se decía haber llegado a pactos con los mismísimos elfos oscuros. El nigromante llegó a ese acuerdo a espaldas de Kérdram, por si uno u otro plan se venían abajo. Era importante saber a qué bando acercarse cuando la resolución de todas las cosas llegase. Pero ahora todo aquello pertenecía al pasado. Ahora todo carecía de sentido y había que empezar desde cero.

—De modo que ese gran ejército del que hablas pronto invadirá Cáladai —la voz del Rey Exánime era tan gélida y afilada como la hoja de una espada—. Y mientras ellos conquistan esa tierra, aquí en Páravon los krulls y las huestes de no muertos que has levantado darán buena cuenta de los caballeros de Dúnel, impidiendo cualquier alianza posible entre los hombres.

Kéller asintió, así avergonzado de tener que haber revelado su plan a aquel ser demasiado poderoso como para ocultarle algo y salir bien parado. Permanecía apoyado en su vara, en el gran salón del castillo de Búrdelon, frente a la siniestra figura que reposaba en un gran asiento de madera oscura.

—Así es, maestro. Ambos frentes dividirán a los hombres y su caída será más rápida.

—Te olvidas de los enanos y los elfos de Asuryon.

—Los enanos, maestro, nunca salen de sus montañas, y, aunque lo hicieran, se encontrarían un paraje tan desolador que dudo que quisieran arriesgar sus vidas para socorrer a quienes los ignoran durante años. En cuanto a los elfos, las últimas noticias que me llegaron es que sus islas estaban bajo asedio de los varelden. Seguramente, hayan caído y los que aún resistan caerán ante la furia del rey Mathrenduil.

El Rey Exánime se levantó del asiento y se irguió. Su imponente figura proyectó una siniestra sombra bajo la débil luz de las antorchas.

—La confianza es el primero de los pasos hacia la derrota —dijo con aquella voz que helaba la sangre—. Los enanos están demasiado lejos como para preocuparnos, pero los elfos podrían dar la vuelta a la contienda, contra todo pronóstico, y arribar a las costas de Páravon. Si eso llegase a ocurrir, los hombres contarían con un

aliado poderoso. Demasiado poderoso.

—Sí, maestro.

—Debemos ser rápidos si queremos impedir que eso suceda. Debemos sobre nuestros enemigos de manera inminente, como el mandoble sobre el cuello del condenado. Todos los caballeros de Páravon que mueran, todos los krulls que caigan, podrán ser revividos de nuevo y que pasen a engrosar nuestras filas. Si los elfos llegasen a superar su asedio y decidieran venir, que se encuentren con un ejército donde la muerte comanda las tropas.

—¿Marcharemos pues sobre las tropas de Dúnel?

—No, dejaremos que los krulls diezmen sus fuerzas. Solo cuando la última de esas bestias haya caído, nos lanzaremos contra ellos. Levantarás a los krulls muertos, levantarás a los caballeros muertos, y con ellos los rodearemos para aplastarlos.

—Y, de ese modo, no nos arriesgaremos a sufrir demasiadas bajas.

—Los krulls son peones en este juego. Dejemos que hagan su cometido vivos para que luego lo retomen muertos.

—Será como decís, maestro.

—En cuanto a los bárbaros y los elfos oscuros —añadió, con un brillo maligno en sus refulgentes ojos—, dejemos que crean en ese pacto que alcanzaron contigo. Que piensen que no hay detrás de todo esto nada más que tu ambición. Después de la guerra quedarán cadáveres que se alzarán de nuevo para servirnos. Entonces, ni sus guerreros ni la magia podrán salvarlos de nuestro poder.

—Nadie se interpondrá ante nosotros, maestro.

—Deberías estar muerto, Kéller —le señaló con un dedo y esto hizo que el nigromante se estremeciera de terror, como una hoja marchita en otoño—. Has conspirado a mis espaldas, me has mentido. Pero sabes que te necesito. No obstante, si vuelves a ocultarme algo, cortarte la cabeza y perder todo el ejército que me has despertado será un precio que estaré dispuesto a pagar. Seguro que encontraré otro medio de lograr mis propósitos. Al fin y al cabo, todo tiene remedio… menos la muerte. Y ahora, retírate a tus aposentos y no salgas de ellos hasta que yo te requiera. Antes, Rhikkelion y yo tenemos que visitar a un antiguo amigo.

EL REY TROLL

Dálfvar no apareció. En el fondo de su corazón, Glósur esperaba que la silueta del viejo mago apareciese en el camino, con su paso vivo y apoyado en su vara. Tenía la esperanza que hubiera conseguido escapar de las garras de los hobotrasgos después del derrumbamiento, quizás utilizando su magia. Pero no fue así, y tampoco quisieron esperarlo. Las montañas ya no eran seguras, caía la noche y por encima de sus cabezas las cumbres podrían estar infestadas de enemigos. No podían detenerse ni aminorar el paso. Su única opción era avanzar.

Pero, ¿avanzar hacia dónde? Glósur se repetía constantemente esa pregunta mientras Sorian trataba de centrar su mente y elegir qué hacer en ese momento tan delicado. Estaba claro que, tras el desplome de las rocas, Rurin y su grupo no podrían continuar ni seguir sus pasos. Además tampoco había garantías de que cayesen en una emboscada, tal y como les había sucedido a ellos. No habían podido dejar ninguna marca que les advirtiese de los peligros, y volver atrás era de todo impensable, ya que el paso estaba cortado. Y luego estaba Násur. ¿Qué habría sido de él y de su grupo? ¿Estarían muertos? ¿Los habrían capturado los hobotrasgos? ¿Merecía la pena buscarlos o lo mejor era seguir avanzando? Y entonces volvía la pregunta inicial: ¿avanzar hacia dónde?

—Deberíamos hacernos estas preguntas a cubierto, mi señor —le dijo Glósur a Sorian—. Queda claro que estos lares no son seguros.

—¿Te adentrarías en una cueva con la duda de que esté habitada por estas alimañas? —el rey parecía dudar. Era normal, todos desconfiaban y todos tenían miedo.

—Prefiero morir intentando ocultarme que desafiar a la muerte al raso. Puede que tengamos alguna oportunidad si conseguimos pasar desapercibidos de noche.

Sorian aceptó con cierta reticencia. Buscar una cueva y meterse en ella, después de ver cómo la montaña vomitaba hobotrasgos, no era un plan nada atractivo, pero menos aún era quedarse al descubierto. No tardaron en encontrar una cavidad en la roca, su entrada era poco más que una grieta, por donde a duras penas

entraban los enanos, pero su interior era amplio y profundo. Cabían todos de sobra allí.

Tras un reconocimiento intensivo por los alrededores de aquella gruta, Sorian decidió que hiciesen un pequeño fuego, lo justo como para tener unas brasas con las que calentarse y tratar de combatir la intensa humedad de aquel lugar. Las guardias se reforzaron hasta cinco por turno y se asignó una pequeña partida de voluntarios para explorar las galerías de aquella cueva. Cualquier precaución era poca.

A diferencia de la última noche que pasaron con Dálfvar, no hubo canciones, jocosidad, chanzas ni risotadas. Ni siquiera la cena se le parecía: en esa ocasión tomaron un poco de carne en salazón y agua, todo muy frugal. Los enanos estaban con el estómago encogido y con el ánimo agotado como para bromear o charlar. Muchos tan solo querían tumbarse en la piedra, dormir y olvidar parte de aquellos horribles sucesos.

Glósur no hizo siquiera el esfuerzo por intentar conciliar el sueño. Los pensamientos se le agolpaban a la vez en su cabeza y ninguno era halagüeño. Se limitó a sentarse al lado del rey Sorian, el cual tampoco parecía tener la intención de dormir un poco, y dejarse ahogar por el silencio que gobernaba la caverna. Un silencio que, lejos de tranquilizar, hacía que estuviera más alerta, pese a la fuerte guardia que cuidaba de que nada pasara.

Sorian tampoco parecía estar sereno. Permanecía callado, con la mirada fija puesta sobre las brasas que habían encendido, como si estas le fuesen a dar alguna respuesta, alguna pista sobre qué debían hacer ahora. Glósur sabía que el rey de los Yunqueternos estaba muy preocupado, pues no era normal en él pasar tanto rato en silencio, sin dirigirse a nadie para mantener una animada conversación. Ni siquiera lo había visto tan afligido cuando el rey Bain de los Rocasangre agonizaba mientras ellos marchaban a Karak Dür. Oscuros pensamientos se cernían sobre él, los mismos que germinaban en las cabezas de todos los enanos allí presentes: estaban atrapados e iban a morir allí.

El sonido de unos pasos acelerados retumbando en aquella cavidad montañosa les hizo, por un instante, olvidarse de aquellas cosas. Ambos se giraron, al tiempo que un cuchicheo rompía el silencio. No tardaron en aparecer tres enanos, cuyas caras estaban

congestionadas tras las barbas.

—Mi señor —dijo uno de ellos sin pedir permiso para hablar—. Las galerías… Encontrados… Los hemos encontrado…

—Calma. Toma aliento y decidme qué sucede.

Los enanos se tomaron unos segundos para recuperar el aliento, mientras Glósur y Sorian esperaban con impaciencia las novedades que traían.

—Mi señor —repitió más calmado—, deberías venir. Hemos inspeccionado las galerías de la caverna tal y como sugeriste.

—¿Y bien? —Sorian se impacientaba.

—Encontramos un rastro similar al de una partida de hobotrasgos y orcos. Decidimos seguirlo y este nos llevó a una especie de asentamiento unos niveles un poco más debajo de donde estamos ahora mismo.

Sorian se envaró y gruñó con fuerza.

—Así que hemos estado marchando por encima suya durante todo este tiempo. Con razón sabían cuándo atacarnos.

—Pero, mi señor, lo realmente importante no es eso.

—Continua hablando —intervino Glósur—. ¡Vamos!

—Estuvimos un rato observando cómo iban y venían, y entonces los vimos…

—¿Visteis? ¿A quién? —Inquirió con impaciencia Sorian—. ¿A quién visteis? ¡Habla de una vez!

El enano intercambió una mirada con sus compañeros. Los tres parecían estar conmocionados.

—Al joven rey Násur y su grupo de Rocasangres.

Un escalofrío recorrió a Glósur de las rodillas hasta la nuca. Sintió como se le erizaba todo el vello de cuerpo. ¡Násur! ¡Lo habían encontrado! Por un momento, le invadió el júbilo, pero después un temor comenzó a embargarle.

—¿Está…? —casi no se atrevía a decirlo—. ¿Está muerto?

Cuando vio a su camarada sacudir la no pudo reprimir un sonoro suspiro de alivio.

—¿Dónde está? —se apresuró a preguntar Sorian.

El portador de la noticia volvió a mirar a sus compañeros. Algo iba mal, Glósur lo adivinó en sus ojos.

—Está cautivo, mi señor —las palabras cayeron como una losa sobre ellos—. Él y casi toda su compañía. Los mantienen

encerrados en los niveles inferiores.

—¿Ha sido obra de los hobotrasgos? —volvió a preguntar el rey de los Yunqueternos. El portador de las noticias y sus compañeros se removieron incómodos—. ¡Por las barbas de mis ancestros, habla ya!

—Sería mejor que lo vierais. Pero todo el grupo, mi señor.

No hizo falta que Sorian diera la orden, ya que Glósur había comenzado a despertar y alertar a los enanos un segundo después de que les dieran aquella nueva. Las cosas se habían torcido, de aquello estaba seguro, pero seguramente no sabían cuánto.

La compañía no tardó en estar preparada para seguir a los exploradores, los cuales los guiaron a través de galerías que se adentraban cada vez más en las profundidades de las montañas. Los enanos que marchaban delante aconsejaron llevar antorchas para poder ver mejor, diciendo que no llamarían la atención hasta pasado un buen trecho. Y así fue. Cuando decidieron apagar las teas, ya se veía en fulgor rojizo delante de ellos de cientos de fuegos que debían iluminar una cavidad más amplia. También escuchan de fondo un alboroto inquietante, multitud de grotescas voces, chirriantes y guturales, que parecían provenir de la mismo lugar donde refulgían las antorchas.

Glósur y Sorian ordenaron marchar con cautela, si aquello era un asentamiento de orcos, trasgos o lo que fuese no debían llamar la atención, o de lo contrario tanto sus compañeros cautivos como ellos podrían darse por muertos. La galería desembocaba en una amplia abertura en la roca, del tamaño de la puerta de una casa, tan alta como ancha. El enano que les había alertado les hizo un gesto con la mano para que se asomaran.

Cuando Glósur sacó la cabeza con mucho cuidado, no pudo creer lo que sus ojos veían: cientos de hobotrasgos y trasgos pululaban por aquel lugar, que se asemejaba en aspecto a las excavaciones de yacimientos enanos, con desvencijadas y destartaladas pasarelas de madera, escaleras que subían y bajaban más allá de donde la vista alcanzaba. La algarabía era tal que hasta retumbaba en el pecho del veterano enano Barbablanca.

—¡Un asentamiento trasgo! —Exclamó Sorian, controlando el entusiasmo de su voz para no ser descubiertos—. Hemos estado caminando todo este tiempo sobre una maldita ciudad de

engendros.

Glósur escrutó rápidamente aquel lugar, y no tardó en localizar a Násur y al resto de los prisioneros, férreamente custodiados. Los mantenían en jaulas de madera y metal, toscamente construidas. El número de la compañía se había reducido drásticamente. Obviamente, el resto estarían muertos.

—Va a ser muy complicado liberar al rey Násur y a sus hombres —admitió con cierta resignación Glósur—. Posiblemente nos doblen en número.

—No podemos dejarlos aquí —dijo Sorian.

De pronto, un terrorífico gruñido hizo retumbar las paredes de piedra de la montaña. Un rugido que heló la sangre de los enanos. Un rugido capaz de acallar la cacofonía de voces de los trasgos y hobotrasgos. Glósur y Sorian se intercambiaron una mirada que dejaba claro que aquello no les gustaba nada. Casi sin atreverse, volvieron a asomarse, intentando encontrar a quien había emitido aquel sonido tan terrorífico.

Y allí estaba, abriéndose paso entre aquella marabunta de infectas criaturas. Era un troll, de eso no cabía duda, pero era tan portentosamente grande que hasta un troll común resultaría pequeño a su lado. Tenía unas fauces enormes, con largos colmillos como dagas y dientes afilados que sobresalían grotescamente de sus mandíbulas. Sus brazos eran gruesos como dos troncos de árbol, y sus poderosas manos arrastraban una maza del tamaño de un orco bruno bien fornido. Sobre sus hombros, y a modo de capa, llevaba un raído estandarte enano cuya enseña pertenecía al desaparecido clan de los Fazdehierro.

—Así que la leyenda era cierta —farfulló Glósur, que no salía de su asombro—. El Rey Troll existe. Brúrthrog es real.

Hasta los enanos que solo podían presumir de un pequeño bozo en la cara, habían oído la historia de quien era conocido como la Tristeza de Barud Düm. A los jóvenes imberbes se les asustaba con aquella historia, a la que muchos consideraban un cuento de viejas matronas enanas, que contaba cómo en las profundidades de la montaña, allá donde ningún minero enano se aventuraba a profundizar más con su pico, moraba un ser cuya maldad tan solo era comparable con su tamaño. Una criatura tan cruel y poderosa que fue capaz de someter a todos los trasgos, orcos y hobotrasgos

que asentaban en las proximidades de sus dominios. Esa criatura era Brúrthrog, el Rey Troll. Quien asoló el pueblo de los Fazdehierro y acabó con la vida de su archienemigo, el rey de clan Thrógir, y de todo su clan. Ahora, aquella bestia ávida de sangre de la que hablaban las leyendas, estaba allí, delante de sus ojos.

—¡Que me aspen y me arranquen la barba de cuajo! —Exclamó Sorian retirándose de la abertura—. ¿Cómo podremos liberarlos? Esa bestia fue la causante de la aniquilación de todo un clan.

Glósur no podía apartar la vista de aquella grotesca mole de músculos. Apartaba a los hobotrasgos como el que espantaba moscas, y estos parecían corderitos asustados frente a la figura del Rey Troll. En combate debía ser un adversario terrible y muy difícil de vencer.

—Necesitaremos una distracción —reflexionó Glósur, mientras sus ojos buscaban con ansiedad algo con lo que provocarla—. No podemos enfrentarnos abiertamente a ellos.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Sorian.

Glósur fue a responder, pero los súbitos gritos y gruñidos de aquella congregación de enemigos le hizo guardar silencio. Aquellas bestias coreaban el nombre de su líder mientras este parecía pavonearse, levantando la descomunal maza con ambas manos por encima de su cabeza. Todos parecían haber entrado en un estado de excitación que no hacían presagiar nada bueno.

—¡Traed ante mí a aquel que me ha desafiado! —tronó la gutural y rasposa voz Brúrthrog, al tiempo que dejaba caer la cabeza de piedra de la maza al suelo, haciendo que temblaran las paredes de piedra de la montaña.

Los hobotrasgos se acercaron a las jaulas donde permanecían los enanos cautivos, entre vítores y exabruptos, y sacaron a rastras a Násur. El joven rey enano forcejeaba e insultaba a sus custodios, hasta que fue arrojado a los pies del enorme ogro, el cual le dirigió una mirada llena de desprecio, como el que mira a un insecto antes de aplastarlo.

—Así que eres tú quien me reta a un combate singular —dijo Brúrthrog, escupiendo cada palabra—. El gran Násur, hijo del rey Bain. ¿Sabes que tu padre me arrebató una buena porción de mis territorios? Acabó con la vida de muchos de mis súbditos. Claro que nosotros también nos llevamos algunas barbas de recuerdo.

Násur no cayó en la provocación, ni siquiera cuando los congregados estallaron en risas. Firme e inmóvil, le mantenía la mirada al Rey Troll.

—¿Qué demandarás si vences? —volvió a burlarse.

—Libertad para mí y mis camaradas —contestó con determinación Násur—. Tus esbirros deberán prometer no atacar si caes. Nos dejarán marchar sin más.

Las monstruosas risas volvieron a inundar el lugar.

—Dadle un hacha a este héroe.

A los pies de Násur arrojaron un arma toscamente trabajada. El rey de los Rocasangre la tomó en sus manos y comprobó el filo. Por el gesto de su cara, Glósur intuyó que debía estar mellada.

—No tiene ninguna posibilidad —dijo Glósur, mientras seguía buscando con qué iniciar esa distracción.

—¡Estúpido Rocasangre! —soltó Sorian, casi hablando consigo mismo—. Fuego en las venas, serrín en la mollera.

—Tengamos fe. Quizás, si consigue resistir lo suficiente, nos conceda el tiempo que necesitamos para intervenir.

El veterano enano volvió a fijarse en Násur, cuyo rostro reflejaba la tensión del momento. Estaba magullado y sucio, con restos de sangre seca en la cabeza. Brúrthrog atacó primero. Elevó su maza por encima de su cabeza y descargó un fuerte golpe, el cual pudo esquivar el joven enano por los pelos. Násur se lanzó al suelo y rodó justo un instante antes de que la maza lo hiciera papilla. El impacto fue tan duro que hizo un pequeño cráter donde impactó.

El rey de los Rocasangre comenzó a rodear al gigantesco troll, en un vano intento de marear a su rival, pero Brúrthrog no era una criatura estúpida como el resto de los de su especie. Esperó a que Násur dejase de dar vueltas en torno a él para hacer un barrido con su maza. Aquello pilló desprevenido al enano, quien evitó el golpe de lleno pero no del todo. Con un aullido de dolor, Násur recibió el impacto de refilón en un costado, el cual le hizo girar como una peonza hasta que cayó al suelo de nuevo. Desorientado, el enano trató de fijar la vista en su rival. El Rey Troll ya se abalanzaba sobre él. Násur esta vez no retrocedió, esquivó un nuevo ataque y se lanzó de un saltó sobre Brúrthrog. El hacha hizo dibujó una media luna hasta encontrar el brazo de la bestia, quien no pareció inmutarse cuando el filo del arma cortó la carne. En realidad no era más que

un rasguño sin importancia para un ser como el Rey Troll, cosido con profundas cicatrices que demostraban que había sufrido heridas peores. Quedaba claro que no existía posibilidad de victoria para Násur.

—Debemos intervenir ya —apremió Sorian—. De algún modo, pero hemos de hacer algo.

Glósur pensaba a toda velocidad, recorría con la mirada todo aquel extraño lugar intentando encontrar una solución. Pero no conseguía nada, salvo ponerse más nervioso. Sentía como si la ansiedad le agarrase de los pies y tirase de él. Como si el suelo…

¡El suelo! ¿Cómo no lo había pensado antes!

—¿Tenemos algo de óleo? —preguntó, atropellándose con sus propias palabras.

La pregunta pilló por sorpresa a Sorian, el cual frunció el ceño sin saber qué responder.

—¡Óleo, mi señor! —Insistió Glósur—.La estructura es mayoritariamente de madera. Podemos prenderle fuego.

—¡Tú! —Sorian se dirigió al enano que les había guiado hasta allí—. Corre a preguntar si tenemos algo de óleo. ¡Y que enciendan una antorcha!

No tuvieron que esperar mucho para ver aparecer las titilantes llamas anaranjadas de una tea que se acercaba a ellos. Glósur se abalanzó sobre el enano que la portaba y casi se la arranca de las manos, ansioso por poner en marcha su plan. Cada segundo que perdían acercaba un poco más a Násur a la muerte.

—¿Habéis traído óleo? —preguntó rápidamente.

—Solo este odre —y le tendió un pellejo que podría contener algo más de una pinta en su interior. Glósur frunció el ceño.

—No será suficiente.

—Hemos de tomar una decisión ya —apremió Sorian—. Násur no podrá resistir mucho más tiempo.

Glósur se asomó más, casi saliendo de la galería que los había conducido hasta allí, dejando atrás el amparo de las sombras. Los enemigos ni siquiera se giraron, estaban sumidos en aquel frenesí de violencia, enfervorecidos por ver a su gran líder intentar aplastar al joven enano, que había resultado ser más guerrero de lo que pensaban.

El veterano Barbablanca localizó una estructura de madera,

similar a un andamio, que ascendía por encima de la cabeza de los trasgos. Estaba carcomida y no parecía mostrar estabilidad, pero a Glósur le servía para lo que se le acababa de ocurrir. No se lo pensó dos veces, agarró el odre con el óleo con la boca y la antorcha con una mano, y comenzó a escalar. La madera crujía y amenazaba con venirse abajo, pero eso no lo iba a detener. Prefería morir ahí mismo junto con el joven rey de los Rocasangres que permanecer de brazos cruzados compadeciendo la suerte de Násur.

El sudor le caía a chorros por la frente, se le filtraba entre las espesas cejas y le entraba en los ojos, escociéndole y nublándole la visión. Aun así, no vacilaba y continuaba ascendiendo. Una vez llegó arriba del todo, comenzó a reptar por la bamboleante pasarela, la cual no dejaba de quejarse del peso del enano, advirtiendo que no dudaría en desplomarse en cualquier momento. Glósur paró un segundo y se secó el sudor antes de echar un rápido vistazo y evaluar la situación: se encontraba justo encima del Rey Troll y de Násur, que continuaban su particular danza mortal, rodeados de aquella impía multitud que pedían sangre a gritos. No iba a tener una segunda oportunidad, Glósur supo que en cuanto hiciera lo que iba a hacer sería descubierto. No podía fallar ahora.

La mano que tenía libre buscó con avidez la daga que le colgaba del cinto, depositó el odre en la madera y, con mucho cuidado, rajó el pellejo procurando que no se derramase el fluido inflamable. Su mente le repetía una y otra vez que solo tendría una oportunidad, añadiéndole más presión. Echó un vistazo abajo. Násur empezaba a acusar el cansancio mientras que Brúrthrog, por el contrario, no daba muestras de agotamiento. Tenía que hacerlo, no podía demorarse más. Volcó de golpe en fluido, una gruesa hebra translúcida que murió en el piso de madera y sobre los poderosos hombros del Rey Troll, el cual, al notar el óleo, levantó la cabeza rápidamente buscando el origen de aquella interrupción. Durante una fracción de segundo, los ojos de aquel enorme ser y los de Glósur se encontraron. Acto seguido, el enano dejó caer la antorcha.

Las llamas se levantaron mucho más rápido de lo que corrían los trasgos, quienes aullaban de pavor al ver el fuego danzar alrededor de ellos. Pero el sonido más sobrecogedor fue alarido que brotó de la garganta de Brúrthrog cuando se percató que su espalda y sus hombros también ardían. La bestia soltó la maza y se lanzó sin

pensárselo dos veces al suelo, rodando sobre sí mismo intentando apagar el fuego que abrasaba su pétrea carne. Násur saltó a un lado, alejándose de aquella escena y corrió hacia las jaulas donde estaban sus camaradas, los cuales gritaban pidiendo que los sacasen de allí.

Glósur comenzó a volver sobre sus pasos. Sabía que el Rey Troll lo había descubierto y que ordenaría darle caza en cuanto se recuperase. Tenía que volver con Sorian y los suyos para intentar ayudar a Násur y a los suyos. La distracción ya había sido creada. Las infames criaturas corrían de un lado a otro, se empujaban y algunas hasta se precipitaban al vacío mientras las llamas abrazaban la madera haciendo que se quejara. Pronto el suelo cedería y parte de aquella estructura se vendría abajo. Pero aquel no era el mayor de los problemas: la marabunta de trasgos y hobotrasgos se lanzaban a la carrera justo hacia el túnel donde Sorian y sus enanos aguardaban escondidos.

Intentó apresurarse para bajar de allí arriba, no sabía muy bien para qué. Aquello estaba plagado de enemigos y de un fuego que comenzaba a ganar terreno a cada segundo que pasaba. Se escuchó un fuerte crujido cerca de las jaulas de la compañía de Násur justo antes de que parte del suelo se derrumbara, dejándolos fuera del alcance de los trasgos. Se habían quedado aislados, sí, pero al menos nadie podría hacerlos daño. Lo siguiente que escuchó fue la retumbante voz de Sorian, llamando a los enanos a batalla. Glósur sabía que no iba a esperar a que los descubrieran ahí agazapados, y quizá el factor sorpresa ayudado por la confusión causada por el incendio podría equilibrar un poco la balanza.

El hierro chocó contra el hierro, el clamor de los enanos se mezcló con bramidos enemigos y la sangre comenzó a correr como un río entre un bosque de llamas. Glósur ya estaba descendiendo cuando miró: aunque sus camaradas luchaban con arrojo y segaban la vida de muchos enemigos, estos seguían siendo demasiados. Intentó coger su hacha de una mano para estar presto y entrar en batalla, pero una fuerte sacudida hizo que el arma se le escurriese y cayera. Sin tiempo para reaccionar, el enano volvió a ser zarandeado, tuvo que sujetarse con fuerza para no precipitarse al suelo.

Con el corazón amenazando con salirse de su pecho a golpes, buscó con la mirada la causa de aquellas sacudidas. No podía ser el

fuego, aunque este ya trepase por los delgados pilares que mantenían en pie la estructura. Y entonces localizó al Rey Troll, fuera de sí, empuñando su enorme maza con ambas manos y golpeando con fuerza la madera. Estaba intentando tirar abajo el armazón con él encima. Glósur valoró saltar directamente, ya que no tardaría en venirse abajo, pero aún estaba muy alto. La caída le rompería ambas piernas en el mejor de los casos. Mientras, Sorian y los suyos seguían peleando con garra y con honor.

Cuando el Rey Troll consiguió quebrar uno de los pilares, y la estructura cedió amenazando con desplomarse de forma inminente, sucedió algo cuya explicación carecía de lógica. Las llamas que estaban consumiendo el asentamiento de los trasgos, comenzaron a moverse de forma sinuosa, a elevarse en trenzas y espirales, adoptando formas antinaturales para el fuego. Para sorpresa de todos, estas comenzaron a elevarse, como si flotaran, arremolinándose, girando y ganando velocidad, como un tornado abrasador. Entonces, cuando ya todo el mundo solo tenía ojos para aquel extraño fenómeno, el fuego se arrojó como si de un meteorito se tratase contra los trasgos.

Hubo un estallido, varios trasgos y hobotrasgos salieron disparados por los aires, ardiendo, gritando de dolor. Por suerte, los enanos de Sorian salieron indemnes, el fuego no les alcanzó a ellos y comenzaron a replegarse para evitar que los enemigos en llamas se lanzaran contra ellos, cuando de repente se escuchó un cuerno, y luego otro, y otro… Un sonido que a Glósur le era muy familiar. De otro de los túneles que nacían de aquella estancia, apareció un contingente de enanos. ¡Era el grupo de Rurin! El rey de los Barbablancas lideraba la carga acompañado ni más ni menos que por Dálfvar. ¡El mago estaba vivo! Él debía ser el artífice del asombroso fenómeno del fuego.

Hubo unos segundos donde el tiempo parecía haberse congelado. Todo sucedía como a un ritmo ralentizado para Glósur. Entonces escuchó el rugir de la voz de Rurin llamando a batalla a todos los enanos allí presentes, los cuales respondieron con vítores y con el pesado sonido de sus botas contra el suelo al cargar. Y así lo hicieron. Los trasgos, horrorizados todavía por la magia de Dálfvar, ya no se mostraban tan beligerantes y se batían en retirada. Pero aquello no detenía a la marea enana, que blandían sus hachas, sus

espadas y sus martillos contra los enemigos más rezagados. El propio Rurin tenía toda una montaña de cuerpos inertes a sus pies, igual que el mago, quien se movía con una soltura y una agilidad impropia de su edad.

Glósur temblaba encaramado en aquella estructura bamboleante que amenazaba con venirse abajo, mas no sabría decir si su pulso acelerado lo causaba estar en esa situación o por el ansia de entrar en batalla junto con sus camaradas. El Rey Troll, cuya atención ya no se centraba en Glósur, bramó de odio y cargó contra los enanos que intentaban en vano someterle. El veterano Barbablanca apretó los dientes, maldijo y se apresuró para bajar de allí.

No le quedarían más de cuatro metros por descender cuando la madera crujió, un lamento que anunciaba el desplome de la estructura. Se vino abajo con un sonido sordo, levantando polvo y cayendo sobre la bestia Brúrthrog. Glósur rodó por el suelo, entre cascotes, una densa polvareda y madera en llamas. Tosió fuertemente, casi no podía respirar, le llevó un momento poder tomar aliento. La cabeza le daba vueltas mientras busca a cuatro patas un arma con qué combatir. Y entonces, emergió de entre los escombros. El Rey Troll tenía los ojos inyectados en sangre y fijos en él. Tomó su maza y avanzó sin vacilar hacia Glósur, dispuesto a aplastar al causante de aquel caos. El enano aún estaba desorientado y desarmado. Ya se daba por muerto.

Brúrthrog alzó la maza con un gruñido cuando estuvo al lado de Glósur, pero no pudo descargar su golpe ya que Rurin apareció por su espalda, como surgido de la nada, y con su enorme espada descargó un tajo justo detrás de la rodilla de la bestia. El Rey Troll aulló de dolor y dejó caer su enorme maza. Cedió tiempo suficiente como para que el rey de los Barbablancas se interpusiera entre Glósur y él, desafiante, con la espada en una mano y el escudo en el otro brazo.

Aquello no iba a detener al Rey Troll, el cual lanzó una mirada envenenada a Rurin y volvió a tomar su maza para acometer contra él. El primer golpe consiguió esquivarlo, y el arma chocó contra la roca de la montaña, haciéndola pedazos, para desesperación de Brúrthrog. El segundo ataque, rápido como el relámpago, sí alcanzó su objetivo; Rurin lo vio venir, aunque no pudo zafarse del impacto, tan solo consiguió protegerse con su escudo. El golpe fue tan

violento que partió el escudo en dos, lanzado al rey de los Barbablancas por los aires hasta chocar contra una pared de la montaña. Cayó inconsciente, como un fardo, bajo la aterrorizada mirada de Glósur.

El Rey Troll no parecía conformarse con aquello, quería aplastar al maldito entrometido que se había interpuesto entre él y su presa. Glósur gritó, pero el ruido de la batalla era tal que no se alcanzó ni a oír él mismo. Dálfvar estaba siendo asediado por una decena de enemigos y Sorian cargaba junto a Glar, dando caza a los que intentaban escapar de la furia enana. Presa de la histeria, el enano se levantó como un resorte y tomó la espada de su señor, que había caído cerca de él. No titubeó ni vaciló a la hora de lanzarse contra Brúrthrog, quien ya se preparaba para rematar a Rurin. La espada cortó el aire y la pétrea piel de la bestia justo antes de que descargase su maza sobre el señor de los Barbablancas. El Rey Troll cayó de rodillas al suelo, quedándose ahí clavado. Glósur, con la sangre bulléndole en las venas, saltó y se encaramó sobre la espalda de la bestia, que braceaba intentando quitarse al enano de encima, buscó su casi inexistente nuca y se dispuso a hundirla en ella. Brúrthrog dio una violenta sacudida y el enano erró la estocada. La espada se clavó en la clavícula, aumentando la agonía al Rey Troll, que rugía y aullaba de dolor.

Glósur cayó al suelo justo en el momento en que un grupo de enanos ya acudían en su auxilio, abalanzándose sobre la expirante bestia y terminando de darle muerte. El veterano soldado jadeó mientras observaba cómo masacraban el cuerpo sin vida de Brúrthrog. Le llegó a sus oídos los vítores de sus camaradas, los gritos de júbilo que tanto llevaba sin escuchar. La victoria era suya.

UN ENCUENTRO INESPERADO

La noche era fría, más de lo que a Dúnel le hubiera gustado admitir. Y no era por el gélido aire propio de la serranía, puerta de entrada a los montes de Burlein, donde se hallaban acampados, ni tampoco la brisa marina que arrastraba el suave ábrego del sur. No, aquel frío era distinto, inquietantemente distinto.

Su avance seguía siendo demasiado lento, pese a que, una vez atravesaron el Élbor, ganaron algo de tiempo. Tuvieron que esperar a que los carros de avituallamiento tirados por los enormes y pesados bueyes los alcanzasen, y en aquello se les fue casi media jornada. Sus capitanes le tranquilizaron, alegando que aquellos forzosos descansos les venían muy bien a los caballos, para que llegasen frescos a la posible batalla, pero Dúnel torcía el gesto y meneaba la cabeza descontento con tanta demora.

Aunque, lo que realmente preocupaba al rey de Páravon era el creciente estado de relajo que parecía campar entre sus hombres. Ya nadie parecía recordar el incidente con el desertor, ni las palabras que dijo antes de morir, como obviaban el hecho de que un intruso se había colado entre sus filas. Dúnel ordenó a Cásthiel, a Hásthar y a Acthel que metieran más presión a sus hombres, que no se relajasen y que los mentalizasen que estaban en guerra. Aquello no era una excursión. Y así lo hicieron, pero el lento paso languidecía hasta al más perezoso y volvieron al clima ocioso y distendido al que comenzaban a acostumbrarse. Por eso mismo, el rey ya prefería no pasear entre sus filas y confiaba la tarea de pasar revista a sus capitanes. Quizá estaba empezando a obsesionarse con avanzar más rápido y en prever un mal exagerado al que realmente existía. Puede que lo mejor fuese confiar en el buen juicio de los lores comandantes, quienes nunca le habían fallado, y aliviar sus preocupaciones.

También hicieron una parada en Puerto Sur, el mayor puerto de todo Páravon y centro neurálgico de la mayor parte del comercio del reino, donde llegaban barcos cargados de especias, telas y

metales preciosos. La urbe, que crecía casi a pie de playa en una de las desembocaduras del Élbor, era un bullicio constante repleta de tiendecitas de todo tipo, de casas de piedra bajas de los pescadores y de un antiguo palacio donde antaño pasaban los reyes los meses más calurosos, y que ahora servía de hogar a Lord Cásthiel, mariscal de la Orden del Cisne Blanco, quien insistió en reponer fuerzas allí. Dúnel no tuvo más remedio que aceptar y dejarse agasajar por su anfitrión en detrimento del tiempo que consideraba que estaban perdiendo. Al menos, sus hombres se lo agradecieron.

Con la primera luz del alba, y al tiempo que los pescadores preparaban sus aparejos y sus barcas para faenar, partieron. En los rostros de la tropa se reflejaba una noche llena de vino, juego y mujeres. El rey esperaba que al menos aquel precioso regalo a modo de esparcimiento sirviera para motivar a los suyos. Y ahora, acampados en las tierras de Búrdelon, se daba cuenta que aquello no había servido de mucho. Al contrario, la gente parecía añorar la comodidad del hogar y el calor de los muslos de una dama.

Al día siguiente, Dúnel se despertó dispuesto a arengar a sus hombres para intentar conseguir esa tensión que parecía costar mantener, ese estado de alerta que permite ser más consciente de todo cuanto rodea y que te mentaliza y prepara ante la inminente caída de algo indeterminado, imposible de describir, pero que existe. No hizo falta tal cosa. Entre la tropa, se había extendido el rumor de que una figura oscura se movía entre las sombras de los montes de Burlein. Quizá fuese solo una alimaña, pero había quien aseguraba que caminaba erguido y a dos patas, como cualquier hombre. El rey exigió ver en su tienda de campaña a quienes, estando de guardia aquella noche, aseguraban haberlo visto.

—No sabría deciros si era un animal, alteza —dijo uno de los dos hombres de armas que habían sido convocados—. A mí me dio la sensación de que era alto y que caminaba con seguridad.

—¿Podría ser un oso? —preguntó Dúnel.

El soldado se encogió de hombros pero su compañero negó categóricamente con la cabeza.

—No era ni tan alto ni tan corpulento —explicó—. No puedo asegurar nada, alteza, pues mucha es la distancia que nos separa de los montes, pero si tuviera que apostar por algo diría que era una figura humana.

—¿Un hombre? —se extrañó el rey.

—No he dicho un hombre, alteza, sino una sombra que se le asemejaba.

Dúnel ordenó que se hiciese una batida de reconocimiento por los alrededores. Por inverosímil que pudiese parecer que un hombre solo deambulara por los montes de noche, había que barajar esa posibilidad. Quizá algún superviviente de las matanzas, puede que algún espía. Pero no encontraron nada ni a nadie.

Al caer la noche, los capitanes del rey redoblaron la guardia trazando dos perímetros de seguridad: uno próximo al campamento y otro más adelantado. Sería imposible que alguien o algo se infiltrase entre aquella férrea vigilancia. No obstante, Dúnel no estaba tranquilo. Tardó bastante en poder conciliar el sueño y, cuando lo hizo, este estuvo plagado de espantosas pesadillas llenas de muertos que abrían sus tumbas, que arañaban la tierra donde habían sido enterrados y que se alzaban contra todos aquellos que conservaban un hálito de vida.

Al día siguiente, los rumores sobre la extraña presencia se habían extendido. Los hombres que habían montado guardia coincidían en que, definitivamente, era una figura humana, ahora mucho más nítida al estar más próximos a la serranía. Decían que la habían visto vagar cerca del campamento, por los alrededores sin acercarse mucho a la guardia. Algunos aseguraban que se paraba y parecía observarlos, como un lobo acechando a su presa. Otros incluso se atrevieron a salir a su encuentro, pero decían que cuando estaban cerca de ella, esta parecía esfumarse como la bruma. Entre la filas ya empezaba a escucharse la palabra brujería. Aquello comenzaba a inquietar a Dúnel, más aún cuando los hombres aseguraron que una segunda sombra surcaba los cielos de la noche eclipsando la luz de la luna.

—Al principio pensé que eran nubes de tormenta —aseguraba uno de los hombres de armas—, pero no era así. Cruzó varias veces a una velocidad endiablada, como un meteoro negro. Incluso me pareció ver que dejaba tras de sí una estela azul pálido.

Quizá fuese fruto de la sugestión, pero al rey se le erizó el vello escuchando los relatos de los centinelas. Estaba claro que un hombre veía aquello que quería ver, pero no había signos que evidenciaran que todo era producto de la imaginación, la cual suele

jugar malas pasadas en las largas guardias nocturnas. Mas era del todo improbable. Eran caballeros bien formados, con muchas horas de duelos y conflictos resueltos a sus espaldas. Muchos de ellos habían formado parte en las partidas de caza que mantenían a raya a los krulls del Drawlorn y habían hecho frente a las más terribles abominaciones que, de cuando en cuando, escupía el maldito bosque. No, no era gente impresionable la suya. Y en sus ojos no se reflejaba ni la duda ni la mentira.

—No podemos permitirnos que una sombra inquiete el corazón de nuestros hombres —les dijo Dúnel a sus capitanes, a los cuales reunió en su tienda de campaña—. La moral de la tropa puede verse afectada.

—Si me permitís, mi señor —intervino Cásthiel—, esta noche yo mismo supervisaré la guardia. Puede que los soldados agradezcan la presencia de uno de los mariscales. Así podré cerciorarme de qué es lo que vaga por la noche.

—A mí también me gustaría —señaló convencido Lord Háshtar.

—Deberíamos hacer guardia todos nosotros —apuntó Dúnel—. Quizá nosotros veamos algo diferente a lo que ven ellos, que pueden estar bajo los efectos de la sugestión causada por los rumores y cuchicheos. Puede que distingamos algo familiar y eso sirva para acallar todas esas voces.

—Quizá sea lo mejor —admitió Acthel, el joven capitán de la Orden del Hipogrifo—. La proximidad a los montes de Burlein no ayuda mucho, y esta noche ya comenzaremos a entrar en ellos. Quizá nuestra presencia sea un estímulo positivo. Los hombres lo agradecerán.

En aquella jornada, un frío impropio de aquella época del año les acompañó. Cortaba como un cuchillo y calaba hasta los huesos, lo cual hizo que avanzaran más despacio si cabía, obligándolos a acampar antes de lo previsto.

—Ni siquiera hemos entrado en los montes —protestó Dúnel.

Pero el avance era imposible. Las bestias tiritaban de frío y el sonido metálico de las armas y armaduras fue sustituido por el castañeteo de los dientes de los hombres. El calor de un buen fuego y una comida copiosa revitalizaría el ánimo entre las filas. Y así fue, antes de que el sol se fundiese con el horizonte las hogueras ya crepitaban y el olor a asado y cerveza negra impregnó los

alrededores. Fue en ese momento cuando se informó a los hombres que esa noche montarían guardia, junto con ellos, los capitanes y hasta el propio rey, para desentrañar el misterio de la sombra que se paseaba circundando su campamento. Incluso llegaron a bromear, alzando la voz y desafiando a que esa noche apareciese de nuevo y se diese a conocer. Hubo quien llegó a decir que le ofrecerían los restos del banquete. Las risas se mezclaron con el entrechocar de las jarras de madera rebosantes del oscuro y espeso líquido.

Aunque tuvo que guardar las apariencias, Dúnel no estaba tranquilo. Se retiró un poco antes a su tienda y dejó que los muchachos continuasen con sus nerviosas chanzas. Si eso servía para evitar la zozobra del miedo, que amenazaba con acampar allí con ellos, que siguiesen bromeando. Él se preparó para una noche larga y fría, ajustándose la espada al costado y echándose sobre los hombros un pesado manto de marta cibelina. Se miró un segundo en el espejo que habían dispuesto para él, obligándose a apartar de su mente aquellas imágenes de muertos que habían poblado sus pesadillas y diciéndose a sí mismo que todo sería fruto de un chisme que se fue magnificando hasta sugestionar a los guardias.

Paseó por el campamento con el frío antinatural como único compañero; prefirió prescindir de su escolta habitual, pues aún permanecían muchos de los caballeros despiertos, arracimados alrededor de las brasas. Todos ellos clavaban la mirada en él, inclinaban la cabeza en señal de respeto y sonreían. Al menos, su presencia parecía ser tranquilizadora. Aquello le hizo gracia. Era de carne y hueso, como todos ellos, sangraba y sufría como cualquier hombre. Resultaba curioso ver cómo el mundo necesitaba mitificar símbolos a los que agarrarse en los momentos de zozobra. Sus soldados no veían a Dúnel, veían al Rey de Páravon.

Se acercó a ver a la guardia, a los dos perímetros de seguridad que se habían trazado y donde Cásthiel y Hásthar lideraban la vigilante vigilia. No había novedades, solo un par de sobresaltos causados por unos conejos que, al amparo de la noche, decidieron salir de sus madrigueras a corretear por los montes. Dúnel alabó el valor de aquellos animalillos; salir en plena oscuridad, exponiéndose a los ojos avizores de cualquier depredador. No supo por qué, pero se sintió un poco como aquellos conejos.

Tras despedirse de sus capitanes, decidió acercarse a su tienda y tomar algo caliente que le reconfortase frente al creciente frío de la madrugada. Ya quedaban menos hombres a los que el sueño no hubiese conseguido vencer, señal inequívoca de que la tensión había disminuido. Buen presagio, sin duda, muy bueno. Iba a quedar demostrado que aquello de la sombra no era más que mera sugestión contagiosa. Llegó a su tienda, retiró la cortinilla que hacía las veces de puerta y entró en ella. Lo que vio le hizo dar un sonoro respingo. El corazón galopó en su pecho y un escalofrío, más gélido que la propia noche, le recorrió desde la nuca hasta los talones. Inmóvil y erguido frente a él, se alzaba una figura encapuchada, envuelta en un manto negro. ¡La sombra! ¡De modo que era real!

Dúnel ni siquiera pudo pensar, actuó más por instinto que por lógica, y echó mano rápidamente a su espada. El acero silbó al salir de su vaina como una serpiente cuando se ve acorralada. La oscura figura alzó una mano pálida hacia él y, al instante, un dolor frío y penetrante comenzó a aguijonear la muñeca y el antebrazo de Dúnel, provocando un dolor tan insoportable que tuvo que soltar el arma. Intentó gritar, pedir auxilio, pero algo se lo impedía. Su cuerpo y su voz tampoco respondían. Ahora comenzaba a arrepentirse de no haber conservado su escolta personal.

—Si intentas dar la voz de alarma —anunció una voz cavernosa y sobrenatural—, morirás antes de pronunciar palabra. Ahora, ven aquí y siéntate.

Poco a poco, Dúnel sintió como el hechizo que lo paralizaba comenzaba a retirarse. Obedeció. Estaba claro que frente a él tenía a alguien que dominaba la magia, era absurdo ofrecer resistencia. Si hubiese querido matarle ya había tenido su oportunidad. Se sentó en la silla y trató de descubrir quién se ocultaba tras las sombras de aquella capucha. Creyó ver dos llamas azules danzando en ellas.

—Llevo esperando este momento demasiado tiempo, rey Dúnel —había algo en aquella voz que le era vagamente familiar—. Han pasado tantas cosas desde la última vez que nos vimos…

—¿Os conozco? —preguntó con cautela.

—No, aunque una vez conociste una parte de mí. La parte que alimenta mi odio, mi dolor y mi sed de venganza.

Muy despacio, el desconocido se retiró la capucha dejando al descubierto una melena blanca como la nieve, tan pálida como el

rostro de rasgos duros y demacrados en el que destacaban los ojos, de un azul brillante y fantasmal refulgiendo en las oscuras y profundas cuencas. Dúnel se sobrecogió al principio por el aspecto de aquel ser, que obviamente no era de este mundo, pero al instante comenzó a reconocer entre aquella máscara maldita los rasgos de alguien que le era dolorosamente familiar. Las sienes le latieron con fuerza, al ritmo de su desbocado corazón. Las manos le temblaron. ¡No podía ser!

—¿Lánzolt? —Casi ni se atrevía a pronunciar su nombre—. ¿Eres tú?

—Lánzolt ya no existe —contestó, sin mostrar emoción alguna en voz y en su rostro—. Murió, rey Dúnel. Tú lo mataste.

—Yo no hice nada que pudiera…

—Lo mataste al enviarlo lejos de la única persona a la que quiso —lo interrumpió—. Lo mataste el día que le impediste defender su hogar, enviándolo lejos, a una absurda misión que otros hubiesen podido realizar. Lánzolt murió junto al cadáver de su amada, víctima de una maldición y de la traición de los hombres.

—Envié a Muras a proteger Búrdelon —protestó el rey—. Los tres éramos como hermanos. Confiábamos los unos en los otros.

—Las traiciones solo las cometen aquellos en los que confías.

—Tomamos una decisión y actuamos. Te elegimos para dar caza a los krulls porque, de los tres, tú eras el mejor.

—¿Tomamos? —Por primera vez, el rostro de quien antaño fue Lánzolt pareció perturbarse, arqueando una ceja—. Querrás decir que tomasteis, pues yo nunca oculté mis reservas.

—Y aun así obedeciste.

—Y aun así obedecí. Por lealtad a mi rey, por lealtad a mis votos y por lealtad a la tierra que juré proteger. Y, pese a todo, mi recompensa ha sido esta —hizo un gesto con ambas manos, señalándose a sí mismo.

—Ambos sabemos que en los tiempos oscuros se gana y se pierde.

—¡¿Y por qué soy el único que lo ha perdido todo?! —bramó.

Dúnel contuvo el aliento. Su respiración se agitaba por momentos. Su amigo… Su hermano. Lánzolt y él había crecido juntos, soñando con las grandes gestas que lograrían juntos, con cientos de aventuras que vivirían. ¿Por qué habían llegado a eso?

Sintió un nudo en la garganta, una especie de congoja alimentada por el pánico y el dolor.

—Los empalados —dijo, haciendo acopio del valor que se le escapaba—. Todas aquellas aldeas, los niños, las mujeres…

—Sí, fui yo.

—¿Pero, por qué? ¡Eran inocentes!

—Tan inocentes como lo era Kathline. Yo he probado el sabor de la pérdida, yo he mirado a los ojos al adiós eterno. Ha llegado la hora de que saborees la misma hiel que yo he tenido que tragar.

Hubo unos instantes de silencio en los que Dúnel casi podía sentir la rabia contenida de aquel ser que había consumido a su antiguo amigo. Supo que nada saciaría su sed de venganza salvo la sangre derramada de todos aquellos que él consideraba culpables. Los caballeros, sus reyes, la tierra… ¿Y si realmente eran los responsables de haber sembrado tanto dolor? ¿Y si en vez de víctimas fuesen los verdugos?

—Vas a matarme, ¿cierto? —el rey no quiso adornar con más palabras la pregunta. Si tenía que ser, que fuese cuanto antes.

Los ojos azules de aquel Lánzolt maldito refulgieron como fuegos fatuos avivados por el odio.

—Así es —admitió, haciendo que unos gélidos dedos volvieran a acariciar la espalda de Dúnel—. Pero no será hoy cuando ponga fin a tu vida y me cobre todas las deudas con ella. No, hoy he venido para mirarte a los ojos y que veas en los míos reflejada la culpa que te ha de carcomer hasta que llegue ese día. He venido para que tiembles al saber que no podrás escapar de mí, ni aunque quisieras dar la vuelta con todo tu ejército y esconderte en un rincón de tu castillo. No habrá muros, ni escudos, ni espadas que puedan librarte de mí. Daré contigo una y otra vez, dejando tras de mí un rastro de cuerpos empalados que sustituirán cada bosque y cada soto de esta tierra. Hoy estoy aquí para decirte que marches hacia el norte, hacia las lindes del bosque de Thanan, donde sé que se esconde tu amada esposa.

Dúnel sintió como si sacudieran su cuerpo ante la mención de Danéleryn. Un fuerte pinchazo aguijoneó su corazón.

—Mantenla al margen de todo esto —suplicó con lágrimas en los ojos—. Toma mi vida si lo deseas, es tuya. Pero a ella no le hagas daño.

—¿Dolor? —ladeó la cabeza, extrañado—. Tú no saber nada de lo que es el dolor. ¿Piensas que voy a conformarme con cortarte la cabeza, exhibirla en una pica y darme por satisfecho? Te equivocas si lo crees. Haré que conozcas el verdadero significado de la palabra dolor, como yo lo conocí. Y solo cuando retuerza tu corazón y extraiga de él el último gramo de tu desesperación podré fin a tu existencia, no antes. De modo que no te demores y parte cuanto antes al norte, antes de que encuentre a Danéleryn y comience a darte las primeras lecciones sobre el sufrimiento.

Dúnel sollozaba desconsoladamente. Las lágrimas le enturbiaban la vista cuando alzó la cabeza y vio como Lánzolt volvía a ponerse la capucha, siendo otra vez una sombra en la noche. Antes de salir de la tienda se paró en seco y dio media vuelta para volver a observar al rey. Le dedicó una siniestra sonrisa.

—También te equivocas si crees que iba a irme sin más — y dicho esto, se internó en la noche, desapareciendo, justo en el instante en el que se oía una especie de trueno desgarrador quebrando por completo la quietud de la madrugada. ¿O acaso no era un trueno?

Se escucharon voces de alarma y de histeria, en pocos segundos reinó una gran agitación que no hacía presagiar nada bueno. Dúnel, libre ya del hechizo que le mantenía inmóvil, agarró torpemente su espada y se precipitó fuera de la tienda de campaña. Los hombres corrían de aquí a allá, gritaban, maldecían y señalaban al cielo. Lentamente, como queriendo así evitar ver el mal que se les venía encima, el rey alzó la cabeza y vio algo que le congeló de súbito la sangre. Una figura enorme, amenazadora y sobrenatural surcaba el negro firmamento a toda velocidad y se dirigía hacia ellos. Al principio no se distinguía bien qué era, tan solo una sombra de la que emanaba una luminiscencia azul pálida. Solo le hicieron falta unos segundos para tomar forma, provocando gran espanto a los ojos de Dúnel.

Aquella criatura fue antaño un dragón, no cabía duda, aunque ahora no era más que un fantasmal y grotesco reflejo de lo que fue. Sus alas estaban desgarradas, como telones raídos, y de su cuerpo poco rastro quedaba de piel y escamas, dejando al descubierto casi por completo la poderosa osamenta que formaba aquel coloso. La espectral luz que emitía dentro del vacío de sus costillas era el

mismo fuego pálido que ardía en los ojos de Lánzolt.

No dejó tiempo para más; el ardor que brillaba con fuerza en el interior del dragón se avivó un instante antes de que, por las fauces de su calavera, brotase una cascada de llamas blanquiazules. El espectáculo fue dantesco, una escena terrorífica que se representaba ante los ojos de Dúnel: un infierno de fuego fatuo que consumía y devoraba todo aquello que tocaba. Hombres y caballos, árboles y tiendas de campaña, bañados por el abrasador hálito de la criatura. Tan solo le hizo falta una sola pasada para demostrar su poder, antes de volver a alzar el vuelo y desaparecer en la noche, dedicando un último rugido que logró eclipsar los gritos y lamentaciones de los caballeros de Páravon.

La maldición había caído sobre ellos, y llevaba el estandarte de Lánzolt.

UN JUEGO QUE SOLO SE PUEDE PERDER

Zárrock ya había perdido la cuenta de los días que llevaba intentando acercarse a Mórgathi, para ver si conseguía algo de información sobre la Piedra de Ilethriel que poseía. Su señor Sártaron le había encomendado la difícil, y casi imposible, misión de permanecer al lado de los elfos oscuros hasta conseguir averiguar dónde ocultaba la reina bruja el poderoso artefacto y, una vez sabido, arrebatárselo. Zárrock vivía para cumplir los designios del Señor del Fin de los Días, pero aquel cometido era como lanzarse a las fauces del lobo. ¡Eran varelden! No se podía conspirar y enfrentarse a ellos así como así. Sártaron había perdido el precioso juicio que le había llevado a aunar a todo Mezóberran bajo su estandarte. Todo por una obsesión anclada al misticismo y a la magia. ¿Qué sabían los arjones de magia? Posiblemente, en el remoto caso de robarle la piedra a Mórgathi, no sabrían qué hacer con ella. Y pese a todo, ahí estaba cumpliendo los caprichos de su caudillo, rodeado de taimados aliados y sin un plan claro de cómo salir de todo aquello.

Después de su primera y última reunión con Mathrenduil, Zárrock había evitado en la medida de lo posible cruzarse con él. El rey de los elfos oscuros le producía escalofríos, y eso que él no se consideraba una persona impresionable. Había visto la crueldad de la batalla innumerables veces, había sentido el afilado beso del acero sobre su piel y había caminado entre cadáveres, pero nada se podía comparar a la presencia de Mathrenduil, con las antorchas amarillas que eran sus ojos escudriñando, alertas y vigilantes, y aquel rostro ceniciento surcado de cicatrices. Tenía la sensación de que en cualquier momento arremetería contra él, como un fantasma en mitad de la noche o como un demonio que venía a rendirle cuentas por toda la sangre derramada. Y no le resultó difícil ser esquivo, el rey varelden pocas veces se dejaba ver por las zonas comunes del palacio y, cuando eso era así, nunca estaba solo. Tanto mejor. O al menos eso pensaba hasta ese mismo día.

Unos fuertes e insistentes golpes le sacaron de sus atribulados sueños. Zárrock se incorporó de la cama con esfuerzo, restregándose los ojos con el dorso de la mano y preguntándose cuándo fue la última vez que consiguió tener un descanso reparador. Carraspeó y escupió en la palangana medio llena de su orín antes de abrir la puerta.

—Señor —uno de sus hombres estaba ahí plantado, con cara de desconcierto—, vengo a informaros de que los elfos oscuros han comenzado a movilizar sus tropas.

Unas palabras que consiguieron despejarle más que un cántaro de agua fría. Agarró a su hombre del brazo y lo introdujo en su cuarto mientras cerraba la puerta apresuradamente.

—¿Qué quieres decir con eso de que se están movilizando?

—Sus tropas se están preparando para marchar. Me atrevería a decir que hoy mismo. Acercaos a la ventana y mirad. ¿Veis? Se están pertrechando.

Zárrock no daba crédito a lo que estaba viendo. Abajo, en el patio de armas, el trajín de los varelden delataba sus intenciones.

—No puedo creerlo… —murmuró para sí—. ¿Hemos sido informados de esto?

—No. Hemos intentado hablar con su comandante, ese al que llaman Dágorth, pero se niega a darnos explicaciones.

—Pero habréis insistido, ¿no?

—Lo hemos hecho, pero ninguno de nuestros hombres se atrevería a presionar más de lo debido. Estamos nerviosos, los elfos oscuros nos dirigen miradas inquietantes, murmuran entre sí y se ríen a nuestras espaldas. Está justificado que seamos desconfiados.

—¡Eso no es desconfianza, es cobardía!

—Puede, pero nadie cumplirá una orden que implique tener que plantarles cara. No somos más de cincuenta contra todo un ejército. ¡Y de elfos oscuros, nada menos!

Zárrock apretó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes. Sabía que, en el fondo, las palabras de su hombre no carecían de sentido. Eran tan solo un puñado de necios norteños atrapados en la telaraña de los varelden. Un suspiro demasiado alto y no verían otro amanecer. De pronto, lo vio claro. El plan de Mathrenduil, tan sutil como bien trazado: dejar que Sártaron moviese la primera ficha del tablero, que creyese que llevaba la iniciativa, cuando en realidad

estaba dejando al descubierto su jugada. Ahora el rey de los elfos oscuros sabía dónde estaba exactamente su señor y cuáles eran sus intenciones, pero lo mejor era que Mathrenduil podría realizar su movimiento sin que nadie lo supiera, sin desvelar cuál era su estrategia. Zárrock tuvo que remontarse a su niñez para recordar cuándo fue la última vez que le sacudió un escalofrío por el cuerpo. No iban a ser informados, iban a ser aniquilados.

—¿Dónde está el resto de nuestra guarnición? —las palabras le salieron atropelladas.

—La mayoría en la armería este.

—Reúne a todos allí y encerráos. Esperad mi llegada cuando caiga la noche y no abráis a nadie bajo ningún concepto.

El fornido guerrero pareció perder todo signo de fiereza.

—¿Qué es lo que sucede?

—¡Tú haz lo que te he dicho! Tendremos que abandonar este lugar antes de lo previsto.

Confundido el arjón hizo lo que se le ordenó, dejando a Zárrock solo en los aposentos. Cerró la puerta y echó los pasadores, además de atrancarla con una silla. Sabía que, en caso de querer abrirla, eso no retendría a los varelden, pero tal vez le diese una mínima oportunidad. Se dirigió de nuevo a la ventana y cotejó las posibilidades de una huída. Resultaba vergonzoso que él, un señor de la guerra arjón, se plantease tener que escapar como una un ratón al que acechan demasiadas rapaces. Había cornisas de relativo fácil acceso y eso daba una oportunidad, pero en caso de caer no sobreviviría. Unos diez metros lo separaban del suelo. Mejor acabar con los sesos desparramados por el patio de armas que caer en manos de los varelden, se dijo para sí.

El día fue sucediendo sin mayor novedad que los preparativos de la marcha. Zárrock se había puesto la armadura y mantenía su espada presta fuera del cinto, por si fuese necesario recurrir a la violencia. Por su propio bien, esperaba que no fuese así. Le sorprendió ver la calma y normalidad con la que las tropas de Mathrenduil se preparaban, sin esconder lo que hacían y actuando con total naturalidad, pese a que todo aquello estaba fuera de lugar. No había signos de ansiedad ni apresuramiento, tampoco un comportamiento que resultase sospechoso o amenazador. Simplemente, ahí estaban, dejando claras sus intenciones, casi se

podría decir que ignorando la presencia de los norteños, y eso era algo que desataba en Zárrock sentimientos encontrados. Por un lado se aliviaba de ser ignorado y por otro le producía mayor tensión, incluso se sentía insultado porque lo tuviesen en tal baja consideración, pero no era el momento de dignidades. Ese mismo día iban a suceder cosas, qué y cuándo no sabría decirlo, pero sucederían.

Antes de caer la noche las tropas varelden ya habían partido, y cuando ésta llegó el castillo parecía abandonado. Zárrock no se había separado de la ventana en todo ese tiempo, viendo cómo se preparaban con milimétrica precisión para marchar y cómo lo hacían. No vio a Mathrenduil supervisar sus huestes, sino a Dágorth, y aquello no le supuso ningún alivio. No tener controlados ni a Mórgathi ni a su hijo le inquietaba, pero poco podía hacer. Se obligó a tranquilizarse y no caer en la alarma prematura. Tal vez sus temores fuesen infundados. Era mejor no precipitarse al sacar conclusiones. Estar alerta, sí, pero manteniendo la cabeza fría. Por eso mismo, cuando la oscuridad de la noche fue dueña del castillo, Zárrock decidió abandonar su refugio.

Todo parecía desierto. Se apreciaba alguna que otra luz encendida en las ventanas de las estancias, pero eran testimoniales. No había nadie vigilando, ni en las zonas comunes ni en las almenas, ni en las murallas, ni en las puertas. Nadie. Zárrock sintió miedo de su propia soledad, aunque sabía que los varelden estaban por allí, acechantes entre las sombras. No podía verlos, pero eso no significaba que no estuviesen. Espada en mano, tomó rumbo a la armería este, donde se suponía que debía estar su guarnición. Debía reunirse con ellos y planear su huida, y eso no iba a resultar nada sencillo. También debía enviar un mensaje a Sártaron alertando de lo sucedido, aunque no sabía bien cómo lo haría. Su señor no estaba acuartelado en ningún lugar concreto como para enviar un cuervo, así que debería robar un caballo, si es que quedaba alguno, y cabalgar a toda velocidad hasta dar con él. Todo parecía muy sencillo, pero en realidad era bastante complicado.

El frío arreciaba mientras Zárrock recorría las desiertas calles de Ánquok, los primeros copos comenzaron a caer y el aire amenazaba con querer congelarse. El profundo silencio que reinaba en la ciudad solo era perturbado por el sonido de sus pasos. Dos

manzanas más y estaría en la armería con los suyos, un pensamiento que le reconfortó un tanto. Entonces, distinguió dos sombras que se deslizaban por la oscuridad, saliendole al paso. El puño de Zárrock se aferró a la espada haciendo crujir el cuero de los guantes, preparado para lo peor. Dos elfos oscuros, embozados en capas negras, se plantaron ante él. Sus ojos parecían antorchas en la noche.

—Zárrock el arjón —anunció uno de ellos—, nuestra señora Mórgathi reclama vuestra presencia.

El tono era imperativo, pero no amenazador.

—¿Con qué motivo? —inquirió receloso.

—Informaros.

—¿De qué?

Los varelden se miraron y rieron. Uno de ellos extendió las manos, como señalando la obvia quietud de la ciudad. Zárrock decidió actuar de manera natural, al menos todo lo que pudiese.

—Primero he de reunirme con mis hombres —dijo con todo distendido, enfundando la espada para no resultar amenazador—. Decidle a vuestra señora que acudiré una vez termine.

Comenzó a andar, pero los varelden le cortaron el paso. No brilló arma alguna, pero ese gesto ya resultó lo suficientemente intimidante como para quedarse quieto.

—Me temo que debemos insistir —la mirada del elfo oscuro no admitía discusiones.

Zárrock decidió no tentar a la suerte. Se encogió de hombros, fingiendo despreocupación, y los siguió en silencio hasta la torre donde se había aposentado Mórgathi. Dos de sus brujas salieron a su encuentro e intercambiaron unas palabras en su lengua con los de las capas.

—No os preocupéis —dijo uno de ellos, antes de despedirse—, nosotros avisaremos a vuestros hombres de la demora.

Zárrock no supo si aquello pretendía tranquilizarle o inquietarle, pero se decantó más por lo segundo. Las brujas le hicieron un gesto sincronizado, invitándole a seguirlas y así lo hizo. Cada peldaño que subía, cada metro de pasillo que recorría se le hacía eterno como una edad en la tierra. Su cabeza intentaba trabajar a toda velocidad, analizar cada minúsculo movimiento e intentar darle un sentido. Se hubiese puesto a gritar de no haber sido prevenido por su corazón,

el cual golpeaba como si fuese un ariete contra su pecho. Al final de un largo pasillo, una de las brujas elfas golpeó suavemente con los nudillos una puerta, tras ella se escuchó una cantarina orden. Zárrock reconoció la voz de Mórgathi. Escoltado por las dos varelden, entró en la alcoba.

—Bienvenido —dijo la reina bruja de Undraeth con una sonrisa en sus labios—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Sí —respondió cauteloso Zárrock—. Puede que demasiado.

—Por eso te he hecho venir. Por favor, deja tu espada fuera. Aquí no necesitarás ir armado. ¡Oh, no frunzas el ceño! ¿Acaso no he demostrado mi buena voluntad permitiendo que vinieras hasta aquí portando tu espada? Podría haber ordenado a mis hombres que te desarmasen. Vamos, no creo que supongamos una amenaza.

Los elfos oscuros siempre suponían una amenaza, pero hizo lo que le pidió. Se aflojó el cinto y depositó su espada en el suelo justo antes de que una de las brujas cerrase la puerta y echase el pestillo. Mórgathi mantenía esa perturbadora sonrisa dibujada en su pálido rostro. Vestía un vestido negro de terciopelo de cuello alto, ajustado en la cintura por un corsé que remarcaba su sinuosa forma. El pelo suelto le caía por la espalda y los hombros, las manos dentro de unos delicados guantes negros.

—Parece que tenéis frío —comenzó a hablar Zárrock.

Mórgathi suspiró.

—El clima del norte es insufrible —se quejó, haciendo una mueca de desagrado—. No estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo entre lluvias, nieves y tormentas.

—Si os place, puedo decir a mis hombres que traigan leña y aviven el fuego de vuestra chimenea.

—Para avivar fuegos —Mórgathi le dedicó una mirada tan traviesa como inquietante—, me basto yo sola.

Zárrock tragó saliva e intentó recomponerse de aquel desarme.

—¿Para qué me habéis hecho venir?

—Nos hemos quedado solos en este paraje inhóspito, Zárrock —contestó mientras decantaba vino de una frasca en dos copas—. Tu señor ha partido hacia la guerra y mi hijo también.

—Cierto, pero mi señor informó de sus intenciones y vuestro hijo no lo hizo.

Mórgathi se acercó y le ofreció una de las copas. Zárrock la miró

desconfiado.

—¡Por favor! ¿Acaso crees que voy a envenenarte? —bebió de ambas copas—. Creo que hay formas más divertidas de quitar una vida.

Zárrock tomó la copa, la olió y luego la apuró de un solo trago.

—No me habéis contestado. ¿Por qué estoy aquí?

—Quería que vinieras, Zárrock. Tu compañía me es agradable. Admiro a la gente que posee valor y tú me lo demostraste, hace ya mucho tiempo en nuestro primer encuentro. No dudaste en presentarte ante mí, cumpliendo los designios de tu señor, exponiendo tu propia vida. Valiente y leal.

—Dos cualidades difíciles de encontrar en estos tiempos. Me honrais.

—Te respeto, Zárrock hijo de Kornrak. Te respeto y te admiro. Y es por eso que quiero recompensarte. ¿Más vino?

A Zárrock no le dio tiempo a responder, cuando se quiso dar cuenta ya tenía la copa llena en la mano.

—Si queréis recompensarme, mi señora —puntualizó—, un poco de información clara sería de mi agrado.

Mórgathi se deslizó como una serpiente sobre su lecho. A Zárrock le estaba costando mucho mantener la cabeza fría.

—Serás informado de todo. Ya te he dicho que te respeto. Pero, mientras lo hago, será mejor que te pongas un poco más cómodo.

La reina bruja dio dos palmadas y sus acólitas se aproximaron a él, contoneando las caderas, dejando intuir cada curva de sus cuerpos a través de los vaporosos y transparentes vestidos que ocultaban bajo las gruesas capas con las que le habían recibido. Una de ellas deslizó una delicada y cenicienta mano por el peto de su armadura, Zárrock le agarró violentamente de la muñeca, apartándola de su pecho, resistiéndose a la llamada de la carne y el deseo. Ella, lejos de retirarse, sonrió pasándose la lengua por los labios y apretándose más a él. Dos manos más rodearon su cuello. Era la segunda bruja, que le jadeaba suavemente en el oído mientras le desprendía del broche que sujetaba su capa de piel.

—¿Qué hacéis? —susurró casi sin aliento.

—Ya te lo he dicho —respondió divertida Mórgathi—: quiero rendirte tributo. Y nada mejor que esto, creeme.

—Información —jadeó luchando por apartar sus labios de los de

las brujas elfas—. Yo solo quiero… información.

El peto cayó al suelo, haciendo un ruido metálico que sobresaltó a Zárrock. Las varelden se movían por su cuerpo como gotas de lluvia, empapándole de su esencia, aflojando todas las cinchas y correas que convertían su armadura en una segunda piel. Y él se estaba dejando arrebatar cada una de las piezas que la conformaban, quedando vulnerable ante ellas. Vulnerable en todos los sentidos.

El cuerpo desnudo de Zárrock se estremeció con el contacto de aquellas manos tan delicadas recorriendo su cuerpo. Su pecho que se agitaba cada vez más, sus piernas que amenazaban con ceder de un momento a otro, sus manos que temblaban ante la duda de acariciar la piel sedosa que se rozaba con la suya o, por el contrario, romperles el cuello con sus propias manos. Pero resistirse era una tarea cada vez más titánica. Iba a sucumbir, lo supo antes de verse tumbado en la cama con las dos brujas elfas, apretando sus labios contra los de ellas, sintiendo el tacto de lengua, pechos, muslos y hábiles dedos. Su cuerpo era el terreno a explorar y ellas parecían dispuestas a reconocerlo palmo a palmo.

—Estoy segura de que así haremos más amena la información que tengo para ti —alcanzó a oír Zárrock, cuyos sentidos estaban completamente nublados. Entornó los ojos y vio a Mórgathi a su lado, sonriendo lascivamente. Deseó que se uniese al juego—. Apostaría todo lo que tengo a que te mostrarás más comprensivo.

El ronroneo y los gemidos de las brujas lo embriagaban. Eran un canto de sirena que lo dominaban por completo. No había resistencia, estaba entregado al placer.

—En primer lugar —continuó hablando Mórgathi—, no deberíamos reprocharnos nada al respecto de las decisiones militares que han tomado tanto tu señor como mi hijo. Sártaron partió de aquí sin el consentimiento ni la aprobación de Mathrenduil, y él se ha limitado a hacer lo mismo. —Hizo una pausa para rodear el lecho donde se estaba practicando aquella lucha del deseo—. Ya sé que solicitásteis varias veces audiencia con nosotros para comunicarnos vuestros planes y que os rechazamos en todas ellas, pero no era el momento. Teníamos cosas más importantes que resolver. De modo que lo podremos dejar en tablas: Sártaron se precipitó y Mathrenduil no ha creído oportuno informar

a nadie sobre qué iba a hacer. Al fin y al cabo, es un rey. No debes de olvidarlo.

Una de las elfas oscuras se subió en horcajadas sobre Zárrock y comenzó a moverse, suavemente, trazando círculos, bamboleándose como si montase un caballo al que quisiera domar. Su compañera devoraba la boca del arjón, que ya había renunciado a cualquier oposición y se había unido al canto del gozo.

—Sin embargo —la voz de Mórgathi parecía llegarle lejana, envuelta en brumas—, tu señor ha demostrado una inusitada torpeza, a mi parecer. Someter a todo Mezóberran, unirlos bajo su estandarte, forjar alianzas que otros solo soñarían… y arriesgarse a echarlo todo a perder tan solo por poseer lo que no comprende. ¿Acaso cree que soy ciega, Zárrock? ¿Piensa que los de mi raza hemos sobrevivido durante milenios siendo ingenuos y confiados? Si es así, ha cometido un error definitivo.

Zárrock intentó incorporarse, pero una mano enguantada de Mórgathi se lo impidió.

—Todo lo que Sártaron sabe es porque yo lo he permitido. No os confundáis, para nosotros sois meros instrumentos, un propósito que sirve a un fin. No creemos en vuestra causa, no respondemos a vuestra llamada y no permitiremos que intentéis utilizarnos para luego llevar a cabo una traición. Y tu señor ha mostrado las cartas demasiado pronto. —Se acercó al oído de Zárrock. Cuando habló, proyectó su aliento, cálido y dulce, la mejor caricia de todas, pero cargada de veneno—. ¿Realmente creía que le iba a permitir arrebatarme la Piedra de Ilethriel? ¿Tan arrogante es? No debió subestimarme. Ahora marcha a una batalla que cree ganada, pero te aseguro que no es así.

Zárrock comenzó a reaccionar. Intentó desembarazarse de las brujas, pero estas parecían tener tentáculos de hierro que le impedían hacerlo. Mórgathi se hizo hueco en la cama y ahora fue ella la que se montó sobre él ante su completo estupor. Su piel ardía y le quemaba la entrepierna. Era el peor combate que había librado jamás. La reina de las brujas apoyó sus manos sobre sus hombros y lo volvió a tumbar boca arriba. Sintió el roce de sus duros pezones contra él a través de sus ropas. Zárrock dejó que su fuego se liberase y lo controlase. Agarró con firmeza los tersos y firmes muslos de Mórgathi, al tiempo en el que ella dejaba escapar un suspiro de

placer. Notaba la humedad en su zona íntima. Quería estar dentro de ella. Tenía que hacerlo. Ella pasó su lengua desde el cuello hasta el lóbulo de su oreja, detendiéndose allí para morderlo. Volvió a sentir su embriagador aliento.

—Tu amo se encamina a una derrota inminente —le ronroneó—. Daroir está herido pero no ha caído, se defenderán. Se verá rodeado por dos frentes de dos facciones que luchan entre sí, pero que unirán sus fuerzas cuando lo vean aparecer con sus huestes. Cáladai está inmersa en una guerra civil, sí, pero no permitirán que sean los invasores del norte los que saquen partido de sus miserias. Y cuando tu señor espere refuerzos, no los encontrará. Mathrenduil no responderá a la llamada, ni Lédesnald acudirá a la leva. Será aplastado, él y todos sus leales. Como lo están siendo en estos momentos tus hombres, allá en la armería este. Pero, tranquilo, no tardarás en reunirte con ellos.

Aquellas palabras sacudieron a Zárrock, haciéndolo salir de su éxtasis justo en el momento en el que la hoja de un puñal brillaba delante de su cara. El rostro de una de las brujas de Mórgathi había borrado su máscara de lascivia para dibujarse el de odio. Lanzó una puñalada contra la cara de Zárrock con toda la saña del mundo. Por suerte, el guerrero consiguió moverse y evitarlo.

Mórgathi gruñó y lo agarró del pelo con fuerza, tirando hacia atrás. Zárrock se movió violentamente, desplazando con un violento movimiento de su brazo a las otras dos brujas, que pretendían abalanzarse contra él para inmovilizarlo. Agarró de la muñeca a Mórgathi y se la retorció hasta que chilló y le soltó del pelo. La reina bruja también se revolvió y consiguió zafarse de la presa del arjón, dejándolo con el guante en la mano. Zárrock se levantó de un salto de la cama y la empujó contra ellas, poniendo distancia entre él y sus asesinas. Miró a Mórgathi, quien le fulminaba con los ojos agarrándose la muñeca maltrecha. Y fue entonces cuando se percató de que la mano que había quedado al descubierto tenía el mismo color de piel que el de sus brujas. El mismo que el resto de los varelden.

—¿Qué está pasando aquí? —bramó mientras seguía con la mirada los movimientos de sus oponentes, que pretendían rodearle.

—¡Infame salvaje norteño! —chilló Mórgathi fuera de sí—. ¡Serás el siguiente en mi ritual de sangre!

Zárrock analizó la situación: se encontraba desnudo y desarmado frente a dos brujas varelden que empuñaban sendos cuchillos, sus hombres era más que posible que hubiesen muerto, y no descartaba la posibilidad de que le hubiesen administrado algún veneno en el vino que a ellas les fuese inocuo. Estaba muerto. Por muy frágiles y delicadas que pareciesen, las elfas oscuras eran peligrosas en extremo. Estaba muerto, volvió a repetirse.

Se fue deslizando por la pared, intentando cubrir su espalda al menos, manteniendo una visual constante de sus oponentes. Frente a él, la única vidriera que había en la alcoba, una ventana, tal vez una posibilidad. Era más que posible que la caída lo matase, pero quedándose allí estaba claro que no iba a salir con vida. Y lo que le esperaba no era nada halagüeño. Zárrock tomó aire, lo retuvo y lo soltó al tiempo que salía disparado como una flecha hacia la vidriera. Intentó salirle al paso una de las brujas, pero consiguió arrollarla. Escuchó los gritos de Mórgathi en su lengua en el momento en el que se precipitó contra su única vía de escape, atravesando la ventana, haciendo que estallase en una lluvia de cristales de múltiples colores. El gélido aire de la noche le recibió acuchillándole, convirtiendo cada gota de sudor en una aguja sobre su piel. Zárrock no abrió los ojos, se limitó a caer.

Sártaron, fue su último pensamiento. Sártaron. Le había fallado.

FAOBERETH

Para Thil Ganir resultaba complicado decir si los días en la Ciudad Prohibida de Shelmera se hacían cortos o largos. La belleza de aquel lugar empezaba a ser monótona y rutinaria, al igual que la vida y costumbres de los ehassies. Hacía ya tiempo que había dejado de contar las lunas que iban sucediéndose desde que los tomaron como prisioneros, daba igual ya que lo hiciera pues eso no le garantizaba que fueran a liberarlos pasado un cierto número de días. Estarían allí hasta que decidieran si él estaba preparado para solicitar la ayuda de los dragones, pero como tampoco sabía muy bien qué hacer, qué prueba debería de pasar o con qué acto se ganaría la confianza y el favor de aquellas criaturas, tan solo quedaba esperar.

Resultaba bastante frustrante no saber qué hacer mientras estuvieran obligados a permanecer entre los ehassies, ni siquiera Azó Nitzé, quien al principio parecía haberse convertido en su guía y mentor, le orientaba. De hecho, desde aquella charla que mantuvo con el chamán, allá en las profundidades de la jungla, este se había mostrado esquivo, siempre parecía estar ocupado con mil cosas. Había días que incluso no lo veían, y cuando intentaba preguntar por él (solo repitiendo su nombre una y otra vez, dado que había renunciado a tratar de aprender aquella extraña y gutural lengua) encontraba por respuestas miradas de recelo y silencio.

—Deberíamos tratar de participar en su día a día —le propuso Faobereth—. Quizás eso sirva para demostrar que estamos de su lado, que nos implicamos. Además, necesitamos tener algo que hacer, mantener la mente ocupada aunque sea con las cosas más nimias, o de lo contrario empezarán las tensiones.

A Thil Ganir le pareció muy sensato aquel consejo, de modo que reunió a todos sus hombres para indicarles que debían participar de algún modo en el día a día de los ehassies. La idea fue bien recibida. Así pues, los atelden comenzaron a recoger fruta junto con sus anfitriones, llenar ánforas de agua en los arroyos y manantiales, limpiar los empedrados caminos de la ciudad… Lo que veía siendo la rutina que iban observando. Al principio aquella iniciativa

tomada por parte de los elfos fue recibida con sorpresa y con recelo, hubo un par de situaciones un poco tensas en las que Thil Ganir tuvo que decirles a sus hombres que se dieran media vuelta y dejasen de hacer lo que estuvieran haciendo, pero poco a poco la tensión fue desapareciendo y elfos y ehassies comenzaron a trabajar muchas veces en equipo, pese a no hablar las mismas lenguas.

A veces participaban en los entrenamientos de lucha. Elbérohir era un reputado soldado dentro de las filas élficas de Asuryon y le costaba participar en tareas como limpieza de las chozas o las calles, de modo que se centró en estudiar la forma de combatir de los ehassies. Observaba con atención su disciplina, sus artes (las cuales eran una mezcla entre la lucha cuerpo a cuerpo más brutal que jamás hubiera visto y la más asombrosa elegancia empuñando aquellas lanzas que parecían ser su arma predilecta). Había momentos que incluso tomaba un palo e imitaba las formas de los guerreros ehassies, sobre todo cuando estaba Yohalzín, el guerrero color cobre que parecía mostrar cierta simpatía con ellos. Otras veces llevaba la voz cantante Kualt Haroh, cuyas escamas eran rojas como el fuego, el cual no hacía esfuerzos por ocultar su disconformidad con la presencia de los elfos en la Ciudad Prohibida.

—Procura no estar cerca cuando sea él quien esté al mando —le sugirió Thil Ganir a Elbérohir—. No queremos que crear tensiones.

Y así se fueron sucediendo los días y las noches, sin mayores novedades que aquellas, intentando integrarse en la vida cotidiana de aquella civilización extraña y desconocida. Las pocas veces que Thil Ganir coincidía con Azó Nitzé le asaeteaba a preguntas de todo tipo, desde qué necesitaban de ellos hasta cómo hacerse entender con el resto de los ehassies. El chamán siempre parecía ocupado y con prisas, como si estuviera evitando encontrarse con el rey elfo, y las pocas veces que se detenía para prestarle atención siempre decía lo mismo:

—No hacer falta palabras para demostrar quien ser uno mismo —repetía con voz áspera y un terrible acento.

—Pero habrá algo que podamos hacer, tendremos algo que demostrar —respondía Thil Ganir, pero no hallaba otra respuesta que no fuese un ronco gruñido o el mismo silencio.

Las noches eran lo peor de su estancia. Por fortuna habían encontrado algo que hacer durante el día, aunque fuese monótono y

aburrido, pero al llegar el crepúsculo y esconderse el sol tras las montañas que los rodeaban la actividad en Shelmera cesaba, entonces era cuando cientos de pensamientos acudían a la cabeza del rey atelden. ¿Qué estaría pasando en Asuryon? ¿Habría llegado ya la guerra a Válindel? Pero sobre todo pensaba en Élennen, en si seguiría en la capital élfica o habría partido rumbo a la tierra de los hombres. Pensaba también en Célestor, en si seguiría al lado de su reina, protegiéndola con su vida. Y pensaba en ambos, juntos frente a la adversidad. Soberana y paladín, pero también amantes. Antaño lo fueron, ¿por qué no ahora también? El dolor y las dificultades acaban uniendo a las más extrañas parejas. ¿Por qué no iba a repetirse la historia con ellos? Thil Ganir no lograba apartar esos pensamientos de su corazón, y estos se lo aguijoneaban.

Una mañana, y tras pasar una noche atroz llena de oscuras sensaciones que concernían a Élennen y Célestor, Thil Ganir decidió ocupar su tiempo practicando el arte marcial con Elbérohir y con los ehassies, aprovechando que Yohalzín era el encargado de dirigir el entrenamiento. Se sentía frustrado y dolido y nada mejor que canalizar aquellos sentimientos en las prácticas para la batalla. Nunca antes lo había hecho, podría resultar divertido, de modo que se unió al pequeño grupo de guerreros y comenzó a imitar sus movimientos. Elbérohir ya dominaba con destreza las mismas técnicas que los propios ehassies. Se maravilló con la capacidad de asimilación de su capitán, y deseó algún día poder llegar a ese nivel de destreza con la lanza, la cual le hacía sentirse incómodo, torpe, como un pez fuera del agua. Su experiencia en el ámbito del combate se podría resumir en un número simbólico de prácticas con los maestros de armas de su casa y de Válindel, una vez fue coronado rey, pero jamás había participado en una batalla, ni siquiera en una escaramuza. De aquello se ocupaba el fiel y valiente Célestor. Siempre había sido él. Y ahora sentía que comparado con los ehassies, mucho más precisos y fluidos en sus movimientos, era un miserable insecto.

De camino a la gran explanada, donde se reunían los guerreros reptilianos para realizar su entrenamiento, se encontró con Elbérohir. El capitán de su guardia esperó a que Thil Ganir llegara a su altura para retomar el paso, saludándole con una marcial inclinación de cabeza. Ambos recorrieron el gran llano que se

extendía desde la gran pirámide, la más alta de todas, hasta el comienzo de la jungla. Era imponente aquella construcción donde se suponía que residía Tsau Hokán, el ehassie de escamas blancas, el líder de aquel extraño y bello pueblo. El rey de los atelden hizo memoria y cayó en la cuenta de que, le habían visto muy pocas veces desde que estaban allí. ¿Se pasaría la mayor parte de los días encerrado en la pirámide? ¿O tal vez ocupaba su tiempo en asuntos que lo mantenían alejado de la Ciudad Prohibida.

—Mi señor —la voz de Elbérohir le hizo salir de su ensimismamiento—, he de informaros de algo que me tiene muy preocupado.

Thil Ganir se paró en seco, envarado. Su corazón comenzó a galopar debajo del pecho. El capitán le agarró del brazo y le obligó casi a rastras a avanzar.

—Intentad aparentar normalidad, mi señor —dijo en un susurro, algo instintivo pues aquellos seres, salvo Azó Nitzé, no hablaban su lengua—, no queremos despertar suspicacias.

—Habla —el rey elfo sentía la boca pastosa.

—Elbérohir miró a ambos lados, cerciorándose de que nadie, ni siquiera uno de ellos, pudiera escucharlos.

—Faobereth ha desaparecido —dijo sin rodeos—. Dos días han pasado ya desde la última vez que lo vi, deambulando en silencio por la ciudad, como siempre.

Thil Ganir tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no perder el equilibrio y derrumbarse ante aquella nueva. ¡Era imposible! ¿Cómo había burlado la férrea vigilancia a la que los ehassies los tenían sometidos? Hizo un rápido barrido temporal con la memoria para caer en la cuenta de que Elbérohir estaba en lo cierto: no recordaba haber visto al señor del Bosque Perenne en varios días, y aquello era muy extraño.

—No puede ser —balbució.

—Me lo han confirmado varios de nuestros hombres, mi señor. He intentado encontrar algún rastro por las noches, cuando estos seres —señaló con la cabeza a los ehassies que se entrenaban a varios metros delante de ellos—se retiran para descansar. Son avezados guardianes, y me ha resultado muy complicado burlar a sus vigilantes nocturnos, pero lo conseguí y os aseguro que Faobereth se ha marchado.

El rey elfo sentía que el mundo se hundía bajo sus pies. ¿Cuánto tiempo tardarían los ehassies en darse cuenta de su ausencia y tomar represalias contra ellos? Intentó calmarse y aminorar el paso para ganar algo de tiempo hasta que llegasen a la altura de los guerreros que continuaban con sus prácticas, ignorando cualquier contratiempo.

—¿Por qué habría de marcharse Faobereth? ¿Y por qué no decirnos nada? —preguntó Thil Ganir, sin esperanza de encontrar respuesta.

—Nadie se fía completamente del señor del Bosque Perenne, mi señor, eso deberíais saberlo. Nunca ha sido un atelden… común.

Thil Ganir le dedicó una severa mirada a Elbérohir, pero el adusto soldado no mudó el gesto de su cara, ni siquiera un leve atisbo de arrepentimiento por sus palabras. Y no era el único elfo que pensaba así de Faobereth, su pasado estaba lleno de luces y sombras. Pertenecía a una casa de alta alcurnia, pues su madre era hermana del rey Gileon, aquel que engendró a su bastardo Mathrenduil en el vientre de Mórgathi. Su familia siempre gozó de todos los privilegios propios de la realeza, hasta que llegaron los días oscuros de la secesión élfica. Mathrenduil, instado por su madre, decidió acabar con todos aquellos que pudieran amenazar su derecho al trono de Asuryon, empezando por la casa de Faobereth. Su joven primo vio como exterminaban a sus padres y hermanos, menos a uno. El traidor Mathrenduil decidió perdonar la vida a Féndor, uno de sus hermanos mayores, para convertirlo en uno de sus acólitos. El propio Faobereth fue el encargado de quitarle la vida en un duelo fratricida, cuya herida más profunda fue ver como su acero le arrebataba el último aliento a Féndor. Desde entonces, y hasta que Mathrenduil marchó herido y maldito rumbo a Undraeth, el joven elfo fue perseguido y hostigado por las tropas del rey varelden, obligado a esconderse en los bosques, de vivir entre bestias, de sobrevivir a mil escaramuzas. Cuando los elfos oscuros fueron expulsados de Asuryon y llegó la paz al reino de los elfos, Faobereth no la halló. Poseído por el rencor y el odio hacia aquellos que habían destruido su casa, consagró su vida a la venganza, un sentimiento tan grande y embriagador que lo llevó a partir hacia Undraeth en busca de justicia con sabor a sangre.

El tiempo que el señor del Bosque Perenne pasó ocultándose de

sus perseguidores, vagando de un lugar a otro por todo Asuryon hasta llegar a los bosques, adquirió muchos conocimientos en herbología, los cuales le ayudaron a crear una sustancia que, al consumirla, le palidecía la piel llegando a adquirir el tono ceniciento de los varelden (de ahí que conservara cierta palidez en su piel: un efecto secundario debido al consumo de dicha sustancia sin medida durante un tiempo prolongado). Así pudo infiltrarse entre la sociedad elfa oscura e ir liquidando como una sombra a los más fieles y poderosos señores y soldados cercanos a Mathrenduil. Una vez tuvo al alcance de su mano matar a Mórgathi, con quien decían que llegó a compartir lecho, pero fue descubierto y tuvo que huir. Nadie sabe cómo logró escapar de las garras de la reina bruja y de la ira de Mathrenduil, pero reapareció en Asuryon moribundo y desquiciado. Desde entonces nadie se fiaba completamente de él, pues había pasado demasiado tiempo entre los varelden como para no haberse intoxicado de su ponzoña y sus mentiras.

—No —negó con firmeza Thil Ganir—. Jamás nos abandonaría. Faobereth no es un traidor.

Elbérohir guardó silencio, pero la tensión en su mandíbula y la fina línea en la que se había convertido sus labios reflejaban el desacuerdo con su rey.

Yohalzín les recibió con una leve inclinación de su draconiana cabeza y continuó con la instrucción. Los dos elfos tomaron las lanzas de entrenamiento y trataron de seguir lo movimientos de ehassie cobrizo. Elbérohir, que ya tenía a sus espaldas muchas horas dedicadas a aquellos ejercicios, no parecía haber perdido la concentración tras aquella noticia, pero Thil Ganir tuvo que parar un par de veces y tratar de centrarse, pues no conseguía prestar atención a las lecciones marciales de Yohalzín. Su mente le precipitaba mil y un pensamientos sobre la extraña desaparición de Faobereth. ¿Era posible que supiera cómo poder escapar de los ehassies y que no lo hubiera compartido con el resto? ¿Acaso planeaba venderlos a los varelden? ¿Estaría muerto? Sintió cómo la ansiedad iba apoderándose de él, creciendo en su interior para consumir la última gota de esperanza que aún le quedase. ¿Cómo había podido? Los había expuesto a todos. Cuando aquellos seres se percatasen de la ausencia del elfo, no habría piedad para ellos.

Azó Nitzé también apareció por allí. Para Thil Ganir aquello no

podía ser una coincidencia, más cuando llevaba días sin ver al chamán. Su presencia allí no ayudaba a que el rey de los atelden estuviera más calmado. Miraba de reojo al místico ehassie y juraría que sus ojos habían perforado el muro que trataba de ocultar sus secretos, sospechando que el elfo le ocultaba algo. Mas no hizo nada, ni un ademán de acercarse o solicitar hablar con él. Azó Nitzé permanecía allí quieto, con sus pupilas rasgadas, como las rendijas hacia un abismo, fijas en él. Lo sabía, seguro…

Las lecciones fueron bruscamente interrumpidas a causa de un alboroto que provenía de entre los exóticos árboles que rodeaban la ciudad. Gruñidos, chasquidos, rechinar de dientes que hicieron que Yohalzín alzara una de sus garras y, con una palabra cruda y gutural, mandase no seguir con los entrenamientos. Elbérohir lanzó una rápida mirada a su rey, advirtiendo que debían permanecer alertas. Sus manos se aferraron a aquella extraña y larga lanza, preparado para entrar en acción en caso de necesidad. ¿Habrían descubierto ya la ausencia de Faobereth?

Kualt Haroh, el guerrero ehassie de color rojo, surgió violentamente de la floresta, lanza en mano y profiriendo gruñidos y bramidos, cual bestia salvaje surgida de algún oscuro abismo. Le acompañaban una veintena de guerreros que, a punta de lanza, custodiaban a varios de los elfos de la guardia de Thil Ganir, los cuales permanecían maniatados y eran obligados a caminar casi a trompicones, con ojos que expresaban su desconcierto y su temor. Los habían descubierto.

El imponente draconiano rojo saltó, sin pensárselo dos veces, hacia Thil Ganir con la lanza en ristre, dispuesto a atravesar al elfo. Pero el filo de su arma fue desviado a escasos centímetros de su pecho por Elbérohir quien, al intuir una agresión por parte de aquellos seres, estaba presto para intervenir en cualquier momento. El ehassie chilló de odio y fijó su objetivo en el capitán elfo, que permanecía con las rodillas flexionadas dispuesto a responder a la acometida de Kualt Haroh. No fue necesario, ya que Yohalzín se colocó entre ambos y comenzó a bramar algo en su idioma, siendo respondido por el guerrero rojo, que gesticulaba y señalaba a Thil Ganir. Los ehassies permanecían en absoluta tensión, a la expectativa de la resolución de aquella violenta discusión. A esta se unió también Azó Nitzé, quien parecía intentar poner paz entre

ambos. De pronto, y tras una serie de acaloradas explicaciones por parte de Kualt Haroh, tanto el chamán como Yohalzín se volvieron hacia Thil Ganir. Era imposible descifrar aquellas faces reptilianas, carentes de toda expresión, pero no era difícil saber qué podían expresar.

—Kualt Haroh decir faltar uno vosotros —dijo sin rodeos Azó Nitzé.

Thil Ganir tragó saliva, intentando buscar una rápida y verosímil explicación. Pero no la hallaba.

El ehassie rojo seguía bramando en su lengua mientras apuntaba de forma amenazante a los elfos. Ahora la tensión de aquellos seres se proyectaba hacia ellos. Podían darse por muertos.

—¡Contesta! —exigió el chamán

Thil Ganir continuó en silencio. Buscó con la mirada a Elbérohir, quien permanecía en aquella posición de ataque, dispuesto a morir matando, defendiendo a su rey. Los ojos de los elfos apresados buscaban también una respuesta en los de su señor. Pero este no la encontraba.

—Faobereth nos ha dejado expuestos —escuchó decir a su capitán—. Nunca debimos fiarnos de él.

—¡Prometisteis aguardar! —Azó Nitzé se sentía traicionado—. ¡Jurasteis!

—¡Las acciones de un solo individuo no deben condicionar el destino de cientos! —se escuchó gritar Thil Ganir. No sabía si los ehassies entenderían sus palabras.

Y no debía ser así, pues continuaban rugiendo, bramando y gruñendo hostilmente contra los elfos. ¡Maldito Faobereth! Al final iba a resultar que todos los rumores que circulaban contra él eran ciertos.

Kualt Haroh no estaba dispuesto a esperar más: desenfundó un enorme cuchillo, cuya brillante hoja era piedra negra, y, apartando a un lado de un empujón a Yohalzín, se lanzó contra Thil Ganir. Elbérohir quiso defender a su señor, pero le salieron al paso dos ehassies que se lo impidieron. El enorme ser lanzó una patada con la planta del pie al pecho del rey elfo, que salió despedido un metro y aterrizó en el suelo. El golpe le hizo toser y quedarse ahí tirado paralizado. La sombra de Kualt Haroh se proyectaba sobre él. El cuchillo de obsidiana refulgía.

Y de pronto, una saeta cortó el aire, surgida de la nada, y acertó en el hombro del ehassie rojo. El guerrero aulló de dolor, el cuchillo cayó de sus manos y el desconcierto hizo acto de presencia entre los que allí estaban. Ni un solo ruido, ni una hoja o rama que se agitase entre la espesura de aquella jungla tan hermosa como inquietante. Entonces apareció, como una sombra surgida en mitad de una noche iluminada por la luna, la figura alargada y esbelta de Faobereth, con el arco largo presto para ser utilizado, acariciando con los dedos de su diestra las plumas de una de las flechas que reposaban en su carcaj. Su semblante, frío como el acero, permanecía impasible mientras se les acercaba con paso vivo. Sus ojos eran dos puñales que apuntaban amenazantes a Kualt Haroh.

—Dile que no lo intente —le dijo el elfo a Azó Nitzé, al ver cómo el guerrero ehassie se giraba para coger su cuchillo—, o haré puntería con la siguiente flecha. Y no para herir, precisamente.

El chamán tradujo a su lengua mientras que nadie movía ni un solo músculo, salvo Faobereth que ya estaba al lado de Thil Ganir. Sin dejar de vigilar a Kualt Haroh, le tendió una mano y le ayudó a incorporarse. El señor del Bosque Perenne tenía manchas de barro, lodo y sangre seca que no le pertenecía. De su cintura le colgaba un mugriento paquete de tela oscura de tamaño medio.

—Faobereth —dijo casi sin aliento el rey elfo. Este se giró para mirarlo, con aquella mirada ausente de toda emoción. A Thil Ganir le recorrió un escalofrío por el cuerpo. Le intimidaban más esos ojos que las amenazas y cuchillos ehassies.

—¡Insensato! —Le gritó Elbérohir, sin abandonar su posición de alerta—. ¡Nos has expuesto a todos!

Los draconianos, pese a seguir vacilando, tenían las lanzas preparadas para masacrar a los elfos a una señal de Yohalzin, quien parecía muy interesado en deshacer el entuerto. Faobereth retiró la mano de las flechas y desató el nudo que amarraba el fardo de tela a su cinto, dejando que este cayera a un lado y descubriera una cabeza de varelden cercenada. La testa rodó unos centímetros, mostrando el grotesco rictus de haber sufrido una muerte dolorosa. Los ehassies dieron unos pasos atrás, sobresaltados, bisbiseando en su extraña lengua, señalando el macabro trofeo. Thil Ganir contuvo las náuseas que le provocaba esa visión.

—Elfos oscuros —la voz de Faobereth cortaba como una cuchilla

recién afilada—. Una gran hueste proveniente de Lauzhyn, La Fortaleza del Dolor, ya ha cruzado la Meseta de los Caídos y está próxima a la Ciénaga del Olvido. Se dirigen aquí.

Los ehassies no entendían ni una sola palabra de lo que decía el elfo, pero intuían que no eran buenas noticias. Thil Ganir abrió los ojos tanto como le dejaron sus párpados.

—¿Dirigirse aquí? —intervino Azó Nitzé, con un leve atisbo de zozobra en su áspera voz.

—Vienen a masacraros —sentenció Faobereth—. La guerra ha llegado a Shelmera.

LÁNDALON

Allí donde cayó el pálido fuego del dragón no muerto solo quedó ceniza blanca. Jamás volvería a crecer la hierba y los animales esquivarían aquel lugar tanto como a un cazador. Un color tan puro, tan limpio, y si embargo representaba la desesperanza más profunda que los páravim recordaran. Sus gestas contra los krulls y los orcos se contaban a millares, en todas ellas siempre salía victorioso un noble caballero que, en el nombre del rey y de su tierra, segaba con su espada el mal amenazante se cernía sobre el nombre pueblo de Páravon. Ni siquiera los bárbaros de Mezóberran se atrevían a cruzar sus fronteras, pues era de sobra conocido el valor y la destreza de las órdenes de caballería. Pero contra aquello a que iban a enfrentarse no cabía la esperanza.

No hizo falta enterrar a los muertos. Aquellos a los que el fuego blanco llegó a tocar, aunque solo fuese de refilón, fueron consumidos por sus diabólicas llamas. No quedó nada de ellos, ni siquiera los huesos. Pasaron al olvido más absoluto en cuestión de segundos, devorados por el vacío de la nada. No habían dejado más que un vago recuerdo de lo que fue su existencia y un ejército diezmado en número y moral.

Y el miedo. El miedo que se había instalado sin permiso entre las filas de hombres que lanzaban nerviosas miradas al cielo cada vez que una nube ocultaba el sol, o cada vez que una rapaz nocturna agitaba sus alas en la noche, proyectando sombras siniestras de las que ya nadie se fiaba. El terror había venido para enrolarse en el ejército de Dúnel quien, como rey que era, debía ocultar el sentimiento que amenazaba con liderar la paulatina deserción de sus soldados. Cásthiel y Acthel tuvieron que permanecer firmes ante los primeros brotes de defección, amenazando con administrar la más dura ley de Páravon, considerando traición tal hecho y conllevando la pena capital. Solo así, intimidando, consiguieron que la tropa permaneciese fiel a su señor y su cometido.

No obstante, una vez se alejaron de ese maldito lugar y tomaron rumbo norte, Dúnel supo que la férrea disciplina no era suficiente para que sus hombres le fueran leales hasta el final. Porque,

¿cuántos de ellos no le abandonarían momentos antes de la batalla, cuando todo fuese caos y confusión? Debía convertirse en un símbolo, una seña por la que luchar, de modo que congregó a las huestes que le quedaban y les arengó justo al amanecer, símbolo de la luz, de la esperanza y de un nuevo día. Y aunque les dirigió palabras cargadas de épica, mencionando algunos de sus nombres y haciendo referencia a las hazañas que sus padres y los padres de sus padres habían llevado a cabo, sintió que estas carecían de la convicción y la fuerza que se le presuponía al discurso de un rey. Un emblema con pies de barro al que le faltaba la consistencia que le daban los grandes líderes. Dúnel no sentía que lo fuese.

El daño causado por la espectral criatura no solo se cuantificaba en efectivos militares, sino también en recursos. Habían perdido varios carros de provisiones, así como de logística de diversa índole. Algunos de los bueyes y caballos fueron consumidos por el pálido fuego, dejando cojas algunas de las secciones de provisión. Tuvieron que matar a las bestias que, por así decirlo, no eran indispensables para conseguir paliar la escasez de comida que, con toda seguridad, padecerían. Era la cara mala de la moneda; la buena, si es que podía llamarse así, era que avanzaban más deprisa, instigados por la urgencia de interceptar al enemigo y atacarle por la retaguardia. Pero a Dúnel le apremiaban otros motivos más terrenales.

Aún resonaban en su cabeza las últimas palabras de Lánzolt, o aquel ser que un día fue su amigo. Haré que conozcas el verdadero significado de la palabra dolor, como yo lo conocí. Todas las noches lo escuchaba en sueños, ¿o puede que no soñase? No te demores y parte cuanto antes al norte, antes de que encuentre a Danéleryn y comience a darte las primeras lecciones sobre el sufrimiento. Y al día siguiente urgía a sus huestes a marchar lo antes posible, lo más rápido posible. Y estos obedecían, no obstante, con el sinsabor que deja lo incierto y el regusto de la derrota todavía instalado en sus paladares.

—¿Estáis seguro de que era Lánzolt? —Le preguntó Cásthiel en una de las reuniones con todos los capitanes—

—Una sombra de lo que fue —apuntó Dúnel, cuya mirada se perdía en el mapa que habían desplegado en la mesa, el que marcaba la distancia que les separaba de Thanan.

—¿Qué locura le lleva a un hombre condenar su existencia de

por vida? —se preguntaba en voz alta Hásthar.

El rey calló. No dijo ni una palabra. ¿Qué iba a decir? ¿Que fue por su culpa, por una decisión mal tomada? El amor podía ser un sentimiento peligroso según las alegrías o padecimientos que obsequiase al corazón. Y al de Lánzolt, el cual ya no latía, le había otorgado más de lo segundo que de lo primero.

—Las provisiones escasean —explicó Acthel—. No llegaremos a las lindes del bosque antes de que se nos agoten y asignar una partida de caza solo nos retrasaría.

No podían permitirse el lujo de perder ni un solo segundo.

—La ciudad de Lándalon nos coge de camino —Cásthiel señaló con el dedo en el mapa, justo encima de donde quedaba marcada la urbe—. Podremos aprovisionarnos allí, descansar un poco y emprender el último tramo de la marcha con fuerzas y energías renovadas. No nos tomará más de un día.

—No tenemos un día —se apresuró a decir Dúnel.

—Es eso o dejar a la tropa sin comer, mi señor —contestó de nuevo Cásthiel—. Hombre y bestia deben llegar frescos a la batalla o, de lo contrario, cualquier mínima esperanza que tengamos de victoria quedará anulada.

Dúnel frunció el ceño y asintió de mala gana. Todo un día perdido…

—¿Tenemos noticias de Lord Ríthed? —preguntó Hásthar.

—No, la última vez que nos llegaron nuevas del señor de Lándalon informaba de su partida hacia Búrdelon.

—¿Hemos de entender que Lord Ríthed se ha encontrado con el enemigo?

—De ser así, habrán frenado su avance. Eso nos concede cierta ventaja —contestó Acthel.

También podrían estar todos muertos, se dijo el rey.

—En cualquier caso —continuó hablando el capitán de la Orden del Hipogrifo—, en Lándalon nos informarán.

—¿Cuánto nos separa de la ciudad? —preguntó Dúnel.

—Una jornada de viaje —respondió Cásthiel.

—Que se haga en menos —a fin de cuentas, iban a tener para descansar un maldito día completo.

Así pues, apenas pararon para descansar. Partieron antes de que rompiese el alba y no volvieron a parar hasta pasado el mediodía, lo

justo para tomar un rápido almuerzo y continuar la marcha. El sol comenzaba a esconderse por el oeste cuando, con sus últimos rayos de luz, lograron ver las murallas de Lándalon, morada de los caballeros de la Orden del Agua.

—Qué extraño —murmuró Acthel mirando hacia las almenas—. No parece que haya nadie vigilando.

—¿Anocheciendo? —Cásthiel enarcó una ceja—. No es posible.

—Quizás la ciudad ha sido evacuada —insistió el capitán de la Orden del Hipogrifo—. Si Lord Ríthed logró averiguar que el enemigo marcha hacia el norte, no sería de extrañar que ordenase poner a salvo a sus habitantes.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Dúnel, picando espuelas a su caballo y aproximándose a las puertas.

Lándalon era una ciudad situada en un prado al oeste de las Cumbres Heladas, cuyos altos muros grises formaban un octógono que la rodeaba. Alrededor de la misma, un profundo foso de agua oscura hacía las veces de defensa. Tenía robustas y achaparradas torres cilíndricas con tejados a dos aguas. Un auténtico fortín semejante a un bloque de granito. Cuando llegaron a los pies de esta, se encontraron el puente levadizo bajado.

—Una muestra más de que la ciudad no está defendida —señaló desconfiado Acthel.

Dúnel no dudó en acercarse hasta el portón, el cual estaba abierto. Dúnel se sintió incómodo al no sorprenderse por encontrar la ciudad abierta de par en par, ofreciéndose gozosa al pillaje y el latrocinio—

—Empuñad las armas —ordenó a sus hombres, sacando su espada de la vaina y sintiendo como se empapaban sus manos en sudor bajo su guante.

El interior de Lándalon era tan sobrio como su exterior, con edificios bajos y robustos muy juntos los unos de los otros, dando sensación de apelmazamiento. Dúnel sentía que aquel lugar era asfixiante, así que no demoró la inspección de la ciudad y ordenó a sus hombres que la peinasen palmo a palmo.

—No han hallado a nadie, mi señor —le informó Acthel, una vez se instalaron en el castillo de Lord Ríthed—. La ciudad está completamente vacía y no hemos encontrado nada que nos indique a dónde fueron.

Dúnel frunció el ceño y se frotó la sien con dos dedos.

—¿Quieres decir que una ciudad como esta está completamente vacía, sin rastro de sus habitantes, y que no sabemos a dónde han podido ir?

—Os diría, mi señor, que si no hubiese estado aquí en múltiples ocasiones, diría que la ciudad lleva años abandonada.

—¿Qué hay de las provisiones? —volvió a preguntar el rey.

—Como he dicho antes, mi señor, Lándalon parece una ciudad fantasma, sin indicios de haber estado habitada en mucho tiempo. No hay comida ni armas. Ordené a los hombres registrar cada casa, cada negocio, y nada encontraron. Ni siquiera huellas.

—¿Un ciudad entera desaparece y no dejan rastro alguno? —Lord Hásthar enarcó una ceja, extrañado.

—Así es.

—Discutir sobre el paradero de esta gente no va a solucionarnos nada —sentenció Dúnel, hastiado del tema—. Vinimos aquí en busca de aprovisionamiento y cobijo. Tenemos lo segundo. No hay nada que nos impida demorarnos para partir mañana temprano.

—Si me lo permitís, mi señor —intervino Acthel—, me gustaría organizar otro registro, antes de darlo todo por perdido.

—Yo apostaré hombres en los muros y en los alrededores del castillo —añadió Cásthiel—. Me ocuparé de asignar las guardias.

—Sea.

Dúnel ocupó los aposentos de Lord Ríthed, dado que el señor de la ciudad estaba ausente. Él y el resto de habitantes. ¿Cómo podía una ciudad quedar desierta en tan corto espacio de tiempo y no dejar ni un solo indicio de su marcha? Según le dijeron, no había signos de violencia, por lo que una masacre quedaba excluida, y tampoco había huellas que demostrasen una huida precipitada. ¿Dónde habían ido? Seguramente, el mariscal de la Orden del Agua advirtió de la presencia del enemigo y avisó a su pueblo para evitar un asedio o algo peor. Dúnel recordó el pálido fuego del dragón muerto y no pudo evitar imaginar a todas aquellas gentes de Lándalon envueltas en sus llamas, convirtiendo la ciudad en un infierno blanco. Sí, seguramente Ríthed actuó de ese modo y puso a salvo a los suyos. Pero, ¿por qué no le envió un cuervo poniéndole al tanto de todo? ¿Se habría encontrado con el enemigo? ¿Habría frenado el avance de Lánzolt y su ejército de no muertos? ¿Se

encontraría en ese momento luchando contra él y, de ser así, tendría ventaja o se estaría batiendo en retirada? Demasiadas preguntas para tanto cansancio en una noche avanzada. El rey se tumbó en el lecho del señor de Lándalon y trató de sumirse en un reconfortante y reparador sueño.

No habrían transcurrido ni dos horas cuando Dúnel se despertó, agitado por lo que él creía que eran sus ensoñaciones. Desorientado, miró a su alrededor intentando poner orden a su memoria a causa de aquel abrupto despertar. ¿Qué había soñado? Con gritos de espanto y de dolor, con abominaciones en la noche. Todavía parecía escucharlos, cerca, demasiado cerca. Se frotó los ojos con el dorso de la mano, intentando despejar la mente y desterrar los ecos de las pesadillas que aún resonaban en su cabeza, pero no lo consiguió. El pulso se le aceleró mientras comenzaba a entender que aquel sueño era muy real y no estaba sucediendo en su subconsciente, sino abajo, en el patio de armas, en las calles de Lándalon, en los muros de la ciudad. Llamó a los guardias que custodiaban la puerta de sus aposentos y fue respondido con confusas voces de terror y el sonido del entrechocar de los aceros.

Dúnel se precipitó hacia su espada justo en el momento en el que el silencio se instauró en el vestíbulo. Sus guardias habían dejado de gritar y eso solo podía significar una cosa, y esta no era nada buena. Apretó los dientes y sujetó el arma con ambas manos fuertemente, hasta que nudillos se le quedaron blancos. Un lánguido arrastrar de pasos se aproximaba, acompañado de un leve tintineo de metal. Su mirada recorrió a toda velocidad la estancia; no había salida, salvo una ventana que daba al patio exterior y cuya caía contaba con más de doce varas de altura. No había salida.

El pomo de la puerta se giró errando en el propósito de querer abrirla. Dúnel suspiró de alivio al recordar que había echado el pestillo, ahora solo quedaba esperar a que quien quiera que fuese el que estaba ahí fuera pasara de largo. Mas no fue así. Un brutal empellón hizo que los muros retumbasen y que las bisagras de la puerta de quejaran, al tiempo que a Dúnel se le encabritaba el corazón. Un segundo envite y un tercero. La madera crujió al mismo ritmo que crepitaban las brasas en la chimenea de la estancia. El cuarto choque la tiró abajo con gran estruendo, levantando una polvareda que se mezcló con la penumbra del

vestíbulo. Después de todo, iba a tener que luchar, se dijo el rey para sí.

Dúnel esperaba que entrase por la puerta casi cualquier cosa. Su experiencia con esa corrupta y maldita versión de Lánzolt y el daño infligido por su criatura le habían curado de espanto, o al menos eso creía. Al principio, no distinguió a la figura que se le aproximaba arrastrando la espada contra el suelo, con un caminar errático e indolente, pero cuando la luz de los candelabros se posó en él, reveló un espanto que provocó que al rey le flaqueasen las piernas. Una grotesca máscara, donde se dibujaba un gesto retorcido e inhumano, dejaba en evidencia unos rasgos conocidos aunque brutalmente transformados. El color del tabardo y los peces grabados en el pecho de su maltrecha y oxidada armadura lo dejaban claro del todo: era Lord Ríthed, solo que aquel ser era una broma macabra de lo que antaño fue el adusto caballero. Sus ojos tenían un velo blanquecino y su piel era de color cetrino, putrefacto, y todo él estaba cubierto de mugre, polvo y restos de sangre coagulada, propia y ajena. El señor de Lándalon había regresado de entre los muertos para reclamar su ciudad.

A Dúnel casi no le dio tiempo a reaccionar cuando aquella grotesca criatura se lanzó contra él, dejando escapar de su garganta un gruñido que tenía más de bestia que de hombre. Consiguió repeler el ataque dando un salto a un lado, un instante antes de que la espada de su adversario hiciera blanco en él. El acero chocó contra el suelo y saltaron pequeñas chispas fruto de la fricción. El cadáver andante de Ríthed giró bruscamente la cabeza, buscando a su presa quien se hallaba congelado de puro pánico. Un segundo ataque hizo que la sangre volviese a correr por las venas del rey, desviando la espada enemiga con la suya y contraatacando, pero su rival era inusualmente fuerte, teniendo en cuenta que estaba muerto, y parecía ir arrinconándolo con cada acometida.

Dúnel intentó pasar de esquivar golpes a ser él quien los diera, pero el cuerpo de Ríthed no se dejaba doblegar y seguía luchando con furia. Cada vez que lograba detener uno de ellos con su espada, la fuerza sobrenatural de su oponente le hacía ceder su brazo. Incluso prescindía de la espada y cargaba con su cuerpo o a base de patadas para alejar al muerto viviente de él. Y fue justo en uno de esos rechaces, cuando creía que las fuerzas le iban a abandonar

definitivamente dejándole a merced de su rival, cuando lo empujó violentamente contra la chimenea, la cual crepitaba y hacía danzar sus ondulantes llamas, las mismas que lamieron suavemente las raídas calzas de Ríthed y que hicieron que, en pocos segundos, ese ser maldito quedase envuelto en un abrasador abrazo. El cuerpo quedó paralizado, por un momento se podría decir que fue consciente de lo que le estaba sucediendo. Sin gritos ni lamentos, cayó como una inmensa tea a los pies del rey, el cual, aun temblando, observó cómo se consumía el que podía haber sido su asesino.

No había tiempo para saborear aquella victoria. Dúnel se precipitó hacia la ventana de sus aposentos y miró por ella hacia el patio de armas: abajo sus hombres luchaban contra los caballeros de Ríthed, o al menos lo que una vez fueron sus caballeros, pues su aspecto y sus heridas, negruzcas y coaguladas, debieron morir hace tiempo. Ahora los que morían eran sus hombres. Esquivó el carbonizado bulto en el que se había convertido el antiguo señor de Lándalon y se lanzó como un rayo por las escaleras. Si había que morir que fuese al lado de sus valientes.

No había llegado a salir al exterior cuando le salieron al paso varios de sus hombres. Parecían nerviosos, horrorizados, se gritaban mil y una órdenes y se afanaban por apuntalar la salida. Uno de ellos, el que parecía estar al mando, corrió a su encuentro. En sus ojos se reflejaba la angustia, pero también el consuelo de ver a su señor sano y salvo.

—¡Lándalon, mi señor! —Le gritó casi en la cara—. ¡Son muertos! ¡Muertos vivientes que se levantan contra nosotros!

Dúnel hizo acopio de valor para parecer tranquilo e intentar contagiar a sus hombres su aplomo.

—Creía que se había registrado la ciudad palmo a palmo —le reprochó con el ceño fruncido.

—Y así fue, mi señor. Pero emergieron de la tierra. ¡Estaban enterrados y salieron de debajo de la tierra!

Dúnel sintió que se mareaba. ¡Habían estado todo ese tiempo caminando sobre ellos! Habían estado allí, aguardando el momento para cogerles desprevenidos y masacrarlos. Lánzolt no iba a permitir que llegasen tan fácilmente a su encuentro.

—¿Qué hay de los soldados de fuera? —preguntó—. ¿Por qué se

atrancan las puertas si aún queda gente luchando?

—¡Porque la ciudad está perdida! —El soldado era presa del pánico—. ¡No podemos hacer nada por ellos!

El rey miró a su alrededor. Ni rastro de Cásthiel, de Hásthar o de Acthel.

—¿Dónde están mis capitanes? —preguntó furioso—. ¡Abrid las puertas ahora mismo!

—No —respondió el soldado, con la mirada fuera de sí.

Dúnel contestó con un duro golpe en la cara de muchacho con el pomo de su espalda. Cayó al suelo inconsciente ante la sorprendida mirada de los presentes, que se quedaron paralizados.

—Si no abrís las puertas —señaló a cada uno de los soldados—, el siguiente no recibirá solo un golpe.

Eran cuatro contra él, bien podrían haberse amotinado, pero algo debieron ver en los ojos de Dúnel y en el tono de su voz que no replicaron. Retiraron los maderos y dejaron la puerta libre para que el rey pudiera salir al encuentro de la batalla.

Afuera todo era desconcierto y confusión. Sus hombres luchaban y morían intentando detener a la horda de no muertos, a los que las espadas y flechas no parecían causarles daño alguno. Por doquier se veían pequeños huecos en la tierra, por donde se suponía que había emergido el enemigo. Sonaron cuernos, incluso la campana de la ciudad. Los gritos se confundían con los chillidos de dolor y de pánico, no se sabía quién estaba al mando, si es que había alguien, y todo el mundo parecía obviar la presencia de su rey. Parecía obvio: era lo que provocaba el instinto de supervivencia. Sin pensárselo mucho más, Dúnel se lanzó a la contienda junto con los suyos. No se le ocurrió una mejor manera de morir.

—¡Fuego! —Gritó sin esperanzas de ser oído—. ¡Fechas de fuego contra ellos! ¡Traed teas!

Inútil. El alboroto era tan grande que a duras penas logró escucharse a sí mismo. Los cadáveres andantes de lo que antaño fue la Orden del Agua eran vomitados sin parar por la tierra, atacando con furia a aquellos en los que sus velados ojos se posaban. Algunos morían y desgarraban la carne en un frenesí de sangre y vísceras antinatural. De fondo, los cuernos seguían bramando, advirtiendo que aquella sería la última música que escucharían sus oídos. De pronto, el rey consiguió distinguir a Cásthiel, quien se abría paso

entre un mar de manos muertas, armas oxidadas y bocas ansiosas. Abatiendo a todos cuantos le salían al paso, cortándoles la cabeza, logró situarse al lado de Dúnel. Le impactó ver el terror reflejado en los ojos del caballero, curtido como estaba en innumerables batallas.

—¡Mi señor, los muros! —Le gritó casi en la cara—. ¡Estamos perdidos!

—¿Hay más enemigos fuera, Cásthiel? —Le preguntó sin querer realmente la respuesta.

—¡Una horda de krulls! ¡Han rodeado la ciudad! Vienen con escalas, con arietes. ¡Están aliados con los muertos!

Funesta y demoledora noticia. Dúnel sintió una opresión en el pecho que casi le cortó la respiración. Enemigos dentro y fuera de las murallas de Lándalon. Los que intentaban entrar eran bestias ávidas de sangre, todo músculo y maldad; los que ya estaban intramuros de la ciudad eran muertos, sus antiguos hermanos de caballería que habían regresado de la muerte para masacrarlos. Estaban perdidos, no podían defender ese lugar.

—Abandonad los muros —le ordenó a Cásthiel—. La ciudad ha caído. Dejad que entren los krulls y buscad óleo. Hay que quemar este lugar con el enemigo dentro. Toca retirada. Nos marchamos. Todos a la puerta norte.

Su capitán vociferó las órdenes de su señor e hizo sonar el cuerno. Otros no tardaron en sumar sus graves notas y componer una melodía que señalaba su derrota. Consiguieron salvar a bastantes de los caballos, los cuales fueron muy difíciles de montar dado el caos que les rodeaba. Las bestias, agitadas, piafaban y se revolvían cuando se sintieron libres. Algunos hombres se llevaron coces que los lanzaron por los aires, dejándolos aturdidos y a merced de los muertos.

—¡Lord Hásthar ha caído! —Le informó Acthel, justo cuando le traía a su caballo—. ¡La Orden del Halcón Avizor huye! ¡Sus caballeros nos abandonan y los krulls ya han penetrado nuestras defensas!

Traidores. Dúnel no tenía tiempo para pensar en eso. Había que salir de allí.

—¡Prended fuego a la ciudad! ¡Nos marchamos!

Antorchas, teas y flechas de fuego lograron su cometido y

rápidamente las llamas se alzaban por encima de los muros, consumiendo la madera de los edificios y haciendo que estos se desplomaran sin remedio, levantando una polvareda que se acoplaba al humo negro que cegaba la vista y ahogaba gargantas. Dúnel y sus supervivientes, montados en sus caballos, tuvieron que abrirse paso entre muertos, krulls y fuego, a base de espada y de no mirar hacia atrás cuando alguno caía. No podían permitirse el lujo de reparar en ayudar a los que se quedaban atrás.

A duras penas, consiguieron atravesar la puerta norte de Lándalon, deteniéndose unos instantes para bloquear la misma provocando un pequeño derrumbe, donde el fuego, que había destrozado casi por completo los puntales y travesaños de la misma, le había echado una mano. Así pues, dejaron atrás un infierno atestado de bestias muertos y llamas, con un ejército menguado a causa de las deserciones y las bajas, y con el convencimiento de que en la próxima batalla, seguramente ya contra Lánzolt, no tendrían tanta suerte.

REVELACIONES

La frontera entre Thanan y el bosque de Drawlorn la delimitaba un pequeño claro que dividía ambas formaciones boscosas, aunque, a simple vista, cualquiera hubiera sabido diferenciar dónde empezaba uno y terminaba el otro. Ambos eran sombríos, frondosos, de vegetación cerrada, impenetrable para los no avezados en ese tipo de terreno, mas guardan una diferencia: mientras que Thanan presentaba un esquema cromático que abarcaba diferentes tonalidades de verde, Drawlorn era oscuro, negro como la sangre de los krulls que habitaban en él, un reflejo tenebroso del hogar de los elfos silvanos. Sus árboles y raíces crecían y se abrían camino en retorcidas formas, dando la impresión de que el bosque estaba siendo torturado de manera permanente por los oscuros poderes que habitaban en él. Y justo en ese claro, los punielden habían levantado sendos monolitos fronterizos, cuatro enormes bloques de obsidiana de seis varas de altura con runas de protección élficas grabadas en ellos. Mudos y amenazantes centinelas sin vida que, con su presencia, recordaban a los krulls dónde acababan sus dominios y donde empezaban sus problemas.

Los hombres de Páravon habían estado visiblemente nerviosos desde que los capturaron, una reacción normal frente a lo desconocido, y no habían dejado de hablar sobre la amenaza que se cernía sobre ellos, sobre el mal latente que arrasaría toda la Tierra Antigua, lamentándose continuamente y afirmando que ya no cabía la esperanza. Algo muy típico en los humanos, cuyas breves y efímeras vidas hacían que estos tendiesen hacia la exageración, el catastrofismo y la desesperanza. Los elfos tenían otra visión de la realidad que les rodeaba y no solían hacer caso a los excesos de los mortales. Sin embargo, Danéleryn, su reina, parecía distinta a todos ellos: comedida, serena, segura de sí misma y con una determinación cuando hablaba que hacía que, incluso los punielden, tomasen en cuenta sus palabras.

Cuando la reina de Páravon solicitó una vez más audiencia con los señores de Thanan, y nuevamente le fue negada, no maldijo ni desesperó sino que se limitó a expresar su intranquilidad por el

silencioso avance de los krulls. Su tierra había estado siendo atacada en los últimos tiempos en repetidas ocasiones y temía que, ante la ausencia de noticias, algo mayor se estuviese gestando en el corazón de Drawlorn. Un peligro callado, paciente, aguardando el momento de mayor debilidad y confianza de su presa para saltar a por ella. Los elfos, como cabía esperar, no hicieron caso de su advertencia pero decidieron consultar con Muras quien, a fin de cuentas, conocía sobradamente a Danéleryn. El antiguo caballero de Páravon no quiso pronunciarse de manera clara, pero dejó entrever que harían bien en tener en cuenta lo que decía. Al día siguiente, una partida de exploradores silvanos marchaban a ese punto fronterizo para averiguar qué podían traerse entre manos los krulls. Muras y Varya fueron con ellos.

—Creo que tus hermanos de Páravon —le dijo la elfa al caballero— tienen cierta tendencia a caer en el pánico con demasiada rapidez.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sin apartar la vista de las retorcidas ramas de Drawlorn.

—Los elfos no calibramos las amenazas como lo hacéis vosotros, los mortales. Deberías saberlo, Muras.

—Danéleryn —evitó tener que llamarla reina— es una mujer bastante contenida y sensata. Quizá si os molestaseis en conocerla…

—No nos hace falta. Sabemos cómo son los hombres. Llevamos siglos observando vuestras motivaciones, vuestros anhelos, vuestras debilidades. Mucho antes de que tú nacieras ya sabíamos qué era el hombre.

—Entonces no entiendo por qué tomasteis determinadas decisiones conmigo.

Varya resopló e hizo una mueca de hastío.

—Ya sabes por qué: tú eres diferente.

—Si crees que yo soy diferente deberías probar con Danéleryn —esbozó una media sonrisa mientras le dedicaba una mirada cómplice.

La elfa frunció el ceño.

—Veo que la conoces muy… a fondo.

—Prácticamente me crié con ella y con el que es su marido. ¡Vamos, no me mires así! Supongo que mi padre quería para mí un puesto en la corte, es lo que tiene ser el hijo menor, pero cuando

mataron a mi hermano y mi padre languideció hasta marchitarse, me vi obligado a ocupar el lugar de Lord Comandante de los Cuervos Errantes, la orden de caballería de mí familia. Un lugar que no me correspondía.

—Ahora estás donde te corresponde.

—Sí: en un bosque rodeado de elfos.

—Silencio —Varya se llevó un dedo a la boca—. Algo se mueve en la espesura.

—Es Naldin.

La figura encapuchada del esbelto elfo apareció de entre los árboles, acompañado únicamente por el silencio y portando su arco. Su sombra alargada se proyectó hacia ellos.

—Puede que la reina humana no se equivocase, después de todo —dijo directamente—. Hemos detectado movimiento muy cerca del claro. Un rebaño de krulls, no superarán el medio centenar.

—Un número habitual dentro de este tipo de rebaños nómadas —apuntó Varya, volviendo su vista hacia la insondable frondosidad del Drawlorn.

—He dispuesto centinelas en todos los puntos estratégicos —informó Naldin—, también en lo más alto de los árboles. Nada se moverá sin que lo sepamos.

Muras frunció el ceño.

—Cincuenta krulls no llaman tanto la atención como para que en Páravon se lleguen a preocupar —dijo—. Normalmente, suelen pasar desapercibidos a no ser que su número sea mayor o ataquen a alguna aldea.

—Pensaba que solíais darle más importancia a los hechos de lo que realmente tienen —el elfo torció la boca y dibujó una media sonrisa.

—La vida de un hombre es corta. Es normal que nos preocupemos, puede que para vosotros en exceso.

Sin embargo, Danéleryn no era así. Muras lo sabía, aunque hubiese renunciado a defender esa postura ante los punielden. Era comedida, reflexiva, incluso contenida en algunos momentos. Medio centenar de krulls no eran lo suficiente como para que la reina de Páravon lenvantase una sola ceja. Debía haber más, algo que se les escapaba. ¿Pero qué?

En ese momento, se escuchó un silbido, una nota parecida al

trino de un pájaro. Era una señal. Algo se movía en el Drawlorn. Las runas grabadas en los monolitos fronterizos comenzaron a emitir un brillo pálido, una tenue luz que destacaba en la oscura piedra. Era una advertencia. Muras intercambió miradas con los dos elfos y con un gesto de cabeza comenzaron a avanzar despacio y en completo silencio. Tras el amparo de la floresta, se acercaron todo lo que pudieron al claro, expectantes por ver qué ocurriría. El caballero alzó la vista y, aunque había que ser muy avezado para poder darse cuenta de ello, vio entre las gruesas ramas de los árboles a varios punielden prestos para descargar sus flechas contra cualquier posible amenaza.

Se escuchó un leve crujido, una pisada sobre hojas secas y ramitas, algo se movía en la espesura. No tardó en asomarse de entre las sombras la cabeza coronada con cuernos de carnero del primer krull, el cual parecía husmear a su alrededor, tanteando si era seguro continuar avanzando. La bestia no se percató de la cantidad de ojos que estaban puestos en él ni captó el olor de sus vigilantes, alzó su poderoso brazo y prosiguió con su marcha. Tras él, comenzaron a aparecer más krulls armados con toscas y ordinarias mazas, hachas y grandes espadones tan amenazantes como oxidados. Se movían en un intento de ser silenciosos, aunque a duras penas lo conseguían. Escrutaban el otro lado del claro, lanzando miradas de recelo y desconfianza hacia los monolitos fronterizos. Naldin echó mano de una flecha de su carcaj y la colocó con cuidado en su arco, tensando la cuerda mientras apuntaba a una de las bestias. El resto de elfos le imitaron.

—Espera —soltó de repente Muras, colocando su mano en el hombro de Naldin—. Algo no encaja.

El elfo silvano se giró y le miró con una mezcla de estupor e impaciencia.

—Avanzan hacia el sur —murmuró el caballero.

—¿Cómo? —preguntó Varya.

—Los krulls —señaló al rebaño de bestias—, marchan rumbo sur.

—¿No os parece extraño que un pequeño contingente de krulls cruce el Drawlorn hasta el claro para dirigirse al sur? Son bestias estúpidas pero saben que esto es la frontera con Thanan, nunca se exponen tanto. ¿Por qué hacerlo ahora? Podrían cruzar todo su

bosque y dirigirse allí sin llamar la atención.

Y era cierto. Normalmente, los krulls no solían acercarse tanto al claro a no ser que tuvieran la imprudencia de querer invadir Thanan. Las pocas veces que lo habían intentado, todo se había resuelto con una matanza de las bestias por parte de los punielden. Sus famosas batidas de caza constaban precisamente de eliminar toda presencia krull que se manifestase en las lindes de ambos bosques. Por eso, los infames habitantes del Drawlorn no osaban aparecer por allí, y cuando lo hacían era muy de pasada, sobrecogidos por la presencia amenazante de los negros monolitos y sus runas brillantes. Una callada advertencia a aquellos que pretendiesen ir más allá de sus límites.

Naldin y Varya miraron a Muras como si el caballero les hubiese abierto los ojos ante una realidad que a ellos se les escapaba. Tenía razón, no era lógico que los krulls se expusieran tanto para marchar al sur. La elfa apretó los labios hasta convertirlos en dos finas líneas.

—Solo hay una manera de responder a esa pregunta —dijo. Y, con una rapidez endiablada, desenvainó las espadas que llevaba a la espalda y saltó de entre las sombras al encuentro de las bestias.

Muras no tuvo tiempo de disuadirla o pararla. Antes de que quisiera pedir prudencia, Varya ya estaba inmersa en su particular danza de muerte, lanzando tajos y estocadas a los krulls, los cuales tardaron unos segundos en reaccionar y cuando lo hicieron la elfa ya había regado con su sangre la tierra del claro. Muras empuñó su espada y se lanzó contra los enemigos cuando las flechas ya llovían desde los árboles. Naldin le cubría la espalda. Las bestias berreaban y se defendían a duras penas. Si la intención del caballero era pasar desapercibido, para averiguar por qué los krulls habían ido de cabeza a la emboscada, había fracasado.

Dos krulls salieron al paso de Muras, quien trataba de avanzar para situarse espalda contra espalda con Varya. Ambas criaturas alzaron sus enormes hojas contra él, con violencia y fuerza bruta. De un golpe podrían partir por la mitad la cabeza de un hombre, pero, afortunadamente, sus movimientos eran lentos y dejaban entrever sus puntos vulnerables. Al primero, Muras le lanzó un tajo a la altura de la rótula, haciendo que la bestia se desestabilizase y cayese sobre esa rodilla. A continuación, dibujó un golpe diagonal

que cruzó el pecho del segundo krull, cayendo inerte a sus pies. Por último, se giró y, de un golpe, cortó la cabeza al que había herido.

Los elfos seguían abatiendo krulls con sus flechas, las cuales parecían salir desde todos los rincones, provocando un caos en sus enemigos que les impedía huir de la ratonera en la que habían caído. No era normal, desde luego, que se dejasen cazar de aquella manera, renunciando casi por completo a la lucha y centrándose en seguir su ilógico camino.

—¡Continúan avanzando hacia el sur! —Muras intentó hacerse oír, entre los bramidos y berreos de los enemigos, cuando estuvo al lado de Varya—. ¡No luchan, continúan su camino!

Los krulls solo alzaban sus armas cuando Muras y Varya les salían al paso, el resto aceleraban el paso y trataban de esquivar las flechas, pero siempre adelante. No resultaba ni lógico ni creíble que hubieran ido allí a morir deliberadamente. El caballero miró atrás, viendo como huían. Estaba claro que la respuesta no la obtendrían matándolos.

—Varya, intenta dejar a alguno con vida para interrogarlo —le dijo—. Yo voy a seguir a los que escapan.

Apenas pudo distinguir los gritos de la punielden, casi ordenándole que no lo hiciera, en mitad de aquella confusión. Se lanzó a la carrera tras los pasos de los krulls, intentando seguir el apresurado ritmo del rebaño que conseguía escapar de la mordedura letal de las saetas, abriéndose paso a espadazos, cercenando miembros, desparramando tripas nauseabundas y regando la tierra de sangre negra. No había tiempo para desfallecer, para tomar aliento. Había que averiguar el por qué de aquella absurda marcha.

Continuó corriendo, sorteando las retorcidas ramas que se asomaban de tanto en tanto por el claro hasta que, sin saber cómo, se encontró volando varios metros por encima del suelo hasta que se estrelló contra el tronco de un árbol. Su cuerpo cayó a plomo, la cabeza le daba vueltas y le dolía todo el costado derecho. No encontraba su espada. Algo que parecía ser un mugido, pero mucho más desgarrado y atronador, retumbó en sus oídos, desorientándole aún más. La neblina que le cubría la visión se fue disipando y reveló a un enorme ser, mucho más alto que un hombre y tres veces más fornido que él. Sus brazos eran como troncos y sus piernas

acababan en pezuñas. Donde debía estar la cabeza se encontraba una monstruosa testa de toro, coronada con amenazantes cuernos. Iba armado con una maza tan grande como una persona adulta. Sus ojos rojos refulgían con maldad y estaban clavados en Muras. Era un minotauro.

El caballero tuvo apenas tiempo de revolcarse por el suelo, escapando de la acometida de la enorme bestia. Un pinchazo dejó a Muras sin respiración. Quizá tendría alguna costilla rota y esta le impedía mover el brazo derecho con normalidad. Intentó recomponerse antes de que el minotauro volviese a cargar contra él. Pudo esquivarlo, pero trastabilló y cayó a los pies del engendro, quien le propinó una coz con sus pezuñas. Afortunadamente, el peto de la armadura contrarrestó el impacto aunque no evitó que rodara un par de metros por la tierra. Los krulls que iba persiguiendo seguían alejándose. Daba igual: aquella mole cornuda se bastaba para liquidarlo. Intentó ponerse en pie pero el aguijón que le mordía el pecho no le dejaba incorporarse. Estaba perdido.

El minotauro se acercó bufando, dispuesto a acabar con lo que había empezado, pero una flecha, surgida como de la nada, se lo impidió. La saeta atravesó uno de los brazos de la bestia, a la altura del bíceps, haciendo que soltara la maza. De entre las sombras, surgió la felina figura de Varya, corriendo como un rayo y volviendo a cargar su arco. La segunda flecha silbó y besó el pecho del minotauro, arrancándole un alarido sordo de dolor. La elfa tiró a un lado el arco y echó mano de sus espadas, acometiendo contra esa mole de músculo, pelo y cuernos. El minotauro braceó, evitando que Varya se le acercase, y consiguió hacerse con la maza de nuevo, pero la punielden era endiabladamente rápida y no se dejaba amedrentar. Parecía bailar alrededor de su enemigo con movimientos fluidos, elásticos, sin concederle un segundo para que consiguiera fijar la vista en ella.

La maza de la bestia trazó un amplio círculo, desesperado, sin alcanzar objetivo alguno. Varya, al ver que las patas del minotauro quedaban al descubierto, se lanzó a por una de ellas, cruzando ambas espadas a la altura de la ingle y rajando la dura carne y el músculo. La sangre salió a borbotones y un nuevo aullido de dolor hizo que hasta las ramas de los árboles se estremecieran. El engendro soltó la maza y trató de taponar la herida con ambas

manos, rendido a su fatal destino. La elfa no lo prolongó más. Con un corte en la garganta y una estocada al corazón acabó con tan temible enemigo.

Una vez concluida la tarea, Varya se acercó donde Muras permanecía sentado con una mano en el costado, doliéndose por los golpes recibidos. La punielden se apresuró a quitarle el peto, pero él la tomó de las manos para que no lo hiciera.

—No tenemos tiempo —dijo casi en un susurro. Le costaba hablar sin que le doliese—. Debemos ver hacia dónde se dirigen los krulls.

—Estás herido. Debo curarte.

—Sobreviviré. Vamos, ayúdame a ponerme en pie y avancemos. Estamos muy cerca.

—No podré disuadirte, ¿verdad?

—De la misma manera que no han podido evitar que me siguieras —Muras esbozó una sonrisa.

Apoyado en la elfa silvana, ambos avanzaron despacio hasta llegar al final del claro. Las huellas eran claras: los krulls se habían dirigido hacia allí. Con cautela, se asomaron entre los árboles.

—No puede ser… —Varya no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Deben de ser miles —dijo Muras—. Un rebaño de miles de krulls. Están cruzando el Élbor y reagrupándose más allá de la otra orilla.

—Entonces, esta marcha no ha sido casual.

—Era una distracción. Han sacrificado a un puñado de los suyos para poder moverse en las sombras, para que no sospechásemos y nuestra atención de centrase en otro lugar. No, no marchan al sur: se preparan para entrar en Thanan por donde es más vulnerable. Hemos caído en su trampa.

****

Lurien y Lothien, las Hermanas del Crepúsculo, no vivían dentro del mismo bosque, sino en las montañas que lindaban con él. Debido a que su misión era mover continuamente la Piedra de Ilethriel de lugar, lo más sensato era moverse por los lugares menos accesibles para hombres y otras criaturas. Y Las Cumbres Infinitas, que servían de frontera con el reino de Onun, eran el lugar ideal

para custodiar y ocultar la piedra vidente.

—Cuando han de recorrer distancias más amplias y pasar desapercibidas —les explicó Gélsar mientras ascendían por las escaleras de piedra que llevaban a la montaña— montan las grandes águilas que habitan aquí. Es lo más sensato cuando quieres alejar la piedra lo máximo posible del bosque.

Célestor no acababa de comprender del todo por qué mover aquel artefacto de lugar. Precisamente, viajando con él se podrían exponer a tener algún percance, incluso a extraviarlo. El corazón de Thanan era el lugar más seguro para custodiar algo que debía permanecer oculto, ya que los krulls jamás habían penetrado más allá de las lindes fronterizas con el Drawlorn y los hombres nunca se atreverían a hacerlo. Además, contaba no solo con la vigilancia de los propios punielden, también estaban los espíritus que moraban en el bosque: las dríades y los hombres árbol que, si bien permanecían en un estado de letargo casi perpetuo, en caso de amenaza reaccionarían y su furia sería incontrolable.

Pero Élennen sospechaba que había otra cuestión de fondo que se le escapaba al paladín. Sospechaba que la propia Elwen quería mantener la Piedra de Ilethriel alejada de ella misma. Sabía que descendían del mismo linaje, el cual fue bendito (o maldecido, según se mire) con el don de las visiones. La Señora del Bosque debía compartir ese don con ella, puede que incluso alguna vez se hubiera atrevido a consultar la piedra, y seguramente por eso no querría exponerse a su influencia y a la tentación de consultarla y ver algo que no quisiera, o que le hiciera cambiar de parecer sobre algunos asuntos. Los elfos silvanos habían decidido volver la cara a lo que ocurría tras sus altos árboles. No necesitaban saber más de lo necesario.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Célestor, ayudando a Élennen a subir los peldaños.

—Ya casi hemos llegado —contestó el extraño elfo.

Una vez la reina de los atelden decidió exponerse a las visiones de la piedra, comenzaron los preparativos para la marcha a las montañas. Éreborn y Ellwen coincidieron en que era mejor un grupo pequeño que un peregrinaje multitudinario, de modo que partieron Gélsar, Élennen, Célestor y las Hermanas del Crepúsculo. Avanzarían más rápido y llamarían menos la atención allá arriba.

Así pues, al día siguiente todo estaba dispuesto. Cuando llegaron a las Cumbres Infinitas, el extraño vidente abrió camino y las dos elfas silvanas cerraron la formación. Ascendían por una escalera de piedra que conducía a un amplio sendero que serpenteaba las montañas, por encima de los árboles del bosque y muy próximo al nacimiento del río Élbor. En aquellas alturas, el viento frío del norte arreciaba y les recordaba por qué aquellos caminos no eran transitados.

—Salvo la presencia de algún yeti u ogro dragón —decía Gélsar —, nadie marcha por aquí. Si continuásemos más allá de nuestro destino, el sendero se vuelve cada vez más abrupto y tortuoso, el viento golpea con más fuerza y la presencia de criaturas peligrosas aumenta. No, los hombres no son tan imprudentes. Jamás lo intentarían, y de hacerlo las águilas nos pondrían en alerta.

—¿Por qué no ha podido consultar la piedra en el bosque? —Volvió a preguntar Célestor—. ¿Por qué subir aquí?

—En el bosque hay demasiados espíritus y fuerzas misteriosas que podrían influir de una manera u otra en el resultado de la prueba. Tu reina aquí se hallará a sí misma. —Tenía sentido, aunque para Élennen aquello era motivo más que reforzaba su teoría sobre cómo Elwen quería mantenerse lo más alejada del influjo de la piedra—. Mirad, ya hemos llegado.

El sendero que seguían se abría unos metros más adelante, creando una gran explanada con el precipicio a un lado y la montaña al otro. Un poco más adelante, el camino continuaba aunque se estrechaba hasta casi no poder pasar una persona y se empinaba peligrosamente. En la pared de roca había una entrada a lo que parecía una pequeña caverna. Élennen se asomó para ver solo la oscuridad que le ofrecía el túnel que penetraba en el interior de las Cumbres Infinitas.

—Ahí es donde debes entrar —le indicó Gélsar—, y has de hacerlo tú sola. Lo que te muestre esta prueba ha de ser para ti. Nosotros esperaremos aquí. Lothien, entrégale la piedra.

La elfa silvana de cabello negro sacó un bulto envuelto en un paño basto de su macuto y se lo entregó a Élennen. Intercambió una mirada con Célestor, cuya expresión dejaba claro que aquello no le gustaba, antes de darse la vuelta, tomar la antorcha que Gélsar ya había encendido, y entrar en el túnel de la montaña. La primera

sensación que tuvo fue opresión, la cual dio paso a la angustia hasta acentuar la duda que casi le impulsa a salir de aquel oscuro agujero. Las paredes de piedra estaban lisas y pulidas, creando una boca negra perfectamente redondeada que se adentraba más y más profundo. La reina atelden anduvo unos instantes, observando a su alrededor, con la antorcha en una mano y la Piedra de Ilethriel envuelta en la otra, hasta que ya perdió de vista el resplandor que penetraba por la entrada y solo le rodeaban las sombras.

Dejó la tea en el suelo y, con manos temblorosas, comenzó a retirar pausadamente el trapo. La negra piedra apareció, sin mácula, brillante y pulida. Contemplarla era algo hipnótico. Algo tan simple y a la vez tan fascinante, tan atrayente… La tosca envoltura cayó al suelo y Élennen se vio a sí misma sujetando con ambas manos la esfera de obsidiana, clavando su mirada en ella. El artefacto resplandeció, un fogonazo que hizo que tuviera que cerrar los ojos, apretando con fuerza los párpados. Una luz blanca, cegadora, que parecía penetrar por cada poro de su cuerpo. Solo se atrevió a abrirlos cuando el resplandor pareció remitir. Volvía a estar iluminada solo por la antorcha, pero en el interior de la piedra comenzaron, de jirones de bruma, comenzaron a tomar forma personas, lugares e incluso sonidos.

La primera visión que se representó comenzó con el llanto de un recién nacido. Un niño que berreaba en brazos de su fatigada madre, aún lleno de restos de sangres y otros fluidos, mientras que su padre, un hombre de complexión fuerte y rubios cabellos largos, desgarraba con los dientes el cordón umbilical. De los labios de la madre brotó un nombre: Velthen. A continuación, la escena se fundió entre brumas para conformar otra diferente.

La segunda visión recorrió a vista de pájaro un inmenso campo de batalla. Miles de cuerpos se esparcían por donde quiera que la vista alcanzase y, al fondo, una ciudad de piedra gris y blanca lucía en sus murallas y su seno las cicatrices de la encarnizada lucha que había tendido lugar no hacía tanto tiempo. En su interior, sentado en un trono de mármol negro, un joven miraba con gesto grave un sepulcro con una estatua de piedra yaciente en la losa que lo cubría. Un rey de los hombres luciendo su corona y sujetando su espada, cuya empuñadura reposaba en el pecho. Antes de que la imagen comenzase a difuminarse, Élennen alcanzó a ver el rostro del

muchacho que ocupaba el trono. Quizá fuese la bruma en la que se deshacía, pero la reina elfa hubiera jurado que aquel no era el Elegido que se le había representado en sus anteriores visiones.

La tercera y última visión comenzó con llamas. Llamas abrasadoras que la rodeaban, que la acariciaban, que consumían su piel, su carne y sus huesos. Un fuego tan terrible como el que un día consumió lo poco que había de cordura y bondad en Mathrenduil, pero que, a diferencia del señor de los varelden, a ella no la devolvió. El dolor y la angustia se transformaron en paz, en calma, en una inmensa dicha como jamás hubiera experimentado. Ahora era consciente de cuanto le rodeaba: las estrellas, cuya titilante luz parecían marcarle el camino a seguir en aquella su ascensión; el viento, con cuyo suave mecer parecía elevarla por encima de las nubes, más allá de donde los ojos podían alcanzar; el firmamento, cuya vasta extensión parecía querer arroparla hasta que se fundiese con él. Ya no sentía su cuerpo inmortal, ahora era algo más, había trascendido. Era el precio que tenía que pagar a cuenta de su sacrificio. No había alternativa, no había otra opción o camino que recorrer. Ahora sabía que pronto moriría.

Cuando la tercera visión se desvaneció, Élennen respiraba agitadamente. Su corazón retumbaba en el pecho con la fuerza de tambores de guerra. Dejó caer la piedra de sus manos, provocando un sonido amortiguado que retumbó en la caverna al golpear contra el paño. Al frotárselas, fue consciente de lo frías que estaban. Dio un respingo al darse cuenta de ello, se asustó ante la realidad que, aunque llevase tiempo intentado convencerse, ahora le abofeteaba con toda su crudeza. Se estaba muriendo y nada podría parar aquello, ni siquiera alzándose con la victoria y desterrando al abismo al mal que se propagaba por la Tierra Antigua. Era su destino, no podía escapar de él.

Cuando salió al exterior, Élennen sintió el viento más frío que de costumbre, incluso la mortecina luz que el sol filtraba entre las nubes era más apagada, carente de energía. El primer rostro que se encontró fue el de Célestor. El paladín no podía disimular su inquietud. Gélsar la miraba con curiosidad, con su media cara tapada y sus ojos que ardían de curiosidad. Las Hermanas del Crepúsculo permanecían insondables.

—Tenéis el rostro desencajado —le señaló Célestor, con el ceño

fruncido—. ¿Qué os ha revelado la piedra?

Silencio por respuesta. Élennen permanecía en un estado de shock que le impedía siquiera articular una palabra. Sentía como sus ojos temblaban, como le picaban, el preludio de romper a llorar. Empujó con todas sus fuerzas el nudo que le ahogaba y se obligó a no derramar ni una sola lágrima y a hacer de su regio porte un escudo. Nadie debía saber la verdad de las visiones. Nadie. Y Célestor menos que ninguno.

Controló cada paso que daba, infundiendo en cada paso toda la seguridad de la que era capaz de hacer acopio. Se situó frente a Gélsar y le tendió la Piedra de Ilethriel. El vidente fue a cogerla, pero retiró las manos, como si la reliquia ardiese, y miró a la reina elfa. Su expresión de preocupación reveló que era consciente de lo que había visto.

—No harán falta palabras, ¿cierto? —Élennen se sorprendió al notar que la voz no le temblaba.

—No, mi señora —respondió con aflicción Gélsar—. No hacen falta.

Célestor vibraba de la incertidumbre.

—¿Qué es lo que sucede? —las palabras se le atropellaban.

Élennen se volvió hacia él, hacia el amor de su vida. El amor que su condición de reina de los atelden lo hacía imposible. Tan apuesto, tan servicial, tan fiel… Apenas se acordaba de Thil Ganir y los buenos momentos, sin embargo recordaba cada instante con Célestor, los buenos y los malos. La vida de un elfo era larga, mucho más cuando estás condenado a no conocer el amor verdadero, a vivir eternamente condenado a estar separado de la persona querida. Ahora esa vida se le antojaba un mero suspiro. Puso sus manos en el rostro del paladín, mirándole a los ojos, esos ojos dulces que ahora se asfixiaban en angustia y congoja. Sí, sabía que él estaba notando la frialdad de escapaba por sus dedos, puede que por primera vez fuese consciente de ello. No necesitaba saber más.

—Nos marchamos de Thanan, Célestor —anunció antes de retirar sus manos de su rostro. La última vez que sentiría su piel tan cerca.

SECRETOS DESVELADOS

La frontera entre Thanan y el bosque de Drawlorn la delimitaba un pequeño claro que dividía ambas formaciones boscosas, aunque, a simple vista, cualquiera hubiera sabido diferenciar dónde empezaba uno y terminaba el otro. Ambos eran sombríos, frondosos, de vegetación cerrada, impenetrable para los no avezados en ese tipo de terreno, mas guardan una diferencia: mientras que Thanan presentaba un esquema cromático que abarcaba diferentes tonalidades de verde, Drawlorn era oscuro, negro como la sangre de los krulls que habitaban en él, un reflejo tenebroso del hogar de los elfos silvanos. Sus árboles y raíces crecían y se abrían camino en retorcidas formas, dando la impresión de que el bosque estaba siendo torturado de manera permanente por los oscuros poderes que habitaban en él. Y justo en ese claro, los punielden habían levantado sendos monolitos fronterizos, cuatro enormes bloques de obsidiana de seis varas de altura con runas de protección élficas grabadas en ellos. Mudos y amenazantes centinelas sin vida que, con su presencia, recordaban a los krulls dónde acababan sus dominios y donde empezaban sus problemas.

Los hombres de Páravon habían estado visiblemente nerviosos desde que los capturaron, una reacción normal frente a lo desconocido, y no habían dejado de hablar sobre la amenaza que se cernía sobre ellos, sobre el mal latente que arrasaría toda la Tierra Antigua, lamentándose continuamente y afirmando que ya no cabía la esperanza. Algo muy típico en los humanos, cuyas breves y efímeras vidas hacían que estos tendiesen hacia la exageración, el catastrofismo y la desesperanza. Los elfos tenían otra visión de la realidad que les rodeaba y no solían hacer caso a los excesos de los mortales. Sin embargo, Danéleryn, su reina, parecía distinta a todos ellos: comedida, serena, segura de sí misma y con una determinación cuando hablaba que hacía que, incluso los punielden, tomasen en cuenta sus palabras.

Cuando la reina de Páravon solicitó una vez más audiencia con los señores de Thanan, y nuevamente le fue negada, no maldijo ni desesperó sino que se limitó a expresar su intranquilidad por el

silencioso avance de los krulls. Su tierra había estado siendo atacada en los últimos tiempos en repetidas ocasiones y temía que, ante la ausencia de noticias, algo mayor se estuviese gestando en el corazón de Drawlorn. Un peligro callado, paciente, aguardando el momento de mayor debilidad y confianza de su presa para saltar a por ella. Los elfos, como cabía esperar, no hicieron caso de su advertencia pero decidieron consultar con Muras quien, a fin de cuentas, conocía sobradamente a Danéleryn. El antiguo caballero de Páravon no quiso pronunciarse de manera clara, pero dejó entrever que harían bien en tener en cuenta lo que decía. Al día siguiente, una partida de exploradores silvanos marchaban a ese punto fronterizo para averiguar qué podían traerse entre manos los krulls. Muras y Varya fueron con ellos.

—Creo que tus hermanos de Páravon —le dijo la elfa al caballero— tienen cierta tendencia a caer en el pánico con demasiada rapidez.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sin apartar la vista de las retorcidas ramas de Drawlorn.

—Los elfos no calibramos las amenazas como lo hacéis vosotros, los mortales. Deberías saberlo, Muras.

—Danéleryn —evitó tener que llamarla reina— es una mujer bastante contenida y sensata. Quizá si os molestaseis en conocerla…

—No nos hace falta. Sabemos cómo son los hombres. Llevamos siglos observando vuestras motivaciones, vuestros anhelos, vuestras debilidades. Mucho antes de que tú nacieras ya sabíamos qué era el hombre.

—Entonces no entiendo por qué tomasteis determinadas decisiones conmigo.

Varya resopló e hizo una mueca de hastío.

—Ya sabes por qué: tú eres diferente.

—Si crees que yo soy diferente deberías probar con Danéleryn —esbozó una media sonrisa mientras le dedicaba una mirada cómplice.

La elfa frunció el ceño.

—Veo que la conoces muy… a fondo.

—Prácticamente me crié con ella y con el que es su marido. ¡Vamos, no me mires así! Supongo que mi padre quería para mí un puesto en la corte, es lo que tiene ser el hijo menor, pero cuando

mataron a mi hermano y mi padre languideció hasta marchitarse, me vi obligado a ocupar el lugar de Lord Comandante de los Cuervos Errantes, la orden de caballería de mí familia. Un lugar que no me correspondía.

—Ahora estás donde te corresponde.

—Sí: en un bosque rodeado de elfos.

—Silencio —Varya se llevó un dedo a la boca—. Algo se mueve en la espesura.

—Es Naldin.

La figura encapuchada del esbelto elfo apareció de entre los árboles, acompañado únicamente por el silencio y portando su arco. Su sombra alargada se proyectó hacia ellos.

—Puede que la reina humana no se equivocase, después de todo —dijo directamente—. Hemos detectado movimiento muy cerca del claro. Un rebaño de krulls, no superarán el medio centenar.

—Un número habitual dentro de este tipo de rebaños nómadas —apuntó Varya, volviendo su vista hacia la insondable frondosidad del Drawlorn.

—He dispuesto centinelas en todos los puntos estratégicos —informó Naldin—, también en lo más alto de los árboles. Nada se moverá sin que lo sepamos.

Muras frunció el ceño.

—Cincuenta krulls no llaman tanto la atención como para que en Páravon se lleguen a preocupar —dijo—. Normalmente, suelen pasar desapercibidos a no ser que su número sea mayor o ataquen a alguna aldea.

—Pensaba que solíais darle más importancia a los hechos de lo que realmente tienen —el elfo torció la boca y dibujó una media sonrisa.

—La vida de un hombre es corta. Es normal que nos preocupemos, puede que para vosotros en exceso.

Sin embargo, Danéleryn no era así. Muras lo sabía, aunque hubiese renunciado a defender esa postura ante los punielden. Era comedida, reflexiva, incluso contenida en algunos momentos. Medio centenar de krulls no eran lo suficiente como para que la reina de Páravon lenvantase una sola ceja. Debía haber más, algo que se les escapaba. ¿Pero qué?

En ese momento, se escuchó un silbido, una nota parecida al

trino de un pájaro. Era una señal. Algo se movía en el Drawlorn. Las runas grabadas en los monolitos fronterizos comenzaron a emitir un brillo pálido, una tenue luz que destacaba en la oscura piedra. Era una advertencia. Muras intercambió miradas con los dos elfos y con un gesto de cabeza comenzaron a avanzar despacio y en completo silencio. Tras el amparo de la floresta, se acercaron todo lo que pudieron al claro, expectantes por ver qué ocurriría. El caballero alzó la vista y, aunque había que ser muy avezado para poder darse cuenta de ello, vio entre las gruesas ramas de los árboles a varios punielden prestos para descargar sus flechas contra cualquier posible amenaza.

Se escuchó un leve crujido, una pisada sobre hojas secas y ramitas, algo se movía en la espesura. No tardó en asomarse de entre las sombras la cabeza coronada con cuernos de carnero del primer krull, el cual parecía husmear a su alrededor, tanteando si era seguro continuar avanzando. La bestia no se percató de la cantidad de ojos que estaban puestos en él ni captó el olor de sus vigilantes, alzó su poderoso brazo y prosiguió con su marcha. Tras él, comenzaron a aparecer más krulls armados con toscas y ordinarias mazas, hachas y grandes espadones tan amenazantes como oxidados. Se movían en un intento de ser silenciosos, aunque a duras penas lo conseguían. Escrutaban el otro lado del claro, lanzando miradas de recelo y desconfianza hacia los monolitos fronterizos. Naldin echó mano de una flecha de su carcaj y la colocó con cuidado en su arco, tensando la cuerda mientras apuntaba a una de las bestias. El resto de elfos le imitaron.

—Espera —soltó de repente Muras, colocando su mano en el hombro de Naldin—. Algo no encaja.

El elfo silvano se giró y le miró con una mezcla de estupor e impaciencia.

—Avanzan hacia el sur —murmuró el caballero.

—¿Cómo? —preguntó Varya.

—Los krulls —señaló al rebaño de bestias—, marchan rumbo sur.

—¿No os parece extraño que un pequeño contingente de krulls cruce el Drawlorn hasta el claro para dirigirse al sur? Son bestias estúpidas pero saben que esto es la frontera con Thanan, nunca se exponen tanto. ¿Por qué hacerlo ahora? Podrían cruzar todo su

bosque y dirigirse allí sin llamar la atención.

Y era cierto. Normalmente, los krulls no solían acercarse tanto al claro a no ser que tuvieran la imprudencia de querer invadir Thanan. Las pocas veces que lo habían intentado, todo se había resuelto con una matanza de las bestias por parte de los punielden. Sus famosas batidas de caza constaban precisamente de eliminar toda presencia krull que se manifestase en las lindes de ambos bosques. Por eso, los infames habitantes del Drawlorn no osaban aparecer por allí, y cuando lo hacían era muy de pasada, sobrecogidos por la presencia amenazante de los negros monolitos y sus runas brillantes. Una callada advertencia a aquellos que pretendiesen ir más allá de sus límites.

Naldin y Varya miraron a Muras como si el caballero les hubiese abierto los ojos ante una realidad que a ellos se les escapaba. Tenía razón, no era lógico que los krulls se expusieran tanto para marchar al sur. La elfa apretó los labios hasta convertirlos en dos finas líneas.

—Solo hay una manera de responder a esa pregunta —dijo. Y, con una rapidez endiablada, desenvainó las espadas que llevaba a la espalda y saltó de entre las sombras al encuentro de las bestias.

Muras no tuvo tiempo de disuadirla o pararla. Antes de que quisiera pedir prudencia, Varya ya estaba inmersa en su particular danza de muerte, lanzando tajos y estocadas a los krulls, los cuales tardaron unos segundos en reaccionar y cuando lo hicieron la elfa ya había regado con su sangre la tierra del claro. Muras empuñó su espada y se lanzó contra los enemigos cuando las flechas ya llovían desde los árboles. Naldin le cubría la espalda. Las bestias berreaban y se defendían a duras penas. Si la intención del caballero era pasar desapercibido, para averiguar por qué los krulls habían ido de cabeza a la emboscada, había fracasado.

Dos krulls salieron al paso de Muras, quien trataba de avanzar para situarse espalda contra espalda con Varya. Ambas criaturas alzaron sus enormes hojas contra él, con violencia y fuerza bruta. De un golpe podrían partir por la mitad la cabeza de un hombre, pero, afortunadamente, sus movimientos eran lentos y dejaban entrever sus puntos vulnerables. Al primero, Muras le lanzó un tajo a la altura de la rótula, haciendo que la bestia se desestabilizase y cayese sobre esa rodilla. A continuación, dibujó un golpe diagonal

que cruzó el pecho del segundo krull, cayendo inerte a sus pies. Por último, se giró y, de un golpe, cortó la cabeza al que había herido.

Los elfos seguían abatiendo krulls con sus flechas, las cuales parecían salir desde todos los rincones, provocando un caos en sus enemigos que les impedía huir de la ratonera en la que habían caído. No era normal, desde luego, que se dejasen cazar de aquella manera, renunciando casi por completo a la lucha y centrándose en seguir su ilógico camino.

—¡Continúan avanzando hacia el sur! —Muras intentó hacerse oír, entre los bramidos y berreos de los enemigos, cuando estuvo al lado de Varya—. ¡No luchan, continúan su camino!

Los krulls solo alzaban sus armas cuando Muras y Varya les salían al paso, el resto aceleraban el paso y trataban de esquivar las flechas, pero siempre adelante. No resultaba ni lógico ni creíble que hubieran ido allí a morir deliberadamente. El caballero miró atrás, viendo como huían. Estaba claro que la respuesta no la obtendrían matándolos.

—Varya, intenta dejar a alguno con vida para interrogarlo —le dijo—. Yo voy a seguir a los que escapan.

Apenas pudo distinguir los gritos de la punielden, casi ordenándole que no lo hiciera, en mitad de aquella confusión. Se lanzó a la carrera tras los pasos de los krulls, intentando seguir el apresurado ritmo del rebaño que conseguía escapar de la mordedura letal de las saetas, abriéndose paso a espadazos, cercenando miembros, desparramando tripas nauseabundas y regando la tierra de sangre negra. No había tiempo para desfallecer, para tomar aliento. Había que averiguar el por qué de aquella absurda marcha.

Continuó corriendo, sorteando las retorcidas ramas que se asomaban de tanto en tanto por el claro hasta que, sin saber cómo, se encontró volando varios metros por encima del suelo hasta que se estrelló contra el tronco de un árbol. Su cuerpo cayó a plomo, la cabeza le daba vueltas y le dolía todo el costado derecho. No encontraba su espada. Algo que parecía ser un mugido, pero mucho más desgarrado y atronador, retumbó en sus oídos, desorientándole aún más. La neblina que le cubría la visión se fue disipando y reveló a un enorme ser, mucho más alto que un hombre y tres veces más fornido que él. Sus brazos eran como troncos y sus piernas

acababan en pezuñas. Donde debía estar la cabeza se encontraba una monstruosa testa de toro, coronada con amenazantes cuernos. Iba armado con una maza tan grande como una persona adulta. Sus ojos rojos refulgían con maldad y estaban clavados en Muras. Era un minotauro.

El caballero tuvo apenas tiempo de revolcarse por el suelo, escapando de la acometida de la enorme bestia. Un pinchazo dejó a Muras sin respiración. Quizá tendría alguna costilla rota y esta le impedía mover el brazo derecho con normalidad. Intentó recomponerse antes de que el minotauro volviese a cargar contra él. Pudo esquivarlo, pero trastabilló y cayó a los pies del engendro, quien le propinó una coz con sus pezuñas. Afortunadamente, el peto de la armadura contrarrestó el impacto aunque no evitó que rodara un par de metros por la tierra. Los krulls que iba persiguiendo seguían alejándose. Daba igual: aquella mole cornuda se bastaba para liquidarlo. Intentó ponerse en pie pero el aguijón que le mordía el pecho no le dejaba incorporarse. Estaba perdido.

El minotauro se acercó bufando, dispuesto a acabar con lo que había empezado, pero una flecha, surgida como de la nada, se lo impidió. La saeta atravesó uno de los brazos de la bestia, a la altura del bíceps, haciendo que soltara la maza. De entre las sombras, surgió la felina figura de Varya, corriendo como un rayo y volviendo a cargar su arco. La segunda flecha silbó y besó el pecho del minotauro, arrancándole un alarido sordo de dolor. La elfa tiró a un lado el arco y echó mano de sus espadas, acometiendo contra esa mole de músculo, pelo y cuernos. El minotauro braceó, evitando que Varya se le acercase, y consiguió hacerse con la maza de nuevo, pero la punielden era endiabladamente rápida y no se dejaba amedrentar. Parecía bailar alrededor de su enemigo con movimientos fluidos, elásticos, sin concederle un segundo para que consiguiera fijar la vista en ella.

La maza de la bestia trazó un amplio círculo, desesperado, sin alcanzar objetivo alguno. Varya, al ver que las patas del minotauro quedaban al descubierto, se lanzó a por una de ellas, cruzando ambas espadas a la altura de la ingle y rajando la dura carne y el músculo. La sangre salió a borbotones y un nuevo aullido de dolor hizo que hasta las ramas de los árboles se estremecieran. El engendro soltó la maza y trató de taponar la herida con ambas

manos, rendido a su fatal destino. La elfa no lo prolongó más. Con un corte en la garganta y una estocada al corazón acabó con tan temible enemigo.

Una vez concluida la tarea, Varya se acercó donde Muras permanecía sentado con una mano en el costado, doliéndose por los golpes recibidos. La punielden se apresuró a quitarle el peto, pero él la tomó de las manos para que no lo hiciera.

—No tenemos tiempo —dijo casi en un susurro. Le costaba hablar sin que le doliese—. Debemos ver hacia dónde se dirigen los krulls.

—Estás herido. Debo curarte.

—Sobreviviré. Vamos, ayúdame a ponerme en pie y avancemos. Estamos muy cerca.

—No podré disuadirte, ¿verdad?

—De la misma manera que no han podido evitar que me siguieras —Muras esbozó una sonrisa.

Apoyado en la elfa silvana, ambos avanzaron despacio hasta llegar al final del claro. Las huellas eran claras: los krulls se habían dirigido hacia allí. Con cautela, se asomaron entre los árboles.

—No puede ser… —Varya no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Deben de ser miles —dijo Muras—. Un rebaño de miles de krulls. Están cruzando el Élbor y reagrupándose más allá de la otra orilla.

—Entonces, esta marcha no ha sido casual.

—Era una distracción. Han sacrificado a un puñado de los suyos para poder moverse en las sombras, para que no sospechásemos y nuestra atención de centrase en otro lugar. No, no marchan al sur: se preparan para entrar en Thanan por donde es más vulnerable. Hemos caído en su trampa.

****

Lurien y Lothien, las Hermanas del Crepúsculo, no vivían dentro del mismo bosque, sino en las montañas que lindaban con él. Debido a que su misión era mover continuamente la Piedra de Ilethriel de lugar, lo más sensato era moverse por los lugares menos accesibles para hombres y otras criaturas. Y Las Cumbres Infinitas, que servían de frontera con el reino de Onun, eran el lugar ideal

para custodiar y ocultar la piedra vidente.

—Cuando han de recorrer distancias más amplias y pasar desapercibidas —les explicó Gélsar mientras ascendían por las escaleras de piedra que llevaban a la montaña— montan las grandes águilas que habitan aquí. Es lo más sensato cuando quieres alejar la piedra lo máximo posible del bosque.

Célestor no acababa de comprender del todo por qué mover aquel artefacto de lugar. Precisamente, viajando con él se podrían exponer a tener algún percance, incluso a extraviarlo. El corazón de Thanan era el lugar más seguro para custodiar algo que debía permanecer oculto, ya que los krulls jamás habían penetrado más allá de las lindes fronterizas con el Drawlorn y los hombres nunca se atreverían a hacerlo. Además, contaba no solo con la vigilancia de los propios punielden, también estaban los espíritus que moraban en el bosque: las dríades y los hombres árbol que, si bien permanecían en un estado de letargo casi perpetuo, en caso de amenaza reaccionarían y su furia sería incontrolable.

Pero Élennen sospechaba que había otra cuestión de fondo que se le escapaba al paladín. Sospechaba que la propia Elwen quería mantener la Piedra de Ilethriel alejada de ella misma. Sabía que descendían del mismo linaje, el cual fue bendito (o maldecido, según se mire) con el don de las visiones. La Señora del Bosque debía compartir ese don con ella, puede que incluso alguna vez se hubiera atrevido a consultar la piedra, y seguramente por eso no querría exponerse a su influencia y a la tentación de consultarla y ver algo que no quisiera, o que le hiciera cambiar de parecer sobre algunos asuntos. Los elfos silvanos habían decidido volver la cara a lo que ocurría tras sus altos árboles. No necesitaban saber más de lo necesario.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Célestor, ayudando a Élennen a subir los peldaños.

—Ya casi hemos llegado —contestó el extraño elfo.

Una vez la reina de los atelden decidió exponerse a las visiones de la piedra, comenzaron los preparativos para la marcha a las montañas. Éreborn y Ellwen coincidieron en que era mejor un grupo pequeño que un peregrinaje multitudinario, de modo que partieron Gélsar, Élennen, Célestor y las Hermanas del Crepúsculo. Avanzarían más rápido y llamarían menos la atención allá arriba.

Así pues, al día siguiente todo estaba dispuesto. Cuando llegaron a las Cumbres Infinitas, el extraño vidente abrió camino y las dos elfas silvanas cerraron la formación. Ascendían por una escalera de piedra que conducía a un amplio sendero que serpenteaba las montañas, por encima de los árboles del bosque y muy próximo al nacimiento del río Élbor. En aquellas alturas, el viento frío del norte arreciaba y les recordaba por qué aquellos caminos no eran transitados.

—Salvo la presencia de algún yeti u ogro dragón —decía Gélsar —, nadie marcha por aquí. Si continuásemos más allá de nuestro destino, el sendero se vuelve cada vez más abrupto y tortuoso, el viento golpea con más fuerza y la presencia de criaturas peligrosas aumenta. No, los hombres no son tan imprudentes. Jamás lo intentarían, y de hacerlo las águilas nos pondrían en alerta.

—¿Por qué no ha podido consultar la piedra en el bosque? —Volvió a preguntar Célestor—. ¿Por qué subir aquí?

—En el bosque hay demasiados espíritus y fuerzas misteriosas que podrían influir de una manera u otra en el resultado de la prueba. Tu reina aquí se hallará a sí misma. —Tenía sentido, aunque para Élennen aquello era motivo más que reforzaba su teoría sobre cómo Elwen quería mantenerse lo más alejada del influjo de la piedra—. Mirad, ya hemos llegado.

El sendero que seguían se abría unos metros más adelante, creando una gran explanada con el precipicio a un lado y la montaña al otro. Un poco más adelante, el camino continuaba aunque se estrechaba hasta casi no poder pasar una persona y se empinaba peligrosamente. En la pared de roca había una entrada a lo que parecía una pequeña caverna. Élennen se asomó para ver solo la oscuridad que le ofrecía el túnel que penetraba en el interior de las Cumbres Infinitas.

—Ahí es donde debes entrar —le indicó Gélsar—, y has de hacerlo tú sola. Lo que te muestre esta prueba ha de ser para ti. Nosotros esperaremos aquí. Lothien, entrégale la piedra.

La elfa silvana de cabello negro sacó un bulto envuelto en un paño basto de su macuto y se lo entregó a Élennen. Intercambió una mirada con Célestor, cuya expresión dejaba claro que aquello no le gustaba, antes de darse la vuelta, tomar la antorcha que Gélsar ya había encendido, y entrar en el túnel de la montaña. La primera

sensación que tuvo fue opresión, la cual dio paso a la angustia hasta acentuar la duda que casi le impulsa a salir de aquel oscuro agujero. Las paredes de piedra estaban lisas y pulidas, creando una boca negra perfectamente redondeada que se adentraba más y más profundo. La reina atelden anduvo unos instantes, observando a su alrededor, con la antorcha en una mano y la Piedra de Ilethriel envuelta en la otra, hasta que ya perdió de vista el resplandor que penetraba por la entrada y solo le rodeaban las sombras.

Dejó la tea en el suelo y, con manos temblorosas, comenzó a retirar pausadamente el trapo. La negra piedra apareció, sin mácula, brillante y pulida. Contemplarla era algo hipnótico. Algo tan simple y a la vez tan fascinante, tan atrayente… La tosca envoltura cayó al suelo y Élennen se vio a sí misma sujetando con ambas manos la esfera de obsidiana, clavando su mirada en ella. El artefacto resplandeció, un fogonazo que hizo que tuviera que cerrar los ojos, apretando con fuerza los párpados. Una luz blanca, cegadora, que parecía penetrar por cada poro de su cuerpo. Solo se atrevió a abrirlos cuando el resplandor pareció remitir. Volvía a estar iluminada solo por la antorcha, pero en el interior de la piedra comenzaron, de jirones de bruma, comenzaron a tomar forma personas, lugares e incluso sonidos.

La primera visión que se representó comenzó con el llanto de un recién nacido. Un niño que berreaba en brazos de su fatigada madre, aún lleno de restos de sangres y otros fluidos, mientras que su padre, un hombre de complexión fuerte y rubios cabellos largos, desgarraba con los dientes el cordón umbilical. De los labios de la madre brotó un nombre: Velthen. A continuación, la escena se fundió entre brumas para conformar otra diferente.

La segunda visión recorrió a vista de pájaro un inmenso campo de batalla. Miles de cuerpos se esparcían por donde quiera que la vista alcanzase y, al fondo, una ciudad de piedra gris y blanca lucía en sus murallas y su seno las cicatrices de la encarnizada lucha que había tendido lugar no hacía tanto tiempo. En su interior, sentado en un trono de mármol negro, un joven miraba con gesto grave un sepulcro con una estatua de piedra yaciente en la losa que lo cubría. Un rey de los hombres luciendo su corona y sujetando su espada, cuya empuñadura reposaba en el pecho. Antes de que la imagen comenzase a difuminarse, Élennen alcanzó a ver el rostro del

muchacho que ocupaba el trono. Quizá fuese la bruma en la que se deshacía, pero la reina elfa hubiera jurado que aquel no era el Elegido que se le había representado en sus anteriores visiones.

La tercera y última visión comenzó con llamas. Llamas abrasadoras que la rodeaban, que la acariciaban, que consumían su piel, su carne y sus huesos. Un fuego tan terrible como el que un día consumió lo poco que había de cordura y bondad en Mathrenduil, pero que, a diferencia del señor de los varelden, a ella no la devolvió. El dolor y la angustia se transformaron en paz, en calma, en una inmensa dicha como jamás hubiera experimentado. Ahora era consciente de cuanto le rodeaba: las estrellas, cuya titilante luz parecían marcarle el camino a seguir en aquella su ascensión; el viento, con cuyo suave mecer parecía elevarla por encima de las nubes, más allá de donde los ojos podían alcanzar; el firmamento, cuya vasta extensión parecía querer arroparla hasta que se fundiese con él. Ya no sentía su cuerpo inmortal, ahora era algo más, había trascendido. Era el precio que tenía que pagar a cuenta de su sacrificio. No había alternativa, no había otra opción o camino que recorrer. Ahora sabía que pronto moriría.

Cuando la tercera visión se desvaneció, Élennen respiraba agitadamente. Su corazón retumbaba en el pecho con la fuerza de tambores de guerra. Dejó caer la piedra de sus manos, provocando un sonido amortiguado que retumbó en la caverna al golpear contra el paño. Al frotárselas, fue consciente de lo frías que estaban. Dio un respingo al darse cuenta de ello, se asustó ante la realidad que, aunque llevase tiempo intentado convencerse, ahora le abofeteaba con toda su crudeza. Se estaba muriendo y nada podría parar aquello, ni siquiera alzándose con la victoria y desterrando al abismo al mal que se propagaba por la Tierra Antigua. Era su destino, no podía escapar de él.

Cuando salió al exterior, Élennen sintió el viento más frío que de costumbre, incluso la mortecina luz que el sol filtraba entre las nubes era más apagada, carente de energía. El primer rostro que se encontró fue el de Célestor. El paladín no podía disimular su inquietud. Gélsar la miraba con curiosidad, con su media cara tapada y sus ojos que ardían de curiosidad. Las Hermanas del Crepúsculo permanecían insondables.

—Tenéis el rostro desencajado —le señaló Célestor, con el ceño

fruncido—. ¿Qué os ha revelado la piedra?

Silencio por respuesta. Élennen permanecía en un estado de shock que le impedía siquiera articular una palabra. Sentía como sus ojos temblaban, como le picaban, el preludio de romper a llorar. Empujó con todas sus fuerzas el nudo que le ahogaba y se obligó a no derramar ni una sola lágrima y a hacer de su regio porte un escudo. Nadie debía saber la verdad de las visiones. Nadie. Y Célestor menos que ninguno.

Controló cada paso que daba, infundiendo en cada paso toda la seguridad de la que era capaz de hacer acopio. Se situó frente a Gélsar y le tendió la Piedra de Ilethriel. El vidente fue a cogerla, pero retiró las manos, como si la reliquia ardiese, y miró a la reina elfa. Su expresión de preocupación reveló que era consciente de lo que había visto.

—No harán falta palabras, ¿cierto? —Élennen se sorprendió al notar que la voz no le temblaba.

—No, mi señora —respondió con aflicción Gélsar—. No hacen falta.

Célestor vibraba de la incertidumbre.

—¿Qué es lo que sucede? —las palabras se le atropellaban.

Élennen se volvió hacia él, hacia el amor de su vida. El amor que su condición de reina de los atelden lo hacía imposible. Tan apuesto, tan servicial, tan fiel… Apenas se acordaba de Thil Ganir y los buenos momentos, sin embargo recordaba cada instante con Célestor, los buenos y los malos. La vida de un elfo era larga, mucho más cuando estás condenado a no conocer el amor verdadero, a vivir eternamente condenado a estar separado de la persona querida. Ahora esa vida se le antojaba un mero suspiro. Puso sus manos en el rostro del paladín, mirándole a los ojos, esos ojos dulces que ahora se asfixiaban en angustia y congoja. Sí, sabía que él estaba notando la frialdad de escapaba por sus dedos, puede que por primera vez fuese consciente de ello. No necesitaba saber más.

—Nos marchamos de Thanan, Célestor —anunció antes de retirar sus manos de su rostro. La última vez que sentiría su piel tan cerca.

LA ARMADURA DE ANÉRDUL

La palabra victoria no se adquiere de manera gratuita, esta conlleva pagar un alto precio en ocasiones. Y aquella no iba a ser menos. El contingente de valientes enanos que marchaban hacia un destino incierto, hacia una guerra de la que poco o nada habían oído hablar, habían derrotado a los trasgos y hobotrasgos que moraban en las profundidades de la montaña y dado muerte al infame Rey Troll, como también habían conseguido rescatar de sus viles garras al grupo de Rocasangres de Násur. Todo parecía haber salido a pedir de boca, se reflejaba en el ánimo de los enanos, que sonreían y contaban vivamente sus hazañas a sus camaradas, cómo habían perseguido a los trasgos bajos las órdenes del rey Sorian, que avanzó con ellos en vanguardia, cómo cortaron cabezas y amputado miembros de aquellas criaturas profanadoras. Pero Glósur conocía la otra cara de la victoria, la cara amarga, aquella que dejaba heridos y caídos en combate. Afortunadamente, en aquella ocasión no se contaban muchas bajas, pero las había. No convenía olvidarlo.

Uno de esos heridos era el rey Rurin, que había plantado cara valientemente a Brúrthrog hasta que la bestia descargó su maza contra él. El escudo del gran señor de los Barbablancas se quebró en dos, su brazo quedó completamente destrozado y casi pierde la vida en aquel singular combate. Podía considerarse afortunado, si no hubiese sido por el escudo ahora estaría muerto. Los sanadores enanos hablaban de que el brazo de Rurin jamás sanaría: hueso, músculo y carne despedazados. Y pese a todo, podía considerarse afortunado.

—Esperaremos a ver qué nos dicen los sanadores sobre los heridos —le dijo Dálfvar mientras iban a ver al malherido rey—. Está claro que muchos no podrán continuar la marcha, y habrán de volver a sus hogares. El resto no debemos demorarnos mucho más para seguir nuestro camino.

Su camino. Glósur no pudo evitar pensar cuál era su camino. ¿Marchar hacia una guerra de la que nada conocía? ¿Luchar al lado

de aquellos que tanto tiempo llevaban ignorándolos, dejándolos abandonados a su suerte? ¿Acaso no había sufrido el pueblo enano ya demasiados golpes de caprichoso destino? Glósur no acababa de tener claro hasta qué punto les compensaba sufrir más. La guerra. Esa palabra iba ligada a otra a la que estaban tristemente acostumbrados: muerte. Y ya había habido demasiada para ellos.

Rurin descansaba al final de una corta galería que desembocaba en una estancia natural de la propia montaña. Estaba recostado entre mantas, en el suelo, rodeado de enanos sanadores de rostros circunspectos y cabizbajos. Con su mano sana sujetaba un pellejo que, con toda seguridad, contendría un fuerte licor enano que le ayudase a mitigar el terrible dolor. Tenía el rostro demacrado a causa del sufrimiento, pero al ver allí a Glósur y Dálfvar se le iluminó el rostro.

—Las leyendas eran ciertas, camarada —dijo con voz quebrada —. El Rey Troll existía y nosotros le dimos muerte. ¡Que nuestros nombres resuenen en los sagrados salones de todos los reinos enanos!

—Tus gestas serán recordadas, rey Rurin —Dálfvar le dedicó su sonrisa más franca, casi ignorando el estado en que se encontraba.

Uno de los sanadores se acercó a Glósur con gesto grave. Se limpiaba las manos de sangre con un trapo que parecía empapado ya.

—Hemos intentado salvarle el brazo aplicando ungüentos, vendajes y todo cuanto conocemos sobre técnicas de sanación —le dijo—. Pero es del todo imposible. El impacto ha destrozado la carne, el hueso y el músculo. Jamás podrá volver a utilizarlo.

Glósur miró con atención el brazo inerte de su rey. Caía muerto en el costado izquierdo, sanguinolento, con un color en la piel parduzco que nada bueno hacía presagiar.

—¿Solamente eso? —preguntó a sabiendas de la respuesta.

El sanador negó con la cabeza.

—La herida se ha gangrenado. Tenemos que tomar una decisión cuanto antes.

—Apesta, camarada —se burló Rurin. Trató de reírse, pero le salió un estertor bastante siniestro—. No creas que no me dado cuenta. Así es como debe de oler la muerte, como este brazo inútil que tanto dolor me causa.

El rey de los Barbablancas le dio un trago largo al licor que contenía el pellejo y contrajo el rostro. Debía estar padeciendo muchísimo.

—¿No hay otra solución? —Glósur se resistía a creerlo.

El sanador frunció tanto el ceño que los ojos se le ocultaron tras sus espesas cejas. Meneó la cabeza.

—Haced lo que tengáis que hacer —sentenció Rurin—, pero acabad con este sufrimiento antes de que termine matándome. Pero antes, mi espada. Traedme mi espada.

Los enanos allí presentes le acercaron el arma de reyes, una espada de mithril que brillaba como una llama blanca. El señor de los Barbablancas la sujetó con una mano y la miró con cierto tinte de melancolía en sus oscuros ojos.

—Perteneció a mi padre, y a su padre antes que a él —dijo—. Así ha sido durante innumerables generaciones, y ahora yo ya no podré volver a empuñarla.

—Se puede aprender a luchar con una mano —intervino rápidamente Glósur, pero Rurin negó brindándole una cansada sonrisa.

—Seguramente moriré antes de conseguir estabilizarme con ella. No, Glósur, no podré volver a luchar ni a blandir esta espada. Rurin el Manco no volverá a prestar batalla ni a marchar a la vanguardia de nuestros ejércitos. Por eso quiero que la aceptes, mi buen Glósur.

El veterano Barbablanca se quedó sin respiración. ¿Le había ofrecido Rurin su espada? Aquel gesto era todo un honor sin precedentes.

—Mi señor —masculló azorado—, me honras, pero no puedo aceptar…

—Puedes y lo harás —lo atajó—. Me lo debes, Glósur. Te salvé la vida a cambio de este brazo, de modo que no me rechaces este presente que quiero tener contigo. No tengo herederos, como bien sabes, y no existe enano que me haya demostrado tanta lealtad como tú lo has hecho. Coge la maldita espada y prométeme que segarás el doble de vidas: las que te corresponden a ti y las mías.

Glósur tomó el arma con sus manos. Era una espada enorme, pero liviana como una pluma.

—Lo prometo —dijo solemnemente, tragándose el nudo que se le comenzaba a hacer en la garganta.

—Ahora marchaos, dejadme solo. No quiero que estéis aquí cuando comiencen a amputarme el brazo. Aún tengo mi orgullo y mi honor intactos, no quiero que me veáis gritar como un cerdo en plena matanza.

Glósur y el mago obedecieron sin decir palabra a Rurin, ambos sabían qué venía a continuación y no iba a ser agradable. Ya fuera, se encontraron con Sorian y Násur, que parecían ir a su encuentro.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó directamente Sorian, reflejando en su rostro la preocupación.

—Tendrán que… —Glósur fue interrumpido por un grito desgarrador, un quejido que hizo que a todos se les congelase la sangre. Le siguió otro, y otro más. Era Rurin. Ya habían empezado.

—¿El brazo? —volvió a preguntar el rey de los Yunqueternos.

Glósur asintió. Los chillidos retumbaban con fuerza en las paredes de roca de la montaña. Si había enemigos cerca ya sabrían dónde estaban. Násur dio unos pasos firmes, dispuesto a ver qué sucedía, pero Dálfvar le sujetó del hombro y lo detuvo.

—Desea que no lo veamos en este estado, rey Násur —le explicó el mago—. Respetémosle.

—Oíd sus gritos —Sorian tenía la cara desencajada—. Estarán arrebatando todo el valor que ahora hincha sus corazones.

—Y delatará nuestra posición a cualquier posible enemigo —apuntó Násur.

Sorian meneó la cabeza.

—Eso no debe preocuparte. He organizado partidas de reconocimiento para que tracen un perímetro de seguridad. Será registrado cada palmo de este lugar, cada fisura. Si hay algún trasgo escondido, daremos con él. De momento, estamos seguros.

—No malgastes las energías de tus camaradas, rey Sorian —le dijo Dálfvar—. En cuanto acaben con las curas de Rurin y nos den su visto bueno volveremos a emprender la marcha. Tanto el rey de los Barbablancas como el resto de heridos pueden regresar a sus hogares.

Se produjo un silencio, únicamente roto por los alaridos desesperados de Rurin. Sorian y Násur cruzaron miradas. El mago no lo pasó por alto.

—¿Tenéis algo que decirme?

El joven rey de los Rocasangres alzó el mentón, desafiante, y

miró a los ojos a Dálfvar.

—¿Por qué hemos de continuar la marcha? —soltó sin más rodeos.

El mago se envaró, parecía haber crecido medio metro más de golpe, y en su rostro aparecieron sombras que marcaban sus facciones. Glósur sintió una punzada de temor al ver a Dálfvar así.

—Creo que no he debido entender bien —comenzó a decir despacio el mago—. He creído escuchar que…

—No continuaremos la marcha —apuntilló la frase Násur—. Hemos sido deshonrados cayendo como enanos imberbes en las garras de los trasgos. Casi acaban con todo mi grupo. Queremos venganza.

—Habrá tiempo para la venganza, rey Násur —el tono de Dálfvar era severo, pero no parecía intimidar al enano—. Cuando entremos en batalla…

—¿Te refieres a la guerra, verdad? —volvió a cortarle—. Esa de la que no hemos oído hablar, esa que será la ruina de los hombres y en la que debemos vencer. ¿Cierto, Dálfvar? Corremos en ayuda de los hombres, pero no nos la prestan desde hace siglos. ¿Y ahora nos pides que sacrifiquemos más vidas de nuestro pueblo por ellos?

El mago iba enrojeciendo por momentos. Daba la sensación de que explotaría de un momento a otro.

—¡Escuchad! —Glósur intervino con la intención de aplacar los ánimos—. No se oye nada. Han cesado los gritos.

—Habrá perdido el conocimiento —dijo Sorian—. Tanto mejor para él.

Dálfvar y Násur seguían mirándose desafiantes, dispuestos a no dejar pasar aquella tensa conversación.

—Di lo que tengas que decir, rey de los Rocasangres —le exigió el mago—, y nada te guardes para echarlo en cara más adelante.

Násur gruñó.

—Pues te diré lo que pienso, si así lo deseas: no encuentro razón alguna para acudir en ayuda de aquellos que nada han hecho por nosotros. Mi padre perdió la vida allá en los pasos del norte, bajo la sombra de esta montaña. No encontró una muerte honorable en combate, sino que agonizó como un perro moribundo. Yo me he visto a defender el legado de mi linaje, el honor de mi clan en varias ocasiones, y lo tuve que hacer solo, sin él, porque estaba

luchando para proteger a un pueblo que nos ignora. He marchado a tu lado, Dálfvar, sin vacilar, sin pensarlo dos veces, rumbo a un destino incierto, cuando en realidad pienso que si he de perder la vida que sea defendiendo mi hogar, no el de otros. Mira ahora los miembros de mi grupo. En aquellas jaulas no solo perdieron su libertad, también perdieron su orgullo. Y ahora queremos recuperarlo, pero no en esa guerra de la que nos hablas, sino aquí. No marcharemos más allá de nuestras fronteras.

Glósur hubiera jurado escuchar el rechinar de los dientes del mago, cuyas manos sujetaban crispadas su vara. Con la mirada fulminaba al joven rey enano.

—¿Crees que vuestro destino no le preocupa a nadie más que a vosotros? —Dálfvar no disimulaba la irritación en su voz—. ¿Me lo dices a mí, Násur hijo de Bain? A mí, que dejé al grupo con el que marchaba a merced de innumerables peligros a los que habrán de enfrentarse, para acudir en vuestra ayuda. Me reprochas ignorar vuestra suerte en favor de los hombres, y pareces ser tú el que olvida que me enfrenté a un dragón luchando a vuestro lado. ¡No digas palabras con tanta vehemencia, rey enano, pues yo podré discutirlas con cien argumentos más!

—No creas que no te estamos agradecidos por ello, Dálfvar —intervino Sorian, intentando suavizar el tono rudo de la conversación—, pero entiende lo que el camarada Násur quiere decir. Yo también sufrí asedio allá en Éridor y he vivido mil y una aventuras desde aquel día hasta hoy. Y nuestro buen Glósur, aquí presente y en silencio, ha padecido mucho más aún. Él también luchó en la batalla que ha hecho mención Násur, y ha visto caer a buenos amigos. Los orcos y ogros pudieron atravesar el paso de montaña y penetrar en Cáladai, pero ya nada más se supo de ellos. ¿Crees que realmente la guerra de la que tanto hablas tiene la envergadura que tú nos tratas de explicar?

—¿Insinúas que exagero, rey Sorian? —el mago no parecía calmarse.

—Simplemente digo que quizá los hombres puedan arreglárselas solos. Míranos, Dálfvar. Sí, en nuestras caras se refleja la satisfacción de esta victoria, pero eso no oculta las bajas, los heridos. Vamos cayendo como las hojas en otoño. Quizá sea adecuado volver a casa y defender lo que es nuestro.

—Veo que habéis hablado de esto previamente —dijo Dálfvar indignado. Sorian y Násur intercambiaron miradas—. No tratéis de ocultarlo. Esta conversación no es baladí, ya veníais con la lección bien aprendida.

Silencio incómodo donde continuaron los cruces de miradas. Glósur entendía lo que ambos señores enanos decían. Así era, él había sufrido mucho desde el día en que se apostó en la Atalaya Norte, vigilando los pasos de aquella horda de ogros y orcos que migraba del Valle de Rumm. Había pasado demasiado tiempo, y había pasado por demasiadas aventuras, demasiados avatares del destino. Puede que hubiera llegado la hora de dar media vuelta y regresar a casa.

—¿Glósur? —La voz de Dálfvar lo hizo regresar de aquellos pensamientos—. ¿Qué opinas sobre esto?

El veterano palideció. No quería participar en aquella conversación.

—Aunque el camarada Glósur goza de buena reputación y su valor es reconocido por todo nuestro pueblo —intervino rápidamente Násur—, te recuerdo que no es ningún gran señor.

Glósur desvió la mirada, incómodo. Sabía que no era ningún rey de clan, pero se sintió molesto con las palabras de aquel rey demasiado joven. No obstante se tragó su orgullo y no mudó la expresión de su rostro.

—Y sin embargo quiero saber su opinión —insistió el mago—. Habéis recalcado en varias ocasiones que él ha sufrido mucho desde que todo esto comenzó. Bien, quiero escuchar lo que tiene que decir al respecto.

Glósur sintió cómo todas las miradas se posaban en él. Miradas expectantes, escrutadoras, miradas que parecían hablar dentro de su silencio. Se removió incómodo y carraspeó. Justo en ese instante aparecieron dos enanos cubiertos de polvo y suciedad, parecían que habían estado excavando durante todo el día. Su paso era vivo y en sus ojos había un brillo especial.

—Lamento interrumpir, mis señores —dijo uno de ellos cuando estuvo a su altura—, pero hemos encontrado algo.

—¿Enemigos? —preguntó Sorian sobresaltado—. ¡Por las barbas de mis ancestros, dime que no es eso!

Los enanos menearon la cabeza enérgicamente y al tiempo.

—Es… Bueno, quizá lo mejor es que vengáis.

Les costó seguir el apresurado paso de los exploradores, incluso para Dálfvar cuya zancada era mayor que la del resto de sus acompañantes. Parecían muy excitados y no paraban de farfullar entre ellos a toda prisa.

—Lo hemos encontrado en una de las galerías —explicaron—. Tuvimos que picar una pared de roca. En ella había una fisura por la que nos asomamos. No dimos crédito a lo que vimos.

Glósur imaginó que sería el botín de Rey Troll. Un tesoro fastuoso acumulado tras años y años de rapiña y pillaje a los enanos y demás desgraciados que cayesen en sus garras. Pero no, era algo más. Algo que jamás hubiera imaginado ver en lo que le restaba de vida. Ahí estaba, rodeada de varios enanos que no salían de su asombro, que intercambiaban comentarios llenos de admiración, de sorpresa y de júbilo. Cuando vieron a los recién llegados se hicieron a un lado para dejarlos admirar aquel hallazgo. Estaba ahí, delante de ellos, dividida en varias piezas que parecían refulgir en la oscuridad de la montaña. Una armadura de mithril, un trabajo enano, sin duda, por el acabado. Tenía filigranas de oro y, lo más importante, en el peto de la armadura había grabada la cabeza de un lobo. La bestia parecía estar viva en el frío metal. Aquellos ojos, aquellos colmillos… Dálfvar se abrió paso a empujones hasta situarse delante de las piezas y se dejó caer de rodillas. Luego comenzó a examinarlas con sumo interés, casi parecía ansioso por hacerlo.

—¡Las leyendas eran ciertas! —exclamó Sorian, con los ojos como platos.

—No puede ser —balbució Glósur.

—Y sin embargo, es —anunció la atronadora voz del mago—. Aquí tenéis una señal, camaradas enanos, nuestra empresa es la correcta. ¡La armadura de Anérdul, último rey de Cáladai, ha sido hallada!

DELIBERACIÓN

Cuando los ehassies condujeron a Thi Ganir y a sus elfos al interior de la Gran Pirámide, este no hubiera apostado a que saldrían de allí con vida. El agravio que había supuesto la fuga de Faobereth, aunque hubiera regresado portando aquellas terribles noticias, pesaba más que el hecho de que la Ciudad Prohibida de Shelmera se viese amenazada con la inminente llegada de las tropas varelden. A aquellos seres parecía preocuparles más bien poco que el enemigo pudiera avanzar de manera inexorable hacia sus dominios, incluso parecían ampararse en la absurda creencia de que nadie había cruzado sus fronteras… Salvo Mathrenduil, claro.

Tampoco hubiera apostado por su vida y por la de los suyos cuando los llevaron ante Tsau Hokán, el gran líder de escamas blancas de los ehassies, que permanecía sentado en una especie de trono enorme colocado en un altar, adornado con plumas, enormes cuernos de lo que antaño fueron dragones y piedras preciosas que lo hacían brillar a la luz de las antorchas. Parecía en sitial de una deidad. Thil Ganir recorrió con la mirada la estancia: era oscura, lóbrega, pero bellamente ornamentada con grabados en las paredes rojizas, columnas que simbolizaban dragones en pleno vuelo y hebras de oro recorriendo el suelo y desembocando en el altar desde donde el gran líder de los ehassies les observaba con aparente impavidez.

Azó Nitzé, el chamán, se colocó a la derecha de su señor, dispuesto a traducir las palabras que allí se dijesen. Comenzó diciendo que nunca antes unos extraños, como eran los elfos para ellos, habían pisado aquel sagrado lugar, y que debían ser muy cautelosos con lo que decían o no dudarían en quitarles la vida allí mismo. Tsau Hokán se sentía insultado por el comportamiento de los elfos, a quienes había tratado como a iguales. Ahora exigía explicaciones, y que estas fuesen convincentes.

—Sí —comenzó Faobereth a decir—, admito que me marché de vuestra sagrada ciudad y que burlé todas vuestras defensas, pero jamás fue con ánimo de huir ni abandonar a los míos. Mis motivos respondían únicamente a sospechas que, desgraciadamente, ahora

son realidades.

Los ehassies permanecían atentos a lo que Azó Nitzé les iba traduciendo, mirando alternativamente al elfo y al chamán con sus ojos de pupilas rasgadas.

—Antes de encontrarnos con vosotros —continuó Faobereth—, sufrimos un ataque allá en la Ciénaga del Olvido. Arpías provenientes de Lauzhyn. Siempre tuve la sospecha de que alertarían a los varelden de nuestra presencia aquí, y así ha sido. No es distancia corta la que separa la Fortaleza del Dolor de las lindes de vuestro reino y, por lo tanto, no era de extrañar que el enemigo tardase un tiempo en hacer acto de presencia. Reunir a todas sus huestes, preparar una larga marcha… Trazar un plan maestro con el que golpear a esta tierra mientras nosotros permanecemos cautivos y vosotros dedicáis vuestros esfuerzos a vigilarnos y estudiarnos, en lugar de guardar vuestras fronteras. Pero ya había pasado demasiado tiempo. Los varelden debían estar muy cerca.

—¿Cómo conocer tú fortalezas élficas? —preguntó desconfiado el chamán.

—Antaño vagué por estos lares —el rostro de Faobereth se ensombreció—buscando un consuelo que nunca existió.

A estas palabras las siguió un silencio rotundo. Ni siquiera Azó Nitzé las tradujo.

—Tal y como iba diciendo —reanudó el relato—, decidí escabullirme de Shelmera para comprobar si mis sospechas eran ciertas. De serlo, quizás tendríamos tiempo de reaccionar antes de que fuera tarde. Y no se hizo esperar la confirmación: hallé a dos batidores cruzando la Ciénaga del Olvido. Acabé con la vida de uno de ellos con un certero flechazo, al otro lo hice prisionero hasta que obtuve de él lo que buscaba.

—¿Qué? —preguntó secamente Azó Nitzé, tras traducir sus explicaciones.

—Información. Y la conseguí tras torturarle de formas de las que me avergüenzo, pues ni el ser más cruel merece semejante sufrimiento.

Thil Ganir le dirigió una mirada que estaba a medio camino entre el reproche y la comprensión. Intentó encontrar argumentos para reprender a Faobereth más tarde, pero también encontró los mismos para excusarle.

—La confesión que logré arrancarle, antes de cortarle la cabeza —dijo, haciendo alusión al siniestro trofeo que había traído a su regreso—, fue que un ejército, comandado por Ulthoan, señor de Lauzhyn, había salido de la fortaleza rumbo el Bosque Prohibido. Las arpías les habían alertado de nuestra presencia. Su objetivo somos nosotros.

Tras trasladarles estas palabras al resto de ehassies, Azó Nitzé se giró para preguntarle algo a su líder. El draconiano de escamas blancas se dirigió a los suyos y una cacofonía de gruñidos y chillidos copó la Gran Pirámide. Tsau Hokán los mandó callar con un rugido seco y ronco, entonces tomó la palabra Kualt Haroh. El guerrero de escamas rojas gesticulaba, como era habitual en él, y señalaba a los prisioneros. Cuando terminó su exposición, el gran líder blanco le pidió al chamán que tradujese.

—Kualt Haroh decir entregaros a elfos —dijo.

—Hacedlo si es lo que queréis —Faobereth no aguardó ni un instante para pensar su respuesta—, pero eso no detendrá su avance. Ulthoan es uno de los varelden más crueles y sanguinarios que existen. Es conocido por asesinar a sangre fría a cualquiera que le mirase mal, a cualquiera que pensara que pudiera significar un obstáculo en su camino, aunque realmente no lo fuera. Hasta el propio Mathrenduil le concedió el señorío de la Fortaleza del Dolor para tenerlo lo más alejado posible de él. Hablamos de un monstruo tan despiadado que se hizo una capa con la piel de todos sus enemigos, su armadura la recubrió con los huesos de un ogro dragón que él mismo mató. Le encanta la muerte, la tortura, el dolor… Y cuando no tiene enemigos con quien combatir, se divierte matando a los de su propia corte. Tal es la demencia del atroz Ulthoan, y no se conformará con nuestras vidas. Cuando las tenga, irá a por las vuestras.

Hubo unos momentos de reflexión por parte de Tsau Hokán, que rumiaba las ideas expuestas por parte de Faobereth. Thil Ganir esperaba que estas hubieran calado. El líder ehassie por fin habló y Azó Nitzé las transcribió.

—Nuestro pueblo milenios hace que no luchar —comenzó—. No naturaleza de ehassies. No costumbre matar. Guerras acabaron para nos y no volver a guerras. Dragones dejaron de volar con ehassies, ya no dueños de fuego y aire. Bosque sagrado castiga.

—Vuestro bosque sagrado arderá —Thil Ganir decidió intervenir, apoyando la postura de Faobereth—bajo el fuego varelden. Nada los detendrá. Penetrarán en vuestra ciudad y la arrasarán por completo.

—¿Y por qué no hacer eso antes? —inquirió el chamán.

—Porque antes no poseíais algo que ellos ansían.

—¿Qué?

—Mi vida. Y esta servirá de excusa para terminar de aniquilar lo que queda de vuestra raza.

—¿Y qué sugerís?

Thil Ganir tomó aire antes pronunciar estas palabras:

—Luchad a nuestro lado.

Azó Nitzé echó la cabeza para atrás y lanzó un graznido, lo que parecía ser una carcajada.

—Ehassies no tomar partido en luchas de otras razas. Bosque sagrado castigar por ello.

—No luchéis por nosotros, ni por nuestra causa. Luchad por vuestra propia supervivencia, por demostrar que aún queda parte del honor y de la fuerza que antaño ostentasteis. Luchad por reponer el agravio que sufristeis cuando los varelden os robaron el Cuerno de Dragón. Y nosotros lucharemos a vuestro lado.

Tsau Hokán ordenó que todos los asistentes, salvo Yohalzín, Azó Nitzey Kualt Haroh, abandonaran la Gran Pirámide. Los elfos ya habían expuesto sus argumentos y explicaciones. Ahora les tocaba a ellos deliberar. Los ehassies los condujeron fuera y se quedaron custodiándolos. Estaba claro que las palabras de Faobereth carecían de sentido hasta que su gran líder se pronunciase. La primera hora de espera la pasaron en completo silencio, con algunas lanzas draconianas apuntándoles, demostrando que el recelo y la hostilidad no habían bajado de nivel. En la segunda hora de espera Thil Ganir habló.

—¿Por qué te fuiste sin avisar? —más que una pregunta era un reproche.

Faobereth frunció levemente el ceño, sin apartar la vista de sus botas.

—Creí que, si os ponía al corriente de mis intenciones, podríais delatarme de forma inconsciente. La mejor manera de conservar un secreto es no revelarlo.

—¿Acaso no confías en nosotros? —Inquirió Elbérohir—. ¿No confías en tu rey?

El señor del Bosque Perenne se giró bruscamente hacia el capitán atelden. Su pálido rostro se contrajo en una mueca de indignación.

—No utilices la demagogia conmigo, Elbérohir. De nada te va a servir —este abrió la boca para replicar, pero Faobereth continuó hablando como si tal cosa—. Tomé la decisión correcta. Estos seres no son estúpidos y tienen un gran instinto. Lo hubieran descubierto en una mirada esquiva, en unos ojos que buscan complicidad en otros. Un susurro, una conversación furtiva. Lo habrían sabido y hubiera sido peor.

—¿Peor? —Thil Ganir no ocultó el tono de sorpresa en su voz—. ¡Casi nos matan!

—Pero estáis vivos. Todos lo estamos. El destino lo ha querido así.

—¿A quién intentas engañar, Faobereth? —Intervino Elbérohir. —Tu sed de venganza contra los varelden nunca se ha visto saciada del todo, y ahora tienes tu oportunidad de redimirte. ¿O acaso crees que ignoro el hecho de que quieras plantar cara en batalla a Ulthoan, aquel que mató a tu maestro de armas, el que empujó a tu hermano a acabar contigo? Sé que te persiguió por todo Undraeth cuando decidiste tomarte la ley por tu mano y abandonaste Asuryon, embarcándote en una empresa que solo podía acabar en desgracia.

La mandíbula de Faobereth se tensó. Sus ojos eran dos rendijas en su pálido rostro. Thil Ganir pensaba que iba a explotar de un momento a otro.

—Piensa de mí lo que quieras —se limitó a decir, fijando la vista en el horizonte, más allá de la jungla que rodeaba Shelmera.

—Guarda silencio, Elbérohir —le ordenó el rey elfo—. No conseguiremos nada discutiendo entre nosotros. Lo acontecido no se puede cambiar. Esperemos que el destino nos sonría…una vez más.

El capitán de los atelden meneó la cabeza disconforme, pero obedeció como siempre hacía: sin rechistar ni cuestionar. Thil Ganir no quería mostrar ningún tipo de fractura entre sus hombres delante de los ehassies. Estaban intentando que plantasen cara a los varelden a su lado y poner de manifiesto aquellas fisuras no

ayudaba. Estaba claro que Faobereth creía que había obrado bien y, fuese así o no, ya estaba hecho. Ahora tocaba esperar y tratar de encontrar argumentos reforzados en caso de recibir una respuesta negativa… Suponiendo que los dejasen con vida y no los matasen allí mismo.

El primero en aparecer, tras casi otra hora de deliberación, fue Tsau Hokán, cuyas pálidas escamas cegaban al proyectarse en ellas la luz del sol, seguido de Azó Nitzé y Yohalzín. Kualt Haroh permaneció en el umbral de la entrada a la Gran Pirámide. Thil Ganir sintió como se le aceleraba el corazón cuando el líder ehassie comenzó su soliloquio.

—Tsau Hokán, guardián de Shelmera y de nuestro pueblo —comenzó a decir Azó Nitze, una vez hubo terminado su señor—, decidir marchar batalla si empuñáis acero a nuestro lado.

Thil Ganir dibujó en su rostro una amplia sonrisa. Al fin podía respirar tranquilo. Hincó rodilla en tierra, obligando con este acto que todos los elfos hicieran lo propio, y agachó la cabeza solemnemente.

—Lucharemos a vuestro lado —respondió firmemente.—Y si hallásemos la muerte, que nuestros cuerpos sean aquí enterrados, junto con vuestros caídos, sin ningún signo de distinción entre nuestros pueblos.

Tsau Hokán pareció conforme una vez le tradujo el chamán. Acto seguido, se dio media vuelta, le dijo algo a Yohalzín y desapareció en el interior de la pirámide, no sin dedicarle una mirada inquisitiva y llena de reproche a Kualt Haroh. El guerrero ehassie volvió la cara, evitando encontrarse con los ojos de su líder, alejándose a paso vivo una vez este hubo accedido al sagrado lugar. Sin duda, no compartía la decisión tomada.

Yohalzín gorjeó algo en su lengua y los guerreros ehassies dejaron de apuntarlos con las lanzas. Azó Nitzé se acercó a Thil Ganir, le puso aquella garra que era su mano en el hombro y le dedicó estas palabras:

—Esperabais acción con la que ganaros el favor ehassie para regresar a vuestro hogar de nuevo. Parece que el momento ya llegar.

HUYENDO POR EL ÉLBOR

Varya tuvo que hacer acopio de todos sus conocimientos de curación para poder sanar a Muras, tras su enfrentamiento con el minotauro. Sabía que el caballero no podría regresar al corazón de Thanan en semejante estado, con varias costillas fracturadas, magulladuras y contusiones. Afortunadamente, conocía cada rincón del bosque como la palma de su mano y no tardó en hallar unas hierbas llamadas Dánthalan, conocidas en la lengua común como Aliento de Dioses, y cuyas propiedades médicas eran casi milagrosas, si las manos que las utilizaban sabían cómo hacerlo.

En pocas horas, Muras estaba lo suficientemente recuperado como para marchar e informar a los Señores del Bosque de lo que habían descubierto. El enorme rebaño de krulls que se agrupaba en la otra orilla del Élbor, en la linde sur del bosque, y que amenazaba tanto por número como por intenciones con penetrar en el bosque y no dejar rastro de vida en él. Seguramente, Naldin ya hubiera informado a sus señores de la escaramuza con las bestias que sirvieron como señuelo, pero desconocían todo el resto de la información. Debían apretar en paso y no demorarse en llegar.

Cuando llegaron a Punibethlín, había un gran revuelo. Por lo visto, la reina Élennen ya había regresado de las montañas, donde había marchado para consultar la Piedra de Ilethriel, y los Señores del Bosque los habían convocado a todos para hacer pública su decisión para con los atelden y los páravim de la reina Danéleryn. Irrumpieron justo antes de que la asamblea hubiese dado comienzo. Ahí estaban todos: Éreborn y Elwen, Gélsar, las Hermanas del Crepúsculo, Danéleryn, Célestor y Élennen, a la que Varya notó mucho más distante que de costumbre. Todos los ojos se posaron en ellos, sucios como iban de la marcha y su encuentro con los krulls, portando Muras dos cabezas cercenadas de las bestias que arrojó sin miramientos a los pies de los señores punielden. La reina humana no pudo contener un respingo cuando las vio rebotar contra el suelo, dejando un rastro de sangre negruzca a medio coagular.

—Ruina —fue lo primero que dijo Muras a los presentes, señalando con el dedo las testas cornudas de los krulls—. Ruina y

desolación, eso traemos como nuevas.

Estupefactos, los allí congregados no podían apartar la mirada de los macabros trofeos que el caballero y la elfa silvana habían tenido, pero su asombro fue en aumento cuando comenzaron a relatar lo que había acontecido en el claro fronterizo con el Drawlorn. Les expusieron todo, sin escatimar en detalles: la distracción de los krulls, la persecución de Muras, su enfrentamiento con el minotauro, el gran rebaño congregado en las lindes del sur… Naldin, que había llegado bastante antes que ellos ya había puesto al corriente a sus señores sobre el enfrentamiento con las bestias, pero nada sabía de esto último. La inquietud hizo acto de presencia y nadie pudo disimular sus temores antes estas noticias.

—Esto demuestra una cosa —anunció Varya—, y es que los krulls se preparan para invadir Thanan desde el sur. Su número es ingente, puede que aumente a cada momento que pase.

—Los krulls nunca han llegado a cruzar más allá de lo que nosotros se lo hemos permitido —dijo Éreborn, el único al que parecía no asustarle esa posibilidad—. Mandaremos un destacamento de los nuestros por si queda alguno con vida, pues lo más seguro es que las dríades les den muerte en cuanto noten su presencia.

—Mucho me temo, mi señor, que las dríades no bastarán para contenerlos —intervino Muras—. Ni siquiera con la ayuda de los hombres—árbol.

—Subestimas el poder de los espíritus del bosque.

—Y vos subestimáis el poder de los krulls.

Ante aquellas palabras, se hizo el silencio. Nadie se atrevió ni a respirar cuando Éreborn, el gran señor de Thanan, clavó sus ojos en Muras y se le acercó de la misma manera que lo hace una serpiente a su presa. Por un momento, Varya llegó a pensar que iba a responder al desaire que el caballero había dejado en el aire. Con las manos cruzadas en la espalda, situó su cara tan cerca del humano que sus alientos se proyectaban el uno sobre el otro.

—¿Vas a hablarme a mí del poder de los krulls? —siseó Éreborn, convirtiendo sus ojos en dos rendijas cargadas de desprecio—. ¿A mí, que he luchado al frente de legiones contra ellos cientos de años antes de que tú nacieras? Conozco su ira y su fuerza mejor que

nadie. He combatido contra los temibles rebaños del corazón del Drawlorn en su mismo hogar, cazado a los más poderosos caudillos, algunos cuyos nombres afortunadamente no os suenan a los hombres. De modo que muestra un poco de respeto, Lord Muras. Recuerda lo privilegiado que eres al habérsete consentido permanecer aquí con nosotros. No me hagas cambiar de opinión.

—Sin embargo, puede que tenga razón —intervino con rapidez Célestor, antes de que la tensión entre el punielden y el caballero fuese en aumento—. Es posible que, como decís, los krulls por sí solos no signifiquen una amenaza como tal, pero hemos de recordar que todos estos hechos responden a los designios de poderes mayores, mucho más oscuros, que pretenden poner en jaque a los pueblos libres de la Tierra Antigua.

—Ningún mal que haya recorrido esta tierra ha penetrado jamás en Thanan —sentenció Elwen, quien intervino por primera vez. Todos la miraron: tan adusta, altiva y desafiante. Nadie parecía ser capaz de replicar a la dama punielden—. Que los mortales se ocupen de sus asuntos. Nosotros pertenecemos al bosque y aquí hemos de permanecer, guardando sus fronteras y manteniéndonos a salvo tras ellas.

—Mucho me temo que los poderes de Thanan de nada servirán contra la sombra que aviesa se cierne sobre nosotros. El mundo de los hombres caerá, el de los enanos en las montañas caerá. Y este, vuestro hogar, también caerá —ahora fue Élennen que se incorporó a la discusión. Toda la languidez en la que parecía sumida hacía un momento, se había esfumado. Volvía a ser la Reina de Asuryon, la señora de los atelden. Sus ojos miraban con determinación a Elwen y no mostraban ni una pizca de zozobra.

—Y decidme, mi señora —tomó de nuevo la palabra la dama del bosque—, ¿es eso lo que habéis visto en la Piedra de Ilethriel?

Varya observó por un momento como aquella pregunta desarmaba a Élennen. Durante unos segundos, sus ojos perdieron toda la seguridad anterior haciendo de la Reina Imperecedera un ser vulnerable y frágil. Sus ojos buscaron a Gélsar. El vidente la miraba de manera inquisitiva, esperando con ganas la respuesta. No se hizo de rogar.

—Lo que vi pertenece a mi destino —contestó firmemente.

—Y vuestro destino está ligado a lo que en la piedra visteis, pues

recordad que os prometimos dejaros libres a vos y a vuestra gente si decíais la verdad sobre esas revelaciones. De modo que os repetiré la pregunta y, por el bien de vuestro destino y de los que os acompañaran, elegid mejor la respuesta: ¿visteis en la piedra ese mal del que habláis?

Élennen frunció el ceño.

—No.

—Desde luego que no —sonrió con insolencia Elwen—. Yo también lo veo, en vuestros ojos. Habéis partido de Asuryon para librar una guerra que nos os corresponde ganar y cuyo resultado es incierto. Pretendéis inclinar la balanza a vuestro favor, como siempre habéis hecho, aferrados al misticismo que os confiere las ambiguas palabras de una profecía abierta a cualquier tipo de interpretación. ¿Qué es lo que buscan los atelden en este conflicto? ¿Redimirse por haber quebrado en dos nuestro pueblo? ¿Purgar sus pecados enfrentándose una vez más, otra de tantas, a los hermanos oscuros de Mathrenduil y la arpía de su madre? ¿O tal vez vuestro egoísmo, mi señora Élennen, os lleve a buscar un digno final a una vida eterna llena de pesar y desdicha?

Si aquellas palabras hicieron daño, Élennen no lo mostró. Permaneció en pie, firme y solemne mirando fijamente a Elwen mientras los presentes contenían la respiración. Las diferencias entre punielden y atelden eran palpables, pese a que ambos pueblos parecían estar en el mismo bando, a diferencia de los varelden, pero eran lo suficientemente contrapuestas como para no conseguir llegar a ningún consenso. Los elfos silvanos siempre habían considerado a sus parientes de Asuryon arrogantes, piadosos y arcaicos, despreciando su modo de vida y su forma de resolver los problemas. Por eso se recluyeron en Thanan, en busca de esa independencia y esa mentalidad más abierta que parecía chocar con las leyes y preceptos de los Reyes Eternos.

—Dijisteis que seríamos libres de marchar si consultaba la piedra —dijo Élennen, ignorando las palabras de su homóloga—. He cumplido mi parte. Quisiera que hicieseis lo propio.

Éreborn y Elwen se volvieron hacia Gélsar, buscando una respuesta antes de tomar una decisión. Evidente arrugó el ceño y se aclaró la voz.

—Es difícil pronosticar lo que nos tiene preparado el destino —

habló con voz clara—, aunque la Piedra de Ilethriel nos pueda mostrar una pincelada para que nosotros la interpretemos con mayor o menor acierto. Pero lo que le aguarda a la Reina Imperecedera está rodeado de bruma que impide verlo con claridad. Solo ella sabe qué papel hace jugar en toda esta historia, y me temo que solo ella ha de saberlo. Extraños son los caminos que conducen a nuestro destino, mas todos nos llevan hasta él.

Los Señores del Bosque asintieron tras cruzar sendas miradas. Parecía que todo estaba claro, pese a que las palabras fuesen confusas e inciertas.

—Sea así, pues —anunció Éreborn—. Sois libres de abandonar Thanan y marchar allá donde quieran vuestros pasos. Os devolveremos las armas y partiréis de inmediato, aquí ya nada os retiene y nada os espera.

—¿Y qué será de los míos? —preguntó la reina Danéleryn, interviniendo por primera vez en toda la asamblea. Todos se volvieron a mirarla, casi parecían haber olvidado su presencia. Los ojos de Elwen mostraban hacia ella el mismo desdén que le provocaría un insecto.

—Tú y los tuyos no abandonaseis jamás este lugar —sentenció la dama del bosque—. Con vosotros solo cabalga la miseria de la que sois portadores.

—¡Eso no es justo! —chilló la reina de Páravon.

—¿Acaso es justo que irrumpieseis en nuestro hogar, por loables que fueran vuestras intenciones? Debisteis quedaros en las lindes de Thanan, dejando que los atelden cruzaran las fronteras, y no adentraros jamás con ellos. Pero os pudo la curiosidad. Los hombres sois así: corruptos, inestables… No causaréis más daño del que ya ha sido hecho.

—Me gustaría decir unas palabras en favor de los hombres —intervino Muras.

—No dirás nada —le cortó Éreborn, severo—, o compartirás el destino de tus hermanos mortales, si así lo prefieres.

—El trato era dejarnos libres a todos —señaló Célestor, que apretaba los puños.

—Jamás mencionamos a los hombres en dicho trato —dijo Elwen—. De hecho, tenéis dos opciones: marcharos o quedaros con ellos. Elegid.

—No nos iremos sin la reina de Páravon y sus caballeros —sentenció Élennen con decisión.

—¡Esperad! —intervino Danéleryn justo cuando Elwen se preparaba para dar la réplica. La reina de Páravon se acercó con paso decidido a Élennen y la tomó de las manos. Su mirada era firme. Era la primera vez, desde que los habían capturado, que la gran señora de los caballeros no titubeaba—. No podéis quedaros aquí, mi señora, bien lo sabéis. El mundo que conocemos se viene abajo y la sombra del mal crece de manera inexorable, pero aún hay esperanza. Debéis marchar y convencer a los pueblos libres para que se unan y luchen contra esta amenaza, es la única oportunidad que tenemos. Ambas sabemos que vuestro destino está lejos de este bosque, que el papel que habéis de representar en esta función será en otro lugar. Marchad. Marchad y sin demora pues mucho está en juego.

Élennen tragó saliva. Estaba haciendo grandes esfuerzos por no derrumbarse.

—¿Qué será de vos y los vuestros?

Danéleryn cruzó la mirada con los señores del bosque. Solo encontró frialdad en sus ojos.

—Estaremos bien —mintió.

Habían pasado dos noches desde aquella asamblea y pocas novedades se sucedieron. Los atelden, una vez fueron abastecidos de provisiones y devueltas sus armas, iniciaron su partida de Thanan. No hubo bellas palabras de despedida ni buenos deseos por ninguna de las partes, tan solo silencio. Un silencio tan marcado que hasta el sonido de sus pasos al alejarse hacía daño a los oídos. Un silencio que a Varya, aunque también se sumase a él, le dolía, aunque no tanto como la ausencia de Muras. Y es que la elfa no lo había vuelto a ver desde aquel día, justo un instante después de que se decidiera el destino de los caballeros de Páravon y su reina. Él no buscó refugio en sus brazos en esos momentos, ella no se atrevió a ofrecérselo. Desde entonces, no se habían vuelto a cruzar. La elfa silvana buscó por los rincones donde sabía que su amado caballero mortal solía acudir cuando necesitaba un momento de introspección, pero a nadie halló allí. Temió que hubiese querido abandonar Thanan, contrariado por las palabras que Éreborn le había dedicado. Y sintió miedo al pensar que tal vez los espíritus

ancianos del bosque le hubiesen dado caza, pero ni siquiera ellos fueron capaces de decir dónde se encontraba. Los hombres árbol seguían sumidos en sus largos y profundos sueños y las dríades, tan hurañas como siempre, negaron haber visto deambular al mortal por el bosque. Se había esfumado como la bruma, pero a nadie, salvo a ella, parecía importarle.

El sentido común le decía que debía resignarse y aguardar a que Muras decidiese salir de su escondite y terminar con su voluntario exilio, pero su corazón le gritaba que no se conformase con eso. ¿Quién podría conocer al caballero lo suficiente como para saber qué se le había pasado por la cabeza? ¿Quién podría arrojar una pista sobre su paradero? Entonces lo vio claro: Danéleryn, la reina mortal que se había criado junto a él. Ella, mejor que nadie, sabría decirle qué podría haber sucedido y cuál podría ser su reacción. Sí, con su testimonio seguro que sus ideas se ordenarían y acabaría por encontrarlo. El problema era acceder a ellos; los señores del bosque habían dictado que nadie, salvo ellos, pudiese acceder a los prisioneros sin una orden expresa dada por ellos. Varya tenía claro que su demanda, alegando los motivos que tenía, sería rechazada. Además, Éreborn y Elwen no eran estúpidos y sabían de la estrecha relación que le unía a Muras. Sabrían que pretendía buscarlo y no se lo consentirían. Tenía que pensar en otra cosa, ¿pero qué?

De pronto, lo vio claro: la hora de la comida. Recordó que todos los días, a las mismas horas, bajaban alimentos para los hombres. Un frugal condumio que tenía como único objetivo mantener con vida a los prisioneros. ¡Esa era su oportunidad de poder acercarse a Danéleryn! Tan solo tenía que convencer al encargado de proporcionarles el sustento que le dejara a ella hacerlo. Con una pequeña mentira bastaría, le caería una reprimenda por parte de los señores del bosque sí, pero merecía la pena arriesgarse.

Cuando llegó la hora, anunció al responsable de bajarles la comida a los prisioneros que Éreborn y Elwen la enviaban para supervisar los alimentos y bajar ella personalmente a dárselos y, de paso, poder comprobar el estado de los páravim y su reina. Aunque frunció el ceño, el encargado acabó asintiendo y dejando que Varya se ocupase de esa tarea. Al fin y al cabo, ella era parte de la guardia del bosque, una de sus más reputados miembros, y si decía que le habían dado esas órdenes nadie se atrevería a contradecirla. Y con

esa misma excusa se plantó ante los carceleros obteniendo idéntico resultado. Había sido más fácil de lo que ella pensaba. Suspiró y se adentró en las oscuras galerías.

Las mazmorras estaban cavadas bajo tierra, entre las retorcidas raíces de los árboles y paredes de tierra. Era una torre subterránea que comunicaba varios pisos con celdas de enrejadas puertas de hierro por medio de una escalera que caracoleaba hasta lo más profundo de aquel lugar. Había diferentes pasillos, algunos de los cuales se comunicaban con un acceso al Élbor, por donde solían llevar a los prisioneros en barca y así evitar su paso directo por Punibethlín. Todo iluminado con pequeñas lámparas de luces blanquecinas que no titilaban. Salvo el lejano rumor del río, solo había silencio en aquel lugar inexpugnable.

Varya fue descendiendo por las escaleras, buscando con la mirada las celdas donde estarían alojados los caballeros humanos. Se extrañó de no escuchar ni un murmullo, ni siquiera de que los guardias apostados en los diferentes pasillos se asomasen para comprobar quién estaba bajando hacia ahí. No era propio de los elfos tanto descuido, aun llevando siglos sin albergar a nadie en las mazmorras. Comenzó a sospechar. Dejó los fardos con comida a un lado y se lanzó a toda prisa escaleras abajo. Tenía un mal presentimiento.

Al llegar al nivel inferior, su corazón, que ya de por sí latía furiosamente en su pecho, se encabritó más. Las celdas estaban todas vacías, con las puertas abiertas y, en mitad del pasillo, se encontraban aturdidos, atados y amordazados, cuatro elfos de la guardia. Maldijo para sí. Los páravim habían escapado. Y sabía quién había sido el responsable de aquella fuga.

****

El tiempo que Muras había pasado en Thanan le había bastado para conocer una cosa de los señores del bosque: eran implacables y jamás titubeaban. No se precipitaban en tomar decisiones, pero cuando lo hacían no había marcha atrás. Nunca les temblaba el pulso, nunca sentían en cosquilleo de la duda. Hacían lo que para ellos era lo correcto y no se cuestionaban si existían otros caminos

posibles. Por eso mismo, cuando dictaron la orden de encarcelar a sus hermanos caballeros, supo que jamás saldrían de allí. Los elfos los alimentarían, les proporcionarían ciertas comodidades para que su estancia fuese llevadera, pero nunca los liberarían. Los dejarían allí, consumiéndose bajo su eterna mirada hasta que solo quedasen de ellos los huesos.

Muras sabía de lo afortunado que era al permanecer con vida. Ningún otro intruso había entrado en Thanan y había regresado con vida para contar las maravillas que habitaban en el bosque. Todos habían regresado a la tierra, convertidos en polvo o ceniza, pero él no. Le habían otorgado un privilegio, un regalo como era su nueva vida al lado de los Punielden. Le habían instruido en sus costumbres, en su lengua, incluso en su modo de lucha. Durante un tiempo olvidó su condición mortal y abrazó la vida élfica que le ofrecían, pese a saber que nunca podría ser uno de ellos sintió que allí tenía un hueco, un hogar. Quizá era mero agradecimiento, puede que fascinación, pero lo cierto era que Muras había encontrado entre los árboles y los seres que los habitaban la paz interior que había perdido tiempo ha en Páravon. Apenas recordaba a Lánzolt, a Kathline, al resto de caballeros. Casi había olvidado a su antigua orden. Y, aunque de tanto en tanto le seguían atormentando en sueños los más recientes avatares vividos, sentía que todo aquello quedaba muy lejano y que podía comenzar desde cero. Todo parecía funcionar hasta que la reina Danéleryn y sus acompañantes aparecieron en Thanan, entonces todo lo construido comenzó a derrumbarse.

Sí, era cierto. Debía mucho a los elfos y les estaba agradecido, pero los recuerdos de toda una vida eran muy fuertes y seguían estando ahí, a flor de piel, esperando el momento propicio para volver a aflorar. Era imposible borrar por completo las vivencias que, desde niño, había tenido al lado de Danéleryn, de Dúnel, de Lánzolt... Demasiados recuerdos alojados en la memoria. Toda una vida al lado de tan estupendos amigos. Más que eso, sin duda: eran sus hermanos. Los hermanos que sustituyeron con creces a los carnales, a aquellos que murieron en combate haciendo que su señor padre languideciese hasta marchitarse como una hoja en otoño, llevando a su orden casi al desastre hasta que él decidió ocupar el puesto que nunca le hubiese correspondido tomar. Y

cuando eso sucedió, a pesar de las dudas y de la poca confianza que se depositó en él, ahí estaban sus amigos. Siempre habían estado ahí. Siempre estarían. Era algo contra lo que no se podía luchar, toda resistencia a lo evidente era inútil. ¿Por qué había tenido que llegar a Thanan Danéleryn? Todo era más sencillo. Ahora ya no.

Lo primero que hizo, tras escuchar la sentencia dictada por los señores del bosque hacia los caballeros de Páravon, fue dirigirse presto hacia las mazmorras. Desconocía la última vez que estas fueron usadas, pero sabía que llevaban sin inquilinos demasiado tiempo. Tanto que nunca las había visto vigiladas. Eran unas estancias casi abandonadas a las que nadie prestaba la suficiente atención. Muras las conocía. Varya le había llevado a ese lugar buscando la intimidad que a veces les faltaba. Aquellos cavernosos aposentos habían sido testigos mudos su pasión. Sabía que, si era rápido, podría esconderse en sus múltiples pasillos, amparado por la oscuridad, antes de que las mazmorras se convirtieran en un auténtico fortín férreamente vigilado. Los elfos silvanos no sospecharían, no registrarían palmo a palmo el lugar: se limitarían a acondicionar el sector donde encerrarían a los páravim y pondrían custodios en esa área. Nada más.

No le fue difícil colarse en los calabozos. Había un gran revuelo con las decisiones tomadas por los señores del bosque. Las órdenes iban y venían, se intentaban organizar los métodos a seguir tanto para vigilar a los cautivos como para preparar la marcha de los atelden. Nadie prestó atención a su ausencia y nadie lo haría. Varya sería la única que reparase en ello, pero para cuando lo hiciese su plan se habría consumado. O al menos eso esperaba.

Agazapado entre las sombras, escuchó como los punielden penetraban en las mazmorras con los prisioneros, como los conducían hasta las celdas y como se daban las últimas indicaciones a los guardianes. También le llegaban las voces suplicantes de los caballeros, algunos hasta se atrevían a increpar a los elfos. Los ánimos estaban caldeados, había que esperar a que se enfriasen antes de iniciar la fuga. Un par días serían suficientes. Afortunadamente para su subsistencia, el río Élbor tenía un paso subterráneo por debajo de las mazmorras, donde había un pequeño embarcadero por el que, seguramente, llevarían a los prisioneros desde el río. Aquello no solo representaba un suministro de agua y

moluscos que llevarse a la boca mientras esperaba el momento oportuno para huir de allí con Danéleryn y los suyos, también era su cauce hacia la libertad.

Mientras se preparaba para llevar a cabo su plan, Muras no podía dejar de pensar en lo irónico que resultaba saber que sus conocimientos de herbología, los mismos que iba a utilizar a su favor, se los hubieran proporcionado los elfos silvanos. En Thanan un año podía transcurrir en un solo día y a veces era impreciso saber cuánto tiempo llevaba allí. Pero lo cierto es que esa relatividad le había servido para perfeccionar su manejo en las armas hasta límites que él jamás hubiera imaginado, así como su aprendizaje en diferentes campos como era el conocimiento y manipulación de las plantas. Mezclando cuidadosamente una serie de algas que crecían en el Élbor, y que no eran nada difíciles de conseguir, se podía crear un poderoso narcótico capaz de dejar fuera de combate a un troll durante un buen puñado de horas. Y los juncos que crecían a la orilla del río le servirían para hacerse una cerbatana y los proyectiles en los que aplicar el ungüento.

Muras avanzó por los distintos pasadizos y niveles hasta que llegó a la estancia donde se alojaban las celdas de los paravim. Con mucho sigilo, se asomó entre las sombras cerciorarse de a qué debía enfrentarse: cuatro guardias que, como estatuas de piedra, custodiaban impasibles a los prisioneros humanos. Las caras de los caballeros reflejaban el desconsuelo y la congoja de aquellos que saben que su suerte difícilmente va a cambiar. Danéleryn, cuyo rostro pudo distinguir entre los cautivos, permanecía serena, o al menos eso aparentaba. El espíritu de la reina debía permanecer intacto, se lo debía a sus hombres, aunque Muras sabía que por dentro le ahogase el pesar.

Debía proceder de manera rápida, sin titubeos. Un solo fallo y podía darse por descubierto. Los sentidos de los elfos estaban mucho más alerta que los de cualquier mortal. Introdujo cinco proyectiles bañados en las algas tóxicas, tantos como cabían dentro del junco hueco que utilizaría a modo de cerbatana. Solo esperaba tener buena puntería. Se aproximó todo lo que pudo, sin perder el cobijo de la oscuridad, y apuntó al cuello de los elfos, la única parte vulnerable de entre sus armaduras. Tomó aire con todas sus ganas y sopló tan fuerte como pudo. El pequeño dardo alcanzó su objetivo y

se clavó en la carne del primer guardián, el cual tardó un par de segundos en caer como un fardo al suelo. Dos de sus compañeros no se percataron, pero el tercero giró la cabeza, alertado por el sonoro golpe. Ese sería el siguiente objetivo de Muras. Otro soplido y un acierto más. Los otros dos restantes ya se percataron de que algo sucedía. Se dieron atropelladas instrucciones, apremiando a buscar refuerzos y dar la alarma. El tercer proyectil voló y acertó al tercero, un momento antes de que el cuarto saliese corriendo apresuradamente hacia la salida, gritando y tratando de alertar al resto de la guardia. El siguiente tiro de Muras erró su destino, chocándose en una de las placas de la armadura, pero aquello le sirvió para que el elfo se tomase unos segundos para mirar a su alrededor y tratase de localizar a su misterioso agresor. El caballero decidió salir de su escondite para que la atención se centrase en él y no en conseguir refuerzos. Salió de entre las sombras, exponiéndose a la ira del elfo, quien echó mano a la empuñadura de su espada. Era lo que Muras necesitaba: unos segundos para apuntar y acertar. El guardián cayó en el mismo sueño que sus compañeros.

Al ver allí plantado ante ellos al que antaño fue Lord Comandante de los Cuervos Errantes, los cautivos caballeros de Páravon prorrumpieron en gritos de alegría. Los que hace unos instantes se regodeaban en su propio infortunio ahora parecían haber recuperado el vigor y la dicha. Muras se había convertido en una imagen que simbolizaba la libertad y la esperanza.

—¡Silencio! —les ordenó mientras registraba a los elfos buscando las llaves de la celda—. Alguien podría oírnos.

—¡Has venido! —Danéleryn no dejaba de sollozar—. ¡Al final has venido!

—Nunca debisteis entrar en este bosque —dijo Muras abriendo las puertas enrejadas—. Fue una imprudencia, pero este castigo es desmedido y todavía quedan muchas cosas que averiguar.

—Una guerra está en ciernes, Muras. Regresa con nosotros. Te necesitaremos a nuestro lado. Sabes que aquí no podrás quedarte. Los elfos silvanos jamás te perdonarán…

—No es momento para eso. Vamos, el tiempo apremia. Seguidme y no hagáis ruido.

****

Danéleryn tenía que confesar que hubo momentos en los que dudó de Muras. Desde que apareció revelándose como el Caballero Fantasma, había sentido que su amigo estaba más próximo a los punielden que a ellos. No obstante, era un hijo de Páravon, un caballero juramentado que había liderado a su orden durante demasiado tiempo como para que todo se borrase de un plumazo. Debía quedar algo de páravim en él, algo del amigo de la infancia que fue y algo de lealtad hacia su tierra. Verlo ahí delante, tras los barrotes de su celda, enfrentándose a sus captores, aún a sabiendas de que ya nada volvería a ser igual en Thanan para él, llenó su corazón de dicha y júbilo.Había recuperado a un gran soldado y un mejor amigo.

Muras había tomado una de las teas que iluminaban la estancia y encabezaba la marcha con paso apresurado y decidido, recorriendo los laberínticos pasillos como si de su propia casa se tratase. La reina y sus caballeros intentaban seguir su ritmo haciendo grandes esfuerzos en ser lo más sigilosos posible.

—¿A dónde nos llevas? —le preguntó Danéleryn al cabo de un rato.

—Antaño conducían a los prisioneros por el río —dijo el caballero—, por cauces subterráneos que atraviesan cuevas y grutas. Los elfos silvanos construyeron un pequeño embarcadero en estas mazmorras para tal fin.

—¿Estará vigilado?

—Lo dudo. Hasta que llegasteis, estos lugares han estado abandonados. Ya nunca se hacían prisioneros pues nadie osaba entrar en el bosque. Solamente los krulls han sido tan imprudentes como para intentarlo, y a estos no se les captura.

—Se les da caza.

Muras asintió con la cabeza y siguió concentrado en el camino.

Tal y como dijo, el embarcadero estaba desierto.Había varias barcas amarradas al mismo, suficientes como para albergarlos a todos y alejarlos de aquel lugar. El paso del tiempo y el desuso habían hecho mella en algunas de ellas, arrebatando la belleza que quisieron conferirles sus artesanos, pero servirían para navegar sin problemas.

De pronto, el sonido de un cuerno rompió la quietud. Luego le siguió otro, y otro más. Así hasta que se formó un estruendo semejante a una tormenta que amenaza con descargar toda su furia.

—Nos han descubierto —anunció Muras, apretando los dientes —. Tenemos poco tiempo antes de que los tengamos encima. ¡Vamos, a las barcas! ¡No más de tres en cada una! ¡Vamos, el tiempo apremia! Mi señora Danéleryn, vos conmigo.

La madera de los esquifes se quejó al sentir el peso de los caballeros, oscilando suavemente con el mecer del río. Rápidamente, tomaron los remos y soltaron los cabos, dispuestos a partir de inmediato. La libertad cada vez estaba más cerca, a cada remada, a cada centímetro avanzado. No tardaron en salir de las primeras grutas y los altos árboles de Thanan se presentaron ante ellos. El cauce del Elbor zigzagueaba por los mismos con un susurro permanente que hubiese resultado hipnótico de no haber sido por el sonido de los cuernos de los punielden, a los que se sumaban las voces de estos. Estaban muy cerca.

—¡Remad deprisa! —ordenó Muras, abandonando toda esperanza de pasar desapercibido. Ahora solo importaba salir de allí lo antes posible.

Danéleryn echó mano a una de las palas de madera y se puso a bogar junto con sus hombres. El río también parecía querer echarles una mano y les dio velocidad a las embarcaciones en cuestión de segundos. Entre la floresta, comenzaron a moverse sombras.

—¡Nos han descubierto! —gritó la reina, señalando con la cabeza y sin dejar de remar.

Muras frunció el ceño, un gesto que no hacía presagiar nada bueno.

—No son elfos silvanos —gruñó—. ¡Deprisa! ¡Remad con más brío!

El remanso de paz que era el río comenzó a quedar atrás para dar paso a los rápidos, sacudiendo a las barcas con violencia. Los caballeros tuvieron que esforzarse por no volcar y quedar a merced de las corrientes, mientras las extrañas sombras no parecían perderse en la lejanía sino todo lo contrario; les seguían el paso muy de cerca. Entonces fue cuando se materializaron.

Tal y como dijo Muras, no eran elfos quienes les perseguían. Las esbeltas y sinuosas figuras se contorsionaban en movimientos

imposibles, en saltos y piruetas, algunas incluso llegaban a introducirse de cabeza en la tierra para emerger de ella unos metros más adelante, como las raíces y ramas de un árbol. Sus voces eran estridentes, siseantes, cargadas de malas intenciones.

—¡Dríades! —gritó Muras.

Los espíritus del bosque habían despertado dispuestos a darles caza, persiguiéndoles a gran velocidad. Sus delgados brazos, frágiles a primera vista, eran nudosas ramas que acababan en zarpas afiladas como dagas, sus rostros eran máscaras fantasmales con ojos que brillaban llenos de rencor y de cólera. Con un crujido, las dríades conseguían alargar sus miembros hasta alcanzar a las embarcaciones que más próximas estaban a la orilla, penetrando en el casco, haciendo restallar la madera y hundiendo un par de ellos en las furiosas aguas del Élbor.

—¡Cuidado! —chilló desesperada Danéleryn—. ¡Recoged a los que han caído al agua! ¡Rescatadlos!

—¡Las barcas no soportarán el peso de más hombres! —advirtió Muras, quien se afanaba por mantener el esquife estable y alejado de sus perseguidores—. ¡Debemos continuar!

La reina de Páravon vio como la dríade que marchaba a la cabeza, aquella a la que llamaban Dyrzza y que había dado muerte a Celdan días atrás cuando cayeron en manos de los punielden, conseguía atrapar una de las barcas, partiéndola por la mitad con un brazo y ensartando a uno de los tres tripulantes entre sus garras. Los otros dos fueron arrastrados por la corriente y no tardaron en desaparecer. Aquella huída se estaba convirtiendo en una pesadilla.

—¡Diles que paren! —imploró en vano Danéleryn a Muras—. Tú has convivido con esos demonios ¡Diles que paren!

—Las dríades no responden ante nadie, salvo a Dyrzza y ella es un espíritu caprichoso. Nos reconoce como amenaza para el bosque y nada podrá detenerla hasta que acabe con nosotros, ni siquiera los elfos silvanos podrían.

—¡Manteneos alejados de la orilla! —se escuchó gritar a uno de los caballeros—. ¡Ya se vislumbra el final del bosque!

Aunque lejano, se atisbaba delante de ellos un gran claro por donde penetraba la luz del atardecer. Las lindes de Thanan se abrían como puertas y esperaban ansiosas la llegada de los fugitivos. Danéleryn sabía que, si lograban llegar más allá de estas,

las dríades dejarían de perseguirlos. Nunca un espíritu del bosque se había aventurado a cruzar las fronteras del mismo. Solo tenían que aguantar un poco más y lo habrían conseguido. Tan solo resistir un poco más.

Se escuchó un silbido seguido de un resplandor rojizo. A causa del feroz movimiento de la embarcación, y de que su atención la tenían las dríades, Danéleryn no pudo reconocer qué era y de dónde venía. Le picaban los ojos a causa del agua que se le metía constantemente, creando una fina cortina que le impedía distinguir bien aquello que tenía delante. Se los frotó con fuerza y trató de centrar la mirada no sin ciertas dificultades.

—¡Fuego! —escuchó a alguno de sus hombres gritar por encima del bramido del río.

Se sacudió la cabeza y se volvió a pasar la mano por la cara antes de alcanzar a ver una flecha clavada en la tierra, envuelta en llamas que comenzaban a extenderse por la hojarasca. Las dríades alzaron sus estridentes voces hasta crear un coro siniestro que perforaba los tímpanos. Fuego: su mayor enemigo. Los espíritus silvanos, que hasta hace un momento les habían perseguido sin tregua, vacilaron en su avance, cediendo metros entre ellos y las embarcaciones. Aunque su líder, Dyrzza, no parecía dispuesta a dejarse intimidar y de un acrobático salto saltó por encima de las llamas, las cuales lamieron la punta de sus pies con forma de raíz. Aunque llegó a prender, la dríade enterró sus miembros bajo la tierra para que, acto seguido, volviesen a emerger violentamente, completamente apagados. Sus ojos ardían de odio.

—¡Flechas! —volvió a alarmar alguien.

Danéleryn alzó la vista y vio cruzar media docena de ardientes saetas destinadas a las dríades y a ellos. Dos de ellas se ahogaron en el río, otra alcanzó una embarcación, aunque sin consecuencias, el resto tenían como objetivo propagar el fuego y mantener a raya a los belicosos espíritus del bosque. Primero pensó en los elfos silvanos, pero al girarse salió de su error: krulls.

Entre la maleza y los árboles se distinguían sus testas cornamentadas y el resplandor del fuego en sus flechas. Sus berridos pugnaron con los chillidos de las dríades, creando una funesta y escalofriante sinfonía que no hacía presagiar nada bueno. La reina maldijo por lo bajo. La corriente del Élbor les arrastraba

directamente hacia ellos.

Dyrzza, presa del odio, se lanzó contra los krulls mientras esquivaba los ardientes los dardos ígneos, y tras ella fue su séquito. Algunas no tuvieron tanta suerte como otras y las flechas de aquellos malditos seres se clavaron en sus torsos, envolviéndolas en llamas en cuestión de segundos. Los páravim dejaron de ser el objeto de sus iras.

El choque entre los krulls y las dríades fue brutal, salvaje, donde todas las de perder, pese a sus arcos y sus flechas llameantes, las llevaban las infames abominaciones del Drawlorn. Entregándose al combate cuerpo a cuerpo, las bestias intentaron doblegar a las guardianas de Thanan con hachas y espadas, pero ellas eran más rápidas, más fuertes y más letales. Sus miembros fueron picas donde ensartaron a los krulls entre roncos lamentos llenos de agonía. Sus brazos y dedos se retorcían en sus cuellos y torsos hasta quebrarlos. Desde su esquife, Danéleryn contemplaba la escena, alejándose poco a poco, con un telón de llamas como fondo mientras ellos se acercaban al claro que les llevaba hasta la libertad.

—¡Atentos! —ordenó Muras, quien seguía luchando contra el río para dirigir la embarcación—. ¡Remad hacia la orilla! ¡No vayáis más allá! ¡Todos a la orilla!

—¿Estás loco? —le gritó casi en la cara la reina—. Alejémonos un poco más. ¡Todavía los tenemos muy cerca! —con un dedo tembloroso señaló hacia donde las dríades daban buena cuenta de los krulls.

—Me temo que no podremos continuar. ¡No discutáis y haced lo que os digo!

Los que quedaban, remaron hacia donde Muras les indicó. Ya salían del perpetuo tejado de árboles para poder disfrutar del cielo abierto de Páravon. Danéleryn hubiera jurado que hasta el aire era menos denso que en Thanan. Pero el respiro le duró muy poco.

Fue un golpe duro en su moral, por encima de la propia lógica que le indicaba que habían salido del fuego para caer en las brasas. Gruñidos, sonido de metal y cuernos les recibieron al salir del bosque. Danéleryn no pudo contener las lágrimas que se le saltaron al ver el mayor asentamiento de krulls que jamás ella hubiera recordado. Manadas y manadas de aquellas pérfidas bestias esperándoles para no dejar rastro de su existencia.

—Tal y como yo dije —murmuró apesadumbrado Muras—. Los krulls se preparan para invadir Thanan y nosotros estamos en su camino.

MEJOR BESTIAS QUE HOMBRES

Ceniza y miseria. Eso fue lo que sembró a su paso Lédesnald, a medida que fue dejando los restos de la Muralla atrás y adentrándose en Cáladai. Sí, era cierto que no habían encontrado una oposición digna, de haberlo hecho las tornas podrían haber cambiado. Tan solo aldeas al pie del Ered Durak defendidas por labriegos, ganaderos o herreros, en el mejor de los casos. Mantequilla enfrentándose a un cuchillo de untar calentado al rojo vivo. Los krulls se divirtieron y saciaron su apetito voraz de carne y su interminable sed de sangre. Y mientras, él se aprovisionaba con los víveres que guardaban los desafortunados muertos en sus graneros y granjas, saqueaba los cultivos y quemaba todo a su paso. Pronto se corrió la voz entre las aldeas colindantes de que una horda de krulls, capitaneada por un demonio bárbaro del norte, avanzaba desde la frontera de Onun, arrasando con todo y todos, sin dejar rastro de vida, algo completamente incierto ya que Lédesnald siempre tenía el tino de dejar a una sola persona con vida para que marchase a los pueblos vecinos y corriese la voz. Su nombre sería pronunciado con temor y respeto, su leyenda crecería y se extendería como la sombra una noche sin luna ni estrellas.

No tuvo prisa en llegar a Thondon, se detenía en cada asentamiento arrasado para regocijarse de las victorias conseguidas. Los krulls le traían a las más jóvenes y bellas mujeres, si es que había alguna, y Lédesnald festejaba al caer la noche con cerveza, algún animal asado en una hoguera y violaciones hasta que le escocía el miembro, caía borracho o se aburría. Entonces, las pasaba por la espada y dormía plácidamente hasta que el sol le sorprendía en alguna casa que no recordaba haber ocupado. La vida era buena con él.

Los krulls parecían confiar cada vez más en él. Desde que abandonaron el ejército de Sártaron y la tediosa paz a la que los había acostumbrado, no les faltó ni un solo día de muerte a su alrededor. Era fácil contentar a aquella bestias: un poco de sangre,

una mínima arenga y días enteros de rapiña y masacre. Izhkad lo había declarado, en una lengua imposible de reproducir, El Que Provee y toda la manada no veneraba como a un semidios. Lédesnald no es que le diera mucha importancia, sobre todo viniendo de criaturas tan básicas como esas, pero comprendía que aquello era un primer paso a la hora de poder llevar a cabo sus planes. El poderoso Señor del Fin de los Días había sido incapaz de ganarse la confianza de los krulls sin utilizar palabras y promesas. Él les había dado algo que entendían y anhelaban. Sangre y violencia. Estaba claro que, en caso de tener que decidir, las bestias seguirían a Lédesnald.

El único que no parecía disfrutar era Órgalf. El estúpido borse cada vez estaba más hosco y pasaba largos periodos de tiempo en soledad, rumiando a saber qué pensamientos y dedicando miradas ceñudas a Lédesnald. Este, lejos de mostrarse molesto, se divertía e intentaba potenciar su huraño comportamiento dándole sus impresiones positivas sobre los krulls. Cuando señalaba lo eficientes carniceros que eran, por ejemplo, el borse fruncía el ceño hasta ocultar sus ojillos mezquinos bajo sus cejas y se alejaba farfullando. Era el único eslabón que fallaba en su cadena, ese mugriento señor de la guerra y su injustificada lealtad a Sártaron. Tarde o temprano tendría que poner remedio a eso.

Cuando llegaron a Thondon, una bofetada de olor a podredumbre y ceniza les dio la bienvenida. Cadáveres en descomposición y calcinados se esparcían aquí y allá junto con edificios derruidos y quemados hasta sus cimientos. Solo un vistazo bastaba para hacerse una idea de lo que habían experimentado los desgraciados habitantes de esa aldea. Lo mismo que habían sentido los que había arrasado Lédesnald tras de sí.

Los krulls eran bestias muy resistentes, pero tanto Órgalf como él podrían sucumbir a las enfermedades, de modo que ordenó a Izhkad que se ocupasen de deshacerse de los restos de cadáveres y adecentar la ruina que era Thondon. Al principio no entendió por qué Mathrenduil le había sugerido que marchase para allá, incluso se sintió tentado de abandonar el lugar y proseguir con su camino, pero una rápida vuelta por el lugar le sirvió para ver que estratégicamente era perfecto; se alzaba sobre una colina que dominaba el valle, cubriendo su retaguardia tenía las montañas y

desde allí tenía una visual de toda la zona completa. Si alguien intentaba atacarlos, sería descubierto a leguas de distancia. Algo que a un consumado militar le serviría de mucho, pero que a un lugareño, como dejaba claro el estado de la aldea, no le aportaba nada más que buenas vistas. Había una pequeña zona boscosa alrededor que quizá tuviese algo de caza, aunque lo dudaba tras el paso de aquella catástrofe. No había por qué preocuparse, tenía provisiones de sobra para pasar allí un tiempo.

Mientras los krulls adecentaban el lugar y levantaban el campamento, Lédesnald se dedicó a reconocer el lugar junto con Órgalf. Hubiese preferido hacerlo solo, pero bastante suspicaz estaba ya el sucio borse como para mearse descaradamente en sus barbas. Llegó hasta la parte limítrofe con el valle, donde los restos de un otro edificio, tal vez una taberna por su ubicación y disposición, marcaban el comienzo y final de la aldea. Paseó la mirada alrededor y se detuvo en el bosque que más abajo parecía vigilarle.

—Arnor —anunció con voz grave—. Y la ciudad prohibida de la Lagoscuro, hogar de los montaraces. Los últimos de un linaje real al que le han robado todo rastro de nobleza.

Órgalf gruñó.

—He oído historias sobre ese bosque.

—Y todas ellas convenientemente exageradas, no me cabe la menor duda.

—¿Acaso crees que nadie habita ese lugar?

Borse ignorante y necio…

—No, Órgalf —respondió, haciendo acopio de toda su paciencia —, precisamente creo lo contrario. De todos los posibles enemigos a los que nos podíamos enfrentar, no esperaba que estos fuesen los montaraces.

—He oído que son capaces de aniquilar un ejército de mil hombres con solo una veintena de los suyos —el bárbaro tenía los ojos muy abiertos y apenas pestañeaba—. Y que, tras aniquilarlos, se convierten en bruma y desaparecen sin dejar rastro alguno.

Lédesnald giró despacio la cabeza y se le quedó mirando con una ceja enarcada.

—También he oído que son capaces de preñar a hombres y mujeres introduciendo uno solo de sus dedos por el culo —le

escupió—. ¡Deja de decir estupideces!

Órgalf bufó y se le encaró.

—¿Acaso tú eres tan listo como para asegurar que eso no es posible? —El enorme pecho del borse se infló hasta parecer que iba a explotar.

—¡Lo soy, necio! —le gritó Lédesnald a la cara sin amedrentarse —. He viajado por este continente mientras tú y los tuyos ordeñabais cabras. Me he topado con algunos montaraces. Son gente dura, peligrosa, pero no son fantasmas, ni espectros, ni se transmutan en nube. Son hombres.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Lédesnald volvió a posar su mirada en Arnor. Sintió un cosquilleo en el estómago. Si al menos dispusiera de más efectivos…

—Que todos los hombres sangran.

Inspeccionó de manera minuciosa las labores de los krulls, no quería que por cualquier despiste se quedase algún cadáver con el que tropezar. El olor era, a ratos, insoportable, pero albergó la esperanza de que tras la incineración de los mismos el ambiente mejorase. Tenía intención de quedarse algunos días más de lo que venía siendo habitual, esperando si llegaban novedades de Sártaron o Mathrenduil, analizando su situación y cuál sería su siguiente movimiento en aquella cada vez más complicada partida. El rey varelden ya había espoleado su ánimo de romper el yugo que lo unía con Sártaron, pero no convenía precipitarse. Convertirse en un traidor ante borses y arjones no le reportaría ningún beneficio, tenía que ganarse su favor, tal y como había hecho Sártaron. La oportunidad llegaría, estaba seguro. No sabía cuándo ni dónde, pero acabaría llegando.

Lédesnald solicitó a Izhkad que la pira de cadáveres fuese colocada al pie de la colina, cerciorándose de que los habitantes de Arnor pudiesen ver el fuego. También le dijo que aguardase a prenderle fuego hasta que el viento cambiase y arrastrarse el aroma a humo y muerte al bosque. No tenía intención de asaltar el hogar de los montaraces con un rebaño de krulls, pero no estaba de más enviar un mensaje. Al atardecer y con el viento del norte, las llamas se elevaron hasta alcanzar la cima de la colina donde se levantaba Thondon acompañadas por los berridos guturales de las bestias,

sumidas en un éxtasis macabro alimentado por todo el caos y la destrucción sembrada. Lédesnald sabía cómo acababan las celebraciones krull, con alguna trifulca sangrienta de por medio, de modo que prefirió observar desde lo alto de la aldea acompañado de Órgalf.

—Mala idea —gimoteó el borse a su espalda—. No conviene soliviantar a los espíritus de los bosques. Muy mala idea.

Lédesnald se encogió de hombros.

—En mi vida he soliviantado a mucha gente. Supongo que engrosar esa lista…

—Sártaron no haría algo así.

Los dientes del arjón rechinaron. Se giró violentamente y agarró de la pechera al corpulento bárbaro.

—¡Pero no está aquí! —Le chilló a la cara, salpicándole con saliva— ¡Está refugiado en un palacio mientras otros libramos sus guerras!

Órgalf golpeó con furia los brazos de Lédesnald, arrancándole las manos de sus ropas. Gruñó y se le encaró tanto que sus narices casi se rozan.

—Puede que seas muy taimado, pero el pueblo del norte no es a ti a quien sigue. Rodéate de esas bestias desleales y sigue quemando aldeas y violando campesinas, pero eso no será suficiente como para que te sigan. Un día tendrás que responder ante Sártaron. Veremos cuántas alimañas están a tu lado cuando el fuego de la guerra se apague.

Lédesnald se sintió tentado de sacar su espada y añadir el cuerpo decapitado de Órgalf a la pira de los krulls. Se quedaría con la cabeza y la mearía todos los días hasta que su hedor le molestase. Pero, por mucho que le escociera admitirlo, el sucio borse tenía razón. Sártaron era grande por haber conseguido unir a todos los clanes del norte y haber forjado alianzas con otras razas. Solo una gran hazaña bélica, seguida de un fracaso del Señor del Fin de los Tiempos, lograría atraer a todos sus ejércitos a su causa. Sabía que los elfos oscuros conspiraban contra él, pero eso no bastaba y tampoco podía contar con sumarlos a su causa. Una vez consiguieran lo que fuese que peseguían, desaparecerían y él se quedaría solo con los krulls como únicos aliados. ¿Y qué sucedería cuando ya no hubiese más tierra que saquear? Que le abandonarían

y él tendría que vérselas con borses y arjones resentidos, dispuestos a marcarle en la piel la palabra traidor para luego arrancársela a tiras. Sus ojos se dirigieron fugazmente al bosque vecino. Si al menos dispusiera de más efectivos…

De pronto, sonó un cuerno. Los krulls centinelas alertaban de la presencia de inesperados visitantes. Lédesnald miró por encima del hombro de Órgalf y vio una larga hilera de antorchas que marchaban por el llano en dirección a la aldea. Escupió a los pies del borse, le lanzó una mirada llena de odio y se encaminó sin decir palabra hacia la guarnición vigía. Llegó justo cuando el resto de krulls ya estaban allí, lanzando sus balidos guturales al cielo de la noche, desafiantes y atemorizantes, deseosos de entrar en acción.

—Refrena a los tuyos Izhkad —le dijo al jefe de la manada—. Creo que esta noche no habrá derramamiento de sangre.

El krull le miró y gruñó.

Las antorchas se fueron acercando más hasta que comenzaron a revelar las formas que las seguían. Orcos y ogros. Un descomunal número de orcos y ogros venidos del noroeste. Sártaron le enviaba más bestias como presente, si es que aquello podía considerarse como tal. Lédesnald intuyó el propósito de su señor: endosarle los efectivos más inestables, imprevisibles y salvajes para que los entretuviese y cuidase mientras él jugaba a la guerra con los varelden. Estaba claro que tras aquella decisión existía un propósito más abyecto. Sártaron le ponía a prueba y no pretendía ponérselo fácil. Pero lo que ignoraba era que aquel movimiento jugaba más a favor de Lédesnald que suyo. Ahora el gran caudillo del norte se encontraba solo con sus conspiradores, tal y como había anunciado Mathrenduil, y él disponía de una horda mayor.

Indicó a Izhkad que sus krulls debían aguardar mientras él parlamentaba con los cabecillas de las tropas. No había nada que temer. De querer atacarlos ya lo habrían hecho. Avanzó junto con el jefe krull y Órgalf hasta donde les esperaban un orco bruno de poderoso aspecto y un enorme ogro con el rostro surcado de cicatrices.

—Saludos —dijo de manera confiada—. Mi nombre es Lédesnald y estos son Izhkad y Órgalf. Bienvenidos a nuestro campamento.

—Te saludamos, Lédesnald —gruñó la voz del ogro, profunda como una caverna y ronca como el trueno que anuncia la tormenta

—. Yo soy Rakg y él es Shárkbad —señaló con la mano al orco—. Venimos a unirnos a tus huestes.

—Hemos oído que los krulls y tú os habéis estado divirtiendo —intervino Shárkbad—. Y, por lo que hemos visto por el camino, debe de haber sido así.

—Si lo que buscáis es sangre, no encontraréis mejor compañía que la nuestra —Lédesnald les dedicó su sonrisa más bienintencionada—. Precisamente, en este momento me encontraba planeando el que será nuestro siguiente ataque. Esta vez nada de aldeas ni asentamientos. Una lucha contra guerreros de verdad, contra un lugar que nos colmará de gloria.

—Tú procúranos la guerra y nosotros te proporcionaremos la gloria —sentenció Rakg, haciendo una mueca siniestra que pretendía ser una sonrisa—. Y seremos nosotros los que decidamos si estás a la altura de la reputación que te precede, Lédesnald el que camina entre bestias.

—Bienvenidos de nuevo, pues.

Los orcos y ogros subieron la colina hasta la aldea bajo las miradas suspicaces de los krulls. Lédesnald se dijo que a las bestias de Izhkad no les iba a hacer mucha gracia compartir víctimas con los recién llegados, pero eso tenía fácil solución. Arnor. Ya disponía de más efectivos. Era el golpe de efecto que estaba esperando.

—Estamos rodeados de bestias —rezongó Órgalf una vez se quedaron solos.

—Bueno —contestó encogiéndose de hombros—, en tu caso deberías estar acostumbrado.

—¡No es momento para chanzas! ¿Sártaron nos convierte en domadores de alimañas y tú tienes ganas de bromear?

—Sártaron no ha conquistado nada desde que salió de Mezóberran. Se limita a pasar por donde le allanan el camino otros. Y esos otros somos nosotros. Tú ves orcos y ogros. Yo veo una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿De qué?

—De hacer una conquista que palidezca los logros de nuestro señor. De golpear la mesa más fuerte de lo que él ha hecho jamás.

—¡Arnor! —exclamó el borse—. ¡Te estás planteando atacar Arnor!

—Si reduzco ese bosque a cenizas, si logro expulsar a los

montaraces de su ciudad secreta, habré logrado dos hazañas que nunca antes se habían logrado: hacer caer la Muralla y el último hogar de los onai.

—¿Con krulls, orcos y ogros?

Lédesnald asintió con la cabeza.

—Y cuando eso suceda, nuestro pueblo empezará a cuestionarse quién es el verdadero conquistador.

Órgalf frunció tanto el ceño que sus ojos quedaron ocultos entre sus espesas cejas.

—¡Eres un traidor asqueroso! —gritó apretando los puños—. ¡Pretendes dar la espalda a Sártaron!

—¡Vamos, Órgalf! ¿Acaso no te he dado pistas durante todo este tiempo? Era obvio hasta para alguien como tú. Y aún así me sigues.

—¡Te he seguido porque era voluntad de mi señor! No había otros motivos.

—Es una buena respuesta. ¿Será lo que le dirás a Sártaron cuando sea consciente de todo?

—¡Demonios, sí! ¡Eso es lo que le diré!

—Sería mejor que, llegado el momento, te decantases por mí, Órgalf. Tú y tus borses deberíais estar del lado ganador.

Órgalf escupió a la cara a Lédesnald.

—No voy a ser partícipe de tus maquinaciones. Me marcho ahora mismo.

Lédesnald se limpió el salivazo tranquilamente con la capa de piel de oso, observando como el borse le daba la espalda.

—Sabes que eso no puedo permitirlo.

A Órgalf no le dio tiempo a girarse de nuevo. La espada de Lédesnald salió endiabladamente rápida de su vaina y atravesó la garganta del mísero bárbaro. Al borse se le inundó la boca de sangre y comenzó a gorgotear. Se desplomó como un fardo bajo los pies sus pies, se retorció, dio unas cuantas convulsiones y dejó de moverse.

—Deberías haber sabido, querido Órgalf —se dirigió al cuerpo de su antiguo compañero mientras limpiaba su espada de sangre—, que empiezo a preferir la compañía de las bestias a la de los hombres.

LO INEVITABLE ACONTECE

Aullido Blanco parecía recuperarse a una velocidad sobrenatural. Quién sabe qué tipo de artes curativas había aplicado el fauno Púnikig cuando se lo llevó, adentrándose en la espesura del Bosque Longevo. Dos días habían pasado y el huargo blanco parecía no haber sido herido. Se pasaba el día a la vera de los otros dos enormes lobos que respondían a la voz de Täuniel, jugueteando como gigantes bolas de pelo, encantado de haber encontrado a más como él. No solo parecía recuperado, también parecía haber encontrado su lugar. Velthen lo observaba con ternura y no podía evitar sentir cierta envidia. Incluso allí, descansados y seguros, con abundante comida proporcionada por sus pintorescos anfitriones, y con su grupo de compañeros (a los que consideraba lo más parecido a una familia) algo más relajados y de mejor humor, seguía sintiendo que aquel no era su sitio. Y la presencia del medio elfo no lo arreglaba.

Täuniel no se dejaba ver de continuo. Parecía constantemente atareado, yendo de aquí para allá, montando en su ciervo, apareciendo y desapareciendo solo o con los centauros. Y cuando decidía compartir su tiempo con ellos, no se mostraba muy hablador, tan solo se preocupaba por si estaban cómodos o les faltaba algo. Luego se ensimismaba afilando su espada o tensando su arco, o haciendo recuento de flechas, o con cualquier otra cosa que supusiese no dirigirse a ellos más allá de lo imprescindible. Y aún así, la fascinación que provocaba en sus compañeros era palpable, sobre todo en las chicas. No las podía culpar, Täuniel era todo lo mejor de un elfo mezclado con todo lo mejor de un humano. Un fascinante mestizaje que, para colmo, se había revelado como el heredero al trono de Eren. Y en este caso era un hecho probado.

La Profecía élfica, aquella que pretendía vincular su vida al destino de Cáladai y de la misma Tierra Antigua, se había equivocado. Al menos con él. Un estúpido error de interpretación, que guió a personas necesitadas de un clavo ardiendo al que agarrarse hasta él. No entendía cómo Ectherien podía haber creído en ello, cómo los montaraces de Lagoscuro lo daban por hecho, y

como Dálfvar, todo un mago sabio y erudito, no lo había disuadido de aquella posibilidad. ¿Acaso no eran amigos? Pensar en todo aquello le producía vértigo, una sensación de caída y de vacío que le llevaba a formularse innumerables preguntas, todas ellas de respuestas complicadas. Pero la que más le atormentaba era cómo iba a salir de todo aquello. Después de todo lo acaecido, después de haber llegado tan lejos, cómo volver atrás y encontrar su sitio. Y así habían pasado dos días. Al menos Aullido Blanco parecía haber sacado buen rédito de aquello. Él solo podía contar con conversaciones triviales con sus compañeros, que parecían en exceso relajados, y más dudas que acumular. Y debía ser algo evidente, pues aquella mañana Púnikig lo convocó a solas.

Velthen no sabía muy bien qué esperar del fauno. Era jovial y buen anfitrión, de eso no había duda, pero el misticismo que lo rodeaba era inquietante. Y ese día Púnikig parecía no estar dispuesto a tranquilizarlo. Estaba esperándole en el claro del bosque, donde se alzaba su caótica casa, y cuando Velthen apareció se limitó a hacerle un gesto con la cabeza, indicándole que le siguiera. Y así lo hizo, caminando detrás del fauno, adentrándose más y más en el bosque, en completo silencio. El muchacho no se atrevió a decir nada, simplemente trataba de seguir el paso de su guía a través de la floresta, preguntándose a qué respondía todo aquello. Ya había renunciado a considerarse especial, a sentirse el Elegido. ¿Por qué el guardián del bosque reclamaba su presencia? Siguieron caminando durante un largo rato hasta que llegaron a un pequeño claro. En el centro había un monolito de piedra gris, con símbolos grabados, que apuntaba firmemente hacia el cielo despejado.

—Hubo un tiempo en que, en este mismo lugar, habitaba una antigua civilización —comenzó a decir Púnikig, acercándose al monolito y posando la mano sobre uno de los símbolos—. De ella no queda ni siquiera el recuerdo, tan solo estas ruinas que parecen querer resistir el paso del tiempo.

Velthen se acercó un poco más y observó aquella aguja de piedra. Sus grabados eran perfectamente visibles, sin señales evidentes de la erosión, diseños en espirales y algo similar a runas. El fauno seguía con la mano apoyada en ellos, con los ojillos rasgados cerrados.

—Tras su desaparición, el bosque conquistó todo —continuó—. Ya nada se conoce de esos restos, de esa magia más antigua que los propios elfos. Pero su legado sigue aquí, impregnando cada piedra, cada tramo de suelo. Es memoria dispuesta a dejarse oír por aquellos que sepan escuchar.

Velthen no oía nada. Tan solo el lejano arrullo de los pájaros y el crujir de las hojas secas. Seguramente, él no sería de aquellos que saben escuchar.

—¿Por qué me has traído hasta aquí? —le preguntó.

Púnikig abrió los ojos y giró la cabeza hacia él, observándolo con curiosidad.

—Porque también me interesa tu legado, joven amigo —le dedicó una amplia sonrisa, dejando ver sus dientecillos completamente blancos.

—No sé de qué legado me hablas.

—Del que tus amigos creen que tienes.

—¿Tú también vas a hablarme de la Profecía, de los reyes perdidos de Cáladai y de mis verdaderos padres? —Velthen se sintió un poco molesto—. Parece que todo el mundo conoce más de mí que yo mismo.

—¡Oh, en absoluto! —Púnikig negó moviendo ambas manos, como si quisiera despedirse de aquella idea—. Yo creo que tú sabes bien quién eres, pero tanta información está velando tu visión y te impide admitir tu verdad.

—¿Y cuál es mi verdad?

—Eso solo lo puedes saber tú. Y es tu verdad, no la de tus amigos, ni la de la Profecía. Solo tú sabes quién eres en realidad.

Velthen vaciló. Era la primera vez, desde que salió de Thondon, que alguien le hablaba de aquella manera. Se sintió aliviado y decepcionado al mismo tiempo. En fondo, la verdad siempre había estado ahí, pero se había negado a aceptarla. Tal vez por sentirse especial, tal vez por querer jugar un papel importante en los acontecimientos de la Tierra Antigua. Quizá era por querer vivir un sueño imposible, algo con lo que había fantaseado desde que era pequeño. Y ahora tocaba despertar y asumir la verdad. Su verdad.

—Soy el hijo del herrero de una pequeña aldea de Cáladai —las palabras le salieron sin pensar—. Me crié en Thondon juntos con los hijos del carpintero, del carnicero, de labriegos. No lo hice rodeado

de guerreros y montaraces que me instruyeran en el arte del combate, no soy uno de ellos. Ni siquiera mis verdaderos padres eran más especiales de lo que lo son el resto de los Onai. Estoy aquí por culpa de un error, por una malinterpretación. Se han aferrado a mí buscando una mínima y remota esperanza, y eso nos ha conducido hasta aquí. Pero ahora lo veo claro: no soy ese que buscan.

Púnikig lo miraba con atención, prestando atención a cada una de sus palabras.

—¿Por qué crees eso?

—¡Mírame! No soy un guerrero ni un estratega. Todo lo que me ha llevado hasta aquí ha sido fruto de las circunstancias. Aunque mis verdaderos padres desciendan de los antiguos reyes de Cáladai, no significa nada. ¿Cuánto de aquella sangre corre por mis venas? ¿Una gota quizá? No se diferencia en nada de la de Ectherien o Márdinel. Eso no me hace especial. Soy el hijo del abuelo de un antepasado lejano del hijo de una dinastía real. Ni siquiera se puede probar que sea descendiente directo, como sí parece ser que es Täuniel.

—¡Oh, desde luego! Täuniel es el heredero al trono de Eren.

—¿Ves? ¡Un verdadero rey! La Profecía no se refería a mí, sino a él.

—¿Tan claro lo tienes?

—Un destronado que regresará en la hora más oscura de la Tierra Antigua, con sus lobos detrás. ¿Acaso no está claro?

Púnikig se rascó pensativo la barbita de chivo.

—No entiendo de profecías, y menos de las élficas. Todo el mundo las interpreta como quiere y el verdadero significado de las mismas solo lo conocen aquellos que las promulgaron.

—¿No crees en ellas?

—He dicho que no las entiendo, no que no crea en ellas. En cambio, conozco muy bien el interior de las criaturas, tanto como para asegurar que hasta el ser más insignificante puede cambiarlo todo si realmente cree que debe hacerlo.

—¿Y si debe pero no puede?

—Siempre he creído que el deber es más fuerte que el poder. Hay muchos poderosos nunca cambiarán nada y humildes que lucharán para hacerlo. El poder te otorga la alternativa, el deber no

deja lugar para esta.

—¿Y cuál es el deber del Elegido?

—Primero deberías preguntarte si eres el Elegido.

—¿Crees que lo soy?

—Difícil pregunta. ¿Tú qué crees?

—Que no soy el Elegido.

—Entonces, yo tampoco lo creo.

La frase cayó como una losa sobre Velthen. Pese a todo lo que él pudiera sentir o pensar, esperaba que el fauno le replicase, que intentase convencerle de lo contrario y que le hiciese ver que sí que era el Elegido. Se negaba a creerlo, incluso sabía que Täuniel tenía más posibilidades que él de serlo, pero algo en su interior lo empujaba a querer creer, a dejarse convencer y arrastrar por toda aquella locura. Y Púnikig lo había zanjado con unas simples palabras. Yo tampoco lo creo. Ni Márdinel había sido tan directo. Tuvo que tomarse un momento antes de responder, sentía que su voz iba a quebrarse.

—De modo que soy una farsa —apretó los dientes, luchando por no dejar escapar sus lágrimas.

—¿Una farsa? —Púnikig lo miró extrañado, como si no entendiese su idioma—. Yo te veo bastante real. Un mar de dudas, eso sí, pero real.

—¿Y cómo no tener dudas cuando todo ha sido fruto de una mentira?

—Una mentira que te salvó la vida cuando los orcos arrasaron tu aldea, según tengo entendido. Una mentira que te llevó a rescatar a una princesa de las garras de los ogros. Una mentira que ha unido a un grupo tan singular como diferente por una causa. Una mentira con el poder suficiente como para cambiarlo todo, para bien o para mal. ¿Recuerdas lo que hemos hablado del poder y del deber? Pues resulta que tú tienes lo primero. Ya sabemos que puedes. Ahora pregúntate si debes.

—¡Maldita sea! —estalló Velthen— Poder, deber… ¿Acaso importa cuando todo es una mentira?

Púnukig le miró con gravedad, sus ojillos resplandecían como si fuesen de cristal.

—Sea verdad o mentira, lo inevitable siempre acontece.

****

Elebrian engrasaba su espada mientras su halcón sobrevolaba el Bosque Longevo. Desde que se habían convertido en los invitados forzosos de Púnikig y Täuniel, cada mañana se levantaba y llevaba a cabo ese ritual. Afilaba la hoja y la engrasaba con sumo cuidado, tomándose su tiempo. Podía estar así largo rato, pasando la piedra piedra por el filo mientras que el halcón revoloteaba por encima de los árboles. Había establecido un vínculo con el ave, convirtiéndola en muchos momentos en sus ojos. Y, aunque se suponía que allí estaban a salvo custodiados por los centauros, el elfo invidente se sentía más tranquilo sabiendo que su emplumado amigo velaba desde el cielo por él, desvelando secretos que sus custodios creían bien protegidos.

Desde que había abandonado el amparo de su pueblo, Elebrian había dejado de cuestionarse el porqué de las cosas. Procuraba dejarse guiar por el instinto, el cual no le había fallado desde que perdió la vista a manos de Mathrenduil. ¡Ese vil traidor a su raza! Su mero recuerdo despertaba en Elebrian una ira incontrolable, un ansia de venganza que le llevaba a cuestionarse si todo lo que estaba llevando a cabo lo hacía por Élennen y los suyos o por sí mismo. A veces se imaginaba llevando a la muerte al mismo Velthen y sus compañía para saciar su sed de venganza. ¡Cualquier cosa serviría de justificación si finalmente le arrancaba el corazón a Mathrenduil! Acto seguido, se obligaba a serenarse, apagaba la llama de la ira y se sumía en una supuesta y frágil paz interior. Debía apartar los pensamientos que le llevaban hacia el rey de los varelden y lo que le había hecho. Debía tomar el control de sí mismo.

—Bonita espada —la voz de Täuniel le sobresaltó. De todos los allí presentes, el medio elfo era el único capaz de burlar sus sentidos cuando se lo proponía de verdad—. Apuesto a que no eres un humilde atelden de Asuryon.

—¿Eso te lo dice mi espada? —Elebrian siguió pasando el trapo engrasado por la hoja.

—Tu espada y mi instinto. Demasiadas cicatrices para no ser alguien relevante.

—Tal vez hice enfadar a quien no debía.

—Con una espada como esa, harías enfadar a alguien realmente poderoso.

El elfo invidente sonrió.

—Era maestro de los Primeros Espadas Inmortales de Asuryon. Estuve al servicio del Primer Valido de los videntes.

—¿Y dejaste de servirle a causa de tu ceguera?

—A causa del deber.

—Gran deber ha de ser ese cuando te aparta de tu tierra y de los tuyos.

—Uno que está por encima de ellos y de nosotros.

El medio elfo se sentó a su lado. Notó ese olor a mestizaje que arrastraba consigo y que le había delatado el día que los capturaron.

—¿Todo esto es por el joven llamado Velthen?

Elebrian tiró el trapo al suelo e introdujo la espada en su vaina con suavidad.

—Es el Elegido.

Sintió cómo Täuniel ahogaba una risita.

—Tengo la sensación de que no crees mucho en esas cosas.

—Hubo un tiempo en el que no creía, y puede que aún sea así. ¿Y qué más da? Hay gente que cree en él y mi deber es permanecer a su lado.

—Es muy noble por tu parte, servir a una causa en la que no crees.

Elebrian torció la cabeza, dirigiendo la mirada ciega que ocultaba la venda hacia el medio elfo. Aquella conversación comenzaba a ser exasperante.

—Sirvo a una causa, Täuniel el Mestizo. He vivido muchas cosas como para saber que aferrarse a lo tangible no siempre funciona. Hay fuerzas que escapan a nuestra comprensión, por muchos siglos que llevemos a nuestras espaldas. Poderes que no creerías y que me han hecho cruzar medio mundo para encontrarme todo esto. Sí, sirvo a una causa que muchos creerán perdida, pero al menos tengo algo a lo que aferrarme, por lo que luchar. Tú, en cambio, teniendo motivos para dar un paso al frente prefieres quedarte aquí, refugiado bajo el amparo del guardián de este bosque y de los centauros que lo custodian.

El sonido de las ropas al estirarse y de las hojas al crujir

desvelaban que Täuniel se había incorporado de nuevo.

—¿Acaso crees saber más de mí que yo mismo? —una brizna de indignación teñía su voz—. Es fácil hablar de esperanzas y causas por las que luchar cuando tienes un pueblo que te acoge. Es muy sencillo tomar esa bonita espada que tanto mimas y lanzarte a defender a los tuyos. Eres un atelden, perteneces al pueblo de Asuryon tanto como estos hombres que te acompañan a sus respectivos reinos. Onun, Cáladai, Undraeth… Pero tú no comprendes lo que es vivir siendo un paria, un apestado fruto de una unión que jamás debió ocurrir. Lo hombres jamás me aceptarían, como tampoco lo hizo tu pueblo. Yo era un niño cuando conocí esa cruda verdad. No existen causas por las que luchar, salvo las que responden al egoísmo de unos pocos. Hombres, elfos, enanos, orcos… Todos luchan por su propia supremacía. Pero, ¿que nos queda a los que nunca fuimos aceptados? ¿Por qué habría de luchar?

—Eres hijo de un rey de los hombres —Elebrian hizo una pausa antes de continuar—, y también lo eres de una princesa atelden.

—De un rey derrocado por su propio pueblo y de una elfa cuyo recuerdo se ha convertido en mito.

—Entonces saca al mito de las sombras. Desempolva tu pasado y conviértelo en el futuro. Deja de salir cada noche y buscar refugio para tu tormento en la tumba de tu madre. No, no te sorprendas. Puedo escuchar cómo se agita tu respiración. Tampoco intentes negarlo. Aunque no lo creas, mi vista es mucho más larga que la tuya —y señaló hacia el cielo, justo donde su halcón revoloteaba por encima de sus cabezas.

Reinó el silencio. Elebrian había averiguado dónde se encontraba el punto débil de aquel medio elfo de modales descarados y fácil sonrisa. Había atravesado esa coraza que el resto de sus compañeros creían impenetrable, sin necesidad de desenvainar el acero y derramar sangre. Su halcón le había revelado a dónde peregrinaba cada noche Täuniel. La tumba de Iyánatha, la tumba de su madre.

—Tranquilo, no diré nada a nadie —añadió Elebrian, incorporándose—. Pero espero que pienses en ello. Sal a la luz y reclama lo que es tuyo por nacimiento.

—Hablas y parece que todo sea sencillo —la voz de Täuniel

mostraba cansancio—. Aunque así lo hiciese, ¿quién apoyaría mis pretensiones? ¿Los mercenarios de Eren cuyas espadas no puedo comprar? ¿Los elfos de Thanan? Ya sabes que ellos no se inmiscuyen en asuntos de los hombres, y para ellos lo soy.

—No, desde luego que los punielden no te ayudarán. No estaba pensando en ellos —Elebrian giró la cabeza hacia las montañas, dirigiendo su mirada ciega hacia ese escudo de piedra que rodeaba el bosque—, sino en aquellos que habitan en las montañas.

La tierra se removió. Täuniel había dado un paso atrás.

—¿Te refieres a los fríos? —por su tono, el medio elfo se debatía entre la duda y el horror—. No puedes pedirme eso.

—Hicieron un juramento de sangre. Sirvieron a tu padre hasta el final y prometieron servir a su legítimo heredero. Haz que cumplan su palabra. Recupera lo que es tuyo y ayuda a disipar la sombra que se cierne sobre la Tierra Antigua.

****

La charla con el fauno lo había dejado desolado. Pasó mucho tiempo caminando tras él por el bosque. Le señalaba árboles y le decía cuántos años llevaban ahí en pie, impasibles ante las adversidades de los hombres. Le habló de las montañas, de las leyendas que circulaban sobre ellas y de un sinfín de cosas más a las que Velthen no prestó atención. Su cabeza no le permitía dejarse llevar por las historias inconexas que Púnikig le iba relatando. ¿A quién le importaba la edad de un árbol? Lo que había sido su vida desde que abandonó Thondon se tambaleaba. Otra vez. Se preguntaba cuántas veces más volvería a cuestionarse quién era y qué papel jugaba en todo lo que sucedía. Por momentos, le hubiese encantado coger las pocas pertenencias que tenía y haberse alejado de allí, sin despedirse del grupo con el que tantas aventuras había vivido. ¿Pero a dónde iría? No tenía hogar ni familia, tampoco amigos más allá de aquella heterogénea tropa. Por eso, cuando regresaron al caer la noche, Velthen no tenía ganas de compartir la charla que había tenido con el fauno con sus compañeros. Al menos Elebrian no le preguntó, ensimismado en sus propios pensamientos. Márdinel tampoco lo hizo. El joven montaraz seguía castigándole con su desprecio e indiferencia, y no podía culparle. De todos ellos,

él era el único que siempre había pensado que Velthen tan solo era un fraude.

La cena se le hizo insoportable. Pese a la rica carne asada, el hidromiel y la hoguera nada reconfortaba el vacío que sentía por dentro. Ni siquiera las chanzas de los enanos, que gozaban de un magnífico humor, ni las risas de Ectherien, Márdinel y Ubarín, con quien ya parecían haberse suavizado las cosas. Tampoco lo hacía la dulce sonrisa de Iyúnel, cuya mirada trataba de evitar. Todos parecían relajados y felices menos él. Y lo peor era no poder compartirlo con ellos. ¿De qué serviría? Generar dudas no era lo que necesitaban en ese momento. No después de todo lo vivido.

—Y entonces, me volví y le dije: "Mi señora, me gustáis tanto que enredaría mi barba con la vuestra." —tronó Tóbur, estallando en carcajadas y contagiando a los presentes.

—Por lo que dices, las enanas son mujeres de armas tomar —dijo Ubarín, secándose las lágrimas de la risa.

—¡Más bien diría de barbas tomar! —rió Gorin.

—Yo siempre había escuchado eso de las mujeres de Onun —añadió Márdinel mientras señalaba con el dedo a Iyúnel e Íniel.

—Eso es algo que no comprobarás, montaraz —le respondió la escudera al tiempo que se pasaba el pulgar por la garganta.

Todos reían. Todos menos Velthen.

—¡Vamos, joven Velthen! —Tóbur le lanzó un hueso desnudo que le dió en la pierna, sacándolo de su ensimismamiento—. Comparte con nosotros alguna de tus conquistas. ¡Seguro que en tu aldea eras el varón más codiciado!

—¡Por supuesto! —soltó Márdinel— No tendría rival, a menos que a las muchachas prefiriesen a los viejos o las cabras.

Ectherien se giró y le propinó un fuerte codazo en un costado, haciendo que el joven capitán cayese de lado quejándose del golpe.

—Deja ya el hidromiel. Te está soltando la lengua de más.

Velthen se limitó a encogerse de hombros. Estaba tan apático que ni siquiera se digno en responderle. Se limitó a levantarse y alejarse del calor de la hoguera, escuchando de fondo las voces de sus compañeros que le pedían que no se fuese, pero su ánimo había caído tan rápido como la noche, solo que en éste no brillaba ninguna estrella.

Buscó con la vista a Aullido Blanco. No había rastro de él ni de

los huargos del medio elfo. Puso el oído. Nada, solo las voces de sus amigos. Aquello le descorazonó un poco más. Incluso su huargo había encontrado un lugar que se podría llamar hogar. Allí, tan lejos de donde se encontraron por primera vez, cuando era el enorme lobo el que estaba en peligro. Velthen sintió envidia. Ojalá pudiese él quedarse allí para siempre, tranquilo, sin preocupaciones, escondido de su destino, tal y como hacía Täuniel. ¿Acaso no era él el destronado que debía regresar? Pues que ocupase su lugar como Elegido, que ya se quedaría él en el bosque.

—Mi padre siempre consideró que levantarse de la mesa, habiendo buena comida e hidromiel, era el preludio de malas nuevas —la voz de Iyúnel le sobresaltó. Se giró bruscamente para encontrársela a su espalda, con los ojos clavados en él—. Mi hermano lo hizo una vez y estuvo un mes completo consultando a los druidas, temeroso de que algún mal le atormentase. Poco después, averigüé que la causa de sus males era una muchacha de la corte de la que estaba prendado. Él tenía doce años y ella le doblaba la edad. ¡Su amor platónico! Aunque aquello no duró mucho y mi hermano no volvió a levantarse de la mesa en los banquetes.

—Entonces fue afortunado. Sus preocupaciones desaparecieron.

—En absoluto —Iyúnel se sentó en un tocón e indicó, dando unas palmaditas, que Velthen la acompañase—. Sus preocupaciones crecieron. No hubo lugar para amores no correspondidos o poemas escritos a bellas damas. Siempre hubo problemas más importantes que atender. Y mi padre no era de esos que te lo ponían todo fácil, creeme. Iyurin nunca pudo quitarse esa carga de encima.

—Entonces tu hermano era un hombre entre un millar.

—Así es —aunque triste, la boca de la princesa de Onun se transformó en una sonrisa—. Uno entre un millón, pero hasta el hombre más preocupado merece un descanso. Por eso disfrutaba de cada banquete. ¡Ya habrá tiempo de preocuparse cuando el problema llegue! Mientras tanto, vivamos.

—Supongo que es fácil decir eso cuando te llevan preparando para soportar cargas desde que eras una niña.

—¿A qué te refieres?

—¡Mírate! ¡Eres una princesa! Escudera de Onun, hija de un gran linaje de reyes, criada y educada en un castillo, con los

mejores maestros del reino. ¿A qué edad aprendiste a leer?

—No recuerdo. Creo que a los seis años.

—Yo aprendí con nueve, y fui de los más afortunados. En mi aldea había muchachos que nunca aprendieron.

—Pero aprendiste. Más vale tarde que nunca.

—¿Es que no lo entiendes? A ti te llevan preparando para soportar cargas como estas casi desde que naciste.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué me prepararon para la guerra? ¿Para resistir un cautiverio en guaridas plagadas de monstruos? Para eso nadie puede prepararse, Velthen. ¡Eh! No agaches la cabeza y mírame cuando te hablo. Me formaron para ser una princesa, no una roca.

—Al menos tú tienes unos cimientos.

—Velthen, entiendo que la situación te supere. Ser el Elegido no debe ser…

—¡Pero es que yo no soy el Elegido!

Durante unos segundos, se quedaron en silencio mirándose. Él trataba de calmar su pulso acelerado. Ella trataba de recomponerse.

—De modo —dijo Iyúnel, haciendo acopio de paciencia— que no eres el Elegido.

—Eso he dicho.

La princesa asintió con la cabeza y suspiró profundamente.

—Entonces —continuó despacio—, el haber llegado hasta aquí responde a la casualidad, a una serie de sucesos que poco o nada tienen que ver con el Destino.

—Iyúnel, escúchame…

—Supongo que tampoco tendrá nada que ver la Profecía élfica.

—Soy una mentira, ¿entiendes? Un fraude. No soy el Elegido, no soy hijo de ningún heredero a ningún trono. Todo se ha malinterpretado y se ha sacado de contexto.

—No, eso no puede ser.

—Iyúnel…

—Me niego a creer lo que estás diciendo.

—Púnikig me lo dijo, Iyúnel. Él me aseguró que la Profecía es solo interpretación subjetiva. Un texto que puede inducir a error.

La joven princesa estaba roja de indignación.

—¡También es subjetiva para él! Velthen, ¿acaso no crees en ti mismo?

—En este bosque, hay dos personas que pueden reclamar un trono sin necesidad de acudir a leyendas ni mitos. Tú eres una y Täuniel es la otra.

—¡La pretensión de Täuniel también se basa en un mito! —Iyúnel casi le gritaba a la cara—. ¿O acaso crees que esos mercenarios que nos apresaron le abrirán la puerta sin rechistar? Su verdad ha ido muriendo con el paso del tiempo.

—¿Y cuál es mi verdad?

Iyúnel se quedó mirándole sin decir palabra, con la boca entreabierta con una frase que quedó congelada. Sus ojos claros refulgían, pero ahora Velthen podía intuir un atisbo de duda. La férrea convicción de la princesa se venía abajo. Aunque aquello solo duró unos instantes y volvió a recomponerse.

—Tu verdad es que, siendo el hijo adoptivo de un humilde herrero de una aldea, has conseguido que te siga un grupo compuesto por gente muy distinta los unos de los otros. Montaraces, enanos, un elfo y hasta una princesa y su escudera. Has caminado de la mano de un mago y has superado pruebas que hubiesen podido con cualquier soldado curtido. ¡Mira hacia esa hoguera! Todos te seguirán hasta el final, Velthen. Todos. De modo que elige bien tu camino antes de tomarlo.

—Mi camino se aleja de mí.

—No, lo tienes frente a ti —la joven se arrodilló frente a él y tomó su rostro entre sus suaves manos—. Olvida la Profecía y olvida al Elegido. Formas parte de todo lo que está sucediendo. Conviértete en el hombre que debes ser.

Velthen se quedó sin palabras. Ahí, frente a la mujer más bella que jamás hubiese conocido. Y la más sabia.

—No sé qué creer.

—Cree en ti —el rostro de Iyúnel se aproximó un poco más al suyo. El corazón bombeaba con fuerza. La agitación se aceleraba al sentir el aliento de ella cada vez más próximo—. Como yo creo en ti.

Sus labios se encontraron en un beso suave, tierno, sincero. Uno de esos besos que saben a ganas de más. Roce de nariz con nariz, caricia seguida de un segundo beso, más largo, con las cadenas que retienen la pasión apunto de romperse. No conseguía calmarse, y aquello contrastaba con la seguridad de ella. Quería fundirse en ese

beso, no deseaba separarse, pero lo hizo.

—Iyúnel —consiguió graznar—, ¿qué estamos haciendo?

—Lo inevitable.

Se abalanzó sobre él para continuar besándose, con la luna como cómplice y las últimas voces de los que aún quedaban despiertos alrededor de la menguante hoguera. Cuerpo contra cuerpo, labios contra labios. Un torrente de caricias aplacando el fuego del deseo. Velthen no deseaba separarse de ella. Y no lo hizo.

LA CABALGATA DEL REY DÚNEL

El rastro acababa justo en el embarcadero de las mazmorras. Al principio, Varya calibró la posibilidad de que fuese falso, pero aquello carecía de sentido aunque no ocultar las huellas no era propio de Muras. Supuso que las prisas por sacar a sus compatriotas de Thanan pudieron más que la discreción, quizás no había tiempo para idear una coartada que lo exculpase. Quizás nunca volviese.

Si quería llegar a él tenía poco tiempo. Los centinelas del bosque se pondrían en marcha y no tardarían en dar con ellos, o al menos en descubrir la ruta de escape de los páravim. Intentó alejar aquel pensamiento de su cabeza. La idea de que se le pudiesen adelantar era sombría, pero no más que imaginar la reacción de los señores del bosque al enterarse del desafortunado hecho. Muras podía darse por muerto.

Maldijo al estúpido humano y se maldijo a sí misma por los sentimientos que albergaba hacia él, los mismos que la empujaban a una carrera frenética a su encuentro para… ¿Para qué? ¿Decirle que regresase, que implorase el perdón de sus soberanos? Puede que para huir con él.

Las raíces, las ramas, las hojas y los árboles se sucedían a toda velocidad delante suya para dejarlos atrás con la misma celeridad. Corría tan rápido como sus piernas se lo permitían, siguiendo el curso del Élbor, con la absurda esperanza de dar caza a los botes antes de que todo Thanan gritara a favor de conseguir sus cabezas. En su mente resonó la voz iracunda de Éreborn y brillaron los ojos de Elwen llenos de odio y de crueldad. ¡Humano insensato! ¿Acaso creía que podría reírse de los punielden y salir indemne de semejante afrenta? Lo cogerían. Lo capturarían y lo matarían. A él y a todos los páravim, incluyendo a su reina. La punzada en el pecho que sintió Varya no era por el esfuerzo en la carrera, sino de imaginar que eso podría llegar a pasar.

Mientras avanzaba, observaba las aguas del río. Pequeñas ondulaciones que surcaban sus oscuras aguas, imperceptibles para

los ojos mortales, pero no para los de un elfo. Seguían la corriente del Élbor, no se habían molestado en trazar otro plan para despistarlos. Era obvio, por otro lado. Aventurarse en el bosque, buscando una ruta alternativa era jugársela. Los espíritus del bosque acechaban y no dejaban que se recorriesen sus senderos así como así. Varya llegó a pensar que ni siquiera navegando podrían eludir la atención de dríadas o seres de no menos terrible naturaleza. Dríades. Dyrzza, la madre de toda ellas. Con un corazón tan negro como la noche y tan fácil de prender como el óleo sobre la madera. Lo que había emprendido Muras no era una huida, era un suicidio.

Aguzó el oído. Un suave chapoteo en el río. Susurros del agua. Remos, no había duda. Si se daba prisa, podría alcanzarlos. Bien, no todo estaba perdido. Dar con ellos antes que el resto de punielden no entraba dentro de sus planes y era una sorpresa agradable. Tal vez podría minimizar los daños hablando con Muras y con la reina de Páravon. No sabía cómo, pero lo importante era dar con ellos. Ya habría tiempo de pensar más tarde. Maldijo que los atelden, con Élennen a la cabeza, hubiesen abandonado Thanan.

Apretó los dientes y aceleró. Sus piernas se movían de manera mecánica, salvando piedras y tocones de modo instintivo hasta que algo hizo que tropezase. No le dio tiempo a reaccionar. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba rodando por el suelo. Aturdida, intentó incorporarse con la misma inercia para seguir avanzando pero unas voces estridentes la dejaron paralizada. ¡No podía ser! Se giró despacio para comprobar que sus sospechas eran ciertas: las dríades habían despertado. Maldijo a los páravim. Siglos de paz con los espíritus del bosque para que ellos volviesen a prender la mecha del odio y el rencor en sus corazones.

No había tropezado, tal y como Varya pensaba; la habían zancadilleado. Frente a ella, una fantasmagórica y amenazante figura con ramas tan afiladas como picas se alzaba, clavando sus ojos incandescentes en los suyos. Abrió la boca, un agujero negro en la máscara espectral que tenía por rostro, para lanzar uno de aquellos chillidos que taladraban los tímpanos. Luego se removió la tierra y sus raíces trataron de agarrar a la elfa, que pudo zafarse por un segundo. Ahora se interponía en su camino. No podía avanzar. Y Muras seguía alejándose.

—Déjame pasar —la frase le quedó a medio camino entre súplica y orden.

La dríade bufó como un gato a punto de saltar sobre su presa. Varya sacó una flecha y apuntó al pecho. Su oponente se movió rápida como una serpiente, aunque no lo suficiente como para que la flecha impactase en la corteza que tenía como piel. Agarró la saeta, se la arrancó sin miramientos y se lanzó sobre la elfa sin darle tiempo a que pudiese reaccionar. Podía darse por muerta.

Cerró los ojos a la espera de lo inevitable, solo esperaba que Muras hubiese tenido más suerte que ella. Pero la dríade no dio el golpe de gracia, sino que salió volando víctima de algún impacto invisible. Varya rodó hasta saberse lo suficientemente lejos de su agresora, desenvainando sus espadas y olvidándose del arco. La dríade tenía clavado un venablo en lo que debiera ser su abdomen. De entre los árboles, se materializó una figura que caminaba decidida hacia Varya, portando un gran arco que apuntaba amenazador al espíritu del bosque. Era Naldin, el capitán de los centinelas punielden.

—Aléjate de ella —masculló sin bajar el arco una vez estuvo al lado de la elfa.

La dríade volvió a lanzar uno de sus agudos gritos mientras tensaba todo su arbóreo cuerpo entre crujidos de madera, dando la impresión de que crecía por momentos. El arco de Naldin también se tensó, despacio, como respondiendo al siniestro lenguaje. Entonces algo llamó la atención del ser, haciendo que se girase bruscamente hacia el caudal descendiente del Élbor. Un resplandor y las voces afiladas de las dríades delataban que algo había alterado los acontecimientos. Se arrancó el venablo y se dirigió a toda prisa hacia el centro de la vorágine, dejando a los dos elfos solos.

—Algo ha captado su atención —dijo Varya, tomando de la mano a Naldin para incorporarse.

—Krulls. Oigo sus infames balidos.

—Los krulls nunca osarían entrar en combate con las dríades. No parece sensato.

—Como no parece sensato salir tú sola en pos de unos fugitivos humanos —el elfo le lanzó una mirada llena de reproche.

—Sabías que lo haría.

—Lo sabía.

—Y aún así has venido. Creo que no eres el más adecuado para hablarme de sensatez.

—Varya, regresa conmigo —Naldin la agarró del brazo con delicadeza. No era un imperativo, sino un ruego—. Los señores de Thanan jamás perdonarán esta ofensa. Las tropas han sido convocadas y partirán para declarar la guerra a Páravon.

—¿A Páravon dices? La guerra ya fue declarada hace mucho tiempo, pero no solo a Páravon sino a toda la Tierra Antigua y no hemos tenido ojos para verlo, Naldin.

—No son nuestros asuntos.

—¿Y qué es lo hemos de hacer? ¿Dejar que los hombres mueran cerca de nuestras lindes mientras nosotros, amparados bajo el refugio que nos regala el bosque, volvemos la cara hasta que el fuego se extienda tanto que ya no podamos hacer nada salvo consumirnos en las llamas del olvido y la desdicha? Dime, amigo mío, ¿cuáles son nuestros asuntos?

Naldin bajó la cabeza y tragó saliva antes de volver a mirar a Varya.

—Vuelve conmigo. Los señores del bosque no habrán reparado en tu ausencia. Podemos arreglarlo.

—Sabes que eso no va a suceder.

—¿Merece tanto la pena ese hombre? —los puños del elfo se crisparon. Su frente se llenó de arrugas.

Varya sintió un escalofrío. ¿Merecía la pena todo aquello? ¿Por un simple mortal? Recordó cuando le asignaron a regañadientes instruir a Muras en sus costumbres y su cultura. Al principio se sentía hastiada de tener que tratar con alguien como ese espécimen de caballero tan rudo, tan alejado de lo que ellos eran. Un ser inferior venido de un mundo al que ellos no pertenecían y del que pocas cosas les interesaban. Pese a su aspecto, era como un niño al que todo le maravilla, al que le quedan mil cosas por descubrir. Solo con grandes dosis de una paciencia que a ella no le había sido otorgada se podía soportar aquella situación. Hasta que, finalmente, el fastidio se convirtió en cariño y el desprecio en fascinación. Sí, era fascinación lo que sentía al verlo esforzarse día a día por aprender su idioma, por comprender sus costumbres y respetarlas. Admiración por la dedicación que ponía en sus entrenamientos con espada para, al menos, ser un rival digno para ella. El siguiente

paso vino solo. Cuando quiso darse cuenta e impedirlo ya estaba enamorada de él. Su vida inmortal a punto de escaparse. ¿Y merecía la pena?

—No hace falta que te conteste a eso —respondió y salió corriendo río abajo.

No tenía tiempo de prestar atención a las lágrimas que recorrían sus mejillas, simplemente esperaba que estas se secasen con el viento mientras volaba en ayuda de Muras, porque ahora solo pensaba en él. Ya poco le importaba la suerte de los páravim, ni la de los punielden. Ni siquiera le importaba la suya propia. Tan solo quería correr más rápido y más rápido, y si aquel era el fin para qué demorarlo más. Escuchó unas pisadas tan apresuradas como las suyas tras de sí. Naldin. El muy insensato no se había dado la vuelta y regresado. Qué fácil hubiese sido todo si hubiese correspondido los sentimientos del elfo en lugar de los del hombre. Y se maldijo a sí misma por ello.

No tuvo que recorrer mucha distancia para ver lo que estaba sucediendo, y apenas podía dar crédito: las dríades se habían enzarzado en una encarnizada lucha con un nutrido grupo de krulls que, armados con arcos y flechas ardientes, intentaban reducir a los ancianos espectros del bosque. Había fuego por doquier y confusión. Un poco más adelante, donde el río abandonaba la espesura, logró divisar los botes donde huían los páravim, algunos de ellos ya solo restos, distinguiendo a la cabeza del maltrecho grupo a Muras y a la reina Danéleryn. Habían escapado.

El alivio que Varya sintió duró poco, pues un sonido quejumbroso se alzó en el campo abierto. Un sonido cargado de maldad, de salvajismo. Cuernos krull. Muchos. Innumerables. Demasiados. Tantos como ella no recordaba. Una de aquellas pérfidas criaturas salió a su encuentro, uno de los escasos supervivientes de la matanza que estaban perpetrando las dríades. Esquivó la feroz acometida con una finta. El tajo de tosco acero que portaba pasó rozando su costado derecho. Demasiado cerca. La bestia no quiso dar tiempo a la elfa a reaccionar y contraatacó, pero Varya, que ya tenía sus dos espadas cortas en las manos, desvió el golpe a un lado. Silbó una flecha y, acto seguido, esta apareció atravesando el pecho de su adversario.EL krull cayó inerte, dejando ver a su espalda a Naldin.

—¿Son los krulls que descubrimos en la frontera con el Drawlorn? —preguntó el elfo mirando estupefacto hacia gran hueste enemiga—. ¿Aquellos que marchaban río abajo?

Varya asintió con la cabeza. No le salían las palabras. Siempre habían menospreciado el poder de los krulls, unas bestias dotadas de escasa inteligencia como para organizarse en algo que supusiese un auténtico peligro. Los rebaños más numerosos que habían tratado de penetrar en Thanan no contaban con más de un centenar, algo insignificante ante las fuerzas de los elfos silvanos. Pero aquello superaba todo lo que habían visto: centenares y centenares de krulls armados, minotauros en la vanguardia, enormes cíclopes que empujaban destartaladas máquinas de asedio, sátiros armados con arcos, que eran criaturas tan infames como los krulls, algo menores en tamaño y con cornamentas mas pequeñas. Todo un ejército capaz no solo de penetrar en su bosque, sino de destruirlo.

Pero quienes llamaban realmente toda su atención eran los hombres. Muras y sus fugitivos se encontraban justo delante de los krulls y su objetivo. Desarmados y desvalidos, abandonaban las barcas para enfrentarse a su suerte. Lástima que unos caballeros tuvieran que caer así.

—Vamos —la apremió Naldin—, las dríades se han dispersado y los krulls comienzan a moverse. Hemos de llegar a Muras y convencerle para que se retire al bosque.

Los dos punielden salieron a la carrera hacia donde los páravim se encontraban. Parecían perdidos, desorientados, más mendigos que guerreros. Los únicos que conservaban todo su porte eran Muras, el único que iba armado, y Danéleryn, cuyo aspecto no conseguía ensombrecer a la reina que llevaba dentro.

Los recibieron con caras de asombro y recelo. Dos elfos de los bosques que corrían hacia ellos y se abrían paso entre los hombres mientras un ejército de krulls avanzaba inexorablemente. Cuando Varya y Muras se vieron, no pudieron reprimir fundirse en un abrazo que duró un instante, pero que para ellos fue casi una eternidad.

—¿Por qué has venido? —Muras tomó entre sus manos el rostro de la joven elfa—. No debiste hacerlo. ¿En qué estabas pensando?

—No hace falta que te conteste a eso —dijo ella, con una

amarga sonrisa dibujada en los labios y lágrimas en los ojos.

—Lamento ser brusco —terció Naldin, señalando a la horda enemiga—, pero deberíamos largarnos de aquí. Muras, ordena a tus hombres regresar a Thanan. Nos queda poco tiempo.

—No lo haremos —intervino la reina de Páravon—. Esta es nuestra tierra y si hemos de morir lo haremos en libertad, defendiendo nuestro hogar. No lo haremos como vuestros prisioneros.

—¡Entrad en razón! No existe posibilidad ni alternativa. Solo disponemos de dos arcos y cuatro espadas. ¿Cómo defenderéis a vuestro pueblo? ¿Con las manos desnudas?

Varya se separó del abrazo de Muras y observó a la reina Danéleryn. Pese a estar en una situación límite, no mostraba duda o titubeo. Permanecía firme, orgullosa, con una templanza que asustaba y que más de un hombre, de esos que montaban enormes caballos de guerra y empuñaban mandobles de recio acero, envidiarían. La personificación de la antigua casta de los caballeros de Páravon, una figura a la que seguir. Ahora entendía por qué Muras la había ayudado a escapar.

La soberana de los hombres giró sobre sus talones y dio unos pasos hasta adelantarse al dañado grupo de caballeros a los que lideraba. Se detuvo unos instantes a mirar al frente, al ejército de krulls que bramaban y rugían, a la tormenta de acero y muerte que se avecinaba. Lo inevitable.

—Cada vez están más cerca —se escuchó decir—. Danéleryn.

La reina se volvió y en su rostro no se reflejaba dolor ni congoja, sino estoicismo. Sus ojos brillaban cargados de coraje y rabia. Varya supo que ya no se encontraba ante una simple mortal. Esa mujer había trascendido.

—¡Escuchadme, mis caballeros! —reclamó—. Lejos ha quedado el día en que partimos de nuestros hogares con el mero propósito de acompañar a nuestros ilustres invitados en busca de respuestas. Los elfos de Asuryon arribaron a nuestras costas con nuevas de guerra y presagios, buscando una mano amiga que los ayudase contra el mal que se propaga por la Tierra Antigua, como las pestes que yerman pueblos, ciudades y reinos enteros. Tendimos esa mano y henos aquí, al final de tantos avatares, lejos de nuestros aliados, de nuestros amigos y de los seres a los que más amamos, desarmados,

sin monturas, desprovistos de la dignidad que todo buen caballero merece. Pero estamos aquí, en nuestra tierra, cumpliendo la promesa que le hicimos a un pueblo que, como nosotros, ama la libertad. Y, frente a vosotros, tenéis la mayor amenaza a la que jamás nos hayamos enfrentado. Podemos volver atrás, con nuestros amables anfitriones del bosque, y vivir hasta que la plaga que avanza nos alcance en nuestras celdas, o morir aquí, ahora, como hombres libres, cumpliendo nuestro juramento. ¡Hijos de Páravon, yo os pregunto! ¿Caminaréis conmigo hacia la ruina y la gloria?

Por un momento, el clamor de los páravim acalló la agitación de los krulls. Los caballeros gritaban enfervorizados, poseídos por un coraje y una locura que Varya daba por extintas y que se le contagió al momento. Decían "¡Danéleryn!", "¡Páravon!", "¡Libertad!". Alzaban los puños desnudos, como si empuñasen el mejor de los aceros, dispuestos a plantar con lo que fuese. Mejor morir allí que vivir eternamente huyendo.

Las primeras filas del ejército krull, formadas por sátiros, tomaron posiciones y prepararon sus arcos. Varya y Naldin corrieron a situarse en vanguardia y cargaron rápidamente sus arcos. Un primer disparo que serviría para medir la distancia. Las flechas se elevaron al cielo, más allá de donde alcanzaba la vista, para descender vertiginosamente y alcanzar los dos primeros objetivos.

—Muy justos —mascuyó Naldin—. Sus arcos no tienen tanto alcance. Podremos acabar con una docena de ellos cada uno antes de que caigan sobre nosotros.

—Aún estás a tiempo de volver con nuestro pueblo —le dijo mientras volvía a colocar una flecha y tensar la cuerda.

—La muerte es un regalo que el tiempo nos ha negado. Deja que la descubra por manos del acero.

Los sátiros cargaron sus arcos, dispuestos a dar respuesta. Demasiado lejos, se dijo Varya, queda aún muy lejos la muerte. Y entonces, se escuchó.

Al principio, era como un sonido apagado arrastrado por el viento. El leve ronroneo del cielo que avisa de la inminente tormenta. Luego fue cobrando vida. Cada vez más fuerte, más alto y más claro. Los páravim gritaron llenos de júbilo, incluso Muras se había dejado llevar por ese entusiasmo. Cuernos, el clamor de unos

cuernos acallando a otros más oscuros. Era la llamada a la esperanza y Páravon había acudido.

****

Todavía podían ver el humo proveniente de Lándalon si miraban atrás. Dúnel lo hacía a menudo para recordarse lo afortunado que era de poder seguir con vida. Al menos, un día más. Sabedor de que avanzaba hacia un fatal destino, el rey de Páravon se intentaba convencer a cada momento de que era mejor caer con la espada en la mano, en el campo de batalla, intentando poner fin a la maldita existencia de quien, en tiempo no muy lejanos, fuera una vez su amigo. Y sabía que, aunque pretendiese huir, aunque se encerrase tras las murallas de Cárason, Lánzolt no se detendría jamás. Nunca se libraría de su odio, de su sed de venganza. Lo perseguiría hasta el fin de sus días, destruyendo todo lo que amase, haciéndole sufrir hasta que uno de los dos segase la vida del otro. Sí, mejor morir así que acosado en un castillo.

El valor de sus hombres pendía de un hilo. Los que todavía le eran fieles no tenían ya atisbo alguno de esperanza en la mirada. Ni siquiera conversaban entre ellos. Con la moral por los suelos, marchaban junto a su rey, como unos terneros llevados al matadero. El único consuelo que les quedaba era que caerían con su señor. Escaso premio a una vida dedicada a la caballería, sus códigos y sus obligaciones. Ojalá pudiese ofrecerles algo más.

—Mi señor —reclamó su atención Cásthiel—, delante nuestra. Viene humo del norte.

Dúnel frunció el ceño y espoleó a su caballo para adelantarse un tanto. Efectivamente, una cortina de humo negro se elevaba delante de ellos, proveniente del bosque.

—Viene de Thanan —anunció.

—En Thanan solo habitan los espíritus del bosque —Acthel se removió incómodo en su montura.

—Y allí es a donde se dirigía mi reina. ¡Apretad la marcha!

El sonido de los cascos de los caballos insufló un hálito de coraje a Dúnel. Su corazón bombeaba al son de la cabalgada mientras se

decía que Lánzolt no había sido el primero en llegar. El humo podía dar lugar a confusión, y dejar entrever un ataque por parte del fantasmagórico dragón de Lánzolt, pero de ser así hubiesen divisado su silueta sobrevolando el bosque. No, no era suficiente como para presagiar que la gran hueste del ahora llamado Rey Exánime hubiera llegado.

Pasada la altiplanicie, al fin pudieron ver lo que estaba aconteciendo. Una horda de krulls, la mayor que el mundo hubiera visto, marchaba entre un caos de roncas voces y cuernos de guerra hacia Thanan. Y entre ellos y su objetivo, se divisaba un maltrecho grupo de hombres que, lejos de huir, permanecían firmes ante lo que se les venía encima. Dúnel dio un respingo y contuvo la respiración. Danéleryn.

No había tiempo para estrategias. Hizo girarse a su montura y se dirigió a sus capitanes:

—Cásthiel, prepara a tus hombres para la carga. Acthel, sitúa a los tuyos en el flanco derecho. ¡Preparaos para la hora de la espada y la sangre, mis caballeros! Los padecimientos han acabado. ¡Cabalgad! ¡Marchad conmigo una última vez! Hoy es el día en el que nuestros nombres trascenderán y vivirán en los ecos de la memoria. ¡Por Páravon!

—¡Por Páravon! —respondieron al unísono, alzando las lanzas y espadas al cielo.

Los cuernos sonaron, elevándose por encima de las voces, y volvieron a sonar otra vez, y otra, y otra... Los krulls habían frenado su avance, desorientados y perplejos, sin saber muy bien a qué se enfrentaban.

La marcha comenzó con un trote suave que se fue incrementando a medida que descendían por la ladera. Los cascos de las monturas retumbaban en la tierra, un ronco tambor que declaraba la guerra a aquellas alimañas y que anunciaba un combate sin tregua. Con Dúnel a la cabeza, la cabalgata de los caballeros de Páravon ganaba terreno con rapidez, como una enorme ola dispuesta a engullir lo que se pusiera delante suya. Los krulls lanzaron unas flechas aleatorias, demasiado dispersas como para suponer una amenaza. Los habían cogido por sorpresa y no tenían tiempo para maniobrar y recomponer sus filas. Cada vez estaban más cerca, y más cerca, y más cerca...

El choque fue de una brutalidad abrumadora. Los caballos no se detuvieron ni siquiera cuando las primeras filas enemigas tuvieron prestas las lanzas. Saltaron por encima de ellos y aplastaron bajo su paso a los necios que no se apartaban de su camino. Los arrollaron sin compasión, sin piedad. El que no moría pisoteado lo hacía ensartado por las lanzas o mutilado por las espadas. Se abrían paso por mitad de la horda enemiga como un cuchillo caliente sobre un bloque de mantequilla.

Los krulls intentaron recomponerse. Su líder, una bestia albina de impresionante cornamenta, lanzaba balidos y gritos guturales para que sus guerreros no perdieran la formación. Difícil cuando lo que cae sobre ti es una avalancha de caballos a galope montados por hombres armados que no temen a la muerte. No obstante, los minotauros fueron los primeros en reaccionar, lanzándose en furiosa acometida contra algunos caballeros y consiguiendo derribarlos. Los cíclopes dejaron de empujar las máquinas de asedio para hacer lo propio y los krulls se golpeaban los escudos en señal de desafío. No había que dejarles más tiempo para reaccionar.

—!Cread un perímetro de seguridad alrededor del grupo de hombres! —ordenó a voz en grito Dúnel, consciente de que, entre ellos, podía encontrarse Danéleryn.

Él y sus hombres iniciaron una maniobra de giro, rodeando el flanco derecho enemigo, para volver a cargar. Ahora sí les llovían flechas, y algunas alcanzaban sus objetivos, pero no podían permitirse el lujo de reparar en los caídos. Muchos mueren en la guerra y otros viven.

Las siguientes cargas vinieron por ambos flancos: Cásthiel lo hizo desde el izquierdo, con la mitad de los caballeros, mientras que Dúnel acometió desde la derecha. Aquello despistó al enemigo, que no sabía qué costado defender. Les caían golpes de frente y de espaldas. Ambas fracciones de los páravim se cruzaban con maestría y aquello hacía muy difícil la defensa. Algunos de sus hombres habían desmontado para reducir cuerpo a cuerpo a los arqueros e impedir cederles terreno. Hoy no conocerían la derrota.

Mientras lanzaba tajos a diestro y siniestro, Dúnel consiguió distinguir tres jinetes que se habían sumado a la batalla, tomando los caballos de algún caído. Dos de ellos eran un elfo y una elfa de cabello rojizo que asediaban con sus arcos y flechas a los enemigos.

El otro hizo que una chispa de júbilo prendiese en su corazón: Muras, su gran amigo al que habían dado por muerto. Se abría paso con con una magnífica espada, dejando a su paso un rastro de cadáveres y ríos de sangre negra.

De pronto, sintió una fuerte sacudida y se vio a sí mismo rodando por el suelo. Su caballo pataleaba y pifiaba intentando incorporarse, pero el krull albino dio un gran salto y, de un solo tajo, le cercenó la cabeza al pobre animal. Dúnel echó un rápido vistazo por el suelo. La suerte estaba de su parte, su espada estaba cerca de él. La empuño y se dispuso a enfrentarse a bestia ávida de sangre, cuya amenazadora figura se alzaba ante él. Sus ojos rojos brillaban con crueldad.

Con un sonoro rugido, el krull albino se lanzó a por Dúnel, blandiendo su enorme maza. De un salto, se zafó y trató de asestar un tajo a su rival, pero la bestia era fuerte y rápida, y no tuvo problemas en desviar la hoja de su espada. El rey comenzó a moverse en círculos, despacio, esperando la siguiente acometida del krull. La maza trazó un arco y descendió con violencia. Dúnel pudo rechazarlo, a duras penas, con un golpe de su acero, pero quedó expuesto y cerca de su oponente, el cual le proporcionó un severo revés en la cara.

Dúnel clavó una rodilla en el suelo y luchó para no caerse de bruces. La cabeza le daba vueltas y los ojos se le habían nublado. El krull albino no parecía dispuesto a darle tregua y volvió a blandir su maza. Esta vez tuvo más suerte y alcanzó a su objetivo: si Dúnel no hubiese llevado puesta su armadura, el golpe le habría roto todas las costillas. Afortunadamente, el impacto solo lo lanzó unos metros para atrás, dejándole sin respiración. Otro golpe así y no tendría tanta suerte.

La bestia albina gruñó y se aproximó para darle el golpe de gracia, pero una flecha proveniente de algún lugar, se le clavó en hombro. El krull aulló de dolor y dejó caer inerte el brazo herido con la maza colgando a un costado. Justo la pausa que Dúnel necesitaba para recomponerse y contraatacar. Su espada silbó cortando el viento, dispuesta a partir en dos el cráneo de aquella infame criatura, pero lejos de conseguir su objetivo, el albino torció la cabeza y utilizó su cornamenta como escudo. La hoja se estrelló violentamente con las improvisadas defensas, quedándose

incrustada en las mismas. El rey dio un tirón, tratando de desincrustarla, pero fue en vano. En lugar de eso, se encontró con la poderosa garra del líder krull atenazándole el cuello. La presa cada vez se cerraba más, asfixiándole. Sintió rebotando contra su rostro el fétido aliento del ser. La cabeza de daba vueltas y unas minúsculas lucecillas comenzaron a aparecer en su ojos. Iba a desmayarse. Era el fin.

Inesperadamente, no fue así. Sintió que la tenaza alrededor de su cuello se liberaba, llenando de nuevo de aire sus pulmones. Tosió con fuerza, sentía que su pecho ardía. En el suelo consiguió ver el brazo amputado que, un poco antes, pretendía arrebatarle la vida. El krull albino berreaba fuera de sí, sujetándose con el brazo herido de flecha el muñón sanguinolento. A su lado, estaba Muras, con su espada élfica embadurnada de sangre. Dúnel inspiró profundamente y se levantó, haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, tomó su espada y, de un solo golpe, decapitó a la bestia. Su testa cornuda cayó pesadamente al suelo. El líder de los krulls había caído.

Arrodillado y exhausto, Dúnel boqueó creyendo que se le iba a salir el corazón del pecho. Sintió una mano en el hombro y, al alzar la cabeza, se encontró con el rostro de Muras. No sabía si era una alucinación, provocada por la falta de aire y el mareo, o si realmente estaba junto a él su leal caballero y amigo. El Lord Comandante de los Cuervos Errantes esbozó una sonrisa cansada.

—En pie, mi señor —era la voz de Muras, no había duda—. Todavía queda trabajo por hacer.

El rey tomó la mano del caballero y se incorporó.

—¿Danéleryn? —preguntó con voz ronca.

—La reina está a salvo.

A Dúnel le hubiese gustado abrazar a su amigo y romper a llorar como un chiquillo, pero estaban en mitad de un campo de batalla donde tenían la victoria próxima. La elfa de cabello como el fuego se acercó cabalgando, llevaba con ella un caballo sin montura. Le tendió las riendas a Muras.

—Salid de aquí —les dijo con una voz tan limpia y clara como un manantial—. Se prepara otra carga más y puede que sea la definitiva.

—¿Podéis montar? —le preguntó Muras.

—Me duele el pecho y estoy algo aturdido.

El caballero asintió. Subió de un salto al caballo y tendió una mano a Dúnel para que montase con él. A galope tendido, salieron del centro de la contienda, con la elfa abriéndoles paso. Era impresionante verla cabalgar y maniobrar con el arco de manera tan certera. Rodearon la batalla justo en el instante en que los caballeros volvían a recomponer filas para lanzar una última carga contra los krulls, los cuales, sin líder que los metiera en vereda, andaban deshechos y divididos. Todos los minotauros habían caído y, de las criaturas más terribles que marchaban con ellos, solo quedaba un cíclope al que acosaban multitud de lanzas páravim. No tardaría en caer.

Llegaron a la retaguardia, donde estaba el grupo de hombres desarmados que habían divisado en el altozano. Reconoció muchos de los rostros que sonreían y coreaban su nombre al verle pasar. ¿Qué les había deparado el destino a aquellos valientes?

—¡Dúnel! —aquella voz... era la de su amada.

Apresuradamente, bajó del caballo, más dejándose caer que otra cosa. Danéleryn corría con los ojos anegados de lágrimas. Él también lloraba. Se fundieron en un abrazo. La estrechó fuerte contra su pecho, deseando que aquel instante no acabase jamás. La besó en la frente, en los labios, una vez y otra. Las manos de ella temblaban mientras le acariciaba el rostro. Resultaba irónico que, en plena batalla, en pleno horror del combate, pudiese darse lugar aquella escena.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repetía su reina sin cesar.

Fue Cásthiel quien tomó las riendas en la contienda, dirigiendo la última carga de los caballeros contra los krulls. Entre gritos de júbilo y entusiasmo barrieron al enemigo, no dejando alma con vida. El campo de batalla estaba empapado de sangre negra. Aquel día, no moriría ningún hijo de Páravon. Suya era la victoria.

—Lo hemos conseguido —dijo Muras, asombrado.

Las voces se elevaron. Eran cantos de triunfo, de gloria y de honor. Las espadas y lanzas se alzaban al cielo orgullosas. Los bardos compondrían canciones de ese día para recordarlos y hacerlos inmortales. Pero no fueron sus cantos lo que oyeron.

Mientras los páravim se regocijaban en su épica victoria, los dos elfos cabalgaron hasta reunirse con Muras, Dúnel y Danéleryn.

—Esto no ha acabado —anunció la elfa mientras desmontaba.

—¿Tu pueblo ya está aquí? —preguntó el caballero, frunciendo el ceño.

La elfa negó con la cabeza.

—El viento arrastra un cántico siniestro. Algo se avecina.

—Yo también lo oigo —aseveró el elfo.

Inquietos, miraron hacia el este. Dúnel se desprendió del abrazo de Danéleryn y siguió aquellas miradas, implorando al destino para que la lúgubre corazonada que tenía solo fuese un espejismo. Tiempo, tan solo pedía algo más de tiempo.

La voz de la que hablaban los elfos se hizo más clara. Retumbaba en las colinas y se extendía como una enfermedad. Una letanía, un salmo. Una invocación. De repente, los cadáveres aún calientes de los krulls comenzaron a temblar y a convulsionarse. Todos, incluso los mutilados. Los únicos que permanecían inertes eran los decapitados. Los caballos se encabritaron ante aquella brujería y los caballeros, presa del miedo, tuvieron que hacer grandes esfuerzos porque nos los tirasen de sus monturas. Donde antes reinaba la algarabía ahora imperaba el espanto.

Se escuchó algo como un trueno seguido de un resplandor azulado que apuñaló el cielo de la noche. Un brillo que Dúnel ya había visto antes. Sintió que las piernas le flaqueaban cuando, desde el este aparecieron, envueltos en una bruma luminiscente. Eran miles y los krulls que recién habían matado tenían la intención de regresar para unirse a ellos.

—Lánzolt —musitó.

La hora oscura había llegado.

DAROIR

—Ahora, cuando lleguemos a Daroir, dejadme que sea yo quien hable —le dijo el barón Ródreck a maese Hewin, tras un trayecto prácticamente en silencio.

—¿Por qué decís eso? —preguntó el astrónomo, frunciendo el ceño.

—Porque soy vasallo del conde Lúdebrand y sus gentes están acostumbradas a verme por su ciudad. Recibirán mejor las noticias de que su señor ha sido declarado proscrito de mi boca que de la vuestra, a quien solo han visto una vez y no en circunstancias amables, precisamente.

—¡Qué tontería!

—Puede que lo sea, pero insisto. La situación es delicada. Aunque nos hayan abierto las puertas de la ciudad, la gente seguirá fiel a Lúdebrand. No van a aceptar tan alegremente su caída en desgracia. Temo que pueda haber revueltas. Y, además, tenemos también el asunto de los refugiados de Onun.

Hewin miró hacia delante, con una ceja arqueada dibujada en su rostro petulante.

—Los echaremos de la ciudad y un problema menos.

—Estáis de broma, ¿no? —Ródreck observaba con atención la cara de Hewin—. ¡Por el amor de una madre! ¡No lo estáis! Pretendéis hacerlo.

—Los echamos de la ciudad y los apresaremos en campo abierto. De ese modo no tendréis que preocuparos por mantener con vida a los ónunim.

—¡Estamos hablando de seres humanos, maese Hewin! Lo que menos me preocupa es el sustento de esas gentes. No podemos echarlos de la ciudad para luego hacerlos prisioneros. ¡No son perros callejeros!

—¡Son invasores! —chilló, aunque inmediatamente se recompuso—. Ya oísteis la declaración de maese Tsártak, firmada por el propio regente: los ónunim serán considerados invasores.

Ródreck juntó las cejas y arrugó la frente.

—Sí, ya oí a Tsártak. No obstante, seré yo quien lleve a cabo

toda esta gestión con Daroir. Soy el barón de Huarburgo, vasallo de Lúdebrand y el hombre con más autoridad aquí. De modo que os pido discrección, que guardéis las formas y no me cuestionéis. La voluntad de Griäl se verá cumplida, pero lo haremos a mi manera.

Hewin no se dignó ni a hacer un gesto de asentimiento. Tampoco le extrañó. Desde que salieron de Griäl, tras la funesta reunión en la que de nuevo Tsártak se salió con la suya, no habían cruzado palabra. Su simple presencia ya molestaba al barón Ródreck, que hubiese preferido marchar a Daroir él solo, a sabiendas de que las nuevas que llevaba no iban a ser bien recibidas. Pero él era una cara conocida y respetada, era un viejo amigo de la familia y Lúdebrand le tenía en muy alta estima. Hewin era casi un extranjero, uno de esos nobles estirados de la capital cuya función dentro de la corte no estaba clara. Sí, mejor que fuese él quien tomase las riendas y cerrara la boca de aquel malcarado.

Ródreck sabía que la declaración como proscrito y traidor de Lúdebrand no iba a caer bien a los habitantes de Daroir. El norte de Griäl no era como el resto del reino, se regían por códigos de honor y lealtad mucho más férreos que en el resto de grandes ciudades, más acostumbradas a las intrigas palaciegas y las puñaladas traperas entre nobles. Allí todo era más sencillo y, por eso mismo, temía no respetasen las decisiones de Cáladai. Dio gracias al cielo de haber podido convencer a Tsártak de que no dejase a Hewin como gobernador de la ciudad, que le dejase a él hacer una transición pacífica hasta que las gentes de Daroir asumiesen y aceptasen su nueva situación. Que Hewin hubiese llegado allí reclamando el control de la ciudad hubiese sido catastrófico, incluso no le hubiese extrañado que se levantasen en armas contra él. Era mejor que él sirviese de puente. Tal vez podría ganar tiempo para que Lúdebrand apareciese con una explicación razonable de todo lo acaecido. Seguro que la tendría.

Daroir les esperaba, a diferencia de su anterior visita, con las puertas abiertas. Lúred, el capitán de la guardia de la ciudad, había salido a recibirles acompañado por media docena de hombres. Ródreck supo que, pese a las buenas maneras, estaban dejando claro su recelo. Pero al acercarse más, el barón de Huarburgo se percató de que algo preocupaba al capitán, su rostro estaba completamente pálido, sus ojos sombreados por profundas ojeras y hasta parecía

haber envejecido varios años por como se le marcaban las arrugas de los ojos y la frente. Algo iba mal.

—¡Loado sea el Destino, mi señor Ródreck! —dijo sin rodeos—. Os envía la providencia.

Ródreck desmontó de su caballo y tendió las riendas a uno de los mozos de cuadra que se aproximaban a toda velocidad.

—Capitán Lúred, ¿qué sucede?

—Por favor, acompañadme y os lo mostraré. Es preferible que lo veáis con vuestros propios ojos.

Ródreck y Hewin siguieron el paso vivo del capitán sin mediar palabra. Las calles estaban casi desiertas y la poca gente con la que se cruzaron estaban metidos en sus casas, se asomaban desconfiados y volvían a meterse dentro, cerrándolas a cal y canto. Algo iba mal. Muy mal y la respuesta se encontraba donde se dirigían. La plaza de la ciudad donde estaban los ónunim.

—Antes de nada —rompió el silencio Lúred cuando estaban a punto de llegar a su destino—, he de deciros que todo ha acontecido por la noche y que, pese a estar vigilados a todas horas, jamás nos hubiésemos imaginado que algo semejante podría suceder.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó con su voz insoportable Hewin.

La imaginación de Ródreck ya trabajaba a toda velocidad para intentar barajar las posibles opciones. Una revuelta, un atrincheramiento, disturbios entre ellos por la comida, enfermedades… La respuesta se hallaba en la plaza y, al llegar allí, sobrecogió el corazón del barón.

—¡Oh, no! —musitó al entrar—. ¿Cómo ha podido suceder esto?

En toda la explanada, se alineaban en el suelo un número ingente de cuerpos sin vida, todos tapados con sudarios. A su alrededor, un reducido número de supervivientes se apiñaban en pequeñas fogatas, tratando de mitigar el frío, la desazón y la desesperanza que debían abrigar sus corazones.

—Los niños y la mayoría de las mujeres han sido acogidos en casas —explicó Lúred—. Nos hubiese gustado poder hacerlo con todos, pero no disponemos de más espacio. Los hombres han decidido quedarse aquí, velando los cuerpos, y algunas de sus mujeres también. Hemos tratado de convencerlos de que acampasen

en otro lugar, pero son gente muy testaruda.

Ródreck paseaba la mirada por la plaza espantado. Había cuerpos de todos los tamaños. ¡Niños! ¡Había cuerpos de niños muertos!

—¿Cuándo ha sucedido?

—Hace dos noches, pero los problemas empezaron antes.

—Explícate.

—Empezaron a enfermar, mi señor. La falta de comida, de agua, el frío… Los más débiles comenzaron a caer enfermos. Al principio, los druidas se ocuparon de ellos. Ya sabéis, con sus hierbas y sus remedios ancestrales. Pero pronto acudieron a nosotros, solicitando más recursos. No pudimos hacer más, mi señor. La ciudad puede quedar desabastecida mucho antes de lo previsto y se acerca la época de nieves. No podemos condenar a una ciudad entera para salvar unas pocas vidas durante, ¿cuánto tiempo? A veces hay que condenar a unos pocos para que muchos sobrevivan.

Ródreck se llevó las manos a las sienes y frotó con fuerza. No podía ser…

—Primero murieron los niños y los ancianos —continuó Lúred —, luego los adultos. Esos cadáveres sí que los retiramos y los quemamos, para evitar una epidemia en la ciudad, pero el mal ya se había propagado. Había más enfermos y menos posibilidades de salvarlos. Entonces fue cuando el tal Threyu, ese que parecía ser el jefe de los druidas, me solicitó una marmita de gran tamaño y agua suficiente para hacer infusiones para todos. Hicieron una gran hoguera, prepararon su brebaje entre cánticos y comenzaron a repartirlo entre los que lo solicitaban. Luego apagaron los fuegos, se retiraron a dormir y al día siguiente nos encontramos esto.

Hewin se acercó despacio a uno de los cuerpos y retiró el sudario que lo cubría. Ningún indicio de sufrimiento en el rostro, ninguna tonalidad fuera común en la piel. Volvió a taparlo y miró sobrecogido a Ródreck.

—Raíz de tejo —afirmó el barón—. Suicidio colectivo. Cuando las propiedades curativas del árbol dejasen de hacer efecto entre los enfermos, tomarían la decisión de no prolongar su sufrimiento.

—Pero, ¿y los druidas? —Hewin parecía haber perdido todo signo de insolencia.

—Las costumbres de los ónunim son antiguas, tradiciones que

nosotros no comprendemos. Supongo que se quitarían la vida para acompañar y guiar a los muertos en la otra vida. ¿Por qué no habéis realojado a los que quedan vivos? —se dirigió a Lúred.

—Ya os lo he dicho, mi señor: son gente muy testaruda y quieren velar a sus muertos.

—Ya han velado a sus muertos mucho tiempo. Hay que ocuparse de estos cadáveres o no tardarán en descomponerse. No podemos arriesgarnos a que surja un brote infeccioso en la ciudad o las cosas se pondrán muy negras para todos. Hablaremos con estas gentes y los haremos entrar en razón. No pueden quedarse aquí, ni ellos ni los cadáveres, principalmente porque no quiero tener más cadáveres para quemar. Id a por algunos hombres para tratar de convencerlos. Si se resisten, obligadlos, pero evitad utilizar la violencia.

—Hay niños —balbució Hewin, todavía arrodillado frente a los cuerpos—. Han muerto muchos niños…

Ródreck se le acercó y lo levantó con firmeza del suelo, agarrándolo de la pechera.

—Lo que vos y Tsártak pretendíais —le dijo, pegándose tanto a su cara que casi se rozaron las narices—, no iba a distar mucho de este resultado.

En ese momento, se escuchó el tañir de una campana. Un toque grave, nervioso, que retumbó en los oídos de Ródreck. Luego le siguió otro. Y otro. Y un cuarto toque que le aceleró el corazón. El barón soltó despacio a Hewin sin dejar de mirarlo a los ojos, unos ojos que se reflejaban miedo. El mismo miedo que él comenzaba a sentir. La campana siguió tocando, ahora acompañada del sonido de varios cuernos que provenían de las murallas. Comenzaron los primeros gritos nerviosos, las primeras carreras, el sonido metálico de armas y armaduras.

—Están dando la alarma —a Hewin apenas le salía su propia voz.

—Alguien se aproxima.

—¡Los ónunim! —soltó el astrólogo, tapándose la boca—. ¡Ha comenzado la invasión!

—¡Silencio! Moderad la lengua y el tono. No hay motivo para tales acusaciones.

Aunque lo dijo intentando sonar convincente, Ródreck se admitió a sí mismo que tal vez existiese esa posibilidad. Sintió cómo

todo el calor de su cuerpo le subía a la cabeza y trató de controlar el ligero mareo que amenazó con doblarle las rodillas. Nada mejor que recibir a una hueste de ónunim aguerridos con los restos mortales de un suicidio colectivo. La mejor manera de entablar conversaciones y calmar ánimos.

—¿Qué vamos a hacer? —Hewin temblaba sin parar.

—Yo iré a las murallas, a enterarme qué sucede. Vos os quedáis aquí, con los refugiados.

—¿Con ellos? —se horrorizó—. ¡No podéis pedirme que me quede aquí!

—Sí, os quedaréis —Ródreck golpeó con el dedo el pecho de Hewin, dando énfasis a cada una de sus palabras y haciendo que éste diese unos pasos atrás—. Y ofreceréis vuestra ayuda si es menester. Y consolaréis a los afligidos, y serviréis comida o mantas. ¿No queríais ser útil para Daroir? Pues ya sabéis. Y si ponéis objeciones, agarrad una espada y corred a las murallas.

Con esas palabras, Ródreck dio por zanjada la conversación y se apresuró hacia las puertas de Daroir. Lo que sucediese no era cosa de poco. La guardia de la ciudad se estaba movilizando, aquí y allá se daban instrucciones y los hombres se movían inquietos con el pánico y la incertidumbre reflejado en sus ojos. Preguntó a un par de ellos mientras apretaba el paso, pero ninguno supo decirle qué estaba sucediendo.

En las puertas le esperaba el capitán Lúred, que le hacía nerviosos aspavientos con la mano para que se acercase. El caos parecía controlar la ciudad. Tuvo que abrirse paso entre la marabunta de soldados para llegar hasta él.

—¡Mi señor! —le gritó—. ¡Se aproxima un gran ejército desde el norte!

¡Maldición! Al final, el Consejo de Cáladai tenía razón con Onun y con la traición del conde Lúdebrand.

—¿Son los ónunim?

—No, mi señor. No identificamos el estandarte.

Ródreck frunció el ceño y gruñó.

—Subamos a la muralla.

Un viento frío del norte les golpeó en la cara, llenando de improviso sus ojos de lágrimas. El barón se frotó con fuerza e intentó forzar la vista. Efectivamente, un gran contingente había

cruzado el río Dar y se desplegaba por todo el llano bajo la sombra de las montañas. Alguien le pasó un catalejo, lo ajustó y trató de distinguir a sus inesperados visitantes.

—No son ónunim —afirmó, sintiendo algo de alivio—, pero no reconozco la enseña. Unos cinco mil efectivos. Material de asedio. ¡Maldita sea! Deben de venir del norte.

—¿Del norte? —preguntó extrañado el capitán Lúred—. ¿De Mezóberran?

—Sí, no me cabe duda. Arjones y borses. Me he visto las caras con esos cabrones en alguna ocasión y sí, son ellos.

—¡Pero es imposible! —dijo uno de los soldados que estaba cerca de ellos—. ¿Cómo han atravesado Onun? ¿Y la Muralla?

—Han caído.

Lúred empalideció.

—¿La Muralla ha caído?

—No es momento de buscar respuestas, capitán. Recuento de hombres.

—No llegaremos a mil.

¡Mil! Con toda seguridad, les superaban en cinco a uno. Ni siquiera parapetados tras los muros de Daroir había garantías de poder resistir, pedir refuerzos y que estos respondiesen a tiempo.

—Todos los hombres a los muros —ordenó—. Que no haya arquero al que le falten flechas. Y reclutad a los ónunim que veáis más capaces. Necesitamos a todo ser humano que se crea capaz de combatir armado y preparado. Y encended la almenara.

—Lo haremos, mi señor, pero os informo de que, con el gasto extra de suministros que hemos tenido con los refugiados, no resistiremos un asedio muy prolongado.

Ródreck convirtió sus labios en una fina línea y empequeñeció los ojos.

—No vienen a asediar la ciudad, capitán. Vienen a tomarla — escuchó el bombeo de su sangre en las sienes—. Al anochecer habrán llegado.

DUEÑO DEL FUEGO Y EL AIRE

Los montes Perdidos quedaban ya a sus espaldas. Pudieron atravesarlos con gran rapidez por sendas secretas que solo conocían los ehassies. En Shelmera únicamente quedó un reducido grupo de guerreros para salvaguardar la ciudad prohibida en caso de que la batalla se torciese, mas no serviría de mucho de ser así. Delante de ellos se extendía el llano que separaba las montañas de la Ciénaga del Olvido, el paisaje volvía a mostrar aquel escenario lúgubre y desolador que era Undraeth, aquel que Thil Ganir parecía haber olvidado: la tierra negra volcánica, el terreno yermo y aquellas nubes oscuras que cubrían cada palmo de cielo, que ocultaban el sol, dando a la escasa luz que luchaba por filtrarse entre el manto gris flotante un cromatismo plomizo. Aquello parecía inquietar a los ehassies, que miraban al cielo con suspicacia, haciendo que algunos se removieran en sus posiciones visiblemente nerviosos. Su ciudad no tenía nada que ver con aquel desolador paraje, y ellos llevaban mucho tiempo sin salir de sus fronteras. Tal vez demasiado.

La marcha desde Shelmera había sido extraña. Los draconianos asimilaron, casi de manera instantánea, el hecho de tener que partir a la batalla. Incluso hubo cierto júbilo cuando Tsau Hokán les arengó para la lucha. A los elfos les devolvieron sus armas y armaduras, aunque siempre estaban vigilados por un nutrido grupo de ehassies. No se fiarían de ellos hasta que vieran derramar la misma sangre que ellos. Al día siguiente, marcharon. Thil Ganir y los suyos guardaban un silencio respetuoso, ceremonial, previo a la batalla. Elbérohir y su guardia lo llevaban haciendo desde siglos atrás. Él decía que los vítores solo demostraban el estado de ansiedad, de nerviosismo y de titubeo previo a la batalla, que el clamor de las huestes previo al combate era meramente con afán intimidatorio, que se usaba para suplir carencias como la determinación, la seguridad y el valor. Por eso ellos callaban. ¿Qué podía infundir más temor que un enemigo silencioso y expectante? En cambio, los ehassies fueron de menos a más: comenzaron

compartiendo el silencio de los elfos, más por nerviosismo que por otra cosa, para ir ganando en bullicio y algarabía a medida que avanzaban. Thil Ganir se dijo que, de formar parte del ejército rival de aquellas criaturas y escuchar sus rugidos, gruñidos y voces guturales, estaría tan preocupado como con los soldados élficos silenciosos. Y así llegaron allí, a aquel páramo oscuro y desolado que se extendía delante de ellos. Y esperando al otro lado las huestes varelden.

Lo primero que sintió el rey elfo fue desesperanza al observar al enemigo que les aguardaba al otro lado del llano, cerca de la apestosa ciénaga. Sabía que los ehassies tenían limitados efectivos, incluso contando con la mesnada de elfos, pero al ver con lo que contaba el rival no pudo evitar que le poseyera el desánimo. Posiblemente los duplicarían en número, pero lo más preocupante no era eso: complementando las tropas varelden había mantícoras, una hidra y un nutrido número de necrófagos que sostenían con cadenas, igual que si fueran mastines rabiosos, y encima de ellos revoloteaban oscuras y alargadas figuras aladas que lanzaban estridentes chillidos de cuando en cuando. Arpías, dedujo Thil Ganir. Se sabía que Ulthoan era aficionado a cazar todo tipo de abominaciones para así nutrir su particular zoológico del horror. Y por lo visto lo había dejado vacío para la ocasión.

Los varelden también aguardaban en silencio, sujetando sus negros estandartes, semejantes a jirones de nubarrones que amenazaban con desatar una virulenta tormenta, con el grabado de la casa de Ulthoan: un alto elfo crucificado de pies y manos completamente despellejado. Algo se movió entre sus filas, una solitaria figura que montaba una mantícora negra como la noche y que avanzaba sin miramientos hacia ellos, despacio pero con seguridad.

—Se acerca para parlamentar —anunció Elbérohir.

Thil Ganir frunció el ceño.

—Pues parlamentemos.

El rey elfo salió al encuentro del extraño, seguido de Elbérohir, Faobereth y Yohalzín, representando a los ehassies. A medida que se acercaban experimentaba una sensación de angustia que no conseguía ubicar a qué pertenecía. Los nervios previos a la batalla, se dijo. Se reprochó el no tener la suficiente experiencia como para

saber controlar aquellas emociones. Se detuvieron cuando apenas los separaban diez metros del que montaba la mantícora. El extraño personaje descabalgó y se plantó altanero delante de ellos. El aspecto del varelden que tenían enfrente era aterrador: su armadura estaba revestida con huesos, enormes huesos pertenecientes a alguna bestia que él mismo habría dado muerte. La capa que le caía por detrás de los hombros era de piel de diferentes tonalidades, llena de costuras, raída y ajada. Su rostro no era menos escalofriante que su aspecto, luciendo un ojo ambarino, propio de los varelden, y el otro completamente blanco, ciego, hundidos en oscuras cuencas que acentuaban su aire de demencia. Una cicatriz le caía desde el párpado de su ojo ciego hasta el labio, deformándole este lado de la faz en una mueca que le levantaba el extremo del labio superior, dejando entrever unos dientes extremadamente blancos y afilados.

—Ulthoan —le dijo Faobereth a su rey.

Thil Ganir asintió e hizo acopio de todo su valor para acercarse al siniestro elfo oscuro. De cerca, su aspecto amedrentaba aún más.

—¿A quién tenemos aquí? —la voz de Ulthoan era gélida y áspera—. Thil Ganir hijo de Thil Althir, Rey Inmortal de los Atelden, Señor de Asuryon. Aunque… ¡Espera! Esto no es Asuryon. Por lo tanto, aquí no eres señor ni rey de nada.

Este alzó el mentón, desafiante. No iba a dejar que lo intimidase.

—He oído hablar de ti.

Ulthoan sonrió y su rostro dibujó una máscara mucho más tétrica y cruel que la que ya de por sí tenía.

—¿Qué has escuchado de mí?

—Que desuellas a tus enemigos, entre otras atrocidades.

El varelden hizo bailar la capa que tenía con un gesto teatral en exceso.

—Doy fe del despellejo —su ojo ciego parecía brillar—. Pero creo que solo has visto la punta de la lanza. No desesperes, pronto te mostraré el resto.

—¿Has venido a parlamentar o solo a provocar?

—¿Parlamentar? No, no he venido a eso, como tampoco a provocarte. He venido aquí para grabar bien tu rostro en mi memoria, para que, cuando estalle la batalla, pueda buscarte entre los cadáveres. Quiero encargarme de ti personalmente, como

también lo haré de esa rata cobarde llamada Faobereth.

—Si es mi vida lo que reclamas…

—No es tu vida lo que quiero, rey ilegítimo —le interrumpió—. Quiero las vidas de todos los que te acompañan. Quiero hacer un estandarte con tu pellejo y una vela para mi nave con el de los engendros draconianos. No creas que entregándote salvarás ninguna vida.

—¿Entonces, para qué has venido?

—Para que seas consciente de lo que va a suceder y se lo transmitas a los tuyos. Rendíos y vuestras muertes serán limpias y rápidas. Resistíos y os haré conocer el dolor.

Thil Ganir miró a los negros nubarrones. Ni la luz podía con ellos.

—Veremos quién acaba conociendo el dolor.

Ambos se giraron y volvieron sobre sus pasos, Ulthoan montado en la mantícora negra. Faobereth escrutó el rostro de su rey.

—Preparaos para la batalla —le dijo. El señor del Bosque Perenne asintió.

Elbérohir se dio la vuelta y comenzó a lanzar órdenes a los soldados elfos. Yohalzín ladeó la cabeza mirando a Thil Ganir.

—Guerra —dijo. El ehassie lo comprendió perfectamente.

Primero se comenzó quebrando el silencio que ambas facciones habían respetado. Los músicos varelden marcaron a golpe de tambor el lento avance de la infantería, mientras que sus arqueros tomaban posiciones. Las bestias, dominadas por los restallidos de los látigos de sus amos, comenzaron a desplazarse por los flancos. Se escuchó un cuerno, luego otro. Y así hasta que el suelo comenzó a vibrar con su ronco cantar.

—Quieren crear un cuello de botella —anunció Faobereth.

—¡Arqueros! —gritó Elbérohir, y estos comenzaron a replegarse por toda la vanguardia. Al ver a los elfos moverse, Yohalzin dio una orden en su lengua que fue respondida con cientos de rugidos y con varios ehassies colocándose en los flancos con sus largos arcos.

La lluvia de flechas no se hizo esperar. Las saetas se cruzaban en un punto intermedio entre los dos bandos para continuar hacia sus objetivos. La infantería varelden no se detenía ante aquello, simplemente se cubrían con sus escudos hasta que los proyectiles

cesaban de caer y les permitía seguir ganando metros.

—¡Infantería, adelante! —ordenó Elbérohir, tras determinar que no podían ceder metros a los varelden, no siendo inferiores en número.

Los elfos, encabezados por su capitán, comenzaron a avanzar hacia el encuentro de sus enemigos, mientras las flechas no dejaban de volar de un lado a otro. Yohalzin y un nutrido grupo de ehassies hicieron lo propio.

Thil Ganir, acompañado de Faobereth y de Tsau Hokán, observaba la escena como un espectador obligado a presenciar un espectáculo que no ha elegido. Su preocupación se centró ahora en los flancos. ¿Realmente podrían las saetas de aquellos seres, por muy largas y de puntas afiladas que fueran, conseguir mantener a raya a las bestias?

En el centro del campo de batalla chocaron ambas fuerzas. Acero contra acero, escudo contra escudo, atelden contra varelden. Se escucharon gritos, silbidos de espadas segando vidas, el crujir de las armaduras, el sonido sordo de los cuerpos inertes al caer y hasta los últimos compases de las respiraciones de vidas que se extinguían ahogadas entre barro y sangre. Los guerreros de Yohalzin no querían ser menos, y masacraban a sus enemigos con la seguridad y la frialdad que podría atribuirse a seres más cercanos a las bestias que a las razas humanas. Todo esto acontecía bajo la continua lluvia de flechas que venía tanto de un bando como de otro, avanzando poco a poco los arqueros, buscando ganar algo de terreno al contrario.

Por otro lado, las saetas de los ehassies, destinadas a cubrir los flancos, aunque eran certeras y letales, no parecían amedrentar a los necrófagos, que eran criaturas carentes de entendimiento y cuya inteligencia se limitaba a las más básicas necesidades del organismo, entre ellas comer. Y aquella marea de cuerpos encorvados, carentes de toda racionalidad, continuaba su inexorable avance. No quedaba otra alternativa que salir a su encuentro y tratar de frenarlos, pagando el precio que fuera necesario para que así fuera.

—Están estrechando el cerco —musitó Faobereth, paseando su mirada por la batalla—. Pronto los tendremos encima.

—Que los arqueros aprieten el paso —ordenó Thil Ganir—. Que

las flechas lleguen a sus efectivos de retaguardia. Intentemos que ocupen su tiempo en protegerse y no en pensar.

—Eso no será suficiente, mi señor.

—Lo sé. Pero es preferible caer buscando una alternativa que obcecado en una táctica carente de resultados.

Faobereth gritó la orden, que fue de boca en boca hasta llegar a los arqueros, los cuales no dudaron ni un segundo en ir ganando terreno para intentar alcanzar a retaguardia rival. En cuanto la primera andanada de flechas cruzó hasta llegar más allá de las posiciones más avanzadas, la reacción de las fuerzas de Ulthoan no se hizo esperar: varios retenes que aguardaban su momento, se lanzaron en acometida contra la infantería combinada de elfos y ehassies. A su vez, las mantícoras comenzaron a moverse rápidamente por ambos flancos, haciendo que la atención de los draconianos pasara de matar necrófagos a intentar hacer frente a aquellas bestias ávidas de sangre. La hidra también avanzaba, pero hacia el centro de la contienda.

—Llegó la hora del dolor —dijo el rey elfo, al tiempo que desenvainaba su espada. La tropa restante, que permanecía a su lado, hizo lo propio y lo siguió con la misma determinación con la que él inició la marcha hacia el fragor de la batalla. Todos parecían haber aceptado su fatal destino, y estaban dispuestos a afrontarlo con la dignidad y la gloria propio de la noble raza de los atelden, desafiantes ante la muerte, cayendo con el honor intacto. Una imagen donde todos los pueblos querrían verse reflejados. Pero los ehassies no los siguieron. Permanecieron en la zaga junto a su líder, Tsau Hokán, que permanecía impasible como la estatua de alguna antigua deidad, ajena al azote de los elementos.

—Los draconianos no avanzan —señaló Faobereth mirando atrás —. No parece importarles que Yohalzin y los suyos estén muriendo.

—No hay tiempo para preocuparnos por eso —respondió Thil Ganir, cuyos ojos ya estaban fijos en sus enemigos más próximos—. Ya nada importa.

Cuando los varelden identificaron la figura del rey elfo, abriéndose paso a base de estocadas y tajos, redoblaron sus esfuerzos centrados en ese objetivo. Mas si creían que los atelden se iban a amedrentar se equivocaron. La presencia de su señor los espoleó para plantar cara a los agitados elfos oscuros, empujando

con sus escudos, manteniéndolos a raya con las picas, y mientras los furiosos ehassies seguían mutilando y desmembrando capitaneados por Yohalzin, que dejaba a su paso un rastro de cadáveres, sembrando el terror en aquellos imprudentes que osaban cruzarse en su camino.

—¡Proteged al rey! —escuchó decir a Elbérohir, elevando su voz por encima del fragor de la batalla, aunque no consiguió verlo.

Los arqueros elfos, viendo cómo la infantería enemiga ganaba terreno, decidieron renunciar a su inútil labor de hostigamiento, dado el superior número de efectivos varelden, y se lanzaron, espada y lanza en mano, en apoyo a la que comenzaba a ser una diezmada vanguardia. Thil Ganir, rodeado por completo de su escolta, giró la cabeza hacia atrás; Tsau Hokán seguía sin avanzar, ajeno a la contienda con su nutrido número de guerreros ehassies junto a él. ¿A qué estaban esperando? ¿Acaso no le importaba que Yohalzín y Kualt Haroh estuviesen derramando la sangre de los suyos defendiendo los flancos? Un grito, advirtiendo una nueva andanada de flechas, le hizo regresar de sus pensamientos, agachándose y cubriéndose bajo los escudos de sus hombres.

—¡Avanzad! ¡No hay retirada! ¡Avanzad! —los jaleaba el bravo capitán de su guardia, pero era imposible siquiera frenar el avance del enemigo.

Los chillidos guturales de los dracónidos revelaron que el choque en ambos laterales se había encrudecido. A la voraz marea de necrófagos se habían unido las mantícoras, que tanto por tierra como por aire reducían las acometidas de los ehassies a vanos intentos por sobrevivir. Tanto Yohalzín como Kualt Haroh, cada uno defendiendo su flanco, luchaban con furia, casi se podría decir que con odio alimentado por cada hermano caído. Pero cada vez estaba más claro que aquel arrojo no sería suficiente. Y mientras, Tsau Hokán seguía sin hacer nada.

En las primeras líneas se escucharon gritos de horror y dolor, los cuales fueron acallados por una sucesión de rugidos que fueron elevándose de menos a más. Primero uno, y luego otro, y otro… Thil Ganir se abrió paso a empujones, consiguiendo salir del círculo de carne y metal que lo protegía, lanzó una estocada a un elfo oscuro que, al verlo, se precipitaba contra él, arrebatando la vida del que pretendía arrebatársela a él, y contempló, con una mezcla

de espanto y asombro, cómo la hidra ya sembraba el caos y la muerte en vanguardia. Sus cinco cabezas reptilianas atrapaban entre sus fauces a los desafortunados valientes que trataban de plantar, despedazando, desmembrando, haciendo que tuvieran que retroceder para preservar sus vidas unos instantes más antes de afrontar lo inevitable. Entre aquellos que luchaban contra la temible bestia se encontraba Faobereth, que parecía decidido a no ceder ni un palmo de terreno más.

—¡Mi señor, regrese al círculo! —El rey se encontró de frente con Elbérohir, cubierto de sangre enemiga, blandiendo su alabarda y señalándole a su escolta—. ¡Debéis poneos a salvo!

Thil Ganir negó cabeza, boqueando a causa del esfuerzo en batalla y la conmoción de la misma. ¿Ponerse a salvo? ¿Cómo iba a hacerlo? Su vista solo alcanzaba a ver muerte. Muchos de aquellos elfos, de aquellos leales hermanos que lo habían seguido sin dudar en esa disparatada empresa, que habían abandonado Asuryon para acompañarlo hasta aquel lugar, para morir allí lejos de sus hogares. No, ya nada podría salvarlos y demorar el gran misterio que era la muerte, la gran desconocida para la noble raza de los elfos, era prolongar una absurda agonía, demorar una cita ineludible que tenía claro que acabaría sucediendo. Solo importaba arrastrar al máximo de enemigos consigo para que le acompañasen en su camino a los infiernos.

Un cuerno ehassie sonó, una sucesión de apresuradas notas roncas que no hacían presagiar nada bueno. Y así era: el flanco derecho, aquel que había defendido Kualt Haroh, había caído. Los cadáveres de los draconianos estaban siendo pisoteados por los necrófagos y las mantícoras, que no estaban dispuestas a conformarse con ese festín y perseguían a los escasos supervivientes que se batían en retirada, buscando el cobijo en las imperturbables filas de Tsau Hokán.

—¡Cubrid el flanco derecho! —Intentó hacerse oír el rey elfo—. ¡Tsau Hokán, maldita sea, avanza con grupo!

Pero, desde la distancia, el líder de los ehassies parecía dispuesto a seguir siendo espectador de la contienda hasta que las circunstancias le obligasen a tener que hacer algún movimiento. Y entonces, sobre una pequeña colina que moría en el llano donde se estaba librando la batalla, apareció Azó Nitzé, el chamán por el que

se había estado preguntando Thil Ganir. Su presencia allí era un misterio para él, pero supuso que significaría un aliciente para las tropas draconianas. Portaba una especie de largo báculo de hueso que alzó por encima de su cabeza con ambas manos, y comenzando un canto en su grotesca lengua que se hizo escuchar en plena refriega. La fracción de Tsau Hokán, al ver a su místico en semejante trance, se unieron al cántico mientras que Yohalzín aún seguía defendiendo el flanco izquierdo.

El desgarrado grito de advertencia de Elbérohir le llegó a Thil Ganir demasiado tarde, y solo pudo acompañar con su mirada, durante un escaso segundo, el violento latigazo que la mantícora que montaba Ulthoan, el cual se había abierto paso hasta las primeras filas al amparo del caos provocado por la hidra. El rey de los altos elfos sufrió el enérgico impacto en su costado, lanzándolo un par de metros despedido por el aire, arrancando de sus manos el acero que le protegía y quedando a merced del pérfido varelden. La vista se le nubló y un pinchazo agudo se alojó en sus costillas mientras se arrastraba por el suelo enlodado de sangre.

Cuando se hubo quitado el velo que le cubría los ojos, Thil Ganir, arrodillado y vencido, logró enfocar a su rival. Ulthoan lucía en su retorcido rostro una mueca que pretendía ser una sonrisa de satisfacción y altanería, aproximándose lentamente hacia él montado en su bestia, la cual mostraba los afilados dientes que se alojaban en sus mandíbulas, babeando y gruñendo. Aquello iba a ser su final, devorado por una oscura criatura en una tierra oscura. Y, entonces, sucedió.

Los primero que se escuchó fue un sonido semejante al de un trueno que cae en un valle entre montañas, ensordecedor y magnificado por las paredes de roca que juegan a pasarse el eco que provocan de un lado a otro. Hasta las mismas nubes parecieron agitarse ante el preludio de lo que parecía ser una tormenta. Luego le siguió un segundo, tan profundo y severo como el que le había precedido, y fue tal la conmoción que sembró que la masacre que estaba aconteciendo en el campo de batalla quedó petrificada, como si alguna magia hubiera decidido parar en aquel preciso instante aquella precisa escena. Nadie se movía; ni las mantícoras que devoraban a los caídos, ni los necrófagos que ahora parecían retirarse presas de un miedo que solo ellos intuían, ni la hidra cuyas

cinco cabezas habían conseguido que reinase el caos y la desesperación en la vanguardia de los altos elfos. Nadie se movía, y todas las miradas se dirigieron a la pequeña colina donde estaba Azó Nitze, quien había dejado de entonar aquella plegaria y que ahora apuntaba con su báculo al cielo.

Lo siguiente que escucharon fue una vibración similar al chocar del viento contra el velamen de un barco, una especie de batir de alas que se aproximaba cada vez más, sintiéndose un poco más cerca de aquel lugar donde la muerte parecía haber erigido su estandarte. Y el único que quiso quebrar esa quietud e incertidumbre fue Faobereth que, aprovechando el desconcierto reinante, dispuso una flecha en su arco y disparó a la mantícora de Ulthoan. La saeta impactó en un costado de la bestia, que se agitó y se encabritó violentamente, tirando a su jinete al suelo. Entonces, todos parecieron volver a la realidad y retomar la contienda bajo el sonido incógnito que avanzaba hacia ellos.

Thil Ganir no se lo pensó dos veces y rodó por el suelo hasta su espada, la cual volvió a empuñar con renovado vigor. Orientó su atención hacia la mantícora, enfurecida a causa del aguijonazo provocado por la certera puntería de Faobereth, y que parecía haber encontrado culpable de su dolor en el rey elfo, a juzgar por cómo le miraba. Ulthoan también se había incorporado, pero el señor del bosque Perenne le salió al paso, con una espada en cada mano, dispuesto a saldar con él viejas cuentas del pasado. Y mientras, el flanco derecho, que había caído, comenzaba a llenarse de necrófagos y mantícoras.

—¡Lévienmoth! —Escuchó gritar de fondo a los ehassies, todos al unísono—. ¡Lévienmoth! ¡Lévienmoth! ¡Lévienmoth!

El batir de alas se hizo cada vez más intenso.

—¡Lévienmoth! ¡Lévienmoth! ¡Lévienmoth!

Una amenazadora sombra apareció, surcando el cielo.

—¡Lévienmoth! ¡Lévienmoth! ¡Lévienmoth!

Aquella sombra tomó forma: se perfilaron dos enormes alas membranosas, semejantes a las velas de un barco, quizá más grandes, que se agitaban al viento. El cuerpo al que pertenecían mediría unos cincuenta pies, de la cabeza a la punta de su sinuosa cola, recubierto de pesadas escamas amarillas metálicas salpicadas de amarillas oscuras. Su cabeza era de faz corta, con pequeñas púas

en los orificios nasales, bigotes y barbas tentaculares (semejantes al de un pez gato), y ojos estrechos y sesgados del color del oro fundido y con finas pupilas rasgadas en ellos. Coronando aquella imponente testa, lucía dos lisos y metálicos cuernos gemelos, que hacían juego con las dos crestas que le recorrían ambos lados del largo cuello. Lévienmoth, el dragón dorado, volvió a rugir como una tempestad ante el asombro y la estupefacción de ambos bandos combatientes.

Los ehassies de Tsau Hokán lanzaron vítores ásperos y roncos al contemplar el majestuoso vuelo del dragón al pasar por encima de ellos y, presas de un trance bélico, se lanzaron en acometida contra las sorprendidas tropas varelden, que eran incapaces de quitar los ojos del descomunal reptil alado que se dirigía directo hacia ellos. Lévienmoth viró a la derecha, enfilando el flanco desprotegido, hinchió su poderoso pecho, ahogando un ronco gruñido interior, y de su boca exhaló un río de fuego que cayó como una cascada sobre los aterrorizados necrófagos. Las mantícoras que los acompañaban intentaron huir, pero el dragón apresó a una entre sus garras y otra entre sus fauces. Colmillos y zarpas se cobraron las vidas de aquellas infectas criaturas.

El combate continuó en el centro de la contienda, pero ahora, con el apoyo de los guerreros de Tsau Hokán y la presencia de Lévienmoth, la balanza se inclinaba a favor de los atelden y los ehassies. Elbérohir había decidido contener a la hidra, que tras la aparición del dragón parecía más descontrolada y anárquica, junto con la fracción de Yohalzín, que abandonaron el flanco izquierdo al ver cómo sus oponentes se batían en retirada, algunos intentando reforzar el grueso del ejército varelden. El destino parecía esbozarles una sonrisa, pero seguían siendo muy numerosos.

Thil Ganir, recuperado del golpe recibido y de la sorpresa del dragón, se centró en la mantícora de Ulthoan. La bestia parecía confusa, sin saber a qué debía prestar atención, visiblemente nerviosa ante la amenazadora figura de Lévienmoth que planeaba y rugía encima de sus cabezas. Y el rey elfo decidió beneficiarse de aquella situación, lanzándose contra ella. Su espada se hundió en la dura carne, mordiendo pellejo, grasa y músculo. La mantícora gruñó de dolor y se revolvió violentamente, obligando a Thil Ganir a tirarse al suelo, rodar y volver a encararla justo en el momento en

el que esta se abalanzaba sobre él. Saltó hacia atrás al tiempo que dibujaba con su acero un arco que rajó la faz de la bestia, que se desplomó al suelo agonizando de dolor. El soberano de los atelden se aproximó con cautela y, al ver que la mantícora ya estaba vencida, puso fin a su existencia clavando la espada su nuca hasta la empuñadura.

Ahora a los muertos y la sangre que cubrían la tierra también había que sumarles el fuego. Cuerpos abrasado, algunos aún vivos que corrían como antorchas en un vano intento de sofocar las llamas que los consumían. Lévienmoth no mostraba piedad; vomitaba aquellas brillantes y anaranjadas llamas que consumían lo que tocaban, mudando los vítores de victoria de los varelden a gritos de dolor y miedo. Ya daba igual que corrieran para salvar su vida, pues nada podía escapar de la furia del dragón.

Thil Ganir contemplaba aquel giro maravilloso de los acontecimientos cubierto de sangre, de mugre y con una sonrisa en la cara. Aún había esperanza, el destino todavía les iba a brindar una oportunidad para vencer al mal que pretendía asolar la Tierra Antigua. Frente a las adversidades solo quedaba luchar y hacerlo con determinación y fuerza, solo así conseguirían prevalecer.

Un ruido de aceros al chocar llamó su atención. Faobereth y Ulthoan estaban trabados en un cruento duelo donde ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. El elfo oscuro se movía con rapidez, con violencia, dejando claro que sus cicatrices eran la prueba de su maestría con la espada tras años de matar enemigos. El señor del Bosque Perenne tampoco flaqueaba. Había demasiadas rencillas entre ambos como para que todo quedase en tablas. Uno de los dos moriría y se cobraría esa cuenta pendiente. Thil Ganir se dirigió hacia ellos, con el ánimo que ayudar a su vasallo, mas no fue necesario: enlazó un contraataque con una serie de fintas y ataques cortos para desarmar a Ulthoan, cortándole la mano por la muñeca. El varelden aulló de dolor, cayendo de rodillas y agarrándose el sanguinolento muñón con la mano que le quedaba. Faobereth le agarró del pelo y le obligó a mirarle antes de lanzar un tajo que cercenó la cabeza del elfo oscuro.

La euforia reinaba en los corazones de los atelden y los ehassies, que habían visto la derrota muy cerca y ahora saboreaban la victoria mientras veían el asombroso espectáculo que era la lucha

entre el dragón y la hidra, mientras que observaban cómo Lévienmoth doblegaba a la criatura de las cinco cabezas a base de fuego, garras y sangre. Cuando por fin cayó la colosal abominación todo había acabado. El precio había sido muy elevado, pero habían vencido.

PLANES

La puerta de tela de la tienda de campaña, donde se concentraba la plana mayor del ejército de Griäl, se abrió violentamente dejando que el frío aliento del amanecer golpease a los presentes. La enorme figura de Imrasel se perfiló tras la misma bajo la temblorosa luz de las antorchas. Su semblante estaba serio, muy tenso, las mandíbulas apretadas bajo su espesa y oscura barba. Irrumpió con grandes zancadas al interior de la tienda, haciendo un gesto con la mano para que los guardias les dejasen solos. Hemen se acarició los bigotes y carraspeó, el almirante Jónar de Orumbria se removió en su asiento y Thelden dio un respingo y se puso en pie como un resorte. En teoría, cualquiera de los dos barones allí presentes podían ostentar más autoridad que Imrasel, pero lo cierto es que nadie osaba levantarle media ceja al paladín de Griäl. Su presencia era imponente en todos los sentidos, más aún cuando te dirigía una de sus furibundas miradas. Y una de ellas se la dedicó al barón Thelden.

—Me gustaría saber —comenzó a hablar sin apartar la vista del acongojado noble— por qué hay en mi campamento despojos de un contingente. Contingente que, dicho sea de paso, dejé intacto a vuestras órdenes antes de partir hacia la capital.

Hubo unos instantes de silencio en los que Thelden buscó el apoyo de los presentes. Jónar miraba hacia sus pies y Hemen le sonrió irónicamente y se encogió de hombros.

—Bien… —comenzó a decir con voz temblorosa. Carraspeó con fuerza dos veces y trató de mantener el tipo—. Fuimos emboscados. Sí, fuimos emboscados por las fuerzas del conde Válrar.

El barón levantó el mentón, intentando conservar su dignidad, y mantuvo la mirada a Imrasel. Aunque no tardó en apartarla incómodo.

—Una emboscada —repitió el paladín despacio—. Sufristeis una emboscada a campo abierto...

—Era de noche.

—… por un grupo de hombres que salieron desde Athaniel…

—En realidad, eran un contingente numeroso.

—… una ciudad situada en perfecto campo visual desde el campamento que dejé a vuestro mando.

—Como ya he mencionado, era de noche y estaba oscuro. Sin duda mis guardias…

—¡Sin duda vuestros guardias estaban beodos o dormidos!

El enorme puño de Imrasel golpeó con furia la mesa donde se congregaban, haciendo que los mapas y aparejos de estrategia diesen un salto, cayendo algunos al suelo. Thelden abrió la boca para decir algo, pero debió pensarlo mejor y la cerró. Jónar no se movía de su asiento y Hemen esbozaba una tímida sonrisa que delataba la curva de su mostacho. El mariscal de caballería estaba disfrutando viendo cómo el hombre que portaba el estandarte de la casa de los regentes y Griäl humillaba a aquellos nobles con pretensiones.

—Hemos perdido una posición privilegiada por culpa de la ineptitud y la incompetencia —masculló Imrasel mirando el mapa, como si no le importase que Thelden le estuviese escuchando—. Estoy seguro que el conde Válrar ya habrá apostado hombres en esa zona que le informarán en cuanto nos movamos.

—Estoy seguro de que se estará riendo de nosotros —apuntó Hemen, tan solo por echar más leña al fuego.

—Tal vez se hayan replegado a la ciudad —dijo el almirante Jónar, atreviéndose a hablar por primera vez desde que entrase Imrasel en escena—. Puede que su objetivo tan solo fuese disuadir a las fuerzas de Thelden.

—No lo creo —gruñó Imrasel—. Si el conde Válrar se ha arriesgado a salir de Athaniel no es solo para amedrentar a un atajo de cobardes —volvió a fulminar con la mirada a Thelden, que parecía empequeñecerse cada vez que hablaba el paladín—. Ahora controla los pasos. No podremos movernos por tierra sin que él lo sepa.

—¿Y qué hay del río? —preguntó Jónar—. Podemos cruzar hacia sus dominios utilizando la flota.

—También controlarán los puentes. Además, ¿con cuántos barcos contamos?

—Quince —respondió Hemen—. Todos ellos repletos. Iríamos como piojos en costura.

—Jugarnos todo a un solo movimiento, demasiado arriesgado —

Jónar negó con la cabeza—. No pasaremos de manera discreta.

—Tal vez no sea necesario hacerlo.

—¿Qué quieres decir, Imrasel? —inquirió Hemen, enarcando una ceja.

El enorme hombretón se inclinó en la mesa, haciendo que esta crujiese bajo el peso de sus manazas, y señaló con el dedo las colinas que delimitaban el límite de las tierras de Athaniel, allá donde el barón Thelden había perdido la posición y su orgullo.

—No podemos remediar que ahora dominen todos los pasos —explicó—, como tampoco podemos disimular nuestras fuerzas. Pero tal vez podamos distraer su atención si nos dividimos.

—¿Dividir nuestro ejército? —preguntó Thelden—. ¿Con qué propósito?

—Toda la infantería y la caballería se dirigirán a los pasos de las colinas. Estoy seguro de que, en cuanto nos divisen, informarán al conde Válrar. Mandará reagruparse a todos sus hombres tras los muros de Athaniel, esperando un asedio por tierra. Puede que hasta se planteen una retirada por el río. Con su atención centrada en nosotros, el almirante Jónar conducirá la flota por el Dar hasta bloquear el puerto. Quedarán atrapados, sin posibilidad de huir. Y, en caso de contienda, podremos atacar los muros de la ciudad por tierra y mar desde posiciones de ventaja.

Los cuatro se quedaron unos instantes reflexionando y mirando el mapa, sopesando las palabras de Imrasel y evaluando sus posibilidades de éxito.

—¿Crees que todo esto es necesario? —le preguntó por fin Hemen, quien no parecía estar del todo de acuerdo con aquella campaña.

Imrasel le miró tras sus espesas cejas.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Varias, en realidad. Pero me temo que no tan eficientes como lo que planteas.

—Caballeros, ¿opiniones?

—Yo me adhiero al plan de Imrasel —afirmó Jónar.

—Y yo —desde luego que Thelden estaba de acuerdo, por la cuenta que le traía.

—Entonces está todo dicho —dijo Hemen con un suspiro—. Damos por terminada la reunión. Les recomiendo, mis señores, que

descansen porque no lo van a hacer en mucho tiempo. Imrasel, unos momentos de tu tiempo. A solas, por favor.

Los dos barones salieron de la tienda sin decir palabra. Una vez se quedaron solos, Imrasel se dejó caer en su silla y se frotó lo ojos con los dedos.

—No sé cómo nadie se ha rebelado antes contra nosotros —se quejó dando un resoplido—. Son tan inútiles como petulantes.

—Imrasel, ¿de verdad crees que todo esto es necesario?

—Ya te he respondido hace un momento.

—¡Vamos, no juegues conmigo! Ya no están esos dos nobles peleles con los que mantener las formas. Nos conocemos desde hace tiempo y sé que no puedes estar de acuerdo con todo lo que está sucediendo.

—¿Y qué está sucediendo, según tu criterio?

—Guerra entre amigos, entre hermanos. Válrar no es un enemigo, es un hombre que siempre se ha mostrado leal a Átethor y cuyos consejos siempre han sido buenos.

—Válrar ha sido declarado traidor por el regente de Cáladai.

—¡Por el consejo de Cáladai! No puedes ser tan ciego como para no ver que le están envenenando contra su propia gente.

Imrasel frunció el ceño y sus ojos se convirtieron en dos rendijas ocultas de nuevo por sus oscuras cejas.

—Lo que planteas es una traición.

—No, amigo mío. Es sentido común.

—No puedo creer que estés insinuando esto…

—No insinuo nada.

—¿Acaso quieres marcharte? ¡Pues corre, vete! —bramó Imrasel, poniéndose en pie de un salto—. ¡Puedes irte todo lo lejos que quieras y eso no cambiará las cosas!

—No —Hemen sacudió la cabeza—. No voy a dejarte solo con esto. Sabes que permaneceré a tu lado, pase lo que pase.

—Pero lo desapruebas.

—En la vida he tenido que hacer cosas con las que no estaba de acuerdo, más de las que quisiera admitir. Pero soy un soldado y no me corresponde juzgar lo que hombres más notables que yo ya han dispuesto.

—Entonces, ¿por qué intentas disuadirme?

—¡Porque va a morir gente, Imrasel! Ya sabes qué viene después

de esto. Tendremos que convertir en cadáveres a gente con la que, posiblemente, no hace tanto compartíamos vino.

Imrasel se pasó la mano por su negra cabellera y bufó.

—No voy a dejar que partas para entrevistarte con Válrar y que trates de convencerlo. Lo conoces tan bien como yo. Si ha llegado tan lejos, no es para rendir la ciudad tan cordialmente. Además, delatarías nuestra posición y nos expondrías.

—Lo entiendo, pero déjame pedirte que, una vez lleguemos a Athaniel y hayamos desplegado todos nuestros efectivos para comenzar el asedio, me permitirás reunirme con Válrar con garantías de que no será atacado ni apresado. Tienes que dejar que intente convencerle de que no vaya a más.

Imrasel vaciló.

—Es muy imprudente.

—Es la única baza que nos queda para evitar derramar sangre.

El paladín caviló durante unos momentos, recorriendo la tienda de campaña a grandes zancadas. Finalmente, se paró en seco y asintió.

—Podrás entrevistarte con él y tienes mi palabra de que nadie se entrometerá. Habla con él cuanto quieras, pero le dejarás claro que solo hay dos caminos: el que lleva a Athaniel, y por tanto al asedio, o el que le lleva con nosotros ante Átethor para responder por las acusaciones que se vierten contra él. Cualquier otra opción implicará acciones duras y ya no habrá vuelta atrás. ¿Estamos de acuerdo?

Imrasel le tendió la mano a Hemen. El mariscal hubiese preferido otros términos, pero era lo máximo que iba a sacar del terco campeón de Cáladai. La estrechó y miró le miró a los ojos.

—Estamos de acuerdo.

UN BUEN AUGURIO

Cuenta la leyenda que los Onai fueron los hombres más respetados de toda la Tierra Antigua. Los pueblos libres admiraban su valor en combate y su justicia a la hora de gobernar Cáladai, haciendo que este reino fuera el más próspero de todos. Los altos elfos les forjaron una espada digna de su linaje y los enanos hicieron una armadura de mithril, su más preciado metal, para Anérdul, el último rey de Cáladai. No eran simples presentes, eran mucho más. Simbolizaban la hegemonía del linaje de los Onai, el reconocimiento de los pueblos más poderosos y antiguos de la Tierra Antigua, y un compromiso de lealtad de por vida.

Y así fue. En los siguientes años de guerra, los Onai empuñaron el acero junto con los elfos y los enanos, acabando con innumerables amenazas que se cernían sobre el mundo conocido. Pero incluso las alianzas más poderosas tienen fisuras y puntos débiles. Los enanos, cansados de guerrear siempre en primera línea y de ver cómo su número iba menguando, decidieron retirarse a sus salones bajo las montañas. Los elfos se sumieron en una secesión que acabó en una guerra fratricida que casi les destruye por completo, y los hombres, tras morir Anérdul y dejar el trono de Cáladai sin heredero, comenzaron con sus conjuras, traiciones y confabulaciones para colocarse la corona sobre sus sienes.

Los pueblos libres conocieron la ruina; los orcos, ogros, krulls y seres de similar calaña campaban a su aire sembrando el terror, el caos y la desolación allá por donde pasaban. Los bárbaros del norte intentaron aprovechar esa oportunidad para expandir sus dominios, causando un gran daño a los reinos que procuraban mediar en la disputa entre los herederos de Cáladai, que tomaron como símbolos del derecho al trono la armadura de Anérdul, robándola de la tumba del rey, y su espada. Los elfos, que aún tenían las heridas abiertas causadas por su guerra de secesión, decidieron intervenir antes de regresar para siempre a Asuryon: arrebataron la espada y la armadura a los hombres y los maldijeron con el destierro hasta que el legítimo heredero apareciese. La espada se ocultó en una cueva en el bosque de Árnor, donde más adelante los Onai, que se

habían convertido en un pueblo errante privado de todo señorío, fundaron la ciudad de Lagoscuro. La armadura fue devuelta a los enanos del Ered Durak, quienes juraron custodiarla en una profunda y recóndita cámara hasta que el heredero apareciese. Nunca se supo más de ambas reliquias… Hasta ahora.

Aquello no podía ser casualidad, se repetía Glósur una y otra vez sin poder apartar la mirada de aquellas piezas que nadie, salvo Dálfvar, se atrevía siquiera a rozar. No podía ser la fortuna, la suerte o el azar. Ninguno de los allí presentes, ni siquiera el escéptico Násur, terco y temerario como correspondía a su edad, podía afirmar que aquel hallazgo era casual. No, todos sabían que no era así. El destino les había guiado hasta allí y la armadura había aparecido cuando la duda y el desánimo teñían sus corazones.

—Recuerdo cómo mi padre siempre intentaba convencerme de que esa historia solo era una patraña —dijo Glósur, con ambos ojos clavados en la armadura—. Decía que tan solo eran historias para jóvenes enanos con bozo en la cara, ese tipo de patrañas que se contaban en las tabernas para impresionar a los más bisoños y meterles en la cabeza absurdas ideas que les llevaban a explorar nuestras minas buscando fortuna y gloria. Recuerdo que al principio me molestaba que mi padre pensara eso, pero poco a poco consiguió apagar aquella llama mágica que habitaba en mi interior. ¡Cuánto me gustaría que viviese ahora para contemplar este momento!

—La Tierra antigua y su historia albergan en su interior tantos misterios y magia que incluso yo me sorprendería —Dálfvar sonreía apoyado en su vara—. Si algo he aprendido en todos estos años de vivencias y estudios que cargo sobre mis espaldas es que todo es posible.

Bajo la luz que desprendía el bastón del mago, la armadura brillaba con intensidad cegadora. Era un trabajo al que pocos herreros enanos podían aspirar, Glósur dudaba incluso de si en ese momento encontrarían manos lo suficientemente hábiles y expertas como para sacar una réplica de aquella maravilla. Incluso el mithril de la que estaba hecha parecía más brillante, más puro. Era como si el metal estuviera vivo.

—Es una señal —sentenció Sorian, cuyos ojos parecían salirse de sus órbitas—. No hay ninguna duda. Es una señal.

Glósur miró de soslayo a Násur, quien había sido muy firme defendiendo ante Dálfvar la retirada y el abandono de la marcha para regresar a sus hogares. El joven rey de los Rocasangres no decía nada, simplemente permanecía ahí delante de las piezas de la armadura envarado, tenso como la cuerda de un arco. Su rostro revelaba el desconcierto y el asombro que le había producido aquel hallazgo. Se le veía fuera de lugar, con todos sus argumentos para no marchar a la guerra desmontados. Incluso si se atreviera a repetir que su papel en aquella historia había acabado, se quedaría solo. Los miembros de su clan, tanto los más jóvenes como los más experimentados y veteranos, no negaban aquel prodigio.

Dálfvar se adelantó unos pasos y se situó al lado de la armadura, mirando de frente a todos los enanos. Su espigada figura proyectaba una sombra que parecía extenderse y crecer bajo la titilante luz de las antorchas.

—La armadura de Anérdul ha llegado a nosotros —la voz del mago era clara y potente—. No es fruto de la casualidad que haya sido así, que haya aparecido justo ahora, en este momento. Durante siglos, vuestro pueblo persiguió el sueño de encontrarla, de hallar el lugar donde se escondía y custodiaba hasta que, como dice la leyenda, apareciese el legítimo heredero al trono de Cáladai. Y en vuestra hora más oscura, he aquí que aparece esta señal.

Los enanos intercambiaban miradas nerviosas, murmuraban y no podían disimular su asombro. Las leyendas eran ciertas.

—Vuestros padres y sus padres antes que ellos soñaban con este momento —continuó el mago—. Justo con este que hoy estáis viviendo vosotros. Muchos de ellos murieron anhelando que les confirmasen que las leyendas eran ciertas, que no todo son cuentos para impresionar a sus hijos. En el interior de cada enano, en el fondo, latía con fuerza esa esperanza, esa ilusión de saber que vuestra historia no se forjó con mitos, sino con hechos. Algún día, los bardos cantarán canciones sobre este día, y sobre los que están por venir. Y la historia pasará a ser leyenda, como los héroes que participen en ella. Ahora yo os pregunto, valiente pueblo del Ered Durak: ¿formaréis parte de la leyenda?

El clamor fue inmediato. Las voces se elevaron e hicieron temblar hasta a la propia montaña, incluso Glósur se dejó arrastrar por el júbilo de sus camaradas y se encontró levantando la espada

que Rurin le había legado mientras rompía su garganta con consignas victoriosas. La historia recordaría sus nombres, quedarían grabados en la memoria de las generaciones venideras. Era el camino hacia la inmortalidad.

Dálfvar ordenó recoger las piezas de la armadura y envolverlas entre mantas. Hicieron un gran petate, algo similar a una tosca mochila, y Glar fue el encargado de acarrearlo. Acto seguido, reanudaron la marcha dejando atrás a los herido que ya poco o nada podían aportar. Algunos maldecían su suerte al ver cómo su oportunidad de participar en la guerra que todo lo cambiaría se desvanecía a causa de sus heridas. El resto de enanos, con vigor y ánimo restablecido, cantaban mientras caminaban hacia la última gran batalla, donde el destino de todos los pueblos libres ser decidiría. Incluso Násur y sus Rocasangres alzaban la voz diciéndole a la roca cuánta sangre iban a derramar y cuán honroso sería caer a manos de un digno enemigo.

Glósur no podía sentirse más dichoso y no podía disimularlo. A su espalda llevaba colgada la espada de su rey y marchaba a la diestra de Glar, como si se tratase de un custodio de aquella reliquia. Se sentía como un chiquillo, a veces hasta un poco ridículo, y trataba de frenar su euforia diciéndose a sí mismo que haber encontrado aquello no tenía por qué significar nada. Tan solo era una armadura y nada más. Pero acto seguido su corazón comenzaba a bombear con fuerza, como reprendiéndole por tener semejantes pensamientos. Su cerebro le decía a sus ojos que se fijaran en aquel paquete que su camarada cargaba a sus espaldas, ese amasijo de ajadas mantas y telas que ocultaban un prodigio de las artes enanas. Entonces volvía a sonreír y cantaba junto a sus compañeros. Si había enemigos cerca, ¡qué más daba! Que supieran que los hijos de Torth, el primer Gran Rey de Todos los Clanes, marchaban y que nada ni nadie podría detenerlos.

—¿Realmente llegaste a dudar de esta causa, mi buen Glósur? —escuchó a Dálfvar preguntarle—. ¿Te habías planteado abandonar?

Glósur frunció el ceño y carraspeó incómodo.

—Llevo mucho a rastras —farfulló—. Todo el mundo tiene derecho a flaquear.

—Todo el mundo, sí —asintió el mago—. Solo que tú no eres como los demás. Y precisamente por eso, por todo lo que has vivido

hasta llegar hasta aquí, pensé que te mantendrías firme.

—Puede que mi voluntad no sea tan fuerte como pensabas.

—O puede que necesitases una excusa para justificar lo que realmente querías.

—¿Y qué es lo que quería, según tú?

—Seguir adelante.

Glósur sonrió.

—Y esa justificación la he encontrado en la armadura, ¿cierto?

—Es un símbolo, una señal para tu pueblo, pero no deja de ser eso: piezas de una reliquia del pasado. Para mí no cambia nada el haberla encontrado.

—Si no hubiese sido hallada ahora todos nosotros emprenderíamos el regreso al hogar.

Dálfvar le dirigió una mirada enigmática acompañada de una sonrisa.

—El destino quiere que participéis de esto. Si la armadura no hubiera aparecido habríais encontrado alguna otra razón para no dar la vuelta y abandonar. Vuestros nombres ya fueron señalados mucho tiempo antes de que nacierais. Es vuestro destino y no puede ser eludirlo.

Glósur sabía que lo que decía el mago era verdad. Todos ellos encontraron en la armadura el empuje que necesitaban para seguir adelante. Como todo lo que había acontecido. Quizás Dálfvar tuviera razón y solo se trataba de eso: de piezas que componían una armadura, sin más. Pero habían aparecido justo en ese momento, justo en ese y no en otro. ¿Podría haber sido cualquier otra cosa? Desde luego que sí, pero el veterano enano se sentía reconfortado pensando en que todo aquello era una señal, igual que el resto de sus camaradas. No merecía la pena pensar más en ello.

—¡Vamos, hermanos! ¡Elevad la voz y cantad todos conmigo! —les animó Sorian entonando los siguientes versos:

Retumba la roca. ¡Escuchad su clamor!
Reclama la gloria que antaño ostentó.
Ruge el fuego en mitad del salón.
Se elevan nuestras voces: ¡Orgullo y honor!
¡Marchad con orgullo y honor!
¡Por el rey, por el clan, por la montaña!

¡Por aquel que cayó con valor!
Y que el sol vuelva a brillar mañana.
¡Luchad con orgullo y honor!

Y con ese ánimo, dejaron atrás lo que fueron los dominios del infame Rey Troll sin encontrarse con enemigo alguno. Puede que no los hubiera, o puede que estuvieran escondidos en alguna oscura y recóndita grieta de la montaña, temblando de pavor al escuchar las jubilosas voces de los enanos que se acercaban inexorablemente. Y ascendían, ascendían anhelando regresar a la superficie para gritarle al viento que allí estaban ellos, que sus días de gloria no habían terminado sino lo contrario. Rubricarían un final que perdurase en las memorias de la historia.

LAS LLAMAS DE ARNOR

Lédesnald había viajado mucho. Tras acabar con la vida de sus padres, lejos de regresar a Mezóberran, el joven arjón se dedicó a servir como mercenario poniendo su espada al servicio de quien pudiera costearla. Hizo trabajos de todo tipo, desde asesinatos de poca monta hasta acabar con casas y familias enteras. Vagó de aquí a allá, visitando lugares que otros solo conocerían de oídas, compartiendo mesa y trabajo con otros mercenarios, capitanes de guardias renegados y estrategas que preferían lucrarse de manera menos honorable, pero más efectiva. Todo aquello fue antes de regresar al norte y someter a su clan, el mismo que había expulsado a su familia por no cumplir con el deber de sacrificar a un niño raquítico y enfermizo como era él. Bueno, el niño creció y reclamó lo que consideraba que era suyo. Y lo consiguió. Aunque nada pudo borrar el grato recuerdo de aquellos años de vagabundeo descubriendo el continente. ¡Qué de lugares tan especiales! Pero ninguno podía compararse a Arnor.

Lédesnald se crió escuchando historias y leyendas del famoso bosque, como la mayoría de niños. Los onai, la ciudad secreta de Lagoscuro, la espada del perdido rey de Cáladai… Soñaba con que algún día sus pasos le llevarían hasta Arnor y que exploraría tan místico lugar para conocerlo y, a continuación, conquistarlo. Había matado a muchos, desde hombres hasta trasgos, pero nunca había podido cruzar la espada con un montaraz de Lagoscuro. ¡Quién le iba a decir que unas décadas después estaría a punto de lograrlo!

Arnor era un bosque diferente a cualquier que hubiese conocido. Era bello, pero inquietante a la vez. Los montaraces se había afanado mucho para que así lo fuese, colgando sonajeros en los árboles para que un continuo silbido grave, como si de un canto fantasmagórico se tratase, se escuchase desde cualquier punto de la espesura. Un sonido que capaz de crispar los nervios del más templado. Obvio que nadie en su sano juicio quisiera penetrar más allá de sus lindes. Lédesnald se había internado en ellas solo, con la única compañía de su espada, y, aunque aparentemente nadie lo acompañaba, no podía evitar tener la sensación de que una

multitud de ojos invisibles lo acechaban.

Tan solo habían pasado un par de días desde que los orcos y ogros se uniesen a su horda de krulls, y desde que se librase por fin de la inútil y mezquina presencia de Órgalf. No había querido esperar más dado que su nuevo ejército lo componían bestias salvajes e inestables que amenazaban con matarse entre ellas si no hallaban un enemigo común. Por eso pidió a Shárkbad que uno de sus orcos se internase en Arnor y llevase un mensaje a los montaraces: debían rendir Lagoscuro, entregar las armas y abandonar el bosque. Tenían un día para aceptar la oferta, transcurrido ese tiempo se adentraría en Arnor y aguardaría una respuesta. En caso de no obtenerla o ser rechazada, lanzaría toda su horda contra el último refugio de los onai, reduciendo el bosque a cenizas y exterminando lo poco que quedase del linaje real de Cáladai. Obviamente, sabía cuál iba ser la reacción de los montaraces. Tan solo pretendía provocarlos y ofenderlos. Concluido el tiempo de margen y con el orco emisario desaparecido, a Lédesnald solo le quedaba encontrar un acicate para que sus tropas se lanzasen a la batalla sumidos en un trance violento. De modo que penetró en Arnor y buscó respuesta, la cual encontró en la cabeza decapitada y empalada del orco que había enviado como emisario.

—Supongo que esto significa que pelearemos —dijo dirigiéndose al bosque, consciente de que alguien le estaría escuchando.

Lédesnald se giró y marchó a las lindes del bosque, justo donde le esperaba toda su horda de bestias, los cuales al verle lanzaron al viento una cacofonía de chillidos, rugidos y gruñidos que pretendían dar la bienvenida a la Madre Guerra. Era maravilloso ver con qué poco se estimulaban, sin necesidad de arengas hipócritas y falsas sobre las grandes gestas, los ecos de sus nombres en el tiempo, la inmortalidad de sus hazañas… Artificio barato. Nada mejor un simple gesto para encender corazones hechos de brea. Arrojó la cabeza de su compañero a los pies de los orcos, como el que añade más leña al fuego, y señaló hacia el bosque. Las criaturas patearon el suelo, golpearon sus escudos. Una sinfonía del horror dedicada especialmente a los habitantes de Arnor.

Lédesnald desenvainó su espada, la señal que su horda estaba esperando para dividirse en dos mitades y dejar un amplio pasillo central. Se llevó un silbato de madera a la boca y lo hizo sonar con

fuerza. El pitido se extendió hasta lo alto de la colina donde se habían desplegado, apareciendo en ella cinco trolls que empujaban pesadamente bolas inmensas de rastrojo y paja. Otros cinco orcos los acompañaban, arrastrando tinajas de brea con las que embadurnaron las esferas. A continuación, encendieron antorchas y aguardaron a la señal de Lédesnald. Este volvió a soplar su silbato, haciendo que los orcos prendiesen las balas, y volvió a hacerlo sonar para que los trolls las empujasen. Las bolas de fuego se precipitaron a toda velocidad por el pasillo que la horda había dejado libre y liso, dirigiéndose hacia el bosque. Impactaron violentamente contra los primeros árboles, estallando en miles de partículas llameantes de diferentes tamaños. La brea incandescente salpicó el follaje del suelo, extendiendo en pocos segundos un pequeño mar de fuego que amenazaba con devorar los límites de la tierra.

Acompañado de los gritos enfervorizados de su horda, Lédesnald hizo sonar de nuevo el silbato. Trolls, balas de rastrojo, antorchas y fuego. Misma operación e idéntico resultado. Arnor comenzaba a sumirse poco a poco en un infierno. El arjón señaló con la espada hacia el flanco dominado por los orcos. Los más pequeños, provistos con flechas y arcos tomaron posiciones, y otro lanzó una tea a una zanja de brea.

—¡A mí señal! —ladró Shárkbad, adelantándose a la línea de arqueros.

Los orcos dispusieron sus flechas, prendiendoles fuego, y las colocaron en sus arcos aguardando pacientemente. Lédesnald miró a Shárkbad y asintió con la cabeza.

—¡Soltad!

Cerca de medio centenar de saetas incandescentes surcaron el cielo cual cometas.

—¡Cargad!

El ruido metálico de cuero y metal acompañó casi uniformado los movimientos de los orcos.

—¡Soltad!

La lluvia de fuego amenazaba con no amainar en Arnor.

El silbato de Lédesnald volvió a sonar una vez más y desde la colina volvieron a rodar fardos esféricos en llamas. Dio dos toques más y sus huestes adelantaron posiciones.

—¡Escudos! —bramó Izhkad.

La respuesta de Arnor llegaba a modo de flechas. Silbaban cortando el viento y vibraban al impactar con los escudos. Se escuchó algún quejido aislado. No importaba. Lédesnald poseía una fuerza militar capaz de arrasar media Tierra Antigua, si se lo propusiese. Podía prescindir de alguna que otra vida. Se incorporó, saliendo de la protección del muro de escudos alrededor de él, y señaló con la espada a la facción de los krulls. Las bestias comenzaron a moverse por el flanco derecho, rodeando la espesura, dispuestos a buscar una rendija entre el fuego que se propagaba por el bosque y penetrar en él. A continuación, tomó el cuerno que tenía colgado en el costado y lo hizo sonar. Los ogros comenzaron a avanzar posiciones.

—¡Soltad los huargos!

Los orcos de la retaguardia abrieron las enormes jaulas que portaban. Una decena de lobos huargo, bestias capturadas y torturadas por ellos, salieron disparados en dirección al bosque, adelantándose al paso de los ogros que comenzaban a abrir hueco entre la tierra calcinada. Las flechas desde Arnor no cesaban de llegar.

—¡Soltad a los gigantes! —ordenó Lédesnald, dispuesto a mostrar ya todas sus cartas.

Un cuerno orco le siguió a otro y a otro. En lo alto de la colina aparecieron las siluetas de dos gigantes de las montañas, encadenados y conducidos por ogros. Los inmensos seres, tres veces más altos que un hombre fornido, lanzaron al viento algo similar a un ronco aullido. Sus captores cortaron sus cadenas y los dejaron libres, permitiendo que los gigantes se lanzasen en pesada carrera colina abajo. La inercia los convirtió en fuerzas de la naturaleza capaces de arrasar con cualquier cosa que se les pusiese por delante. Y así fue. Los árboles calcinados se vinieron abajo ante el impacto con aquellas moles de grasa y músculo. Su piel, mucho más gruesa que la de un hombre, permitía que aguantasen el contacto con las llamas, consiguiendo abrir brechas en las lindes del bosque. Los ogros, a su vez, se afanaban en acompañar la tarea de los gigantes. La vanguardia tiraba abajo troncos y ramas, y la retaguardia convertía esos troncos en estacas que clavan al suelo, creando barricadas donde se parapetaban los orcos con los que marchaba

Lédesnald. El arjón sonrió. Apostaba cualquier cosa a que los montaraces de Arnor no se esperaban un ataque tan bien trazado viniendo de krulls, orcos y ogros.

En ese momento, las flechas cesaron de llegar desde el bosque para ceder el protagonismo a los gritos que provenían de su interior. Los krulls habían abierto brecha por el flanco, obligando a los montaraces a defenderse espada en mano. Lédesnald se relamió los labios pensando en la matanza que debía estar aconteciendo en la espesura.

—Penetrad en el bosque —le ordenó a Shárkbad sin dejar de sonreír—. No dejéis ni un alma por segar.

LA BATALLA DE LA NOCHE MÁS OSCURA

El sol ya se había ocultado cuando volvieron a sonar cuernos en las lindes de Thanan. No eran cuernos de este mundo, no. Aquel sonido venía de otro lugar, de uno recóndito y desconocido, el único al que puedes llegar pero nunca volver. Era la balada de guerra de los muertos.

Colina arriba, se divisaba el ejército más pavoroso que los hombres jamás hubieran visto. Una hueste de un millar de no muertos. Había cadáveres andantes de orcos, krulls, hombres montados en caballos muertos. El rastro de la putrefacción y la corrupción se dejaba ver en sus cuencas vacías, en sus pieles enceradas, consumidas por la putrefacción, dejando al aire músculos atrofiados y delgados tendones. Algunos eran esqueletos vivientes, sin rastro de la carcasa que un día les revestía. Y marchaban, marchaban lenta e inexorablemente hacia la batalla, portando armas herrumbrosas y enmohecidas. Y al frente de ellos, como si de un diablo del mundo antiguo se tratase, estaba quien antaño llegó a llamarse Lánzolt, aunque nada quedaba del gallardo caballero que, tan noblemente, hubiera protegido Páravon tiempo atrás.

Danéleryn había abandonado el refugio de los brazos de su esposo para no dar crédito a lo que veían sus ojos. Jamás hubiera creído, ni siquiera cuando era una niña y las viejas trataban de asustarlos con historias semejantes, que viviría para ver caminar a los muertos. Magia negra, magia prohibida incluso a los magos más poderosos de la Tierra Antigua, maldiciones eternas para aquellos que se adentraban en el saber oscuro o realizaban algún tipo de hechicería con la sangre. Condenados perpetuamente a vivir la no vida y a convertir sus cuerpos transfigurados por los poderes oscuros en cárceles para sus almas. Y avanzaban hacia ellos para invitarles de forma violenta a unírseles.

—¡Los krulls! —gritó alguien aterrado—. ¡Se levantan los krulls!

Los cuerpos inertes de las bestias cornudas, esos mismos que

acababan de matar, comenzaron dando sacudidas y convulsiones para volver a erguirse contra ellos. La visión era tan pavorosa que no dejaba que de la garganta brotase siquiera un solo grito de horror. Si un krull ya resultaba lo suficientemente amenazador vivo, muerto era espeluznante: sus ojos estaban velados y sus faces ovinas se habían quedado congeladas en una mueca atroz y grotesca. La sangre seca y coagulada les recorría todo el cuerpo, como pinturas de guerra, allá donde hubieron sufrido las heridas que les arrebataron la vida. Y habían vuelto. Habían regresado para vengarse de aquella lucha perdida.

Algunos de sus hombres intentaron volver a tumbarlos, clavando las picas, las lanzas y espadas en los cuerpos de sus adversarios, pero ya no sentían el dolor. No se puede matar lo que está muerto. Y aquellos que tenían algo que perder eran ellos, y se trataba de la vida.

—¡La cabeza! —ordenó Naldin a gritos—. ¡Cortadles la cabeza!

Los hombres tardaron en reaccionar. Parecía que esa era la única forma de acabar con ellos: cercenándoles la cabeza. El recuerdo de haber leído algo sobre aquello le asaltó a Danéleryn. En algún volumen, en sus años de estudio junto con los magos, se hacía referencia a la práctica de la nigromancia, arte oscura y prohibida que se movía a caballo entre el mundo de los vivos y de los muertos. Era sabido que la magia no podía devolver la vida a un fallecido, al menos tal y como lo conocimos, pero podía ser utilizada para prolongar la vida de algunos incautos que la practicasen y otorgarles el don de invocar a los espíritus y levantar a los cuerpos. No era un regreso a la vida estrictamente, sino un alzamiento del envase que contiene nuestra alma. Y la única manera de acabar con este mal era cortando la cabeza al regresado o prendiéndole fuego.

Buscó por el suelo un arma con urgencia mientras los caballeros intentaban contener a las bestias no muertas. Muras ya había desaparecido al igual que los elfos. Estarían enfrascados en el combate. Pronto ella se les uniría.

—Espero que no pretendas hacer lo que sospecho —la voz de Dúnel no fue suficiente para que dejase de buscar con la mirada.

Vio una espada corta y un escudo. Ideal para ella tanto por peso como por forma.

—Vamos a morir de todas formas —contestó a su esposo—. Prefiero hacerlo con una espada en la mano y a tu lado.

El rey la sonrió.

—Por estas cosas te quiero.

Estaban rodeados. Ni siquiera podían plantearse y huir hacia el bosque, arriesgándose a sufrir la ira de los elfos silvanos. Los krulls redivivos respondían a una especie de inteligencia común, una mente colmena que los dirigía con precisión audaz, cubriendo sus flancos. Y, mientras los cercaban, el ejército de Lánzolt avanzaba. Cada vez estaban más cerca.

—¡Apostad arqueros en la retaguardia! —mandó Cásthiel mientras segaba cabezas—. ¡Mantened a raya a la hueste de la colina!

—¡Es absurdo! —replicó el elfo Naldin—. ¡Están muertos! Malgastaríais flechas en un vano esfuerzo por contenerlos.

—¡Debemos detenerlos! ¡No los podremos contener!

—¡Abríos paso por el flanco izquierdo! —ordenó Danéleryn. Sabía que su única posibilidad era entrar en Thanan, aunque esto supusiese otro tipo de problemas, quizá peores.

Los caballeros volcaron todos sus esfuerzos en abrir brecha en el costado que se interponía entre el bosque y ellos, pero los krulls maniobraban para fortalecer esa vía de escape. Los que permanecían en sus monturas no conseguían asestar los tajos con precisión y lo único que podían hacer era evitar que los caballos se encabritasen cada vez más. No siempre lo conseguían y, a veces, el jinete salía despedido de su caballo, una sacudida y acababa en el suelo viendo alejarse a corcel y rodeado de garras y colmillos. Cada vez los gritos desgarradores de dolor humano eran más comunes.

El caos se apoderó de ellos. La brillante maniobra que habían llevado a cabo para ponerlos a salvo y liquidar a las bestias era un espejismo. Ya no había disciplina ni orden en las acciones de los páravim. Cada uno libraba su propia lucha, intentando salvar la vida y el alma, aunque parecía difícil de conseguir.

Danéleryn luchaba como uno más, empujando con el escudo, abriéndose paso a tajos y golpes, rebanando cabezas para que esos cuerpos no volvieran a suponer una amenaza. Ella también había renunciado a estrategias, tan solo quedaba defender hasta el final lo más valioso que tenía: su vida. Ya no había espacio para el afecto ni

el amor, ni para querer luchar al lado de su amado esposo. Era una pelea desesperada contra el horror, contra la pérfida naturaleza que empujaba a esos no muertos a caminar, a querer convertirlos en uno de los suyos. Era el momento de sobrevivir, de manera instintiva, casi como animales acorralados. Una pugna por la supervivencia.

Danéleryn jamás había luchado en una batalla y se sorprendía como podía guiarse más por instinto que por lógica. La vista se le nublaba a menudo a causa del sudor, y puede que de las lágrimas, aunque no lo tenía muy claro. No había una visión nítida de los rivales y los aliados, como cuando entrenaba con su maestro de armas bajo la atenta y orgullosa mirada de su padre. No, no tenía nada que ver. Aquello era un revoltijo de acero, cuerpos que se alzaban y caían, gritos que hacían que perdieras la concentración, empujones continuos que te desestabilizaban y un olor acre que convertía a las náuseas en el más fiero de los enemigos a vencer. A veces sentía un golpe en el costado, quizá la hubieran alcanzado, pero no tenía tiempo para preocuparse por las heridas. ¿Qué puedes perder cuando lo tienes todo perdido?

En la tierra comenzaron a apilarse los cuerpos de los caballeros caídos. Más cadáveres por los que preocuparse. El cántico de magia negra los conminaba a volver a erguirse, tomar de nuevo las espadas y luchar contra aquellos a los que servían. Tan solo unos peones más dispuestos en el tablero, decantando la contienda en contra de Páravon y de los hombres. Si pudiesen localizar al artífice de aquella invocación, tal vez podrían tener una mínima oportunidad. Danéleryn sintió que algo le agarraba del tobillo. Uno de sus abanderados. Un muerto. Tiraba de ella mientras la miraba con sus ojos blancos y una mueca retorcida y brutal en su rostro. La reina supo que si caía al suelo podía darse por muerta. Lanzó un tajo y segó la mano de su captor y luego la espada en la cabeza del mismo, con tanta fuerza que apenas la podía arrancar del suelo. Ese instante de forcejeo le sirvió para ver que el ejército que comandaba Lánzolt ya les había alcanzado.

****

De todos los males que habían asolado la Tierra Antigua durante siglos, de todos aquellos que había sido testigo, Varya jamás

hubiese pensado que se tendría que enfrentar a aquello. Muertos que regresaban al mundo de los vivos, desprovistos de toda voluntad, activados por un poder tan oscuro y antiguo como el mismo mundo, y cuyo propósito solo parecía responder a una única cosa: acabar con ellos.

El elfa silvana no sabía qué era más perturbador, si volver a matar aquello que estaba muerto o tener que preocuparse de cortar la cabeza a los caballeros de Páravon que caían en combate, asegurándose de que no se uniesen a aquella horda maligna y antinatural. Tanto daba. No podrían resistir mucho más, no así. Por cada enemigo al que cercenaban la cabeza se levantaba otro, y ya no eran criaturas abominables como los krulls. Ahora los que se volvían contra ellos eran rostros que reconocían, amigos, compañeros y vasallos a los que costaba más asestarles el golpe final, el que les daría el descanso eterno. Varya lo veía. Los páravim dudaban, zozobraba el valor, su pulso ya no era tan firme. No, no aguantarían mucho más. Había que encontrar al que no cesaba de lanzar al viento esa llamada a los muertos, la letanía que se escuchaba por encima del fragor de la batalla.

Abriéndose paso con sus dos espadas, consiguió retener a un caballo sin jinete encabritado. Se elevaba sobre sus cuartos traseros y piafaba. Cogió las riendas, tiró de él y se subió con esfuerzo a la grupa del animal. A continuación, se lanzó a galope tendido entre las filas de no muertos, intentando salir del centro de la contienda para localizar al artífice de semejante brujería. Debía estar alejado, lo suficiente como para que su invocación tuviera efecto pero para mantenerse a salvo. Con horror observó que el infame ejército que bajaba por la colina ya les había alcanzado. Sus primeras líneas ya se fundían con los krulls retornados y comenzaban a cercarles por el flanco derecho. Los estaban rodeando y no parecía haber modo alguno de impedirlo.

Varya supo que, de encontrarse en algún lado, el nigromante debía estar en la hueste recién llegada. En la retaguardia, quizá férreamente escoltado para impedir cualquier atentado contra su vida. Picó espuelas y trató de dirigirse hacia allí, sabiendo que era una completa imprudencia, pero tanto más daba. Era preferible morir intentándolo que resignarse a defender una posición. El caballo se lanzó hacia el lado este de la batalla, derribando a los

enemigos que le salían al paso, contribuyendo al trabajo de las espadas de la elfa. Le salía espuma por la boca, prácticamente desbocado, hasta que, sin saber cómo, Varya se encontró rodando por el suelo. Había salido disparada de su montura. Pudo recomponerse con rapidez, aprovechando el impulso de la caída, con una voltereta. Afortunadamente, seguía con las espadas en las manos. Miró al frente para comprender qué había sucedido: aquella figura tuvo que ser un hombre antaño, pero una maldición debía haber caído sobre él. Tenía el pelo anaranjado y los ojos saltones brillaban en las profundas ojeras que los circundaban. Exhibía una sádica sonrisa de dientes afilados en su demacrado y pálido rostro, con los labios de un rojo oscuro perfilando esa máscara atroz. Llevaba una armadura con destellos rojizos y símbolos de dragón. Tuvo que ser un caballero. Un caballero maldito. Portaba dos espadas que chorreaban sangre y a su lado yacía el caballo que ella montaba, con las patas mutiladas, agonizando.

Sin mediar palabra, el infame se lanzó contra ella, arremetiendo con una fuerza sobrehumana. Sus espadas trazaban molinetes, fintas y estocadas con una velocidad extraordinaria, haciendo muy difícil repeler estos ataques. Vaya tuvo que emplearse con todas sus fuerzas para impedir que el salvaje embate pudiera con ella. Cada vez que su adversario tomaba una breve pausa, intentaba contraatacar, llevar ella la iniciativa del combate, pero era inútil. Los movimientos del caballero maldito eran veloces, duros e infatigables, y había que sumar su falta de honor. Cada vez que podía, le lanzaba un barrido con la pierna, intentado hacerla caer, o cargaba con los hombros. La elfa silvana se desestabilizaba y dejaba expuestos sus puntos vulnerables, lo que hacía cada vez más complicado el poder defenderse si quiera.

Varya supo que no podría prolongar mucho más aquella danza mortal, no si era su rival quien marcaba el ritmo. Solo quedaba una alternativa. Renunciando a seguir plantándole cara, comenzó a girar alrededor del condenado, alejándose del alcance de sus espadas. La elfa sabía que era más rápida y ligera, tan solo tenía que impedir volver a trabarse en un intercambio de golpes. Aquello no era más que una forma de ganar tiempo y que quedase al descubierto algún punto vulnerable.

Su adversario parecía enfurecer por momentos, tratando en vano

de cruzar espadas con ella. La increpaba y la insultaba, hacía lo posible por provocarla y que volviese a entrar en su juego, pero Varya ya había cambiado las reglas del mismo y ahora le tocaba llevar la voz cantante. Los embistes del caballero maldito eran cada vez más salvajes, más brutales y menos precisos. Comenzaban a verse las costuras del duelo y la elfa ya atisbaba sus posibilidades. Y estas llegaron cuando su rival saltó hacia ella, dispuesto a clavarle sus espadas, pero, en lugar de encontrar carne, encontraron tierra. Se hundieron hasta la empuñadura en el suelo, tan profundamente que, al sacarlas, se llevó consigo un buen rodal del mismo. Aquello hizo que perdiera el equilibrio, justo el instante que Varya necesitaba. Lanzó un rápido tajo por encima de la greba derecha, cortando limpiamente la pierna a la altura del muslo. El infame ser cayó, quedando a su merced, lanzando un último aullido de odio y rabia antes de que la elfa pusiese fin decapitándolo.

No hubo un momento de respiro. La gran hueste de no muertos ya los había cercado. Además, a su lado luchaban licántropos, unas criaturas infectas que adquirían la forma de un monstruoso lobo y que ella daba por extintas. Se sucedían combates encarnizados donde todas las de perder las llevaban los hombres, y fue en ese instante cuando lo vio. Primero llegó el rugido, como un trueno que anuncia la inminente tormenta, y luego el resplandor. Una sombra descendía a través de la noche y era portadora de la ruina más absoluta.

****

Por encima del fragor de la batalla, acallando a la mismísima voz que invocaba a los muertos, se escuchó el sonido de la desdicha. Un temporal oscuro que albergaba en su interior una maligna luz azulada, heraldo del pesar, de la desolación y del fin de los hombres. Miras no había escuchado nada semejante aunque los caballeros de Dúnel parecían conocerlo. El dragón no muerto de Lánzolt, aquel al que llamaban Rhikkelion.

No pudo siquiera dar la voz de alarma. Cuando quisieron darse cuenta, una cascada de llamas azules y blancas caía sobre ellos. Apenas tuvieron tiempo de resguardarse. El fuego de la bestia consumió la carne de los caballeros dentro de sus propias

armaduras. Los gritos de dolor fueron en aumento y, donde quiera que mirase había hombres envueltos en llamas, corriendo como antorchas vivientes antes de desplomarse y dejar que las llamas los convirtiesen en cenizas.

Con mucho, aquello superaba sus destrezas en el campo de batalla. Decapitando muertos ya lo tenían difícil, plantando cara a los licántropos era bastante complicado, contra un dragón estaba todo perdido. Y más teniendo en cuenta de que era un dragón que había regresado de la muerte. ¿Quién puede decapitar a un dragón enfurecido no muerto?

Uno de los caballeros que luchaba a su lado, abriendo brechas entre las líneas enemigas, cayó, le habían abierto el estómago y las tripas se habían desparramado por el suelo. Miras se giró le cortó la cabeza. Más valía perder un instante en cerciorarse de que no pudiese regresar y que tuviera otro rival más ante el que defenderse. Los licántropos cerraron los escasos huecos que habían conseguido abrir, formas grotescas y animaloides que se lanzaban contra ellos, capaces de desmembrarlos con sus propias garras. Aullaban y mostraban sus colmillos mientras se daban festines de sangre y carne. Malditas criaturas. Las estrellas y la luna de aquella noche se había alineado contra ellos.

Rhikkelion volvió a sembrar el caos. Se lanzó en picado y atrapó a varios hombres entre sus garras y mandíbulas. Una de las escenas más impactantes que Muras jamás hubiera visto. Le llovían flechas, lanzas, pero eran completamente inútiles. El dragón era la muerte reencarnada. Esa muerte que no parecía dispuesta a llevárselo con ella. Había que crear una distracción y hacer que saliera de allí.

Muras no divisó caballo al que poder montar, de modo que se vio obligado a correr hacia Rhikkelion. Una maniobra suicida pero no había tiempo para pensar en ello. A base de gritos y gestos, llamó la atención de algunos de los caballeros que estaban en su camino, intentando que le siguieran. Unos lo hacían, otros habían renunciado a luchar y esperaban una muerte más o menos pronta.

—¡Lanzas! —gritaba —¡Coged las lanzas y cargad!

Puede que si lo atacaban desde un costado tuvieran una oportunidad de que, al menos, volviese a levantar el vuelo.

Con Muras a la cabeza, una docena de hombres se lanzaron contra el dragón, lanzas en ristre. Solo consiguieron moverlo unos

centímetros. Muchas de las lanzas ni siquiera llegaron a impactar, colándose por las costillas huecas de la bestia, haciendo que los que las empuñaban trastabillasen y cayesen. Esos podían darse por muertos. Los que había conseguido su objetivo estaban a salvo, por el momento, lejos de su abrasador hálito. Rhikkelion no podía girar tanto el cuello como para desembarazarse de las lanzas, como tampoco podía hacerlo con la cola.

—¡Aguantad! ¡Resistid! —jaleaba Muras a los hombres, soportando las violentas sacudidas del dragón.

Por fin, Rhikkelion batió las alas, esas dos velas de barco fantasma, ajadas y marchitas, pero tan poderosas como un huracán. Cuando alcanzó cierta altura, volvió a vomitar fuego, aunque esta vez con menos suerte que las anteriores. ¿Durante cuánto tiempo podrían intentar seguir jugando al gato y al ratón con la bestia? Muras supuso que no mucho más. Fue entonces cuando lo escuchó.

Cuernos y más cuernos que hicieron acallar a las tropas rivales. Notas graves y prolongadas que no pertenecían a los hombres, sino que venían del bosque. Thanan parecía aullar, parecía gruñir, protestando por toda la destrucción y el caos que se estaba sembrando cerca de sus lindes. No parecía que se fuese a quedar más rato siendo simple espectador. Había llegado su hora.

Poco a poco, se fueron distinguiendo las filas de los punielden, cientos de ellos, puede que un millar. Sus armaduras brillaban en la noche, reflectaban el fuego del dragón. Destellaban las puntas de sus lanzas, sus espadas. Habían salido del bosque en busca de los hombres, de los arrogantes hombres que los habían insultado escapándose de sus mazmorras. Venían para declarar la guerra a Páravon y se habían encontrado con aquel giro en los acontecimientos. Y no venían solos; tras ellos, las dríades avanzaban como siniestros fantasmas, recordando el daño que el fuego de los krulls había causado, y los enormes hombres árbol, cuyas pisadas hacían retumbar la tierra. Thanan se había levantado en armas e iba a golpear con todo su poder.

Los cuernos siguieron sonando. Muras reconoció los toques. Eran señales de formación y maniobras. Los punielden comenzaron a desplegarse con una rapidez y una sincronía maravillosa, rodeando los flancos de los no muertos, atacándolos por la retaguardia. Los espíritus del bosque, carentes de toda disciplina, se lanzaron contra

sus enemigos como una gran ola que se adentra en la tierra, arrasando todo a su paso y llevándose los restos mar adentro. Aquel cambio en la batalla insufló un nuevo aliento de valor y esperanza en los páravim y pasaron de ser simples defensores a atacantes. La lucha conjunta entre hombres y elfos había rodeado al antinatural ejército que, aunque su carencia de voluntad les empujaba a seguir combatiendo, ya no respondían a esa especie de mente colmena que los había controlado como a un todo. Dispersos y sin nadie que los guiara, los no muertos eran algo más vulnerables.

Muras divisó en las primeras filas élficas al señor del bosque Éreborn, montado en un impresionante alce de pelaje negro y cornamenta blanca. Cargaba contra sus enemigos sin piedad, atravesando con su lanza las cabezas de los cadáveres andantes. Hacía sonar un enorme cuerno de caza y le seguían jinetes punielden de ciervos, con los torsos desnudos y luciendo pinturas de guerra y protección. Nada podía frenar su avance brutal, su cacería nocturna. En el cielo, Rhikkelion se preparaba para una nueva ráfaga de fuego. Su interior vacío volvió a resplandecer con la luz azulada, con más intensidad, sus fauces se abrieron... Pero no pudo expulsar las llamas, pues algo hizo que su atención se distrajese. ¡Eran halcones! Halcones gigantes de las Cumbres Heladas montadas por los elfos. Al menos una docena de ellas, y al frente iban las Hermanas del Crepúsculo. Lurien montaba un halcón blanco y Lothien uno negro. Danzaban alrededor del dragón, le disparaban flechas que resultaban del todo inútiles, pero al menos consiguieron desviar la atención de la bestia que había olvidado sus objetivos en tierra para perseguir a los del aire.

—¡Muras! —una voz familiar hizo que volviera a centrarse en el campo de batalla. Una voz que le llenó de dicha. Varya cabalgaba en un ciervo hacia él—. ¡Rápido, monta conmigo! ¡Debemos encontrar al nigromante!

Ayudado por la elfa, el caballero dio un brinco y subió al astado animal. Se aferró a la cintura de su amada y juntos emprendieron la carrera.

—La voz ha cesado —le dijo Muras pegando la boca a su picuda oreja—. El nigromante ha abandonado la invocación.

—Eso quiere decir que abandona a los suyos. Está huyendo.

—Si le dejamos con vida, los cadáveres podrán levantarse de

nuevo. Cada elfo y hombre caído pasará a formar parte de sus tropas. Debemos dar con él.

—En la ladera —señaló Varya—. Una silueta oscura alejada de la batalla. Tiene que ser él.

Buena vista la de los elfos, sin duda. Muras sonrió.

—Podría ser un señuelo.

—No tenemos tiempo. ¡Vayamos a por él!

—¡Espera! ¡Para! ¡Varya, para!

—¿Qué? ¿Qué sucede?

Los ojos de Muras acababan de encontrar a un antiguo amigo. Uno que ahora era el causante del dolor y la muerte que les rodeaban. Tenía que ser él, pese al aspecto, debía de serlo. Lánzolt. Y no estaba solo.

****

—¡Cargad! —alentaba Dúnel a sus caballeros—. ¡Enviadlos al abismo del que han regresado! ¡Por Páravon!

La inesperada aparición de los elfos silvanos había devuelto la confianza a los hombres. ¡Podían conseguir la victoria! Podían alzarse frente a toda la desolación que les rodeaba, que les había puesto contra las cuerdas y amenazado su existencia, y salir triunfantes. Se convertirían en héroes, los bardos compondrían canciones de aquella gesta, sus nombres serían recordados e inmortales, un ejemplo de valor y gloria para las generaciones venideras. La batalla donde los hombres lucharon al lado de los habitantes de los bosques para desterrar el mayor mal que se recordaba en Páravon de la última era.

Sus caballeros, pese a los golpes sufridos, volvieron a cargar con determinación, espoleados por la labor que estaban realizando los elfos, abriendo sendas brechas en las filas enemigas. Las dríades, fantasmales espíritus del bosque de formas tan sinuosas como aterradoras, decapitaban a sus oponentes con sus mismas extremidades, gruesas ramas animadas que terminaban en garras. ¡Qué bello espectáculo ofrece el horror cuando está de tu parte! Y los hombres árbol, tan altos como casas, aplastando enemigos a cada paso que daban. Glorioso. Épico y glorioso, era la única forma de definirlo.

Pese a dolor con el que le castigaban sus heridas, Dúnel combatía con mayor vigor. A su paso dejaba un rastro de cabezas cercenadas y cuerpos putrefactos y esqueléticos. Ahora más que nunca debía ser esa imagen inspiradora para sus hombres, esa enseña a la que seguir y proteger, ese líder con el que sería un honor caer en combate a su lado. El rey lo sabía y blandía la espada como si de su último día se tratase. A cada golpe le ardía el costado, sentía el calor pegajoso de la sangre donde le habían alcanzado. ¡Qué importaba! La noche había caído sobre ellos y ahora comenzaban a ver el amanecer.

Cada vez los combates se fueron haciendo más dispersos. El campo de batalla ya no era ese núcleo atestado donde resultaba difícil moverse. Se abrían grandes extensiones de terreno desnudo donde podías tomar un breve respiro para localizar y volver a la carga. La contienda no tardaría en terminar. Y fue entonces cuando vio algo que le congeló la sangre: Danéleryn, su amada reina, estaba siendo arrastrada por el suelo. Una mano jalaba de su melena, haciendo que la mujer forcejeara sin éxito tratando de escapar de la presa. Lánzolt.

—¡Dúnel! —chillaba encolerizado el ser en el que se convirtió su querido amigo—. ¡Dúnel, rata miserable! ¡Deja de esconderte y enfréntate a tu destino!

Con el corazón en un puño, el rey de Páravon se acercó espada en mano. Sus ojos buscaron los de Danéleryn. No inspiraban nada alentador.

—¡Aquí me tienes, Lánzolt! —dijo—. Deja que ella se vaya. Esto es entre tú y yo.

—¿Entre tú y yo? —una siniestra carcajada brotó de la garganta del Rey Exánime—. Te equivocas. Todo esto lo provocasteis ambos. Los dos. Los Reyes de Páravon. Vosotros fuisteis los que tomasteis la decisión que me acabó arrebatando a Kathline. ¡Fuisteis vosotros!

—¡Era nuestra responsabilidad! Nadie dijo que sería fácil, pero tomamos decisiones y actuamos en consecuencia.

—¡¿Y por qué yo soy el único que lo a perdido todo?! —estiró de la cabellera de Danéleryn hasta ponerla en pie, haciendo que la reina gritase de dolor. Le agarró con fuerza la cara, hundiendo los dedos en sus carrillos.

—¡Te he fallado! —chilló desesperado Dúnel—. Lo admito, te he

fallado, Lánzolt. Toma mi vida. Con gusto te ofrezco mi vida en pago por la de Kathline, pero deja que ella se marche. Por favor, ¡deja en paz a mi esposa!

Los ojos de Lánzolt refulgían con odio, fríos como puñales, colmados de rencor y sedientos de venganza. Mostró sus afilados dientes y su rostro se transformó en una máscara que hasta el mismo calor de la sangre arrebataba.

—¿Quieres mentirla, Dúnel? —siseó con maldad—. ¿Quieres decirle que todo saldrá bien, que tenga esperanzas? Miéntela. Hazlo. Como nos mentiste a Kathline y a mí. Dile que no hay nada por lo que preocuparse.

Dúnel temblaba como una hoja al viento. Sentía que la espada le pesaba, que sus miembros ya no le respondían. El sabor acre del miedo le inundaba la boca. Estaba paralizado. No sabía qué hacer.

—¡Díselo! —bramó el Rey Exánime.

Al rey le temblaba la barbilla. Las lágrimas le recorrían las mejillas. No podía dejar de mirar a Danéleryn que lloraba. Había abandonado toda esperanza, se reflejaba en su rostro. Sus ojos parecían despedirse silenciosamente, de una manera callada que no necesitaba palabras. Dúnel abrió la boca para mentir a su reina.

Pero algo lo interrumpió e hizo que toda la atención se focalizase en el bosque. De ahí surgió un rugido tan colosal y portentoso que hasta Lánzolt bajó la espada estupefacto. Los árboles se mecieron violentamente. Los pinos, acariciados por el frío viento que acompaña el próximo alba, crujieron y se quejaron. Algo se acercaba. Todos los ojos se centraron en la batalla aérea que los elfos silvanos mantenían con Rhikkelion montados en sus halcones y que, con un rápido movimiento, comenzaron a replegarse dejado de acosar a la bestia. Se escuchó un nuevo batir de alas, la vibración de unas membranas contra el aire. Una vez más. ¡No podía ser! Una enorme silueta se elevaba desde la floresta. Un rugido más. La luz de la luna definió la forma de un dragón. Un dragón de escamas verdes, cabeza rodeada de dos filas de púas, coronado con dos cuernos rectos grandes y otros dos pequeños un palmo más abajo. Algo más pequeño en envergadura que el fantasmal Rhikkelion, pero igualmente amenazador. ¡Dúnel apenas podía creer lo que veía!

De dos aleteos se situó frente a la ruinosa criatura que antaño

fue un dragón y, sin pensarlo dos veces, se lanzó contra él. Ambas criaturas le enzarzaron en una feroz lucha en los cielos, tirándose dentelladas, arrojándose bocanadas de fuego. Parecían dos tormentas que se habían chocado y pugnaban por demostrar cual era la más poderosa. Lurien y Lothien sobrevolaron por encima de los dragones con sus halcones y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, saltaron de los mismos para aterrizar en la grupa del dragón verde. Desde ahí, y con las largas lanzas que portaban, acosaron a Rhikkelion para conseguir ganar tiempo y que su montura tratase de despedazar con sus mandíbulas al diabólico ser.

De repente, un ruido de metales al chocar y caer hizo que Dúnel regresase de su embelesamiento. Lánzolt rodaba por el suelo, enredado en otro individuo que se había unido a la escena. Danéleryn se arrastraba, tratando de alejarse de las garras de su enemigo y buscando a tientas una espada. Impulsándolo con el pie, el Rey Exánime consiguió desembarazarse de su adversario. Este salió despedido un par de metros atrás y, con una elegante cabriola se mantuvo firme. Era Muras.

—De modo que sigues vivo —su voz rezumaba odio—. ¡El campeón elegido para preservar la seguridad de mi ciudad y de mi dama! Una lástima que fallaras. ¡Que me fallases! ¡Tú y tus malditos reyes!

—Todo a terminado, Lánzolt —la voz del caballero era serena, un bálsamo de paz en mitad de la contienda—. Sabes que esto es el fin.

—¡Vuestro final, no el mío!

El Rey Exánime acometió con fiereza contra Muras, quien repelió el ataque con una finta. Sus espadas chocaron y cantaron, la fuerza de los golpes hacía que de ellas saltasen chispas. Lánzolt poseía una fuerza sobrenatural, pero el caballero de los Cuervos Errantes era rápido, más rápido de lo que Dúnel recordaba. Era una pugna igualada. Había llegado el momento de decantarla a su favor.

Haciendo acopio de todo su valor, Dúnel atacó por la espalda a Lánzolt, pero sin demasiada suerte. El Rey Exánime apartó con un revés de su acero el suyo, contraatacando dejándolo sin opciones de defenderse. Miras intentó ayudarlo, pero el enemigo se desplazaba lateralmente para que Dúnel se convirtiese en un estorbo más que

en una ayuda. Se vio sobrepasado por los movimientos de Lánzolt y, finalmente, su espada voló de la mano al verse sometida a un giro de muñeca imposible. Se escuchó un crujido y quedó a su merced. El que fuera antaño Lord Comandante de los Dragones Rojos sonrió, dispuesto a dar el golpe de gracia. Alzó el mandoble con ambas manos y descargó un violento golpe. El impacto habría partido en dos a Dúnel, de no haber sido porque Muras consiguió apartarlo, interponiendo su espada. Aún así no fue suficiente: la potencia del tajo hizo que ambos aceros bajasen e hiriesen al rey de Páravon en el hombro. Pudo haber sido peor, la armadura había cumplido su función, pero sangraba abundantemente por el costado izquierdo. Intentó mover el brazo. Inútil. Dúnel sintió un fuerte mareo. Estaba perdiendo mucha sangre. Se apoyó en la espada para evitar caer de bruces al suelo. La rodilla derecha estaba clavada en el suelo. Las fuerzas le abandonaban y no podía hacer nada para impedirlo. Una neblina comenzaba propagarse en sus ojos.

Muras se situó entre él y Lánzolt y consiguió distinguir a Danéleryn, que había conseguido un escudo y una espada, quieta a un lado. El valor de su reina era incuestionable. En el cielo, seguía la lucha encarnizada entre los dos dos dragones, cada vez más violenta y trabada en un abrazo mortal infinito donde todo eran gruñidos, sangre y jirones de carne. Y fue en ese momento cuando todo cambió. Las voces jubilosas de hombres y elfos lo anunciaron. Cesó el sonido del metal contra metal para dejar paso a la algarada y el entusiasmo. ¡Lo habían conseguido! El ejército no muerto yacía inerte en el campo de batalla, decapitados, incinerados y los que no lo estaban. El nigromante había caído.

—¡Lo ha logrado! —exclamó Muras—. ¡Varya dio con tu nigromante y lo ha matado!

Dúnel no supo si era fruto del dolor, que lo empujase a sufrir alucinaciones, pero imaginó a la elfa silvana del cabello rojo cabalgando tras el maldito brujo, que emprendía su huída, y cómo atravesaba su pecho con varias flechas certeras hasta que cayese sin vida, y con él su oscura magia.

Se escuchó un nuevo bramido procedente del cielo. Todas las miradas se fueron hacia allí. El dragón verde de los elfos silvanos sangraba por todas las heridas que Rhikkelion le había inflingido, pero había conseguido reducir al corrupto ser. Las Hermanas del

Crepúsculo se afianzaron al cuello de su montura y, con sus lanzas, atravesaron el corazón putrefacto del dragón. El fuego pálido que brillaba en su interior comenzó a titilar. De nuevo un rugido de dolor. El dragón verde atenazó con sus mandíbulas el esquelético cuello de Rhikkelion e hizo presa. El chasquido que se escuchó fue similar al de un árbol al troncharse. La luz maldita del dragón rojo se extinguió y su cabeza cayó al vació. Lurien y Lothien intentaron reconducción a su bestia, pero esta estaba tan herida que, a duras penas, si pudo contener el impacto al precipitarse contra el suelo, levantando una inmensa polvareda que se mezcló con las primeras luces del alba.

Con sus fuerzas consumidas, Dúnel se convirtió en un mero espectador de lo que ocurrió a continuación. Lánzolt estaba paralizado. Sus pálidos ojos no daban crédito a la derrota que acababa de sufrir. Ni en sus más agoreros pensamientos hubiera pensado que todo acabaría así. Rodeado de espadas de hombres y elfos, de los propios espíritus del bosque, con los dos reyes a los que culpaba de la muerte de su amada alzándose victoriosos y cuyo campeón era el hombre al que creía un traidor. Y lloró. Lloró lágrimas de sangre al no ver su venganza resuelta.

—Observa, Lánzolt —le conminó Muras—. Observa la miseria y la desgracia que tu odio ha provocado. Ni siquiera tu saciando tu sed de venganza la habrías devuelto a la vida y, sin embargo, tu locura se ha llevado cientos. Acaba con esto de una vez. Pon fin a esta demencia y descansa con la mujer que amas.

Una risa siniestra fue la respuesta.

—Lánzolt ha muerto —dijo con una voz irreconocible—. Solo existe el Rey Exánime.

Se giró, encarando a Muras y, a cada paso que daba, la tierra vibraba. Las pequeñas piedras sueltas se elevaban y flotaban. A su alrededor, el aire parecía ondular como si fuese caliente, pero desprendía frío, un frío antinatural, un frío de otro mundo. Los aceros que les rodeaban apuntaron contra él, dispuestos a segar la no vida de aquel ser, pero, de pronto se paró en seco, alzó el rostro y, la máscara retorcida que era, mudó durante un instante para mostrar a Lánzolt, al verdadero Lánzolt. A su amigo, vasallo y capitán. Se asomó una leve sonrisa en sus labios.

—Dadme paz —aquella sí era la voz del caballero que fue.

Con rapidez, Lánzolt giró la espada y la hundió en su vientre, hacia arriba, buscando su marchito corazón. Una bocanada de sangre le sobrevino, con los ojos desorbitados los observó a todos. Una mirada que suplicaba perdón. Extrajo el acero y lo dejó caer al suelo justo cuando de la tierra emergieron nudosas y retorcidas ramas que se enroscaron a su cuerpo a toda velocidad. Varias dríades se materializaron y, ejerciendo presión con sus miembros, arrancaron de cuajo la cabeza del maldito caballero. La armadura cayó hueca, su carne se volvió ceniza y voló con el viento del amanecer.

Todo se había consumado. Al fin, Lánzolt y Kathline volverían a estar juntos y nada ni nadie podría separarlos jamás.

LA TIERRA SE LEVANTA

Un súbito y brusco movimiento arrancó a Iyúnel del abrazo de Velthen. Desorientada, parpadeó varias veces, todavía adormilada. Tardó unos segundos en poder ubicarse. La hoguera, la charla con Velthen… y luego todo lo demás. El sol comenzaba a asomarse por las montañas, pero quien les sorprendió desnudos y acurrucados el uno con el otro fue Íniel. El joven muchacho había rodado de costado y se agarraba la tripa, dando bocanadas al aire. La escudera dio unos firmes pasos hacia él y volvió a lanzarle otra patada, esta vez dirigida a la cara. Por suerte, Velthen volvió a rodar lo justo para que errase el golpe.

—¡Perro! —gritó la muchacha dirigiéndose hacia él—. ¡Sucio perro! ¡Te dije que te alejases de ella!

Velthen se incorporó rápidamente dejando su desnudez al descubierto, lo cual recordó a Iyúnel que ella también lo estaba. Ansiosa, agarró el gurruño que eran sus ropas y se cubrió mientras trataba de entender qué sucedía.

—¡Es la princesa de Onun, piojoso! —ladró de nuevo la pelirroja —. ¡No tenías ni que haberla mirado!

Volvió al ataque, abalanzándose sobre Velthen, pero éste consiguió ser más rápido y más certero. La ónunim podía ser rápida y diestra en el combate, pero el muchacho era más fuerte y corpulento. Arrastró su pierna y utilizó el impulso de Íniel para zancadillearla e inmovilizarla justo cuando comenzaba a llegar el resto. ¡Era lo que faltaba! Que los pillasen de esa guisa. El primero en llegar fue Ectherien, espada en mano, que se quedó inmóvil como una estatua, sin saber dónde dirigir su mirada. Al segundo, aparecieron los enanos que, visiblemente turbados, apartaron la vista de inmediato, carraspeando y farfullando. Ubarín no se acercó, debió imaginarse lo que sucedía, pero el impertinente de Márdinel sí que lo hizo, soltando una risa tan escandalosa como forzada.

—¡Quítame tus mugrientas manos de herrero de encima! —le gritaba Íniel, sujeta con una férrea presa.

—¡Velthen! ¡Suéltala! —ordenó con severidad Ectherien.

—¡Ella ha comenzado! ¡Me ha dado una patada y pretendía

seguir haciéndolo!

—¡Joder, herrero! —soltó Márdinel, que no dejaba de reír—. Le has quitado la virtud a su princesa. Porque lo ha hecho, ¿no?

Maldito impertinente. Pero a Iyúnel no le salían las palabras.

—¡Que me sueltes, he dicho! —chilló Íniel.

—¡Estate quieta! —chilló Velthen.

—Jovencita —dijo aclarándose la voz Tóbur—, no veo motivo para enojarse.

—Acaba de yacer con la princesa de Onun. ¿Cómo no iba a enojarse? —la risa de Márdinel comenzaba a dejar de ser molesta para convertirse en ofensiva.

—¡Silencio! ¡Callaos de una vez! ¡Velthen, suelta a Íniel! —volvió a ordenar Ectherien.

—Lo haré si ella promete no atacarme.

—¿Atacarte? ¡Voy a sacarte la piel a tiras!

—De acuerdo, ya es suficiente —la voz serena de Elebrian salió de entre las sombras, y tras ella apareció el elfo ciego—. No puedo ver, pero por lo escuchado entiendo que Velthen y la princesa no se encuentran en un estado muy presentable, de modo que os rogaría a todos que os marchaseis hasta que se vistieran. Yo me ocuparé del resto. Quizá mi condición les haga sentirse menos violentos al no poder verlos. Muchas gracias. Joven Velthen, suelta a la chica, ya la sujeto. Bien, despacio y arriba, y no intentes nada. Que mis ojos ciegos no te engañen. Eso es, muy bien. Ahora, acompáñame, serena los nervios y deja que ellos se recompongan.

Iyúnel observó como Elebrian se alejaba de ellos con Íniel sujeta de un brazo. La guerrera ónunim dedicó una última mirada a Velthen cargada de desprecio y odio. El muchacho permanecía de pie, jadeando, con la mandíbula apretada, todos los músculos en tensión y completamente desnudo. Durante un par de segundos, parecía como si ella no existiese hasta que Velthen volvió a reparar en ella y se le mudó el gesto. Estaba azorado, nervioso. ¿Tal vez avergonzado? No, no podía ser. Había sucedido, era algo que iba a acontecer y que nadie iba a impedir. ¿De qué avergonzarse? ¿De una expresión de pasión? ¿De deseo? Tal vez de amor… Ansioso, buscó sus ropas, poniéndose de manera precipitada el pantalón y las botas. Sus manos temblaban, casi no atinaba a calzarse.

—Mi camisa —farfulló sin apenas mirarla—. Tenéis mi camisa.

Iyúnel miró la bola informe de ropa que le tapaba las vergüenzas y le lanzó lo que pedía.

—Creo que, después de lo sucedido, no es necesario que me hables con tanta ceremonia.

—Esto está mal, muy mal. No debimos…

—¿No debimos qué, Velthen? —empezaba a estar cansada de tantas ofensas lanzadas sin querer—. ¿Hablar anoche? ¿Yacer juntos? ¿Tal vez conocernos?

—¡Por el amor de una madre! ¡Eres una princesa!

—¡Soy una mujer y tú un hombre! O al menos eso me pareciste cuando estabas dentro de mí. ¡Demuéstralo ahora también! ¡Velthen, no puedo creer que te arrepientas de lo que ha sucedido!

—¡No, no! ¡Maldita sea! ¿Por qué ha de ser todo tan complicado?

—Eres tú quien lo está haciendo complicado.

—Bueno, creo no he sido yo quien ha empezado una pelea por haber pasado la noche con su princesa.

—No me refiero a Íniel, me refiero a nosotros, a ti, a todo lo demás. ¿Por qué tan solo no puedes dejarte llevar?

—Estas son las consecuencias por dejarme llevar —dijo, señalándose el moratón que le había salido justo debajo de las costillas.

—Te pido, por favor, que no hagas que me arrepienta yo de esto —Iyúnel se alisó el vestido como pudo y miró a Velthen, reprochando sus palabras.

El muchacho se dejó caer abatido. Hundió su rostro entre las manos y sollozó. Aquella imagen encogió el corazón de la princesa. Tal vez había sido demasiado dura con él, pero no estaba dispuesta a tener que cargar con aquello ella sola.

—Esto me viene grande —dijo entrecortadamente el joven—. Demasiado grande. No sé cómo voy a afrontarlo.

Iyúnel se acercó a él y puso su mano en su hombro, que se agitaba arriba y abajo a causa del contenido llanto. Le entristecía verle así. Se le hizo un nudo en la garganta, pero se obligó a empujarlo al fondo, más allá del estómago. Debía ser fuerte. Alguien tenía que serlo.

—Velthen… —la voz le tembló. Hizo una pausa. No podía permitirse flaquear. Ahora no—. Velthen, no tienes por qué

afrontarlo solo. No lo hagas. Estamos contigo. Yo estoy aquí. Nadie va a impedirme seguir a tu lado, pero has de poner de tu parte. No dejes que la duda nos distancie. Yo creo que en ti. Apóyate en eso cuando las fuerzas te fallen.

El chico levantó la vista, con los ojos encharcados, y la miró en silencio. No hacía falta que dijese nada más. Iyúnel adivinaba lo que decían aquellos ojos carentes del fuego y la vida que habían tenido hacía unas horas, cuando ambos fueron uno, cuando la miraba como si fuese la única en su vida. ¡Qué diferente era del Velthen al que había entregado su virginidad! ¿Quizás hubiese sido un error? No, debía apartar ese pensamiento de su cabeza. No iba a dejar que le contagiase sus dudas. Y, de pronto, un temblor le hizo regresar de perderse en sus pensamientos.

La tierra vibraba, se movía de un modo antinatural. Aunque en Onun jamás los había sufrido, Iyúnel sabía que aquello no era un terremoto. Giró la cabeza hacia Velthen, ya de pie, con las lágrimas enjugadas y los ojos muy abiertos. De nuevo la tierra crujió y tembló produciendo un sonido sordo, como si de un barco viejo se tratase.

—¿Qué está pasando? —dijo, con un hilo de voz.

A continuación, comenzaron a sonar cuernos. Primero uno, después se le sumaron más. Eran los centauros. Era una llamada a las armas. Los atacaban.

—¡Ve a la casa de Púnikig y refugiate! ¡Rápido! —le dijo Velthen al tiempo que salía disparado como una flecha hacia el claro, donde las voces de sus compañeros ya alertaban del inminente peligro.

Iyúnel se apresuró a dirigirse hacia donde estaban todos, pero no para esconderse, tal y como le había sugerido, sino para empuñar un arma y enfrentarse a lo que estuviese por venir. Los cuernos se mezclaban con los quejidos de la tierra, se escuchaban los cascos de los centauros pisotear el suelo. Era la melodía de la batalla.

—¡A la casa del fauno! —le gritó Ectherien—. ¡Ahora!

Iyúnel iba a responder con una negativa, pero en ese momento la tierra se sacudió con violencia, una vez y otra. Y otra más. La princesa perdió el equilibrio y cayó al vibrante suelo justo en el momento en el que este comenzaba a deformarse y elevarse. Parecía que estaban siendo testigos del nacimiento de una montaña, solo

que no era una montaña. La tierra fue tomando forma. De su interior, emergieron unos apéndices que simulaban los brazos y las piernas, se creó una grotesca e informe cabeza de facciones borrosas y ojos vacíos. Aquella criatura, si es que se le podía denominar así, era casi tan alta como los propios árboles.

Aunque el tiempo parecía discurrir más lentamente, todo sucedió en cuestión de minutos. La mole de tierra hizo una extraña contorsión, despegó sus piernas del suelo, levantando una gran polvareda, y comenzó a caminar. Se dirigía hacia el grupo y no parecía tener buenas intenciones. Ectherien dio varias órdenes que Iyúnel no alcanzó a escuchar y todos se movieron. De fondo se escuchaban las voces y gritos guturales de los centauros, que no parecían estar pasándolo demasiado bien.

Volaron las flechas, pero no parecían herir a la criatura. ¿Cómo matar a la tierra? Márdinel e Íniel intentaron rodearla, pero su envergadura era tal que era imposible que lo consiguieran. El interior del monstruo surgió un sonido grave y sordo, imposible de asemejarlo con nada que Iyúnel conociese, y se lanzó al ataque intentando pisotearlos. Por suerte, la rapidez no era su punto fuerte y consiguieron evitarlo. Iyúnel vio el momento para correr hacia sus amigos, quería ayudar como fuese, aunque no tenía claro de qué manera. Aquel ser parecía imposible de vencer. Se doblaba, se torcía, intentaba aplastar con sus apéndices a cualquiera que osara salirle al paso. Ya casi los había alcanzado cuando tropezó con una raíz. La princesa cayó de bruces al suelo, quedándose sin aire momentáneamente. La criatura debió sentirlo, pues se giró hacia ella y comenzó a aproximarse. Iyúnel trató de levantarse y reaccionar, pero todavía le costaba volver a respirar y la cabeza le daba vueltas. Podía darse por muerta.

Justo cuando estaba a un paso del monstruo, apareció Täuniel montado en su ciervo blanco, cabalgando a toda velocidad hacia ella. Se echó a un lado de su montura y, alargando su mano, logró cogerla antes de que el ser la aplastase. Tiró con fuerza de ella hacia arriba y la colocó en la grupa del animal. Iyúnel se agarró a él tan fuerte como pudo.

—¡Varelden! —gritó el medio elfo—. ¡Los elfos oscuros están atacando a los centauros! ¡Los están masacrando!

—¿Y qué demonios es eso? —rugió Gorin, señalando con su

hacha al enorme monstruo de tierra.

—Es un gólem de tierra —Púnikig apareció de la nada, portando una retorcida vara de madera oscura—. Lo han despertado con magia. ¡Magia de sangre!

—Los varelden deben tener un invocador entre sus filas. Son acólitos de las brujas de Mórgathi.

—¿Y cómo acabamos con él? —preguntó Ectherien.

—Las espadas no sirven. Debemos dar con el invocador y matarlo. Si él cae, caerá el gólem.

—¡Marchaos! Prestad ayuda a los centauros. Yo me ocuparé de la criatura —dijo Púnikig, al tiempo que se acercaba al gólem, vara en alto y comenzando a entonar un cántico.

—¡A la espesura! —indicó Täuniel.

—¿Dentro del bosque? —Márdinel negó con la cabeza—. Es un sitio perfecto para emboscarnos, y aún más cuando nos enfrentamos a elfos oscuros.

—Los centauros intentarán rodearlos y asediarlos. Nosotros nos encargaremos de darles caza.

—¡Un momento! La princesa —Velthen miraba a Iyúnel con preocupación.

—Voy a luchar —sentenció—. Dadme una espada y no perdamos más tiempo.

El chico fue a protestar, pero fue cortado por Täuniel.

—La princesa ha tomado su decisión. Necesitaremos todas las fuerzas de que dispongamos. Y si hay que morir, que sea espada en mano.

—¡Adelante! Y no os separéis.

El cielo comenzó a oscurecerse. Una nubes negras ocultaron los primeros rayos de sol y amenazaron con tormenta. La compañía se adentro en la floresta, dejando atrás a Púnikig que continuaba con su cántico, danzando alrededor del gólem que se afanaba por aplastarlo. Siguieron el sonido de las broncas voces de los centauros, que parecían ganar terreno a sus enemigos. Täuniel echó mano a su costado y cogió un cuerno. Sopló tan fuerte como se lo permitió el aire que tenía en los pulmones, siendo respondido casi al instante.

—Por allí —señaló a un punto indefinido del interior del bosque —. Vigilad los árboles y disparad vuestras flechas si veis que algo se

mueve en ellos. Mi señora —se dirigió a Iyúnel—, ¿os encontráis bien?

—Sí, estoy preparada —mintió.

—Coged la espada que hay a la derecha. Es liviana pero no por eso es menos mortífera. Y, si me hacéis el favor, desmontad. Soy diestro con el arco cabalgando y eso nos vendrá bien.

No había terminado de poner el pie en el suelo, cuando Íniel ya estaba a su lado. Una fiel escudera que le había causado un buen disgusto.

—Si salimos de esta con vida —le susurró Iyúnel mientras caminaba sigilosamente—, tú y yo hablaremos de lo sucedido.

La pelirroja no dijo nada, ni siquiera se dignó a asentir. Parecía concentrada, buscando con la mirada entre las copas de los árboles con el arco presto.

Se escuchó una furiosa cabalgada y tras ella apareció Barugh. El enorme centauro resollaba y bufaba, llevaba una gran lanza en su mano izquierda y una flecha clavada en su hombro derecho. La sangre brillaba en su piel como un rubí sobre una tela negra. Se dirigió en su lengua a Täuniel y, tras mantener una breve conversación, se arrancó la flecha de un solo tirón.

—Se están replegando —les dijo el medio elfo—. Tratan de alcanzar las lindes del bosque.

—Allí es donde está su invocador —añadió convencido Elebrian —. Debemos dar con él antes que ellos.

—Los enanos y los montaraces que sigan a Barugh. Elebrian, Velthen y las ónunim, conmigo. Ubarín quédate en la retaguardia y vigila lo que haga Púnikig. Si algo se torciese, toma, coge mi cuerno y hazlo sonar.

No hubo tiempo para sugerencias o protestas, los dos grupos se separaron siendo engullidos por la espesura. Pese a estar bien rodeada, Iyúnel no pudo evitar sentirse un poco desamparada sin la presencia de los montaraces y de sus amigos enanos, con los que había compartido tanto en tan poco tiempo. ¿O quizá era mucho? Se le hacía lejano aquel momento en el que partió con su pueblo de Onun, dejando el reino al amparo de los invasores únicamente defendido por su hermano. Iyurin… ¿seguiría con vida? Se descubrió agarrando con fuerza la espada que le había prestado el medio elfo, los nudillos blancos de la presión. Mucho mejor así,

cuando cayesen sobre ellos los elfos oscuros que se la encontrasen dispuesta a vengar toda afrenta recibida. En ese momento no había una forma mejor de morir.

Täuniel abría la marcha, seguido por Elebrian y Velthen. Íniel seguía a su vera, ajena a todo el revuelo que había causado. No se escuchaba nada. Ni un solo ruido, salvo sus tenues pisadas. Ni el viento mecer las hojas, ni un solo trino de los pájaros. Y entonces fue cuando lo oyeron. Fue muy leve, casi imperceptible pese al silencio. Un graznido, de halcón. ¡El halcón de Elebrian! Eso fue suficiente para que el elfo se parase en seco y, rápido como el rayo, se echase mano al cinto, de donde desenvainó un puñal que lanzó en dirección a donde le había marcado la rapaz. Las ramas crujieron violentamente, se sacudieron y llovieron hojas. Iyúnel forzó la vista para ver como una sombra saltaba de copa en copa a toda velocidad hasta acabar cayendo al suelo. Aquellos ojos, aquel rostro ceniciento… ¡Un elfo oscuro!.

Sin mediar palabra, sus compañeros, empuñaron las armas y se lanzaron a por él. El varelden, viéndose atrapado, hizo sonar un pequeño cuerno antes de emprender una desesperada huída. Era muy rápido, más que cualquiera de ellos, y no tardaron en perderle de vista.

—¡Maldición! —gritó Velthen— ¡Lo hemos perdido! Alertará a sus compañeros.

—Podemos seguirle —dijo Täuniel—. Mira, aquí; sangre. Elebrian le ha herido.

—Sigamos el rastro de la sangre. ¡A prisa!

Las gotas carmesíes delataban la huída del elfo oscuro, además de que el halcón de Elebrian delataba su posición con el estridente canto. Les guiaba desde los cielos. Pronto el bosque comenzó a abrirse hasta desembocar en un enorme prado, donde varios elfos oscuros los aguardaban. En el centro del prado, otro de ellos permanecía sentado con las piernas cruzadas, los ojos en blanco y las palmas de las manos abiertas y llenas de sangre. El invocador, sin duda. Se había rajado las manos para realizar su siniestro ritual.

Los varelden se dispusieron en media luna, cubriendo así a su compañero que seguía sumido en su trance ajeno a cuantos le rodeaban. Apenas dio tiempo a ver como Täuniel colocaba una flecha en su arco y la disparaba, siendo rechazada por un

movimiento endiabladamente rápido de uno de los elfos oscuros con su espada. La distancia no iba a jugar un punto a su favor, tocaba enfrentarse a la amenaza cuerpo a cuerpo.

El medio elfo fue el primero en lanzarse contra el enemigo, a galope sobre su ciervo, seguido por Velthen y por Elebrian. Íniel lanzó a Iyúnel una mirada fugaz, cuyo significado no alcanzó a entender. ¿Acaso insinuaba que se marchasen? ¿Le estaba pidiendo con los ojos que no se apartase de ella? Cuando la princesa de Onun quiso darse cuenta , ya estaba recorriendo a la carrera la distancia que le separaba de los varelden.

Eran muy rápidos; Elebrian y Täuniel conseguían hacerles frente, pero todos los ataques de Velthen eran rechazados como si de los empellones de un niño se tratasen. Su adversario, con una sonrisa burlona dibujada en el ceniciento rostro, jugaba con él, divertido con los vanos intentos del muchacho de acabar con él. Iyúnel ganó velocidad, echó todo su peso sobre su hombro y se lanzó sin dudar sobre el varelden, al cual pilló desprevenido. El empujón hizo que ambos rodasen por el suelo. Iyúnel trató de recomponerse lo más rápido que pudo, pero el elfo oscuro había sido más rápido, más hábil y se dirigía hacia ella. Un grito le hizo darse la vuelta, era Íniel aproximándose a toda velocidad a su espalda, descargando un duro mandoble que su enemigo consiguió bloquear. Ahora era Velthen quien se unía a la lucha, aunando esfuerzos con la escudera ónunim que, momentos antes, le había avergonzado. Ironías de la vida.

Iyúnel advirtió que todos los protectores del invocador estaban enfrascados en sus respectivas luchas, y que éste había quedado desprotegido. Una oportunidad única para librarse de él. Espada en mano, salió corriendo hacia él, pero un poderoso y frío pinchazo en su muslo le hizo trastabillar y caer aparatosamente al suelo de nuevo. La princesa sacudió la cabeza, intentando despejarse y alejar el dolor. Miró a su pierna y le sorprendió ver atravesado un puñal de lado a lado. La sangre comenzaba a brotar. Sintió un mareo que casi le tira de espaldas. Alguno de los elfos oscuros se lo habría lanzado. No era nada, se obligó a pensar, tan solo una mala herida. Se sintió lo bastante valiente como para agarrar el mango de puñal e intentar arrancárselo, pero el dolor le hizo desistir. Trató de ponerse en pie, pero las fuerzas de su pierna herida le fallaron. Se

hubiese ido de bruces al suelo de no haberse apoyado sobre la espada. A su alrededor, todo era confusión, voces y choque de aceros. La cabeza comenzó a darle vueltas, los ojos se le empañaron. ¿Desmayarse? No. No ahora. Se pasó la mano libre por el rostro para despejarse. Cayó en la cuenta de que estaba manchada de sangre y se la habría restregado por la cara, como las pinturas de guerra que lucían sus ancestros cuando marchaban a la batalla. Un pensamiento que le encendió una tenue llama en el ánimo y le espoleó a volver a la carga, arrastrando su pierna herida.

El suelo tembló e hizo que Iyúnel se quedase petrificada. Miró a su espalda, hacia la espesura, y vio los árboles agitarse violentamente seguidos de una sombra informe y un sonido sordo. El gólem. La criatura de tierra hizo aparición en el claro, contorsionándose, retorciéndose incómoda mientras Púnikig, como si de un insecto molesto se tratase, le revoloteaba alrededor. Ahora no solo se limitaba a danzar, también se subía encima del gólem, le golpeaba con su cayado, saltaba de nuevo al suelo… Que estuviese allí solo podía significar una cosa: el invocador lo había llamado. Pese a estar sumido en el trance, debía ser consciente de lo que le rodeaba. Iyúnel se obligó a ignorar a la criatura y renqueó con su pierna herida hacia él, dispuesta a acabar con ellos.

Al caos ya existente se sumó el galope de los centauros. Irrumpieron en el claro detrás del resto de elfos oscuros, los cuales les lanzaban flechas y se movían a toda velocidad. Iyúnel miró de soslayo, no tenía tiempo para entretenerse, pero fue suficiente como para ver que tan solo eran unos pocos centauros los que habían sobrevivido a la emboscada. También distinguió a los montaraces y a los enanos, parapetándose en enormes escudos, sin duda propiedad de la manada. Solo reinaba la confusión, ya no podía distinguir quién llevaba la batuta en la contienda. Volvió a centrarse en su objetivo, únicamente les separaban unos metros. Maldijo por no tener un arco a mano y poder acabar con todo ya. Al menos tenía la espada y fuerza suficiente en el brazo como para matarlo de un golpe certero. Tan solo un poco más cerca… un poco más cerca…

Una nueva sacudida arrancó la espada de la mano de la princesa, haciendo que ésta volviese a perder su inestable equilibrio y cayese de rodillas al suelo. Con la vista nublada, miró de reojo su

mano. Una flecha, una flecha atravesada. Suspiró y no pudo soltar una risa cansada y llena de ironía. Un elfo oscuro con un arco apuntaba hacia ella. Se acabó, todo había terminado allí, de esa manera. Solo lamentó no disponer de más tiempo y fuerzas para llevarse a uno de esos malnacidos con ella al infierno. La cabeza le daba vueltas, estaba a punto de perder el conocimiento. Se esforzó porque no fuese así, puestos a enfrentarse al misterio que es la muerte mejor hacerlo consciente. Trató de enfocar a su oponente y mirarlo a los ojos ambarinos mientras tensaba el arco, dispuesto a poner fin a su vida.

Pero no sucedió. Una enorme sombra se abalanzó sobre el varelden con un profundo gruñido. Rodaron por el suelo. Iyúnel, sin saber bien qué había sucedido, siguió la escena con la mirada. ¡Era uno de los huargos de Täuniel! La bestia abrió la garganta del elfos oscuro entre gritos de dolor y horror. El otro huargo también había hecho presa sobre uno de los enemigos. ¿Y Aullido Blanco? El enorme lobo blanco pasó a toda velocidad a su diestra y se lanzó contra el invocador con las fauces abiertas. Fue lo último que consiguió distinguir Iyúnel, antes de que le abandonasen las fuerzas y fuese presa de la oscuridad.

****

Llovía tierra. Al menos esa fue la sensación que tuvo Velthen cuando Aullido Blanco destrozó la cabeza del invocador con las fauces. El gólem se vino abajo al son de los últimos alaridos del varelden, desplomándose contra el suelo como si de una escultura de arena se tratase. Llovía tierra y el aire se había convertido en polvo. Durante unos segundos no se escucharon más que toses y maldiciones. La irrupción de los huargos y el repentino giro de los acontecimientos los habían paralizado a todos. Y ahora había que sumarle la densa polvareda que se había levantado con la caída de la criatura.

Velthen se cubría media cara con el antebrazo, tratando de dominar el ataque de tos que amenazaba con cortarle la respiración. Jadeaba y le escocían los ojos y la piel a causa de la arenilla que se quedaba pegada al sudor. Tenía la espada en la mano, sujeta como

el que se agarra a un saliente cuando está a punto de despeñarse. Dio unos pasos atrás, mirando hacia todas las direcciones, buscando una salida de aquella bruma de arena, intentando ubicarse en mitad del desorden. Tenía los oídos taponados, pero consiguió distinguir voces de advertencia, el sonido de los cascos de los centauros y el canto del acero contra el acero. Pero no conseguía situarlo. Velthen apretó los dientes, maldijo por lo bajo y rezó para que ninguno de sus compañeros lo confundiese con un enemigo. O viceversa. La atmósfera era irrespirable y no ayudaba a que el joven consiguiese serenarse.

De pronto, sintió como una mano le agarraba con firmeza del hombro. Velthen se giró dispuesto a todo. Vivir, morir, luchar… A esas alturas, poco más se podía hacer. Su brazo se frenó al distinguir a Elebrian. El elfo invidente, el único capaz de ver en mitad de aquella oscuridad.

—Sígueme —le susurró—. Aprovechemos el desconcierto para alejarte de los varelden. Si te capturan perderemos todos.

No tuvo tiempo de replicar, sintió como la mano de hierro del elfo tiraba de él mientras avanzaba de manera firme y decidida. Aunque los ojos le seguían ardiendo y lagrimeando, comenzó a aclararse la vista, el ambiente dejó de ser tan denso y el aire era mucho más respirable. Entre toses y escupitajos llenos de polvo, el bosque volvió a aparecerse ante él. Elebrian seguía andando con paso vivo por un camino que parecía haberse aprendido de memoria. Recorrieron unos metros más antes de detenerse.

—Ahora huye por el bosque hacia el suroeste, en aquella dirección —le dijo—. No te detengas bajo ninguna circunstancia y no pierdas tu espada. No aflojes el paso y no te entretengas salvo que tengas que luchar.

—Pero, ¿y el resto? —protestó—. ¿E Iyúnel?

—El gólem ha caído y superamos a los varelden numéricamente. Se tendrán que retirar y reorganizar si quieren seguir con la caza. No te preocupes, yo me encargaré del grupo y te encontraremos —señaló hacia el cielo cubierto por las copas de los árboles, donde se suponía que merodeaba su halcón—. Confía en mí. No hay tiempo para más. Ahora, ¡vete!

Velthen hizo lo que Elebrian le indicó. Mientras corría, sorteando raíces y ramas, se obligó a creer en sus palabras. A fin de

cuentas, era un elfo ciego que se había recorrido media Tierra Antigua para dar con él y había conseguido sobrevivir por sí solo. Era difícil encontrar a alguien con tantos recursos como Elebrian. Así que siguió corriendo y convenciéndose de que aquello era lo correcto, aunque no conseguía sacarse la imagen de Iyúnel, tirada en el suelo y herida por dos flechas. La rabia le espoleaba a avanzar más deprisa. Si la princesa de Onun estaba muerta, si la hubiesen hecho prisionera… juró por todo lo más sagrado en esta vida y en la siguiente que no descansaría hasta vengarse de los varelden. Un objetivo más que apuntar, junto a los orcos que masacraron su aldea, en su particular libro de los agravios.

No supo si llevaba mucho o poco recorrido, cuando algo le atenazó con fuerza los tobillos, bloqueando por completo su paso y haciendo que cayese de bruces contra el suelo. Un dolor agudo y punzante se instaló en su costado derecho. Debía haberse golpeado en la caída contra una piedra o algo similar. Sin fuerzas y dolorido, se giró patéticamente para mirar qué le retenía. Una cadena con dos pesos a los extremos lo amarraba de los tobillos y le impedía cualquier movimiento. Se escucharon unos pasos, a los que les siguió la inquietante presencia de uno de los elfos oscuros que, sin duda, habría seguido sin problema su torpe rastro.

—Todas estas molestias solo por ti —su voz sonó sibilina y venenosa—. Mi señora quedará complacida con el resultado de la caza.

Velthen intentó reptar desesperado hacia la espada que había perdido en la caída. El dolor de su costado se acentuó y le vació de aire los pulmones. Nuevo acceso de tos y resuellos. El varelden se paró un par de metros delante de él y rebuscó tranquilamente entre sus ropas oscuras. Sacó una cerbatana y una especie de dardo o aguijón. Lo preparó todo con calma, tomó aire y disparó el pequeño proyectil hacia Velthen. No consiguió ni distinguirlo, solo sintió el picotazo en el cuello. A continuación, el cuerpo dejó de responderle: extremidades, cuello, cintura… Era consciente de todo, oía y veía sin dificultad, pero sus músculos estaban sin vida.

—Supongo que ahora mismo tendrás muchas preguntas —le decía en elfo oscuro mientras prepara una cuerda y comenzaba a atarlo—, y todas ellas alrededor de una cuestión: por qué no te he matado. Me temo que yo no tengo todas las respuestas, tan solo que

eres importante para mi reina. Pero, tranquilo, todas tus dudas quedarán despejadas cuando te entregue a ella. Mientras tanto, tú y yo vamos a pasar un tiempo juntos, conociéndonos, disfrutando de la compañía. Si te portas bien, irás amarrado, pero por tu propio pie. Si, por el contrario, decides ser mal chico… bueno, tengo droga como esta para dejarte inmóvil de aquí hasta Undraeth y vuelta. Que te tengas que mear y cagar encima en solo cosa tuya. ¿Lo entiendes? — cogió la cabeza de Velthen, como si fuese un pelele, y la meneó arriba y abajo a modo de asentimiento—. ¡Muy bien! Seguro que seremos grandes amigos.

Algo alertó al varelden. Dejó de atar a Velthen y se irguió como un resorte. Sacó arco y flecha y disparó hacia la espesura. La flecha impactó con algo, pero no convenció al elfo oscuro. Frunció el ceño y volvió a colocar otra. Esta vez aguardó un poco más. Uno de los enormes escudos de los centauros se abría paso entre las ramas, y tras él estaba Ectherien. Su espada en la mano, con la dura mirada clavada en su captor. La saeta silbó y se clavó junto a su compañera en el escudo.

—Nunca subestimes a un montaraz de Árnor —rió el varelden, soltando el arco y desenfundando el acero—. No seréis elfos, pero la gloriosa sangre de los primeros hombres corre por vuestras venas.

—¿Qué le has hecho? —La voz de Ectherien era fría como el invierno.

—¡Nada, de verdad! —ahora lo tenía sujetado de las cuerdas, levantándole la cabeza como si de un perro se tratase—. Planificábamos nuestro común viaje. Nos estábamos conociendo.

—¡Aléjate de él!

—Eso no va a ser posible, montaraz. Nuestro viaje ha de comenzar y no tenemos plaza para uno más.

Dicho esto, el elfo oscuro dejó caer a Velthen como si fuese un fardo. Dio con sus huesos en el suelo, adquiriendo una postura amorfa e incómoda que le impidió ver qué ocurría a continuación. Solo escuchó la danza de las espadas en el aire, el choque de ambas, la hojarasca crujir bajo los pasos de los dos contendientes. Luego una exhalación ahogada, el desplome de un cuerpo y nos pasos que se aproximaban acompañados de una respiración agitada. Vio la punta de la espada teñida de sangre que goteaba y resbalaba perezosa. Una mano le asió con fuerza y lo levantó. Delante de sus

narices apareció el rostro del varelden.

—Ya podemos comenzar nuestro viaje, amigo. Volvemos a ser dos.

LA FURIA DE MEZÓBERRAN

Las tropas de Sártaron habían terminado de desplegarse por el llano de Daroir cuando la ciudad les dio la bienvenida encendiendo su almenara. La señal de auxilio, para comunicar de manera rápida y directa que estaban en algo más que apuros, brillaba con febrilmente en la noche. Las llamas culebreaban ansiosas al compás que marcaban los cuernos y la campana de la ciudad, un grito de ayuda desesperado que esperaba ser escuchado. Pero era demasiado tarde. Sártaron lo sabía, como lo sabían los habitantes de la ciudad.

Disponía de cerca de seis mil hombres, insuficientes en otras circunstancias para tomar cualquier ciudad de Cáladai sin asumir muchos riesgos. Pero esta vez todo era distinto. Cáladai estaba sumida en su propia autodestrucción, concentrada en abrirse sus propias heridas, perezosa para poner remedio a sus males y vulnerable para que cualquiera con malas intenciones profanase sus virtudes. En otros tiempos, no tan lejanos, nadie se hubiese atrevido a marchar sobre cualquiera de sus capitales. ¡Una locura, sin duda! Antes de empezar el asedio, los atacantes se convertirían en masacrados bajo el poder de las fuerzas unidas y coordinadas del antiguo reino de los Onai. Ahora resultaba tan sencillo como untar mantequilla sobre pan caliente. Y Sártaron sonreía. Y lo hacía porque su plan de desestabilizar Cáladai había dado sus frutos. Xeelthow había embotado la débil mente del Regente y ese mezquino hombrecillo llamado Tsártak, que había comprado con una bolsa llena de monedas y promesas por cumplir, había terminado de envenenar a ese enfermo que era el reino. No disponía de demasiados hombres, pero eran los suficientes para hacer que esa primera ciudad se arrodillase ante él. Además, contaba con los refuerzos de los varelden y de Lédesnald, el cual no tardarían en llegar, con los orcos, ogros y krulls.

Las antorchas comenzaron a iluminarse, como un enjambre de luciérnagas, en Daroir. Su muralla defensiva parecía inundada de pequeñas y titilantes lucecillas que parecían indicarles el camino. Se

preparaban para el ataque. Sártaron, de un primer vistazo, no tuvo la sensación de que fuesen tantos como supuso en un inicio. Demasiado fácil. Casi que hubiese preferido encontrarse con una carga de caballería como bienvenida, o tal vez un campo lleno de trincheras y barricadas, quizá un dique que desviase el río Dar y les entorpeciera el paso. Casi se podía decir que los ónunim, siendo un pueblo más limitado en cuanto a efectivos y recursos, habían sido un hueso más duro de roer que el que se les presentaba. ¿Los habría sobrestimado? Lo comprobaría ya mismo.

Bajó de su caballo al tiempo que Arvílcar se le acercaba. El bravo señor de la guerra se había convertido en su hombre de confianza ante la ausencia de Zárrock, con sobrados méritos a sus espaldas como la victoria frente al rey Iyurin en la Mazmorra de Cristal. Estaba claro que Zárrock era su segundo por muchos motivos, no solo los militares, pero en caso de no poder contar con él, como sucedía, mejor tener a su lado a Arvílcar antes que otros, menos avezados en grandes batallas y más inclinados hacia la traición.

—Todos los hombres preparados, mi señor —le informó—. Esperan vuestras órdenes.

Sártaron volvió a mirar a la ciudad y sonrió. Hacía tiempo que no entraba en combate y ya lo echaba de menos. Aquellos tiempos en los que se enfrentaba a clanes enteros en Mezóberran, haciendo que todos mordieran el polvo y sumándolos a su causa, cuando era desafiado a combates singulares por otros señores de la guerra. Siempre salió victorioso. Y hoy no iba a ser diferente, se dijo.

—Parecen nerviosos —dijo, señalando con la cabeza hacia las murallas—. Alegremos sus corazones con algo de música.

—¡Tambores!

La tierra retumbó cuando los músicos los hicieron sonar. Todos acompasados, todos imprimiendo un ritmo frenético que golpeaba en directamente en el pecho, que obligaba a los corazones a bombear desbocados. Las primeras filas comenzaron a chocar sus aceros contra los escudos, acompañando a los tambores. Desde Daroir les dieron la réplica con cuernos. La sinfonía previa a la batalla.

—Terror. La ciudad destila terror —se giró para dirigirse a Árvilcar—. Demostremos que sus temores no son en vano. Adelante.

—¡Avanzad!

Las primeras filas comenzaron a moverse al compás de los tambores, sin dejar de golpear sus escudos. Se movían lenta pero inexorablemente hacia las defensas de Daroir. En lo alto de las murallas, algunas antorchas se movieron. Se estaban preparando para la batalla. La primera andanada de flechas no se hizo de rogar y recorrió el espacio que separaba las huestes de Sártaron de la ciudad a toda velocidad, encontrándose con los escudos de las defensas. Sus hombres aguantaron agazapados tras ellos hasta que llegó una segunda tanda. Se escucharon unas órdenes lejanas y continuaron el avance.

—Que los arqueros tomen posiciones —ordenó.

Arvílcar la replicó y sonaron dos toques de cuerno. Las unidades de arqueros se abrieron paso hasta situarse tras una línea de escudos. Intercalaban sus disparos con protegerse tras ellos cuando recibían respuesta desde Daroir. Las saetas volaban de un lado a otro y los primeros gritos de dolor de los heridos se sumaban al disonante clamor de la guerra. Otra nube de flechas se elevó por encima de los parapetos, hambrientas de la carne de los defensores, algunos de los cuales se precipitaban al vacío lanzando al viento su última voz cargada de agonía.

El cielo comenzó a convertirse en un manto de espesas nubes grises, el aire arreció frío desde el norte y los primeros copos mezclados con lluvia comenzaron a caer. Un mal presagio, pensó Sártaron, sobre todo para los habitantes de Darior. En la lejanía, se escuchó un trueno que resonó en el llano, como queriendo unirse a la gran fiesta de sangre. Fue respondido por un silbido de flechas, no menos copiosas que el aguacero que caía sobre ellos. El terreno comenzaba a embarrarse y el avance del resto de las huestes empezaba a ser más lento.

La muralla era sólida y estaba férreamente defendida. Las máquinas de asedio les hubiesen servido de mucho, pero la tierra rebosaba de agua y se hubiesen hundido bajo su propio peso. No importaba. La determinación de sus hombres era inquebrantable como la roca. Los borses se avalanzaban sobre la parte más baja del muro, mientras que los arjones hostigaban con flechas a los guardias de Daroir. Otros se dividieron del grueso del grupo y empezaron a avanzar hacia las puertas de la ciudad, creando un

pasillo de escudos para facilitar el avance del ariete. Los soldados de la ciudad, al percatarse de la estrategia, redoblaron sus fuerzas en ese punto concreto, intentando abatir al mayor número posible de invasores, tal vez confiando en disuadir a los atacantes de acercarse a la entrada. Pero tanto daba; cuando caía un bárbaro del norte, otro ocupaba su lugar con rapidez y eficacia. Era muy difícil frenar un ataque tan numeroso con tan pocos efectivos como demostraban tener. El ariete llegó por fin a su objetivo, golpeando hasta hacer crujir la madera, impulsado por los fuertes y nudosos brazos de sus guerreros berserkers, que prorrumpían en alaridos y aullidos animalescos cada vez que hacían quejarse a los goznes y vigas. Desde las troneras, cayó una granizada de pedruscos acompañada por una cascada de brea hirviendo. Los gritos de euforia se transformaron en berridos de dolor. Los atacantes vacilaron y se retiraron unos metros, dando una tregua forzada a las puertas.

Sártaron sentía el manto pesado sobre sus hombros. Se había calado con la lluvia y la nieve y ya de poco le servía. Se lo desabrochó y lo dejó caer al barro al tiempo que picaba espuelas sobre su caballo, adelantándose un poco más para disfrutar de la contienda. El viento seguía soplando fuerte, pero jugaba a su favor, haciendo que sus flechas volasen más lejos y las de sus enemigos menos. Las nubes se movían rápidas, pero no se abría ni un solo jirón entre ellas que permitiese ver la luna o las estrellas. Era como si el propio Mezóberran, con sus inclemencias meteorológicas, se hubiese desplazado hasta allí para participar de la batalla, decantando la balanza a su favor. Los caladinos no estaban acostumbrados a combatir en esas condiciones. Ellos sí.

Los ánimos de las huestes del norte crecían de manera exponencial, justo al contrario que los soldados de Daroir, los cuales daban muestras de sentirse superados y faltos de organización. Se habían centrado en defender las puertas y estaban dejando desprotegidos los laterales de la muralla. Fue entonces cuando aprovecharon para arrojar escalas de cuerda por encima de los parapetos. Los defensores, precatándose de ello, trataron de cortarlas, consiguiendo que algunas se viniesen abajo, pero otra llegaba a su destino. Enormes escaleras se elevaron hasta tocar piedra y los primeros guerreros borses comenzaron a subir por ellas.

A los pies de la muralla, los muertos se amontonaban, un ignominioso montículo que no dejaba de aumentar. Pero nada de eso fue capaz de detener el arrojo de los bárbaros, que ya habían alcanzado la cima, obligando a que la lucha continuase cuerpo a cuerpo.

Con la invasión de la ciudad comenzada, las fuerzas de Daroir se volcaron de nuevo en la muralla, volviendo a dejar vulnerables las puertas. El ariete golpeó una vez más bajo las flechas enemigas, pero estas no eran tan abundantes ni peligrosas como hacía un momento. Los arqueros de Sártaron tomaron posiciones y dispersaron la escasa resistencia que tenían. Un golpe más y la madera se astilló, aunque las puertas no parecían dispuestas a ceder. Las habrían apuntalado desde el interior, iba a costar trabajo echarlas abajo. Pero no importaba. Lo más difícil ya se había logrado.

En el adarve de la muralla la lucha se había vuelto más encarnizada. Borses y arjones se iban abriendo paso acero en mano y los soldados de la ciudad no parecían poder contenerlos. El miedo y el caos habían penetrado en la ciudad y ya nadie podría pararlos. Sártaron se acercó un poco más al pasillo creado para el ariete. Su montura trotaba con dificultad por el barro, pero quería ser el primero en atravesar las puertas de la ciudad cuando estas cayesen. Había grietas en la madera, remaches de hierro descolgados, ranuras por donde se asomaban los atrincherados y lanzaban vanas estocadas con lanzas y picas. Malditos necios, no reconocían la muerte cuando esta se les acercaba.

Un golpe más fue todo lo que necesitó el ariete para echar abajo las puertas custodias de la ciudad. Los que las defendían, retrocedieron y se ocultaron tras sus escudos, como si eso les fuese a servir de mucho. Sártaron desenvainó la espada y sujetó con firmeza las riendas del caballo con la mano que le quedaba libre. Iba a hacerlo. Iba a entrar en Daroir como conquistador. Esa misma noche, la enseña de los condes de la ciudad sería pisoteada en el barro, mientras que la suya ondearía triunfante al viento. Ya no notaba el frío viento contra su cara, o la lluvia helada colarse entre los huecos de su armadura. El fuego de la victoria vigorizaba su interior.

De improviso, volvieron los cuernos a resonar en Daroir, pero

esta vez no provenían del interior de la ciudad, ni tampoco de sus huestes. El sonido, que se repetía una y otra vez, venía de retaguardia. Sus ecos resonaron débiles al principio, pero fueron ganando en intensidad, acercándose como un fantasma en mitad de la noche. Sártaron se giró. Todo su ejército se giró y, desde las murallas, se alzaron voces y gritos de algarabía. El telón de lluvia y nieve pareció aclararse, y tras él aparecieron los estandartes de la Guardia del Huargo Blanco y de la casa real de Onun.

UN HALLAZGO AFORTUNADO

Lédesnald volvía a caminar entre humo, destrucción y cadáveres. Casi le costaba avanzar, sorteando los cuerpos sin vida, desmembrados, mutilados y pisoteados por su horda. De tanto en tanto, incluso se entretenía observando las proezas que era capaz de hacer el acero en manos de un orco, un krull y qué decir de un ogro. Arnor había caído, la ciudad secreta de Lagoscuro había caído. Y había sido bajo su espada.

Desde que lanzó todas sus fuerzas contra el último refugio de los montaraces, no había podido quitarse el hormigueo del estómago, como un niño cruel tomando en sus manos un pollito, sabedor de que tiene el poder de decidir si el indefenso animal vivirá o morirá entre sus puños. Él era ese niño y sobraba decir qué decisión había tomado. Había puesto su bota en el cuello de Arnor y había ido apretando poco a poco, disfrutando de su lucha vana, viendo cómo se quedaba sin aire, cómo se apagaba la vida en sus ojos. Y lo había conseguido él. Y no era cuestión de atribuirse más mérito del que tenía, pero lo cierto es que, sin su mando y su capacidad estratégica, aquella numerosa pero caótica horda de diferentes criaturas, jamás hubiese tomado el bosque. Seguramente los montaraces no pensaron en ello. Esperarían un ataque frontal salvaje, como solían hacer este tipo de seres, pero eso no sucedió. Funcionado como un bloque compacto y sin fisuras, cada facción ocupó el lugar que le correspondía en esa batalla. De manera disciplinada, pero sin perder ese punto de imprevisibilidad que los hacía ser tan peligrosos en las distancias cortas. Los krulls se desenvolvían bien en el interior del bosque, tendiendo emboscadas y cayendo sobre el enemigo incapaz de hacer nada ante su fuerza y su rapidez. Los orcos eran fuerza bruta, pero funcionaban bien como bloque y estaban acompañados por las jaurías de huargos, que hostigaban desde todos los flancos, además de ser arqueros capaces. Los ogros eran, con todo, los más disciplinados y se valían de su enorme tamaño y corpulencia para intimidar y avanzar,

abriendo camino al resto de tropas, acompañados además por los gigantes, fuerzas de la naturaleza capaces de soportar cien flechazos y todavía seguir en pie. Acorralados, superados en número y por tantos frentes, los montaraces solo podían hacer dos cosas: retroceder o morir. Y, observando el número de cuerpos desparramados por el bosque, muchos no eligieron bien, o tal vez no les dio tiempo.

Había que reconocer que los montaraces habían demostrado ser valientes. Se notaba que la sangre de los Onai, los herederos del trono de Cáladai, corría por sus venas y les había empujado a resistir hasta el final. Lédesnald tuvo que cruzar la espada con alguno de ellos y resultaron ser adversarios formidables, en especial uno entrado ya en años y que parecía ser su líder. Pese a la edad, consiguió ponerle en aprietos y llegó a herirle el brazo (un rasguño sin importancia, pero más de lo que otro hombre había conseguido). Su técnica era asombrosa y muy depurada, fruto de muchos años de entrenamiento y práctica. Sus golpes, sus arremetidas, sus estocadas y defensas… le provocaba un profundo malestar tener que admitir que le hubiese podido vencer, de no ser por esa flecha perdida y certera que le acertó en el muslo, haciéndole caer sobre sobre la pierna herida y quedando a merced de Lédesnald. Quizá en otras circunstancias se hubiese lanzado sobre su adversario, descompuesto por la ira y el odio, y le hubiese apuñalado en la cara hasta dejarle completamente irreconocible. Pero no fue así. tal vez se estuviese ablandando, pero casi se podría decir que sintió admiración por ese último gran comandante de los Onai, que había demostrado ser un poderoso rival. Le desarmó cortándole la mano, que aún mantenía firme y en alto la espada, y le clavó su acero entre el cuello y la clavícula.

El avance fue imparable, pero también le había costado un gran número de bajas, no las suficientes como para preocuparse, pero sí más de las que él hubiese querido. Los huargos se vieron fuertemente reducidos a la mitad, sin embargo no había caído ni un solo ogro. Tampoco ningún gigante, ni siquiera tuvo que recurrir a sus otras sorpresas que se había reservado, manteniéndolas en retaguardia durante toda la contienda. Y los orcos y krulls muertos… bueno, no dejaban de ser peones fáciles de utilizar y que consideraban caer en batalla como el honor más alto al que podían

aspirar. Bestias estúpidas, pero que le habían servido para doblegar uno de los lugares más importantes de la Tierra Antigua. Le hubiese encantado poder decir que él fue quien aniquiló a la estirpe de los Onai, pero muchos consiguieron huir río Úrnor abajo en embarcaciones, algo que consiguió contrariarle, pero que no empañó el gran logro que había conseguido. Hubiese dado cualquier cosa en ese momento por ver la cara de Sártaron cuando se enterase de que Arnor estaba bajo su control, pero estaba seguro de que jamás volvería a verle. A esas alturas, el Señor del Fin de los Días estaría muy cerca de ser carroña para cuervos, si no lo era ya.

Precisamente, y animado por el pensamiento de un Sártaron derrotado y pisoteado por cientos de cascos de caballos, Lédesnald se animó a lanzar una arenga a sus criaturas. Era innecesaria, por supuesto, pero sentía que era el momento propicio, además de que nadie, sino él, iba a alabar su gran gesta. Señaló lo bravos y aguerridos que habían sido, remarcó el poder del terror que habían sembrado y recalcó que, si habían conseguido conquistar ese territorio, ningún lugar de la Tierra Antigua estaría a salvo de ellos. También gritó a los cuatro vientos, acompañado de los diferentes gruñidos y voces guturales que le respaldaban, que ellos no eran siervos de Sártaron, un guerrero tan sumamente cobarde que prefería que entrasen otros en combate por él, un conquistador que no había conquistado nada por sí mismo. Sabía que estaba exagerando, pero qué más daba. No hacía falta ser sutil para convencer a la horda quién era el verdadero líder. Mientras que Sártaron les pagaba con promesas, él lo hacía con sangre, que era lo que buscaban. El resto llegaba solo.

Lédesnald tuvo que admitir que Lagoscuro le impresionó. Una ciudad sobria, levantada entre árboles y ruinas élficas, tan bien escondida. Casi sintió lástima de haber tenido que reducirla a escombros y, pese a ello, el lugar seguía conservando cierto señorío que parecía haber resistido el embate de su horda. Poco quedaba ya en pie, ni los puentes colgantes ni las bajas casas de madera, los estandartes de la antigua casa de los reyes de Cáladai yacían medio quemados y desgarrados por el barro, lo único que parecía seguir desafiando la invasión era un gran árbol hueco, con un acceso para entrar en su interior, en cuyo dintel había tallada la cabeza de un lobo. La bestia parecía aullar, guardando amenazante el interior del

gigantesco tronco hueco. Lédesnald escupió al suelo antes de girarse y seguir investigando.

Sus pasos lo guiaron hasta las faldas del Ered Durak, donde bosque y montaña se fundían. Había pasos y caminos, seguramente trazados por los propios montaraces o los enanos que habitaban bajo la roca. Lédesnald intuyó una buena relación comercial y de aprovisionamiento entre las dos civilizaciones. Apuntó mentalmente que debía apostar centinelas en aquellos pasos, por evitar sorpresas desagradables antes de abandonar aquel lugar y continuar con su avance. Y entonces lo vio. De lejos tan solo parecía una gruta abierta hacia el interior de la montaña, demasiado pequeña como para reparar en ella. Maldijo entre dientes mientras se acercaba, desenvainando su espada y esperando encontrar a alguien allí guarecido. Pero cuando se acercó a la grieta, supo que no era una simple cueva. Había runas élficas grabadas en el umbral, rodeando toda la abertura en la roca. No sabía lo que ponía, pero no le dio buena espina. Se asomó con cautela, con pie echado hacia atrás, pero no distinguió nada más que oscuridad. Las fauces de la montaña dejaban escapar su hálito frío y húmedo de su interior, golpeando en la cara de Lédesnald. Parecía profunda y eso le extrañó. ¿Por qué los montaraces no usaron esa caverna para huir o refugiarse? ¿Por qué huir por el río? ¿Por qué morir?

—¡Espero que no haya nadie! —vociferó dentro de la cueva—. ¡No estoy para tonterías!

La voz murió con la última palabra pronunciada. No hubo eco ni reverberación, y la cavidad era lo suficientemente amplia como para haber convertido la voz de Lédesnald en un trueno. Se alejó unos pasos, desconfiado y con el vello erizado.

—¡Arjón! —Lédesnald no pudo evitar un sobresalto cuando la voz gutural de un orco le hizo regresar de sus conjeturas—. Shárkbad te busca. Tiene algo que puede interesarte.

Siguió al orco, sin dejar de mirar atrás hacia la cueva, intentando controlar la turbación y la desconfianza que le había generado ese lugar.

Justo en el claro donde se alzaba el gran árbol hueco, le esperaba el líder de los orcos. Sobre los restos de la mesa central, había depositado un paquete de tela basta, informe y abultado. Shárkbad hizo un gesto con la mano al orco que lo había llevado

hasta a él, para que los dejara solos. Lédesnald arqueó una ceja y se acercó a la mesa sin dejar de mirar el bulto.

—¿Es botín de guerra o un presente? —preguntó receloso.

—Responde tú mismo. —La mano oscura y poderosa de Shárkbad agarró la tela y tiró hacia atrás, dejando ver dos esferas perfectamente pulidas y brillantes de lo que parecía ser piedra negra, tal vez obsidiana—. Mis muchachos las han encontrado tiradas entre los cadáveres. He creído que tal vez te interesasen.

Lédesnald frunció el ceño y se acercó un poco más a las esferas para examinarlas. Su superficie reflectaba como si de un espejo se tratase y en su interior parecía refulgir una llama. Resultaba tan atrayente, tan hermoso, que era imposible resistirse a tocarlas. Alargó una mano para tomar una de ellas, pero la retiró de inmediato cuando las yemas de sus dedos estaban a punto de tocarla. Lédesnald sintió una vibración, como un calambre que le subió desde los dedos hasta el hombro. Sobresaltado, se retiró. Sharkbad, desconcertado, hizo lo mismo de manera instintiva.

—No puede ser… —balbuceó con los ojos muy abierto—. Es completamente imposible.

Shárkbad ladeó la cabeza y gruñó desconfiado.

—¿Qué es esto?

—Son piedras —contestó con la mirada clavada en las esferas—. Son Piedras de Ilethriel. ¡Dos malditas Piedras de Ilethriel!

El orco retrocedió espantado.

—¡Brujería élfica! —mugió—. Deberíamos deshacernos de ellas. Arrojarlas al río y no acercarnos jamás.

—¡No! —La voz de Lédesnald salió más alterada de lo que él pretendía en realidad. Intentó recomponerse y fingir normalidad—. No, mejor no hacer eso. Yo las conservaré, como parte del botín de guerra. Estoy seguro que tendrán un gran valor para alguien que sea capaz de… de admirar su belleza.

—¡Son objetos malditos! ¡Los elfos lanzaron sus maldiciones sobre ellas!

—Aun así, me arriesgaré. No soy supersticioso. ¿Ves? Ya he echado el trapo por encima de ellas. ¡No ha sucedido nada! Tranquilízate, Shárkbad. Es mejor que tu gente no te vea tan alterado, no queremos dar muestras de debilidad, ¿verdad? Haremos lo siguiente: yo me quedaré con las piedras y las ocultaré

a los ojos de los demás, ¿de acuerdo? Y no se lo mencionaremos al resto de la horda. No hay de necesidad de sobresaltar a nadie por dos piedras élfica. Vamos, acércate. Todo está bien.

Shárkbad comenzó a acercarse reticente justo cuando aparecían por el claro el krull Izhkad y el ogro Rakg. Ambos intercambiaron miradas al presenciar esa escena.

—¿Sucede algo? —preguntó con voz cavernosa el ogro.

Lédesnald clavó sus ojos claros y fríos como el acero en Shárkbad. Solo esperaba que la reacción del supersticioso orco no echase todo por la borda.

—Todo bien —farfulló, lanzando una mirada fugaz al paquete de las piedras.

—Ha llegado un cuervo con tu nombre, norteño —Rakg metió su enorme mano en el sucio y ajado zurrón que le colgaba de la oronda panza y sacó un pergamino—. Está lacrado.

Lédesnald lo tomó y examinó. Era el sello de Mathrenduil, estaba seguro. Rompió el lacre y leyó por encima. En efecto, era del rey varelden.

—Parece ser que Sártaron ha decidido moverse por fin —les avanzó a sus caudillos—. Se dirige hacia Daroir para poner sitio a la ciudad y tomarla.

—¡A buenas horas! —ladró el ogro.

—Requiere nuestra presencia para llevar a cabo esta empresa sin sobresaltos, reagrupándonos con el resto del ejército para continuar el avance.

—¡O para volver a separarnos! —añadió Shárkbad.

—¡O para privarnos de la acción de nuevo!

—Está claro que le hemos hecho el trabajo sucio en más de una ocasión —apuntó Lédesnald, echando más leña al fuego—. Supongo que querrá que volvamos a hacerlo, exponiendo nuestras vidas para él limitarse a recoger los frutos que nosotros hemos cosechado.

—¡Repugnante bárbaro norteño! —Rakg dio un puñetazo en la mesa que casi la tira abajo. El paquete con las piedras dio un pequeño salto y amenazó con caerse. Afortunadamente, Lédesnald estuvo rápido para sujetar el trapo y evitar que rodasen por el suelo.

—Ya sabéis que yo estoy de vuestro lado —Lédesnald se encogió de hombros—. No hemos librado una batalla que no haya estado previamente medida y meditada. Nunca os expondría de manera

tan directa, aunque eso perjudicase a mi pueblo —casi se atraganta con la mentira.

—Tu pueblo es mierda de troll —escupió Izhkad—, pero tú has demostrado estar por encima de ellos. Para los krulls, tú eres el verdadero conquistador. Mi rebaño solo marchará con Sártaron si Lédesnald lo hace.

—Han sido muchas lunas las que hemos acompañado al gran caudillo arjón sin más acción que la de limpiar los restos de comida de nuestros dientes —intervino Rakg—. En solo unas jornadas, contigo hemos matado y destruido una ciudad entera. Te seguiremos solo a ti.

Shárkbad guardó silencio. Sus mezquinos y crueles ojos volvieron a buscar el bulto con las piedras.

—¿Shárkbad? —le llamó la atención, cruzando los dedos porque diese la respuesta correcta—. Quedas tú por opinar.

El líder orco parecía ansioso. Por un momento, Lédesnald pensó que todo su trabajo iba a venirse abajo por aquel repugnante ser. Solo la certeza de morir allí mismo despedazado si lo hiciese, frenó el que le cercenase la cabeza con su espada. Pero, al instante, pareció relajarse.

—Estamos contigo.

Lédesnald reprimió un suspiro de alivio.

—Entonces está todo dicho. Los elfos oscuros tampoco parecen dispuestos a someterse a las órdenes de Sártaron, por lo que estará solo. Si es capaz de tomar Daroir, una ciudad menor y sin apenas fuerzas que la defiendan, yo mismo reconoceré su valor y reivindicaré su posición como caudillo de todo el norte. Pero si cae… no habrá demostrado más que lo que parece evidente: su debilidad. Que demuestre la fuerza de la que tanto alardea o muera. Líderes tan poderosos como vosotros no merecen acompañar a alguien que no esté a vuestra altura.

Los tres seres gruñeron a modo de risas y asentimiento. Convencerlos había resultado más fácil de lo que Lédesnald pensaba. Pero sus pensamientos no giraban alrededor de eso. Solo parecían centrados en las dos Piedras de Ilethriel que, ocultas bajo un mugroso trapo, esperaban quedarse a solas con Lédesnald y ser examinadas.

ESPADAS QUEBRADAS

—Os dábamos por muerto —fueron las palabras que logró articular el conde Lúdebrand al rey Iyurin, cuando él y su grupo de supervivientes ónunim aparecieron por el camino de montaña.

Nada hacía presagiar que ese milagro pudiese acontecer y, sin embargo, ahí estaban. Cansados, heridos, sucios y desolados. Pero ahí estaban. De un tiempo a esa parte, todas las noticias que venían de Onun eran desoladoras. El rey Haoyu había muerto en manos del enemigo y todo el mundo pensaba lo mismo de sus hijos, desaparecidos antes de que el reino cayese. De Iyúnel poco se sabía, y aquello era una mala señal, mientras que la información de Iyurin era confusa. Se sabía que se había retirado a la Mazmorra de Cristal para comandar desde allí la última defensa de Onun, pero la fortaleza había caído, Ánquok había caído, hasta la Muralla había caído. Era imposible presagiar que el nuevo rey hubiese sobrevivido. Y pese a todo, ahí estaba.

Los ónunim no se mostraron al principio muy conversadores. ¡Quién podría serlo tras todas las inclemencias que debían haber sufrido! De modo que Lúdebrand, Morthorn y Thódred comenzaron a relatar cuál había sido su aventura, tan solo para crear un clima de confianza y que finalmente se abriesen a ellos. Les relataron la persecución de los krulls, el asedio a la Muralla, el ataque del elfo oscuro que montaba un dragón, su desesperado intento de contraatacar para conseguir huir… Lúdebrand, que fue uno de los más participativos en aquella charla, se mareaba al rememorar todo lo acontecido en tan poco tiempo. Avatares del destino cargados de pesares y esperanzas que inclinaban caprichosamente la balanza a un lado u otro, según el momento.

—Uno de mis hombres dio su vida por mí —comenzó a narrar Iyurin, una vez terminaron ellos, y reconfortado por el calor de una hoguera y una comida caliente—. Y no es una forma de hablar. Literalmente, se entregó a los bárbaros del norte a cambio de perdonarnos la vida. Sabíamos que todo era una treta, que no se podía confiar en la palabra de un sanguinario señor de la guerra invasor. Lo hizo para que ganásemos tiempo, depositando todas sus

esperanzas en mí, en su rey. Conservar un baluarte para nuestro pueblo, para que se alzase en armas y revirtiera la situación. Y mirad para lo que hemos quedado. Por esto entregó su vida.

—La entregó por una esperanza, mi señor —trató de consolarlo Lúdebrand—. Y mientras esta siga vida, por pequeña y menguante que sea, su sacrificio no habrá sido en vano.

Si aquellas palabras sirvieron de consuelo al joven rey, no lo demostró. Su rostro ceñudo y su mirada cansada eran más propias de un anciano que de un joven de su edad. ¿Por cuántas calamidades habría tenido que pasar? Iyurin también les contó cómo habían escapado de la Mazmorra de Cristal a través de las grutas y cavernas, cómo accedieron al exterior y cómo recorrieron el tortuoso camino de pastoreo de las montañas hasta encontrarse con ellos. El viento, la lluvia, el frío y la nieve habían sido molestos compañeros de viaje, arrancando de su grupo, según confesó, la vida de un par de hombres.

—Creíamos que no lo lograríamos —admitió el rey, con la mirada febril fija en el fuego—. Creíamos que moriríamos todos.

Lúdebrand trató de imaginar por un momento lo que habría sido para aquellos hombres cruzar las montañas en semejantes condiciones. Estaba claro que los ónunim eran duros de matar, y si la montaña no había conseguido poco lo lograría.

Los Guardianes del Huargo Blanco los aprovisionaron con mantas y pieles secas, las pocas que habían podido rescatar tras la batalla en la Muralla. Compartieron sus provisiones y pusieron a su disposición sus caballos. También revisaron sus armas y les cambiaron aquellas que estaban desgastadas u oxidadas por otras más decentes. Entre todos formaban un nutrido y pintoresco grupo, no lo suficientemente amedrentador como un ejército, pero sí como para plantar cara a cualquier adversidad que pudieran encontrarse en el camino. Lúdebrand imploró al destino en silencio que no fuese así.

—Nosotros marchamos hacia Daroir, mi ciudad —le informó el conde—. Os invito a que os unáis a nosotros. Además, y casi se me olvida, debéis saber, mi señor, allí os esperan bastantes de los vuestros.

Iyurin arqueó una ceja antes de que el rostro se le iluminase.

—¡Los exiliados de Ánquok! —exclamó—. ¡Iyúnel lo logró!

Lúdebrand arrugó la frente y miró a la punta de sus botas. Carraspeó.

—Lamento deciros que, aunque muchos de los vuestros están a salvo en mi ciudad, la princesa no se halla entre ellos.

El rostro del rey volvió a ensombrecerse.

—¿Mi hermana no está allí? —La voz le temblaba.

—Fue emboscada, mi señor —intervino Thódred—. Ignoramos si fue muerta o capturada, tan solo sabemos que sufrieron un ataque. Intentamos auxiliarles, pero llegamos tarde. Lamento tener que daros esta aciaga noticia.

—Mi hermana… Iyúnel… —Los ojos se le enrojecieron y se tornaron vidriosos.

—Mi señor —volvió a hablar Lúdebrand—, sé que en estos momentos correrá helada la sangre por vuestras venas, pero no dejéis que se congele. Sois el rey de Onun y vuestro pueblo os necesita y os espera en Daroir. Encerrad el dolor en el sótano de vuestro corazón y saquémoslo más adelante, cuando llegue el momento de cruzar las espadas con quien tanto daño nos ha infligido, y que sirva de leña para alimentar el fuego de vuestra ira. Pero, hasta entonces, os ruego que nos acompañéis a Daroir y seáis la luz que busca vuestro pueblo en estos momentos de oscuridad.

Así pues, los ónunim se unieron a la marcha de Lúdebrand y los guardianes rumbo a su ciudad. Y no fue nada agradable ni cómodo. Los ánimos estaban por los suelos y se añadían al peso del cansancio y las tribulaciones. Nadie decía una palabra, salvo cuando tocaba parar para comer o acampar, y tampoco parecía que hubiese muchas ganas de establecer conversaciones incidentales. Tampoco es que hubiese mucho más de lo que hablar, y lo realmente importante estaba ya dicho. De modo que Lúdebrand se rindió a lo que parecía cómodo para los demás y decidió no hacer más esfuerzos al respecto.

Como era de esperar, el paso se ralentizó. Lúdebrand manifestó que ganarían tiempo abandonando las montañas y saliendo al llano, pero el comandante Thódred no estaba por la labor. No quería arriesgarse a encontrarse con alguna fracción del ejército enemigo cara a cara, o incluso con el grueso del mismo, lo cual era peor. La montaña les ofrecía cobijo y protección, los ojos hostiles no los encontrarían.

—No queremos llegar antes a vuestra ciudad —le dijo cuando le planteó la alternativa—. Queremos llegar vivos.

Al tercer día de marcha, se desató una fuerte tormenta de viento y granizo. El avance pasó de ser tortuoso a imposible y se vieron obligados a buscar refugio. Afortunadamente, tanto los ónunim como los guardianes eran gentes que conocían bien las Cumbres Infinitas, y lograron dar con enormes cuevas que les permitieron establecer allí el campamento, refugiando a bestias, y esperando a que pasase el temporal. El granizo cesó, dejando paso a la nieve que comenzó a caer copiosamente justo cuando el sol se escondía tras las montañas. Al amanecer no había dejado de nevar y la capa blanca que ocultaba el suelo comenzaba a crecer a un ritmo endiablado. Tanto era que Lúdebrand temió quedarse allí aislado, emparedado vivo en la cueva bajo un telón de nieve. Afortunadamente, no fue así, pero no amainó hasta el siguiente día. El camino estaba completamente impracticable para los carros, de modo que Thódred y Morthorn organizaron grupos para intentar abrir paso y que pudieran retomar su marcha. Habían perdido tres días de viaje desde que la tormenta les sorprendiese. Tres día que podían haber marcado la diferencia entre ellos y los bárbaros del norte. Y todo ello sin contar con el tiempo que emplearían hasta llegar a Daroir. Lúdebrand resopló y cruzó los dedos para que no fuese demasiado tarde.

Aunque tuvieron que bajar el ritmo, al menos marchaban. La pasada tormenta había jugado en su contra, pero volvían a estar en el camino. Thódred, quizá percibiendo la preocupación del conde, decidió enviar exploradores para que se adelantasen y los informasen en caso de ver algo inusual. El rey Iyurin quiso que algunos de sus hombres se les unieran, pero el viejo comandante rechazó la ayuda cortésmente. Un grupo reducido avanzaría más deprisa que un pequeño contingente. Y los ónunim no parecían haber sanado sus heridas todavía. Así pues, Arthan lideró el grupo de tres que se adelantó al resto del tropel. Mientras se alejaban y desaparecían entre la bruma, Lúdebrand no pudo evitar que el corazón se le encogiese, como si ya jamás fuese a volver a verlos. Un pensamiento tan lóbrego como el día que les acompañaba. El cielo no se alcanzaba a ver cubierto por completo con una túnica de espesas nubes grises, ni siquiera los rayos de sol conseguían

atravesar aquella mortaja. El viento del norte arreciaba y su caricia en las mejillas era como si cientos de pequeñas agujas se clavasen. Pero nadie se quejaba. Los rostros permanecían serios, hoscos, pero nadie decía una palabra. Marchaban, cada vez un poco más cerca de su objetivo. ¿Cuánto faltaría para llegar? ¿Un día? ¿Tal vez dos? Lúdebrand deseó ser Mothorn o Thódred para conocer la respuesta. Al menos eso le animaría o hundiría, pero no tendría que seguir conviviendo con aquella incertidumbre. Y tampoco es que los ánimos propiciasen el momento de incurrir en preguntas. Parecería un niño pequeño, quejándose del viaje y preguntando a menudo cuánto falta para llegar. Ya había demostrado ser un guerrero atroz y un nefasto explorador, no hacía falta seguir añadiendo méritos a su hatillo.

Al día siguiente, los exploradores regresaron y, por sus caras, no con buenas noticias. Thódred y Morthorn se adelantaron para salir a su encuentro, intercambiaron unas breves palabras con Arthan y regresaron con el resto con gestos contrariados. Iyurin bajó de su caballo y Lúdebrand le imitó, obligándose a albergar una mínima esperanza de que no fuesen portadores de malas nuevas.

—Hemos divisado una gran hueste de bárbaros cruzando el río Dar —informó Arthan—. Nos llevarán un día de camino, al menos. Se dirigen en dirección a Daroir.

Lúdebrand se agarró inconscientemente al brazo de Iyurin. Se había mareado y temía caerse al redondo al suelo. El rey de Onun se limitó a mirarle, frío y tenso como la cuerda de un arco.

—¿Cuántos son? —alcanzó a preguntar el conde.

—Cinco mil. Tal vez más.

¡Cinco mil! Ni siquiera refugiándose tras los muros de la ciudad podrían soportar un ataque como ese.

—Si apretamos el paso —dijo Morthorn, viendo la cara funesta que se le había quedado a Lúdebrand tras la noticia—, podremos recortarles al menos media jornada.

—¿Recortar? —se extrañó Thódred, frunciendo el ceño—. ¿Qué es lo que pretendes hacer? ¿Atacar a semejante ejército?

—Les cogeríamos por sorpresa y por la retaguardia.

—¡Son más de cinco mil bárbaros del norte, Morthorn! Has perdido el juicio.

—Yo estoy con él —afirmó sin titubeos Iyurin, pillando de

improvisto a los presentes—. ¿Disponéis de efectivos para defender la ciudad, conde Lúdebrand?

—Sí, pero temo que no será suficientes como para resistir.

—Pero tal vez sí lo suficiente como para menguar su número hasta que lleguemos nosotros y carguemos desde atrás. El capitán Morthorn tiene razón: no nos esperaríamos y les golpearíamos donde más desprotegidos estarán. Una vez atravesemos sus filas y sembramos el caos en ellas, tendremos una posibilidad.

—Una posibilidad remota —gruñó Thódred.

—Mejor eso a no tener nada.

—¿Qué decís vos, conde Lúdebrand? —le preguntó Morthorn—. ¿Resistirá Daroir?

Lúdebrand se frotó los ojos y se rascó la cabeza. Aquel plan era un suicidio, pero al menos tenían un plan. Dudaba de que su ciudad resistiese hasta que ellos llegasen, incluso temía hacerlo y encontrarse su hogar ocupado e invadido. Pero era lo único a lo que podía aferrarse.

—Resistirán —afirmó haciendo que su voz sonase lo más creíble posible.

Desde ese día, iniciaron una carrera con el tiempo como rival. Todos acordaron que, puesto que entrarían en combate en cuanto dieran alcance al enemigo, hombre y bestia debían estar lo más descansados posible o podrían echarlo a perder. Y, aunque aumentaron el ritmo de la marcha y las paradas para descansar se redujeron casi a la mitad, a Lúdebrand le parecía que iban muy lentos. Cada hora transcurría larga como una era en la tierra y por las noches tardaba en poder conciliar el sueño. Ya no sentía frío, ni cansancio, ni dolor en su cuerpo por culpa de todos los avatares vividos. Solo le invadía la prisa, la urgencia. Quería llegar a Daroir, a su hogar, avisar a los suyos del inminente peligro que se aproximaba. Quería luchar y morir a su lado. Pero con quererlo no bastaba, y volvía a amanecer rodeado de aquellos rudos hombres, en mitad de las montañas y con todavía mucho camino que recorrer.

—Cualquier daño que inflijan a los vuestros, se lo haremos pagar multiplicado por tres —le dijo Iyurin durante una de las jornadas. El joven rey de Onun debió verlo turbado y trató de infundirle un poco de coraje. Lúdebrand le respondió cortésmente con una sonrisa

y un asentimiento con la cabeza. No hacía falta ofender a las buenas intenciones, por muy vanas que estas resultasen.

Por fin llegó el último tramo del viaje, el cual resultó ser el más duro por la ansiedad y la agonía de llegar a la ciudad. Lúdebrand mantenía los dedos cruzados a medida que se aproximaban a su destino, implorando a los cielos haber llegado a tiempo, incluso haber adelantado al enemigo, aunque aquello pareciese bastante improbable. Y fueron los exploradores, que Thódred había mandado como avanzadilla, los que desmontaron cualquier tipo de esperanza: el ejército de bárbaros había llegado a Daroir y el ataque había comenzado.

El grupo apretó el paso un poco más, saliendo de las montañas a campo abierto para ser más rápidos. Llovía y nevaba a la vez, una cortina que les envolvía en la noche. Pronto les llegó el rumor de la batalla, que se iba incrementando a medida que se acercaban. Cada vez más, y más, y más… Las primeras antorchas se desvelaron ante ellos, lo suficientemente cerca para verlos, lo suficientemente lejos como para no ser descubiertos. Buena señal, el factor sorpresa no lo habían perdido. Continuaron acercándose, ya todos con las armas prestas y concienciados con lo que sucedería en breve. La escena se fue formando cada vez más nítida y, por desgracia, cada vez más desesperanzadora. La ciudad estaba siendo tomada. Lúdebrand se descubrió a sí mismo llorando, sin haberse percatado de estar haciéndolo. Lágrimas de impotencia, de rabia, de dolor. Se le habían saltado al contemplar el dantesco espectáculo que suponía ver Daroir hincando la rodilla ante el invasor. Habían conseguido acceder a la muralla mediante escalas y las puertas de la ciudad estaban a punto de caer.

—¡Atentos! ¡En formación! —comenzó a ordenar Thódred a sus hombres—. ¡Jinetes al frente de la columna!

—¡Arqueros al flanco izquierdo! —bramó Iyurin sobre su caballo —. ¡Picas y escudos cubriéndolos! ¡Concentrad las flechas sobre su caballería! ¡Que reine el desconcierto entre sus filas! ¡Conmigo, hijos de Onun! Hoy vengaremos las muertes y los agravios recibidos. ¡Las espadas se teñirán de rojo y romperemos el silencio de la noche con los gritos del enemigo! ¡Conmigo, por Onun!

—¡Por Onun! —respondieron los suyos.

—¡Guardia del Huargo Blanco! ¡Sin retroceso! ¡Sin piedad! —

gritaba Thódred—. ¡Cuernos!

Morthorn fue el primero en soplar con fuerza su cuerno. Luego le siguieron otros hasta que consiguieron acallar los mismos sonidos de la batalla. Los bárbaros parecían desconcertados.

—¡Por Daroir! —chilló Lúdebrand fuera de sí, como poseído por algún espíritu de la guerra hambriento de carne y sangre.

—¡Arqueros, soltad! —a la orden de Iyurin, una andanada de flechas cayó sobre la caballería enemiga. Se desplomaron hombres y bestias por igual—. ¡Soltad! —otra nueva lluvia de saetas siguió inmediatamente a la primera con idéntico resultado—. ¡Soltad!

—¡Jinetes, atravesad sus filas! ¡Poned a salvo la ciudad!

Los cascos de los caballos comenzaron a resonar en la tierra, cobrando intensidad a cada metro que ganaban. Un ronco rugido que se aproximaba inexorable sobre aquellos que habían osado poner en jaque los reinos libres de los hombres. Cada vez más cerca de los portadores de la desdicha, guardianes y ónunim. Todos juntos, todos unidos. Y Lúdebrand cabalgaba con ellos.

****

—¡Picas al frente! —tronó Sártaron desde las puertas de Daroir —. ¡Picas al frente!

Pero ni su voz fue escuchada ni hubo tiempo de reacción. Los jinetes enemigos chocaron con violencia contra su retaguardia, destrozando sus defensas, pisoteando bajo sus cascos a todo aquello que se les interpusiera. Lanzó una mirada rápida a su caballería, pero estos estaban siendo hostigados por numerosas flechas que atravesaban la cortina de lluvia y nieve que ya parecía amainar. Observó desconcertado cómo sus filas se rompían e incurrían en el desorden, el peor de los rivales. Algunos intentaban plantar cara a los jinetes y acababan siendo pasto para los cuervos, víctimas del poder de los caballos o de la destreza con las armas de quienes los montaban. Hubo decapitaciones, mutilaciones, empalamientos… y por más que los cuernos sonasen llamando a replegarse, nadie les prestaba atención. Era lo que sucedía cuando uno toma consciencia de lo valiosa y delicada que es la vida cuando se ve amenazada.

La mirada de Sártaron iba del interior de Daroir al campo de batalla. Un cobarde, que optase por lo sensato, hubiese creído

seguro penetrar en Daroir y atrincherarse en ella. Pero, ¿encerrarse dentro de una ciudad repleta de enemigos? Por muy duro que hubiese sido el golpe ocasionado a la ciudad, no iban a tirar la toalla tan rápido. Era imposible tomarla y defenderla, tanto de los de dentro como de los de fuera. Solo quedaba una opción: luchar. Tiró de las riendas e hizo girar a su caballo con desenvoltura, luego ordenó a sus hombres:

—Olvidaos de la ciudad. Cargad contra las huestes de apoyo.

A continuación, picó espuelas y se lanzó en acometida seguido de una decena de guerreros a pie, los cuales dejó atrás en cuestión de segundos. El contingente enemigo también había entrado en combate cuerpo a cuerpo, amparados por el caos sembrado por los jinetes, que seguían causando estragos entre sus huestes. A medida que se aproximaba a la batalla, observó que no solo de guardianes de la muralla se componía la amenaza, sino que también había ónunim. ¡Los malditos que había escapado de la Mazmorra de Cristal, seguro! Les habían burlado y habían estado paseando delante de sus narices sin que nadie los detectase. La ira hacía que las sienes le latiesen a cada bombeo de su corazón. La respiración se agitaba y formaba espesas nubes de vaho delante de su cara.

Con un atronador grito, golpeó con su espada a uno de los jinetes, un guardián que perdió el equilibrio y cayó de manera aparatosa contra el suelo embarrado. Hizo girar a su caballo y ahora focalizó toda su ira en un ónunim que portaba un hacha. El desgraciado no tuvo tiempo de reaccionar al mandoble que Sártaron le propinó, separándole el hombro del cuello. La sangre brotó a chorro y salpicó su yelmo. De pronto, su montura se encabritó, a causa de unos soldados que le lanzaban estocadas con picas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no caerse y someter al caballo, pero cada vez le rodeaban más hombres con lanzas. Echó mano al cinto y desenfundó una daga, la cual arrojó contra uno de sus oponentes, acertándole en la garganta y viendo cómo se desplomaba y agonizaba ahogado en su propia sangre. Sus compañeros vacilaron y dieron un paso atrás, lo cual aprovechó Sártaron para acometer y salir del cerco que se estaba formando en torno a él.

Buscó con la mirada la ciudad. Lo que había sido una toma sencilla y rápida, ahora se tornaba una matanza. Los defensores,

con ánimos renovados tras la llegada de los guardianes y los ónunim, estaban cargando contra los que habían conseguido acceder a ella. Sin el apoyo del resto del ejército, estaban desamparados y sus esfuerzos por someter la ciudad habían quedado en una simple y vana intentona. Los veía salir despavoridos por las puertas, algunos incluso se despeñaban muralla abajo, tratando de escapar de las fuerzas de la ciudad, los cuales les estaban dando caza como a ratas. La batalla había dado un giro radical, pero todavía había esperanzas. Mathrenduil y Lédesnald. ¿Dónde se habían metido? Como tardasen un poco más, no quedaría nada de ellos.

Sártaron sintió un aguijonazo en la pierna izquierda, a la vez que su montura volvía a encabritarse, esta vez con violencia y desesperación. Intentó sujetarse a las bridas, pero no pudo y dio con todo su peso contra el suelo. Aturdido, trazó arcos con la espada, como si estuviese espantando una amenaza aún no desvelada. Arrojó el yelmo al suelo, lanzando bocanadas al aire, y trató de ponerse en pie. Un pinchazo le hizo acordarse de su pierna izquierda. Tenía la punta de una lanza quebrada clavada. No se lo pensó mucho más, agarró del hasta y tiró con fuerza. El dolor le descargó una sacudida que casi le hace soltar la espada. A través del cuero y del metal comenzó a brotar la sangre. Cada paso que daba era duro y doloroso, pero quedarse quieto podía significar la muerte. ¿Dónde estaban los refuerzos?

En mitad de aquella vorágine de acero y sangre, cruzó la espada con todo aquel que le salía al paso, dejando tras de sí cadáveres. ¡Era el Señor del Fin de los Días! No iba a caer como un simple mercenario al servicio de intereses ajenos. Lanzaba violentos tajos contra sus oponentes mientras rompía su garganta con gritos de rabia. Ya no pensaba en reagrupar a sus hombres, tan solo quería convertirse en el dueño y señor del campo de batalla, el último que quedase en pie tras la lucha. Una flecha impactó en su coraza, demasiado débil como para atravesarla. Sártaron miró a su alrededor hasta localizar a un joven ónunim con arco cuyos ojos estaban clavados en él. Sus dientes rechinaron y avanzó trabajosamente hacia él, quien suponiendo lo que se le venía encima había arrojado el arco al suelo y desenvainado la espada. Iba a abrirle desde el pecho hasta los huevos por semejante afrenta.

Y, de repente, se encontró revolcando por el barro. Un caballo le había golpeado de refilón y la inercia le había lanzado contra el suelo.

Sártaron se encontró tendido dando arcadas, con la boca llena de lodo. Había perdido su espada y su pierna herida había decidido no responderle. Escupió saliva marrón y trató de incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas y era incapaz de mantenerse en pie. Sintió un pinchazo en el hombro derecho, posiblemente se lo había dislocado. Trató de tomar aire y centrar la mirada. A su alrededor, todo se desmoronaba. Sus morían y, los que no lo hacían, huían hacia el río. Se escuchaban cánticos de victoria desde la ciudad y el sonido de los cuernos que llamaban para reagruparse. No quedaba nadie a su lado para defender su causa ni para defenderle a él. Y los refuerzos no habían llegado. Ni lo harían, Sártaron lo veía ahora claro. Había dejado suelto a un perro rabioso como Lédesnald y traído a los reinos de los hombres una enfermedad como eran los elfos oscuros. ¡Qué ingenuo había sido! La traición se veía venir desde lejos. Su arrogancia había sido la causante de aquel desastre. ¿Acaso creía que podría conspirar contra los reyes de las conspiraciones? Lédesnald, Mórgathi, Mathrenduil… habían jugado con él. Y todo por su vana ambición. Y ahora solo quedaban barro y cenizas.

Escuchó unos pasos que se aproximaban hacia él. Ya no le quedaban fuerzas para luchar, pero reunió las pocas fuerzas que le quedaban para, al menos, permanecer de rodillas. ¡Qué humillante resultaba! ¡Él, que había sometido a todo Mezóberran! Alzó su vista nublada y se encontró con dos ónunim, uno era bajito para tratarse de un norteño, el otro era joven, vigoroso y gallardo. Se encontró con sus ojos fríos y claros, los cuales parecían medirle, como si no se fiasen de su lamentable estado.

—Un superviviente, mi señor —dijo el bajito—. ¿Qué queréis que hagamos con él?

El fornido permaneció en silencio sin apartar la mirada de él. Sártaron se echó a reír y un acceso de tos sanguinolenta de sacudió de arriba abajo.

—No hay supervivientes —contestó el ónunim a su compañero.

Sártaron no cerró los ojos. Vio el brillo de la espada al salir de la vaina y el destello que produjo cuando trazó un arco y cayó sobre

él.

Todo había acabado.

SOBRE LAS RUINAS DE THEADURION

Si el barón Edtyr pensaba que iba a salir de Theadurion victorioso y alabado por sus hombres debía estar muy pagado de sí mismo. La ciudad era una ruina caótica y laberíntica, donde la Hermandad de la Luna Escarlata había levantado barricadas, trincheras, parapetos… La habían convertido en un campo de batalla estratégicamente diseñado para favorecer a los que la custodiaban. Habían disfrazado al depredador de presa y ahora se disponían a quitarle la máscara.

Áverend sabía que, en un combate justo, el contingente de hombres que lideraba Edtyr podrían ponerles en serios aprietos, incluso llegar a vencerlos, por muy bien adiestrados y fieros que fuesen sus hombres. Las cosas no habían sido sencillas desde que Theadurion cayó en desgracia y habían tenido que lidiar con afecciones de salud, hambre, una higiene paupérrima. Desde luego, no eran las mejores condiciones para mantener la moral de la Hermandad en todo lo alto, como tampoco se podía decir que sus condiciones físicas fuesen las idóneas para plantar cara sin saber que se asumían riesgos. Afortunadamente, en la guerra y el combate no tenían que ser justos.

Cuando el barón de Dyr Alrac se separó del grueso del ejército, que marchó hacia el sur para asediar Athaniel, sus hermanos se sintieron tentados de lanzarse contra Edtyr y su imprudente tropa. Áverend se negó rotundamente, argumentando que no debían subestimar a sus adversarios. Eran efectivos que llegaban frescos, descansados y preparados para un enfrentamiento directo. Sería un suicidio acometer contra ellos. Había que jugar utilizando el factor sorpresa y su mejor conocimiento de la ciudad. Era posible que contasen con planos de Theadurion, pero Theadurion ya no existía como tal. Escombros, ruinas, tan solos vestigios de la urbe que antaño fue. Cualquier parecido con su estado actual, era pura coincidencia. Seguro que aquellos valientes soldados, seguros de sí mismos, perderían un poquito de su altanería y confianza cuando se

viesen rodeados de aquella confusión de piedra, madera y metal.

Así pues, Áverend ordenó a sus hombres bloquear a toda velocidad algunos caminos de la ciudad antes de permitir entrar a Edtyr y los suyos. El propósito era bien sencillo: conducirlos a través de las ruinas hasta un punto estratégico de la ciudad donde poder emboscarlos. Los rodearían y obligarían a deponer las armas, o de lo contrario… Bueno, era mejor no pensar en que todo podía acabar en un baño de sangre. La Hermandad de la Luna Escarlata los seguiría de cerca, esperando en momento para sorprenderlos. Pero, ¿cómo hacerlo sin riesgos a ser descubiertos? Utilizando el alcantarillado. Edtyr estaría atento de los tejados, de las barricadas, de los edificios medio derruidos. Esperaría una defensa por parte de los custodios de la ciudad, pero, ¿qué sucedería si les franqueaban el paso? Se sentirían triunfantes, pensarían que el gato había ahuyentado a las ratas cuando, en realidad, las ratas simplemente se habían escondido en el único escondrijo donde al gato no se le ocurriría mirar.

Y así fue como sucedió. Edtyr se encontró con que lo que quedaba en pie de Theadurion le recibía con las puertas abiertas. Al principio, el contingente del barón pareció receloso y temían una emboscada por parte de los rebeldes, pero su holgado número sirvió para disipar las dudas y alimentar el orgullo. Tal y como Áverend predijo. Penetraron en el ciudad, acero en mano, siguiendo con cautela el camino que tan hábilmente había preparado la Hermandad para ellos. Si que ellos fuesen conscientes de aquello, los iban conduciendo directamente a su trampa, como el matarife que guía al rebaño hacia la inminente matanza, solo que Áverend esperaba no tener que derramar sangre y, de ser así, que fuese la menos posible.

Completamente en silencio, la Hermandad de la Luna Escarlata siguió los pasos de los asaltantes por los canales del alcantarillado. El olor era nauseabundo y la humedad pegajosa. Todos caminaban en fila, en completo sigilo, vigilando cada paso en el agua turbia para no delatar su posición y su escondrijo. Sabían que un simple despiste, un ruido fuera de lo normal, alertaría a sus oponentes y entonces estarían perdidos. Las alcantarillas ofrecían una vía de escape hasta el río Dar, que era donde iban a parar todos las excrecencias que pululaban por allí, pero de ser descubiertos esa

huída de complicaría. Solo con arcos y flechas podrían masacrarlos. Los conductos eran estrechos y no demasiado altos. Eran un buen escondite, pero también una peligrosa trampa si todo quedaba al descubierto. Por eso avanzaban despacio, siguiendo en paralelo al grupo que, unos metros por encima de sus cabezas, continuaba penetrando en Theadurion ignorando lo que se les venía encima.

La marcha por la ciudad se hizo más lenta de lo que Áverend había previsto. Edtyr, pese a estar muy pagado de sí mismo, no parecía muy convencido de todo aquello. Parecía muy prudente y mandaba parar a sus hombres al menor indicio de emboscada. Los ordenaba disparar flechas a cornisas que proyectaban sombras sospechosas o registrar edificios a punta de espada. No se encontró a nadie y no sospechó que el verdadero peligro le seguía bajo el suelo que pisaban. De modo que continuaba avanzando, internándose en la ciudad cada vez más, siguiendo el único camino posible que, sin que él lo supiese, le habían marcado. Poco a poco, sus hombres se fueron relajando, llegaron las primeras impresiones sobre la supuesta huída de la Hermandad y las risotadas triunfantes de los que ya se veían conquistadores. Edtyr, sin embargo, mantenía un talante sereno y nada triunfalista. Algo poco común, viniendo de aquel hombrecillo con pretensiones. Áverend se relamía con la posibilidad de agarrarlo de la pechera y abofetearlo cuando los obligasen a rendirse y abandonar Theadurión. Y ya quedaba menos para que ocurriese. Tan solo unos metros más y llegarían a la plaza, justo donde terminaba el camino y justo donde la Hermandad los asaltaría. Allí sí había hombres apostados en los tejados y en las posiciones de altura, arcos prestos para ser disparados si no se deponían las armas. Ya casi iban a quedar rodeados. Casi iban a caer en la trampa.

Pero algo comenzó a ir mal. Se escucharon primero unas voces confusas en la superficie, voces que se convirtieron en bullicio y que hicieron pensar a Áverend que los habían descubierto. Cerró el puño e hizo frenar en seco en todos sus hombres. Quizá habían descubierto a los arqueros o tal vez algún ruido había delatado su posición. El corazón se le aceleró. Si habían dado con ellos, podían darse por muertos. A continuación sonó un cuerno que alertaba de la presencia de enemigos. El capitán de la Hermandad sacó su espada corta y los suyos le imitaron. Iba a ser difícil combatir ahí

abajo, pero puestos a morir que fuese empuñando el acero. Apretó los dientes y se agarró a la escalerilla que le llevaba hacia la superficie, dispuesto a emerger del subsuelo como si de un fantasma se tratase. Solo esperaba llevarse a alguien consigo para el más allá. Pero algo cambió, el grupo de Edtyr no abrió las alcantarillas para caer sobre ellos, sino que se dieron la vuelta y comenzaron a precipitarse hacia las puertas de la ciudad. ¿Qué sucedía? ¿Se retiraban? El cuerno volvió a sonar repetidas veces ansioso, un canto desesperado que alertaba de algo, pero no de la Hermandad. ¿Qué sucedía? Áverend se llevó un dedo a la boca para pedir silencio a sus hombres y se aventuró a subir por la herrumbrosa escalera un poco más, pegó el oído en las pequeñas aberturas de la tapa y trató de escuchar. Era complicado distinguir dos palabras seguidas y conexas, pero consiguió entender enemigos y por la retaguardia. Era imposible que fuesen hombres de la Hermandad, él lideraba el grupo que los atraparía por retaguardia y nadie había delatado su posición ni salido a la superficie. Entonces le llegó la voz de un soldado que llamaba a gritos al barón Edtyr. Áverend aguzó más el oído.

—¿Qué demonios pasa? —distinguió la voz del barón entre el barullo.

—Enemigos a las puertas de la ciudad, mi señor —contestó el soldado—. Nuestra retaguardia ya marcha para defender nuestras posiciones.

—¿Es la Hermandad?

—No, señor. Son bárbaros del norte.

Áverend se quedó petrificado. ¡Bárbaros del norte! ¡La invasión! Tal y como había vaticinado su señor Ilébrom antes de desaparecer.

—¡Bajad las armas! —ordenó a sus hombres— Bajad las armas. Voy a salir.

—Pero, capitán, no hemos llegado al punto acordado y parece que los invasores se retiran. No debéis exponeros.

—Cambio de planes. Algo va mal. Voy a salir. No me sigáis hasta que os lo ordene y nos os mostréis hostiles.

Dicho esto, Áverend empujó con una mano la tapa de la alcantarilla. Los rayos de sol del amanecer le cegaron momentáneamente al tiempo que salía de su escondrijo. Quedó unos instantes aturdido por la luz y escuchó que el mismo soldado

que había reportado las nuevas a Edtyr alertó de su presencia.

—¡Quieto ahí! —bramó la voz del barón acompañada del sonido de la espada al salir de su vaina.

—¡Tranquilos! —gritó Áverend cubriéndose los ojos e intentando habituarse a la luz—. No he venido a pelear. ¡Tranquilos!

Al momento, el capitán de la Hermandad tenía encima suya a tres hombres que le inmovilizaron contra el suelo. Sus ojos ya comenzaban a distinguir más que sombras y vio cómo le quitaban la espada del cinto. Desde las alturas de la plaza, se escuchó otro cuerno, un poco más agudo. Los arqueros de la Hermandad revelaron su posición, todos con las flechas prestas para ser disparadas.

—¡Soltad a nuestro capitán o habrá sangre! —ordenó alguien desde las alturas.

—¡Una emboscada! —ladró Edtyr—. ¡Nos conducíais a una emboscada, perros traidores!

—¡No, maldición! ¡No disparéis! —Áverend gritaba desesperado —. ¡Edtyr, debes escucharme!

—¡He dicho que soltéis a nuestro capitán! —advirtió una segunda vez el arquero—. ¡No lo repetiré una tercera vez!

—¡Lo mataré aquí mismo si no deponéis las armas!

—¡Mi señor, los bárbaros se van a lanzar contra nosotros! ¡Estamos atrapados!

—¡Capitán, ya acudimos! —dijo uno de sus hombres antes de aparecer por el hueco de la alcantarilla.

—¡Están debajo de nosotros! ¿Pretendíais emboscarnos, perros hijos de mil padres? ¡Íbais a matarnos!

—¡Edtyr, maldición, tienes que escucharme! ¡Muchachos, bajad las armas! ¡Los bárbaros, Edtyr! Es tal y como dijo el conde Ilébrom. ¡Las hordas del norte han invadido Cáladai! ¡Vamos, soltadme! ¡Debemos defender Theadurion juntos! ¡Muchachos, he dicho que bajéis las malditas armas!

El barón dudó por un momento. Su cara era una máscara iracunda y desesperada. Tenía la mandíbula tan apretada que Áverend alcanzaba a escuchar el rechinar de sus dientes. Un pequeño tic apareció en su ojo derecho. La situación le estaba superando por completo, era evidente.

—Edtyr, escuchame —Áverend intentó calmar el tono de su voz —. Deja que luchemos a vuestro lado. Solo así podremos…

No concluyó la frase. Las palabras se quedaron en suspenso cuando una gigantesca sombra surcó velozmente la ciudad. Se agitó el aire y se escuchó algo que podría confundirse con un trueno lejano. Pero no lo era. La ciudad quedó paralizada y en silencio durante unos segundos, todos mirando al cielo, hasta que una voz de alarma dijo:

—¡Elfos oscuros! ¡Dragón!

Áverend sintió cómo cedía la presa que le mantenían los tres soldados de Edtyr, logró incorporarse y dirigió la mirada al cielo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo: un descomunal dragón negro sobrevolaba Theadurion al tiempo que emitía profundos y roncos rugidos. Un sonido tan ensordecedor como imposible de olvidar. Los cuernos de alerta quedaban solapados por aquel trueno gutural capaz de arrebatar el mismo calor de la sangre. Se giró y observó al barón con la mirada fija en la sombra negra y la boca completamente abierta.

—Edtyr. ¡Edtyr! —le gritó en la cara, zarandeándole de la pechera para captar su atención. Este parpadeó y se fijó en el capitán de la Hermandad, sin dar muestras de entender qué estaba sucediendo—. Debes dejar que luchemos a vuestro lado. No somos el enemigo, Edtyr. ¡El enemigo está ahí fuera!

—Sí, sí… —atinó a decir el barón, visiblemente conmocionado —. Debemos… Sí, debemos colaborar…

—Muchachos, dirigíos con el barón y sus hombres a las puertas. Si los bárbaros norteños intentan penetrar, atacad con todo.

—¿Y si son numerosos? No tendremos posibilidades frente a ellos —rezongó uno de los soldados de Edtyr.

—Tendremos más posibilidades que frente a ese dragón de ahí arriba. Y, de paso, nos llevaremos algunos por delante.

—Capitán, ¿y tú dónde irás? —preguntó uno de sus hombres.

—Con los arqueros, allí. Si vienen elfos oscuros, quiero saber a qué nos enfrentamos.

Sin mediar más palabra, Áverend salió disparado hacia los tejados, sin apartar la vista del dragón que volaba por encima de sus cabezas. Su silueta cada vez se hacía más grande y más definida, señal de que comenzaba a perder altura y aproximarse

peligrosamente a las ruinas de la ciudad. ¿Cómo combatir una bestia así? Una buena pregunta a la que el capitán de la Hermandad no alcanzaba a responder.

Se encaramó a los cascotes y restos de los edificios que conformaban la plaza hasta alcanzar las posiciones elevadas que ocupaban sus arqueros. Estos había creado una línea perfectamente ordenada y dispuesta para hacer llover flechas contra los enemigos, pero resultaba ridícula frente a lo que se les avecinaba. Las huestes de elfos oscuros ocultaban la línea de horizonte, extendiéndose desde las lomas que separaban las tierras de Dyr Alrac con las de Theadurion hasta el llano que desembocaba en la ciudad. Y lo peor, ya estaban demasiado cerca de ellos. Se escuchaban cuernos y tambores que traían consigo la guerra. Áverend tuvo que esforzarse en no quedarse allí pasmado sin reaccionar y girarse para ver hacia qué otra amenaza se dirigía el grupo liderado por Edtyr. Parecían los restos de un ejército puesto en jaque buscando refugio y un lugar donde reagruparse. Aunque parecían despojos dispersos, eran lo suficientemente numerosos como para arrasarlos. Y estos ya comenzaban a traspasar las puertas de la ciudad.

—Preparaos para la invasión —les dijo a los arqueros—. En cuanto tengáis a tiro a los elfos oscuros, disparad. Si no frenáis su avance y acceden a Theadurion, nada de heroicidades: huid por el alcantarillado y no miréis atrás.

—¿A dónde te diriges, capitán?

—Tengo que sacar a Edtyr de aquí. Su testimonio es lo único que atenderán en Griäl, si es que no ha caído ya la ciudad. Si muere, seguiremos sin apoyos.

Áverend volvió a bajar a la plaza y se precipitó a la carrera calle abajo, dirigiéndose a las puertas. La batalla ya habría comenzado, solo esperaba que Edtyr no fuese tan estúpido como para trabar combate. Tenía que sacarlo de allí.

A medida que se aproximaba, una vorágine de choque de gritos y choque de aceros lo recibió. La Hermandad de la Luna Escarlata estaba a la vanguardia, tratando de contener y rechazar a los bárbaros norteños que acometían vociferando y enseñando los dientes. Por como atacaban, daba la sensación de que no tenían nada que perder. Los soldados de Edtyr también luchaban, algunos intentando hostigar a las líneas enemigas más retrasadas disparando

flechas. Pero mantener aquella posición iba a resultar muy difícil, tal vez imposible y, de conseguirlo, no serviría de nada teniendo en cuenta que los elfos oscuros los rodearían y aplastarían.

—¡Edtyr! —gritaba Áverend mientras se abría paso entre sus filas—. ¿Dónde está el barón Edtyr?

—¡Aquí, capitán!

—¡Apartad, maldita sea! ¡Dejadme pasar! ¡Buen trabajo, muchacho! Edtyr. ¡Edtyr, mírame! Debemos salir de aquí. ¿Me estás escuchando, barón imbécil?

—Pero… —Edtyr no había salido de su conmoción—. Pero, ¿y la ciudad? El regente nos ordenó…

—¡La ciudad está perdida, Edtyr! No podremos contener mucho más a los bárbaros y los elfos oscuros ya estarán viniendo a por nosotros. ¡Y, por el cielo y la tierra, mira ahí arriba! ¡Es un puto dragón! ¿Qué posibilidades crees que tendremos?

Edtyr parpadeó varias veces y se pasó la lengua por los labios secos, en un gesto que denotaba que trataba de salir de su estado de asombro. La situación le había sobrepasado, sin duda. Parecía como si estuviese viviendo algún tipo de sueño cruel.

—Retirada —graznó con voz pastosa—. Toquemos retirada.

—¡Retirada! —ordenó a voz en grito Áverend—. ¡Que los cuernos toquen retirada! ¡Vamos, seguidme! ¡A las alcantarillas!

El capitán volvió a emprender la carrera, esta vez seguido de Edtyr y de un nutrido número de hombres de ambos lados. Echó un último vistazo a las puertas para ver cómo los bárbaros ya habían entrado, pasando a cuchillo a los rezagados que quedaban en su camino. No había tiempo para eso. No había tiempo para llorar sus pérdidas. Lo harían más adelante, si lograban salir de allí con vida.

Áverend giró a toda velocidad por una calle ancha tomando rumbo a la plaza de nuevo. Una vez llegasen allí, podrían acceder a las alcantarillas sin problemas y abandonar la ciudad. Solo esperaba que no los siguieran o toco acabaría allí. Los arqueros apostados en los edificios ya estaban disparando sin cuartel a los elfos oscuros y algunos daban órdenes para que comenzasen a desplegarse por los restos de la muralla, lo que significaba que estos ya habían caído sobre Theadurion. Los estaban rodeando. Debían escapar.

—¡A las alcantarillas¡ —gritaba desesperado Áverend— ¡Retirada! ¡Vamos, vamos, vamos!

Y entonces un mar de fuego cayó sobre ellos. Apenas tuvieron tiempo de resguardarse y muchos de los que le acompañaban quedaron envueltos en llamas, profiriendo alaridos desgarradores de dolor. Al instante, el olor a carne quemada invadió toda la plaza. Era el hedor de la muerte y la derrota.

La enorme bestia descendió sobre los despojos de los tejados, derrumbando edificios enteros y precipitando hacia muerte a los arqueros allí situados. Las flechas no parecían afectarle, rebotaban contra sus duras escamas. Era como lanzarle mondadientes a un caballero perfectamente pertrechado. El dragón rugió, obligando a Áverend a taparse los oídos ante semejante estruendo, y lanzó una rápida dentellada que acabó con dos de sus hombres entre sus fauces. Tuvo que apartar la vista cuando los cuerpos cedieron y exploraron como pequeños tomatitos maduros.

—¡Vamos a morir! —la voz de Edtyr sonó a sus pies—. ¡Vamos a morir todos!

No, no podía permitírselo. El testimonio de un noble afín a las causas del regente y sus corruptos consejeros pesaría más que el suyo, un declarado rebelde buscado por traición. Edtyr debía vivir y contar lo que había sucedido.

Áverend trató de ignorar la carnicería orquestada por el dragón negro y arrastró por el suelo al barón hasta llegar al conducto del alcantarillado por donde él, instantes antes, había emergido. Siguió gritando retirada a todos aquellos que pudiesen oírle y lanzó por el hueco Edtyr, que cayó berreando como un recién nacido. Luego saltó él y comenzaron a seguirle más de sus hombres.

—Sígueme —le dijo a Edtyr, el cual se quejaba de haberse hecho daño en el tobillo al caer. Pero no había tiempo, había que alejarse de ese lugar lo antes posible antes de que los siguiesen.

Siguieron bajando a las alcantarillas más y más hombres que se precipitaban corriendo por los estrechos conductos, ignorando a quién dejaban atrás. Sobre sus cabezas, todo era caos, o al menos eso se podía intuir por los gritos que les llegaban. Una matanza. Debía ser una matanza lo que estaba aconteciendo mientras ellos huían como ratas. Áverend sintió el escozor en su orgullo, pero se dijo que aquello sería un mal menor si lograban llegar hasta Griäl y despertaban de su letargo a Átethor.

Y, de pronto, todo quedó en silencio. Una calma tan poco

natural que obligó a Áverend a detener a todos y aguardar. Hacía unos segundos que se había escuchado el último llanto del último caído y ya reinaba el silencio más sepulcral y ensordecedor, preludio de que algo malo estaba a punto de suceder. Edtyr temblaba y farfullaba, y Áverend le mandó callar chistándole, como si aquello fuese a suponer el fin de sus problemas. A continuación, se escuchó un crujido metálico sobre sus cabezas y, de seguido, un cegador chorro de luz irrumpió en los canales por una abertura. Afortunadamente para Áverend, esta vez la ceguera le duró unos segundos, lo justo para poder observar cómo caía por el hueco de la alcantarilla una figura oscura. Permaneció en cuclillas, como había caído, unos instantes antes de incorporarse poco a poco. La luz rebotaba contra su armadura plateada y su espada. Su cabello era blanco como la nieve, sus ojos eran amarillo vivo y la piel de su rostro, surcado en infinidad de cicatrices, del color de la ceniza. Durante unos instantes, permanecieron así, quietos y observando a esa especie de demonio caído del cielo, hasta que comenzó a aproximarse espada en mano.

—¡A por él! —gritó alguien desde atrás, lanzándose contra el elfo oscuro.

Le siguieron más, pero su adversario era poderoso, antinaturalmente poderoso, y se deshizo de ellos sin mayores problemas. Sus compañeros gritaron y maldijeron y se lanzaron contra él, esta vez cuatro. Pero los movimientos del elfo eran rápidos y precisos, como si estuviese interpretando una cruel danza de muerte. Esquivaba los golpes, contraatacaba, lanzaba estocadas y tajos con minuciosidad y acierto. Los hombres parecían moverse lentos y torpes en comparación con él, incluso los miembros de la propia Hermandad de la Luna Escarlata, considerados como los mejores guerreros de todo Cáladai.

—¡Capitán, márchate de aquí! —le dijo uno de sus hombres.

—¡No voy a retirarme!

—El barón, capitán. Edtyr debe llegar a Griäl o todo habrá sido en vano. ¡Ya habrá tiempo de vengar nuestras muertes! ¡Debéis huir! Os cubriremos.

De mala gana, Áverend se obligó a dar la vuelta y agarrar de brazo a Edtyr para internarse más y más por los laberínticos canales del alcantarillado, dejando tras de sí al varelden de las cicatrices

sembrando el agua cenagosa de cadáveres. Tiraba del barón y le instaba a apresurarse. Sus hombres estaban muriendo por concederle un tiempo precioso, aunque sospechaba que fuese insuficiente. A su espalda, solo se escuchaba la agonía de los valientes.

Áverend siguió avanzando, ya sin un rumbo fijo, temiendo haberse perdido y con el barón renqueando, tratando de seguirle el ritmo sin que tirase constantemente de él. Su ánimo se vino abajo cuando llegaron a un callejón sin salida. Tuvo que morderse la lengua para no gritar y maldecir, rezando al cielo porque al menos hubiesen despistado a su perseguidor. Se dio la vuelta y se asomó por el canal por donde habían venido. Ya no se escuchaba nada.

—Todos han muerto —susurró para sí el capitán.

—Al menos hemos conseguido despistar a ese diablo asesino —dijo Edtyr, echándose mano al maltrecho tobillo.

—Un momento…

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—¡Silencio! He oído algo.

El chapoteo de unos pasos ganando terreno cortó la respiración de Áverend. Dio media vuelta y comenzó a palpar las paredes del conducto de manera desesperada, buscando alguna rendija, alguna salida que les permitiese salir de allí.

—Áverend, ¿qué está pasando? —a Edtyr el temblaba la voz.

—¡Nos ha seguido! Ha matado a todos y nos ha encontrado.

—¿Y no podrá ser uno de los nuestros?

—Uno de los nuestros vendría corriendo, no andando tranquilamente. Ya has visto cómo los ha matado. ¿De verdad huirías de él caminando con calma?

En las paredes no había nada. Comenzó a desesperarse. Se miró al cinto y vió su espada corta colgando de él. Lo único que se le ocurría era quitarse la vida ahí mismo. No iba a permitir que ese elfo oscuro le diera muerte como a una alimaña. Sí, tan solo debía desenfundar y hacerlo. Incluso, si Edtyr quería, podría quitarle la vida a él. Y entonces lo vio. Una tapa redonda en el suelo. Se lanzó hacia ella e introdujo los dejos en las ranuras por donde se iba filtrando el agua residual. Crujió haciendo un ruido de mil demonios, delatando su posición, pero dejando al descubierto otro conducto que caía en picado hacia quién sabía dónde.

—¡Nos vamos a matar! —rezongó Edtyr, mirando a la negrura del pozo.

—Es esto o el elfo oscuro.

El barón pareció dudar. Luego renqueó hasta el agujero en el suelo y se colocó.

—Yo iré primero.

Áverend asintió, no era el momento para ponerse a discutirlo. Edtyr lanzó un sonoro suspiro y se dejó caer por el conducto. Se escuchó su voz que se alejaba. O bien era muy profundo o bien desembocaba en algún lado. Era el momento de averiguarlo. Los pasos ya se escuchaban demasiado cerca. No quedaba mucho tiempo. Se fue introduciendo poco a poco por el agujero hasta que los pies se resbalaron y comenzó a caer. El canal no tardó en retorcerse y girar, como si de un enorme y peligroso tobogán se tratase. Áverend se cubrió la cabeza con los brazos y descendió a toda velocidad dando tumbos y golpeándose con todo tipo obstáculos. Estaría descendiendo durante un minuto largo cuando apareció frente a él una gran abertura que daba al exterior. El capitán de la Hermandad salió despedido por los aires y voló unos segundos antes de caer en el cauce de un río. Dio grandes bocanadas al aire cuando salió a la superficie, tratando de respirar. Abrió los ojos y observó las murallas de Theadurion. ¡Lo había logrado! Había salido con vida de la ciudad. Aunque la alegría le duró justo lo que tardó en ver el cuerpo del barón Edtyr estrellado contra unas rocas próximas a donde él había caído. Había tenido suerte, aquella que había decidido abandonar al único cuyo testimonio de lo ocurrido tendría cierta veracidad frente al regente y el Consejo.

Muchos de sus hermanos habían muerto, había perdido la ciudad que juró proteger y estaba solo. En realidad, era a él a quién había dejado la suerte desamparado.

ADIÓS A SHELMERA

Los ehassies no enterraban a sus muertos. El reposo en grandes mausoleos y sarcófagos engalanados era cosa de los pueblos jóvenes, que parecían reverenciar más la piedra que acompañaba la tumba del caído que a su propio espíritu. Ellos eran descendientes de los dragones, nacieron del fuego, eran fuego y al fuego debían regresar. Las piras que se alzaron en el mismo campo de batalla donde tantas vidas se habían perdido eran numerosas, muchas más de las que hubieran imaginado. Sí, habían vencido, pero a un precio demasiado elevado.

Thil Ganir sabía que todo elfo, cuyo don de la inmortalidad les hacía concebir la muerte de otra manera diferente, deseaba reposar en Asuryon de perder su larga vida. Pero su hogar quedaba muy lejos, tanto que le parecía haber cruzado un mundo entero. Fue él mismo quien ordenó que los cuerpos de sus valerosos soldados fuesen incinerados como los ehassies. Como iguales, como hermanos. Y no fue tarea fácil tener que mirar por última vez los rostros de los atelden que lo habían seguido en aquella loca empresa hasta el final, hasta que sus ojos se cerraron por última vez para saborear el eterno descanso del que gozaban al final de sus días los mortales. El rey atelden quiso ver todos y cada uno de los rostros de los caídos, quería rendirles honores y decirles adiós. Fue duro, y no porque le llevase todo el día sino por los recuerdos que, de cuando en cuando, le asaltaban. Había soldados que había conocido desde que ingresaron en su guardia personal. Anécdotas, sentimientos que no se podían controlar. Y Thil Ganir lloró, lloró mucho y amargamente todas y cada una de las pérdidas.

En mitad de un solemne silencio, las llamas de las piras, cuyos fuegos había encendido el dragón con su hálito, se elevaron casi tan altas como las montañas que ocultaban Shelmera. La noche se iluminó de rojo, naranja y amarillo para despedir a los héroes que habían dado la vida por brindarle a la Tierra Antigua una nueva oportunidad. Los presentes se juraron que sus muertes no serían en vano.

—Ahora caídos estar en todas partes —dijo Azó Nitzé. Él llevó el

peso de la ceremonia, al ser el líder espiritual de los ehassies—. Sus cuerpos quemados para liberar espíritu.

Thil Ganir se dijo que ojalá fuese cierto. Ojalá los espíritus de sus hermanos le acompañasen, fuera cual fuese su destino.

El rey atelden no podía dejar de contemplar al dragón dorado, que permanecía sentado, imponente, con las escamas refulgiendo con la luz de las llamas. ¡Qué criatura tan majestuosa y a la vez tan letal! Jamás hubiera pensado que fuese testigo de su poder, y mucho menos que este fuese empleado para salvarles la vida. Y ahí estaba, ante sus propios ojos. Una imagen que jamás olvidaría.

Solo cuando el fuego de las piras se hubo apagado, y únicamente quedaban cenizas sobre cenizas, los ehassies emprendieron el regreso a su ciudad. Azó Nitzé le dijo a Thil Ganir que los acompañasen, algo que le resultó inverosímil. Hasta ese momento, eran sus rehenes. ¿Significaba aquello que los iban a dejar marchar? Habían luchado espalda contra espalda y habían muerto de igual manera. Era de suponer que toda suspicacia hacia ellos debía haber quedado disipada. Pero con aquellos seres de costumbres ancestrales y primitivas cualquier cosa era posible.

El regreso a Shelmera se hizo incómodo: a la extenuación física había que sumarle la pesadumbre por aquellos que jamás regresarían. A Thil Ganir, que marchaba a la cabeza junto con Tsau Hokán, le costaba mirar hacia atrás. Ver el mermado grupo de elfos que le seguían le encogía el corazón. Tantas vidas valiosas perdidas… Jamás olvidaría sus nombres. Al menos, la presencia de Lévienmoth, cuya sombra les sobrevolaba de cuando en cuando, le reconfortaba. Pese a su amenazador aspecto, era tranquilizador tenerlo por allí cerca, velando por ellos, dejando escuchar su poderoso rugido de tanto en tanto. El rey elfo pudo imaginar cómo se debía sentir Mathrenduil, al tener a una de aquellas criaturas a su merced.

Llegaron a la ciudad perdida cuando el sol se acostaba en el oeste. Un gajo plateado de luna parecía sonreír a la noche. No hubo palabras ni despedidas, todos y cada uno se refugiaron en el calor de sus hogares para comenzar a asimilar lo acontecido, mientras que Azó Nitzé organizó las labores de curación de los heridos en una de las pirámides. Nadie parecía reparar en los elfos. No los desarmaron, no les confiscaron las armaduras. Todos parecían tan

agotados como para prestarles atención. Confuso y sin fuerzas como para hacer preguntas, Thil Ganir ordenó descansar a sus hombres. Ya habría tiempo para hacer balance al día siguiente.

El rey elfo no consiguió descansar como hubiese deseado. Cada vez que conciliaba el sueño le asaltaban las terribles imágenes de la batalla, horribles pesadillas plagadas de sangre, fuego y gritos de dolor. Una de las veces creyó ver el infame rostro de Ulthoan riéndose a carcajadas de él, con aquel gesto terrorífico que le conferían las cicatrices de su cara. Se incorporó de su lecho, con la frente perlada de sudor y la angustiosa sensación de haber perdido el norte. La invasión de Asuryon, la guerra en el Continente del Naciente, la profecía, el Elegido… Todo aquello parecía pertenecer a un mundo en el que ya no había lugar para él. Había sacrificado las vidas de sus valientes en una causa que parecía ajena a todas aquellas razones que le habían obligado a marchar de su reino y abandonar a su destino a Élennen. Su reina. ¿Qué sería de ella? Sintió un aguijonazo en el pecho al evocar su rostro, a recordarla perdiendo su vida inmortal gota a gota para salvar la del agónico Elebrian. ¿Estaría bien? ¿Acaso tendría momentos en los que le recordase, tal y como él estaba haciendo en ese momento? Quizá era una vana ilusión, pues Célestor estaría a su lado, ocupando el hueco de su corazón que él jamás supo llenar. Volvió a doler aquella herida, la que sufrió cuando los descubrió en el mismo lecho, mas no pudo culparla. Las leyes de su pueblo les obligaban a casarse, pero no a amarse. Y Élennen era libre de regalar su corazón a quien quisiera.

El alba llegó más pronto de lo que Thil Ganir hubiese querido. Con apenas dos horas escasas de sueño, salió al exterior dispuesto a enfrentarse un día más a la extraña realidad en la que se estaba convirtiendo su vida. Pero algo diferente sucedía. Los ehassies estaban reuniendo a todos sus hombres en la planicie que se extendía ante la gran pirámide. Por un momento pensó que algo iba mal y el corazón de le encogió, aunque no alcanzaba a recordar que hubiesen ofendido a sus anfitriones en modo alguno. Ese pensamiento lo desechó rápidamente al ver a Faobereth y a Elbérohir portando sus armas, el capitán elfo con su armadura completa. Ambos se acercaron a él, presurosos. En sus rostros todavía había signos que delataban la extenuación por la reciente

batalla.

—¿Qué sucede? —Se les adelantó a decir el rey.

—No lo sé —respondió Elbérohir—. Vinieron a buscarme dos de ellos. Al principio pensé que volverían a requisar nuestras armas, de modo que fui a por mi alabarda y mi espada y se las ofrecí. Pero, para mi sorpresa, negaron con el gesto y me indicaron que les siguiera.

—Creo que nuestro periplo en estas tierras llega a su fin —apuntó Faobereth.

—¿Qué quieres decir con eso? —Thil Ganir frunció el ceño—. ¿Qué nos van a liberar?

Poco a poco fueron llegando el resto de los elfos, con caras de desconcierto que buscaban en su rey una respuesta. ¡Ojalá pudiese dársela! Él estaba tan confundido como ellos. Habían pasado tanto tiempo entre los draconianos que le parecía imposible que pudiesen emprender el camino de regreso al hogar.

Cuando todos los elfos estuvieron reunidos, Azó Nitzé y Yohalzin aparecieron acompañando a Tsau Hokán y una nutrida comitiva de ehassies. Thil Ganir se adelantó unos pasos, escoltado por Faobereth y por Elbérohir. Una vez estuvieron frente a frente, inclinó la cabeza en señal de respeto. El níveo draconiano le devolvió el gesto y comenzó a pronunciar unas palabras ininteligibles en esa abrupta lengua suya.

—Tsau Hokán honrar a ti, rey de elfos —tradujo el chamán—, y dar gracias por prestar acero en batalla.

Thil Ganir se llevó la mano al pecho y volvió a reverenciar al ehassie.

—Como ya dije, lo que afecta a la Tierra Antigua nos afecta a todos.

Tsau Hokán volvió a hablar después de que Azó Nitzé interpretase las palabras del elfo.

—Victoria te pertenece, Thil Ganir —continuó el chamán—. Vuestros muertos y nuestros muertos caminar siempre juntos. Ahora ellos cenizas de fuego sagrado. Ahora ellos en todas partes. Vuestro pueblo y nuestro pueblo hermanos. Ahora y siempre.

—Ahora y siempre. —El corazón le retumbaba bajo el pecho.

Tsau Hokán cloqueó una orden y otros tres ehassies se acercaron portando algunos objetos.

—Para gran capitán Elbérohir Matahidras ofrecer escudo de dragón —le tendieron un escudo ovalado, robusto pero ligero. Era tan blanco como la nieve pura y brillaba como una aguja de nácar —. Hecho con escamas de Izhehärion, dragón blanco de montañas sur. Cuando morir, ehassies tomar escamas y hacer escudo.

Elbérohir comprobó la calidad de la pieza. Apenas pesaba y, sin embargo, era tan duro como la mejor de las corazas.

—Me honráis con este presente —agradeció—. Lo llevaré con orgullo.

—Para Faobereth, El Que Camina Entre Sombras, arco de hueso de dragón. Perteneció a Intzi Arouh, gran guerrero ehassie, padre de padre de Yohalzin.

El guerrero draconiano se llevó el puño al pecho y luego hizo un gesto con la mano, como ofreciéndoselo. Faobereth tomó el liviano arco, un poco más grande que el suyo, y lo observó maravillado: estaba laboriosamente tallado en el hueso de un dragón, presumiblemente en una costilla. Tensó la cuerda y se percató de la gran arma que tenía entre sus manos.

—Si tu abuelo, Yohalzin, fue tan buen guerrero como tú has demostrado, será imposible estar a semejante altura. Pero puedes creerme cuando digo que intentaré estarlo.

Yohalzin lanzó un chillido agudo en señal de aprobación.

El último presente lo tomó el propio Tsau Hokán entre sus garras y se lo tendió a Thil Ganir. Se trataba de una reluciente espada negra como la obsidiana, con la empuñadura blanca y un dragón de tres cabezas tallado en ambas caras del pomo ovalado. La cogió y se sorprendió al sentir su peso como el de una pluma.

—Para ti, Thil Ganir, Rey de Elfos —anunció Azó Nitzé—: en lengua común llamarse La Libertadora. Espada negra de piedragrón, fuego dragón sólido. Más duro que acero, más resistente. Pertenecer a antepasados de Tsau Hokán. Espada matar a Méthiskerk, dragón tres cabezas que intentar someter ehassies. Ahora Libertadora liberar tu pueblo.

El primer impulso de Thil Ganir fue rechazar ese valioso regalo. Sintió un leve mareo al sostener esa espada milenaria, perteneciente a una raza que ellos habían creído extinta y que había acabado con la vida de un dragón. Pero el gesto de satisfacción de Tsau Hokán evidenciaba que era su deseo que él fuese su nuevo portador. La

envainó en una funda de piel con hermosas filigranas trabajadas en ella y se arrodilló ante el líder ehassie. Todos los elfos lo imitaron.

—De rey a rey, jamás podré expresar con palabras mi gratitud. Siempre seré vuestro humilde servidor.

—Una vez decirte que tu hora llegaría, que estarías preparado para mostrar valía digna de antiguos jinetes dragón. Esa hora ya llegar y ahora ehassies siempre en deuda contigo. ¡En pie, Rey de Elfos! Momento de partir a tu hogar, momento de despedidas. Nuestro pueblo débil como para marchar a gran guerra, pero ayudar a que marches a ella y lleves contigo la victoria. Ehassies robar hace muchas lunas barco a elfos malos. Ahora barco ser vuestro. Os guiarán a él.

—Jamás podremos olvidaros —a Thil Ganir le temblaba la voz.

—Último presente ser mío, pero no para ti ni para elfos. Ser regalo de esperanza para pueblos libres. Último presente ser para Tierra antigua y deberá ser devuelto.

Tras decir estas palabras, el chamán alzó la mano que sostenía el báculo y el batir de alas de Lévienmoth se hizo escuchar en toda la planicie. Luego apareció su sombra en el cielo para, finalmente, acabar tomando tierra con la elegancia de una libélula al posarse sobre un junco. La magnánima bestia lanzó un rugido que hizo temblar los cimientos de la tierra misma, al que se le unieron los gritos enfervorizados de ehassies y elfos por igual.

Ya en la cubierta de la negra embarcación enemiga que los llevaba de vuelta a Asuryon, Thil Ganir miraba por la popa atrás. Se le hacía increíble pensar que tras aquellas montañas y el frondoso bosque existiera una civilización tan noble y extraordinaria como aquella. Le costaba pensar que todo era un sueño y, de no ser por los presentes que los ehassies les habían regalado, creería que así fue. Por eso y por la presencia en el cielo de Lévienmoth, que volaba siguiendo la estela del barco.

COBARDES

Tsártak resoplaba mientras recorría a toda la velocidad los pasillos del palacio de Griäl. El sudor perlaba su cabeza calva hasta el punto de parecer que se había pasado encerándola. Le caían gotas en los ojos, enrojeciéndoselos y haciendo que le escociesen, obligando al consejero a tener que limpiarse la frente con la manga de su túnica negra recurrentemente. Como siempre, iba cargado de rollos de pergaminos y legajos, pero, a diferencia de lo que eran habitualmente, esta vez se trataba de documentos muy importantes. Cartas y contratos sellados y firmados de su puño y letra que le comprometían y revelaban como un aliado del ejército invasor del norte. Tsártak siempre supo que tanta firma y tanto papel no significaba mucho para los bárbaros arjones, pero un hombre letrado como él prefería tener todo por escrito, una especie de garantía ante cualquier reivindicación cuando Sártaron y sus huestes tomasen Cáladai. El problema era que esos papeles ya no valían nada porque el gran caudillo de Mezóberran había caído.

Había una creencia popular que decía que los cuervos siempre eran portadores de malas nuevas, una estupidez más del populacho, según Tsártak, mas aquel día tuvo que darles la razón, al menos desde su punto de vista. Sus agentes interceptaron el ave con el mensaje antes de que cayese en manos menos afines a su causa. Cuando se lo entregaron y leyó el contenido del pequeño pergamino, casi se desmaya: en él, el conde Lúdebrand, al que habían tildado de conspirador y proscrito, reportaba al regente Átethor su victoria sobre el ejército liderado por Sártaron, con la ayuda de los supervivientes del Onun, liderados por el mismísimo rey Iyurin hijo de Haoyu, y la Guardia del Huargo Blanco. También informaba de sus intenciones de marchar hacia Griäl tan pronto como hiciesen recuento de bajas y ordenado los trabajos para recomponer los daños causados en Daroir durante el ataque. Al consejero no le hizo falta leer más para saber que todo lo que había planeado se había derrumbado. Corrió a sus aposentos y los revolvió de arriba a abajo hasta reunir todos los documentos que, tiempo atrás, firmó con la intención de sacar tajada de la desgracia

de su pueblo. Tenía que abandonar la ciudad. Había que largarse antes de que las noticias llegasen a Átethor y comenzase a hacer preguntas incómodas. Debía salir de allí antes de que Lúdebrand, Iyurin y los guardianes de la Muralla apareciesen en la ciudad y aireasen toda la verdad. Tenía que darse prisa, actuar con la mayor celeridad, o podía darse por perdido.

Una vez reunió toda prueba que le incriminase en la traición, ordenó a sus agentes que cortasen todo flujo de noticias del exterior, que cerrasen todas las puertas y no permitiesen acceder a la ciudad a nadie de fuera, ya fuese comerciante, bardo, campesino o soldado. Sabía que cuando llegase el conde de Daroir sería imposible retenerlos, pero hasta entonces era mejor que no entrase nadie que pudiese filtrar la noticia de la invasión y posterior derrota de Sártaron. También ordenó que todo cuervo fuese interceptado y que los mensajes que portasen se los pasaran directamente a él. Al menos hasta que abandonase Griäl.

Con todos los engranajes de su maquinaria funcionando, Tsártak fue a buscar a Xeelthow. Al principio, pensó en hacerla llamar y que la llevasen a sus aposentos, pero sabía que la arjona era testaruda y que se negaría a acudir si no le daban una buena razón para hacerlo. Y Tsártak no estaba por la labor de tener que dar explicaciones a sus hombres sobre los hechos acontecidos en Daroir o tener que enviarle un mensaje en clave a Xeelthow, esperando que ella lo entendiese. No era momento de perder el tiempo. Cada segundo que pasaban allí les comprometía, segundos que jugaban a favor del conde Lúdebrand. No, mejor ir en su busca y darle las malas noticias cara a cara.

Llegó a sus aposentos y golpeó la puerta con los nudillos con impaciencia. Estaba completamente sudado, con la cara congestionada y un estado de nervios absolutamente alterado. Nadie contestó, de modo que volvió a picar la puerta con mayor insistencia y ansiedad. A los pocos segundos se escuchó correr un cerrojo y la puerta se abrió. Xeelthow apareció tras ella, con el ceño fruncido y visiblemente contrariada.

—¿Qué demonios te pasa, hombrecillo? —Su tono de voz resultaba tan amenazante como cargado de desprecio, pero aquello no le importó a Tsártak que irrumpió en el cuarto de la arjona sin miramiento, abriendo la puerta de golpe y cerrándola tras de sí—.

Consejero, más te vale que tengas una buena razón para…

—Sártaron ha caído —soltó sin dejar que Xeelthow terminase su amenaza.

La arjona compuso un gesto de incredulidad y desconfianza.

—¿Cómo?

Tsártak le tendió el mensaje que portaba el cuervo.

—Toma, puedes leerlo tú misma.

Xeelthow dirigió su mirada al pequeño rollo de pergamino con desconfianza. El consejo lo agitó con impaciencia, apremiándola para que lo cogiera. Mientras ella lo leía, Tsártak se acercó a la chimenea y arrojó todos los papeles y legajos que portaba.

—Supongo que no hace falta que te explique lo que esto significa —le dijo a la norteña mientras observaba cómo el fuego reducía los documentos a cenizas.

Xeelthow tenía los ojos fijos en el mensaje, muy abiertos. Parecía que no daba crédito a lo que estaba leyendo.

—No puede ser… —farfulló con la nota entre sus manos—. Debe tratarse de un error.

—Por desgracia para nosotros, no lo es. Observa el sello, es la enseña de los condes de Daroir. Y reconozco la firma de Lúdebrand.

—Puede que sea una trampa —se resistió Xeelthow—. Una argucia por parte de nuestros enemigos.

—¿Y qué sentido tendría? ¿Puedes explicármelo? No piden refuerzos ni tropas de refresco, ni siquiera una provisión de víveres. ¡Dicen que vienen hacia aquí! Están hablando de una derrota del ejército invasor. ¡Léelo de nuevo, infiernos!

—No es posible —la arjona sacudió la cabeza—. No han podido derrotar a todo el ejército. Los orcos, los krulls, los elfos oscuros… El pueblo de Mezóberran le es fiel a Sártaron.

—¿En serio tus esperanzas se basan en la lealtad de seres como los orcos? —Tsártak comenzaba a desesperar—. ¡Xeelthow, son bestias sin cerebro! No entienden de lealtades ni vínculos, se guían por sus instintos erráticos igual que los krulls. ¿Y los elfos oscuros? ¿De verdad confiarías en aquellos que traicionaron a su propio pueblo?

—Los hombres también se traicionan a sí mismos.

—Exacto, y eso me lleva a la siguiente cuestión: ¿confías en la

lealtad de absolutamente todos los hombres de tu señor? ¿Crees que ninguno de sus señores de la guerra le traicionaría?

—Sus hombres le son fieles.

—¿Estás segura? —Xeelthow dudó por unos instantes y desvió la mirada—. Lo que me temía. No sé cómo me dejé convencer por tu pueblo. Vuestra alianza estaba condenada al fracaso. No sé cómo no lo vi.

—De modo que ahora reniegas de tus actos, hombrecillo —los ojos claros de Xeelthow destilaban desprecio y odio—. No tienes honor.

—No, en absoluto. Ninguno lo tenemos. Pero ya es tarde para retractarse, no me serviría de nada negar los hechos. Tengo a todo Cáladai sumido en una guerra civil por mis actos y mi vinculación contigo es completamente evidente.

—¿Qué crees que nos sucederá?

Tsártak se pasó una mano huesuda por su calva sudada.

—Con suerte, nos encerrarán de por vida en las mazmorras. Aunque lo más seguro es que nos ejecuten por traición. En cuanto Lúdebrand y el nuevo rey de Onun pisen esta ciudad correrán las cortinas y la luz entrará. Por eso debemos largarnos.

—¿Largarnos? ¿A dónde?

—¡No lo sé, maldita sea!

—Tal vez regresar al norte.

Tsártak negó con la cabeza.

—No creo que seas bienvenida entre los tuyos, si damos por cierta la teoría de la traición. Además están los elfos oscuros, que no sabemos qué habrá sido de ellos. Tal vez podamos coger un barco. Si conseguimos llegar hasta los muelles del río Dar, podremos alejarnos con facilidad de aquí. Será un trayecto largo, pero hay posibilidades. Llegaremos hasta el mar y desde allí navegar hacia Eren. Un reino regido por mercenarios necesitará servicios de gente como nosotros.

—Tú no sabes empuñar una espada, hombrecillo.

—Tengo mi cerebro, que en estos momentos nos está sirviendo de bastante más que tu habilidad con el acero.

Xeelthow se dejó caer en la cama, permaneciendo sentada y frotándose las sienes con desesperación.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo… —repitió como una

letanía—. Sártaron muerto… El ejército de mi señor derrotado… Nos han traicionado…

Tsártak miró por la ventana. El sol brillaba justo encima de sus cabezas. Ya era medio día y no podía perder más tiempo. Se acercó a la cama y miró a Xeelthow.

—Al anochecer me habré ido. Cada minuto que pasamos en Griäl es un riesgo, y no estoy dispuesto a asumir ninguno más. Tienes dos opciones: quedarte y enfrentarte a la justicia de Átethor (y créeme cuando te digo que tus artes amatorias no te van a salvar esta vez) o venir conmigo. Tú decides, pero esta noche yo abandonaré la ciudad. Y no volveré para convencerte, no voy a mirar atrás. Cruzaré esa puerta y no volveré a hacerlo. Tuya es la decisión.

Xeelthow reflexionó unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Sí —contestó—. Iré contigo.

Tsártak suspiró aliviado. La idea de tener a su lado a la arjona, una guerrera dura y capaz, a su lado le tranquilizó. Al menos tendría alguien que le defendiera en caso de ser asaltados.

—A media noche en las puertas —le dijo mientras salía del cuarto—. Equipaje ligero. Yo conseguiré un arma. Si no estás a la hora acordada, no te esperaré.

—Hombrecillo, somos unos cobardes.

—Así es, pero cobardes con vida.

MARCHAMOS

Reagrupar lo que queda tras una cruenta batalla es similar a rescatar los restos de un naufragio, o eso debieron pensar los páravim y los punielden tras la victoria que habían conseguido en las lindes de Thanan, frente a las hordas de no muertos de el Rey Exánime, quien un día se hizo llamar Lánzolt hijo de Zéldolt. Y hablar de victoria cuando el enemigo se había llevado con él cientos de vidas se antojaba paradójico. Hombres y elfos, valientes que habían dado su vida enfrentándose a la mayor calamidad que recordaban en siglos, yacían junto al ejército enemigo. Una gesta gloriosa, sin duda, pero aquel día no había lugar para las canciones.

Tras terminar la batalla, los espíritus del bosque, dríades y hombres árbol, desaparecieron en completo silencio tras la espesura del bosque, como si su participación hubiese sido una mera ilusión, un sueño. Se esfumaron como la niebla, dejando solos a hombres y elfos en aquel campo abierto lleno de cadáveres.

Los punielden intentaron en primera instancia socorrer al dragón verde que, tan valientemente dirigido por Lurien y Lothien, había acabado con el terrorífico Rhikkelion, pero fue en vano. La bestia agonizaba por las múltiples heridas sufridas durante la luchan y no tardó en dar el último aliento. Las Hermanas del Crepúsculo, silenciosas como siempre, llevaron su duelo por la fabulosa criatura con solemnidad. Gélsar fue el primero en acercarse para presentar sus respetos y ordenar a algunos elfos que salvasen todo lo que pudiesen aprovechar de él: dientes, colmillos, escamas... No era un desaire hacia el cuerpo, pero era una lástima que todas esas preciadas materias primas se perdiesen. Si no aprovechaban ellos otros lo harían. De Rhikkelion poco quedaba, salvo huesos.

Tampoco hubo muchas palabras entre los hombres y los elfos. ¿Qué le puedes decir a aquel que siempre has visto como enemigo y acaba convirtiéndose en tu inesperado aliado en la guerra? Estaba claro que había cicatrices profundas y recientes que el tiempo borraría, sin duda, pero que ahora no debían ser expuestas o se corría el riesgo de volver a abrirlas. Los Señores de Thanan, Éreborn

y Elwen, que habían participado en la batalla, lamentaron mucho las vidas de los hombres perdidas, y así se lo hicieron saber a Dúnel y Danéleryn, quienes respondieron con idéntica aflicción por los elfos silvanos caídos. Se habían cometido errores, demasiados errores de funestas consecuencias, pero tocaba mirar hacia delante y no atormentarse por el pasado. Ambos pueblos acordaron enterrar a sus muertos en la colina próxima al campo de batalla, desde donde Lánzolt lanzó todo su poder contra ellos. No se harían distinciones entre páravim y punielden, lucharon juntos, murieron juntos y volverían a la tierra juntos. Crearían un túmulo colosal que se convertiría en un símbolo de la unión de las razas en tiempos oscuros, del respeto mutuo y del dolor que ambas sufrieron aquel día. Que sirviese de recuerdo a las generaciones venideras.

Tuvieron que levantar un pequeño campamento para atender a los heridos. Una cuarta parte de los supervivientes habían sufrido los estragos físicos de la batalla, el rey Dúnel entre ellos. Danéleryn se pasó un día y una noche enteras al lado de su esposo, preocupada por la evolución de sus lesiones: costillas y hombro izquierdo fracturados, gran pérdida de sangre y contusiones. Su estado era lamentable y sabía que su papel en aquella historia, para bien o para mal, había concluido. No se recuperaría a tiempo para... bueno, para cualquiera de las decisiones que se tomasen. Otro de los grandes dilemas que se presentaban.

Los elfos habían capturado al cabecilla de los licántropos y lo habían interrogado y torturado, tal era la naturaleza de los hijos de Thanan. Al fin, consiguieron sacarle información; al parecer, Lánzolt y el nigromante llamado Kéller no eran más que dos piezas de una inmensa partida llevada a cabo para conquistar la Tierra Antigua. No es que conociese muchos detalles, pero lo que sí les dijo fue que los bárbaros del norte habían sellado alianzas tanto con ellos como con los elfos oscuros. No hizo falta saber más para averiguar que, mientras las fuerzas de los no muertos se encargaban de Páravon y los elfos, afianzando todo el oeste, el gran ejército del norte atacaría Cáladai. Una guerra que acorralaría a los hombres por todos sus frentes, impidiendo que se aliasen para plantar cara al mal que les asolaba. Ahora el contingente del Rey Exánime y su nigromante había caído. Un duro revés que el enemigo no esperaría. Tan solo quedaba saber qué hacer.

—Los punielden no podemos ir más allá de donde hemos llegado —le dijo Elwen a Danéleryn, una vez todas las tareas urgentes fueron cubiertas—. Nuestro poder reside en el bosque y nosotros somos su poder. Me temo que lejos de estas fronteras no seríamos de gran ayuda.

—Lo entiendo —asintió la reina de Páravon.

—Además, alguien debe velar por la paz en estas tierras. Vuestro esposo no está en condiciones de dirigir una hipotética defensa de vuestro reino, pues mucho me temo que no podrá marchar a la guerra, si finalmente decidís hacerlo.

—Lo haremos. Es necesario. No podemos permanecer indiferentes al mal que se propaga, mi señora.

—Como tampoco podéis dejar indefensas vuestras fronteras. Os ofrecemos nuestra ayuda, Danéleryn de Páravon. Partid hacia Cáladai cuando creáis oportuno y que no os inquiete la salud de vuestro esposo. Gélsar se ha ofrecido para ir a Cárason y velar por el rey y las defensas de vuestra ciudad. Es sabio y sabrá que hacer si llegase la mala hora. Y de ser así, contad con Thanan.

—Os estaré eternamente agradecida, mi señora. Es más de lo que podría pedir.

—La reina Élennen marcha con los atelden por un antiguo y secreto paso de montaña. A estas alturas ya estará cerca de las primeras ciudades de los hombres, sería absurdo que siguierais sus pasos pues, con los caballos y el número de hombres, no los alcanzaríais. Además, es un angosto desfiladero que no haría más que ralentilzar vuestra marcha, y el tiempo es lo que apremia.

—Iremos por el camino de las almenaras, frontera entre Páravon y Cáladai. Nos dirigiremos hacia la capital, Griäl, y quiera el destino que no sea demasiado tarde.

—El destino es, precisamente, lo que no podemos cambiar, de modo que no penséis en lo inevitable y aceptad el papel que os ha tocado jugar en estos tiempos.

Danéleryn se removió incómoda. Quería hacerle una pregunta pero no encontraba el modo. Finalmente, se armó de valor.

—La reina Élennen... —comenzó—. Temo por su vida. Quizá sea una apreciación mía, pero me temo que fuera de las fronteras de vuestro bosque, donde el poder de vuestro pueblo mengua, queda más vulnerable al mal que se propaga.

Elwen la miró largo rato, con ese porte suyo señorial y etéreo.

—La Reina Imperecedera tiene una misión que cumplir —comenzó a explicar—, al igual que vos y otros muchos otros que tomarán parte en esta guerra contra la oscuridad. Ya os lo he dicho: el destino es imperturbable, firme como las raíces de nuestro hogar, como los cimientos de la tierra. Élennen conoce esta verdad y, escondiéndose tras estos árboles, amparándose en el poder de nuestro pueblo, no conseguirá escapar de lo inevitable. Tratar de alterar lo que está escrito trae funestas consecuencias, otros muchos lo hicieron antaño, creyendo que podían doblegar los designios del destino, y el dolor que provocaron aún perdura. La vida, mi señora, sea efímera o imperecedera, no se mide en los años que pasamos por aquí, sino en los actos que realizamos mientras esta dure.

Danéleryn asintió. Aquellas palabras, llenas de sabiduría, calaron en su interior. La vida no se medía en años, sino en los actos que realizamos. Una corta pero loable existencia era más importante que otra vacía y llena de sinsabores. El adiós para siempre acabará llegando y tan solo perdurarán en los recuerdos el legado que hayamos trabajado. ¿Por qué no ser recordado por algo grande, por algo admirable? Una imagen para todos los pueblos a la que aferrarse en las horas más oscuras. Sí, mejor morir sabiendo que lo has intentado que vivir con la eterna duda.

Dentro de la tienda de campaña que habían levantado para los reyes estaba Dúnel, rodeado de curanderos que aplicaban cataplasmas malolientes en las heridas y cambiaban los vendajes. El rostro de su esposo reflejaba el padecimiento sufrido, con profundas ojeras y el rostro afilado debido a la pérdida de peso causada por el escaso descanso. Pese a todo, la recibió con una amplia sonrisa.

—Disculpad que no me levante, mi señora —bromeó.

Ella le devolvió de igual forma su muestra de afecto.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias a los cuidados recibidos y al buen hacer de estas personas. No tardaré mucho en volver a montar y empuñar una espada.

—Precisamente, de eso quería hablar.

Dúnel frunció le ceño.

—Entiendo. Disculpadnos, mis señores, pero la reina y yo queremos hablar solos. Gracias, de verdad, estaré bien. Decidle a

mis guardias que nadie nos moleste hasta que hayamos acabado. Bien, Danéleryn, ya estamos a solas y mucho me temo que tus ojos me gritan lo que aún no has pronunciado.

—Me conoces bien, no lo voy a negar.

—Entonces, hablemos sin tapujos.

—La guerra no ha acabado, Dúnel. Puede que hayamos ganado esta batalla, la que se ha librado en nuestras tierras, pero el mal no se ha detenido. Cáladai será el siguiente tablero de juego donde tendrá lugar la última partida.

—Sabes que no podemos desproteger nuestras fronteras. Lo que ha ocurrido ha sido causado por nuestra ceguera, por nuestra falta de visión.

—Tomamos decisiones equivocadas, desde luego, pero hemos enmendado los errores y sufrido las consecuencias. No te tortures más con estas ideas, mi amor. Páravon necesita guarecerse, desde luego, mas refugiándonos en los altos muros de nuestros castillos no conseguiremos nada. Si Cáladai cae, como cayó Onun, ya nada se interpondrá ante la desdicha. Moriremos cercados entre cuatro paredes, torturándonos con lo que pudimos hacer y no hicimos, esperando a que el manto negro que dominará la tierra nos cubra también a nosotros. No podemos permanecer ajenos a ello, Dúnel. No podemos negar nuestra responsabilidad, nuestro destino.

—Te escucho hablar y oigo a mi padre.

—Me alegra saber que mis palabras son dignas de pertenecer a un hombre sabio.

—No podré marchar a la guerra, lo sabes. No en este estado.

—No tienes que hacerlo.

—Veo que ya has tomado tu decisión.

Danéleryn afirmó con la cabeza. Tomó con ternura la mano de su esposo.

—Los elfos silvanos se comprometen a velar por nuestros hogares. Gélsar, el de la máscara que le cubre la mitad del rostro, irá a Páravon contigo. Sus conocimientos ayudarán a que mejores con rapidez. Además, en tiempos fue un gran guerrero. Podrá ayudarte a dirigir la defensa de Cárason en caso de que la batalla se tuerza.

—No quiero tener que despedirme de ti, Danéleryn.

—Pues no lo hagas. Simplemente, deja que marche con la

promesa de regresar y traer una nueva esperanza para los reinos libres.

—Esto es lo que me enamoró de ti: tu valor, tu determinación y tu compromiso. Sí, así es. ¿Y, quién soy yo para negarte nada? Ve, mi reina, ve y vuelve colmada de gloria para tu pueblo. Yo te esperaré y quiera el destino que en mejores condiciones que estas.

—Lo haré. Lo harás.

Se inclinó y lo besó en los labios.

No hubo muchas palabras cuando llegaron las despedidas. Los punielden, como si de una imagen en un sueño se tratase, se retiraron a Thanan, en silencio, quizá para no volver a verlos jamás. Danéleryn sintió una punzada de melancolía al verlos desaparecer tras la espesura. Varya decidió quedarse, como era de esperar, tras el regreso a casa de Muras. La elfa había tomado su decisión y estaba dispuesta a renunciar a la vida inmortal por el amor hacia un hombre. Un bello gesto y un noble sentimiento en una época donde la gentileza ya no importaba nada. Tampoco desearon regresar con los suyos las Lurien y Lothien. Ambas hermanas, tras llorar a su dragón, decidieron incorporarse al contingente que liberaría Danéleryn, en busca de su particular venganza por la noble vida que la guerra había arrebatado.

Antes de regresar a Cárason, Dúnel dio una última orden. Mandó a cinco de sus caballeros en los caballos más frescos y descansados que tenían, haciendo un llamamiento a todos los soldados y guerreros de Páravon a congregarse en el camino de las almenaras y marchar a la guerra. Dispondrían de cinco días antes de llegar y partir. Luego, prepararon todo lo necesario para su regreso y no demoraron la marcha más. Cuando se separaron, rey y reina no derramaron lágrimas de tristeza, ni se dijeron palabras hermosas. Ya no había tiempo para eso. Ya no había lugar para ellas. Tan solo quedaron miradas y una promesa de regresar con la victoria. No hacía falta nada más.

Así pues, Danéleryn y su hueste se dirigieron con paso lento pero firme hacia el camino de las almenaras, la frontera con Cáladai, un amplio paso que se abría entre el final de las Cumbres Heladas y la montaña Colmillo de Lobo, donde se encontraba emplazada Griäl. Cuando llegaron, ya había un nutrido grupo de caballeros esperándolos, algunos pertenecientes a los llamados

caballeros andantes, segundos y terceros hijos de señores vasallos que, tras no encontrar recompensa en la dote recibida, se lanzaban a los caminos de Páravon para deshacer entuertos y procurar velar por la ley de sus soberanos. Los recibieron con vítores y lauros y aquella noche se realizó un festín en honor a los héroes caídos, recordando sus hazañas y conminándose los unos a los otros para superarlas en la pronta batalla. Dos días después, llegó el resto del ejército. Un total de mil quinientos caballeros. Dado el castigo que había sufrido su tierra, eran más de los que la reina esperaba. Al tercer día de campamento, todos estaban preparados. En lo alto de la montañas, las almenaras ardían.

—¡Marchamos! —gritó Danéleryn, tirando de las riendas de su caballo y adentrándose en el camino.

La hora había llegado.

HOMBRES HONORABLES

La caballería y la infantería del ejército liderado por Imrasel, Hemen y el barón Thelden penetraron en el paso de las colinas, territorio limítrofe con las tierras de Athaniel. Avanzaban sin tratar de disimular u ocultar sus intenciones, tal y como Imrasel había planeado. Una hueste de hombres tan numerosa era imposible de ocultar y, además, que el foco de la atención del conde Válrar se fijase en ellos les convenía. Hacía ya un día que se habían separado de la flota, comandada por el almirante Jónar, la cual se dirigía por el río Dar hacia la ciudad. Habían decidido dar ese día de margen al ejército de a pie, ya que los vientos eran favorables y temían que los barcos pudieran adelantarlos. El factor sorpresa era clave en esa operación, todo estaba calculado al milímetro. Que los hombres de Válrar ocupasen las posiciones más elevadas de los pasos jugaba a su favor. A esas alturas ya los habrían divisado, seguramente desde mucho antes de lo que creían, habrían abandonado sus puestos ante la imposibilidad de defenderlos, e informarían al conde de que ya se aproximaban. Válrar no tardaría en mover ficha contra ellos, pero ignoraba lo que llegaba por el Dar.

—Válrar es un hombre aguerrido —decía Imrasel mientras avanzaban por las colinas—, pero también es un gran estratega. Estoy convencido de que habrá reagrupado a todos sus hombres en la ciudad. Desde esa posición de fuerza tratará de romper el asedio. Al menos, así lo entenderá él.

—Me encantaría poder verle la cara cuando llegue la flota —rió Thelden bamboleándose en lo alto de su caballo—. Pagaría lo que fuera por verlo.

—Dudo mucho que nos permita acercarnos a su ciudad más de lo que marque un tiro de flecha —Hemen le miró de soslayo. No le gustaba que ese infame noble disfrutar de aquella situación.

—No hará falta acercarse mucho a Athaniel para que acaben rindiendo la ciudad —resolvió Imrasel—. Cuando se vea rodeado por todos los frentes, claudicará.

—Te veo muy convencido, amigo mío.

—Lo estoy.

—Pero imagina por un momento que no fuese así. Imagina que decide resistir.

—Sería un suicidio —apuntó Thelden.

—Pero, ¿y si lo hiciese?

Imrasel se cambió las riendas de mano y miró de soslayo a Hemen.

—Ya sabes lo que sucederá si opta por ese camino.

—Lo sé —Hemen parecía apesadumbrado—. Recuerda tú también lo que hablamos. Tengo tu palabra.

Imrasel asintió.

—La tienes. Nada ha cambiado.

Thelden compuso un gesto de extrañeza, mirando a uno y a otro.

—¿A qué os referís?

—El mariscal Hemen se entrevistará con el conde para tratar de convencerle de que acabe con su resistencia.

—Pero… ¡pero eso no fue lo acordado! —chilló Thelden indignado—. Dijimos que comenzaríamos el asedio tan pronto llegase la flota.

Imrasel le dedicó una de sus hoscas miradas.

—El asedio comenzará cuando todas las vías diplomáticas queden agotadas —sentenció—. Daremos una última oportunidad al conde si con ello evitamos una contienda directa. ¿Ha quedado claro?

Thelden no replicó. Se limitó a asentir con el gesto y a componer un gesto enfurruñado que lo acompañó bastante tramo de la marcha.

La tarde ya estaba avanzada. Si bien quedaba cerca de una hora de luz, antes de que el sol se acostase por el horizonte, la luz anaranjada del atardecer anunciaba que el día estaba llegando a su fin. El cielo estaba despejado, llevaba así todo el día, con tan solo unos jirones de nubes flotando en el lienzo azul, demasiado perezosos para moverse con la leve brisa. El ejército de Imrasel, Hemen y el barón Thelden llevaban marchando desde bien temprano, dispuestos a llegar lo antes posible a Athaniel. Demorarse significaba poder ser adelantados por la flota y, de ser así, podrían despedirse de todos los planes que habían trazado. Pero el tiempo jugaba a su favor, al menos de momento. Imrasel había calculado todo al milímetro y nada parecía haberse torcido. Ascendían por las

colinas con la calma que te da saberte superior, con la tranquilidad de contar con el respaldo de una flota de barcos que, a no mucho tardar, empezarían a perfilarse en la lejanía del río Dar. Avanzaban con el conocimiento de que sus rivales les aguardaban tras los muros de la ciudad, en actitud desafiante pero nada beligerante. Imrasel incluso se atrevió a pensar que tal vez Hemen consiguiese que Válrar abandonase esa actitud que le había llevado a aquella situación. Había motivos para disuadirle. Pero lo que sucedió, cuando llegaron a lo alto de las colinas fue completamente diferente.

Un murmullo se fue extendiendo entre las filas de hombres al divisar lo que les esperaba al bajar de las colinas. Incluso el caballo de Hemen pareció inquietarse ante la presencia que se extendía en los campos, entre su posición y los muros de Athaniel. Válrar no se había resignado a encerrarse en su ciudad y tratar de defenderla desde el interior, resignado a sufrir un asedio que no le garantizaba la victoria. En lugar de eso, el conde de Athaniel, como buen anfitrión, esperaba a sus invitados fuera, en el umbral de sus tierras, acompañado de todo su ejército más las huestes del barón Lódhar. Un contingente lo suficientemente numeroso para que a Hemen se le erizasen los pelos de la nuca y sintiese cómo su corazón se aceleraba.

—Han salido de la ciudad —dijo Imarasel, casi más para sí mismo que para los demás—. El muy loco ha salido a campo abierto.

Hemen barría con la mirada todo el espacio que habían ocupado. Era difícil hacer una apreciación exacta, pero estaba seguro que superaban el millar de efectivos. Los pendones y estandartes danzaban al viento de manera sutil, casi calmada, pero luciendo orgullosos sus enseñas.

—Es toda una declaración de intenciones —añadió.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —balbució el barón Thelden, al cual no parecía entusiasmarle la idea de entrar en combate de aquella manera.

—Si este es el juego que plantean —respondió con firmeza Imrasel—, jugaremos.

—He de recordarte que tenemos un acuerdo —puntualizó Hemen—. Y me diste tu palabra.

—¿Todavía quieres entrevistarte con Válrar después de esto? —el índice gigante de Imrasel señaló hacia las tropas rivales.

—Creo que ahora más que nunca.

—Tienes una hora. Si no estás de vuelta para entonces, no vacilaremos.

—Hasta entonces, pues.

Hemen tiró de las riendas de su caballo, picó espuelas y descendió la colina a galope tendido. Había estado en peligro en innumerables ocasiones, pero aquella le aterraba más que cualquier otra. La idea de caer prisionero de antiguos amigos y compañeros, la idea de perder la vida a manos de un hermano de armas, le producía escalofríos intermitentes que le sacudían la columna a cada trote de su montura, a cada metro avanzado. Solo esperaba que no lo abatieran antes de llegar, aunque un solo hombre a caballo no representase una gran amenaza. Salieron a su encuentro un grupo de cinco jinetes armados con picas y lanzas. Cuando se encontró a una distancia prudente, aminoró la marcha y se dejó rodear.

—Mariscal Hemen —dijo uno de ellos sin dejar de apuntarle con su lanza—, nos sorprende que hayáis venido solo y sin más ayuda que vuestra espada.

—Mi espada no me ayudará, pues no tengo intención de desenvainarla —respondió con firmeza.

—Me alegra saber que no la vais a utilizar.

—En lugar del acero, prefiero las palabras.

—Palabras que querréis que oiga el conde Válrar.

—Exacto. Él y no otro.

El jinete le tomó la medida durante un rato sin apartarle la vista. Finalmente, esbozó una media sonrisa y asintió.

—Acompañadnos.

Escoltado por el grupo de jinetes, Hemen pasó a caballo entre las filas de hombres. Era el blanco de todas las miradas, pero no encontró en los ojos de los soldados muestras de miedo o duda, ni siquiera ante una presencia como la suya. Un aguerrido mariscal, caballero y forminable espadachín cuyos actos y logros le precedían. Pues, en ese momento, Hemen sintió que para esos hombres no había conseguido nada en la vida.

La guardia de la ciudad salió a su encuentro y le pidió que

desmontase y que entregase su arma antes de ver al conde, se la devolverían cuando la entrevista terminase. Hemen accedió, qué otra cosa podía hacer. Todos parecían bien pertrechados y dispuestos, concienciados de que la contienda sería inevitable y que ellos ya había elegido bando. Puede que Imrasel viese en aquello un acto de traición, pero Hemen lo entendía como la demostración de lealtad hacia su señor más profunda que recordaba en mucho tiempo. A Válrar podían achacársele muchos defectos, pero que fuese una figura a seguir por lo suyos, de eso no había duda.

No tuvo que caminar mucho más para encontrarse con el conde. Su figura parecía mucho más distinguida con la armadura puesta, el sol arrancaba destellos plateados de la misma. La espada reposaba dentro de su vaina y en el pomo de la misma descansaba la mano enguantada del conde. Parecía uno de los antiguos y gloriosos reyes de antaño. Cuando echó el ojo a Hemen, frunció el ceño y compuso un gesto de incredulidad. El mariscal se acercó sin titubear y le tendió la mano.

—Conde Válrar —se quedó así, esperando respuesta con el brazo suspendido en el aire. Válrar bajó la vista a la mano y, tras unos segundos, la estrechó—. Ojalá pudiese decir que me alegro de veros.

—Puedes ahorrarte la etiqueta y el protocolo, creo que las circunstancias lo merecen.

Hemen resopló.

—Ojalá no fuese así. La verdad es que la cosa pinta mal.

—Bueno —Válrar se encogió de hombros—, así lo habéis dispuesto.

—Sabes que ninguno de los hombres que estamos ahí buscamos esto.

—Y, sin embargo, estáis aquí.

Hemen observó todas las miradas hoscas y nada amistosas que le estaban dirigiendo. Iba a ser difícil hacerle cambiar de parecer.

—¿Podemos hablar en privado?

Válrar se quedó pensativo un momento y asintió. A continuación, hizo un gesto a sus hombres y estos se retiraron. El barón Lódhar pasó muy cerca de Hemen y no le quitó la vista de encima hasta que le hubo dado la espalda. Demasiada hostilidad y escaso tiempo para revertirla.

—Puedes hablar.

Hemen se aclaró la voz.

—Mira, Válrar, te seré completamente sincero: no me hace ninguna ilusión estar aquí. Supongo que a ti tampoco.

—No especialmente.

—Estaba muy tranquilo en Griäl, soñando con que ya nada me iba a sacar de mi tranquila y aposentada vida. Esperaba llegar a viejo sin tener que volver a ponerme la armadura, iniciar una calmada transición. Y mírame.

—Sí, mírate.

—No quiero tener que cargar contra mi propia gente.

—Entonces no lo hagas.

Válrar sonrió con pereza.

—Sabes que no es tan sencillo.

—Al contrario, es bastante sencillo: decides no enfrentarte a nosotros y te quedas aquí.

—No voy a abandonar a mis hombres, sería como traicionarles. Y tampoco quiero dejar solo a Imrasel.

—¡El bueno de Imrasel! Sabía que no se atrevería a cuestionar a Átethor. Un buen soldado, desde luego: pregunta poco y actúa rápido. No creo que tu deserción, por llamarlo así, le frenase la mano.

—Aún así, no le dejaré solo.

—No. Es más sencillo dejarme solo a mí.

Hemen buscó algún signo de duda, de cansancio en el conde. Debía flaquear en algún momento. Como bien decía, estaba solo frente al grueso de las fuerzas de Cáladai. Si caía, su nombre sería mancillado, no permitirían que se convirtiese en un mártir cuya figura inspirase a otros a la rebelión, incluso a la secesión. Borrarían todo recuerdo de su casa y lo condenarían al olvido. Pero no halló muestra de debilidad, sino todo lo contrario. Su mirada estaba encendida, casi ansiosa. Válrar estaba convencido de su causa y no iba a ceder. Había que cambiar de estrategia.

—Válrar, conoces de sobra a Imrasel —le dijo—. No va a dudar. Él es la mano que ejecuta la voluntad de Átethor, y este ya ha dejado claro que tienes que rendir la ciudad o serás aniquilado. No, no intentes replicar, ya sé lo que vas a decir: el consejo es quien mueve los hilos del regente, y estoy de acuerdo contigo en eso. Pero, seamos sinceros, si caes en batalla, si mueres, todo habrás sido

en vano. Athaniel pasará a manos de Thelden y el consejo seguirá manejando a Átethor. No te pido que te resignes y doblegues, te pido que seas inteligente y juntos busquemos caminos alternativos que nos lleven a cortar los hilos del títere.

Válrar se quedó rumiando las palabras de Hemen. Se acariciaba la barba y miraba al suelo, sumergido en sus propias cábalas, sopesando todas las posibilidades. No había interrumpido la exposición del mariscal, y eso quería decir que, al menos, las tomaba en consideración. Durante unos momentos, que parecieron eternos, no dijo nada. Luego, alzó la cabeza y respondió:

—Tal vez tengas razón, Hemen. Enfrentarnos no tendría ningún sentido. Sería darle la razón al consejo y causarnos daños irreparables. Puede que cayese en batalla, puede que no, pero lo cierto es que viva o muera, luche o hinque la rodilla, todo seguirá siendo igual. Mientras haya hombres como Imrasel, sirviendo sin cuestionar, nada cambiará. ¿Rendir Athaniel? Thelden tomaría control y yo sería conducido a Griäl encadenado como un animal. Sería acusado de traidor, de secesionista. Y, dime, ¿nuestro señor Átethor ha demostrado tener mejor juicio desde la última vez que le vi? ¿El influjo de alimañas como Tsártak o esa zorra del norte ha menguado? No, no hace falta que contestes. Ya me lo imagino.

Válrar hizo una pausa y recorrió con la mirada todas sus huestes prestas para la batalla.

—Toda esta gente ha llegado hasta aquí por una causa —continuó—: defender su hogar. Y no de vosotros, ni de Átethor. Lo defienden de aquellos que intentan arrebatárselo, de cualquiera que venga dispuesto a mancillar esta tierra. No somos vuestro enemigo, Hemen. No os convirtáis en el nuestro.

Válrar le había dejado sin más argumentos. Le había desmontado de su caballo y desarmado por completo. Y Hemen lo sabía. Había agotado su tiempo y sus razones y nada había variado, ni un ápice. Lo peor de todo era que el conde tenía razón, y Hemen lo sabía. Es más, él haría lo mismo de estar en su lugar. La sombra del consejo del regente era demasiado alargada y toda vía diplomática para cambiar las cosas no serviría de nada. Había que amputar todos los tentáculos que oprimían a Átethor, pero, ¿quién se atrevería? Estando Imrasel de su lado, nadie. Por lo tanto, todo seguía igual. Hemen maldijo para sí y lamentó la oportunidad

perdida. No albergaba muchas esperanzas, pero no es gusto de nadie enfrentarse a la realidad, por previsible que esta parezca. Resignado, bajó la cabeza y seleccionó unas palabras a modo de despedida, aunque no tardarían en verse en el campo de batalla, pero no pudo decirlas. Voces y cuernos de alarma ahogaron las suyas.

Válrar giró sobre sus tobillos y dio media vuelta, echando a andar como si la vida le fuese en ello, abriéndose paso entre sus sorprendidos hombres. Hemen, casi por instinto, le siguió el paso, dejando a un lado toda la conversación que acababan de tener. Varios de los hombres del conde le estaban informando, dejando espacio para que pudiese ver mejor lo que acontecía. Por un momento, el mariscal pensó que el tiempo se le había echado encima y que Imrasel se preparaba para atacar. Pero lo que vio era peor: la flota ya se acercaba por Dar dispuesta a dar el golpe de efecto que buscaban. Válrar se giró violentamente, rojo de ira. Hemen apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe que le cruzó el rostro.

—¡Esto era lo que buscabas! —le gritó—. ¡Distraerme mientras me sorprendías! ¡Qué ladino te has vuelto, Hemen! Me tiendes una mano mientras la otra me apuñala por la espalda.

Con los oídos zumbándole, Hemen levantó la cabeza, pero la volvió a agachar. Escupió un salivazo rosa y respiró profundamente.

—No es lo que piensas —alcanzó a decir con voz ronca.

—¡Ah! No es lo que pienso. Un ejército compuesto de caballería e infantería sobre las colinas y una flota de barcos llegando por el río a los muros de mi ciudad. Dime, Hemen, ¿qué debería pensar?

—Mi señor —intervino el barón Lódhar, que andaba llamando a formar a filas—, ¿ordeno la retirada a la ciudad?

—No —sentenció el conde—. Que los arqueros marchen al puerto y se preparen para defender Athaniel desde tierra. Envía a alguien para organizar la defensa de la ciudad con los efectivos que queden en ella. Los demás, preparados para atacar a las huestes de Imrasel. Si conseguimos capturarle, habremos ganado. En cuanto a este miserable —señaló con un dedo acusador a Hemen—, atadlo a un palo y que sea testigo de las consecuencias de sus artimañas. ¡Vamos, conmigo!

Entre empujones y zarandeos, Hemen alcanzó a ver como las filas del ejército de Válrar comenzaban a moverse. Unos salían raudos hacia el puerto, dando voces y órdenes. Lódhar marchaba con ellos. El resto iba con Válrar a la cabeza, componiendo las filas para dar comienzo el ataque. Sonaron los cuernos y las trompetas que anunciaban que aquel día acabaría con sangre. Desde lo alto de la colina, Imrasel no se dejó intimidar y respondió al clamor con el sonido de los tambores de guerra. El choque era inminente, no había nada que hacer. Desde el río también respondían a la llamada, acercándose inexorablemente, con las filas de arqueros bien situadas y los escorpiones y balistas prestos para ser usados. Iba a ser una carnicería. El viento arrastró un sonido sordo acompañado de una leve vibración en la tierra que iba ganando cada vez más intensidad. Era la caballería, los caballeros del mariscal que ya se lanzaban a galope tendido desde la colina. Los cascos levantaban la yerba y el polvo, un alud de acero que iba a caer inmisericorde sobre Válrar y los suyos, quienes los esperaban con las picas al frente, desafiantes ante el cercano choque. Y, de repente, todo se paró.

Lo primero que escucharon fue un toque de cuerno tan ensordecedor y grave que logró captar la atención de ambos bandos. Hemen pensó que algunas tropas de refresco se habrían sumado a la batalla, sin saber determinar de qué lado estaban. Pero no era eso. Era algo peor. Remontando por el río Úrnor, y acercándose a su confluencia con el Dar, avanzaba una enorme flota de barcos extranjeros. El mariscal no pudo precisar el número de naves, pero en fila eran capaces de ocupar todo ancho del cauce. Intentó distinguir las enseñas mientras se libraba de los brazos que le sujetaban. Mercenarios. Eran hordas de mercenarios venidas de Eren. ¿Qué demonios estaban haciendo allí? ¿Habría contratado Válrar sus servicios? ¿Tal vez Imrasel? No, no era propio de ninguno de ellos. Entonces, ¿a qué habían venido?

La respuesta no se hizo esperar. En cuanto las naves que capitaneaba el barón Thelden estuvieron a tiro, fueron atacadas por proyectiles que venían de la flota mercenaria. Sin tiempo de reaccionar, apenas tuvieron tiempo para defenderse del ataque sorpresa. Los barcos enemigos cruzaron campantes las filas que los de Griäl, gracias a la labor de los trirremes que se lanzaban contra

ellos a toda velocidad, embistiendo sus embarcaciones y permitiendo el abordaje de las mismas. Cuando los mercenarios tuvieron a tiro los muros de la ciudad, no dudaron ni un instante. Sus máquinas de asedio y asalto se pusieron en marcha y no tardaron en ver volar cascotes y rocas pertenecientes a las defensas de Athaniel. Los arqueros de Lódhar intentaron reducirlos con flechas llameantes, pero aquello les superaba. Cuando los escorpiones enemigos los convertían en su objetivo, el daño era grande e irreparable.

—¡Un caballo! —chilló Hemen a quien pudiera oírle—. ¡Un caballo y una espada!

Nadie le hizo caso. Tuvo que deambular entre las filas descompuestas, rezando a quien quisiera escuchar porque se encontrase una montura y un arma con la que afrontar el fatal destino. Desde la colina llegó la respuesta al asalto. Los hombres de Imrasel y Válrar ya no eran enemigos, marchaban todos a una, como siempre fue, como nunca debió de dejar de ser. Había que defender la ciudad antes de que fuese demasiado tarde, aunque las probabilidades de éxito comenzaban a descender dramáticamente. El puerto estaba perdido. Los arqueros de Lódhar habían sido masacrados y los pocos que habían conseguido sobrevivir se batían en retirada. Desde los muros de Athaniel la respuesta era escasa e insegura. Válrar había desguarnecido la ciudad en un loco intento de defenderla a campo abierto, una decisión que iba a resultar fatal y definitiva. No obstante, allí marchaba el conde, a toda velocidad, seguido por la totalidad de la caballería. Una cabalgada suicida. Las naves enemigas siguieron atacando, rompiendo las formaciones, sembrando el desconcierto. Los únicos que les plantaban algo de cara era la flota de Thelden, pero sus ataques eran rápidamente respondidos con contundencia. Se escuchó el sonido de la madera crujir, los gritos de los tripulantes. Uno de sus barcos se iba a pique, como sus posibilidades de vencer.

—¡Señor! —la voz de un soldado montado llamó su atención—. ¡Señor, no podéis quedaros aquí!

Hemen parpadeó varias veces, todavía confuso. Vio cómo el joven a caballo le tendía su mano, apremiándole para que subiera con él. Finalmente, se agarró de ella y subió de un salto.

—¡Dirígete al muelle! —le ordenó.

Sin pronunciar una sola réplica, el joven soldado picó espuelas y se lanzó a galope tendido hacia el muelle, donde se estaba perpetrando una auténtica carnicería. El mariscal sabía que Athaniel estaba perdida, quizá pudiesen frenar un poco el avance enemigo, pero frenarlo iba a ser imposible. Lanzó una rápida mirada a la flota de Cáladai. Todavía quedaban algunos barcos en pie. Una buena noticia. Lo más sensato sería tocar retirada y huir río abajo hasta estar a salvo. Tal vez podrían remontar el Úrnor y reagruparse en el norte, asaltar la ciudad desde una posición de fuerza y pedir refuerzos a Griäl. Pero, ¿acaso alguien les escucharía? A Hemen se le iba encendiendo la sangre a medida que comprendía que era aquello lo que buscaba el consejo. El caos, la desunión para entregarles su tierra a los invasores en bandeja de plata.

Ya estaba llegando al puerto cuando hubo una fuerte explosión. El caballo que llevaba a Hemen y al soldado se encabritó y a punto estuvo de lanzarle de sus cuartos traseros. Se alzaba una espesa y negra columna de humo en las murallas de la ciudad. Un crujido seco y sordo introdujo lo peor que podía suceder: la piedra comenzó a quebrarse y una buena parte del primer muro defensor se vino abajo con la misma facilidad que cae un castillo de naipes.

—¡Magia negra! —chilló el soldado asustado, tratando de dominar el nerviosismo de su montura.

—No, son los piromantes de Eren-Ban, conocidos por sus artes en la fabricación de artefactos explosivos. ¡Vamos, debemos darnos prisa!

Entonces, un segundo antes de que el soldado volviese a picar espuelas, sobrevino una segunda explosión, esta vez más cercana, lo suficiente como para lanzar por los aires a Hemen, a su compañero y al caballo sobre el que iban. Fueron lanzados por encima de las cabezas de otros muchos que trataban de sobrevivir a la barbarie como podían. Chillidos, maldiciones, aullidos de dolor, pero Hemen no conseguía oír nada. Tuvo la suerte de caer sobre algunos cadáveres, tal vez su improvisado compañero y el caballo no habrían tenido tanta suerte. Se revolcó por los cuerpos, intentando buscar el punto de apoyo necesario para ponerse en pie. No había tenido tiempo de conseguir siquiera un arma. Los oídos le pitaban y la boca le sabía a sangre.

Una tercera explosión volvió a escucharse, obligando al mariscal

a lanzarse a un lado. Y fue cuando sintió el quejido de la madera del muelle. Chasquidos y un violento bamboleo que sacudió a todos los que todavía estaban ahí. Comenzaron a ceder los puntales y travesaños y, en un abrir y cerrar de ojos, toda la estructura se vino abajo. Hemen braceó como un desesperado, intentando agarrarse a algún madero, pero fue imposible. La gélida agua del río Dar le recibió con un siniestro abrazo, empujándolo hacia el fondo de sus entrañas.

DESPEDIDAS

—Mirad, parece que ya abre los ojos.

—Sí, sí. Eso parece. Niña, ¿estáis bien?

La claridad del día apuñaló los ojos de Iyúnel cuando trató de abrirlos. La cabeza le latía con fuerza y tenía la boca pastosa. Las voces de los enanos le hicieron retrotraerse por un momento a recuerdos infames, donde ella era presa de los ogros y yacía en el suelo de una lúgubre mazmorra semidesnuda. Pero no era así. Se encontraba tumbada en un jergón en la casa de Púnikig el fauno, donde no era cautiva de ninguna grotesca criatura, aunque las imágenes que se le agolpaban en la memoria no eran menos horribles. El gólem, los elfos oscuros… A su alrededor, Gorin y Tóbur estaban a su lado, como antaño hicieron, y también reconoció los rostros de Täuniel, Elebrian, Ubarín y Púnikig. Trató de incorporarse, pero un fuerte mareo le hizo desistir.

—Despacio, joven princesa —dijo con voz suave y cantarina el fauno—. Lleváis inconsciente desde ayer y perdisteis mucha sangre.

—Poco a poco, niña. Poco a poco —se ensanchó una sonrisa bajo la espesa barba de Tóbur.

—¿Qué pasó? —graznó Iyúnel con una voz que no se reconocía.

—Conseguimos que los elfos oscuros se retirasen —respondió Täuniel—. La aparición de los huargos los sumió en el desconcierto y pudimos arrinconarlos. Nos hemos cobrado sus vidas, pero alguno consiguió huir.

—¿Dónde está el resto? Íniel, Márdinel, Ectherien y Velthen. —Hubo un cruce nervioso de miradas entre los presentes y silencio por respuesta. Iyúnel elevó el tono—. ¡He preguntado que dónde están los demás!

—Mi señora, tal vez deberíais…

—¡Qué dónde están!

—Vuestra escudera ha muerto, mi señora —la voz de Elebrian se clavó directamente en su corazón. Fría, como la daga que le había atravesado la pierna—. Cuando perdisteis el conocimiento, estabais a merced de los varelden. Ella corrió a vuestro lado, os defendió y cayó.

—Dio su vida por vos. Murió con honor. Podéis estar orgullosa de ella —añadió Gorin.

A Iyúnel no le salían las palabras. Se encontraba petrificada, con los ojos anegados en lágrimas sin apenas ser ella consciente. Íniel, su querida Íniel. Se conocían desde niñas. ¡Cuántas conversaciones habían tenido sobre lo que les depararía el futuro! Y resultaba que el futuro de su querida amiga acababa allí. Desapareció el resentimiento por su comportamiento con ella y con Velthen, un día antes aunque pareciese ya tan lejano, para dejar su hueco a la tristeza y la congoja. Trató de serenarse a duras penas y le costó un mundo volver a articular palabra.

—¿Y los demás? —casi le daba miedo que le respondiesen.

—Ectherien también ha caído —nuevo mazazo de Elebrian y nuevo caudal de lágrimas en los ojos de Iyúnel—. Se separó del resto cuando el gólem se vino abajo, lo encontraron los centauros en el bosque. Por lo que parece, debió seguir a alguno de los varelden que se batían en retirada. Por las heridas sufridas, damos por hecho que no fue emboscado, debió luchar. Márdinel está fuera, velando su cuerpo junto con el de Íniel. Hoy los incineraremos. De Velthen no hemos hallado ningún rastro.

Iyúnel, desconsolada, se retiró la mano del rostro llenó de lágrimas.

—¿Cómo que no habéis hallado rastro? ¿Qué queréis decir?

—Que Velthen ha desaparecido, mi señora —dijo Ubarín, sentándose a su lado y tomando dulcemente su mano entre las suyas—. Los centauros han peinado el bosque palmo a palmo y no han encontrado nada. Elebrian y Täuniel han llegado a la conclusión de que los elfos oscuros lo han debido de hacer preso, o a estas alturas ya habríamos encontrado su cuerpo. Ignoramos dónde lo han podido llevar.

—¿Creéis… —el llanto apenas dejaba escapar la voz de Iyúnel —. Creéis que está vivo?

Ubarín arqueó las cejas y desvió la mirada incómodo.

—Está vivo —aseguró Elebrian—. A los varelden les sirve más vivo que muerto. Al menos, de momento.

La princesa no supo si sentirse aliviada con esas palabras o todo lo contrario. La idea de que Velthen siguiese vivo era reconfortante, pero saber que había caído en manos de los elfos oscuros era

desesperanzador. Quién sabía la cantidad de padecimientos que serían capaces de infligirle.

—Ayudadme a ponerme en pie. Quiero ver a Íniel y Ectherien.

—Mi señora —repuso Ubarín—, todavía estáis muy débil. Vuestras heridas…

—Ayudadme. Ahora.

Púnikig le cedió su báculo y Ubarín se ofreció para que le tomase del brazo. Iyúnel se sentía mareada, cansada, las heridas de su muñeca y pierna palpitaban y abrasaban. Se obligó a apretar los dientes y salir fuera de la destartalada casa del fauno. No quería desmayarse. No iba a desmayarse. El aire de la mañana la recibió fresco y vivo, como el abrazo de un viejo amigo al que llevas demasiado sin ver. Las copas de los árboles se mecían suavemente y el rocío aún no se había retirado de la hierba. En el centro del prado, sobre lechos de ramas secas y pajas, yacían los dos cuerpos que hubiese preferido no reconocer: Íniel a la derecha, Ectherien a la izquierda velado por Márdinel, cuya mirada estaba fija en el rostro del montaraz. Iyúnel agarró con fuerza el brazo de Ubarín, casi por instinto, implorando a todo amado y venerado que no le abandonasen las fuerzas. Caminó con toda la seguridad que pudo reunir hasta llegar al lado de su escudera. Dio las gracias a su acompañante asintiendo con la cabeza y se sentó trabajosamente su lado. Su rostro estaba sereno. Excepcionalmente pálido, pero sereno, como si se hubiese librado de todos los padecimientos sufridos, con todas sus obligaciones terminadas, con la satisfacción de haber cumplido con su deber. Iyúnel extendió su mano temblorosa para rozar las mejillas de su querida amiga. Heladas, un frío antinatural. Era como no reconocer el tacto de aquella piel, antes tan cálida y viva. Era una figura de porcelana bella, digna, pero inerte. Las lágrimas volvieron a abrirse paso.

—Es extraño, ¿cierto? —la voz de Márdinel le sobresaltó—. Esta quietud. Miras su pecho y no se mueve, su expresión es imperturbable. Y aun así esperas que se levante de un momento a otro, como si se despertarse de un sueño reparador. Pero no sucede. Por mucho tiempo que te lleve observarlo, no lo hace.

Ahora los ojos de Iyúnel se posaron en Ectherien. El adusto montaraz conservaba su gesto severo pero honorable, como si de un rey de la antigüedad se tratase. Había sido un baluarte para la

compañía, la argamasa que lo mantenía unidos y en orden. ¿Qué iba a ser de ellos después de aquello?

—¿Es vuestra primera vez? —la pregunta de Márdinel le pilló de sorpresa, y el joven montaraz debió intuirlo—. Vuestro primer muerto, quiero decir. ¿Es la primera vez que veis uno?

Iyúnel sacudió la cabeza.

—Mi madre —contestó enjugándose las lágrimas—, aunque yo era tan pequeña que solo me quedan retazos de ese momento y los recuerdo con mucha tristeza. ¿Y tú?

Márdinel seguía con la mirada clavada en Ectherien. No la levantó ni cuando contestó.

—No, por desgracia. He visto los cuerpos de muchos de los míos, algunos desmembrados por orcos o krulls, hombres y mujeres valientes que luchaban por su pueblo y por esta tierra desagradecida, la cual ni siquiera reparó en que existían.

—Lo lamento profundamente.

—Y por mucho que siga viendo muertos, sigo sin acostumbrarme. Ectherien fue como un padre para mí. Cuando perdí a los míos, el resto de los Onai me tomaron bajo su tutela. Dúther, Ectherien y otros se encargaron de mí cuando perdí a mis padres. Nunca llegué a tener un hogar como lo concebiría cualquier otra persona; Árnor entero era mi casa y en lugar de un padre y una madre tuve muchos.

—¿Fueron tus padres los primeros que viste?

—Sí. Yo tenía cinco años, pero lo recuerdo bien. ¿Vos tuvisteis quien os atendiera durante el duelo?

—Las damas de compañía de mi madre, mi tata. También estaba mi hermano…

—Os envidio. Yo no tenía a nadie. Ni un gran palacio donde buscar soledad, ni gente preocupada en hacerme pasa el trago un poco mejor. Ahí estaba yo, frente a los cuerpos de mis padres, preguntándome por qué se habían tenido que ir así, dejándome sin nadie. Pero no hubo respuesta, simplemente tocaba aceptarlo.

—¿Cómo murieron?

Márdinel frunció el ceño y endureció el gesto.

—Fueron emboscados por unos orcos. Siguieron a un grupo de locos con una causa imposible y eso les llevó a la muerte. No me miréis así, es la verdad. Todo ese absurdo cuento del rey destronado

que regresará, de las profecías de los elfos… Demasiada gente depositando su fe en supercherías y folclore, ¿y todo para qué? Yo os lo diré: para desviar la atención de la vida real, de los problemas y prioridades reales, de lo tangible. Mis padres murieron por nada, ni siquiera por un ideal. Siguieron a un charlatán hacia la tumba para proteger a un niño que no era el suyo, olvidándose de mí, dejándome solo en un mundo demasiado cruel como para tener que afrontarlo solo, sin familia. Mientras, ese niño por el que dieron la vida sí gozaría del cálido abrazo de un padre y una madre, aunque no lo fuesen realmente.

—¡Velthen! Ese niño al que te refieres… ¡era Velthen!

—Así es.

—Ahora entiendo tus malos modos. Le odias.

—Odiar… ¿Odiar? ¡Eh, un momento! Yo no le odio. Me desespera, me saca de quicio, pero no le odio. Es un sentimiento demasiado profundo y duro. No, no le odio. Casi que siento lástima por él. Tanta expectativa sobre él, tantas responsabilidades y tanto absurdo… No, él no es el culpable. No buscó esto y posiblemente tampoco se lo crea. Es un producto creado por el poco juicio de los demás.

—¿Poco juicio? —Iyúnel se sintió ofendida—. Yo creo en él. Todos los presentes creían en él. Ectherien creía en él.

—Entonces todos sois tan estúpidos como lo fueron mis padres. ¡Vamos, hablemos en serio! ¿Realmente creéis que un herrero, al que nunca han instruido en nada que se le pueda parecer a ser un rey, que ni siquiera cree en sí mismo, será el salvador de la Tierra Antigua? ¿Crees que Velthen se alzará como rey, que os tomará por esposa y viviréis felices en Griäl? ¿Pensáis que es el Elegido?

Iyúnel vaciló al responder. Abrió la boca para decir algo pero la cerró de inmediato. Los argumento de Márdinel eran demoledores, casi se podría decir que desmontaban cualquier réplica que se tuviese preparada. Un producto. Velthen era un producto de su desesperación. No. Imposible. Apartó esa idea de su mente.

—A veces —comenzó a decir— no es suficiente lo que tenemos. Hay ocasiones en las que hay que depositar las esperanzas en la fe, en algo abstracto, real en tu corazón, en tus entrañas. Y para mí esto es real. Y creo en Velthen como figura inspiradora, como símbolo. No es tanto quién es, sino en lo que se puede convertir. En

lo que podemos convertirlo. Hasta el más pequeño es capaz de proyectar una larga sombra.

—Entonces moriréis por nada, como lo han hecho ellos.

—Te equivocas. Honraré su muerte peleando por una causa común, por lo que creían. Más allá de nosotros, de Velthen, de las profecías… Lucharé por todo lo bello de esta tierra, por todo lo que merece la pena. Y si he de morir, que sea por una causa. Como lo hicieron tus padres. Y no te molestes en contradecirme, Márdinel, pues eres tú el que ha hecho que su muerte sea en vano. Lucha. Lucha por algo y hónralos.

Iyúnel no dio tiempo a que el joven montaraz le replicase. Depositó un beso en la fría mejilla de Íniel y se dio la vuelta, alejándose apoyada en el báculo de Púnikig y ayudada de nuevo por Úbarín. La historia de Márdinel le había removido sentimientos encontrados, pero ya era muy tarde para plantearse las cosas de otra forma. Habían llegado demasiado lejos y volver hacia atrás no era una opción. Había muerto gente, estaba muriendo gente. Seguiría hacia delante. Ahora más que nunca. Por Íniel, por Ectherien, por su familia y por los padres de Márdinel. Alguien debía hacerlo.

El resto del día, mientras ella descansaba, se ultimaron los preparativos para darles el último adiós a los caídos. Los centauros prefirieron rendir tributo a los suyos en una ceremonia íntima, sin más testigos que ellos. Iyúnel escuchó en la lejanía cuernos lúgubres que ensombrecían el día tanto como si fuesen nubes negras. Por lo que le habían dicho, fueron ellos los que peor salieron parados. Los elfos oscuros habían perpetrado una auténtica carnicería con ellos. Cuando el sol comenzaba a esconderse vinieron a buscarla.

Las llamas de las dos grandes piras ser elevaron casi hasta alcanzar las copas de los árboles. Multitud de chispas danzaban y crepitaban rivalizando con las propias estrellas. Ya no se distinguían los contornos de Ectherien e Íniel, todo era fuego. El último fuego. Los presentes no apartaban la mirada y permanecían en un más que respetuoso silencio, Iyúnel, obligada por sus compañeros, sentada sobre un tocón. Ahí marchaban el noble capitán y la aguerrida escudera. Dos profundas heridas en la moral de la compañía.

—Hemos fracasado —se lamentó Tóbur, sorbiendo con fuerza por la nariz—. No hemos sido capaces de cumplir con nuestro

cometido.

—Ectherien era un líder, un sólido pilar donde sujetarse —añadió Ubarín—. Sin él estamos perdidos.

—¿Qué haremos ahora? —Gorin miró a unos y a otros buscando respuesta.

—Querido maese enano, la esperanza seguirá viva mientras latan los corazones —repuso Púnikig, entretenido dibujando espirales el suelo con la punta de su cayado.

—Hemos perdido a dos de los nuestros y a Velthen. ¿Qué podría haber peor?

—Que a esas dos piras hubiesemos tenido que añadir la de Velthen —contestó Elebrian—. Al menos sabemos que está vivo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquirió desanimado Ubarín.

—No se ha encontrado su cuerpo. Además, para Mórgathi y Mathrenduil tiene más valor vivo que muerto. Os lo puedo asegurar. Velthen vive.

—Si está vivo, podemos encontrarle —aseguró Gorin.

—Vuestra aventura todavía no ha terminado —intervino Púnikig, que escrutaba los dibujos que seguía haciendo sobre la tierra—, pero sí es el fin de vuestra compañía.

—Explícate.

—La guerra que sacudirá los cimientos de la Tierra Antigua ya ha comenzado. Los fuegos que lo consumirán todo han empezado a arder y no son un único foco. Debéis separaros para extinguirlos. Este inesperado giro de los acontecimientos hace que el tiempo ya no juegue a vuestro favor. El camino que recorríais juntos se ha bifurcado y ahora os toca elegir.

Reinó el silencio durante unos segundos. Täuniel fue el primero en romperlo.

—Llevo demasiado tiempo escondiéndome a mi destino. Creo que ha llegado el momento de afrontarlo —su voz adquirió un toque de nobleza que remarcó sus orígenes—. Viajaré al este, hacia Eren. Ha llegado la hora de reclamar lo que me pertenece por derecho. Que vuelen los cuervos y que anuncien que el hijo de Avénuil e Iyánatha vive.

—Yo iré contigo, si nadie objeta lo contrario —añadió Ubarín—. Vine aquí como prisionero, pero hace tiempo que me considero uno

de los vuestros. Debería volver a mi tierra, con los míos, y tratar de reagrupar a los que hayan sobrevivido al paso de los elfos oscuros. Nos uniremos a tu causa, Täuniel, y entrarás en Eren con una hueste de jinetes del desierto. No estarás solo.

—Nosotros regresaremos a las montañas, con nuestro pueblo —dijo Tóbur—, y daremos testimonio de todo lo vivido. En cuanto nuestros camaradas sean conscientes de la situación, no dudéis que contaréis con nuestras hachas en la hora final.

—Yo iré tras el rastro de Velthen —decidió Elebrian—. Estoy seguro que conseguiré dar con él. Ya lo hice cruzándome medio mundo, más ahora que no estará muy lejos de aquí.

—Yo también iré —aseveró Iyúnel.

—No, no lo haréis. Y no tratéis de convencerme. Me retrasaríais y no es precisamente tiempo lo que nos sobra. Partiré solo y vos os quedaréis aquí, en el Bosque Longevo. Púnikig os ayudará a recuperaros de vuestras heridas. Y cuando eso suceda, partid en busca de aliados. No podemos olvidar que hay mucho en juego y que todo se decidirá en el campo de batalla. Necesitaremos espadas a nuestro lado.

—¿Marcháis todos y yo me quedo aquí sola?

—No estaréis sola —la voz de Márdinel la sorprendió—. Yo me quedaré con vos y os acompañaré en vuestro cometido.

Iyúnel le miró con una ceja levantada.

—¿Estás seguro?

—No, no lo estoy —le dedicó una sonrisa antes de añadir—: pero alguien tiene que hacer que la muerte de nuestros seres queridos haya sido por algo.

Iyúnel le devolvió la sonrisa y asintió.

Las despedidas no se prolongaron. Todos estaban conmocionados tras la muerte de Íniel y Ectherien, de modo que no quisieron escarbar más en los sentimientos. Elebrian partió sin decir nada cuando las piras funerarias dejaron de arder. Tuvo unas palabras en élfico con Täuniel, pero fueron breves y nadie supo qué se decían. Los enanos se marcharon al despuntar el alba. Ellos sí quisieron despedirse de su princesa, a la cual habían cuidado durante su cautiverio, estrechando unos lazos que jamás se romperían. Rudos y con unos modales un tanto toscos, pero Iyúnel vio la tristeza en sus ojos cuando le dijeron adiós. Ella apenas pudo

contener las lágrimas. Los últimos en partir fueron Täuniel y Ubarín, el cual le besó la mano, le pidió que se cuidase y le dio las gracias por todo.

—Volveréis a verlos —le dijo Púnikig una vez se quedaron solos —. Vuestros caminos se volverán a juntar, mi querida niña.

Iyúnel miró al cielo. A través de las copas, se intuía que estaba despejado. Un buen presagio.

—Estoy segura de que será así.